

WU MING

---

*El Ejército  
de los Sonámbulos*



ANAGRAMA  
Panorama de narrativas

WU MING

---

*El Ejército  
de los Sonámbulos*



ANAGRAMA  
Panorama de narrativas

## Índice

Portada

Obertura

Acto primero. Azúcar y libertad

Escena primera. Los reveses del destino

Escena segunda. El libre mercado

Escena tercera. El magnetista

Escena cuarta. El pensionista

Escena quinta. De caída

Escena sexta. El precio máximo

Escena séptima. La elección

Escena octava. El mudo habla

Escena novena. Trueno el cañón

Acto segundo. Un mundo nuevo y más grande

Escena primera. El hombre jabalí

Escena segunda. El Nuevo Teatro

Escena tercera. Ciudadanas

Escena cuarta. El hombre sin nariz

Escena quinta. La Endemoniada

Escena sexta. El Mártir

Escena séptima. Jesús Marat

Escena octava. La Fiesta de la Unidad

Escena novena. La Dama de Blanco

Escena décima. A palo limpio

Escena undécima. Ex machina

Escena duodécima. Locos de atar

Escena decimotercera. Jean del Bosque

Acto tercero. Terror

Escena primera. Más problemas

Escena segunda. Marea

Escena tercera. Hambre a voluntad

Escena cuarta. Primavera

Escena quinta. El mundo patas arriba

Acto cuarto. Termidor

Escena primera. Todo vale

Escena segunda. La parte mala

Escena tercera. El Mataincreíbles

Escena cuarta. El Baile de las Víctimas

Escena quinta. Alianzas

Escena sexta. El muñeco de la libertad

Escena séptima. Carnaval de espectros

### Acto quinto. Así acabaron

1. Los revolucionarios y el barrio de Saint-Antoine
2. Leonida Modonesi
3. Bernard el Rana
4. Claire Lacombe, Pauline Léon y Jean-Théophile Leclerc
5. Marie Nozière
6. Bastien y Treignac
7. Armand Chauvelin
8. Franz Anton Mesmer
9. El marqués de Puységur
10. Philippe Pinel y Jean-Baptiste Pussin
11. El alienado recluido en Bicêtre con el nombre de «Auguste Laplace»
12. Orphée d'Amblanc
13. Cécile Girard
14. Luis Carlos Capeto, delfín de Francia
15. El Ejército de los Sonámbulos
16. Scaramouche

### Créditos

*A Stefano Tassinari*

¿Queréis que mi cuerpo hable? Pues lo hará, y os prometo que en las respuestas que os dé habrá mucha más verdad de la que podéis imaginar. Y no porque mi cuerpo sepa más que vosotros, sino porque en vuestras órdenes hay algo que no formuláis pero yo entiendo bien, una especie de orden silenciosa a la que mi cuerpo responderá.

«Oír lo que no dices y te obedeceré, dando síntomas cuya verdad no podrás menos de reconocer, porque responderán, sin que tú lo sepas, a tus órdenes no formuladas...» Más o menos en estos términos se desarrolla el discurso de la histeria.

MICHEL FOUCAULT

Los tormentos de todo género, la tortura, las hogueras, las horcas, nos han dado costumbres terribles. En lugar de educarnos, los gobernantes nos han hecho bárbaros como ellos. Y ahora recogen los frutos.

GRACCHUS BABEUF

## OBERTURA

*21 de enero de 1793*

### 1

Aguileñas como picos de rapaces, rojas por el frío matutino, granujientas y tumefactas por el mucho beber; aplastadas por un espadazo recibido de plano cuando servían a la patria o celebraban al dios Baco; torcidas por un puñetazo certero encajado mientras se disputaban un hueso, una moneda o la raja de una mujer; mutiladas por el mandoble de un acreedor o de un asesino torpe; anchas y rubicundas, de orificios enormes y cavernosos.

Las narices tienen muchas formas, pensaba el hombre de negro, que escondía la suya propia tras el cuello alzado de la chaqueta y debajo de una bufanda de lana, y se abría paso entre la multitud por el bulevar de la Buena Nueva. Dando codazos y empujones, observaba las caras con la esperanza de encontrar una mirada cómplice, pero lo único que veía era una sucesión de narices que apuntaban en la misma dirección, la dirección por la que debía venir la carroza.

Las narices del pueblo lo repugnaban. Con moquitas colgando por el frío, con pecas y con verrugas, aquellos órganos deformes parecían partes anatómicas de animales salvajes, aunque aún estaban un escalón más abajo en la Creación y sólo servían para aspirar las miasmas de los bajos fondos.

Nada mejor representaba a la plebe de París que aquella muchedumbre de narices.

Quizá convenía rebautizar la ciudad con el nombre de Nasonia. ¿Por qué no, ya puestos? Si estaban poniendo el mundo del revés, todo era posible, incluso cambiarle el nombre a las ciudades y a los meses del calendario.

El hombre de negro estaba allí para impedirlo. O para morir en el intento. Recorría la multitud en busca de una respuesta. ¿Dónde estaban los rostros que esperaba ver? ¿Por qué no estaban en su sitio? ¿Se los habrían comido aquellas turbas hambrientas?

El recorrido terminó junto a una figura alta, vestida de azul oscuro.

–No hay nadie, aparte de aquéllos –dijo el de negro, señalando a tres hombres que había al otro lado de la calle, entre la multitud. Llevaban tricornio y uno tenía el pelo rubio, otro gris y el tercero, el más viejo, parecía calvo–. Algo ha pasado.

–Sea como sea, tenemos que actuar –dijo el de azul.

–¿Nosotros cinco solos?

–Hay niebla, si nos mezclamos con la gente...

–Demasiado riesgo, mi señor.

–Pues hay que correrlo.

–Nos han descubierto. Nos matarán y no tiene sentido.

–Sentido tiene. Y si el pueblo...

–¿El pueblo? –lo interrumpió el de negro, reprimiendo un arrebato de ira–. Esta gente está deseando ver sangre. Se conoce que habéis pasado el año fuera. París ha perdido el juicio.

–Algún súbdito leal quedará...

–Puede ser. Pero ¿estará dispuesto a suicidarse por nosotros?

–A suicidarse por nosotros, no; ¡a arriesgar la vida por su majestad!

–Somos muy pocos.

–¿Y entonces qué hacemos? –preguntó el barón–. ¿Dejaremos que le corten la cabeza al rey de Francia?

El de negro calló. No sabía qué contestar. Y aunque lo hubiera sabido, le habría costado hacerse oír, porque todo aquello se lo habían dicho susurrando y ahora se oía un redoble de tambores que ahogaba las voces. Por una punta del bulevar apareció la escolta.

Cuando la carroza estuvo a unos cien pasos, el barón sacó un sable del gabán y salió de la muchedumbre. El de negro lo siguió, haciendo señas a los tres hombres de enfrente, que también se destacaron.

El barón enarboló el arma y exclamó:

–¡Pueblo de Francia! ¡Con nosotros quien quiera salvar al rey!

–¡Salvemos al rey! –repitieron el del pelo rubio, el del pelo gris y el calvo.

–¡Salvemos al rey! –gritó el de negro, sin dejar de mirar a los lados.

«Manténgase la calma», recomendaba un bando pegado a la pared. «Que las mujeres no salgan de casa», aconsejaba otro papel un poco más allá.

Orphée d'Amblanc mostró su certificado de civismo a los voluntarios que le cortaban el paso. Todos llevaban prendido en la solapa un cartelito que los identificaba como agentes de orden público. Cada una de las cuarenta y ocho secciones en las que se dividía París había movilizó a más de doscientos hombres, dotados de un fusil y de dieciséis cartuchos. D'Amblanc, como médico que era, estaba dispensado del servicio militar y se preguntaba si era necesario aquel despliegue de fuerzas. La ciudad parecía tranquila y la prensa elogiaba «la dignidad de un pueblo soberano que ejerce su poder con austeridad». Nadie sabía, sin embargo, lo que podría ocurrir si en lugar de ochenta mil hombres armados hubiera sólo la mitad. Aunque, por lo que D'Amblanc veía, tampoco parecía que la peste monárquica fuera a propagarse. El juicio, las maniobras bajo cuerda y los intentos de fuga habían despojado al rey de todo su carácter sagrado. Luis Capeto era un ciudadano de la República que había cometido una serie de crímenes y debía ser ajusticiado. «No se puede reinar impunemente»: la frase de Saint-Just era ya un lugar común en las tabernas.

En las calles reinaba un clima de desconcierto y de expectación. Con las secciones reunidas en sesión permanente, los voluntarios armados, las mujeres en casa, las tiendas cerradas y miles de ciudadanos ya aglomerados al pie de la guillotina, apenas si se veían transeúntes. Se había despertado al alba con un ruido de tambores, campanas y cañones, y desde entonces no había cesado la sinfonía del gran acontecimiento, que se enriquecía con el trotar de la caballería, el paso marcial de las tropas y el rodar de los carros militares.

Consultó el reloj de bolsillo. A las diez debía llamar al portón de la señora Girard. La terapia magnética no admitía dilaciones.

Media hora después, el verdugo de París haría rodar la cabeza del ciudadano Capeto.

D'Amblanc se preguntó cuántos más, en un momento como aquél, renunciarían al espectáculo para cumplir con su deber.

Se imaginó la carroza verde del alcalde de París, rodeada de jinetes, sables y picas. Capeto iría en el coche, rezando, con las manos juntas en el pecho. A su lado, el amigo sacerdote, nacido en Irlanda pero criado en Toulouse, que

lo había acompañado durante el juicio. Enfrente, dos gendarmes, que procurarían disimular su estupor.

A aquella hora la comitiva debía de haber llegado a San Dionisio.

D'Amblanc se guardó el reloj y apretó el paso en dirección contraria a la del gran bulevar en el que estaba escribiéndose la historia de Francia.

### 3

—¡Salvemos al rey!

Al oír aquella exclamación, el funcionario de la seguridad general Armand Chauvelin se volvió bruscamente.

—¡Allí! —les dijo a sus hombres, echando a correr.

En medio del bulevar había cinco individuos, con las armas desenvainadas.

No habría más de cien pasos, calculó Chauvelin, esforzándose por acelerar, pese a la migraña que lo atormentaba desde la mañana.

Cien pasos y capturaría a los cabecillas de la conjura.

De los muros de gente que había a izquierda y derecha llegaban voces de ánimo y risas.

—¡Valientes locos!

—¡Cogedlos!

—¡Y hacedlos picadillo!

—¡Si querían morir, antes acababan pegándose fuego!

—¡Y al menos nos calentábamos también nosotros!

Los tambores no habían dejado de redoblar, la carroza y la escolta no se habían detenido.

En cuanto estuvo lo bastante cerca para no fallar, Chauvelin asestó la pistola y le disparó a un hombre que llevaba un gabán amarillo, el que más destacaba.

El hombre se desplomó. Los demás huyeron. Con un giro brusco y a espadas, se abrieron paso por entre los guardias que flanqueaban el bulevar y se colaron por el hueco que dejaba la multitud en una bocacalle lateral.

Dos de ellos, a la desesperada, intentaron entrar en una casa, pero la puerta estaba cerrada y no tuvieron tiempo de forzarla. A uno lo acorraló la multitud y fue linchado a patadas y a puñetazos. El otro consiguió escapar sin que le arrancaran la bufanda con la que se tapaba la cara y que sólo le dejaba

descubiertos los ojos. Los otros dos se zambulleron de nuevo en la multitud y, como nadadores expertos, la remontaron en dirección al cortejo.

Éste detuvo la carrera de Armand Chauvelin, que debió apartarse para dejar paso primero a la escolta y luego a la carroza.

La mirada del policía penetró en el habitáculo y captó el perfil del pasajero. Era la sombra del hombre que había sido, el bulto trémulo de un ser invertebrado, un caracol que se mete en su concha, asustado.

Cuando el cortejo pasó, Chauvelin se quedó mirando, impotente, el bosque de cuerpos que se había tragado a los fugitivos.

Se le acercó uno de sus hombres.

–Se nos han escapado tres.

–Uno era el jefe, apostarí a lo que fuera –dijo Chauvelin bajando la pistola–. ¿Y los otros?

El subordinado señaló los dos cadáveres que yacían en el empedrado, rodeados de gente.

–No podrán decirnos nada.

Armand Chauvelin hizo una mueca de disgusto. Aquella noche había cerrado el cerco que tenía tendido para desbaratar la conspiración monárquica. Antes del alba, los agentes del comité habían detenido a los conjurados en sus casas, uno tras otro. Eran doscientos hombres, que se habrían situado a lo largo del recorrido del cortejo con la intención de soliviantar al pueblo y liberar a Luis Capeto. Por desgracia, no había tenido tiempo de interrogarlos debidamente y sobre el lugar exacto de la cita había varias versiones. Un poco más y la victoria habría sido completa. En cambio, estaba seguro de que el cabecilla había escapado y ninguno de los interrogados parecía conocerlo. Era un hombre inteligente que no había dejado que sus sicarios lo vieran.

El agente Chauvelin ordenó que se llevaran los cadáveres. Notaba que el dolor de cabeza, agazapado tras el ojo derecho, empezaba a irradiarse por toda la cabeza.

Nosotros, nosotros te contamos lo que pasó, nosotros que estábamos en la plaza de la Revolución. Los demás te lo contarían –a lo mejor lo han hecho

ya— como sabe hacerlo cualquiera, o séase, a toro pasao, después de ver en los libros estampas de Doña Guillotina y de Robespierre y mapas de batallas, y viendo desgranarse los años como si fueran olivas, 1789, 1793, 1794. Uno sabe de antemano cómo acabó la cosa —total, ¿cómo iba a acabar pa gente como nosotros?— y lo cuenta desde fuera, muy serio, como si lo viera desde lo alto de una torre.

Eso nos hubiera gustao levantar aquel día, una torre de madera pa poder ver desde arriba, por encima de los tejaos de los edificios más altos. Estábamos apretujaos, como sardinas en lata, aunque, eso sí, por lo menos calentitos, o a lo mejor es que nos lo parecía, por aquello de que mal de muchos consuelo de tontos. El caso es que no se veían más que espaldas y cogotes, y pa colmo los viejos se agarraban a uno pa no caerse. Los pequeños se subían a hombros de los abuelos y los de atrás les gritaban que se bajaran, que no era espectáculo pa niños.

Por eso se nos ocurrió lo del puente, pero como había poca madera y menos cuerdas, decidimos hacer un puente de cháchara, de mucha cháchara, y de tanto hablar el puente se hizo torre, una torre más alta que la iglesia de Nuestra Señora y que la torre de Babel.

—¡Qué torre ni qué ocho cuartos! —dicen unos—. Con unos zancos sobra. ¿Pa qué subir tan alto pa ver cortar un melón?

Y los aspirantes a carpinteros dicen:

—¡Dejemos de pensar que ese melón es el centro de Francia! Empieza un mundo nuevo y los verdaderos republicanos han de estar en lo alto de la torre, viendo a la protagonista de hoy, que es la gente piojosa y llena de remiendos, el pueblo hambriento y sucio pero en pie, sediento de sangre, como una soberbia fiera corrupta.

Algunos aplauden, porque no les parece mal dicho, y uno dice que la torre valdría más pa mirar lejos.

—Porque mientras aquí nos cargamos a Luisillo, nuestras tropas combaten al enemigo en Bélgica, defienden la revolución, dan de palos a los esbirros de otros reyes, príncipes y nobles, gentecilla que va poniendo las barbas a remojar porque ve que en el país vecino los que eran súbditos ya no lo son, y los que eran reyes dejan de serlo, vamos, dejan hasta de ser.

Le decimos que Bélgica está muy lejos pa poder verla desde una torre de la plaza de la Revolución, pero el otro ni caso, se ve que está inspirao.

—Pa torre —prosigue—, la que se podía hacer pa atar globos aerostáticos y

enviar observadores volantes a donde combaten y caen nuestros soldados, y de paso les dábamos la buena nueva de que...

—¡Que viene el verdugo! —exclama uno, y devuelve a todos a tierra, al suelo.

—¡Quia! Si ése es el alcalde.

La gente alarga el cuello como si fueran pollos o jirafas, pa ver por encima de la apretada masa de espaldas y cogotes, y se pone de puntillas como si fueran malas bailarinas, y comenta y blasfema toda junta que no se entiende nada, más que alguna palabra o frase:

—¡A muerte!

—Con permiso...

—Con permiso un cojón, que no estamos en misa.

—¡Ay!

—¡Toma, pa que aprendas a no empujar! ¿Pues quién te crees que eres?

—A ver, ¿llega o no llega Luis? Que tengo los dedos como chuzos.

—¡Eh, miradle la mano! ¡Si parece una bota!

—Eso no es el frío, es gangrena.

—¡Mentira! Mira cómo muevo los dedos.

—Sí, sí, muévelos, pero del bolsillo no los sacas...

En esto se oye un follón, es una noticia que corre de boca en boca y todos se pasan, como el mal de ojo o un constipao.

—Sí, sí, como lo oyes, los han pescao y metido en el trullo a todos.

—¿Y cuántos eran?

—Pues quince o veinte. Y voceaban: «¡Viva el rey!»

—¡¿Quién es el hijoputa que ha dicho «¡Viva el rey!»?!

—¡Yo, pero lo decían otros!

—Yo los he visto. ¡Llevaban cada espada! ¡Se los han comido vivos con botas y sombrero! Y si alguno se ha librao, seguro que lo mandan pal otro mundo ahora mismo, después de Luis.

Y venga risas y vivas, voces y guiños, lágrimas de alegría y de rabia. Lo que ocurría en Bélgica, en las fronteras del imperio y en los mares, dependía de lo que pasaba allí, delante de todos, en el tablao de Doña Guillotina.

Pero entonces ocurre una cosa extraña.

Aparece la carroza y se hace un silencio sepulcral.

No se oye respirar ni por arriba ni por abajo, como si nos hubieran tapao la

boca y el culo. Hasta los vendedores ambulantes se callan y dejan de pregonar sus altramuces y sus garbanzos tostaos.

Parece mentira que tanta gente pueda estar tan en silencio. Se oye incluso el chirrío de la portezuela que se abre.

Ahí está el menda Capeto. Es un hombrecillo grueso, piernicorto y narigudo. Sí, tiene la nariz grande como nosotros, pero la diferencia está en cómo la lleva él. A nosotros nos estorba y él la saca palante como si fuera el mascarón de un barco. Y de repente, como a una señal, vuelven los insultos, gritos y berridos.

—¡Muerte al rey!

—¡Traidor! ¡Sanguijuela!

—¡Lameculos de los austriacos!

—¡Achís!

—¡Salud!

—Gracias. Es este frío maldito. Eso faltaba, que cayera enfermo por ver morir a Luisillo y me fuera yo también pal otro mundo.

Luis se había quitao la chaqueta y en camisa debía de tener un frío del copón, porque estaba temblando como un azogao, o a lo mejor no era el frío sino el acojone de morir. El caso es que le hicieron subir la escalera y arriba lo esperaba el verdugo, Sanson, que le quitó la corbata y le cortó la coleta con unas tijeras. Este Sanson está hecho todo un sastre y un barbero, y lo prepara a uno pa bailar con la de la guadaña.

Algunos se pellizcaban:

—¿Es verdad lo que veo?

—Sí, compadre, esta vez sí. Peor pa los que no están, que se pierden el espectáculo.

El hombre del traje gris abrió los ojos de pronto, como si del mundo de la vigilia le hubiera venido un pensamiento y lo hubiera sacudido en medio de las nieblas del sueño y del vino. Se observó la punta de los pies y luego el resto del cuerpo: aún llevaba el disfraz de Scaramouche. Miró al lado y vio un montón de faldas. Junto a él, Colombina dormía profundamente. Le acarició el pelo, recordando la juega de la noche anterior, pero el

pensamiento que lo había despertado produjo en su mente como una iluminación:

–¡Cáspita! ¡El rey!

Colombina despertó y se incorporó bruscamente.

–¿El rey? ¿Dónde?

Scaramouche abrió mucho los ojos y prorrumpió en maldiciones.

–¡En la calle!

Colombina dio un grito, saltó de la cama y corrió a la silla en la que había dejado su ropa.

–¡Deja eso, no hay tiempo! –le gritó Scaramouche, cogiéndola del brazo.

–¡¿No nos quitamos el disfraz?! –preguntó la actriz, aunque ya metía el brazo por la manga del gabán que el otro le pasaba.

Bien abrigados, corrieron hacia la puerta del teatro, atravesando bastidores y el escenario vacío. En la calle los dejó un momento congelados la brisa matutina y, cuando reanudaron la marcha, a punto estuvo Colombina de resbalar en un charco helado. El hombre de gris volvió a mentar a los santos, cogió a la chica de la mano y echó a correr, apartando a los transeúntes con el bastón de escena y gritándoles que abrieran paso. Seguidos por los insultos llegaron al cordón policial que impedía el paso a la plaza. Scaramouche chocó contra una barrera de fusiles y acabó de culo en el suelo. Se levantó, empezó a sacudirse el barro del abrigo.

–¡Ciudadano, tenemos que entrar en la plaza de la Revolución!

El miliciano chascó la lengua.

–No cabe ni un alfiler. Si te dejas pasar, le aplasto los huevos al que esté al pie del cadalso.

–Pero queremos verlo.

–Y yo, ciudadano. Pero aquí me toca estar, para evitar que la plaza reviente.

–¡Maldita sea! –despotricó Scaramouche en su lengua de origen.

Arrastrando a Colombina, buscó un acceso sin vigilar por las callejas adyacentes, pero no había nada que hacer: los soldados bloqueaban todas las entradas. Nunca se había visto en París tal despliegue de fuerzas.

Colombina temblaba.

–Tengo frío, Léo –dijo, porque éste era el verdadero nombre del actor. Ella, Colombina, también tenía un nombre: sin disfraz ni maquillaje se llamaba Colette. A decir verdad, tenía otros nombres, consistentes en

diminutivos íntimos poco convenientes, sinécdoques de partes de su cuerpo que designaban toda su persona; sólo que había que quererla mucho para poder usarlos, como la quería Léo, que tiritaba a su lado, en medio de la niebla de enero. Los trajes de escena que llevaban debajo de los abrigos eran de algodón fino, muy ligeros, para que los actores no sudaran mientras actuaban.

—Léo, me muero de frío —se quejó otra vez Colette, arrugando aquella carita que tenía.

No hacía falta que se lo dijera, él también tenía el trasero helado. Buscaron un zaguán donde cobijarse y allí, abrazados estrechamente, empezaron a frotarse uno a otro la espalda y los brazos, para hacer que circulara la sangre.

Mientras lo hacía, Léo se decía que todo París estaba allí asistiendo al gran espectáculo, del que se hablaría durante siglos, y él no tenía un sitio ni en el gallinero.

Algunas circunstancias inesperadas causan en los seres humanos reacciones extrañas, y una de éstas tuvieron Léo y Colette en aquel cobijo fortuito. El frío, la rabia y todo aquel frotamiento se combinaron en una mezcla explosiva y no tardaron las manos, calientes de tanto frote, en abrirse paso bajo las ropas, con cuidado de que no entrara el frío pero sí todos los dedos; y lo demás lo hizo el instinto natural y el movimiento de caderas.

## 6

Desde donde estaba, Marie Nozière veía una figurilla redonda, con unas piernas finas y torcidas, que se tambaleaba. Entre aquella figura y ella se extendía un mar de cofias, sombreros y gorros frigos bajo los cuales vaheaba el pueblo de París. Marie ya había visto al rey, de más cerca, el día de la marcha a Versalles, en la que participó, el año de la toma de la Bastilla. Lo había visto asomado al balcón del palacio, con la reina y Lafayette. Un día y una noche bajo la lluvia tuvieron que pasarse para que aquellos tres se mostraran al pueblo. Su amiga Annette cogió una pulmonía y a punto estuvo de pasar a mejor vida.

La idea de marchar a Versalles para obligar al rey a mudarse a París y estar más cerca del pueblo y de la asamblea nacional fue de las mujeres, por mucho que ahora no quisieran recordarlo algunos y le dijeran al sexo débil

que se quedara en casa porque ver decapitar a un rey no era espectáculo para mujeres. ¡Qué puñetas! Aquel día de hacía tres años las mujeres clavaron en picas las cabezas de los guardias para demostrar que París no bromeaba. ¡Quién iba a imaginarse que se reunirían en aquella plaza para ver rodar la cabeza del rey! Si el buen hombre se hubiera quedado en París, en vez de intentar escapar y buscar refugio en casa de algún pariente austriaco de la reina...

Un tirón que dieron a su falda la obligó a mirar abajo.

—¡Mamá, que no veo! ¡Súbeme!

Marie resopló.

—Pesas mucho.

—¡Es que no veo! —se quejó el chiquillo.

Era un montoncito de huesos, piel y músculos jóvenes vestido con ropas holgadas, pero ya le llegaba a los hombros. Esto le daba idea del tiempo que había pasado desde que lo echara al mundo.

—Quiero ver.

Le tapó la boca, se empinó sobre las puntas de los zuecos y estiró el cuello. El rey estaba diciendo algo. De hecho, se dirigía a la multitud. Marie tuvo la impresión de que todos aguzaban el oído para oír las que serían las últimas palabras del rey y lo mismo hizo ella. Oyó la palabra «acusación». Oyó la palabra «Francia». Pero el verdugo Sanson y sus ayudantes arrastraron al rey al banco y lo tendieron en él.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Marie a los que tenía delante.

Se volvió una mujer con cofia. No era ni joven ni vieja.

—Que no se arrepiente, que maldice a sus verdugos y que su sangre nos salpicará a todos.

—No creo que llegue aquí —añadió un hombre unas cabezas más allá.

—¿Es que estáis sordos? —repuso otro—. Ha dicho que es inocente y que su sangre es la sangre de Francia...

—¡Anda, calla! Ha dicho que nos perdona a todos —sentenció un tercero.

Perdonara o no, el rey tenía ya el cuello en el agujero.

Marie notó que le tiraban otra vez de la falda.

—¡Súbeme, súbeme!

El chiquillo quiso encaramarse y ella le dio un pescozón.

El jadear de los dos amantes atrajo a uno de los habitantes de la casa, que acudió agitando el puño. No se sabe si lo hacía porque estaba excitado también, porque quería imponer respeto a las buenas costumbres o porque estaba escandalizado de que se hiciera aquello en un día tan solemne. En el primer caso habría sido un envidioso; en el segundo, un mojigato, y en el tercero, un monárquico.

Léo, que estaba próximo al arretrato, encontró odiosas las tres hipótesis y, sin dejar de arremeter contra Colette, impidió que el canalla se acercara asestándole en el pecho el bastón de Scaramouche.

—¡Quieto o te muelo a palos!

Refunfuñando y quejándose, el hombre dio tres pasos atrás y desapareció en la oscuridad del zaguán.

El grito de gozo de Colette lo ahogó un clamor más potente que una salva de cañones. El pueblo expresaba su alegría. Léo no quiso ser menos y acompañó su orgasmo gritando a pleno pulmón:

—¡Viva la República!

Todos dejamos de respirar cuando la mano de Sanson soltó la cuerda y... ¡zas! Sonó un ruido seco, de esos que hacen que encoja uno la cabeza como las tortugas. Fue un instante, y luego se oyó un clamor y empezaron a volar sombreros por el aire, que luego no todos encontraron el suyo, aunque ¡qué más da! ¡Era el día! Un miliciano de la guardia nacional levantó la cabeza de Luis y nos la enseñó, chorreando sangre. Algunos de las primeras filas se pusieron perdidos de sangre, y capaces son de no quitarse las manchas en lo que les queda de vida, pa llevarlas por ahí como si fueran medallas. Sanson arrojó el gabán del rey a la gente y enseguida lo hicieron jirones, porque todos querían llevarse una reliquia, una miaja de tela del último rey de Francia. No es que echen de menos la monarquía, al revés; es pa farolear diciendo: «Yo también estaba, yo también estaba aquel día en que por una vez, por una bendita putísima vez, el hacha la tenía el pueblo y el rey estaba debajo.»

Volaban papelillos, papelillos pa la historia, aquello parecía el carnaval, y unos se pusieron a cantar, mejor dicho, unas, porque eran un grupo de mujeres que chillaban tanto que aína nos arrancamos todos a cantar también. No tenemos palabras para describirle a quien no estaba lo emocionante que era aquel momento, pero lo cuento con las palabras que puedo.

Figúrate el cuadro: toda la plaza, llena a reventar, cantando «La marsellesa». Unos lloran, otros ríen, y hasta los mudos cantan, quiero decir que mueven los labios, aunque no se oiga nada, y hasta los ciegos tiran el sombrero, no será que luego van a encontrarlo, tendrán que volver a casa con el cogote al aire, pero ¡qué más da! ¡Es el día! Nuestro día. Hoy viene al mundo la República, pero de verdá.

¿Y luego?

Ahora te cuento lo que pasó luego. No lo que cuentan todos, sino lo que vimos nosotros.

## 9

–¿Y bien? ¿Cómo os sentís? ¿Notáis alguna mejoría?

–Sí, doctor, ahora respiro mejor –aseguró la mujer con los ojos cerrados y en el tono de voz típico del sueño magnético.

Bien, pensó D’Amblanc, que tenía las manos abiertas a un palmo de los cabellos castaños de la señora Girard y aspiraba el perfume que emanaban. Jazmín, concluyó, llenándose otra vez las narinas de él.

–¿Cuánto tiempo deseáis permanecer en ese estado?

–Treinta minutos –contestó la dama.

D’Amblanc se sorprendió.

–Es el doble que las otras veces. ¿Puedo preguntaros el motivo?

–Porque hoy estáis distraído y el efecto es menor. Vuestra mente está lejos.

–Tenéis razón –admitió D’Amblanc, esforzándose por no pensar en los tambores que se oían en la calle–. Procuraré hacerlo mejor.

Cerró los ojos él también, para concentrarse.

–De todas maneras necesitaré treinta minutos –repitió ella–, pero no haciendo lo de siempre.

–¿Qué queréis decir?

–Creo que me vendría muy bien una friega.

D'Amblanc tragó saliva.

Según la terapia sonambulista que él había aprendido, el doctor debía tener las manos quietas sobre un determinado punto del cuerpo del paciente, o como mucho moverlas en torno de él, a una distancia de tres o cuatro dedos. Sin embargo, también debía seguir al pie de la letra lo que le indicara el sonámbulo, por ser éste quien mejor conoce su malestar y los remedios que pueden curarlo. Si el sonámbulo fijaba el día y la hora de la sesión, el magnetista debía presentarse puntualmente. Si el sonámbulo proponía una cura, el magnetista debía aceptarla.

—Como gustéis —contestó al fin D'Amblanc. Puso las manos en la espalda de la mujer y empezó a moverlas rítmicamente—. ¿Tendré que hacerlo durante treinta minutos? —preguntó, para engañar la excitación.

—Creo que sería mejor centrarse en la sede de la enfermedad —contestó la sonámbula—, y como mi problema es el asma... —las manos de D'Amblanc se detuvieron en seco—, creo que lo mejor será concentrarse aquí —continuó la mujer, tocándose el diafragma— y aquí detrás, en la parte correspondiente de la espalda.

D'Amblanc notó que el corazón se le aceleraba y, mientras seguía las instrucciones que su paciente acababa de darle, se preguntó por qué una mujer casada le pedía ciertas cosas. ¿Combatían realmente el asma aquellas caricias? ¿O eran para curar otra clase de malestar? ¿Y si en realidad obedecía a algún deseo del terapeuta que éste le hubiera transmitido a través del flujo magnético? A Franz Anton Mesmer, el padre del magnetismo, lo acusaban a menudo de manipular a sus pacientes.

Por los cristales de la ventana llegó el eco de un clamor lejano.

—¡Dios mío! —exclamó la dama, despertando de golpe del sueño magnético. Se dio la vuelta y pareció que el doctor fuera un amante que ciñera por el talle a la amada. Ruborizado, D'Amblanc retiró las manos y la señora Girard cerró los ojos, la frente se le perló de sudor y volvió a respirar con sofoco.

D'Amblanc ordenó a la criada que abriera la ventana para que entrara un poco de aire. Se frotó las manos, puso una en la frente de la dama y la otra en la espalda y en unos segundos la paciente respiró con normalidad.

—¿Se os ha pasado? —preguntó D'Amblanc unos momentos después.

—Sí, se me ha pasado.

Cécile Girard abrió los ojos, que eran de un verde primaveral, y a D'Amblanc le pareció que los veía por primera vez.

–Dios tenga piedad de nosotros –murmuró la mujer. Y añadió–: ¡Viva Francia!

–¡Viva! –dijo el doctor.

10

Lejos de la plaza, el hombre de negro y el barón oyeron el grito inhumano de la plebe y supieron que lo irreparable había ocurrido. Escondidos en una buhardilla, en medio de una oscuridad que sólo la luz grisácea que se filtraba por un ventanuco hendía, se hicieron el signo de la cruz.

–Roguemos por el alma de su majestad –dijo el barón.

Se arrodillaron, juntaron las manos, agacharon la cabeza y empezaron a rezar un réquiem. Cuando acabaron, el de negro se asomó por el ventanuco y miró los tejados de París. A lo lejos se oía la maldita canción de «La marsellesa».

Hasta aquel momento habían tenido suerte, pero no podían quedarse mucho más tiempo.

–Mi señor, debéis salir de la ciudad cuanto antes. Si han descubierto el plan, sospecharán de vos.

–No tienen indicios –respondió el barón.

–No podéis correr el riesgo –insistió el de negro–. Debéis marcharos.

El barón entrecerró los párpados.

–Así que no tenéis intención de seguirme. ¿Por qué?

El de negro contestó sin dudar.

–Porque uno de nosotros ha de quedarse. Aún tengo contactos en la ciudad. Puedo recoger información y observar lo que ocurre.

El otro asintió.

–Os buscarán. No os darán cuartel.

–Encontraré un lugar donde esconderme y esperaré el momento de actuar.

Por la ventana se oían débilmente las últimas estrofas de la canción.

–Después de lo que ha pasado hoy, ese momento podría tardar –dijo el barón.

El de negro lo sabía. Sabía lo que le esperaba, y la idea de pasar por aquella prueba desesperada lo enardecía más que lo asustaba. Pero conocía

también que no podía dejarse llevar por aquel sentimiento. Necesitaría toda la frialdad y la lucidez de las que fuera capaz.

–La prisa es nuestra enemiga. Debemos saber esperar. –Se inclinó a medias–. Si no volvemos a vernos... Ha sido un honor, mi señor.

Se dieron la mano.

–El honor ha sido mío. Dios os proteja, caballero.

No añadieron nada más. El barón salió y el otro oyó sus pasos crujir escalera abajo. Luego se hizo el silencio. No se oían ruido ni cantos. Pero no le cabía duda de que la canalla de la plaza, allá lejos, estaría celebrando el regicidio con bárbaro desenfreno. Todo el día y toda la noche bebería, comería y cantaría con frenesí, y copularía y concebiría, y llenaría las calles de París con sus narices monstruosas y deformes.

Esperó unos minutos, para dar tiempo al barón a alejarse, y luego descendió por la misma escalera y se mezcló con la gente. Captó retazos de una conversación que mantenían unos labriegos tocados con gorro frigio:

–¿Habéis oído al Capeto? Nos ha maldecido a todos.

–¡Quia! Nos ha perdonao como hizo Jesucristo en la cruz.

–¡Yo estaba delante del cadalso, mirad la sangre que me ha salpicao! ¡Ha dicho que acabaremos todos ajusticiaos!

El de negro pensó que era lo que tendría que haber hecho Luis cuando vivía, acabar con toda aquella gentuza: un soberano sin coraje es la ruina del estado.

Muchas cosas debían cambiar para que el pasado tuviera un futuro.

Marie Nozière llevaba a su hijo de la mano. Quería asegurarse de que la seguía a casa y no se escabullía entre la gente para pasarse el día vagabundeando. En la calle, la gente tiraba al aire el sombrero, se besaba, se abrazaba. Las tabernas y bodegas estaban llenas. Los que vendían felicidad en frascos y botellas hacían su agosto, pensó Marie. En las callejuelas, la gente evacuaba la vejiga, que el frío, la cerveza y el vino ponían a dura prueba: los hombres, de pie, contra las paredes, a chorros; las mujeres, acucilladas, formando riachuelos que salían de debajo de las faldas.

El rapaz se rió y se ganó otro pescozón.

En la puerta de casa había ya un grupo de mujeres con cofias, faldas y escarapelas.

La recibieron con un abrazo estrecho y caluroso en medio del frío del día.

—¿Lo has visto bien?

—¡Quia! —contestó Marie—. Una cosa pequeñita.

—Pues a Sophie le ha manchado el pañuelo.

La tal Sophie mostró la prenda como si enarbolara un estandarte.

Otra le dio con el codo.

—Si supieras lo que le ha prometido a Sanson si le daba la coleta del rey...

—La cola del rey por la del verdugo. ¡Y menuda cola! —dijo otra, riendo soezmente.

Marie las fulminó con la mirada.

—¡No habléis así delante del crío, joder!

Y le dio una bofetada al hijo, como si él tuviera la culpa. El chiquillo quiso protestar, pero temió que la madre le diera otro sopapo y prefirió callar.

—¿Y tus lindas palabras sí puede oír las, señora? —se burlaron las otras.

—Pero hay que celebrarlo.

—Sí.

—Claro que sí, ¡mecachis!

De pronto enmudecieron, porque reconocieron al hombre que se acercaba.

—Cuidado, que viene el poli —dijo una en voz baja.

—Tranquilas —repuso Marie—. A éste lo conozco y no hace nada.

La amiga se encogió de hombros:

—Pues para mí que algún bocado te daba con gusto...

Marie no hizo caso.

—¿Qué buscas por aquí, Treignac?

Las mujeres lo fulminaron con la mirada. Lo llamaban Treignac, como el pueblo de Corrèze en el que había nacido. En realidad se llamaba Passounaud, pero casi nadie lo sabía. Él mismo se presentaba como Treignac.

Contestó con otra pregunta:

—¿Estabas en la plaza?

—No, estaba bañándome en el Sena. ¿Y tú? ¿Vienes a prendernos?

—No, es que... —dijo el hombre rascándose la cabeza—. Venía por si querías brindar.

Y se sacó del gabán una botella de vino, esbozando una media sonrisa.

Marie señaló a las compañeras.

—¿A qué esperamos? Brindemos.

Treignac la miró con aire frustrado, pero ella le arrebató la botella.

—¡Viva la República! —exclamó. Dio un trago y se la pasó a las otras. La botella pasó de mano en mano y de boca en boca, con un «¡Viva!» en cada trago, hasta que volvió, casi vacía, al punto de partida.

Bebió Treignac. Marie señaló al chiquillo.

—¿Y a mi Bastien no le das?

Cuando el chiquillo hubo bebido a su vez, Marie invitó a casa a las amigas.

—Tú espérate aquí —le ordenó a su hijo—. Como cuando salga no te encuentre, te la ganas.

Dicho esto, giró la llave en la cerradura y entró, seguida de las demás, que se reían de Treignac y le decían chuscadas. La puerta se cerró.

El hombre sonrió y le revolvió el pelo al muchacho.

—Dime, ¿has visto la cabeza?

El otro se sorbió la nariz.

—No, señor —dijo—. Estaba muy bajo.

El hombre le guiñó el ojo y se inclinó.

—Sansón es amigo mío —murmuró con aire cómplice, sacando del bolsillo un jirón deshilachado—. Me ha guardado un trozo de la chaqueta del rey. Toma, te lo doy.

El muchacho se quedó mirando la reliquia como encantado. Luego alargó la mano roja de frío y tomó el jirón de tela. Treignac se marchaba, pero Bastien lo cogió del gabán.

—¡Llévame contigo, Treignac!

—¿A qué?

—A pillar a los amigos del rey. Conozco todos los caretos de San Antonio, los tengo grabados aquí. —Y se dio unos golpes en la frente—. En mí nadie se fija y yo me fijo en todos.

Treignac sonrió.

—Y buena lengua tienes también... —Pareció evaluar los pocos kilos de piel y huesos que tenía delante—. Y la nariz llena de mocos. —Al final añadió—: Espérame aquí y hablamos.

Y se fue por donde había venido.

El muchacho se sentó en el escalón y empezó darle vueltas al jirón de tela real. Aquello sí que duraría. Más que una mancha de sangre en un pañuelo y más que un mechón de pelo.

Acto primero  
Azúcar y libertad

CONVENCIÓN NACIONAL  
Presidente: Rabaut de Saint-Étienne

Extracto de la sesión del jueves, 7 de febrero de 1793  
(año II de la República Francesa)

*CHÉNIER*, en nombre del comité de instrucción pública:

Los reyes auspician las letras por orgullo; pero las naciones libres han de patrocinarlas por espíritu de reconocimiento, de justicia y de sana política. No vengo aquí a proclamar esta verdad para provecho de los franceses y de los legisladores; vengo, en respuesta a una petición que me ha hecho vuestro comité de instrucción pública y en su nombre, a pedir que esta gloriosa nación se interese por la suerte de un anciano extranjero, literato ilustre, que considera Francia su patria desde hace treinta años, y cuyo talento ha conquistado la estimación de Europa.

Me refiero a Goldoni, autor sabio y moralista, al que Voltaire llamó «el Molière italiano» y al que el antiguo régimen hizo venir a París en 1762. Desde 1768 disfrutaba de una pensión anual de cuatro mil liras, pero lleva sin percibir nada desde el pasado julio, y, así, uno de vuestros decretos ha reducido a la indigencia a este anciano octogenario que, con escritos excelentes, ha honrado a Francia y a Italia. Con ochenta y seis años, y sin más recursos que el buen corazón de un nieto que comparte con él las escasas ganancias de un duro trabajo, va a la tumba entre enfermedades y miserias, pero bendiciendo al cielo por morir siendo ciudadano francés y republicano.

Compartiréis sin duda, ciudadanos, la emoción que ha sentido vuestro comité de instrucción pública.

Si, a veces, os veis forzados a ser rigurosos en nombre de la nación francesa, sentid también que es necesario dar ejemplo de generosidad. Tenderéis una mano auxiliadora a un anciano víctima de una suerte adversa que encarna lo más sagrado que para vosotros hay en el mundo: la virtud y el genio. No os demoréis en decidiros, pues la naturaleza no admite dilaciones y vuestra beneficencia podría llegar tarde dentro de unos días.

En consecuencia, os propongo el siguiente proyecto de decreto:

La Convención Nacional, tras escuchar a su comité de instrucción pública, decreta lo que sigue:

Art. 1. La pensión anual de cuatro mil liras concedida a Goldoni en 1768 se la pagará en adelante la tesorería nacional.

Art. 2. Lo que se le deba de dicha pensión desde el pasado mes de julio se le irá pagando a medida que él lo requiera.

La Convención acepta este proyecto de decreto y ordena que el informe conste en el *Boletín*.

## ESCENA PRIMERA

Los reveses del destino

*6-7-8 de febrero de 1793*

### 1

–¡Mas es más bella la aventura sin ayer y sin mañana, con el mundo entre las manos, do ir y do venir!

Scaramouche terminó su parlamento con los brazos levantados y Léo Modonnet, el actor que lo encarnaba, desapareció por el foro en medio de una salva de aplausos.

El teatro estaba lleno por tercer día consecutivo. No era de extrañar, pensó Léo, cuando corre la voz de que en un escenario de segunda categoría, entre tanto figurante, actúa un actor de primera que debería estar en la Comedia Francesa y para ver al cual habría que hacer cola y pagar un dineral.

Sin embargo, los colegas no lo recibieron como se esperaba. En sus rostros, en lugar del debido reconocimiento y admiración, vio pintada tristeza, desánimo, abatimiento, y se preguntó si no sería aquello una prueba más del abismo que, en achaque de talento, lo separaba de sus compañeros.

Pidió explicaciones a Colette: al menos ella sí estaría orgullosa de su hombre.

–Ha muerto Goldoni –le contestó la mujer sin levantar los ojos.

–¿Carlo Goldoni? –le preguntó Léo, más para tener tiempo de asimilar la noticia que porque dudara de la identidad del fallecido.

–Nos lo ha dicho Hugo al poco de salir tú a escena.

–¡¿Y por qué no me habéis interrumpido? –se enfadó Léo—. ¿Cómo se puede actuar en un momento así?

Movió la cabeza, sin dar crédito. Los labios repitieron en voz baja, un par de veces, el nombre del maestro. Los recuerdos se agolparon en su mente: Bolonia, Villa Albergati... Eran recuerdos infantiles, evocaciones lejanas, pero que había ido enriqueciendo y embelleciendo con el tiempo, gracias a lo

que le contaban los adultos. Mucho se había hablado de aquella visita, la última que hizo el abogado Goldoni a la finca del marqués. El maestro iba camino de París pero se había detenido en Bolonia un mes, gran parte del cual lo había pasado en cama, por culpa de un reuma recurrente.

El actor volvió a verlo en París muchos años después. Goldoni estaba viejo y tuerto, pero seguía siendo un hombre sabio y brillante, como siempre...

Léo volvió a la realidad e hizo señas de que abrieran el telón. El segundo acto empezaba con él y el público lo recibió con entusiasmo, pero Léo levantó los brazos y agitó las manos como diciendo: «No, no, esperad.» Cuando se hizo el silencio en la sala, respiró hondo y dijo:

–Ciudadanos, acabo de enterarme de que hace un momento, mientras aquí actuábamos y reíamos, un hombre noble moría solo y pobre en su casa de París: el gran Carlo Goldoni, el Molière italiano, que se va dejándonos huérfanos de su genio...

El nombre de Goldoni levantó un rumor en la sala, pero Léo no se dejó distraer:

–Un maestro, un rey entre sus iguales, que sufrió los reveses del destino, fue privado de la pensión y muchas veces poco comprendido.

El rumor dejó paso a los insultos, el público pareció dividirse en dos bandos e incluso algunos llegaron a las manos. Léo vaciló, perdió un momento el hilo de lo que estaba diciendo pero luego prosiguió con renovada vehemencia:

–Cuando un hombre brillante como él declina y desaparece, los que quedan en la sombra tienen el deber de rendirle honores. Nosotros, súbditos suyos en el reino del arte...

Una silla voló por los aires y se estrelló contra el escenario. Por la distancia a la que cayó, Léo juzgó que no iba destinada a él, pero se dijo que mejor era irse de allí.

–Nosotros, decía, seguiremos actuando en su honor. Pero no esta noche. No. Ahora es la hora del luto y del recogimiento. Ciudadanos, la representación termina aquí.

Cuando salía, y junto con otros objetos que no se tomó la molestia de identificar, volaron también numerosos improperios. Paradójicamente, los que más voceaban y más violentos parecían eran los que pedían calma.

Ya entre bastidores, Léo pensó que el alboroto se debía a que el público,

aun en un momento de luto tan grave, quería verlo representar aquel papel del que todo el mundo hablaba, y no improvisar una elegía.

El dueño de la compañía acudió agitando los puños.

—¿Te has vuelto loco? ¡Ahora querrán que les devolvamos el dinero! ¡Cincuenta sueldos para cien personas por lo menos! El empresario nos demandará.

—Goldoni ha muerto —replicó Léo— y yo esta noche no actúo.

La cara de los colegas expresaba aprobación.

Léo entendió: esperaban que tuviera un gesto, que tomara alguna decisión.

—Iremos todos a casa del maestro —propuso— y le tributaremos el homenaje que merece.

Las voces que se oyeron a su alrededor le confirmaron que había interpretado correctamente el deseo de sus compañeros.

—Es nuestro deber.

—Sí, señor.

—Una idea encomiable.

—Un faro se ha apagado.

Y con estas palabras y otras parecidas, todos de consuno, salieron a la calle por la puerta trasera.

Hasta la calle de San Salvador había una buena caminata, pero Léo no se sentía cansado. Ese día había comido poco y mal, pero ahora caminaba a buen paso, al frente de los colegas, vestidos todos con ropas extravagantes, con escarapelas tricolores bien a la vista, por las calles de una ciudad helada y con pocas ganas de dormir.

Colette se esforzaba por seguir su paso, por caminar a su lado, aunque para eso tenía que correr a trechos, sujetándose las faldas.

—¿Ahora por dónde?

—No me acuerdo bien, Léo. Creo que es a la derecha.

Con una zarabanda de pensamientos en la cabeza, Léo torció por donde le habían dicho. Al contrario de los demás, que caminaban deprisa moviendo los brazos, Léo lo hacía cabizbajo y con las manos a la espalda, lo que le daba un aire de taciturna autoridad.

—Aquí es —dijo Colette—. San Salvador debe de ser la próxima.

El grupo se detuvo un momento ante la casa de Goldoni, en silencio,

mirando a las ventanas, como si de allí arriba pudiera venir un hálito, un espíritu, una voz. Por uno de los cristales se entreveía una luz tenue. Alguien estaba velando.

Rompió el silencio una voz de barítono que sonó en medio del grupo.

—Y ahora que estamos aquí, ¿qué hacemos, Léo?

El interpelado se encendió.

—¿Qué hacemos? Nos recogemos, meditamos sobre el destino humano y el de nuestro arte. Lo primero es obligado siempre que muere alguien, y lo segundo..., lo segundo... —Léo pareció que contenía a duras penas el llanto, llevándose la mano derecha a la frente. Exhaló un hondo suspiro y prosiguió—: Que alguien... —miró a los lados—, que alguien pronuncie una oración fúnebre.

Las voces de respuesta se superpusieron.

—Pronúnciala tú, Léo.

—¿Otra? ¿No acabáis de oír una?

Y la voz de barítono:

—Que ya no estás en el escenario, Léo.

Con gran habilidad, Léo dirigió a los interlocutores tres miradas distintas: de agradecimiento, de pena, de más pena.

Miró de nuevo hacia arriba y Colette comprobó que la consternación era sincera. Una lágrima le resbalaba por la mejilla.

—Anda, Léo, vámonos —dijo la voz de barítono—, ya hemos llamado bastante la atención. ¿No ves lo que ha pasado?

—Lo veo, sí, Saint-Jacques, por eso os he metido prisa. Estábamos todos de acuerdo, ¿no? Creo recordar una voz que decía: «Sí, es un deber, un gesto obligado», y otra que lamentaba que se hubiera apagado un faro, una luz, una luz puesta en lo alto de un faro, el Coloso de Rodas... Y no era yo, Saint-Jacques.

—Tiene razón, Saint-Jacques, si hemos venido es por algo, y no va contra la ley homenajear a un gran hombre.

—Un hombre noble, sin igual.

Léo asintió. Empezó a rebuscarse en el bolsillo del gabán, cada vez más alarmado, hasta que se quedó parado, como si fuera un mecanismo al que se le hubiera acabado la cuerda.

—El libro —murmuró.

—¿Qué libro, Léo?

—¿Cómo qué libro? ¡Las *Memorias* de Goldoni! Me lo he dejado en el teatro. Hay que volver.

—¿Las *Memorias*? ¡Si son varios volúmenes en cuarto!

Léo palideció a la luz de la farola.

—Yo sólo tengo el segundo, el más importante.

—Ah, bueno. Pero estamos cansados y creo que el gesto de reverencia y homenaje ya está hecho.

Los dos hombres se miraron en silencio. El último que había hablado añadió, en tono diplomático:

—Improvisa, ¿no?

—No, amigos y colegas, no. Es mejor leer palabras que haya escrito el maestro, palabras que nos inspiren y guíen. Las mías no estarían a la altura.

—Pues ve tú, corre. —Colette hizo un ademán, como empujándolo—. Nosotros te esperamos aquí.

Se declaró una pequeña rebelión.

—¿Cómo que lo esperamos aquí? ¿Con este frío? ¿De noche?

—Espéralo tú si quieres. Y congélate.

—Va, Léo, improvisa. Como antes. Será un gran discurso.

—Sí, pero de prisa.

Por toda respuesta, Léo giró sobre sus talones y echó a andar a paso ligero en la dirección por la que habían venido. Pero a los pocos pasos una voz lo detuvo.

—Alto ahí, ciudadano. Y vosotros también, quietos todos.

Era una cuadrilla de la policía. Léo reconoció a uno que se había sentado en la primera fila del teatro. El hombre lo señalaba cuchicheándole al jefe.

—Ciudadanos, quedáis todos detenidos por alteración del orden público.

Dos agentes lo alcanzaron y le sujetaron los brazos, cada uno por un lado. El jefe se le plantó delante. Era un sujeto de huesos anchos y rasgos vulgares.

—¿Sois vos Léo Modonnet, el actor?

—Sí, yo soy. Pero no he hecho nada.

—Con las manos tal vez no, pero con la boca sí y mucho. Nos ha costado Dios y ayuda poner orden en el teatro.

Léo miró con desprecio al hombre que los había conducido hasta ellos, el que había estado sentado en la primera fila. El jefe prosiguió:

—Conque andando. O por las buenas o con grilletes, como queráis.

La vasta sala principal del presidio estaba llena de gente. Los actores de la compañía pudieron tomar asiento: había bancos de madera y sillas viejas, y en una pared un gran espejo. Aquello debió de ser la residencia de algún aristócrata, convertida ahora en cárcel. O más que en cárcel, en lugar donde meter a la gente en espera de juicio. Los actores se dividieron en grupos. Interrogaban con la mirada a los demás detenidos y no obtenían por respuesta más que miradas inexpresivas. Aunque el lugar estaba lleno de gente, Léo se sintió solo, aislado.

La zona de las mujeres estaba separada por lo que parecía una maroma de barco y por unos agentes que tampoco salían nunca de allí. Aunque, claro, ellos se turnaban, pensó Léo. Buscó los ojos de Colette. Los encontró, pero esos ojos lo rechazaron después de un instante de contacto. Colette volvió la cara y Léo se sintió contrariado. Estuvo tentado de llamarla a gritos, pero luego pensó que eso no haría sino empeorar la situación, que ya prometía hacerlo por sí sola. Lo mejor que podía hacer era acostumbrarse a aquella prisión. Se tumbó en el banco que el policía le había asignado. Era un banco duro, de madera mal cepillada, porque notaba nudos debajo de la rabadilla. Se movió, se acomodó, se sosegó. Su mirada se perdió en el alto techo abovedado, pero su oído estaba atento y captaba palabras, retazos de frases, y algunos se referían a él. Un colega estaba diciendo algo a media voz y entendió claramente unas palabras: «Maldito», «Italianos», «Pasarse de la raya», «Aquí estamos»...

Pasó la noche, el aire se cargó del olor de los cuerpos, se respiraba mal, las ventanas estaban tapadas con tablones. Al final de un vago duermevela, Léo vio frente a sí la cara de uno de los agentes que lo sacudía sin contemplaciones y le gritaba que se levantara, ¡rediós!, que iban a interrogarlo. Se levantó, pidió por señas que esperasen un momento y fue de prisa a mirarse al espejo. Los agentes lo siguieron y le confirmaron que sí, que estaba muy guapo y podía ver a Nogaret.

–Lo primero, ciudadano, es aclarar algunos datos. En el certificado de

civismo dice que nacisteis en «Boulogne», y en otros documentos, en «Bolonia», lo que me parece más probable, dado que os llamáis Leonida Modonesi, conocido como Léo Modonnet. Decidme, pues: ¿la Boulogne del estrecho de Calais, la Boulogne de Vandea o la Bolonia de Italia?

–Nací en Bolonia, Italia.

El funcionario registró el dato sin inmutarse.

–¿Sois espía del papa?

–¿Espía del papa? No, soy un actor, y bastante conocido, nunca me he dedicado...

–... más que al arte –concluyó la frase el funcionario–. Es lo que han dicho los demás, que os describen como a un exaltado y descargan en vos toda la responsabilidad del altercado que se ha producido en el teatro.

Léo suspiró. Era el momento de mostrarse como era: fundamentalmente un hombre que no tenía miedo.

–¿Os referís a la oración fúnebre que pronuncié anoche por el ciudadano Goldoni? Sí, fue iniciativa mía, pero completamente imprevista e improvisada, a la vieja usanza. La noticia nos llegó en mitad de la función y se me ocurrió... Pero eso es todo, ciudadano: una expresión de duelo por la muerte de un hombre noble.

Nogaret esbozó una sonrisa amarga. Tenía una cara triste, advirtió Léo, surcada por dos arrugas a ambos lados de la boca que lo asemejaban a un perro.

–Eso es lo que pasa cuando no nos dedicamos más que al arte, ciudadano Modonnet. No somos conscientes de las implicaciones que tiene lo que hacemos o decimos en el escenario o en la tribuna, en la calle, en la vida. Vuestras ambiguas palabras han excitado los ánimos y han perturbado el orden republicano. –Consultó el informe que tenía sobre la mesa–. Tanto énfasis en el «hombre noble», en el «rey entre sus iguales», en el «hombre brillante», en «nosotros, súbditos»... A mucha gente le ha parecido una clara alusión a la caída de la monarquía. El poder revolucionario respeta la libertad de opinión, pero hay que tener cuidado con lo que se dice: si resultarais culpable de hacer propaganda monárquica, vuestra libertad se vería en peligro, e incluso vuestra vida.

Léo renunció a observar que él no había pronunciado en ningún momento la palabra «arte». Pero como sí había pensado en ella, juzgó oportuno y útil adoptar un registro seguro.

–No me considero culpable ni lo soy, ciudadano. Soy fiel a la República y he celebrado la muerte del tirano.

Recordó la alegría que sintieron él y Colette la mañana de la decapitación de Capeto, pero desechó el recuerdo, porque no le pareció oportuno.

–Si me permitís, expondré los motivos profundos por los que pronuncié el discurso, que tienen sus premisas en la historia de mi vida.

Nogaret hizo una mueca.

–Os lo permito por lo que a los motivos del discurso se refiere, no desde luego por lo que respecta a la historia de vuestra vida. Ganas no me faltan de conocerla, pero sí tiempo.

–Algunas noticias tendré que daros –dijo Léo– o no se entenderá el porqué del discurso... Me refiero a las motivaciones sentimentales. Os bastará saber que conocí a Goldoni en mi más tierna edad. Cayó enfermo estando de huésped en casa del marqués Albergati, su buen amigo, en mi ciudad. Yo soy hijo de actores, mi padre dirigía una compañía que vivía cerca del teatro de la villa del marqués, y por eso...

El funcionario alzó la mano.

–Al grano, ciudadano Modonnet. Decidme las razones sentimentales, por usar vuestras propias palabras, del discurso, discurso de tenor cuando menos ambiguo, si no abiertamente sedicioso.

Léo asintió.

–Abreviando, señor..., digo, ciudadano: aquella gran alma, aquel gran ingenio, que renovó nuestro arte, me tuvo en sus rodillas cuando yo era niño. Y cuando lo vi de nuevo aquí en París, me habló con palabras que fueron una auténtica lección de vida.

–Entiendo. Un padre espiritual, pues.

–Vos lo habéis dicho, ciudadano. Un padre y un maestro.

–¿No os referíais, pues, a la situación política?

–En absoluto, ciudadano.

–¿Y qué os dijo Goldoni?

–Si no viene al caso, preferiría callármelo.

Nogaret se encogió de hombros.

–Lo preguntaba por curiosidad, pero sabed que podría obligaros a revelarlo si lo considerara oportuno. –Hizo una pausa y repasó el informe y la orden de arresto. Continuó–: Escuchad: no es que vuestras declaraciones me parezcan muy convincentes. La República vive un momento crucial y no puede

permitirse que sus ciudadanos se despisten..., si es que se trata de despistes y no de mala fe. –Alzó la mano para imponer silencio a Léo, que había abierto la boca para replicar–. Dicho esto, creo que lo que habéis dicho es sustancialmente verdad. O sea, que no saldréis muy mal parado. Pero ojo, mucho ojo, o me veré obligado a tomar medidas más drásticas.

Léo tragó saliva.

–Os doy las gracias, ciudadano.

–No hay de qué, ciudadano Modonnet. No os estoy haciendo ningún favor. Estoy haciendo justicia. Y, ya que estamos, andaos con cuidado en otro asunto. Los que oyeron vuestro discurso me han dicho que no era gran cosa, y que Goldoni merecía algo mucho mejor. Menos hipérboles, más sentimiento y sinceridad. Os he visto actuar en varias ocasiones, ciudadano Modonnet, y sí, debo decir que tendéis al histrionismo.

–¿De veras? –dijo fríamente Léo.

–Sí, Modonnet –contestó el funcionario con aire resignado–. Es la escuela italiana: técnica, estro, mistificación. Podéis marcharos.

–¿Estoy libre?

–No tan deprisa, Modonnet. De momento volved al presidio y esperad la orden de liberación.

#### 4

Esa orden no llegó hasta el día siguiente. A los demás los habían soltado enseguida, pues no habían hecho nada: no habían tomado la palabra y la excursión nocturna a casa de Goldoni no constituía un delito.

Léo se preguntó quién habría sido su sustituto en la representación de la noche anterior: quienquiera que fuese, el intérprete natural del papel volvía por sus fueros. Hacía un frío penetrante, pero lucía el sol y él estaba de buen humor. La afluencia de personas que esperaban interrogatorio no había cesado y el presidio estaba a reventar. También ahora que lo acompañaban a la calle había una larga fila de hombres y mujeres de todas las condiciones que aguardaban para enseñar el certificado de civismo o el pasaporte antes de que los encerraran.

De camino al teatro, pensó que era preciso llevar a escena una obra del maestro: ése sería el verdadero, el mejor homenaje. Sólo tenía que convencer

al jefe de la compañía, François Barbier, alias La Résistance, un hombre experto pero no brillante. Aunque estaba en ayunas, Léo caminaba a paso ligero, proponiéndose tener más cuidado y controlar más sus reacciones, y preguntándose qué comedia se adaptaba mejor a las características de los actores. Colette, por ejemplo, sólo estaba bien en papeles sin mucha exigencia, Saint-Jacques podría ser un buen Pantaleón, aunque algo corpulento, era verdad, y a los demás ya les buscaría algo. Conocían el oficio.

Llegó corriendo a la calle de la Mosca, a la que daba la puerta trasera del teatro, dispuesto a contarles a los colegas lo que acababa de ocurrírsele. Tenía que reconciliarse, porque después de todo les había hecho pasar un mal rato, aunque todo hubiera acabado bien.

A los pocos pasos, Léo abrió los ojos y se fijó en lo que veía.

La Résistance parecía estar montando guardia junto a un montón de trastos.

Estos trastos eran su baúl, su macuto, una maleta con unos trajes de teatro suyos.

Llegó junto al hombre y le preguntó:

—¿Qué hacen mis cosas aquí en la calle, Barbier?

—Esperándote, Modonnet. Ya no formas parte de la compañía.

Los demás actores salieron a la calle. A Colette la medio tapaba el corpachón de Saint-Jacques y Léo no pudo verle la cara.

—¿Por qué? Aunque ya me lo imagino.

—Pues si te lo imaginas, me ahorro las palabras.

Léo se dirigió a los demás en tono frío, tragándose la rabia.

—¿También vosotros opináis lo mismo, amigos?

—Lo que opinen ellos importa poco —contestó Barbier—. El dueño del teatro ha dicho que o tú o nosotros. Yo haría lo mismo. La taquilla perdida, dos espectadores en el hospital, no sé cuántas sillas rotas. Todo por tu culpa.

Léo se representó mentalmente la escena: él pidiéndoles uno a uno a los compañeros explicaciones por traicionarlo, con una voz entre rabiosa y suplicante. Fea escena, pensó. Un cliché que no había que repetir. Se limitó a hacer una pregunta retórica:

—¿Así que estáis todos de acuerdo?

Callaron.

Los ojos de Colette se encontraron con los suyos. Reprobación, una vaga tristeza, una suprema indiferencia: esto es lo que leyó Léo en ellos.

–Cobardes. No merecéis mi arte.

Ahora el problema era transportar todo aquello. El primer problema, en realidad, de una larga serie de ellos.

«JOURNAL DE LA RÉPUBLIQUE FRANÇAISE»  
de Marat, el Amigo del Pueblo  
diputado de la Convención Nacional

*ut redeat miseris, abeat fortuna superbis*

Del número 133, del lunes 25 de febrero de 1793

Es evidente que los capitalistas, los agiotistas, los monopolistas, los comerciantes de artículos de lujo, los aristócratas, los opositores, son todos, en mayor o menor medida, servidores del antiguo régimen y añoran los abusos de los que se aprovechaban para enriquecerse a costa de la nación. ¿Cómo van a contribuir, pues, a fundar el reino de la igualdad y de la libertad? Dado que es imposible cambiar su corazón, como demuestra el hecho de que todos los medios empleados hasta ahora para hacer que cumplan sus deberes han resultado vanos, y no esperando que los legisladores tomen grandes medidas para obligarlos a cumplir esos deberes, no veo otra solución, en aras de la tranquilidad del estado, que destruir por completo a esta maldita ralea, porque no cesará de conspirar contra el pueblo mientras viva. Hoy vemos cómo quieren golpear al pueblo aumentando exorbitantemente el precio de los artículos de primera necesidad y sembrando el miedo a la carestía.

Mientras la nación, cansada de estos desmanes repugnantes, no tome la decisión de limpiar la tierra de la libertad de esta caterva criminal, no debe sorprender que el pueblo, llevado de la desesperación, se tome la justicia por su mano. En aquellas tierras en las que los derechos del pueblo no son simples proclamas vanas y pomposas, el saquear unos cuantos almacenes y colgar de las puertas a los acaparadores pondría rápidamente fin a la especulación que reduce a la miseria a cinco millones de personas y mata de hambre a miles de ciudadanos. ¿Sabrán los diputados del pueblo poner remedio a estos males, en lugar de hablar tanto de ellos?

No podemos conformarnos con las medidas represivas de la ley, que no han dado ni darán resultado. Las únicas medidas eficaces son las revolucionarias. Y, en mi opinión, la que mejor se adapta a nuestras débiles

concepciones es dotar al comité de seguridad general del poder de buscar a los principales acaparadores y someterlos a un tribunal de estado, formado por cinco miembros de entre los más íntegros y honrados, que los juzgue por traición a la patria.

## ESCENA SEGUNDA

El libre mercado

25-26 de febrero de 1793

### 1

A las nueve de la mañana, Marie Nozière entró en la tienda del ciudadano Vaillant y pidió tres libras de jabón, diez velas y un pan de azúcar.

El tendero colocó en el mostrador una caja de madera y dos vasijas grandes. Sobre el plato de la romana puso un trozo de papel de estraza, pesó la mercancía con gestos precisos y anotó los números en el mostrador de madera con una tiza. Mientras sacaba la cuenta, notó una racha de aire frío que lo avisó de que entraban más clientas. Levantó la mirada, saludó a las recién llegadas una por una, cerró los tres paquetes y comunicó el total: nueve libras con quince sueldos.

Esto dio lugar al típico rosario de quejas: aquel dinero equivalía a cuatro días de trabajo de una buena costurera. Normalmente, estas quejas daban paso a alguna broma, pero aquel día ninguna estaba de buen humor.

Marie borró con los dedos la cuenta que había hecho el tendero, cogió la tiza, que aún rodaba por el mostrador, y escribió:

*Azúcar, 20 s.*

*Jabón y velas, 12 s.*

Trazó una raya recta que parecía hecha con el filo de un cuchillo, anotó debajo cifras y cálculos y al final dijo que pagaría dos libras y dieciocho sueldos.

–Como queráis –contestó Vaillant–. Por esa cantidad puedo daros..., veamos..., una cucharada de azúcar, cuatro velas y...

El tendero notó otra ráfaga de aire frío y vio que entraban cinco comadres más. En total había ya en la tienda diez o doce mujeres, que se apiñaban en el espacio que quedaba entre el mostrador y las estanterías.

–No entendéis –dijo Marie, dejando con violencia en el mostrador tres

asignados de veinte—. Ésos son los precios vigentes desde esta mañana.

—¿Desde esta mañana? ¿Y quién lo dice?

—Nosotras —se adelantó Georgette, señalando a sus compañeras.

El comerciante echó un vistazo a las nuevas tarifas que querían imponerle.

—Con esos precios no me sale a cuenta ni traer los sacos del almacén.

—De los sacos nos ocupamos nosotras —replicó Marie sonriendo—. Apuesto a que tienes sacos de harina, que no se encuentra en el mercado desde hace cuatro días.

El tendero dio un paso atrás, se puso las manos en las caderas y sacó la panza, como si quisiera escudarse tras ella.

—¿Estáis diciendo que soy un acaparador?

Marie se encogió de hombros y dijo, alzando la voz:

—Dadnos lo que pedimos al precio justo que pedimos y nadie dirá nada. Mejor dicho, dirán que sois un ejemplo... —buscó las palabras— de virtud pública.

Vaillant apoyó el codo en el mostrador y la barbilla en la mano con aire pensativo, mientras deslizaba la otra mano debajo y la sacaba empuñando una cuchilla de carnicero, que dejó en el mostrador. Las mujeres se estremecieron.

—¿Os parece bien este ejemplo, ciudadana Nozière?

Un chorro de agua sucia borró la expresión amenazante de su rostro.

—¡Toma! —exclamó Georgette.

El tendero se llevó las manos a la cara, se removi6, escupió y masculló varias veces: «¡Puaf!» Rápidaente, Marie le quitó la cuchilla. Detrás de ella, cinco jeringuillas apuntaban al hombre como pistolas listas para disparar más orina de caballo y agua cenagosa. A todo esto habían acudido más mujeres a la puerta y las del interior empezaron a romper cajas y vasijas y a picotear de lo que contenían.

Vaillant se dijo que más le valía ceder si no quería que le robaran o le destrozaran la tienda.

—Me rindo —dijo al fin, amenazado por la cuchilla que hacía un momento había tenido del mango—. Aquí tenéis vuestros paquetes, ciudadana Nozière.

Cogió los asignados del mostrador y, con mucha parsimonia, le devolvió el cambio: dos sueldos.

Apenas había despachado a una decena de clientas cuando el tendero

Vaillant oyó la voz de Treignac, que se abría paso entre las mujeres que hacían cola.

—¡Apartad, apartad! ¿Qué es este escándalo?

Habían ido a llamarlo al taller para que fuera a poner paz, y no había tenido tiempo de quitarse el mandil sucio del oficio. Treignac era, de hecho, zapatero, pero ejercía también de policía de barrio en nombre de la revolución, con toda la equidad de la que era capaz.

No le costó llegar al mostrador e interponerse entre las mujeres y el tendero.

Treignac ya sabía que Marie Nozière era una de las instigadoras de aquellos desórdenes, pero cuando la vio empuñando aquel utensilio afilado no quedó menos desagradablemente sorprendido. Primero, porque era la más tozuda de la sección, y, segundo, porque le hubiera gustado encontrársela en una situación más relajada.

La aparición del policía sí le alegró la cara a Vaillant, que exclamó lleno de gratitud:

—¡Comisario Treignac! Menos mal que venís. Estas arpías están robándome.

—¡Mentira! —gritaron algunas mujeres.

—Nadie roda nada —explicó Marie—. Compramos al precio de hace tres años, antes de que las sanguijuelas empezaran a forrarse a costa de matarnos de hambre.

Treignac se aclaró la voz. Era un hombre de acción más que de palabra, pero de camino se había preparado un sermoncillo.

—Todos queremos precios más bajos —dijo—, pero no se consiguen de la noche a la mañana. Está preparándose una ley para gravar a los ricos con un impuesto que permitirá tener pan barato. Hay que tener paciencia. ¿O acaso no queréis que los ricos paguen impuestos?

La parrafada pilló desprevenidas a las mujeres y Vaillant aprovechó para cargar las tintas.

—¡Por comprar la canela barata se impide el libre mercado! ¿Qué queréis, un gobierno que baje el precio del azúcar o un gobierno que garantice la libertad?

—¡Queremos azúcar y libertad! —contestó Marie, y enseguida la frase se convirtió en consigna.

—¡Azúcar y libertad! —exclamaron las demás—. ¡Azúcar y libertad!

–El azúcar es un bien de lujo –quiso razonar Treignac, en medio del vocerío–. Es normal que cueste más que el pan.

–Hace tres años costaba veinticinco sueldos la libra, ¡ahora cuesta cien!

–¡La culpa es de los acaparadores!

–¡Muerte a los acaparadores!

–¡Calma, calma! –dijo el policía, aplacando las voces con las manos abiertas–. Los acaparadores serán castigados. Pero debemos asegurarnos de golpear sólo a los sinvergüenzas. No podemos meterlos a todos en el mismo saco.

Vaillant metió otra vez baza, levantando el dedo, pese a la mirada gélida de Treignac, que con ganas habría prescindido de la ayuda del tendero.

–Nosotros los tenderos no tenemos la culpa. Nuestros precios dependen de los precios que imponen los proveedores.

–¡Ya basta, Vaillant! –rebatió Marie, esgrimiendo la cuchilla–. Hace tiempo que te tenemos echado el ojo: escondes la mercancía y luego la vendes a peso de oro.

El tendero se sonrojó y dio un puñetazo en el mostrador, pero antes de que pudiera decir nada intervino Treignac:

–Ésa es una acusación muy grave que hay que demostrar.

Marie amenazó al tendero con la cuchilla.

–Muy bien. Pues vamos al almacén.

Treignac quiso decir algo, pero las palabras se le atragantaban, mezcladas con la rabia. Cuando pudo calmarse tendió la mano:

–Sea. Pero tú dame esa cuchilla.

El policía y la mujer se encararon, inmóviles. A Treignac le pareció ver en la expresión seria de Marie una punta de satisfacción y, sí, tal vez también de gratitud. Tuvo que esforzarse por no sonreír.

La cuchilla fue depuesta sobre su mano abierta.

## 2

El almacén de Vaillant estaba detrás de los astilleros que ocupaban la orilla derecha del Sena.

El tendero, Treignac y Marie Nozière fueron por la calle de los Astilleros, seguidos a distancia por una multitud que iba aumentando a cada manzana.

Cuando llegaron ante el portón pintado de verde del almacén, el propietario abrió cuatro cerraduras distintas y quitó una cadena con candado.

Dentro, un tragaluz estrecho que recorría la pared de la derecha dejaba entrar la luz de la mañana, que los barrotes de una reja dividían en franjas. Pese a eso, el local estaba en penumbra, pero aunque los sacos, amontonados en el suelo, apenas se veían, resultaba evidente que eran muchos, tratándose como se trataba de un comerciante al por menor de un barrio popular, donde el comercio de especias no movía grandes cantidades de género.

Treignac pidió al tendero que encendiera un par de quinqués, y cuando el recinto estuvo más iluminado, el hombre se apresuró a dar explicaciones que no le habían pedido.

—A quien no entiende de abastecimiento —dijo levantando el dedo, como siempre hacía—, todo esto le parecerá mucho, pero debéis saber que los productos coloniales no llegan a París todos los días, como las berzas o las patatas del campo. Son productos que hay que adquirir con un mes de antelación y que por suerte se conservan bien: azúcar, café moca, vainilla, té Pondicherry, cacao, cosas que duran semanas, incluso años, como el vino. Si vais a un almacén de licores, veréis que también hay muchos toneles y botellas.

—¡Venga! —lo acució Marie—. Enseñanos qué hay en los sacos.

—¡Silencio! —le ordenó Treignac. Y dirigiéndose al comerciante—: Traedme los albaranes y el registro de pagos y enseñadme las mercancías correspondientes.

—Escuchad, Treignac —dijo el propietario—. Yo os agradezco que hayáis venido, pero os ruego que no me hagáis perder el día haciendo inventario de lo que almaceno aquí.

La voz de Marie resonó en el recinto.

—Podéis pedir ayuda a unos cuantos ciudadanos honrados.

Mientras el especiero hablaba, la mujer se había acercado a la puerta y ahora la abría, dejando que entrara, además de un raudal de luz, el bullicio de unas cien personas que se habían reunido ante la puerta.

—El ciudadano Vaillant —dijo Marie— quiere que lo ayudemos a encontrar los sacos de harina que tiene aquí dentro. No recuerda dónde los metió.

Treignac acudió corriendo. Al ver al policía, la primera fila dudó si entrar.

—¿Es eso verdad, Treignac? —preguntó un mozo de cuerda—. ¿Mi mujer lleva cuatro días sin harina porque Vaillant la esconde?

—No lo sabemos, Germain. Vamos a registrar el almacén, y si las acusaciones son verdaderas, la espada de la ley caerá sobre el culpable.

La frase le había quedado muy bien, pero no tuvo tiempo de felicitarse, porque enseguida comentó otro:

—¿Sabéis lo que ha escrito Marat esta misma mañana? Que en todas las tierras en las que los derechos del pueblo no son papel mojado, bastaría con saquear algún que otro almacén y colgar de la puerta a los acaparadores para acabar con los chanchullos de unos pocos que tienen a miles de personas en la miseria.

—¿Y tú cómo lo sabes, Philippe, si no sabes leer? —preguntó Treignac.

—Esta mañana no se hablaba de otra cosa en el mercado y allí la han pagado un par de ladrones como Vaillant. ¿Verdad, Renaud?

—Y tan verdad, Philippe. Vamos a buscar esa harina.

Los dos hombres franquearon decididos el umbral del almacén, seguidos de unas cuantas personas más. Los demás seguían sin resolverse y Treignac aprovechó para intentarlo otra vez.

—Pues yo sí he leído el artículo de Marat —dijo dándose una palmada en el pecho— y no dice eso que decís vosotros. Al contrario: dice que se necesita un tribunal para castigar a los que condenan al pueblo al hambre y que los ciudadanos más ricos deberán ponerse de acuerdo para...

—¡Mira, Treignac! ¡Aquí está la harina!

Treignac se interrumpió y, en medio del mar de sacos y cajas de madera, vio dos brazos que se levantaban y dejaban caer un polvo blanco, seguidos de muchos brazos más, que hacían lo mismo a medida que abrían los sacos de harina.

Al ver aquello, la muchedumbre de indecisos se precipitó dentro en bloque y ya sin vacilaciones, y pronto todo el almacén quedó envuelto en una nube de polvo. Los hombres se empujaban para llenar los sombreros y las mujeres se sujetaban las faldas para recoger la harina que a otros se les caía de los sacos al echárselos a la espalda.

Vaillant se abalanzó sobre uno que se iba tan tranquilo con un saco a cuestas. Cayeron al suelo en medio de una avalancha blanca y allí mismo se enzarzaron, rodando entre las estanterías, pero cuando Treignac intervino para separarlos, encontró sólo al especiero que, blanco de pies a cabeza, se restañaba un labio partido.

—¡Hay que llamar a la guardia nacional! —exclamó dirigiéndose al policía.

—Ahí la tenéis —contestó Treignac, señalando a un gendarme que salía del almacén con una pila de panes de azúcar en los brazos.

—¡Estoy arruinado! —gimoteó Vaillant sacudiéndose el chaleco—. ¡Lo que me roban vale miles de libras!

—¿Tantas? —replicó Treignac—. Pues entonces imagino que tenéis seguro. Presentad una denuncia con la relación detallada de cuanto os han robado, incluida la harina. Es más, será mejor que vayáis por vuestros papeles y me acompañéis a la comisaría. Aquí lo único que puede ocurrir es que os llevéis algún mamporro y yo no dispongo de bastantes hombres para defenderos. Os espero en la puerta, ciudadano Vaillant.

El policía no esperó la respuesta, que además no se entendía a causa del labio hinchado y del tartamudeo que le había entrado de pronto al especiero. Se metió las manos en los bolsillos y se marchó pensando en el informe que debía redactar para el ayuntamiento.

En la puerta se encontró con Marie Nozière, que trataba en vano de garantizar el justo reparto del botín. Eran pocos, en efecto, quienes parecían ver la incongruencia que suponía acaparar mercancía acaparada, y la mayoría de los saqueadores salían del almacén llevándose todo lo que podían.

—¿Has visto, Treignac? —le dijo la mujer—. Ya te decía yo que Vaillant era un ladrón. Ha tenido lo que se merecía.

—¿Estás segura? —contestó él—. ¿No pedíais la pena de muerte para los acaparadores y que la mercancía requisada se vendiera a un precio justo? Me parece que hoy no conseguiréis ni una cosa ni otra. Pero si os parece bien, disfrutadlo.

Y, diciendo esto, se apoyó de espaldas en el portón y observó cómo el pueblo de San Antonio hacía acopio de vainilla para los siguientes veinte años.

No acabamos de zurrar a los austriacos y a los alemanes y ya les declaramos la guerra a los albiones. No es ninguna novedad. Siempre estamos en guerra con Inglaterra, desde hace siglos, por tierra o por mar, en una u otra parte del mundo. La última guerra, hace diez años, parece que la ganamos, pero en realidad es como si la hubiéramos perdido, porque nos costó la

bancarrota. ¿Que por qué la hicimos, y por qué Luisillo les dio tanta pasta a los ingleses americanos contra los ingleses de Inglaterra? Pues más claro que el agua: por desquitarnos de la guerra anterior, en la que nos birlaron Canadá. Así llevamos desde los tiempos de Maricastaña.

Ahora que le hemos cortao el melón a Luis, los albiones se cabrean, ni que hubiera sido su rey. Pa ellos era un enemigo, pero como nos lo hemos cargao nosotros, que somos unos tocapelotas, todos esos aristócratas milores se sienten ofendidos. Claro, como que tienen a Jorge el Loco, aunque esté tan grillao que les tira mierda a sus ministros y mayordomos como si todos fueran iguales. Esto, visto desde arriba, será una vergüenza, pero desde abajo es pa mondarse..., siempre que se aparte uno, claro.

Conque aquí estamos otra vez, a la greña.

¿Cómo decía Saint-Just? «No son los hombres sino los estaos los que hacen la guerra.» ¡Anda! ¡Así se habla! El menda tiene pinta de buen mozo, pero la lengua y la pluma las usa como sables, no pa lamer culos, como hacen otros. Tampoco Robespierre estaba por la labor, y dicen que en la guerra mandan los generales, no los ciudadanos. Pero hay un pero: Brissot y sus amigos de la Gironda han dicho que sin guerra no hay revolución que valga, que o repartimos leña o nos la reparten. Hasta Danton ha querido reclutar a trescientos mil hombres elegidos a suerte, con los dados. O séase, seiscientos mil brazos pa currar. Y aún han ido otros más lejos, como Hébert, que quiere la pena de muerte pa los que se nieguen.

A lo mejor tienen razón. Aunque pa leña la que hay que repartir aquí en casa. Ojalá hubiera bastao con la cabeza de Capeto, pero ¡quia! Como dice el sabio: «¿Pa qué jugar a la pelota cuando se puede jugar al billar?» Y la canción: «La cabeza del rey / una siempre es. / Pero cuando sean más / hazlas a todas rodar.» Yo me las imagino rodando por las callejas de San Antonio pa abajo, hasta el río, pumba, pumba, pumba, hasta que vean la luz de la Libertá, como dirían los poltrones de la Convención.

Algunos melones sí que habría que levantarlos bien alto, pa que vieran mejor la luz, empezando por la de los acaparadores. Se las reconocería porque las mujeres les habrían arrancao los pelos y sacao los ojos. ¡Qué bichos son las mujeres! Peor que cuervos... Esta noche se las encuentra uno en la asamblea de la sección con un careto que mete miedo. Están en grupo que parecen un cuerpo solo, un bicho malo, con unas agujas de hacer ganchillo que parecen garras. Y no paran de moverlas, por cierto, pa arriba y

pa bajo, y cuando lo miran a uno todas a la vez se dice uno que lo que están cosiendo podrían ser sus tripas, toma, una bufanda de tripa pal señor. No paran de darle a la lengua y de bullir. Proponen las listas a los poltrones de la sección, pa que las pasen, las presenten, las propongan, pa que las voten en la Convención, vamos. Pero hay pocos buenos. Se presentó pa que lo eligieran Roux, el cura, que dice que Dios nos ha creao a todos iguales y no debe haber ni aristócratas ni ricos, pero no sacó bastantes votos. Donde sí lo eligieron fue pal ayuntamiento y allí al menos puede despellejar a todo quisque.

Y es que la libertá no la regalan, y si la regalan siempre piden algo a cambio que vale más. El que se muere de hambre ¿pa qué quiere la libertá? Cuando muramos seremos libres, dicen los curas de antes. Los hemos echao. Nuestro cura, Jacques Roux, el Rojo, dice que hasta que no nos libremos del hambre y la miseria seguiremos siendo esclavos. Y cuando alguien dice lo mismo en la asamblea, todas las mujeres mueven la cabeza con cofia diciendo que sí, que están de acuerdo. Habrá cosas que no les entren en la mollera a las mujeres, pero las que tienen que dar de comer a las criaturas son ellas, y no tienen pocas... Se azuzan unas a otras y luego la que habla por todas es Marie Nozière, que es viuda de guerra, el marido le desapareció en Valmy y la dejó con un crío... Un crío que no se sabe de quién es..., aunque ojo con llamarla de aquella manera, que una vez a uno que quiso hacerse el gracioso le clavó la aguja de gancho en un carrillo del culo. Se sabe que vino del sur siendo moza, con el mocoso al cuello y sin más que lo puesto, como tanta gente que huye de una vida más de mierda que la que vivimos aquí. Enseguida se puso a coser y aprendió a escape. Hasta ha cogido el habla y ahora no se la distingue de quien ha nacido y crecido en el barrio.

Mujer de armas tomar es la tipa, de buenas caderas, siempre con una escarapela en la pechuga. Le hace a uno pensar en el amor patrio que le haría si pudiera traspasar la trinchera de metales pa darle el beso fraternal de los republicanos. Algunos lo han intentao y han acabao peor que el del agujazo en el culo, que han tenido que coserle la nariz. Y gracias que no se la comió y la escupió.

Los hay que piensan que la culpa de que las mujeres estén tan chulas es de la ley del divorcio, porque antes los maridos las zurraban lo mismo borrachos que sobrios y ellas ni rechistaban. Pero de pronto traen esa ley y ahora a quien pega a la parienta no sólo le dan el pasaporte, sino que dice Saint-Just

que habría que mandarlo al otro barrio. Y la verdá es que más de uno se lleva las manos a la vez al cuello y a las pelotas.

El caso es que esta noche está la asamblea a reventar. Estamos más apretujaos que el día que le cortamos el melón a Luisillo. El aire se acaba pronto y empezamos a respirar sudor, aliento a ajo y olor a cuesco. Pero vale la pena, porque después del follón de estos días pasaos, tenemos que afilar la lengua como si fuera una bayoneta.

Los dos grandes hombres, Marat y Robespierre, han dicho que no es culpa del pueblo, que nuestra hambre es legítima (¡jódete!) y que hacemos bien en cabrearnos, pero que los héroes de la Bastilla no se sacrifican por un poco de azúcar (se dice pronto, si la tienes) y aún menos las heroínas de la marcha a Versalles. O séase, que tanta rabia pa na y agora aprovechan los provocadores pa echar leña al fuego, que dicen que son forasteros, agentes ingleses o hasta mujeres de otros barrios, que a lo mejor no son ni mujeres, sino tíos vestidos de tía, pa parecer más inocentes. Uno de los poltrones dice a grito pelao y más rojo que un tomate que los travestis agitadores no se han tomao la molestia ni de afeitarse y llevan cada barbuza...

Algunos miran a las costureras, que las hay con unos bigotazos y unas chuletas de aquí te espero, y enseguida salta la Nozière y dice, pa hacerle al diputao que se trague sus palabras, que qué provocadores ni qué niño muerto, que el hambre es el hambre y que lo que hay que hacer es imponer por ley un precio máximo. Y, si no, ¿pa qué puñetas está la Convención?

Uno de la sección dice que menudo negocio, que si se fija un precio máximo, los comerciantes empezarán a acaparar pa vender luego bajo cuerda en el mercao negro.

—¡Pues a éstos se los sube al carro con los aristócratas, porque son también enemigos del pueblo! —exclama la Nozière.

Las costureras corean: «¡Viva Marie la Templá!» como si le tiraran piedras a la cara al diputao que no sirve pa na, y todos los *sans culottes* dan palmas como descosidos.

Ahora toma la palabra un alfarero de la Puerta:

—La ciudadana Nozière tiene más razón que un santo... La gente no puede ponerse a saquear tiendas. ¡La autoridá tiene que buscar a los acaparadores contrarrevolucionarios y castigarlos!

Más claro, agua. Todo el mundo está convencido y busca a quien corresponde, mirando pa un lado y pa otro hasta que ven a Treignac, el poli,

que está junto a la puerta (¿dónde si no va a ponerse la pasma?), apoyao en la paré, con su tricornio y su escarapela, escuchando y diciendo que sí con la cabeza como un caballo amaestrao.

Pero entonces Marie Nozière dice, dando unas voces que se oyen en medio del runrún de la sala:

–Primero necesitamos la ley. Hacer la ley y aplicarla. La República no se hace con cháchara. ¡Si nuestros hombres valen pa diñarla en el frente, nuestros hijos tienen que poder comer!

Tiene razón pa dar y vender... Tanta que si la vendiera podría dejar de coser pa siempre.

#### 4

Cuando vio a Treignac con su hijo en brazos, Marie sintió que le daba un vuelco el corazón. Se llevó el mismo susto que cuando le dijeron que daban a Jacques por desaparecido en combate. O sea, muerto. O sea, que no habría más abrazos, ni canciones, ni amor los domingos. O sea, que estaba sola.

La vela que llevaba tembló. Dio un paso adelante, vacilantes las piernas, contenida la respiración. Pero entonces vio que Treignac sonreía y volvió a respirar. Bastien dormía con la cabeza apoyada en el hombro.

–Se ha dormido en la taberna de Férault –dijo Treignac.

Marie acarició la cabeza del hijo, que respiraba con la boca abierta, y le hizo señas a Treignac de que lo entrara en casa.

El policía depositó al niño en la cama, que estaba en un rincón del cuarto, y se limpió los mocos de la chaqueta mientras ella arropaba a su hijo.

Treignac observó la estancia. Estaba llena de telas, ovillos, agujas de ganchillo. Del hombre que había vivido con ella no quedaba ni rastro. Treignac usó la vela que ella había dejado en la chimenea para encender otra y que hubiera más luz.

–Gracias –la oyó decir aún vuelta hacia Bastien.

–De nada. Me he dicho que lo encontraría allí.

Marie se volvió y se encaró con él. Era mucho más baja que él pero lo miraba sin temor, como siempre.

–¿Lo has mandado tú?

–No. Pero lo conozco –contestó Treignac–. Deberías tenerlo más vigilado.

Se arrepintió nada más decirlo, imaginando que Marie pasaría al ataque, como solía. En cambio, se sentó en la cama con las manos en el regazo, unas manos menudas, fuertes, enrojecidas. Parecía cansadísima. Tenía menos de treinta años, pero ya le marcaban los ojos y las comisuras de la boca una serie de finas arrugas.

–Coso uniformes y hago punto diez horas al día. Por la noche voy a la sección. Dime cómo lo vigilo. A lo mejor tendría que atarlo, ponerle una correa como a los perros... Al menos contigo se gana algo. –Alzó la cara y él vio en su mirada el mismo destello que le había visto por la mañana, en la tienda de Vaillant–. Si le pasara algo...

El policía dio medio paso hacia delante, como si le estorbara su corpachón.

–Tranquila. Mientras esté conmigo no le pasará nada.

Marie seguía mirándolo como si quisiera averiguar si era sincero.

–Buenas noches, Treignac –dijo al cabo.

–Buenas noches.

Lo acompañó a la puerta y, cuando salió, cerró con llave y echó el cerrojo.

–Mamá... –oyó que la llamaban desde la cama en penumbra.

–Calla y duerme.

Se acuclilló sobre el orinal y meó. Se lavó las manos y la cara en una palangana, apagó las velas y se tumbó en la cama junto al hijo.

–Mamá... ¿Jacques ya no volverá?

–No.

–¿Y mi padre?

–Como si no existiera. Y ahora duérmete, te digo.

Después de unos instantes de silencio, el niño susurró en la oscuridad:

–A mí me gusta Treignac.

Extracto de  
MEMORIAS PARA LA HISTORIA Y FUNDAMENTO  
DEL MAGNETISMO ANIMAL  
de Armand-Marie-Jacques de Chastenet de Puységur (1784)

*Creed y quered*

Al defender la causa del magnetismo animal, no hago sino defender la de su célebre inventor. En mi intento de dar alguna noción sobre la causa que me mueve a actuar, no verá el señor Mesmer, espero, sino el celo ardiente que me anima para mayor gloria suya.

No pretendo ilustrar la teoría del magnetismo animal ni entrar en el debate sobre sus analogías con el sistema del mundo: sólo el señor Mesmer puede emprender tamaña tarea. Lo que me propongo, sencillamente, es decir cómo procedo para curar ciertas enfermedades y cómo se verifican en muchos enfermos los efectos sorprendentes e inesperados de los que tanto se habla.

Creo que existe un fluido universal que mantiene viva a toda la naturaleza. Creo que ese fluido está en constante movimiento en la tierra. La única idea palpable que tenemos de ese fluido es la electricidad.

El magnetismo mineral debería darnos una idea menos palpable, pero más cierta; pues ¿cómo puede moverse una aguja imantada sin que nada la impulse? El magnetismo animal constituye la mejor prueba de la existencia de este fluido universal y en constante movimiento y ofrece a la humanidad un medio seguro para curar la mayor parte de sus males.

El ser humano, como todo lo que existe, está también lleno de fluido universal y puede ser considerado como una máquina eléctrica animal, la más perfecta que existe, porque el pensamiento, que regula todas sus acciones, puede conducirlo al infinito.

Si la base de mi sistema es verdadera, el hombre no necesita accesorio alguno para obrar de manera saludable sobre sus semejantes, pues nuestra electricidad animal tiende siempre a ir allí donde la dirige nuestra voluntad.

Como ocurre con la electricidad artificial, nuestras puntas, es decir, los dedos, pueden liberar el exceso de fluido que tienen ciertos enfermos, y la

mano puede infundirlo allí donde falta; aunque tampoco son necesarios gestos especiales para obrar con éxito sobre nuestros semejantes.

Nuestra organización eléctrica es tan perfecta, que sólo con la voluntad se pueden producir fenómenos que, aunque perfectamente físicos, parecen milagrosos.

## ESCENA TERCERA

El magnetista

*24 de marzo de 1793*

1

–Relajaos. No abráis los ojos y escuchad sólo mi voz. Imaginaos el flujo magnético yendo de una de mis manos a la otra y pasando a través de vos. Una corriente cálida y benéfica. ¿Cómo van las jaquecas?

–Hay días que me vuelven loco. Otros me dan un respiro.

–¿Y esta mañana cómo os sentís?

–Siento que el dolor podría venir de un momento a otro.

–¿Por qué lo decís?

–Hay un obstáculo que obstruye el flujo magnético.

–Muy bien. ¿Y conocéis su origen?

–Sí. Mi fracaso.

–¿Por qué lo decís?

–Por un sueño. Una serpiente cruza el sendero, yo la corto en dos con mi espada, pero la mitad de la cabeza se desliza por un hoyo y escapa.

–¿Sabéis qué significa?

–Desbaratar una conjura sin decapitarla es como proclamar la República sin eliminar al rey.

–¿Os referís a la conjura para salvar a Luis XVI?

–He cortado la cola de la serpiente. La cabeza está buscando otro cuerpo en el que injertarse. La revolución sigue amenazada. Sólo quien esté dispuesto a perderlo todo estará a la altura de ella.

–¿Y quién establece esa altura?

–La historia. Hubo pueblos libres que cayeron de más alto.

–¿Estabais a favor de la condena a muerte del rey?

–Comparto la admonición de Saint-Just y de Robespierre: o la República o Capeto. La monarquía se fundaba en el derecho de sangre, luego había que

derramar sangre. Para algunos no basta, la sangre de Capeto sigue corriendo por las venas de sus familiares y todo aristócrata es un potencial enemigo. Marat exige cien mil cabezas. Marat es un loco, pero parece dispuesto a hacer cualquier sacrificio, y el pueblo de París lo venera.

–¿Lo envidiáis por eso?

–Lo temo.

–¿Por qué?

–Porque él no teme nada.

–¿Cómo va el dolor ahora?

–Al empezar el tratamiento aumentaba, ahora parece que disminuye.

–Muy bien. Vuestros nervios se han relajado. ¿Creéis que podemos dejarlo por hoy?

–Sí.

## 2

El doctor Orphée d'Amblanc, sentado al escritorio, esperó a que el agente Chauvelin se pusiera la chaqueta.

–Si pudierais vencer vuestra resistencia, alcanzaríais un sonambulismo más profundo. La mente adquiriría una mayor inteligencia del estado de salud general y podríais proporcionarme más información para mejorar la terapia.

–Resignaos, D'Amblanc. La resistencia persistirá.

Chauvelin se plantó delante del doctor después de coger su bolsa de cuero de la silla. No había muchos más muebles: un armario, una cómoda llena de frascos y, en la estancia contigua, otro armario y la cama.

–Es una práctica benéfica –insistió el doctor–, ya deberíais saberlo.

Chauvelin terminó de abotonarse la chaqueta.

–Muchos piensan lo contrario. El hecho de que yo me fíe de vos no significa que todos los magnetistas obren de buena fe.

D'Amblanc se levantó, sirvió dos dedos de licor en un par de vasos y ofreció uno al agente de seguridad.

–No existen los magnetistas –le aclaró–, sólo existe el magnetismo. Cualquiera puede usarlo, si quiere. Sólo hay que adquirir la técnica y cierto hábito mental.

–Eso es precisamente lo que me preocupa –concluyó Chauvelin.

La mano de D'Amblanc indicó la bolsa que el otro llevaba.

–Tengo el presentimiento de que parte de esa preocupación está ahí dentro.

Chauvelin esbozó lo que parecía una sonrisa.

–Eso se llama clarividencia.

–Oh, nada de eso –replicó D'Amblanc–. Nunca habíais venido con nada más voluminoso que un morral. La novedad me ha llevado a formular una hipótesis.

Las voces de una vendedora de periódicos turbaron el silencio de la estancia, pese a que la ventana estaba cerrada. Chauvelin dio un sorbo de licor y se pasó la lengua por los finos labios. Cuando las voces cesaron, sacó de la bolsa un librito y lo dejó en la mesa. En la portada del libro decía:

Jacques-Pierre Brissot  
SOBRE LA CONTRARREVOLUCIÓN DE LOS SONAMBULISTAS  
París, 1791

–Imagino que conocéis el contenido de este panfleto.

D'Amblanc asintió. Recordaba bien la alarma que Brissot había sembrado. Visionarios y vírgenes llorando eran un peligro para la Nueva Francia. Eran cosas terribles si no fuera porque el autor metía en el mismo saco a farsantes, mesmeristas, sonámbulos y posesos. Utilizaba un fenómeno inquietante para renegar de su pasado de magnetista y curarse en salud con vistas a una brillante carrera política.

Chauvelin esperó a que el médico terminara de hojear el opúsculo.

–Con lo que está ocurriendo en Vandea –continuó–, más de un diputado está convencido de que Brissot tenía razón. La rebelión monárquica empezó con las profecías de un papista que decía que hablaba con la Virgen María.

D'Amblanc movió la cabeza con aire de suficiencia.

–El magnetismo animal es una terapia. Sirve para curar a las personas, no para ver santos.

Chauvelin metió otra vez la mano en la bolsa y sacó unos folletos. En las primeras páginas figuraba el sello del comité.

–Estos informes vienen de Auvernia. Cuentan casos... –el agente de seguridad buscó la palabra apropiada– insólitos. Mis superiores sospechan que tienen que ver con la acción de magnetistas y sonambulistas. –Se encogió

de hombros—. También puede ser una mera conjetura, yo no estoy capacitado para juzgar. —Clavó los ojos en el médico—. Quizá usted sí.

—¿Yo? —preguntó D'Amblanc.

El policía ladeó levemente la cabeza, como estudiando a su interlocutor.

—Haría falta investigar sobre el terreno —dijo.

Siguió un momento de silencio, el tiempo que tardó D'Amblanc en reponerse de su estupor.

—¿Me estáis pidiendo que vaya a Auvernia?

—Os lo pide el comité de seguridad general —precisó Chauvelin.

—Pero yo soy médico, no policía.

—Vos domináis la técnica y tenéis cierto hábito mental —replicó Chauvelin, volviendo sus propias palabras contra él—. ¿Quién mejor que vos?

—¡Es absurdo! —rebatió D'Amblanc.

—¿Absurdo, decís? —Chauvelin enarcó una ceja—. Los departamentos de Auvernia son de los más turbulentos, refractarios y beatos de la República. El pasado febrero, durante el sorteo de la leva, estallaron desórdenes en todas las poblaciones. Dos seminaristas aprovecharon para exhortar a los campesinos a enrolarse en el ejército de Dios y del rey. La guardia nacional tuvo que sitiar una alquería en la que se habían atrincherado unos aldeanos enfervorecidos y armados con horcas que prefirieron morir antes que rendirse. El comité teme que estalle otra revuelta como en Vandea. ¿Os parece absurdo que quiera neutralizar la acción de agentes monárquicos que pueden influir en la gente con prácticas magnéticas?

Mientras exponía los argumentos, el tono de Chauvelin había ido enfriándose cada vez más. D'Amblanc buscó algo que objetar.

—Yo tengo mis clientes aquí en París. No puedo abandonarlos de pronto. Además, ¿qué creéis que puedo descubrir allá?

El agente de seguridad miró a D'Amblanc por encima del vaso.

—Todo o nada. Dicho entre nosotros, doctor, creo que no tendréis mejor ocasión para tranquilizar a quien mira con recelo la doctrina del magnetismo animal y vuestras prácticas sonambulistas.

señora Girard. Pasó por delante del taller de un carpintero que había al otro lado de la calle, y en el que unas mujeres fabricaban fusiles para la República. El carpintero estaba en la guerra, defendiendo la patria. D'Amblanc saludó, aunque sin aplaudir, como hacían quienes suplían la falta de convicción con grandes muestras de entusiasmo. Las mujeres contestaron con chistes y comentarios obscenos. No lejos de allí, la vendedora de periódicos seguía voceando su mercancía, a la vez que agitaba el diario de Hébert.

—¡Padre Duchesne monta en cólera contra el rey de España, amigo de los Capeto y de todos los aristócratas! ¡Padre Duchesne celebra que Francia haya declarado la guerra a los españoles! ¡Un enemigo más para Francia es un triunfo más para la libertad!

En la primera página se veía la viñeta que representaba a Padre Duchesne, «vendedor de estufas», con una pipa y un rollo de tabaco en forma de zanahoria, y al pie se leía: «Yo soy el verdadero Padre Duchesne, ¡jodeos!»

D'Amblanc aligeró el paso. No necesitaba fijarse en el camino y podía dejar que sus pensamientos se enredasen y desenredasen libremente. Era como si aquellos pensamientos pudieran verse, como si formaran una nube que lo envolvía y obligaba a los transeúntes a apartarse. Podían decir: «Abrid paso a un hombre que está reflexionando sobre una cuestión muy seria, de la que podría depender nuestro destino.»

Sólo uno lo llamó y quiso que se detuviera, suspendiendo aquel torbellino de ideas. Al volver la esquina, D'Amblanc casi tropezó con los trastos de un ropavejero, que ocupaban media calle. El hombre lo saludó. Era un confidente de la policía. Hacía buen negocio con mercancía rara: lirios de Francia despegados de Dios sabe dónde, estatuas de santos, coronas, mitras, estucos. D'Amblanc sorteó un escudo nobiliario que había en el suelo, entre una rueda de carro apoyada en la pared y una estatuilla de madera de San Sebastián. Los colores, otrora vívidos, se reducían a manchas dispersas. Al santo le faltaba la nariz y parte de la cara.

—Ciudadano, deteneos y echad un vistazo —lo invitó el ropavejero—. Tengo de todo.

D'Amblanc contestó sin detenerse, con un ademán y unas palabras.

—Gracias, ciudadano, pero llevo prisa.

Aunque no podía correr más que sus pensamientos. Torció otra esquina y se encontró con un grupo de curiosos de variada condición, hombres y

mujeres, que asistían a un espectáculo callejero. Un presunto científico iba a demostrar los prodigios de la electricidad, utilizando unos gorriones.

Había una máquina de fricción consistente en un disco de vidrio que giraba dentro de un bastidor y rozaba cuatro cojinetes de cuero. Haciendo girar el disco por medio de una manivela, se creaba un fluido eléctrico que un tubo de latón transmitía a una botella de Leyden, donde quedaba almacenado. Cuando el hombre dejaba de accionar la manivela, cogía una vara de madera, uno de cuyos extremos estaba atado a la botella y el otro terminaba en dos puntas de cobre. El charlatán acercaba este extremo a un gorrión, que recibía una descarga eléctrica que lo aturdía. El hombre describía con palabras grandilocuentes la acción y sus efectos y luego repetía la operación: manivela, botella, vara y gorrión fulminado.

D'Amblanc observó que el pájaro perdía el conocimiento y luego volvía en sí, temblando, dentro de su pequeña jaula. El hombre anunció el gran final proponiendo la demostración «definitiva» de los poderes del fluido. El gran final consistió sencillamente en suministrar al gorrión una descarga tan fuerte que lo mató en el acto, haciendo que saltara y cayera al suelo de la jaula patas arriba. El público aplaudió y el «científico» pasó el sombrero y recogió unas monedas.

D'Amblanc decidió seguir. La moda científica que había dominado en los años anteriores a la revolución no parecía decaer, al menos en la calle. Apresuró el paso y siguió pensando en la conversación de la mañana. Acabó comparando la bolsa de Chauvelin con la caja de Pandora: algo que habría sido mejor no abrir.

A la propuesta del agente de seguridad no había contestado ni sí ni no. Había pedido tiempo. Quería leer los informes y meditar qué hacer.

Procuró descubrir en las palabras de Chauvelin un significado oculto, un mensaje cifrado, pero no lo consiguió.

Tenía una mano puesta en el vientre de la mujer, por encima del ombligo, a apenas medio palmo del seno y del pubis, y la otra en la espalda, en la región lumbar. D'Amblanc procuraba no acercar su cuerpo al de la paciente, pero aun así el perfume de ésta lo envolvía. Cécile Girard estaba sentada en una

silla sin brazos, con la espalda separada del respaldo para que el terapeuta pudiera introducir la mano. Testigo de la magnetización era la anciana criada, que, como siempre, estaba haciendo ganchillo junto a la ventana. D'Amblanc intentaba no pensar en su presencia y concentrarse en la paciente. La señora Girard respiraba regularmente y tenía los párpados cerrados y los labios entreabiertos, por los que se adivinaba una dentadura perfecta.

—¿Notáis el bien que os hago? —preguntó D'Amblanc.

—Sí, seguid, os lo ruego.

—Vos decidís cuándo interrumpimos el tratamiento. ¿Percibís el calor del fluido?

—Sí. Me traspasa de parte a parte.

D'Amblanc movió imperceptiblemente los dedos y notó, a través de la tela del vestido, el estremecimiento que recorría a la mujer. Se detuvo. La vieja criada movía las agujas cada vez más despacio: tenía la cabeza ladeada, estaba adormilándose.

D'Amblanc volvió a concentrarse en la paciente. Observó su perfil, sus orejas pequeñas, el ligero vello de la nuca.

—¿Queréis decirme la causa de vuestro mal? —preguntó.

—Quizá podría deciros lo que os turba a vos, doctor —contestó la mujer.

D'Amblanc acusó el golpe y se ruborizó.

—No es de mí de quien debemos hablar —se defendió—, sino de vuestra asma. ¿Qué lo provoca?

—Un desequilibrio del fluido.

D'Amblanc consideró la respuesta.

—¿Y a qué pensáis que se debe ese desequilibrio?

Silencio.

D'Amblanc dudó si repetir la pregunta. Insistir no era un buen método. Miró otra vez a la vieja criada. Dormía, arrullada por algún grato sueño, a juzgar por su expresión beatífica.

El perfume era más intenso que nunca.

Decidió volver a intentarlo.

—¿Podéis decirme qué obstaculiza la buena circulación del fluido magnético?

Esta vez la respuesta fue inmediata.

—La mentira.

Ahora fue D'Amblanc quien se quedó callado. En ninguna de las sesiones

anteriores había hablado la señora Girard de otra cosa que no fueran sus trastornos: falta de apetito, tristeza, accesos de llanto.

—¿Podéis ser más precisa? —preguntó.

—Vivo rodeada de mentiras. Son como mi segunda piel.

D'Amblanc no entendió, pero sabía que al sonámbulo hay que seguirle la corriente para que la autodiagnosís dé resultado.

—¿Cómo puede interrumpir el flujo magnético y afectar a vuestros pulmones un factor tan aleatorio?

—La mentira no es aleatoria, doctor —contestó ella—. Es algo concretísimo, que nos corroe por dentro. No olvidéis que soy la mujer de un abogado.

D'Amblanc disimuló su estupor. Luego, sin pensárselo dos veces, preguntó:

—¿Creéis que se puede actuar sobre la causa del desequilibrio?

De nuevo se hizo un silencio. El salón de la señora Girard parecía aislado del mundo. Lo único que se oía eran los leves ronquidos de la criada.

La mano de la señora Girard le rozó el muslo. Después de un momento de vacilación, D'Amblanc aumentó ligeramente la presión que ejercía sobre el vientre de ella, que respondió con un toque audaz pero delicado, que revelaba el deseo de un contacto más resuelto. D'Amblanc advirtió también que él había movido la mano y estaba tocando la piel del seno, que el escote descubría. Con el índice le acarició el hoyo de la garganta y la respiración de ambos se aceleró. La mano de la mujer le subió por la cadera. D'Amblanc se estremeció, como si lo hubieran quemado, y la sacudida despertó a la anciana.

La señora Girard abrió los ojos y se volvió hacia él, que se abrochó los puños de la camisa y se levantó para despedirse.

Unos minutos después estaba en la calle procurando contener la nube de pensamientos.

Aquella noche, a la luz tenue de un candelabro, D'Amblanc redujo aquella nube a los límites de un par de páginas de su cuaderno, que escribió con una letra apretada y alargada.

No podía negar que se había sentido atraído por la señora Girard desde la

primera sesión magnética que habían tenido, aunque su conducta había sido siempre perfectamente profesional. La duda que consignaba en las páginas del cuaderno era la de si, involuntariamente, no habría condicionado a su paciente de algún modo, por medio de la magnetización. ¿Acaso no se había imaginado antes que aquellas manos lo tocaban? Ciertamente que sí. ¿Cómo, si no, se explicaba el hecho de que una dama intachable —y esposa de uno de los abogados más en boga de la Gironda, para colmo— cediera a la atracción que podía sentir por otro hombre, en el salón de su casa y en presencia de una criada, aunque ésta estuviera dormida?

D'Amblanc recordaba las muchas mujeres decentes que alcanzaban un verdadero paroxismo erótico durante los ataques convulsivos que Mesmer les provocaba. Pero a él nunca le había ocurrido con ninguna. Quizá era, se dijo, porque nunca se había sentido tan atraído por una mujer como por la señora Girard. Había algo turbador en ella, y no era sólo su belleza, su perfume. Era la calma, una especie de abandono producto del deseo, una confianza ciega en las curas, sin que eso supusiera sumisión, que sólo le debía al marido. Era como si una tigresa se entregara dócilmente.

¿Era eso? ¿Que a fuerza de sonambulización había domado a una tigresa?

D'Amblanc sabía que no encontraría las respuestas aquella noche. Lo ocurrido aquella tarde había reavivado un viejo tormento.

Se repitió lo que había dicho aquella mañana: «El magnetismo animal es una terapia. Sirve para curar a las personas, no para ver santos.»

Dispuso un folio y mojó la pluma en el tintero. Su intención era escribir a su maestro, pero enseguida cambió de idea. No tenía suficientes elementos como para turbar el retiro de un hombre que había pasado del ejército a la vida rural. Chastenet, antiguo marqués de Puységur y el hombre que había revolucionado la doctrina de Mesmer, sólo tomaría en consideración indicios más vehementes y únicamente para rebatir con amabilidad las cavilaciones de un seguidor pedante.

D'Amblanc dejó la pluma y se reclinó en la silla. Reparó en el cartapacio que le había dado el agente Chauvelin. Lo había dejado en la silla por la mañana sin abrirlo, y allí había estado todo el día, como un paciente que espera a ser recibido.

Y eso eran, en efecto, aquellos informes, pensó D'Amblanc: historias de personas que podían ser pacientes.

Cogió el primer informe y lo leyó. Era el caso de una pastorcilla del

Macizo Central que afirmaba que hablaba con los ángeles y que éstos le habían comunicado el día del fin del mundo y el advenimiento del reino de Cristo y de los santos. Cuando hablaba con los ángeles, la mocita parecía dormida, no percibía la presencia de las personas que la rodeaban y sólo contestaba a las preguntas que le hacía su madre.

D'Amblanc dejó el informe y, a regañadientes, cogió otro. Era el de un tal Bernard Jaranton, llamado «el hombre jabalí». Un caso de licantropía, por lo que veía.

El siguiente informe se refería a una joven sonámbula que se paseaba de noche por los bosques y en ese estado mostraba habilidades y una fuerza inusitadas.

D'Amblanc dejó aparte la carpeta y recordó las palabras de Chauvelin: otra revuelta, como en Vandea. Cuadrillas de contrarrevolucionarios que se habían echado al monte, bandidos que se escondían en los bosques, ejecuciones sumarias en las plazas de los pueblos. El segundo frente, el interno.

D'Amblanc había sido médico de batallón en otra guerra y tenía bastante con las heridas que le habían quedado. Instintivamente se llevó la mano a las viejas cicatrices que tenía en el tórax y en el costado. Aquella tarde, la señora Girard le había rozado una y él había sentido un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo, a la vez que se oía gritar en algún rincón de su memoria. Acero que relampagueaba, jirones de piel que sangraban. Cuando aquellas visiones afloraban a su conciencia, volvía también el dolor. Aunque fueron esos recuerdos recurrentes, por cierto, los que le hicieron descubrir el magnetismo animal.

Fue su lugarteniente quien le aconsejó las curas de Franz Anton Mesmer. D'Amblanc le había salvado una pierna gangrenada y él, agradecido y sintiéndose en deuda, le escribió una carta de presentación sin la cual la terapia magnética le habría costado un ojo de la cara. D'Amblanc habría hecho lo que fuera con tal de no vivir bajo la espada de Damocles de aquel dolor que lo asaltaba de pronto y le hacía retorcerse como una rama al fuego. Y así, partió para la capital.

Los tañidos del campanario le recordaron la hora que era y de golpe sintió todo el cansancio del día. Se preparó para acostarse y cuando estuvo bajo las mantas se permitió volver la vista atrás, al pasado reciente y remotísimo que

había precedido a la revolución. Los albores del magnetismo, las bañeras de cobre, las convulsiones.

Al principio era la voz.

## 6

Mirrad las estrellas del Pequeño Carro, *mein Freund*. Mirrad *die Bärin...* la Osa. Os imagináis las líneas de la constelación como si fueran concretas *und reale*. Esas líneas unen cuerpos celestes lejanísimos, su proximidad no es sino una ilusión, un efecto de perspectiva. Nosotros les ponemos nombre, vemos en ellos dibujos, un mapa del cielo. Pero esto es así sólo para nosotros. *Das Gesetz...*, la ley que rige las relaciones entre los astros y sostiene la bóveda celeste la estableció Newton. *Die Schwerkraft...*, la fuerza de la gravedad es lo que nos mantiene con los pies en el suelo y gobierna el universo.

La gravedad es la causa de una serie de fenómenos de gran importancia, de la estática y de la dinámica del universo. Pero ¿cómo puede un objeto influir en otro sin tocarlo? Nuestros pies tocan la tierra, pero los astros ni siquiera se rozan. ¿Qué es lo que vehicula la fuerza de gravedad en el cielo? ¿Acaso es magia, zaubería? La física no admite en su dominio influencias que no puedan explicarse en términos científicos. Algo debe de llenar las abismales distancias que median entre los astros.

Un flujo parecido al eléctrico o magnético que informa el *universum*. Un flujo que permea todas las cosas y todos los seres vivos. Un flujo que lo une todo con todo.

Hay individuos capaces de percibirlo. Es como oír la respiración del mundo. Es un sonido semejante al de un armonio. ¿Oís? Es lo que nos liga al suelo que pisamos, a la hierba del prado, a los insectos que caminan por los tallos, a los árboles, a las aves que se posan en las ramas, a las piedras y a todos los objetos, tablas de madera, columnas, hechos de la misma materia. *Teile des gleichen Universums...* Partes del mismo universo. Pueden cargarse de fluido y conducirlo como los metales conducen la electricidad. Por eso algunas personas pueden concentrar en sí mismas una gran cantidad de fluido, y *stärken...* reforzar *und* dirigir el flujo universal.

¿Con qué fin? *Nur eines*: aliviar las penas de los seres vivos.

¿Qué son el dolor, la enfermedad, el kranko? Desde tiempos inmemoriales el ser humano se ha encomendado a la superstición y creído que son producto de una culpa moral. Pero no son sino el producto de la interrupción del flujo universal. Así como un obstáculo en la trayectoria de la esfera que rueda por un plano inclinado se opone a la gravedad, así un bloqueo del flujo magnético provoca disarmonía, desorden, mal.

¿Qué acción, pues, puede quitar el obstáculo y permitir que la esfera ruede hasta el suelo? *Eine lebhafter Schock...* una fuerte descarga magnética es capaz de desbloquear el flujo y hacer que siga fluyendo. Esta descarga eléctrica producirá en el enfermo una crisis convulsiva, superada la cual volverá a sentir el flujo circular a su través.

Es lo que yo, Franz Anton Mesmer, os haré a vos. *Ihre Narben...* Vuestras cicatrices no siempre duelen. Son los recuerdos los que las abren. Los malos recuerdos rompen el equilibrio del flujo. No podemos borrar los recuerdos ni las cicatrices, *aber* podemos restablecer el flujo, vuestro vínculo con todo lo que os rodea.

*Aus meinen Händen...* Desde mis manos, el flujo embestirá el obstáculo y se lo llevará por delante.

Extracto de  
TABLEAU DE PARIS, VIII  
de Louis-Sébastien Mercier (1788)

En el cuerpo político hay una úlcera terrible, una úlcera grande, profunda, purulenta, que sólo puede describirse si se aparta la mirada. Empezando por la atmósfera del lugar, que se respira a media legua, todo nos dice que nos acercamos a un lugar de cautiverio, a un asilo de miseria, degradación e infortunio.

Bicêtre es un retiro para aquellos a los que la mala suerte o la poca previsión ha castigado, así como para aquellos que deben mendigar ayuda para sobrellevar su dura y penosa existencia. Pero es también una cárcel o, mejor dicho, un purgatorio en el que se hacinan quienes han engañado a la sociedad: libertinos, estafadores, espías, tahúres, ladrones, farsantes, pederastas.

Consterna ver en los mismos espacios, junto a estos vagabundos, a epilépticos, idiotas, locos, mutilados: ¡los llaman «pobres buenos», pero deberían separarlos de ese hatajo de sinvergüenzas que nos inspiran más indignación que piedad!

El número de habitantes de Bicêtre varía; en invierno es mayor porque muchos pobres que encuentran trabajo en verano, en invierno se ven obligados a refugiarse en este hospital, pudiendo haber entonces unas cuatro mil quinientas almas.

¡Ay, cómo se asemejan los seres humanos a las moscas! ¡Activos en verano, paralizados en invierno! ¡Oh, vagabundos de Nápoles! Desnudos y sin techo, pero con un sol que nutre...

Extracto de  
OBSERVACIONES DE UN VIAJERO INGLÉS SOBRE  
LA PRISIÓN DE BICÊTRE  
de Honoré-Gabriel Riqueti, conde de Mirabeau (1789)

Hemos tenido el valor de visitar Bicêtre; digo el valor aunque, por mi parte, no puedo jactarme, porque cuando concebí el proyecto de ir no tenía ni

idea de los horrores que vería en este odioso recinto. Sabía, como sabe todo el mundo, que es a la vez un hospital y una prisión, pero ignoraba que pudiera haber un hospital para producir enfermos y una cárcel para engendrar delincuentes.

Extracto de  
ENSAYO SOBRE LA TOPOGRAFÍA FÍSICA Y MÉDICA DE PARÍS  
CON UNA DESCRIPCIÓN DE SUS HOSPITALES  
de Joseph-Marie Audin-Rouvière  
(año II de la República Francesa)

En la puerta de esta casa se lee: «Respeto por la desgracia». Se halla en lo alto de un monte, entre los municipios de Ville-Juive y de Gentilly, a una legua de París.

Los locos son considerados incurables al llegar y no reciben tratamiento alguno. En general, parece que se los trata bien. En el pabellón destinado a ellos hay unas ciento setenta y ocho celdas y un dormitorio colectivo. Por la noche se los encierra en sus celdas o en las diversas salas, pero por el día pueden salir al patio, excepto los locos furiosos, cuyo número no es grande y varía según las estaciones: yo sólo he visto a seis encadenados.

Pese a que los internos no reciben tratamiento ni se distingue entre clases de demencia, muchos locos recobran el juicio y son puestos en libertad.

Los patios están muy ventilados, y si muchas de las celdas no estuvieran por debajo del nivel del suelo y no fueran, por tanto, húmedas, no estarían mal para un hombre solo.

## ESCENA CUARTA

El pensionista

*8 de abril de 1793*

1

–La idea más extravagante que puede ocurrírsele a un político es la de creer que basta con que un pueblo entre a mano armada en el territorio de una nación extranjera para que ésta adopte sus leyes y su constitución.

Robespierre tenía una voz grave, apta para entonar jeremiadas, pero cuando perdía el control y se ponía a gritar, se le escapaba algún que otro gallito de cantante castrato que parecía indicar la existencia de una segunda naturaleza. Entonces, y consciente como era de este defecto, escrutaba al auditorio con una mirada suspicaz, dispuesto a cortar de raíz cualquier amago de risa.

–A nadie le gustan los misioneros armados. Lo primero que la naturaleza y la prudencia aconsejan es rechazarlos como enemigos.

El orador dirigió la mirada a Marat, que no podía estarse quieto y balanceaba el tronco adelante y atrás como un péndulo desacompasado, a la vez que tamborileaba con los pies debajo del banco.

–¿Qué medidas debe tomar una buena política para consolidar la República que nace? Imprimir en los corazones el desprecio por la monarquía y encarcelar a todos los partidarios de los reyes.

Danton, vestido con ropa de paisano bastante descuidada, asentía con aire solemne pero moviendo a la vez los labios, como si estuviera pensando en lo que diría cuando interviniera.

Sin esperar a que el Incorruptible acabara su discurso, Marat se subió al banco y clamó venganza como solía:

–¡Que rueden cabezas, miles de cabezas!

Como todas las tardes, el único que se enfrentó al inflamado Amigo del Pueblo fue el seráfico Brissot. Se acercó al furibundo, le puso una mano en el

hombro y contestó que, en efecto, hacía falta un tributo de sangre, pero abogó por la moderación: miles de cabezas eran muchas, siempre era mejor rebajar las exigencias extremas para que el timón de la revolución no escapase de las manos de los pilotos y la nave del estado no se hiciera pedazos contra los escollos del enemigo.

*Stultifera navis*, pensó el hombre que se hacía llamar Laplace.

Quiso intervenir Danton, pero no se le oía. Marat pataleaba sobre el banco y, como se temía por la integridad de éste, los mozos acudieron a convencerlo por las buenas o por las malas de que se sentara o se quedara de pie, pero, «por los clavos de Cristo», que se bajara de allí.

La excitación se propagó por el patio. Los que se balanceaban se balancearon más; los que hablaban por lo bajo empezaron a dar voces; algunos melancólicos prorrumpieron en llanto y otros empezaron a golpearse la cabeza, y hasta los catatónicos parecieron a punto de explotar.

El Incorruptible quiso hacerse oír gritando que se habían reunido allí para decidir si ejecutaban al rey. Los que lo entendieron se exaltaron aún más. Algunos se subieron a las sillas y se arrancaron a cantar «La marsellesa»; otros, la primera canción que les vino a los labios. Muchos batían pies y manos.

Desde su puesto de observación, el hombre que se hacía llamar Laplace pensó que la locura es algo que debe estudiar indispensablemente quien quiera conocer y ejercer el poder; es una incógnita que puede entrar en juego en cualquier momento, tanto en los asuntos individuales como en los colectivos. Pese a las apariencias, pues, se hallaba en un lugar privilegiado, en una verdadera academia de ciencia política. Aún más: se hallaba en un microcosmos de la nación. *Quod est inferius, est sicut quod est superius*, «lo inferior es como lo superior». Bicêtre era Francia: enfermos mentales pronunciando discursos más grandes que ellos. Por eso los había bautizado con nombres de diputados de la Convención. No le había costado mucho: lugares de segregación como aquél estaban más abiertos al mundo de lo que se creía. De fuera llegaban cuerpos, comida, voces, ideas, conflictos. La noticia de la creación de un comité de salvación pública compuesto por nueve diputados que se elegirían cada mes había llegado aquella mañana, sólo dos días después de producirse. Sólo los casos más graves, aquellas personas completamente enajenadas, ignoraban el nombre de los próceres del momento. La mayoría conocía sus palabras y sus actos. Algunos alienados

los admiraban y se identificaban con ellos hasta el punto de que se creían ellos. Entre aquellos muros, Robespierre, Hébert, Saint-Just, Marat eran héroes, modelos y simulacros.

Sobre todo Marat, pensó el hombre llamado Laplace.

El «gran» Marat.

Que a semejante personaje se le llamara «grande» era un síntoma de la grave enfermedad que aquejaba al país.

Los trabajos de la Convención quedaron suspendidos por razones de causa mayor y a los diputados más famosos los encerraron antes de tiempo en sus respectivos aposentos.

Marat —el doble de Marat que más se parecía al real— siguió con la cantinela de los miles de cabezas que habían de rodar, aunque con una voz más ahogada, a causa de la camisa de fuerza que le oprimía el pecho.

Robespierre —que no se parecía a Robespierre más que en las frases célebres que se había aprendido de memoria— se despidió gritando:

—¡No hacemos leyes para un día, sino para siglos! ¡No para nosotros, sino para el universo!

El Brissot de Bicêtre no tenía nada del real. Laplace lo había llamado así sólo porque se oponía firmemente a Marat. Era un hombrecillo insignificante y dejó que se lo llevaran sin rechistar, lo mismo que Danton, al que, sin embargo, hubo que encadenar, porque su dantoniana barriga no cabía en la camisa de fuerza.

## 2

Bicêtre era hospital, prisión, hospicio y orfanato. El hombre que se hacía llamar Laplace residía en el pabellón de los locos, conocido como San Prisco, y gozaba de los privilegios reservados a los «pensionistas», los internos que pagaban una pensión. Un medicucho de París, previo cobro del debido emolumento, le había extendido una solicitud de ingreso por graves ataques de melancolía.

Había decidido esconderse allí porque el hospital había sido uno de los escenarios de las matanzas de septiembre, cuando el pueblo de París irrumpió en las cárceles y linchó a aristócratas y sacerdotes. Nadie lo creería tan tonto como para refugiarse en el mismo sitio en el que, unos meses antes, la

parodia de justicia de la plebe había hecho estragos. Para un enemigo de la revolución, no había escondite más seguro que Bicêtre.

Estaba resuelto a quedarse allí porque era un lugar terrible, que lo obligaba a enfrentarse a sus propios límites. Límites que, en el clima que reinaba en Francia, era imperativo superar. El contacto, la proximidad con cuerpos sucios y contrahechos, caras arrugadas, narices deformes, mentes ingenuas o dementes, le exigía fortalecer su alma y ejercer su voluntad en la superación de miedos y repulsiones ancestrales.

Era la empresa más difícil que había arrojado nunca. El miedo que había experimentado en el campo de batalla era puramente físico. En la guerra podía morir traspasado por una lanza, destrozado por un cañón o arrastrado por un caballo desbocado, con el pie atrapado en el estribo. ¿Qué hombre, qué verdadero soldado temía realmente eso? La idea del estrago del cuerpo le producía una vaga tristeza, pero no lo asustaba.

El contacto con la locura y la deformidad era otra cosa. Máquinas humanas, bestias humanas, mecanismos bestiales que babeaban e imprecaban, y nos miran fijamente, quietos o sacudidos por temblores, y acercan su horrible cara a la nuestra, de manera que podemos oler su aliento, el hedor de su carne y de su ropa.

Gracias al horror había empezado a hacer lo que debía, lo que se había propuesto desde el principio: aprovechar aquel infierno para ejercitar su peculiar habilidad. Una habilidad que había abandonado hacía unos años, que tenía un poco oxidada pero que podía volver a afinar y quizá sería decisiva. Con ella contaba para enderezar el destino de Francia.

El cuarto que ocupaba estaba en un ala próxima a aquella en la que estaban los casos más graves, los que ponen a prueba la paciencia y el temple de una persona y pueden llevar a la locura a un ser débil.

Un camastro de madera con un colchón limpio y unas buenas sábanas, una silla y una mesa con papel, pluma y tintero. Algunos libros en un hueco de la pared a modo de estante, y un baúl con ropa, abierto, de pie.

Detestaba estar tumbado sin hacer nada. Se había trazado un plan diario de ejercicios, oraciones, meditación.

Pensaba mucho en el barón, en los viajes y en las experiencias que habían vivido juntos, antes del Gran Desorden y de la Gran Parodia.

Recordaba los albores de la revolución, cuando Capeto reinaba cautivo,

convertido en el monigote que siempre había sido.

Pensaba en cómo se había engañado el barón con los estados generales, para acabar convenciéndose de que la revolución era la ruina del mundo. Pensaba en la huida a Coblenza y en la batalla de Valmy. En la sangre de Valmy. En la derrota de Valmy.

Y en el error final: una conjura para sacar al rey de Francia. Acción previsible, fácil de intuir y de desbaratar.

El barón no podía entenderlo: estaba demasiado ligado a una aristocracia ya decadente mucho antes del Gran Desorden.

Demasiado tiempo se había dejado llevar Laplace por las veleidades, por la falsa esperanza depositada en los emigrados, por la idea de que «contrarrevolución» equivalía a «restauración».

El intento fallido de liberar a Luis le había abierto los ojos y le había brindado una certeza que ya no lo abandonaría.

La contrarrevolución es, a su vez, una revolución o no es nada.

### 3

Los mozos del hospital tenían la costumbre de aporrear la puerta, como policías. A veces parecía que lo hacían con la palma de la mano más que con el puño. Los golpes sonaban como bofetadas que la madera hacía resonar sordamente.

El hombre del cuarto gritó «¡Adelante!» y los mozos entraron. Eran dos, corpulentos, rubios, de rostro basto, de boca simiesca, de nariz desproporcionada: la de uno parecía una excrescencia maligna, y la del otro una especie de sonda cuya punta caía sobre los labios como atraída por el centro de la tierra.

–Ciudadano Laplace, el gobernador Pussin quiere veros.

El de la nariz caída estaba tenso, como dispuesto, en caso de negativa, a convencer u obligar al interno a acompañarlo.

No hizo falta: Laplace se puso el abrigo con el aire de quien acude a una cita fijada desde hace tiempo. Fuera, el sol invernal lucía cada día más intenso y la luz que iluminaba el patio era cada vez más viva. El patio, con un suelo de losas grises y unos arcos desmedrados que lo rodeaban, se extendía como una plaza de armas en medio de los edificios macizos de Bicêtre.

Sólo los locos tranquilos podían pasear libremente a aquella hora del día. Eran unos cuantos hombres de diversa edad pero vestidos de la misma manera: *frac* y *culottes* de tela basta, medias hasta las rodillas, zuecos y un gorro de lana. Algunos estaban sentados en el suelo, otros en sillas y bancos, casi todos en actitud taciturna y digna, como imágenes de antiguos retratos, como atenienses y romanos de una época nueva, modernos Cicerones y Temístocles. Uno de ellos, con frases hechas y repetidas, entonó una exhortación abstracta a amar y servir a la patria, la idea de patria que podría tener un niño.

Laplace lo observó de hito en hito: a aquél no lo había bautizado aún, y antes de entrar en el despacho del gobernador decidió que lo llamaría Lafayette.

—Os encuentro bien, ciudadano Laplace. Tenéis la tez rosada.

—Sí, ciudadano Pussin, mi humor es estable y no me extraña. Sabía que una temporada aquí me sentaría bien.

Pussin miró los papeles que tenía en la mesa.

—En nuestra última conversación, decíais que esperabais que la proximidad con quienes han sido peor tratados que vos por la suerte os ayudara.

Laplace asintió.

—Y estoy seguro de que los beneficios serían mayores si pudiera ser útil a los demás inquilinos.

Pussin se acarició la barbilla con satisfacción.

—Dejadme que os cuente una historia, ciudadano. Hace veinte años ingresó en Bicêtre un hombre enfermo de escrófula. Lo habían dado por «incurable» pero sanó, gracias en parte a que lo hicieron vigilante. Sin ese cargo, no habría conocido a su futura mujer, habría vuelto a Jura y quizá habría enfermado de nuevo. En cambio, se quedó aquí y llegó a ocupar un cargo de gran responsabilidad.

—Y ese hombre sois vos, ¿verdad?

—Exactamente.

—Antes eran los reyes los que curaban la escrófula.

—Hoy somos todos reyes. Por eso soy partidario de que los alienados desempeñen diversas funciones, cada cual según sus capacidades. Los hombres avezados al trabajo duro sacan y transportan agua de los pozos, los campesinos se ocupan del huerto, otros de los establos, otros simplemente

barren. Vos sois un hombre de cierta altura intelectual, os gusta leer. Podrías pensar en cómo poner estas habilidades al servicio del bien común. Podrías enseñar el alfabeto a quien no lo conoce, o leer historias edificantes a quien se siente abrumado por su suerte. Pensadlo, ciudadano Laplace. Y cuando lo hayáis pensado, hacedme vuestra propuesta. Os deseo un buen día.

Cuando salió de nuevo al patio, Laplace se dijo que Pussin era un iluso. Como tantas personas aquellos días, luchaba por una causa perdida, por falsa. La reina de las ideas falsas. La convicción absurda de que los hombres son iguales, a despecho de su apariencia, naturaleza, pureza de la sangre que los vivifica. Era como decir que todas las estrellas del cielo están a la misma distancia y brillan con la misma intensidad, o que todos los colores son uno y el mismo color.

Hasta muy pocos años antes, los alienados de Bicêtre estaban encadenados y se arrancaban costras de suciedad en la penumbra húmeda de los muros, sin recibir nunca las caricias y las bofetadas del viento. En su mundo entraban pocos rayos de sol y los que entraban eran tímidos haces de luz cargados de polvo e insectos que apenas hendían el aire de las celdas. Las cosas estaban cambiando. Jean-Baptiste Pussin estaba haciendo una revolución dentro de la revolución. Aplicaba ideas inusitadas, valientes a su modo: tratar a los enajenados como a seres humanos, intentar «curarlos». Como si se pudiera alterar la voluntad de Dios omnipotente con teorías. Había quitado los grilletes de tobillos y muñecas y había empezado a *hablar* con los alienados.

Mientras atravesaba el patio, Laplace observó a los locos que deambulaban sin rumbo, como peces en una bañera de agua podrida. Reconoció a Mirabeau, a Condorcet, a Barère. Lo más que podía hacerse con aquellos seres marcados era domarlos, y esto era una operación de la Voluntad. Cuando la cura parecía funcionar, en realidad era eso: loco o no, un hombre tiene la mente de cera. Y cuando la voluntad de un ser superior, de un hombre noble y fuerte, se imprime con decisión en esa materia dúctil, entonces da resultado. No una revolución, sino la voluntad de uno que rinde la voluntad de otro, y esto ocurría desde la noche de los tiempos.

El estrépito y los alaridos llegaban de un lugar distante, pero sonaban altos y claros, aunque confusos. El hombre llamado Laplace pasó el breve duermevela preguntándose dónde se hallaba y qué eran aquellos gritos. Un tropel de fantasmas invadieron su mente, pero al final tuvo la clara conciencia de estar en su cuarto, en Bicêtre. Los alaridos eran de algún demente.

Gritos de rabia, quejidos, cantinelas formaban parte del paisaje sonoro del manicomio como el canto de los pájaros forma parte de los jardines en primavera, pero el hombre que se hacía llamar Laplace, ya despierto y sentado en el camastro, se preguntó si aquellos sonidos potentes e inarticulados provenían de un ser humano y no más bien de un gran animal.

La excitación se había contagiado a los perros de los vigilantes y a otros internos. El escándalo fue aumentando, acercándose, ahora se mezclaban muchas voces que exigían, se quejaban, amenazaban, reprimían.

Estaba lavándose las manos y la cara en la jofaina cuando los gritos cesaron de pronto. Lo único que se oyó entonces fue el ruido lejano de cascos de caballos y ruedas sobre el adoquinado. Menos de un minuto después atronaron el pasillo los pasos enérgicos de varios pares de piernas e imprecaciones dichas entre dientes.

El hombre abrió la puerta y se asomó.

Una cuadrilla de policías llevaban a la fuerza a un joven.

Laplace había visto antes aquellas facciones regulares y aquella complexión robusta. Había reparado otras veces en aquel rostro, en aquella nariz armoniosa, aunque plebeya, y en aquellos tirabuzones rubios que enmarcaban la cabeza. El cuerpo robusto parecía el de un híbrido de angelote y de carretero.

Era él, pues, quien daba los horribles gritos que había oído poco antes.

Se llamaba Malaprez, según le habían dicho. Seguramente sus antepasados, jóvenes de raza, bravíos y llenos de aspiraciones, habían salido de las selvas de Franconia, hacía más de mil años, pero Dios había querido que el rubio de rasgos perfectos fuera un bruto, un ser apenas superior a un animal.

Laplace no era ingenuo: la voluntad de Dios debía de haberse manifestado no con un único acto de voluntad, que hubiera sacado a un bruto del vientre de una mujer, sino más bien, y por inescrutables designios, corrompiendo la línea de sangre que iba de los antiguos al rubio por medio de cruces con seres inferiores, que era lo que había causado la locura.

No, no era un ingenuo, ni tampoco tan soberbio que creyera conocer la voluntad del Omnipotente. Con todo, el hecho de que Malaprez estuviera allí, cerca, bajo el mismo techo, con sus rasgos perfectos y su terrible brutalidad, indudablemente debía de significar algo.

Malaprez llevaba en Bicêtre un año o poco más. Como en el caso de muchos internos, se desconocían los motivos originales de su ingreso. Se sabía, eso sí, que durante la matanza de septiembre le habían golpeado la cabeza con una porra, quizá varias veces. Aún se le veían las señales, unas marcas blanquecinas, entre la fina cabellera.

Desde aquel día, Malaprez había perdido el habla y cualquier destello de razón. Se expresaba con gruñidos y, de cuando en cuando, tenía accesos de una rabia casi animal.

Aprisionado en la camisa de fuerza, el joven pasó empujado por los mozos. Ahora parecía calmado.

El gobernador Pussin era un iluso, sí, pero no un incauto. Había un «nunca se sabe» en la base de su experimento, y por eso había introducido aquella prenda, una camisa con las mangas cerradas y provista de correas que podían abrocharse en la espalda, algo mucho más blando que las cadenas, idea de un tapicero de la vecindad.

Los ojos de Laplace y los del loco se cruzaron.

Un instante después, el alienado, con la sola fuerza de su tronco, logró desasirse y, profiriendo gritos fortísimos que helaban la sangre, empezó a dar patadas a diestro y siniestro. La camisa de fuerza se aflojó. Laplace retrocedía paso a paso, sin dejar de mirar la escena, que tenía la fascinación vertiginosa del instante que puede preludiar el infierno.

Acudieron otros mozos. No lo redujeron sino gracias a la fuerza del peso y del número. A la camisa de fuerza, que apretaron debidamente, añadieron una cadena a los pies. Tendido en el suelo y sujeto por muchos brazos, Malaprez forcejeaba. Su furia desesperada iba aplacándose.

Extracto del  
DECRETO GENERAL SOBRE ESPECTÁCULOS Y TEATROS

13 de enero de 1791

Cualquier ciudadano podrá abrir un teatro público y representar en él obras de todos los géneros, haciéndolo constar antes en el consistorio local.

Art. 6. Los empresarios, o los miembros de los diversos teatros, estarán, en razón de su estado, bajo el control del municipio y sólo recibirán órdenes de los funcionarios municipales, que no podrán impedir la representación de las obras, que será responsabilidad de los autores y de los comediantes, ni imponer a estos últimos nada que no esté previsto en los reglamentos de la policía.

Art. 7. En los espectáculos sólo habrá un guardia en el exterior. Dentro de la sala siempre habrá uno o más funcionarios civiles y el guardia no entrará más que cuando haya problemas de seguridad pública y por petición expresa del funcionario civil, que se atenderá a las leyes y reglamentos de la policía.

Extracto del  
DECRETO SOBRE LA VIGILANCIA DE ESPECTÁCULOS

31 de marzo de 1793

La Convención Nacional encomienda a su comité de instrucción pública que lo informe periódicamente sobre la vigilancia que haya que ejercer en los teatros y demás espectáculo públicos.

## ESCENA QUINTA

De caída

*Finales de abril de 1793*

### 1

Era una de esas noches en que el rostro del público de la primera fila se queda grabado. Ocurre cuando lo miran a uno fijamente y no expresan sus emociones ni con palabras ni con gestos.

Léo miró al actor que intervenía con él en la escena, un pobre comicastro, al que acababa de dar pie magistralmente. Talento perdido, pensó: el colega comicastro no había sabido replicar con la debida oportunidad cómica. No era de extrañar que los de la primera fila se quedaran mirando atónitos, ni que los de la segunda y la tercera fila bostezaran.

Era una compañía de tercera categoría. Su presencia allí, con ellos, en el escenario, perturbaba el equilibrio de los actores mediocres. Su calidad no mejoraba el nivel general de la representación: se sentía como un pez fuera del agua, ni más ni menos. Su mayor habilidad técnica lo confundía todo mucho más, por contraste. La única nota positiva eran las actrices, que parecían muy dispuestas y eran muy respetuosas...

Absorto en sus pensamientos, Léo entró también tarde. Intentó enmendarse forzando las frases siguientes, pero el público notó la falta de armonía. Quizá frecuentaban aquel teatro desde hacía años, seguro que sí. Quizá los de la primera fila estaban acostumbrados al estilo del actor al que Léo sustituía. No había encontrado nada mejor: trabajar de sustituto. La voz se había propalado rápidamente entre los empresarios: que si Modonnet era un pendenciero, que si daba problemas, que si era un exhibicionista. Y allí estaba, desperdiciando su talento con aquel hatajo de comicastros.

Léo vio por el rabillo del ojo a un sujeto de la segunda fila que sacaba la cabeza por entre dos espectadores de delante y la movía con intención. Léo recitó la frase siguiente pensando que las comedias sin improvisación eran

aburridas, sobre todo las que estaban de moda en Francia: historias edificantes de gente insignificante. El de la segunda fila volvió a cabecear con desaprobación. Léo salió de escena y, ya entre bastidores, siguió observando la reacción de las primeras filas. Era el turno de las actrices, que llevaban vestidos ajustados y escotes generosos. No se escatimaron sonrisas complacientes.

La escena concluyó y Léo volvió al escenario. Le tocaba declamar un parlamento largo y se sentía capaz de hacerlo convincentemente. Empezó: voz modulada, gestos amplios pero no enfáticos, movimientos medidos... y el de la segunda fila seguía diciendo que no con la cabeza, a la vez que gesticulaba y torcía el gesto. Quizá eran amigos del actor al que Léo sustituía, pero ¿qué culpa tenía él de que hubiera enfermado? Gente con mala fe...

Cuando terminó el monólogo, el de la segunda fila se levantó y dio unas voces que se oyeron en toda la sala:

—¡Guau, guau!

Léo se quedó parado y buscó los ojos del provocador. Éstos lo miraban con una expresión burlona.

Hasta aquí hemos llegado, se dijo. A zancadas, bajó al patio de butacas. El hombre mudó de semblante. Ahora tenía una expresión dura. Los demás actores se asomaron entre bastidores y muchos espectadores se pusieron en pie. Léo pensó en decirle alguna lindeza, pero lo único que se le ocurrió fue una réplica a la altura de la provocación.

Gruñó.

Acto seguido puso la mejor de sus sonrisas y se abalanzó sobre el adversario con los brazos abiertos. Cuando estuvo a la distancia adecuada, le soltó un cabezazo, aunque no tan fuerte que lo derribara. El espectador y sus amigos contraatacaron y Léo se vio enzarzado en una pelea. Daba patadas, bofetadas y puñetazos como solía hacer de niño.

Luchaba, casi a ciegas, dando gracias al cielo por haber tenido, aun en la desgracia de ser huérfano, a un padre putativo como Gianfranco Mingozi, guardián de las fincas del marqués y factótum. Mingozi, que se había criado en una ciudad hostil y violenta, de calles poco seguras, en la que los maestros de armas que enseñaban esgrima con y sin armas hacían su agosto, le había enseñado a defenderse... y a atacar, lo que había determinado su destino. Adiós, Bolonia; heme aquí, París.

Al mismo tiempo, mientras braceaba en todas direcciones, Léo se maldijo.

La cosa empezaba a pintar mal, muy mal. Un puñetazo lo alcanzó en pleno rostro: ya contaba con que se llevaría alguno, y aquél había sido contundente. Una de las lecciones que le había dado su padre era: «Cuando peleas en serio, un golpe siempre burla la guardia.»

Cayó de culo. Con la agilidad de un saltimbanqui, hizo una pirueta hacia atrás y se levantó, a tiempo de propinarle una patada en sus partes al adversario de turno. Advirtió que la nariz le sangraba y maldijo.

Se oyeron, en medio del estrépito, un pistoletazo y unas voces excitadas. La riña cesó.

Fusiles y escarapelas. Problemas para todos, y especialmente para mí, pensó Léo.

## 2

Nogaret lo miró con afable interés.

–Se ve que tenéis el genio vivo, Modonnet. Otra vez aquí por alteración del orden público y un acto que no puedo menos de definir como «agresión». ¿Es que os estorba la cabeza?

Léo tenía la cara morada. No veía más que problemas, problemas y apuros muy serios.

–No sé lo que me ha pasado, ciudadano. Había un provocador en el público...

Se interrumpió, viendo que Nogaret levantaba la mano, como solía.

–No tengo que enseñaros lo que es el teatro, Modonnet. El público tiene todo el derecho de disentir, pero una reacción como la vuestra supone una multa de veinte libras o cuatro días en prisión. Y en ambos casos, un informe con vuestro nombre para el comité de instrucción general.

Léo sintió un estremecimiento de sudor frío.

–No, informe no, ciudadano Nogaret.

El funcionario exhaló un profundo suspiro.

–Sí, informe sí, Modonnet. He recibido órdenes muy claras al respecto, y la Musa me perdonará si con ello la privo de vuestros servicios. –Hizo señas a los guardias de que se llevaran al detenido—. Si es que no me lo agradece –concluyó.

Léo tuvo que aceptar la burla, que lo hirió. Humilló los ojos mientras le

ponían unos grilletes en las muñecas.

–Actuar es mi vida. Nunca he hecho otra cosa.

Nogaret lo miró con socarronería.

–Siempre podéis enrolaros en el ejército. La República necesita buenos patriotas. Y a estas alturas ya podéis consideraros francés.

Léo no supo qué replicar y se dejó llevar en silencio. La última imagen que tuvo de Nogaret fue la de su cara triste inclinada sobre otro expediente.

### 3

Los cuatro días de cárcel pasaron pronto: no así las noches. Acostumbrado como estaba a actuar por la noche, ensayando o ante el público, Léo perdió pronto el sueño en el marasmo de la inacción. En su lugar, sobre la paja fétida del catre, halló por compañeras una serie de preguntas, siempre las mismas. ¿Cuándo volvería a actuar? ¿Hasta qué punto afectaría aquello a su carrera de actor? ¿Hablaba en serio Nogaret? ¿Tendría consecuencias aquel informe? ¿O sólo lo decía para impresionarlo?

Léo recordó la pelea. Se consoló pensando que por lo menos no había matado a nadie. Pensó en la terrible noche de siete años atrás, cuando se despidió de prisa y corriendo de Bolonia, con la bendición de Mingozzi.

¡Qué decía bendición!... Aquello fue más parecido a una patada en el culo.

Mingozzi. La ruptura fue dolorosa y estuvo marcada por la decepción del viejo padre al ver cómo le había «salido» el hijo. Cuando llegó a París, Léo estuvo un año sin escribirle, hasta que una noche, hablando con unos acróbatas que habían pasado por Bolonia, supo que había muerto. Desde aquel día no volvió a llorar, aparte de las lágrimas que derramó por la muerte del maestro Goldoni.

Léo, o mejor dicho, Leonida, concibió el amor al teatro viendo de niño las comedias que el marqués Albergati ponía en escena en su casa de campo, muchas de las cuales escribía el mismo marqués –lo que recordaba a todos con mucho orgullo– o el maestro Goldoni, que las componía expresamente para su amigo.

Francesco Albergati, al igual que muchos otros nobles de Europa y a diferencia de muchos muertos de hambre que actuaban por necesidad, podía

permitirse ser un aficionado, lo que no obstaba para que fuera un hombre de teatro de pies a cabeza o casi, pues, no conforme con escribir y montar las obras, también las interpretaba.

Por lo general, las obras se representaban para los amigos aristócratas (miembros de la nobleza boloñesa o huéspedes de calidad), pero el marqués, que estaba impregnado de ideas nuevas y se carteaba con los espíritus más iluminados de su época, incluido, según se decía, el gran Voltaire, disponía a veces que se representasen al aire libre, para que pudieran verlas quienes vivían y trabajaban en los alrededores o pasaban por allí.

Una de aquellas noches, Leonida vio representada la obra *La plazoleta* de Goldoni.

En aquella época, el maestro vivía en Versalles y enseñaba italiano a las hijas de Luis XV. Escribía al marqués contando los fastos y curiosidades de la corte de Francia, y aquellos relatos se filtraban, goteaban hacia abajo, llegaban a la servidumbre y trascendían las paredes de la villa, cada vez más fabulosos. En la casa de campo del marqués, en Zola, a tres leguas al este de Bolonia, Goldoni era una leyenda popular.

A Leonida le habían contado que, durante la famosa última visita, el maestro se lo había sentado en las rodillas y le había hecho reír poniendo caras raras, revolviendo los ojos e inflando las mejillas. Léo tenía dos años.

Ocho tenía la fatídica noche en que, terminada la función, se volvió a Mingozi y le dijo:

–Yo de mayor quiero ser actor.

Mingozi movió la cabeza y le contestó:

–El marqués es actor porque tiene dinero. Tú pasarás hambre.

Giovanfranco Mingozi era enjuto de carnes y musculoso, de ojos de brasa y barba negra. En 1760 tenía cincuenta y dos años y llevaba veintidós trabajando para los Albergati. De joven había sido soldado y muchas otras cosas de las que nunca hablaba. No se había casado o al menos nadie lo sabía, pero se decía que había sembrado hijos entre Bolonia y las Romañas, ya todos mayores.

Aunque estaba rodeado de muchas personas, el viejo soldado se sentía solo.

El día que una joven sirvienta de Villa Albergati murió dando a luz a un

hijo de *pater numquam*, Mingozi, enternecido, se negó a que llevaran al recién nacido a la inclusa. El niño se quedaría allí: lo criarían como si fuera hijo de todos..., pero de Mingozi un poco más. Lo llamaron Leonida, nadie recordaba por qué. A Mingozi le dijeron: «Ponle tu apellido», pero a él le pareció justo que llevara el de su pobre madre, para que tuviera algo de ella.

La desgraciada se llamaba Natalina Modonesi. No se sabía mucho de ella, porque además había llegado hacía poco, ya embarazada. Apenas había tenido tiempo de acostumbrarse, de aprenderse el nombre de las demás sirvientas, cuando el parto truncó su vida.

Cuando, huyendo de Bolonia y de Italia, llegó a París, tras los pasos de Goldoni, Leonida cambió de nombre, afrancesando el italiano, y de padre, creándose uno que era director de una compañía teatral. Mejor ser hijo de cómicos que de nadie.

Corría el año 1786.

Minuto tras minuto, noche tras noche, el gotear de las dudas le hizo a Léo tal agujero en el cerebro que, en cuanto la verja de la cárcel se abrió, se lanzó a la calle y se fue derecho al teatro más cercano, sin pasarse siquiera por su casa para cambiarse de ropa. Por lo demás, empresarios y directores de compañía lo conocían bien y el respeto que le tenían no dependía de que llevara la camisa limpia.

–Lo siento, Léo, la compañía está completa.

–No hay nada, Bolonia. Ve a ver al Pantano, creo que buscaban a alguien.

–No, Modonnet, aquí no hay sitio para ti.

La última negativa le pareció a Léo menos tajante que las otras. Entrevió una rendija y por ella se coló.

–Gracias, Jean –contestó–. Sé que querías darme un papel importante, es muy amable por tu parte no ofrecerme uno secundario, pero en estos momentos...

–El reparto está completo, Modonnet. No sé qué decirte.

–¿Y no podría ensayar con vosotros igualmente? ¿Ayudar a los actores jóvenes con los parlamentos difíciles, hacer de apuntador, sustituir a quien falte por alguna razón? Eso siempre ocurre, yo puedo aprenderme todos los papeles y ser una especie de factótum, ¿eh? ¿Qué te parece? ¡Puedo hacerlo

todo! Y a cambio sólo te pido el rancho y los cuatro cuartos que necesito para contentar a esa sanguijuela de mi casero.

—Que no, Modonnet —fue la contestación—. No hay nada que hacer.

Y mientras Léo gesticulaba buscando una réplica a una negativa tan terminante, el hombre que se la había dado se sacó del bolsillo de la chaqueta un papel y se lo restregó por las narices.

Llevaba el membrete del comité de instrucción pública e iba dirigido a todas las compañías de actores y a los propietarios de teatros de la capital. Era una lista de nombres, precedida por una frase corta y definitiva:

Habida cuenta de la frecuencia con la que vienen produciéndose desórdenes y altercados en los locales de espectáculos, se recomienda se adopten medidas, así en el escenario como en la sala, contra los siguientes ciudadanos, que han provocado algunos de esos tumultos en los últimos meses.

Léo no tuvo que leer muchos nombres antes de encontrar el suyo: era el tercero de la lista, después de los de Fourmillon y Jeannard, dos faranduleros conocidos por sus tendencias contrarrevolucionarias.

—Mala suerte, Modonnet —fue la amarga conclusión—. Estas recomendaciones son peores que una sentencia: esta gente nos suspende las representaciones y nos cierra los teatros y nadie quiere arriesgarse ni ser controlado.

—Pero si te digo que me quedo entre bastidores, que sólo saldré al escenario en los ensayos, que...

El hombre negó con la cabeza enérgicamente, dobló el papel, se lo guardó en el bolsillo y se despidió con un «Buena suerte» tan falso que no sonaba ni piadoso.

El día declinaba, la luz del sol se reflejaba en las paredes de los edificios. Léo decidió volver a casa, cenar algo y acostarse, preguntándose qué nuevas preguntas lo esperaban en lugar del sueño.

Por la calle, entre la gente, observaba a hombres y mujeres ocupados en las tareas más diversas y se imaginaba trabajando como ellos para ganarse el pan. No sabía hacer otra cosa que actuar, y, por cierto, ¿qué podía esperarse de un niño al que Carlo Goldoni tuvo en las rodillas?

Observó por una ventana abierta a los trabajadores de una imprenta. Sudando, con las manos manchadas de tinta, se afanaban con unas placas

mientras un sujeto flaco les gritaba que se dieran prisa, más prisa. ¿Cómo podían aguantarlo sin chistar?

En la esquina de una plaza había una joven con unos ojazos vendiendo flores medio mustias. Léo examinó sus facciones suaves, las curvas agraciadas de su cuerpo. También tenía un buen timbre de voz. Una chica así, con un buen maestro de interpretación, podía convertirse en una de esas actrices que hacen que el público elija entre dos *pièces* de igual valor. Y, sin embargo, malgastaba sus dotes naturales vendiendo una mercancía vana y ya casi pasada. ¿Acabaría él así? ¿Atrayendo con gestos y con palabras a un corro de clientes groseros para convencerlos de comprar una libra de pepinos?

La ciudad se oscurecía cada vez más y lo mismo hacían sus pensamientos. Los pasos condujeron a Léo a la puerta de su casa, por la escalera arriba, hasta el rellano de la buhardilla. Y allí, en el rellano, formando un montón informe y variopinto, estaban sus ropas, sus libros, una lámpara, dos escudillas; todo arrimado a la pared para dejar paso, y ya cubierto de cascarillas y polvo de las paredes.

Léo cogió un folletín y limpió la portada con el antebrazo.

EL ABANICO  
de Carlo Goldoni

Sacó una llave grande, abrió la puerta y en el único cuarto de que constaba su apartamento se encontró con un hombre desnudo de cintura para arriba.

—¿Vos quién sois? —dijeron los dos al mismo tiempo.

Un instante después disputaban por ser el legítimo inquilino del zaquizamí.

El del torso desnudo salió, se asomó al hueco de la escalera y gritó:

—Maestro Picard, subid un momento, que está aquí el anterior inquilino y no quiere irse.

En el piso de abajo se oyó ruido de cerraduras y apareció la cabeza bovina de Picard, quien levantando el dedo empezó a gritar, ya antes de subir:

—¡Tú, cacho mierda! Cuatro días llevo buscándote, cuatro. Me debes dos meses de alquiler y yo teniendo que suplicarle al carnicero que me venda al fiado, por tu culpa. Coge esos cuatro trapos y vuela de aquí. ¡Hala, rápido! Y que no vuelva a verte esa cara de culo que tienes.

Cuando llegó arriba, el energúmeno se abalanzó sobre las cosas de Léo, la ropa, los libros, las lámparas, y, cogiéndolas con los brazos como si fueran ramas y hojas secas, empezó a arrojarlas por el hueco de la escalera.

Con ganas se le habría echado encima Léo, y le habría hecho que se tragara esos humos junto con los dientes, pero se dijo que meterse en otra pelea, ir otra vez a la cárcel y pasar más noches insomne era lo que menos necesitaba para desenredar la maraña de su existencia.

Se limitó a decir que ya oía, que no había necesidad de montar aquel escándalo, que cuchitriles como aquél había miles en París y más baratos, y que por lo tanto se iba enseguida con mucho gusto y hasta pensando en demandarlo por los efectos personales que se hubieran roto en la caída.

Bajó luego a la planta baja, extendió una sábana en el suelo sucio, amontonó en ella todos sus bienes, ató las esquinas y, asiendo el hatillo por los nudos, se lo echó a cuestras y salió a la calle, donde lo esperaba, indiferente, otra noche insomne, con la tierra desnuda por cama y por techo la bóveda de un puente sobre el Sena.

Extracto de la  
CARTA DE LOS DIPUTADOS  
JEANBON SAINT-ANDRÉ Y ÉLIE LACOSTE,  
ENVIADOS EN MISIÓN A DORDOÑA  
POR LA CONVENCION NACIONAL,  
AL DIPUTADO BARÈRE

Los desórdenes de Vandea y de los departamentos vecinos son preocupantes, sin duda, pero sólo son realmente peligrosos porque el santo amor a la libertad se apaga en los pechos. Todo el mundo está harto de la revolución. Los ricos la aborrecen, los pobres no tienen pan y son persuadidos de que la culpa es nuestra.

Los llamados moderados, que hacían causa común con los patriotas y deseaban al menos algún tipo de revolución, hoy la rechazan, la combaten, es más, admitámoslo: quieren la contrarrevolución y se unen, con el corazón, con la voluntad y pronto también con la acción, a los aristócratas.

El pobre no tiene pan y no es por falta de trigo, sino porque éste se queda en los almacenes. Tenemos que hacer que el pobre viva con un acto de autoridad si queremos que él nos ayude a hacer la revolución.

En casos extraordinarios, no hay más ley que la ley suprema de la salvación pública.

ESCENA SEXTA  
El precio máximo  
*1 de mayo de 1793*

1

Hay tíos que los pones delante de un montón de gente y saben decirte al momento cuánta hay. Pero no mil arriba, mil abajo, no, que así todos sabemos contar, sino precisos como Doña Guillotina.

Seis mil trescientas personas, nos dice Guérin esta mañana, contando desde la puerta de San Antonio hasta el Picadero; seis mil trescientas personas que han salido a echarles la bronca a los jamelgos de la Convención, que llevan ahí una semana y no son capaces de parir la ley sobre el precio máximo.

Números aparte, si bien se piensa tampoco es de extrañar la que se ha montao. Cuando uno tiene la tripa y la bolsa vacías, no es menester explicar tanto que hay que poner un precio máximo a las cosas de comer, sobra con decirlo pa que todo el mundo esté de acuerdo, menos los tenderos y los ricachos. Más bien hay que explicar lo contrario, y mucho pico de oro hay que tener pa convencer al pobretón de que el precio del pan tiene que ser libre, o sea, libre pa matarlo de hambre. Y eso querían Robespierre, Marat y Saint-Just, desde lo alto de la Montaña, explicarnos esta gran verdá de la economía, y lo mismo Danton y Barère desde la alcoba de la reina, donde ahora se junta el comité de salvación pública. Decían que fijar un precio máximo no es justo, que hay que tener cuidao, porque si se fija el precio del trigo, los campesinos se lo quedan en el campo pa ahorrar portes y aquí en París nos toca cultivarlo en los tejaos. Y no pocos se dejaron convencer. Pero desde marzo el asunto está jodido.

Pa empezar, los partidarios de Brissot denunciaron a Marat por incitar a la gente al saqueo. ¡A Marat! ¡Al Amigo del Pueblo! Eso es una declaración de guerra, pero desde dentro, no desde fuera.

Luego los campesinos de Vandea se rebelaron contra la República en

nombre de Luis Carlos, el retoño del Capeto. Luchan con una bandera con lirios en la que pone el nombre del crío y cuentan el tiempo desde el día en que le cortamos la cabeza a su padre, diciendo que estamos en el primer año del reinado de Luis XVII. Quieren que vuelvan el papa, los nobles y todos aquellos que los tenían arrastraos por el barro. A los campesinos les gusta el barro. Nacen, viven y mueren en él, como las cebollas que cultivan.

Pa colmo, el general Dumouriez, que debía conquistar Holanda, se ha cambiao de casaca y se ha pasao al bando austriaco. Y como Brissot y su gente eran compadres del vendido, treinta y cinco secciones de París, con el alcalde a la cabeza, han pedido a los tribunales que los echen de la Convención, con una patada en el culo.

A todo esto el precio de la manduca no para de subir, conque los de la Montaña se han dicho: esto se pone feo, como no fijemos un precio máximo acabamos como en Vandea. Porque digo yo: pa qué tanto reclutar gente, ni pedir voluntarios pa defender la nación; el que ve que la parienta y los críos se le mueren de hambre, ¡y un cojón se va a ir a palmarla al frente! Y es que con tanta miseria acaba uno echando de menos la esclavitú, porque por lo menos el amo, entre zurriagazo y zurriagazo, te da un mendrugo de pan. Conque esos grandes melones han dejao de decir que lo del precio máximo no se puede. Es más, ahora se han convencido de que con una ley así los campesinos y los acaparadores dejarán de guardarse las cosas pa después venderlas cuando el precio haya subido, o sea, que cuidao con tocar lo que no es tuyo, pero dicen también que al que usa lo que tiene pa hacer mal al pueblo hay que obligarlo a usarlo bien. Vamos, que han cambiao de idea y nosotros más contentos que unas pascuas.

Por eso estamos aquí seis mil trescientos yendo pal Picadero de las Tullerías a decirles lo que vale un peine a los de Brissot y a todos los mendas de la Convención.

Treignac observó a la multitud rodear el palacio y se dijo a sí mismo lo que llevaba días diciéndoles a los comisarios de sección: permitir que la manifestación recorriera París no era una buena idea, y mucho menos que llegara a las Tullerías. Aunque era de simpatías montañesas, no se fiaba

mucho de la mítica disciplina de la plebe, de esa templanza orgullosa y digna que Padre Duchesne alababa. Menos aún se fiaba de los provocadores contrarrevolucionarios, que se infiltraban en cualquier multitud para soliviantar los ánimos y aguar la fiesta.

Por desgracia, su opinión contaba poco entre los cabecillas del ayuntamiento, gente como Chaumette y el alcalde Pache, que habían decidido complacer al pueblo, apaciguar a los críticos, asustar a los girondinos de Brissot, quedar bien con los montañeses y conseguir que se aprobara la ley del precio máximo, todo en un solo día y con una única manifestación. ¡Como ellos no tenían que mantener el orden! Pero resulta que no había una sola manifestación, sino dos, y lo mismo ahora se peleaban por ver quién tenía derecho a entrar primero, si los cinco mil vecinos de San Antonio, por ser más, o las doscientas mujeres de Versalles, por haberse hecho más de cuatro leguas andando.

Apoyado en el tronco de un plátano y apartado de la muchedumbre, Treignac observaba el bullicio dispuesto a intervenir si era necesario, aunque los hombres de los que disponía fueran muy poca cosa frente al muro de cabezas que en aquel momento rodeaba la sala del Picadero.

Desde aquel puesto vio venir al hijo de Marie Nozière.

—¿Y bien, Bastien? ¿Qué se dice ahí dentro?

El chiquillo se limpió la nariz con la manga y contestó:

—Han decidido que primero entren las de Versalles, porque lo que tienen que pedir es más corto que lo nuestro y además tienen que recogerse antes de que oscurezca.

—Bien —comentó Treignac con laconismo—. ¿Y por qué sigue tu madre discutiendo?

—Es que los de la puerta dicen que dentro hay ya mucha gente, las gradas están llenas y a nosotros sólo nos dejan entrar cuarenta.

—¿No bastan?

El chiquillo asintió.

—Sí, pero riñen por ver quién debe entrar. Mi madre dice que más de la mitad de los habitantes de San Antonio son mujeres y que por eso tienen que ser la mitad también de los cuarenta que entren, o sea, veinte. Además, como fueron las primeras que pidieron lo del precio máximo, hace ya dos meses, pues quieren que sea una mujer la que presente la petición ante la asamblea.

Treignac movió la cabeza y dijo:

—¿Qué cosas tiene tu madre! Entonces ¿qué? ¿Tendremos que contar cuántos rubios hay en el barrio para que entren también los que correspondan? ¿Y cojos? ¿Cuántos cojos hay en el barrio? Por lo menos tres de los cuarenta tendrán que ser cojos, ¿no te parece?

El chiquillo soltó una carcajada.

—¡Y tres escrofulosos y una fulana, me cago en diez!

Treignac se puso serio.

—Vigila esa lengua, chaval, o te la ganas. ¿Qué más?

—Va a hablar Muzine.

—¡Muzine! Madre de Dios... —murmuró Treignac para sí, mirándose la punta de los pies—. Hala, vuelve y echa otro ojo, que éstos siguen discutiendo.

El chiquillo echó a andar, orgulloso de su misión, pero a los pocos pasos se detuvo y se volvió.

—Ahora, yo me quedo contigo, pa cubrirte las espaldas, ¿eh, Treignac?

Treignac cogió una piedrecita y se la tiró, diciéndole que se callara si quería ganarse el sueldo que habían pactado.

### 3

Cuando oyó la voz de la Convención, Marie Nozière no pudo evitar contener la respiración.

La Sala del Picadero era un recinto rectangular largo y estrecho. Su forma se debía a su antigua función: la de montar caballos sin que los nobles jinetes se mojaran cuando llovía. En los lados cortos estaban las gradas populares, llenas de cabezas. Marie reconoció la gran pancarta que las mujeres de Versalles habían llevado en la manifestación: «Queremos una ley sobre el precio del trigo», se leía en grandes caracteres, alternativamente rojos y azules.

De la bóveda del techo, alta como la de la nave de una iglesia, colgaban tres majestuosas lámparas y una bandera francesa. Los gritos y el rumor del público repercutían en aquella bóveda y parecían caer convertidos en una lluvia de granizo, mientras que con las palabras de los oradores pasaba lo contrario, parecían disolverse como niebla de verano. En los lados largos se sentaban los diputados, y en el centro, en torno a varias mesas, estaban los ministros y los miembros de los distintos comités. Delante de éstos, y detrás

de un parapeto de madera, había un espacio libre para que las delegaciones populares presentaran sus peticiones, denuncias, acusaciones...

Los cuarenta vecinos de San Antonio estaban en aquel espacio como bueyes en el mercado, empujándose unos a otros para avanzar un poco, ver más de cerca a la asamblea, reconocer a este o a aquel diputado.

También Marie intentaba hacerse sitio, aunque no era por gusto de ocupar las primeras filas. Quería situarse al lado de Muzine, el hombre que leería la petición en nombre de todos, para estar segura de que lo oía bien. El orador oficial del barrio, el tintorero Gonchon, se había sentido indispuerto la noche anterior, con lo que los había dejado en la estacada. Algunos decían que aquel malestar repentino se lo habían sugerido los amigos, decepcionados por sus últimos discursos, que abogaban por la paz entre girondinos y montañeses. Otros lo habían visto atizarse quince ranas y decían que éstas habían estado saltándole en el estómago toda la noche. Jean-Claude Muzine, un madero, se ofreció entonces para sustituirlo, diciendo que lo llevaba todo en la cabeza y pronunciaría un discurso que nada tendría que envidiar a los del orador titular. Muchos lo apoyaron, alegando que el mismo Gonchon, entre evacuación y evacuación, lo había nombrado su sustituto. El poli fue así investido con el cargo de orador, y Marie no quería perderse su discurso.

Alcanzó con trabajo su meta, en el momento en el que el orador se disponía a empezar, carraspeando.

—¡Ciudadanos! —exclamó—. Estamos aquí para presentar una petición que hacen los habitantes del barrio de San Antonio.

El nombre del barrio más revolucionario de París arrancó aplausos de aprobación en las gradas y bancos de la Montaña. Muzine asintió satisfecho, como si el entusiasmo lo despertara él con su timbre de voz grave y apesadumbrado.

—Ahí fuera están —continuó—. Son nueve mil y piden que se les permita desfilar ante la Convención, lo que harán con todo el respeto debido a los representantes del pueblo, con tranquilidad y sin armas.

Hubo más aplausos que hinchieron el pecho del orador.

—¡Delegados del pueblo soberano! —prosiguió—. Ocupados en perseguir intereses particulares y criticaros unos a otros, lleváis mucho tiempo evitando coger el camino que debíais coger. Os reunís en esta asamblea con el fin de perseguir el bien común y dictar leyes republicanas, pero, responded, ¿qué habéis hecho? Habéis hecho muchas promesas y no habéis cumplido ninguna.

Un murmullo de disconformidad recorrió las tribunas de montañeses y llaneros por igual, a izquierda y derecha de la delegación popular. En cambio, detrás de Marie se oían palabras de ánimo dichas a media voz: «¡Muy bien, Muzine!», «¡Cántales las cuarenta!».

—Nosotros, vecinos de San Antonio —prosiguió el orador, en voz más alta y vibrante—, estamos dispuestos a marchar a Vandea a luchar contra los rebeldes. Ardemos en deseos de mostrarles a los tiranos que los republicanos franceses somos más fuertes que sus conjuras. Pero nuestras mujeres y nuestros hijos no tienen qué comer ni con qué vestirse, ¿y cómo vamos a abandonarlos? Quien deja que el pueblo pase hambre no merece su confianza. Sacrificaos también vosotros y olvidad que sois terratenientes. Si aprobáis la ley del precio máximo, nosotros defenderemos vuestras tierras y aún más las de la patria. Pero no basta, mandatarios: escuchad a un miembro de vuestro soberano, el pueblo. Las tres secciones del barrio de San Antonio disponen lo siguiente.

Y por fin empezó Muzine a leer el texto de la petición tal y como estaba escrito en los tres folios que llevaba. Marie, aunque se lo sabía de memoria, se dispuso a escuchar como si fuera la primera vez, preguntándose qué efecto tendría en el auditorio.

Escuchó a Muzine pedir que se mandara al frente a todos los soldados que estuvieran de guarnición en París, así como a quienes firmaran peticiones antirrevolucionarias, a los sospechosos de incivismo, a los sacerdotes católicos, a los varones de entre dieciocho y cincuenta años y a los viudos sin hijos. Y, si no era suficiente, que se mandara también a ciudadanos casados, mediante sorteo.

Las tropas así formadas procederían entonces a elegir a sus generales. Y, para armarlas mejor, se debía imponer un tributo a los ciudadanos ricos.

—Esto es, mandatarios, lo que piden los hombres libres y republicanos, del 14 de julio y de hoy, además de la ley sobre el precio máximo del trigo. Hasta ahora la revolución ha pesado sobre los pobres y ya es hora de que los ricos y los egoístas sean también republicanos y antepongan el valor al interés particular.

Esta vez sólo hubo aplausos en los bancos de la Montaña y de la extrema izquierda.

—¡Mandatarios! —exclamó el orador, con una voz de vendedor de mercado—. Estas medidas que acabamos de proponer son las únicas que

pueden salvar la cosa pública. Si no las adoptáis, nosotros, que queremos salvar la República, nos sublevaremos. Ahí fuera hay diez mil personas...

Un alud de gritos, improperios y estrépito de sillas sepultó la voz de Muzine. Marie oyó unas voces que, por alguna extraña resonancia, destacaban claramente del clamor general, pidiendo que detuvieran a toda la delegación por insultar a la asamblea. Muchos de los diputados se habían puesto en pie y agitaban los brazos, unos en dirección al orador y otros en dirección al presidente Lasource, que intentaba poner orden agitando una campanilla que no se oía.

Al final, éste tuvo que ponerse en pie, llamar al orden a varios colegas y dar unos puñetazos en la mesa, tras lo cual empezó a hablar, aunque su voz siguió llegando con dificultad a oídos de Marie.

Empezó a soltar un sermón soporífero en el que colmó a todo el mundo de elogios y de reproches. Un ebanista llamado Joseph le dio con el codo a Marie y le susurró que Lasource estaba con el alma en vilo desde que lo habían incluido en una lista de veintidós brissotianos cuya expulsión de la Convención reclamaban treinta y cinco secciones de París.

—Por eso nos lame ahora el culo —añadió el hombre, cuando el presidente concluía su intervención y le pasaba la palabra a un diputado que la pedía con vehemencia.

El diputado se levantó de los bancos de los girondinos y se dirigió a la tribuna a paso resuelto, con unos pliegos bajo el brazo y un aire de actor consumado. «Es el asqueroso de Girard», «Es uno de los que han acusado a Marat por los saqueos», «Es amigo íntimo de Brissot», decían las voces que rodeaban a Marie.

—Ciudadanos, quiero creer que estos hombres del 14 de julio sólo están confundidos, pero no por eso debemos temer menos estas confusiones. La Convención, en su defensa a muerte de la República, debe impedir que Francia se quede sin una autoridad legítima cuando los asesinos vengan a degollarnos.

Marie se preguntó que tenía que ver aquello con lo que ellos exigían: una ley sobre el precio máximo, la leva de soldados, el impuesto para los ricos. Pero un aplauso solitario llamó su atención.

Era una mujer que, sentada en la primera fila, justo al pie de los bancos de los girondinos, aplaudía al ceñudo Girard. Iba vestida de hombre, con un sombrero plumado, chaqueta y pantalones.

–Pido, por tanto –prosiguió Girard–, que una asamblea de sustitutos se reúna enseguida en Tours o en Bourges para que si la Convención fuera aniquilada, asuma allí la autoridad y no la deje en manos del ayuntamiento de París, que ya ha intentado usurparla varias veces.

¿Una Convención de reserva en Tours? Marie no daba crédito a lo que oía. Un diputado denunció a gritos que Girard traía preparada aquella rapsodia y que el orador de San Antonio, conchabado con él, amenazaba con una insurrección para justificar la vieja demanda de los brissotianos: sacar la Convención de París, alejarla del pueblo y de los montañeses. Marie observó la cara de Girard para ver cómo reaccionaba, pero el hombre permaneció impasible. En cambio, la amazona de la primera fila soltó una estrepitosa carcajada que iba dirigida al provocador. Parecía muy segura de lo que hacía. Marie tuvo la impresión de que la conocía. ¿Dónde la había visto? Le dio con el codo a Georgette, que se apretujaba a su lado y era, con ella, la única mujer de la delegación.

–¿Ésa quién es?

–¿Cómo que quién es? Théroigne de Méricourt. La fulana de Brissot. Se acuesta con él y con muchos otros de la Gironda. Y a cambio tiene sitio reservado en primera fila.

Entonces Marie recordó. Era Théroigne la amazona, la que un día fue al barrio a decir que las mujeres debían ir a la guerra como los hombres y anotar en un papel el nombre de las voluntarias. Al final se fue con el papel en blanco y casi echada a patadas en el culo.

Una mano se levantó de nuevo en los bancos de la Gironda y un hombre delgado se acercó a la tribuna. Marie observó su cara caballuna, su nariz imponente, mientras un nombre serpenteaba entre las filas, mitad silbido, mitad murmullo: «Brissot.»

El diputado tenía el aire de quien se dispone a ir a hablar largo y tendido, seguro de sus dotes oratorias.

La amazona extendió los brazos e intimó al silencio a los que tenía alrededor.

–Ciudadanos –empezó Brissot–, la grandeza consiste en tener valor, no en huir del peligro. Inglaterra está poniendo a prueba nuestra fuerza. El ministro Pitt compra a unos cuantos hombres, corrompe a los mejores ciudadanos y así, engañando a esas energías que no puede anular, revuelve contra la libertad el esfuerzo de hombres que quisieran vivir y morir por ella.

Un coro de «Sí, sí» se levantó de los bancos que había al pie de la tribuna, dirigido por la amazona, que agitaba una mano enguantada.

Marie miró a Muzine, que se había sentado, blanco como la cera, y estaba mordisqueándose los padrastrós. Si se había embolsado dinero de los ingleses, era evidente que fingía muy bien ser un pobre desgraciado que se había dejado llevar por el impulso de presentarse como el hombre más recto del barrio.

—Si no tomáis las medidas que el orador de San Antonio acaba de pedir —continuó Brissot, con una voz de falsete irónica—, entonces, dicen, se rebelarán contra vosotros, es decir, contra la nación a la que representáis. Ciudadanos, si no estuviéramos ante un puro delirio, el acto de estos peticionarios sería un grave atentado. Dicen que quieren marchar contra los rebeldes, pero los rebeldes están aquí, delante de esta asamblea. Los rebeldes de Vandea, profanando el sagrado nombre de Insurrección, han levantado contra la Convención una bandera rebelde: los peticionarios los imitan. Los rebeldes de Vandea niegan la soberanía del pueblo: los peticionarios los imitan. Los rebeldes de Vandea os piden un nuevo rey: la insurrección con la que hoy se amenaza nos lleva a la monarquía. En consecuencia, propongo que se detenga a los vandeanos de San Antonio y se los interrogue para llegar al origen, a los verdaderos instigadores de los males de la República, a quienes provocan nuestra división.

—¡A votar, a votar! —exclamaron desde los bancos de la Llanura—. Por votación nominal, para ver quién apoya a estos canallas.

La amazona miró a los delegados de San Antonio con una sonrisa desafiante. Marie pensó que, si la tuviera a tiro, le escupiría en la cara. Mejor dicho, le echaría las manos al cuello.

Brissot levantó la mano con ademán papal, dando a entender que su filípica no había terminado.

—En cuanto a mí —dijo revolviendo los ojos al cielo—, les digo a los adúladores de los reyes y del pueblo que podrán apuñalarme en esta tribuna, pero no privarme de la libertad, obligarme a traicionar mis juramentos ni convertirme en un opresor de mis compatriotas. Morir por la patria es vivir para la posteridad.

Marie vio estupefacta cómo volvía a su sitio acompañado de los vítores de la amante. No entendía cómo se había llegado a aquella pantomima, a hablar de puñales y asesinos, conjuras y arrestos, cuando sólo pedían que se

impusiera un precio máximo a los comestibles y un tributo a los ricos. Pero el rapapolvo de los diputados no cesó y durante media hora más se sucedieron en la tribuna Jacques Brival («Éste es de los nuestros», «Es el que propone que se hagan cañones con las estatuas de los reyes», «Éste ha votado contra la detención de Marat»), Georges Couthon («Otro jacobino», «Vive con Robespierre en casa de los Duplay») y François Buzot («Un puto brissotiano», «Pero contra Marat se abstuvo», «Dicen que es maricón»). Todos ellos, aunque en tonos distintos, se explayaron hablando en defensa del pueblo y pidieron, «por eso», que se detuviera a los firmantes de la petición.

Sólo un tal Mallarmé («Un anticlerical redomado», «Un tipo duro, aunque venga de Nancy») hizo notar a los colegas el tiempo que estaban perdiendo en discursos vanos. Marie le tributó un largo aplauso, interrumpido por la campanilla del presidente Lasource. En aquel momento cruzó la mirada con Théroigne de Méricourt y se juraron un odio recíproco.

–Ciudadanos –anunció el presidente–, acabo de recibir un mensaje que quiero leerles: «Los habitantes del barrio de San Antonio ven con dolor que su petición suscita escándalo. Pide permiso para entrar una nueva delegación compuesta por ciudadanos dispuestos a defender a muerte a la Convención.»

#### 4

–Los ciudadanos de San Antonio no quieren hacer perder a la República un tiempo precioso. Pedimos que se nos permita releer la petición tal y como está escrita, sin añadir nada, y que se debata únicamente sobre las cuestiones que plantea.

Hablaba el médico Henri Fournier, en calidad de orador de la segunda delegación del barrio.

El presidente preguntó cuál de las dos delegaciones tenía el derecho de hablar en nombre del barrio y cuál era de impostores.

Marie vio cómo las mejillas de Fournier se ponían coloradas. El hombre dijo lo único que podía decir:

–Los ciudadanos de San Antonio están ahí fuera y son ellos los que nos han enviado. Nosotros no queremos asesinaros, como se ha dicho; al contrario, si alguien quisiera asesinaros, os escudaríamos con nuestros cuerpos.

Siguió un clamor tumultuoso por parte de los girondinos, que estaban escandalizados. Entre los espectadores, Théroigne de Méricourt cacareaba como una gallina contra los montañeses y Marie tuvo otra vez ganas de retorcerle el pescuezo.

El presidente daba golpes en la mesa en vano. Sólo un movimiento en los bancos de la Montaña consiguió aplacar el vocerío. Un diputado corpulento subía a la tribuna con paso cansino. Tenía una cara larga y picada de viruelas, con una cicatriz: a Marie no le costó reconocer a Danton.

No dejó de reparar tampoco en la mirada sostenida que el hombre lanzaba a otro sentado unos bancos más arriba, un individuo alto y seco, de aire engreído, con peluca empolvada, cuya figura era diametralmente opuesta a la de Danton. Preguntó a Fournier quién era aquel petimetre y Fournier le contestó con laconismo: «Robespierre.» Marie lo observó mientras el orador hablaba y notó que no dejaba traslucir ninguna emoción.

Georges-Jacques Danton, miembro ilustre del comité de salvación pública, tomó la palabra con el tono del abogado que sabe de antemano que ha ganado el juicio.

—Ciudadanos, es lógico que la Convención se indigne cuando se le dice que no ha hecho nada por la libertad. No seré yo quien condene este sentimiento, pues sé que la Convención puede responder que ha eliminado al tirano, ha creado un tribunal revolucionario para juzgar a los enemigos de la patria y dirige las energías de la nación contra los rebeldes: esto es lo que hemos hecho. Ahora bien, si algún ciudadano piensa que somos incapaces de salvar la cosa pública y está convencido de que hay medidas que pueden salvarla, no comete ningún crimen afirmando que la nación tiene derecho a sublevarse si dichas medidas no se toman.

Muchas voces recordaron al orador que entre la nación y los habitantes de un barrio había mucha diferencia, pero las críticas no parecieron surtir efecto.

—Convendréis sin duda —prosiguió Danton— en que la voluntad general, la voluntad de la nación, se compone de voluntades individuales. Si estáis de acuerdo con esto, entonces os digo que todos y cada uno de los franceses tienen derecho a decir que si esta o aquella medida no se toma, el pueblo puede levantarse en masa. No digo que no haya gente que trata de engañar a los ciudadanos, ni que apruebe sin reservas la petición sobre el precio máximo que se acaba de presentar. Sólo examino el derecho de petición en sí mismo y digo que en esta sede nadie debería permitirse insultar a un

peticionario, y que los representantes del pueblo deberían respetar a cada individuo como respetan al pueblo entero. Si la Convención estuviera segura de su fuerza, diría, con dignidad y convicción: «Esto hemos hecho, y vosotros, ciudadanos, que queréis sublevaros, sabed que el hacha de la justicia está ahí para golpearos si cometierais algún crimen.» Así deberíais responder. Pido, por ende, que la asamblea se suspenda y se conceda a los peticionarios el honor de asistir a la siguiente sesión.

Unos gruñidos de desaprobación acogieron las últimas palabras, pero ya el presidente preguntaba si había que votar la propuesta o podían darla por aprobada. Nadie se opuso. Entonces, en los bancos de la izquierda del presidente, se levantó una mano, hacia la que todos los presentes se volvieron.

Robespierre.

El abogado de Arras se puso en pie. Marie tuvo la impresión de que lo rodeaba una aureola luminosa, o quizá sólo era el efecto de tantos ojos mirándolo. Lo vio acercarse a la tribuna. Cuando llegó, no miró a los colegas ni al presidente. Era como si no existieran. Robespierre los miraba a ellos, a los delegados de San Antonio. Es más, Marie juraría que la miraba a ella, directamente a los ojos.

—Ciudadanos. Ninguna palabra que no sea la de la ley podrá disipar el temor de que la asamblea está dando largas a lo que pide el pueblo. Propongo, pues, que dentro de tres días se vote el proyecto de ley sobre el precio máximo del trigo.

El aplauso estruendoso de las dos delegaciones y de las mujeres de Versalles retumbó bajo la gran bóveda e hizo vibrar las lámparas.

Marie siguió mirando a aquel hombre. En menos de un minuto había borrado dos horas de palique inútil poniendo un plazo a lo que el pueblo llevaba meses demandando. Aquel hombre no los traicionaría. Era el Incorruptible.

Te lo contamos, aunque no estábamos. Como casi todos, se lo hemos oído a uno del barrio en la taberna de La Gran Pinta. Cuando nuestras dos costureras y la otra se miraron en la Convención, se odiaron enseguida, con

un odio sincero, como odian las mujeres. Algunos dicen que Marie y Georgette se la juraron ese día, viéndola aplaudir a los brissotianos que decían que los de San Antonio éramos enemigos de la revolución y querían que metieran en el trullo al desgraciao de Muzine. Al día siguiente, desde la Puerta de San Antonio hasta el Sena y la plaza del Trono Derribao, todos sabían quién era la fulana de Brissot. Y muchos se han acordao de cuando vino a reclutar mujeres pal frente y nos creímos que era una loca escapada de la Salpêtrière.

Por eso pasó lo que pasó.

Fulana, pero entendámonos. Que no eran todas iguales, como creían algunos pasmaos. Las había al menos de dos clases.

Estaban las que conocemos nosotros, que hacían la calle delante del Palacio de la Igualdá, en los callejones, en los bajos y en los zaguanes. Cuando la poli las pescaba, se echaban a llorar y contaban la historia de su vida, una vida de arrastrá que daba pa llenar un libro. Eran las furcias vergonzantes, que se veían obligás a ejercer pa mantener a los hijos y a los viejos. Muchas salían al oscurecer, porque de día tenían curros honestos, pero que no bastaban pa alimentar a la prole. Nosotros las insultábamos, porque eran tiempos sin piedá, pero lo hacíamos con cuidao, en parte porque vaya usté a saber si no era nuestra hermana, o una viuda (¡la guarra!), o hasta nuestra madre (que las hay muy ligeras de cascos), en parte porque si lo pillaban a uno «faltándole al respeto» a una mujer, aunque fuera un putón verbenero, lo llevaban pal cuartelillo.

Y luego estaban las otras. Y aquélla era de ésas. Eran las que tenían vocación de putas, que decían que las mujeres tenían que ser libres pa abrirse de patas con todos los hombres que quisieran. Éstas no trabajaban en la calle, ¡quia!, se hacían pagar buenos apartamentos y se daban la gran vida a costa de los ricachos que se las tiraban, y si eran aristócratas, mejor, porque tenían más pasta. Hasta se cambiaban el nombre pa parecer grandes damas y cobrar más.

¿Te las imaginas? Pues así son las amigas de Brissot.

La más famosa viene de Holanda, vamos, que nos la han mandao pacá. Etta Palm d'Aelders se llama. Ella dice que es «baronesa», aunque los únicos barones que ha tenido ha sido entre las patas, porque en realidá es hija de un usurero de Groninga. Dicen que de moza era tan apañada que los hombres se peleaban por desvirgarla, y el que no, iba a su ventana a buscar inspiración,

cipote en ristre. Cipotes ha tenido más que ratas hay en el Sena. A sus compinches, antes de volverse por donde habían venido, también les decía que había que formar batallones de mujeres y mandarlas pal frente a combatir con los hombres. ¡Como ella nunca ha tenido críos a los que criar! Ni aunque tuviera, ¡con el oficio los mantenía!

Otra era de París. Ésta también se hacía pasar por una gran dama, pero era hija de un carnicero: Olympe de Gouges (el «de» se lo pegó con saliva, pa echárselas de noble). Decía que los hombres y las mujeres debían ser iguales aunque la naturaleza los había hecho distintos. ¡Y que los blancos y los negros son iguales! ¡Y que el libertinaje es mejor que el matrimonio y que no hay que avergonzarse de joder con quien una quiera y le dé la gana! Y no quería que le cortaran el melón a Luis. Es más, se ofreció pa echar ella el alegato de la defensa. ¡Una mujer! Y además de abrirse de patas escribía pal teatro, no fueran a caérsele los anillos que les sacaba a los ricachos. Vamos, que la madama tenía la pluma en una mano y con la otra desplumaba.

Pero la enemiga de nuestras costureras, Ana Josefa Théroigne de Méricourt, era la peor de todas. Antes de la revolución era cantante y cortesana. Luego, cuando empezó la fiesta, decidió dar el salto. Y como con falda era difícil, se puso un par de calzones y se metió a amazona. La Furia de la Gironda, la llaman en las Tullerías, porque es amiga (y otras cosas) de Brissot y compañía.

En el barrio aplaudieron a rabiar por el repaso que le dieron. Unos lo vieron, a otros se lo han contao. En La Gran Pinta lo cuentan de un modo, en el mercao de la Puerta de otro y los del río de otro, pero, más o menos, la cosa fue así.

Desde que se aprobó lo del precio máximo, muchas costureras le tomaron gusto a la Convención. Parece que a los desgraciaos nos traía suerte. Y como las mujeres no podían perder días de trabajo pa ver lo que hacían aquellos poltrones, se les ocurrió llevarse el trabajo allí: se sentaban en primera fila, sacaban las agujas y dale que dale, delante de aquellos charlatanes (y seguro que algunas, puestas a aplaudir el precio máximo, querían aplaudir también a Maxi...miliano).

El problema era entrar, porque a nuestras bravas mujeres, esposas, madres, viudas sin dotes ni dientes, nadie les guardaba el sitio como se lo guardaban a las otras.

Conque aquella mañana hacían cola pa entrar en las Tullerías las más

valientes, Marie, Georgette, Sophie, Amandine y Madeleine, bien cogidas del brazo pa aguantar los empujones que les pegaban los de atrás, y teniendo que soltar algún que otro agujazo a los que, con el son de la apretura, intentaban meterles mano. Y así, entre llamamientos al civismo y maldiciones contra la humanidad, la cola se estiraba y se encogía como un acordeón desde hacía más de dos horas.

En éstas apareció la amazona, toda chula y peripuesta, con calzón y sombrero de hombre, con la frente muy alta y la pechuga sacada, y empezó a recorrerse la cola. ¡Como que a ella, Ana Josefa, le guarda el sitio el mismísimo Brissot! Y seguro que no quita la mano cuando ella se sienta.

A los de la cola empezó a revolverseles el estómago del cabreo, a algunos de verdá, porque potaron allí en medio lo poco que habían desayunao esa mañana, y daba poco gusto verlo (menos pa un perro callejero que pasaba por allí y se puso las botas), y todos se pusieron a despotricar y a cagarse en sus muertos y en todos los santos del paraíso. Pero la menda siguió palante como si tal cosa, como diciendo tomar y joderos.

Pues bien, cuando pasó delante de Georgette, ésta le soltó un escupitajo en plena cara. La otra se paró, se limpió, se comió a la costurera con los ojos, como diciéndole: «¡Cómo te atreves, moñiga!», y le metió una bofetada que se oyó en toda la cola y si no cogen a Georgette sale despedida patas arriba.

¡La que se lió! Se le echaron encima como gatas con las uñas fuera: Madeleine la agarró de un brazo, Sophie del otro, Marie de una pata, Amandine de la otra, y Georgette pronunció sentencia, porque ya se sabe que el tribunal de las costureras es mucho más rápido que el revolucionario, sobre todo cuando juez y verdugo son la misma persona. «¡A los jardines! ¡A los jardines!», decía. Y allí se llevaron a pulso a la menda. Dicen que Georgette tenía los ojos fuera de las órbitas, media cara roja e hinchada por el guantazo y la otra que parecía un cadáver. «¡Desnudarla!», dijo con una voz más de fiera que de mujer. Y las otras le quitaron la ropa como quien pela una cebolla: primero la chaqueta, luego la camisa, luego los calzones, luego las bragas, mientras la otra graznaba. Luego la echaron palante, pa que se le viera bien el pompis, y entonces Georgette arrancó una rama de un árbol y dio un par de latigazos al aire, pa ver cómo sonaba. Al olerse la brissotiana lo que le esperaba, empezó a chillar aún más fuerte, a revolverse y a pedir ayuda. ¿Ayuda a quién? Marie y las otras la tenían bien sujetá, hasta del pelo, y ésas no son de las que se ablandan por los ayes de una mujer o el sudor de un

caballo. La gente de la cola se reía a carcajás, enseñando algunos hasta el galillo, y otros los pocos dientes que les quedaban, mientras la Méricourt ponía el culo en pompa pa recibir los azotes. Y Georgette empezó dale que te pego, que parecía que estuviera sacudiendo la ropa en el río. Bien sabía dónde pegar, donde más tierno está y más daño hace, que la pobre tendrá que comer de pie y dormir boca abajo mucho tiempo, de lo a rayas que le dejaron el culo. A saber en qué hubiera acabao aquella trifulca de mujeres si de dentro no sale alguien a pararlas, y no fue un cualquiera, no. La cola se abrió como las aguas del mar Rojo, pero no pa dejar paso a Moisés, sino a Marat, sarnoso y granujiento como siempre. Mientras pasaba, cuchicheaban su nombre con un sonido que parecía el silbido de una olla hirviendo. El Amigo del Pueblo se llegó al corro de mujeres y detuvo la azotaina sin necesidad de decir una sola palabra, sólo con unas miradas que eran como bofetadas y patadas. Las costureras se retiraron como muy compungidas. Marat ayudó a levantarse a la brissotiana, toda desmelenada y vareada, y fue echándole los trapos pa que se tapara, por pudor republicano, claro. Y mientras se la llevaba, todos pensaron en el triste destino que tendría la patria y la revolución si mandaran las mujeres, y no hubiera hombres hechos y derechos como Marat pa ponerlas en su sitio.

Eso sí, esa noche y los días siguientes, en La Gran Pinta no se hablaba de otra cosa, de la paliza de Théroigne de Méricourt, y alguno habría colgao sus bragas sobre la barra, como si fueran un trofeo, y la rama justiciera de Georgette aún más alto, junto a la bandera, si las hubieran guardao. Y nuestras costureras se paseaban muy chulas y engalladas, con escarapelas delante y detrás, como si hubieran hecho un gran servicio a la patria.

Al menos eso es lo que nos han contaó.

Extracto del  
INFORME SECRETO SOBRE EL MESMERISMO

Redactado por Bailly

Los comisarios a los que el rey encargó estudiar el mesmerismo han concluido que las principales causas de los efectos atribuidos al magnetismo animal son el tacto, la imaginación y la imitación, y han observado que siempre había más mujeres en estado crítico que hombres.

Siempre son los hombres los que magnetizan a las mujeres; las relaciones que así se establecen no son las normales que tiene una enferma con su médico, porque este médico es un hombre y, sea cual sea el estado de la enfermedad, ello no nos priva de nuestro sexo. Por otro lado, las mujeres que recurren a las curas magnéticas no están realmente enfermas. Muchas lo hacen por aburrimiento o por divertirse; otras, aunque tengan algún malestar, siguen estando fuertes y lozanas, con lo que tienen bastante atractivo para surtir efecto en el médico y bastante salud para que el médico surta efecto en ellas. En consecuencia, el peligro es recíproco.

El tratamiento magnético no puede ser sino peligroso para la moral. Usado para curar enfermedades que requieren largas curas, excita emociones gratas y placenteras, emociones que luego echamos de menos, que buscamos de nuevo porque ejercen en nosotros una fascinación natural y contribuyen físicamente a nuestra felicidad, pero que moralmente no son menos condenables y sí incluso más peligrosas, por ser más fácil habituarse a ellas.

En París, 11 de agosto de 1784

FIRMADO

Benjamin Franklin

Gabriel de Bory

Antoine-Laurent de Lavoisier

Jean-Sylvain Bailly

Michel-Joseph Majault

Charles-Louis Sallin

Jean d'Arcet

Joseph-Ignace Guillotin  
Jean-Baptiste Le Roy

## ESCENA SÉPTIMA

### La elección

*Últimos días de mayo de 1793*

#### 1

La casa era de las más míseras que Orphée d'Amblanc había visto en su vida, y eso que, en sus muchos años de oficio, las había visto de todas clases, desde viviendas de ricos comerciantes a mansiones de aristócratas, pasando por casas de gente que vivía de sus brazos y de sus pulmones.

El paciente era una de estas personas. Sentado en una cama alta de madera que, junto con un baúl roto y dos sillas de anea desvencijadas, constituía todo el mobiliario, el hombre parecía viejo y cansado, aunque era más joven que D'Amblanc. Tenía una complexión robusta, sólida, pero estaba tan cargado de hombros que parecían encoger el pecho, y la piel de la cara formaba como una tupida red de arrugas que en las comisuras de la boca y bajo los ojos se transformaban en surcos profundos.

Beautour, peón de albañil, estaba aquejado de un mal poco frecuente, que normalmente afectaba a personas dedicadas a actividades intelectuales, y que en los últimos años, según la experiencia de D'Amblanc, era menos raro e incluso se difundía entre las clases bajas. Algunos lo atribuían a la moda de la lectura. La tensión intelectual a la que sometía a las mentes no preparadas la lectura de historias excitantes, de novelas que provocaban fantasías nocturnas, podía muy bien causar fiebre y trastornos.

D'Amblanc no creía en las teorías que veían en la lectura la causa de todos los males, ni en el sentido médico ni, por supuesto, en el político. En cualquier caso, Beautour apenas sabía firmar con su nombre, y en su casa lo único que podía leerse era un calendario de 1788 que colgaba sobre la cabecera de la cama, con un sol con ojos y boca que lanzaba unos rayos que ni iluminaban ni calentaban.

Beautour no podía dormir. Sufría de insomnio y sometía a su cuerpo a

esfuerzos ímprobos para mantener a su mujer y a su numerosa prole. El día anterior se había desplomado, le habían fallado la respiración y las piernas. Por suerte no se hallaba en lo alto de un andamio. Esto decía una y otra vez su esposa, una mujer menuda, de mejillas coloradas, tocada con una cofia rota que le venía grande. Los hijos estaban apiñados en un lado del cuarto, en la parte opuesta a la única ventana que había, un oscuro boquete por el que no parecía pasar luz alguna. La mujer estaba de pie y Beautour sentado en la cama y, no se sabe por qué, con el sombrero puesto. Movía las piernas adelante y atrás con un movimiento monótono, mientras, superado por la voz agitada de su mujer, trataba de explicar lo que había ocurrido. A una seña de D'Amblanc, la mujer calló y la voz de Beautour se oyó tranquila, apagada, con un acento regional que la volvía infantil:

–Ya me hizo bien la otra vez que vino, doctor, hace unos meses. Pero luego, si vos permitís, me ha dado la enfermedad de no dormir, porque dicen que es una enfermedad, ¿verdad, ciudadano? O sea, que aquí me tenéis cada vez más escuchimizado.

D'Amblanc advirtió que la ropa que llevaba, más que vestirlo, lo envolvía. El uso la había deformado, alargado, ensanchado, desgarrado, pero bajo aquellas prendas ordinarias había un cuerpo que se consumía.

–No os preocupéis, ciudadano Beautour. Hallaréis alivio. ¿Habéis probado las cocciones que os recomendé?

La mujer intervino.

–Ciudadano D'Amblanc, no tenemos dinero pa pagar las medicinas.

El médico miró a la mujer. Pese a las condiciones en las que vivía y a la vida que le había tocado, parecía despierta y en buena salud.

–Deberíais fijaros bien en lo que hago. Yo podría enseñaros a tratar los trastornos de vuestro marido, pero se precisa paciencia y convicción.

–Paciencia y convicción tenemos, ciudadano. Lo que nos falta es dinero pa las medicinas.

D'Amblanc dio un hondo suspiro y se acercó al paciente. Le hizo señas a la mujer de que abriera bien los ojos.

Empezó la cura. El hombre, que era un sujeto reactivo, no tardó en caer sonambulizado.

D'Amblanc salió a la luz de la mañana dominical y se dirigió a casa. La mujer había sacado una gallina flaca de debajo de la cama y había insistido en

que la aceptara como pago. Total, ya no ponía huevos, había dicho. D'Amblanc había tenido que aceptar y ahora caminaba con el animal cogido de las patas y colgando como un ahorcado.

Una vez más se dijo que las capacidades y habilidades de una persona parecían aumentar cuando los canales de su fluido magnético se desbloqueaban. Era posible que todas las personas tuvieran capacidades desconocidas, que no dependían de su origen, clase ni educación.

La gallina aleteó débilmente. D'Amblanc la miraba de vez en cuando y sus ojos se cruzaban con los del animal, vítreos, atónitos. La gallina no perdía su aire de sorpresa ausente propia de su especie: incubaba, se alimentaba, vivía y moría así, animal casi tan gregario como el hombre.

D'Amblanc recordó que conoció a un soldado de infantería americano que dormía gallinas ejecutando ante los ojos del ave una serie de evoluciones con el dedo índice. También las sujetaba boca abajo contra el suelo, para que no pudieran volver la cabeza, y trazaba una línea recta delante del pico. Esto atraía por completo la atención del animal, que caía en un estado catatónico. D'Amblanc sonrió. A lo mejor podía enseñarse a una gallina a volar, o a creerse un león.

Puységur afirmaría que sí, sólo había que quererlo y hacerlo para bien.

Mesmer habría añadido una condición más: que el magnetizado reconociera la autoridad del magnetizador.

Más difícil sería sin duda hacer que un león se creyera una gallina.

«Hoy habéis visto a un noble magnetizar *einen Bauern*, a un campesino. Pero ¿habéis visto alguna vez a un campesino magnetizar a un noble?»

La pregunta del taumaturgo se remontaba a un día de 1784 que se había grabado en la memoria de D'Amblanc con la nitidez de un aguafuerte. Poco antes había llegado a París un gran admirador de Mesmer.

Armand-Marie-Jacques de Chastenet, marqués de Puységur.

## 2

–¿Puedo magnetizaros, señor Race?

–Claro, señor –contesta éste con un acento del norte–. Adelante, a eso he venido.

Un campesino rubio y recio, de rasgos anónimos, de ropas anónimas, está

de pie en medio de la sala.

Encima de él centellea una araña de cristal de Bohemia. Es un salón amueblado con gusto, de casa rica, en el corazón de París.

Puységur coloca una mano sobre su cabeza, a un palmo del cabello.

—Cerrad los ojos —ordena, y en la sala se hace un silencio completo.

Cincuenta bocas se tapan, cincuenta pares de oídos escuchan curiosos, al pie de un tapiz enorme que representa los trabajos de Hércules.

Desde su silla de primera fila, Orphée d'Amblanc estudia el rostro y los gestos del magnetista, el marqués de Puységur, coronel de artillería en un regimiento de Estrasburgo.

El campesino se llama Victor Race, viene de Buzancy, lleva toda la vida trabajando en las propiedades del marqués.

Las cincuenta cabezas pertenecen a los miembros de la Sociedad de la Armonía Universal.

Está el general Lafayette, están los periodistas Brissot y Carra, está el abogado Bergasse, el banquero Kornmann y, naturalmente, está Franz Anton Mesmer, ansioso de ver en acción el cacareado sonambulismo magnético, el extraño fenómeno que sus teorías médicas han creado en provincias.

La manecilla más larga del reloj de péndulo que hay junto a la chimenea da cuatro vueltas completas.

—¿Cómo os sentís, señor Race? —pregunta el marqués.

—No tan bien como suelo —contesta el labriego. Su acento de Picardía ha desaparecido junto con su vergüenza.

—¿Por qué motivo?

—Porque me exhibe usted delante de todas estas personas.

D'Amblanc ve que Brissot se retuerce trocando una carcajada en un golpe de tos. La señora Goncourt, una de las cuatro damas presentes, se tapa la boca con el abanico de encaje.

—¿Por qué os molesta? Son todos buenos amigos.

—Dos de ellos no se creen lo que hacemos y eso perturba mi sueño magnético. Es como si un filósofo natural quisiera realizar sus experimentos mientras le rompen los alambiques y derraman las pociones.

El marqués ordena a Victor Race que camine hacia los dos escépticos y los señale con la mano.

El campesino echa a andar con los ojos cerrados y a buen paso y se detiene

delante de Kornmann, lo señala, da media vuelta, hace como si olfateara el aire y se dirige resueltamente a Mesmer.

El alemán permanece impasible. Puységur tampoco se inmuta: encaja el golpe sin pestañear.

—Muy bien —dice—. Ahora el señor Race enumerará todas las enfermedades que aquejan al señor Kornmann, desde las más recientes y episódicas a las crónicas y recurrentes. ¿Estáis preparado, señor Race? Y vos, señor Kornmann, decidnos si la relación es correcta.

De nuevo se desliza el campesino por la gran alfombra persa con pasos de bailarina. De nuevo se planta delante del banquero y le coge las manos.

—Ayer le dio un fuerte cólico —dice—. Ha dormido mal. Siento que su estómago no tolera el ajo estos días.

Kornmann baja los ojos, se mira los pies, como si no quisiera que el campesino le leyera en la cara las señales de otras enfermedades.

Pero el campesino tiene los párpados cerrados y la respiración pausada del que duerme, y habla como si estuviera describiendo una visión.

—Le duelen a menudo los riñones, le vendría bien aplicarse compresas de tomillo. Y para la hinchazón de...

—Basta, basta, gracias —se apresura a decir el banquero, retirando las manos—. Es todo cierto, marqués. Realmente sorprendente. Este individuo posee un don extraordinario.

La declaración desencadena una tempestad de comentarios, cincuenta caras se vuelven unas hacia otras, cincuenta bocas susurran maravilladas.

Puységur entrelaza las manos en la espalda y mira al público esperando que todos presten atención.

—No es un don de este individuo —dice levantando el dedo—. Cualquiera puede ser puesto en ese estado por quien quiera, si se sigue un simple procedimiento. Lo importante es querer. Creer y querer.

El rumor y el estupor vuelven a recorrer la sala. Los ojos se dirigen a Franz Anton Mesmer, que es el único que no se muestra sorprendido. El marqués acaba de negar lo que el alemán ha dicho siempre, que algunos individuos tienen dotes terapéuticas particulares debidas a una mayor concentración de fluido magnético, y que esa concentración sólo puede obtenerse y dirigirse tras un largo periodo de aprendizaje. Si basta con creer y querer, entonces la doctrina del magnetismo animal deja de tener secretos.

Mientras las voces disminuyen, Puységur se acerca a Race y le pone dos

dedos en los párpados.

—¿Puedo despertaros ya?

—Si así lo deseáis, por mí es suficiente.

—Lo deseo —repone el marqués.

El hombre abre los ojos, parece aturdido.

—Bienvenido, señor Race. ¿Podéis repetir las enfermedades que le habéis diagnosticado al señor Kornmann?

El banquero agita las manos como diciendo que mejor no.

—No me acuerdo de nada, señor marqués. He dormido como un tronco, vos lo sabéis.

El anfitrión se vuelve al público.

—¿Quiere alguien ocupar el puesto del señor Race? Necesito un sujeto que no goce de plena salud. De hecho, como nos enseña nuestro maestro, la enfermedad depende de un desequilibrio magnético y sólo quien es víctima de ese desequilibrio cae sonámbulo en cuanto recibe la dosis de fluido que le falta.

Un abanico cerrado se alza detrás de dos filas de cabezas, que se vuelven rápidamente y ven, admiradas, cómo se levanta la señora Goncourt: miradas llenas de interés, no sólo por su ademán decidido.

La Sociedad de la Armonía ha vivido muchas desarmonías por culpa de las gracias de esta dama.

Puységur repite su ritual escueto. D'Amblanc observa que su práctica es muy distinta de la de Mesmer: sin agua, jofainas, barras de hierro, cuerdas, convulsiones ni cadenas de manos. Todo se desenvuelve con ademanes sencillos y gentiles.

La señora tiene los ojos cerrados, la cabeza ladeada. Dice que el dolor de cabeza se le ha pasado «como por arte de magia». Dice que con cuatro sesiones más de sonambulismo, se librárá para siempre de esa molestia.

Se pasea por la estancia con su vestido inglés. Enumera las enfermedades de Carra y del general Lafayette. Prescribe remedios, señala plazos de curación.

Luego se detiene ante D'Amblanc, se quita despacio los guantes de seda, le tiende las manos ahusadas, con la palma hacia arriba, y espera a que él ponga las suyas.

Muchos parisinos sostienen que las terapias magnéticas no tienen otra finalidad que ésta, que los hombres y las mujeres se acerquen, y que son un

pretexto para tocarse. Y que confunden el placer que obtienen con la medicina.

Muchos parisinos se excitarían sólo de pensar en rozar a la señora Goncourt.

Sus dedos son tersos y blandos. Acarician la piel adelante y atrás.

—Las cicatrices os hacen sufrir —dice la sonámbula con un gran esfuerzo—. Son cicatrices de guerra.

D'Amblanc asiente instintivamente. Las yemas de los dedos de la señora Goncourt transmiten corrientes de calor a los huesos de sus manos. Sin embargo, se esfuerza por explicarse racionalmente lo que acaba de oír: las cicatrices, su participación en la guerra de América no son ningún secreto. La señora Goncourt puede haber oído hablar de ello, siquiera de pasada.

D'Amblanc se decide a preguntarle dónde tiene la vieja herida que más le duele.

La respuesta tarda en llegar. Los dedos de la mujer aprietan los suyos.

—En vuestra alma —dice con un suspiro—. Si dejáis que os sonambulicen, obtendréis grandes beneficios.

De pronto lo suelta y se retira como arrastrada por un hilo invisible.

*En vuestra alma.*

La respuesta no es tan precisa que constituya una prueba de lo que Puységur quiere demostrar, desde luego. Pero ha acertado, porque ha dicho dónde le duelen realmente esas cicatrices. Y no sólo eso: mientras aquella mujer, habitualmente altanera y esquiva, lo tocaba, D'Amblanc ha sentido una ola benéfica recorrer sus nervios, sus venas, sus huesos. Y el bienestar que ahora siente es real, físico. Diferente del que ha sentido tantas veces con las palanganas y las manos de Mesmer, pero no menos intenso.

La voz de Puységur resuena en la sala.

—En estos momentos el cuerpo de esta dama es un apéndice del mío —explica convencido—. Su mente y la mía son una y la misma cosa. Hace lo que yo pienso, dice lo que yo quiero.

Hace una pausa efectista, para complacerse en la atención que le prestan los cincuenta pares de ojos.

El marqués hace ademán de mover el brazo derecho y la señora Goncourt levanta el suyo por encima de la cabeza.

El marqués se inclina hacia delante y la señora Goncourt da un paso a ciegas hacia él.

*Si dejáis que os sonambulicen, obtendréis grandes beneficios.*

El abogado Bergasse, en la primera fila, interviene:

–Señor marqués, ¿cómo podemos saber que le estáis transmitiendo esas órdenes?

Puységur esboza una sonrisilla.

–¿Queréis reemplazarme?

Bergasse no se echa atrás. Desde que, a cambio de una generosa donación, le arrancó a Mesmer la promesa de revelar a los adeptos los secretos del magnetismo animal, se comporta como el macho de la Sociedad de la Armonía. No pierde ocasión de mostrarse decidido y valiente.

El marqués lo instruye, le explica que debe concentrarse en la jaqueca de la mujer y desear con fuerza que se le pase. Sólo así ella pondrá de su parte y el experimento funcionará. La razón inicial de la relación debe ser la cura, en otro caso el fluido no se dirige donde debería y la sonambulización falla. Le pide que ponga una mano sobre el elegante peinado de la dama. Le dice que piense en una acción que quiera que ella realice y le pide a la señora Goncourt que obedezca al nuevo amo.

Bergasse la mira intensamente, con la mano en posición, pero no ocurre nada.

–No os concentráis lo suficiente, señor Bergasse –dice el marqués en voz baja.

–Le he pedido que se quite los... –murmura Bergasse, pero no termina la frase porque la señora Goncourt empieza a quitarse los zapatos sin agacharse.

–Pasmoso –comenta Bergasse.

El marqués le pide que no se distraiga, porque la mujer podría despertarse de pronto y eso no le sentaría bien.

Bergasse vuelve a mirar a la mujer.

–Si le ordeno que se quite el vestido, ¿obedecerá?

La pregunta despabila a los presentes. Un cuchicheo en el que se mezcla el escándalo y la excitación recorre las filas de cabezas, pero Puységur lo acalla con un ademán.

Bergasse aprovecha para hacer la pregunta.

–¿Puedo pedirlos que os desnudéis, señora?

La mujer mueve la cabeza y contesta:

–No, no podéis.

–Os pido humildemente perdón –se apresura a decir Bergasse, que ya

lamenta su atrevimiento.

–Pedirme que levante la mano no puede dañarme –insiste la mujer–, ni que me quite los zapatos. Pero pedirme indecencias sí. Podéis desear que me desnude con todas vuestras fuerzas, pero no lo haré.

Las mejillas de Bergasse se encienden y las de D’Amblanc también, avergonzado por la poca delicadeza del otro.

–He obrado únicamente por amor a la ciencia –se justifica el abogado, lleno de desdén por los que han podido pensar mal.

Toutain se pone en pie y hace amago de abofetearlo para vengar el honor de su favorita. Carra y D’Eprémesnil se interponen y lo sujetan. Puységur está azorado, no sabe lo que hacer, se siente un poco responsable del incidente.

Hasta que retumba una voz en la sala.

–¡Basta!

La voz de Mesmer tiene el efecto de un disparo. Todo el mundo enmudece y se vuelve hacia él. El alemán tiene las manos levantadas y abiertas, como si pudiera inmovilizar a todos con su fuerza magnética. Y es lo que hace. Nadie respira.

–Marqués, ¿tenéis la gentileza de asistir a *Frau* Goncourt? –le dice a Puységur.

Éste despierta a la mujer y comprueba que está bien. Ella mira a Bergasse y dice que tampoco recuerda lo que ha ocurrido mientras estaba sonámbula, y queda la duda de si lo dice de verdad o es que lo perdona. La tensión disminuye.

*Si dejáis que os sonambulicen...*

Cuando todos se disponen a marcharse, D’Amblanc levanta la mano.

–Perdón...

La palabra queda ahogada por las primeras despedidas.

Mesmer observa el gesto y llama la atención del marqués.

Puységur pide silencio y hace señas de que se formule la pregunta.

–Señor marqués, por lo que hemos visto, parece que el sonámbulo no está a la merced del que lo magnetiza. El querer de uno, pues, puede oponerse al del otro. Y en este conflicto de voluntades, ¿qué es lo que determina la victoria? ¿Depende de la fuerza mental, de la distribución del fluido, del grado de convicción, de la enfermedad?

Puységur asiente y mira al auditorio, discurriendo una frase de mucho

efecto que decir como despedida. Una frase que no se olvide.

–El bien es lo que marca la diferencia. Querer el bien y creer en el bien.

### 3

D'Amblanc volvió a la realidad. Delante de su casa había un hombre con gorro frigio que daba vueltas en las manos a un papel.

–Ciudadano D'Amblanc, vengo a entregaros una carta de parte del oficial Chauvelin.

Los dos hombres se observaron. D'Amblanc advirtió que el desconocido miraba mucho hacia abajo, a la gallina.

D'Amblanc aborrecía degollar aves. Le dio el animal al hombre al tiempo que cogía la carta.

–¿La queréis? Os la doy.

Los ojos del hombre brillaron con interés.

–¿Por qué no, ciudadano? Os lo agradezco, en los tiempos que corren sería un crimen rehusar. Gallina vieja hace buen caldo.

El extraño intercambio se realizó y el hombre se despidió entre protestas de la gallina, que aleteaba despidiendo plumas y expresando su contrariedad con las últimas energías que le quedaban.

Entró D'Amblanc en su casa y abrió una ventana para ventilar. Se coló una abeja enorme. Era un zumbido vibrante, un sonido de bajo continuo que parecía reunir, como en un concierto, todos los ruidos de la calle, de la vida cotidiana en uno de los momentos más extraordinarios de la historia de Francia: estrépito de ruedas sobre el enlosado, retazos de canciones, gritos de niños, pregones rimados de vendedores ambulantes y de periódicos. Después de recorrer las paredes, la abeja halló una abertura y se perdió en el cielo de París.

D'Amblanc la siguió hasta que dejó de verla y entonces leyó la carta que llevaba en la mano.

La revolución había cambiado las palabras y los gestos con los que el hombre se comunicaba. Chauvelin se veía ahora obligado a dirigirle una misiva que ni era de funcionario, ni era de amigo, ni era de compañero de partido: debía ser todas esas cosas y a la vez todo lo contrario.

París, 25 de mayo de 1793

Eximio doctor D'Amblanc:

Espero que hayáis tenido ocasión de leer los informes de Auvernia que os entregué en nuestra última entrevista. Me alegraría saber qué opinión os merecen y qué pensáis hacer al respecto. Aunque este comité se ve asediado por muchas otras cuestiones de la máxima gravedad, insiste en que aceptéis la comisión y vayáis a comprobar personalmente si los casos referidos guardan alguna relación con la actividad de magnetistas contrarrevolucionarios. Sé que sois reacio a abandonar a vuestros pacientes, pero sinceramente creo que pueden prescindir de vuestros servicios mientras dure el viaje, y entre ellos me incluyo yo, naturalmente. A veces un dolor de cabeza es preferible a un mal mayor. Permitidme que añada que dejar de frecuentar algunos domicilios particulares para rendir un servicio a la República no puede ser sino una elección sabia.

Queda a la espera de una respuesta y os presenta sus respetos,

Oficial Armand Chauvelin  
del COMITÉ DE SEGURIDAD GENERAL

D'Amblanc releyó varias veces la carta, incluida la discreta despedida final.

La letra y la sintaxis del oficial decían fundamentalmente una cosa: que había llegado el momento de elegir de qué parte estaba. Las señales, por lo demás, hablaban claro: la batalla por la Convención había empezado. Brissot, Vergniaud, Roland y los diputados girondinos de una parte; los hermanos Robespierre, Marat, Danton y los diputados montañeses de la otra. Y seguro que el ayuntamiento no se cruzaría de brazos, dominado como estaba por Roux y Leclerc, ni el pueblo parisino y el fiscal Hébert, quien, a través de *Le Père Duchesne*, incitaba a hacer justicia contra los traidores de la revolución.

No era difícil sacar las conclusiones implícitas en las palabras de Chauvelin. Pero había más. Algunos exponentes de la Gironda estaban ligados a la historia personal de D'Amblanc. Diputados que antes de la revolución habían sido mesmeristas, como Carra y Brissot. Miembros de un partido que a todas luces defendía los intereses de determinados grupos, no parisinos, comerciantes, armadores navales afines a los ingleses, contrarrevolucionarios en potencia que se ocultaban tras el ambiguo velo de la moderación. D'Amblanc los conocía bien, provenía del mismo ambiente de estudiosos del magnetismo, la disuelta Sociedad de la Armonía Universal. Su profeta se había vuelto a Viena y los que lo habían venerado ahora fingían

no conocerlo. D'Amblanc era considerado el último apóstol, el único en todo París capaz de conciliar los ideales de la República con el magnetismo. La razón era evidente: antes de someterse al tratamiento de Mesmer, las heridas de guerra le habían hecho sufrir terriblemente; gracias a los baños y a los ataques convulsivos, los dolores habían disminuido, como si una fuerza reprimida hubiera encontrado una vía de escape. Luego D'Amblanc había conocido al marqués de Puységur y esto le había cambiado la vida. Pero también Puységur formaba parte de las amistades sospechosas: era un aristócrata, hermano de expatriados.

D'Amblanc sabía que Chauvelin no tenía dudas sobre su fidelidad a la patria y a los ideales de libertad e igualdad que habían llevado al pueblo a realizar lo inusitado, lo inaudito, lo nunca visto, a fundar una nueva regla a partir de lo extraordinario, de lo insólito, de lo excepcional. Pero su pasado de seguidor de Mesmer y su presente de magnetista podían comprometerlo a ojos de los montañeses. Y eran éstos quienes controlaban el tribunal revolucionario y el comité de salvación pública.

Además —la alusión a lo de los domicilios particulares lo decía claro—, D'Amblanc frecuentaba la casa de otro conocido brissotiano, el abogado Girard, y encima para curar a su mujer. Ya se figuraba D'Amblanc lo que se rumorearía sobre esta última circunstancia, rumores que sin duda habían llegado a oídos del remitente de la misiva, un perspicaz funcionario de policía. Lo sorprendió que, después de todo, fuera esta última implicación la que más le dolía, quizá porque —se dijo— era la más fundada, aunque sólo potencialmente.

El consejo de Chauvelin era que se ausentara un tiempo de París con una comisión oficial del comité. Que pusiera sus dotes de magnetista al servicio de la República. Esto lo mantendría alejado de la brega y certificaría definitivamente su pertenencia a la facción buena.

#### 4

En la casa flotaban olores de cocina, algo que D'Amblanc no recordaba que hubiera ocurrido antes.

La criada lo acompañó por el pasillo, sobrecargado de adornos, cuadros y tapices, y, cuando llegaron al gabinete, anunció al visitante.

La señora Girard estaba de pie junto a la ventana y se volvió para recibir a D'Amblanc con una sonrisa distante.

Tenía un libro en las manos y lo dejó, abierto, sobre la mesa. D'Amblanc avanzó unos pasos, echando un vistazo al libro. En una de las páginas se veía una ilustración, debía de ser un herbario o algo parecido.

La señora Girard despidió a la sirvienta y se hallaron por primera vez solos en la estancia.

—Tendré que buscar otros remedios para aliviar mis males —dijo la mujer.

Esto pilló desprevenido a D'Amblanc. Se había preparado unas palabras de despedida. Improvisó una respuesta que sonó fuera de lugar.

—Hace semanas que no tenéis ataques de asma. Los trastornos que padecéis pueden tratarse de varias maneras.

—Con todo, las sesiones me sentaban bien. Esto es una despedida, ¿verdad, doctor?

La voz era perezosa, el humor de la mujer vago, contrariado.

D'Amblanc se sorprendió buscando su perfume. Jazmín, sí, estaba seguro. Pensó que no volvería a aspirarlo y se le partió el corazón.

—Asuntos de la máxima importancia me reclaman fuera de París. Un servicio a la República. No sé cuándo podré volver.

La mujer se sentó e hizo señas a D'Amblanc de que hiciera lo mismo. Él siguió un momento de pie, con una postura rígida, casi militar, pero al final decidió sentarse.

—¿Os enroláis, pues?

—No exactamente. Se me ha encomendado una misión que no puedo rechazar.

—Cuando volváis todo podría haber cambiado.

—La situación será sin duda muy distinta, quizá más clara —contestó él.

La mujer empezó a hojear el herbario. A D'Amblanc le pareció una pausa calculada. Ella dejó de nuevo el libro.

—¿Creéis que la melisa puede aliviarme?

D'Amblanc decidió sincerarse; al fin y al cabo, a eso había ido.

—Escuchadme, os lo ruego. Quiero ser honesto. Creo haber suscitado en vos cierto interés por mi persona, una especie de... atracción. Sois una mujer inteligente, inclinada al análisis. Mi sospecha es que de algún modo he condicionado vuestro ánimo, a través de la terapia. No quiero partir sin haber despejado esta duda.

Sintió que debía decir algo más, pero la sonrisa de menudos dientes blanquísimos se lo impidió.

–Me abandonáis –dijo ella–. Quizá para siempre. Y lo hacéis queriendo atribuirme vuestros sentimientos y culpar de ellos a la cura que habéis aplicado. Así tenéis la mejor justificación para suspenderla y alejaros de mí, como un doctor muy ocupado. Y sobre todo me negáis un sentimiento genuino, mío. Me dejáis enferma por partida doble.

D’Amblanc se quedó petrificado. De pronto se sintió desnudo, descubierto como un soldado al que dejan solo en pleno ataque.

Por suerte para él, siguió hablando ella.

–Quizá es la condición de dependencia en que me encuentro. Dependencia no sólo de la terapia, sino de las circunstancias, de mi matrimonio estéril, de los tiempos que corren. Del tiempo mismo. Ya casi he agotado mi ración de juventud.

Sonrió de nuevo, pero fue la sonrisa más triste que D’Amblanc había visto en su vida.

–Quizá –continuó ella– no somos más que una mujer sola y un hombre atormentado separados por las convenciones. Dejadme mis sentimientos, doctor, ya que me dejáis a merced de mi asma.

Sirvió un vasito de licor de una botella verde y se lo ofreció. Llenó otro para sí.

–Brindemos por nuestro adiós y por nuestra salvación.

Los labios se demoraron sobre el cristal, dando pequeños sorbos.

D’Amblanc se bebió el licor de un trago.

–Y ahora marchaos –dijo la mujer–. Vuestra compañía agrava mis males, así como antes los aliviaba. Os deseo suerte.

D’Amblanc se levantó, vaso en mano, y quiso decir algo, pero todo lo que dijera sonaría superfluo. Antes de hacer el ridículo se despidió y se marchó.

Sé lo que habéis venido a decirme, *mein Freund*. Vuestras curras conmigo se han acabado. Es horra de que os marchéis *allein*. Solo, sí.

Buscáis currarros y querriáis que vuestra curración fuerra ejemplar, deducir de ella una prráctica médica. Pero vuestra búsqueda es la búsqueda

de toda una vida, y acabáis de emprender vuestro camino. Los demás buscan filosofías *und* fórmulas políticas parra currar a la sociedad, perro no se puede currar a la sociedad si no se curra *den Mann*... ¡al hombre! No hay armonía sin paz. Yo les he ofrecido una nueva manerra de ver el universo. *Das Flut* es una metáforra de la realidad. El flujo lo une todo a todo.

Bergasse quiere que yo publique los secretos de la doctrrina. Brrissot y Carra lo apoyan. No se han echado atrás *auch nicht* cuando les he pedido una cifra exorbitante a cambio de la revelación. Han reunido todo ese dinero, ¿parra qué? Ya les he dado todo lo que querrían y ahorra se dan cuenta de que erra *zugleich* mucho y poco. Quieren abatirme, derrocarme *wie ein König* parra poder crrear que son los paladines de la libertad y de la verdad. *Aber sie ist eine falsche Revolution...*, una revolución falsa. Me acusan de avidez porque temen ser unos mediocrres.

Vos no sois como ellos, D'Amblanc. Vos lo habéis entendido. *Es ist kein Geheimnis*. No es ningún secreto. El flujo es lo único que existe. Puységur lo ha demostrado delante de sus ojos, perro ellos son *blind wie Würmer...*, ciegos como gusanos. Bergasse no quiere aceptarlo, quiere un secreto que pueda regalar al *Volk*, quiere ser un *neuer* Prometeus. Debe dejarme, porque, si no me deja, debería matarme en los idus de marzo. Y yo dejarré que se vaya.

Y tampoco intentarré detenerros a vos, doctor. Vos quizá tenéis aún esperanzas. *Aber...* antes de marcharos, os dirré una cosa.

Hoy habéis visto a un noble magnetizar *einen Bauern*, a un campesino. Pero ¿habéis visto alguna vez a un campesino magnetizar a un noble? Pensad en esto y buscad un camino, más que a un guía. Deseo que encontréis *eine authentische Revolution...*, una revolución auténtica, sí. Buena suerte.

Extracto de  
INVESTIGACIONES Y OBSERVACIONES  
SOBRE EL TRATAMIENTO MORAL DE LOS ALIENADOS  
de Philippe Pinel (París, 1798)

A consecuencia de una serie de acontecimientos desafortunados, un joven pierde al padre y unos meses después a la madre, a la que quería mucho. Desde entonces, siente una tristeza profunda, no duerme, pierde el apetito y sufre arrebatos de locura de extrema violencia. Se lo somete al tratamiento habitual, con sangrías abundantes, baños, duchas y actos represivos rigurosísimos. Este conjunto de curas fracasa. Al final trasladan al alienado a Bicêtre como sujeto muy peligroso. El vigilante Pussin, lejos de aceptar ciegamente este dictamen, lo deja suelto en su cuarto desde el primer día, a fin de estudiar el carácter y la naturaleza de sus males. El mutismo sombrío de este alienado, su abatimiento, el aire taciturno y reconcentrado, algún comentario destemplado que se le escapa sobre su mala suerte, revelan ideas incoherentes y dejan ver el principio de su demencia. Pussin lo consuela, le habla con interés, llega poco a poco a disipar su hosca desconfianza y a hacerle concebir esperanzas de recuperación. El paciente le cobra al vigilante una confianza y estima ilimitadas, gradualmente recupera las fuerzas y empieza a mostrar todas las demás señales de la salud, a la vez que la razón vuelve por sus fueros. Y así, el que en otro hospicio fue maltratado y tenido por el más violento de los dementes, es ahora, gracias a medidas lenes y conciliadoras, el hombre más dócil y más digno de interés por su conmovedora sensibilidad.

En el tratamiento moral no se considera al loco como absolutamente privado de razón, ni incapaz de sentimientos de temor, esperanza, honor... Primero hay que someterlo y luego alentarle.

## ESCENA OCTAVA

El mudo habla

*Mayo de 1793*

### 1

El mercadillo del hospital estaba lleno. El hombre que se hacía llamar Laplace miraba las figuritas de huesos de pollo que uno de los pacientes vendía al público de parientes y curiosos. Ir a ver locos era un pasatiempo de moda, aunque –pensó Laplace– para eso no hacía falta ir a Bicêtre. Francia entera estaba plagada de locos.

Una de las figuras representaba a una pastorcilla y, aunque hecha torpemente, era reconocible. Miró al loco que había compuesto al arcádico personaje: temblaba de pies a cabeza, pero cuando doblaba, ataba o montaba las piezas que componían la obra, sus manos eran firmes como las de un cirujano que extrae una bala.

Entre las demás figuras, Laplace reconoció una casita, con su chimenea y sus ventanas, y una cabeza humana, que parecía reproducir unos rasgos concretos.

–¿Quién es? –le preguntó Laplace al hombre que estaba detrás de la mesa de las figuras.

–Hum... Hum... ¡Marat! –dijo el loco artesano.

Perfecto, pensó Laplace. Marat, el amigo de los locos.

Pagó el objeto, lo observó por un lado y por otro y siguió paseando.

Se detuvo unos pasos más allá, bruscamente. Allí estaba el rubio Malaprez, vigilado por un mozo corpulento. Se movía como si tuviera frío, cosa extraña, pues la temperatura era agradable. Estaba al pie de un sicomoro, con los hombros encogidos, como si quisiera protegerse el cuello.

Laplace se dirigió hacia allí con calma.

Malaprez no llevaba camisa de fuerza, señal de que había estado tranquilo los últimos días.

–Tened cuidado, ciudadano Laplace –dijo el mozo–. Parece tranquilo, pero podría ponerse furioso en cualquier momento. Si por mí fuera, lo tendría encerrado día y noche.

–Que no os oiga el gobernador Pussin, ciudadano. ¿Permitís unas palabras?

–Si queréis perder el tiempo, adelante. No entenderá ni jota de lo que le digáis.

–No, a quien quiero decir unas palabras es a vos. Unas palabras que pueden abrir puertas... o cerrarlas.

El hombretón arrugó la frente, por la que le caía un flequillo de pelo moreno y recio. Laplace sonrió, se le acercó y le habló en voz baja.

–Si os descubren, me la cargo yo también –replicó el celador. Luego miró a los lados, inclinó la cabeza y añadió en voz baja–: Hay más guapos. Y más dóciles. Si a éste le da la vena a mitad de faena, os destroza.

Laplace apretó la mandíbula para permanecer impassible. Esperaba aquel malentendido: los enfermeros eran plebeyos acostumbrados a la vida licenciosa, incluso contraria a la naturaleza. Enarcó una ceja, fingiendo buen humor.

–La suma que os doy pagará también vuestro pesar, ciudadano. No penséis, dadme lo que compro.

## 2

Aquella noche, media hora después de cenar, el hombre que se hacía llamar Laplace entró en la celda de Malaprez, el labriego que había perdido el don de la palabra.

El bruto, tumbado en el catre desvencijado, levantó la cabeza bruscamente. Ahora sí llevaba una camisa de fuerza. Detrás de Laplace se cerró la puerta. El campesino se agitó, se puso en pie, lanzó al intruso una mirada feroz, emitió un bramido que parecía de oso. Mechones de pelo rubio se pegaban a una frente ya perlada de sudor. Se abalanzó contra Laplace. Con camisa de fuerza y todo, quería derribarlo, con el hombro o con un rodillazo en sus partes, o quizá pensaba morderle en la nariz. Laplace esquivó la embestida. Malaprez no pudo detenerse y se golpeó contra una de las paredes húmedas.

*¿Qué quieres de mí?*, dijo el berrido que atronó la celda. Laplace debía acallararlo cuanto antes.

Alumbraban la celda dos velas: una la llevaba Laplace, la otra estaba metida en un jarro viejo que había en el suelo de ladrillo, junto al orinal. Las dos llamas duplicaban las sombras: cuatro personas bailaban en las paredes. Las siluetas se buscaban, rodaban, se desplazaban, corrían, se paraban.

Malaprez quería golpear a Laplace, hacerle daño, mucho daño. Laplace quería encontrarse a Malaprez de frente y mirarlo a los ojos. ¿Qué bailaban?

El minué de los locos.

La gavota del magnetismo animal.

Asaltó a Laplace el recuerdo de una velada en Versalles. Una recepción, concurridísima. Debía de ser el año 1788. Los invitados habían bailado una gavota, los caballeros frente a las damas, todos con un ramillete de flores. Tras los pasos de grupo, el primer caballero y la primera dama se destacaron bailando solos, se abrazaron, y luego la dama fue a abrazar a los demás caballeros, y el caballero a las demás damas. No recordaba quién era el hombre: cualquiera con un ramillete de jacintos rosas, representante de una nobleza decaída, sombra de sí misma. La dama era María Antonieta Josefa Juana de Habsburgo-Lorena, reina consorte de Francia y de Navarra; bella mujer era la austriaca, pero poco más. Laplace miraba la escena aparte, con el barón.

Baile y recuerdo duraron poco.

Al término de una figura muy elaborada, que requirió no menos de diez pasos, los iris azules del campesino se hallaron frente a los iris aún más azules del guerrero. Laplace clavó la mirada en las pupilas del loco, le tocó la frente sudorosa y, con el tono de quien calma a un niño que llora, dijo:

—Hemos bailado. Ahora hablaremos.

Sorprendido, Malaprez cerró la boca y distendió la frente, con lo que se le fue la expresión de bestia que había tenido hasta ese momento. Perdidos el ímpetu y el ritmo, se desmoronó contra la mano de Laplace, aunque permaneció de pie.

Las yemas palparon las cicatrices. Laplace las alumbró con la vela.

Señales de heridas leves, poco más que rasguños.

Marcas dejadas por un cuerpo irregular y áspero, quizá una rama.

—Sentémonos —le dijo al loco, ya aplacado y a su merced.

El labriego obedeció. Se acomodaron como pudieron en el catre.

—Te quitaré la camisa que te ciñe. Si intentas herirme, sentirás un terrible

dolor de cabeza. Si intentas herirte a ti mismo, sentirás que te asfixias. ¿Has entendido lo que he dicho?

Malaprez emitió un gruñido vago.

Laplace repitió la pregunta.

Malaprez asintió.

Laplace repitió la pregunta.

Malaprez estaba confuso.

Por cuarta vez, Laplace repitió la pregunta.

Los músculos de la cara de Malaprez se contrajeron. Laplace estaba seguro de que, debajo de la camisa de fuerza, el campesino apretaba los puños.

—Por quinta vez: ¿has entendido lo que he dicho?

Malaprez apretó los dientes y las mandíbulas se le marcaron. Por aquellos dientes apretados pasó una sílaba.

—Muy bien, dilo otra vez —lo exhortó Laplace.

—Sí —dijo Malaprez, y su cara se relajó.

### 3

Jean-Baptiste Pussin observaba desde la ventana a dos alienados que jugaban a la guillotina. Uno hacía de reo y el otro de verdugo. La imaginaria cuchilla caía y el ajusticiado relajaba el cuello y hacía oscilar la cabeza para que pareciera que caía en el cesto. Acto seguido se intercambiaban los papeles: el recién decapitado accionaba el invisible artefacto y el verdugo sucumbía. Y volvían a empezar. Así llevaban más de media hora, sin decir una palabra.

Pussin encontraba la escena intrigante. Seguramente ninguno de los dos locos sabía que allí precisamente, en Bicêtre, hacía poco más de un año, se probó la guillotina verdadera. Pussin recordó la escena. El verdugo Sanson, ante una discreta muchedumbre, colocó sucesivamente en el aparato los cadáveres de tres personas recién fallecidas, cambiando cada vez la cuchilla para ver cuál era la más eficaz, si la de filo oblicuo o la clásica de filo curvo. Ganó la primera, que cercenó limpiamente la cabeza de una prostituta. Acabado el trabajo, el verdugo felicitó a los inventores por el brillante resultado y calificó el método, no sin cierta amargura, de «demasiado fácil».

Por fin los justicieros ajusticiados rompieron el silencio para disputar sobre

el error judicial que había llevado al patíbulo a uno de ellos.

–¡No lo entendéis: yo no debería estar aquí! –dijo el que en aquel momento hacía de víctima.

–Pues entonces yo tampoco –replicó el otro.

A Pussin le pareció apropiado que la escena se desarrollara en la «plaza» del «barrio de San Prisco», que era el patio central del séptimo pabellón de Bicêtre. El pabellón de los locos era una parodia de barrio de ciudad: los pasajes estrechos que había entre sus edificios se llamaban calle del Infierno, calle de los Furiosos, plaza Patio Central, calle de la Fuente... Pussin era el administrador de aquel barrio, el alcalde, el alcalde de los locos.

Y, en realidad, ¿por qué no había de ser así?, pensó Pussin. Cuanto ocurre aquí dentro es parodia del mundo de fuera. La toponimia, el juego de la guillotina... La «gran parodia», como dijo Auguste Laplace, el interno más culto y distinguido de San Prisco (y también el más misterioso), en una de sus conversaciones. La expresión chocó tanto a Pussin que la anotó en su diario, uno que llevaba desde hacía tres años, en el que apuntaba los resultados de sus experimentos.

Laplace no se parecía a ninguno de los pacientes que habían pasado por Bicêtre, hasta donde Pussin recordaba, y la memoria de Pussin se remontaba a muy atrás: llevaba trabajando allí trece años, y conocía el lugar desde antes.

Laplace decía que era de Aurillac y su acento parecía confirmarlo. Decía que había sido pintor, no grande pero sí notable, y que había perdido todo el interés por telas y pinturas a raíz de un acceso de melancolía. Una vez Pussin le preguntó a qué género de pintura se dedicaba. «A la pintura sacra», contestó el auvernés. «Con la revolución se pasó de moda.»

Hablando del rey de Roma, por la calle de los Furiosos apareció. Se lo veía enseguida porque vestía ropa propia, en lugar del atuendo gris de los alienados.

Pussin observó que no iba solo: un paciente caminaba a su lado. Tan alto como él, pero más ancho. Cabellera rubia y desgreñada, cara roja, manos juntas en la espalda. Cuando llegaron al centro del patio, Pussin lo reconoció: Antoine-Marie Malaprez, el campesino de Essonne, el loco furioso, que llevaba mudo desde los sucesos de septiembre.

La circunstancia era extraña: desde los últimos accesos de cólera, Pussin había dispuesto que un celador acompañara siempre a Malaprez con una

camisa de fuerza por si era necesario ponérsela. ¿Qué hacía sin ella junto a Laplace? Sería cuestión de ir a ver...

Los dos hombres se detuvieron al pie de la ventana de Pussin. Laplace sonrió y lo saludó con un ademán. Perplejo, el gobernador correspondió.

Laplace se volvió a su acompañante y le dijo algo en voz baja.

Malaprez cabeceó enérgicamente, como negándose. A Pussin el gesto le recordó el de los perros que se sacuden el agua después de atravesar una corriente.

Laplace siguió hablándole al campesino, sin que pudiera saberse lo que le decía. Malaprez tenía la cabeza gacha. De pronto, Laplace le puso la mano en el hombro.

A todo esto, los ajusticiados justicieros se habían ido. En el patio había más locos, y celadores, e incluso algunos visitantes, pero nadie hacía caso de la tensa pantomima que tenía lugar ante la ventana de Pussin.

Al final, Laplace convenció al energúmeno rubio de que hiciera lo que le pedía. Pussin lo entendió porque los rasgos de Malaprez se relajaron. El loco alzó la cara, se enderezó como si quisiera darse importancia (¡caramba!, era verdad que quería darse importancia), miró a Pussin y habló.

No gimió, ni ladró, ni aulló. No gruñó, ni bramó, ni mugió. No rugió ni berreó. Habló como habla todo el mundo. No en voz alta, pero Pussin entendió las palabras. Eran cuatro, y una de ellas era su nombre.

–Buenos días, ciudadano Pussin.

El gobernador frunció el ceño. Algo estaba pasando. Mejor dicho, ya había pasado. Miró a Laplace: sonreía, pero los ojos azules eran fríos.

–Ciudadano gobernador –le dijo–, quisiera explicaros la obra que he realizado para beneficio del aquí presente Malaprez. Creo que mi relato os interesará. ¿Permitís?

Pussin pensó rápidamente y contestó:

–Permito, ciudadano Laplace. Subid a mi despacho... solo. Un mozo acompañará a nuestro amigo.

–No sé qué habéis hecho, pero supongo que debo felicitaros.

–No he hecho más que poner en práctica lo que me sugeristeis, ciudadano

Pussin. He pensado qué podría hacer para ser útil al hospital.

–Explicádmelo, pues.

–He partido de vuestros métodos. En varias ocasiones os he observado mientras hablabais con los desventurados de San Prisco, y también mientras hablabais conmigo. No sois médico y eso os confiere alguna ventaja. Vos buscáis las causas de la enajenación mental no en las lesiones de los nervios ni en el desequilibrio de las funciones orgánicas, sino en todo aquello que crea desorden moral y espiritual. Os informáis de lo que los alienados sienten, de las causas del alivio que experimentan momentáneamente o de la irritación que persiste, de los recuerdos que afloran de repente a su conciencia, de la nostalgia de sus seres queridos...

–Así es, en efecto.

–Y lo escribís todo.

–Desde luego. Lo considero no sólo útil, sino obligado.

–En vuestras anotaciones sobre el paciente Malaprez, ¿a qué atribuís su repentina pérdida del habla?

–Ciudadano Laplace, no es normal que un paciente haga tantas preguntas al gobernador del pabellón. En cualquier caso, os diré que atribuí el repentino mutismo de Malaprez a los golpes recibidos durante el asalto de septiembre.

–Atribuyéndolo a eso, ¿no creéis que traicionáis vuestro método habitual y renunciáis demasiado pronto a buscar una causa espiritual a los trastornos de nuestro amigo?

–A juzgar por lo que acabo de ver y oír, me temo que así es. Pero decidme, Laplace, ¿qué habéis descubierto vos, y cómo?

–Tampoco yo soy médico, ciudadano Pussin, pero me ha parecido que las heridas que Malaprez tiene en la cabeza son de poca consideración. Me he preocupado por hablarle, con delicadeza, y escuchar sus gruñidos como si fueran palabras. Palabras atropelladas y deformes, como aplastadas por un peso. Poco a poco he comprendido que entendía mis frases. He procedido con paciencia y ahora, aunque con trabajo, puede de nuevo expresarse.

–¿Y la razón de su anterior mutismo?

–Creo que la matanza de septiembre lo asustó y horrorizó tanto que le impidió hablar. Sin embargo, no recuerda nada de aquella noche.

–¿Cómo es posible temer algo que se ha olvidado?

–¿Acaso no tienen los niños miedo sin saber de qué ni por qué? Malaprez lo sabía, pero ya no lo sabe.

–Admito que estoy muy impresionado, ciudadano Laplace.

–Hablando de impresiones, ciudadano Pussin...

–Decid.

–Tengo la fortísima impresión de que hablar con ese alienado me ayuda a combatir la melancolía. Quisiera poder seguir haciéndolo. Os pido que no se restrinjan sus movimientos, ni se le pongan camisas de fuerza, ni lo vigile siempre un celador.

–No pedís poca cosa.

–Lo sé.

–Si accediera y Malaprez fuera nuevamente presa de uno de sus arrebatos de furia, la responsabilidad sería mía y sólo mía.

–No habrá más arrebatos de furia.

–¿Y cómo podéis asegurarlo?

–Os doy mi palabra: no habrá más arrebatos de furia.

–Me pregunto cómo podéis saberlo.

–Porque lo sé. Escuchadme que lo repito: no habrá más arrebatos de furia.

## 5

El experimento funcionaba. Día tras día, Laplace arrancaba al campesino nuevas palabras y retazos de recuerdos. Obtenía estos resultados porque, sencillamente, quería. Un solo hombre podría levantar el universo, con la magia de la voluntad.

El fin que Laplace perseguía era lograr que Malaprez recordara y, por ende, reviviera el momento en el que perdió el uso de la palabra. Para ello, lo magnetizaba al amanecer y al atardecer, los momentos más próximos al crepúsculo y, por lo tanto, a la noche. Pues de lo que se trataba era de hacerle revivir la experiencia de una noche: la del 3 al 4 de septiembre de 1792.

Laplace recordaba aquella noche: la había pasado acampado en Verdún. Después de dos semanas de batalla, el ejército del duque de Brunswick derrotó a los revolucionarios y expugnó la plaza fuerte. Los prusianos, en cuyas filas combatían Laplace y el barón, se preparaban para marchar a París.

Precisamente la mala noticia de aquella derrota en la región de Argonne y el fantasma de la invasión sembraron el pánico y la cólera en la capital. El pueblo llano decidió acabar con el «enemigo interno», los

contrarrevolucionarios que aún quedaban en París, y asaltaron prisiones y hospitales. La matanza más prolongada y feroz se produjo en Bicêtre.

Ni el ascendiente que tenía sobre Pussin ni la más generosa propina que pudiera dar a este o a aquel celador habrían permitido a Laplace moverse por el hospital en plena noche. Debía conformarse con empezar las sesiones nada más salir el sol o poco antes de que anocheciera.

Laplace había empezado desde muy atrás, para evitar que el campesino se cerrara. Las primeras preguntas se referían a su infancia en Longjumeau, a su madre, que murió joven, a las labores del campo, a su venida a París, a su vida llena de penalidades... Un día, en la primavera de 1792, Malaprez sintió que no podía más y decidió suicidarse a fuerza de gritar. Tal cual: gritaría hasta que la garganta le reventara, gritaría y tosería sangre, gritaría hasta morir. Y se fue a la plaza de la Revolución. Se mataría donde mataban a la gente. Pero los guardias lo prendieron y unas horas después se hallaba en Bicêtre.

Un pobre podía acabar en Bicêtre por muchos motivos, y entrar con una condición –alienado, prisionero, epiléptico, huérfano, vagabundo, peón– para luego permanecer con otra. Malaprez, en cambio, siempre había estado en San Prisco. Recordaba los primeros meses, el calor tórrido del verano, la humedad y el hedor de las celdas, la nostalgia del campo en el que había pasado hambre y frío pero donde al menos había espacio para caminar... Recordaba la primera vez que vio a Pussin.

Y entonces había una laguna, un agujero oscuro que la memoria de Malaprez se saltaba para llegar a la actualidad de su cautiverio.

El agujero, no era difícil adivinarlo, correspondía a la noche de la matanza.

De aquella noche nadie hablaba de buen grado. Nadie excepto el padre Richard, escribano y encargado del correo de Bicêtre. Cuando le preguntaban, el hombrecillo se lanzaba a hacer una detallada descripción de la tragedia, hora tras hora, gesticulando con vehemencia. Era sin duda el acontecimiento más extraordinario y espantoso al que había asistido y hablaría de él toda su vida.

Cuando regresó a París de incógnito, un mes después de la derrota de Brunswick en Valmy, el hombre que se había de llamar Laplace recogió toda suerte de historias sobre las matanzas de septiembre. Algunos contaban que, la tarde del 3 de septiembre, una gran muchedumbre de parisinos se presentó

en Bicêtre armada de lanzas, espadas, tijeras, fusiles y siete cañones. Con la amenaza de bombardear la muralla, entraron en el patio y asesinaron a seis mil personas, usando todos los medios que encontraron a su alcance, incluida el agua, con la que ahogaron a los que se refugiaron en los subterráneos, sin distinguir entre presos, enfermos, dementes, administradores, médicos, niños.

El padre Richard negaba resueltamente que la muchedumbre llevara cañones. Y Bicêtre nunca había albergado a seis mil personas. La plebe sólo había entrado en la prisión, donde, aquel día, no había más que unos cientos de reclusos. De éstos, según Richard, unos cincuenta fueron puestos en libertad inmediatamente, no se sabe con qué criterio. Otros escaparon aprovechando el tumulto. Fueron asesinados ciento cincuenta, más o menos.

El primer día, unos veinte presos, como mucho, fueron marcados con una cruz de yeso en el hombro izquierdo, conducidos junto a la capilla del hospital, atados al tronco de un olmo y muertos a estacazos. La mayoría eran sacerdotes «refractarios», parientes de aristócratas expatriados y condenados a muerte que esperaban la ejecución. Con un celo digno de mejor causa, los cadáveres fueron registrados y los bienes inventariados para que nadie pudiera robar lo que correspondía a los familiares del difunto. Los verdugos estaban convencidos de que actuaban por el bien de Francia y no querían que ningún ladronzuelo quitara valor a lo que estaban haciendo.

La Gran Parodia. Monos que jugaban a ser jueces.

Al anochecer, los magistrados de aquel falso tribunal, notando la garganta seca, mandaron al encargado que les trajera el vino que se guardaba en los subterráneos. El alcohol obnubiló su capacidad de discernimiento, fuera o no legítima, y durante toda la noche estuvieron llevando a presos directamente al olmo sangriento, sin someterlos siquiera a una apariencia de juicio. De este modo, y al amparo de la oscuridad, asesinaron a un centenar de reclusos, y a los últimos cuarenta y dos, niños del reformatorio, los eliminaron a la mañana siguiente.

La tarde del 4 de septiembre, cuando la turba se fue, los empleados encontraron a Malaprez tendido en el suelo, sin conocimiento, con la cabeza ensangrentada y no lejos del ya tristemente famoso olmo. ¿Cómo había ido a parar allí? La plebe no había sacado a nadie del séptimo pabellón, sólo de la cárcel.

Una tarde, por fin, la magia de la voluntad abrió el cofre de los recuerdos de Malaprez.

Se hallaban en el cuarto de Laplace. El campesino estaba sentado en el catre, Laplace daba vueltas sin darle la espalda ni dejar de mirarlo a la cara en ningún momento.

–¡Es que no quiero estar aquí dentro! –exclamó de pronto Malaprez.

El magnetista disimuló la sorpresa, como si con aquella frase continuara un diálogo que mantenían hacía rato.

–¿Por qué? –preguntó.

–Ahí fuera vocean, hay gente que revienta.

–¿Y qué?

–Que no me creo lo que dice el cura Richard.

–¿Y qué dice el padre Richard?

–El padre Richard ha venido a decirnos que estemos tranquilos, que los revolucionarios vienen por los aristócratas de la prisión, no por nosotros, los locos.

El magnetizado empezó a hablar más despacio e inclinó la cabeza. Laplace se acercó, lo tocó con las manos, lo obligó a mirarlo a los ojos y le pidió que continuara.

–Como los guardianes se han largado, yo me he dicho: me voy. No quiero...

–¿No quieres qué?

–Morir aquí atrapado.

–¿Y entonces?

–Entonces... salgo al patio. Los revolucionarios están ahí, cuarenta, cincuenta. Yo me escondo detrás de un arce y pienso en cómo escapar. Y mientras pienso, oigo que alguien grita: «¡Piedad!» Me asomo y veo a tres que llevan a la fuerza a otro, lo sujetan contra un olmo y...

–¿Qué?

–¡Pumba!, uno le revienta la cabeza con un palo y empieza a salir un chorro de sangre. Y después, ¡pumba!, otro estacazo, y otro...

La voz del campesino se apagó, pero Laplace decidió no intervenir. La jarra ya estaba rota y el líquido de los recuerdos fluía solo.

Malaprez se lamió los labios, pidió un vaso de agua y siguió hablando.

–Al final decido salir, porque no puedo quedarme allí toda la noche y que me pillen los guardianes por la mañana. Decido moverme, pero ellos... me ven, me señalan, se me echan encima, a uno me lo sacudo, vienen dos más,

luego cinco, seis. Me sujetan contra el suelo, dicen: «¡Calla, calla!» Yo me doy cuenta de que estoy gritando. Grito y no puedo parar, como aquel día en la plaza de la Revolución. Oigo a los revolucionarios que se preguntan quién coño soy. «Pues ¿quién va a ser? Algún pirado de San Prisco. ¡A saber el tiempo que llevaba mirando!» «¿Y qué que mire? No tenemos de qué avergonzarnos, estamos impartiendo la justicia revolucionaria.» «Ya, corriente; pero lo importante es que no hable...» Y entonces ¡pumba!, me sueltan también un estacazo en la cabeza, aunque no tan fuerte que me la rompan, a lo mejor la tengo más dura que aquellos pobres desgraciados... Yo sólo me duermo... Y cuando me despierto ya no grito. Ya no hablo. Estoy mudo.

Extracto de la  
SESIÓN DEL CLUB DE LOS JACOBINOS  
del 26 de mayo de 1793  
Habla Maximilien de Robespierre

El triunfo momentáneo de la aristocracia no debe asustaros más que el éxito de los intrigantes en ciertas secciones corruptas. El barrio de San Antonio aplastará la sección del Mail, como los revolucionarios de Burdeos aplastarán a los aristócratas. Tenéis que preveniros contra los engaños del brissotismo. Los brissotianos son listos, pero el pueblo de París lo es más. Os he dicho que el pueblo debe confiar en sus fuerzas, pero cuando lo oprimen sería de cobardes no decirle que se subleve. Ese momento ha llegado: nuestros enemigos oprimen a los patriotas y en nombre de la ley quieren volver a sumir al pueblo en la esclavitud y en la miseria. Yo nunca seré amigo de estos hombres corruptos, por muchos tesoros que me ofrezcan. Prefiero morir con los republicanos que triunfar con estos canallas. *(Aplausos.)* Yo exhorto al pueblo a rebelarse contra los diputados corruptos de la Convención y declaro que yo mismo me he sublevado contra ellos y contra el presidente. *(Aplausos.)* Exhorto a los diputados de la Montaña a permanecer unidos contra la aristocracia y digo que no tienen alternativa: o resistir con todas sus fuerzas a los intrigantes, o dimitir. Declaro que yo mismo castigaré a los traidores y prometo que consideraré a cualquier conspirador un enemigo, y como tal lo trataré.

*(Aplausos. Todos los presentes se ponen en pie y se declaran enemigos de los diputados corruptos.)*

## ESCENA NOVENA

Truena el cañón

*31 de mayo-2 de junio de 1793*

### 1

Una cosa es dormir en un carro, o en un pajar, y otra muy distinta es hacerlo bajo un puente. Puente Nuevo, lo llamaban los franceses. Y tampoco era dormir, dormir: era conciliar el sueño a duras penas, por poco tiempo, rendido de cansancio y con el estómago vacío, estómago que, para su desgracia, Léo estaba acostumbrado a llenar.

Había tenido que vender todo lo que no necesitaba. Incluidos dos trajes buenos: uno que se hizo en Bolonia y otro comprado en Francia con el primer dinero que ganó en el teatro. Dinero, por cierto, que ya no existía.

Lo que ahora existía era el Puente Nuevo. Y su precaria y peligrosa morada nocturna estaba debajo. Y encima, y en las calles adyacentes, estaba su lugar de trabajo. Saltimbanqui sin banco en el que saltar, ni poción para la virilidad ni loción para el pelo que vender. Le tocaba llevar una vida arrastrada, de actor. Era bueno, pero se cansaba mucho, y al final los chistes le salían mal, y encima tenía que hacerlo todo solo, una lata, un trabajo ímprobo, para que, al final, los parisinos le dieran una limosna, y para colmo escasa. Los parisinos parecían interesados en otras cosas, se habían aficionado a un teatro más grande, del que Léo parecía excluido.

Había conservado un disfraz de escena, mitad de Scapino y mitad de Scaramouche; una camisa blanca, remendada; una máscara con una larga nariz; un hatillo con velas y un tomo de las *Memorias* del maestro Goldoni.

También los zapatos había tenido que malvenderlos por un poco de dinero y unos zuecos de madera. Leonida Modonesi se había acostumbrado al ruido que hacía contra las losas del suelo el rústico calzado, y los últimos días había notado que sonaban como si lo arrastrara. Y es que caminaba cansado y despacio.

De los vendedores ambulantes que trabajaban en el puente, sólo se había hecho amigo de uno, quizá porque también era italiano, de Bérghamo concretamente, como Arlequín. Se llamaba Rota. Era un hombrecillo de edad imprecisa y paticojo, que todas las mañanas acudía al puente con su carretón de libros y almanaques. Era lo que en Francia se llamaba un *bouquiniste*. El primer día, Léo le había dicho que en Bolonia la palabra *buchén*, que se pronunciaba igual que *bouquin*, no significaba libro, sino ese trabajito siempre grato que ciertas doncellas hacen con la boca... Riendo con ganas, Rota le había contestado: «¿Me ves bien? ¡Si en lugar de libros vendiera eso, no sacaba ni una lira!» Y a continuación le había dicho cómo se llamaba ese trabajito en el dialecto de Bérghamo.

El primer día en Puente Nuevo, Léo aún tenía ganas de bromear.

Pronto se le pasaron.

Debajo del puente, en una noche sin luna, los únicos pensamientos que parecían posibles eran los pensamientos tristes y melancólicos.

Cerró el libro de memorias y se disponía a apagar el cabo de una vela cuando un chisporroteo de la llama alumbró una porción de pared en la que decía: «... epública» y «Viva Trance». Léo aguzó la mirada y si no hubiera estado tan cansado se habría acercado para leerlo bien. Parecía decir «Viva Trance», en efecto. Léo se convenció de que debía de ser una ilusión óptica, producida por el reverbero de los faroles en el agua, con el concurso posible de sus ojos cansados y de su mente angustiada. Se dijo que debía de poner «Viva Francia», aunque con la última ojeada no estuvo tan seguro. Apagó la vela. Hacía fresco.

La linterna mágica de la mente proyectaba recuerdos fragmentarios, de cosas acaecidas en las últimas veinticuatro horas y hacía unos años, de cosas que ocurren en la vida de las personas: señales que cobran significado con el tiempo, palabras que nunca se quisieron oír ni pronunciar. Las aguas del Sena batían, la humedad calaba hasta los huesos. En cierto momento de la proyección, Léo se preguntó qué significaba la palabra *Trance*. Le sonaba, aunque no sabía si la había oído alguna vez. Quizá ni siquiera era una palabra. Quizá era una errata, debida a algún motivo: un tizón que se hubiera escurrido entre las manos y hubiera caído al Sena, o una grieta que se había abierto en el muro justo a la altura del segundo trazo de la efe, el más pequeño.

*Trance*. No, debía de ser una palabra. No conocía lo que significaba, pero

sonaba a una especie de baile, como una giga o un trescón, de esos que se bailan en los montes de Bolonia. Sí, debía de ser un baile colectivo, de filas de hombres y de mujeres, y la música preferida para aquellos pasos debía de ser música de trompetas, tambores y violines.

Léo esperaba como si fuera una liberación momentánea la breve catalepsia que constituía su sueño. Había una doble prisión: la diurna, hecha de las calles de la ciudad y de su mísera condición, y la nocturna, hecha de espirales de la mente, de recuerdos, de sentimientos de tétrica desesperación alternados con momentos de exaltación delirante, y, en un plano más material, de humedad y del hedor que emanaba del río y de la mole del puente que tapaba el cielo. Le parecía que la vida era un poderoso mecanismo de relojería que él mismo había compuesto, pieza a pieza, en el curso de los años, y que ese mecanismo no tenía más finalidad que la de ir encerrándolo, como un ataúd hecho de actos pasados.

Una rata enorme salió del agua y subió por el dique husmeando el aire.

Léo cogió un zueco y se encaró con el intruso, que se empinó sobre las patas traseras. Era grande como un perro pequeño, o como un puerco espín. Emitió una especie de silbido que sonó como a reclamo o a aviso y, sin darse prisa, se alejó y su rastro de agua se perdió en la oscuridad.

Una salida de escena digna del capitán Fracassa.

Léo pensó que había vivido bastante para ver a la Arrogancia encarnada en una rata del Sena.

E intentó dormirse, pero no pudo. Bajo el rústico paño militar, sintió como un mordisco en la carne la falta de otra cosa, tan elemental como el hambre. En las condiciones en las que se hallaba, no podía esperar que las mujeres se fijaran en él. Una mujer: eso necesitaba en aquellos momentos. Una mujer, una buena mujer, o, si no buena, que ganara dinero. Siempre había pensado que, en el peor de los casos, conocería a alguna viuda o a alguna mesonera, y que, siendo un hombre de no mal ver, se pelearían por él, se lo disputarían. Un concurso de bacantes lo descuartizaría y, exaltadas, poseídas por un furor sexual, se comerían su carne y se beberían su sangre: en aquel momento casi le pareció un buen final.

Mujeres. El carnaval que vivía Francia las había cambiado. Se paseaban en pandas, como si fueran chiquillos, y muchas mostraban un desprecio total de las conveniencias y del decoro. Hacían política. Léo estaba fascinado. En su

fuero interno pensaba que, en la vida y en el arte, las conveniencias y el decoro no contaban nada.

Sea como fuere, le faltaba una mujer. Le faltaba allí mismo, en lugar de la mano que se llevaba a sus partes, y le faltaba en perspectiva, como sostén, refugio, compañía. Léo se decía esto mientras, como si quisiera cansarse aún más para conciliar el sueño, se cogía el miembro bajo el disfraz de teatro, los calzones de Scapino, y formulaba un deseo: que apareciese pronto una viuda o una mesonera que lo rescatase, que lo salvase de aquella existencia demasiado parecida a la muerte.

El duermevela se prolongaba entre ráfagas de imágenes vagas y pensamientos como chispazos, asociaciones sin sentido. Por fin Léo se durmió.

Pasó muy poco tiempo y sonó en el fondo de la conciencia un estrépito remoto que fue aumentando cada vez más nítido.

Campanas.

Campanas que tocaban a rebato, como cuando avisan de un incendio.

Léo abrió los ojos y vio que aún era de noche. Soltó una maldición en boloñés, obscena y blasfema, y se quedó muy a gusto.

Campanas. Campanas que tocaban a rebato y siguieron un buen rato.

Ladraban unos perros: se contestaban de una orilla a otra del río.

A Léo le pareció oír un clamor lejano: estaba cansado, pero lúcido y alerta. Podían faltar dos horas para que amaneciera. Al poco un reloj dio las cuatro.

Una hora después rayaron las primeras luces.

Léo se dispuso a salir a escena, que no era otra que Puente Nuevo, esperando llegar a la noche sin demasiados problemas y habiendo comido por lo menos una vez. Preparar el escenario era fácil: un gorro invertido, un cartel que ensalzaba la República. Subiendo la escalera vio que en el muro ponía, en efecto: «Viva Trance», luego algo significaría.

Los escalones se hacían sentir en las piernas, pero como buenamente pudo logró llegar arriba. Se sorprendió oliendo el aire como había hecho la rata del río unas horas antes.

Aún no estaba Rota, ni ninguno de los vendedores ambulantes que compartían el precario lugar de trabajo. Debía de ser muy temprano, pero Léo empezó a extrañarse cuando vio que pasaba el tiempo y no venía nadie a preparar nada. Ni siquiera el saboyano que vendía bastones y paraguas, que era el más madrugador.

Y el clamor se acercaba. Léo vio grupos de gente que se dirigían a paso ligero o corriendo a la otra punta del puente, de donde parecía venir el rumor.

Léo entendió. Eran cuerpos que se unían a una muchedumbre.

La muchedumbre se hizo visible. La mayoría eran hombres, pero también había mujeres. Cantaban, se daban voces, ánimos. Llevaban picas y fusiles. Léo echó a andar hacia la multitud que avanzaba, cada vez más veloz, como si aquella gente fuera un imán, como si la excitación que se percibía en el ambiente fluyera por los conductos de su cuerpo. Léo se halló rodeado de la multitud. La gente empezó a bajar por el otro lado del puente, que daba al parque de artillería.

—¡Al cañón! ¡Al cañón! —oyó que gritaban.

¿El cañón? Léo pensó que venía por el Sena un ejército enemigo y había que pararlo.

La muchedumbre ocupaba ya toda la plaza y Léo se abrió paso hacia el cañón, donde los cabecillas del pueblo en armas se habían detenido. ¡Pardiez!, allí estaba ocurriendo algo y esta vez él se hallaba en medio, no como cuando le cortaron la cabeza al rey. Estaba ocurriendo algo, sí. Lo que fuera, con tal que le permitiera alejarse de las ratas del puente.

Hablaban atropelladamente, Léo no oía bien lo que decían. Entendió que la República estaba en peligro y debían disparar el cañón para dar la alarma, pero no porque viniera ningún ejército por el Sena: los que amenazaban la República eran los dichosos «enemigos internos». Léo intentó acercarse más, sacando mucho pecho, como un verdadero patriota. Sí. Ahora la gente callaba y se oía mejor lo que decían. Querían disparar el cañón enseguida y mostraban a un oficial un papel que era una orden excepcional. El oficial se encogía de hombros y decía que aquella orden no valía, que era preciso un mandato de la Convención fechado y firmado, y que quien disparase el cañón sin aquel mandato se exponía a que lo condenaran a muerte. ¿Alguien quería jugarse el cuello? Pues que fuera y disparase, pero todos eran testigos: él, el oficial, se había opuesto.

Desconcierto y rabia cundieron en la multitud. Léo los sintió como si fueran corrientes eléctricas, de esas que erizan el vello de la espalda y los brazos.

Los cabecillas conferenciaron allí mismo. Decidieron enviar al punto una delegación para que la Convención les firmara la orden. Escogieron a los más presentables. Quedó, pues, la escoria.

Y enseguida la escoria, Léo con ella, empezó a decir que aquello tardaría mucho tiempo, que no tenía sentido, que había que darse prisa, que el oficial se quitara de en medio y les dejara disparar el cañón. Y el oficial se negaba: que él no prendía la mecha, no, señor; que él no se jugaba el cuello.

Los más animosos, reflexionó Léo, no pasaban de las palabras. Más allá de los gestos, de las caras torvas o deformadas por la pasión, aquella gente no era lo bastante decidida. Y, sin darse cuenta, reflexionaba en voz alta, en su lengua. Entretanto, el oficial decía: ¿la orden? Traedme una orden válida y firmada y disparo yo. Si no, disparad vosotros. Y se pasaba la mano por el cuello, dando a entender que podían decapitarlo.

Léo se sintió retado. Total, lo dejaban sin número teatral, sin *matinée*, ¿y aquellos badulaques se quedaban parados sin disparar el cañón?

—¡Qué orden ni qué ocho cuartos, hombre! Vais a ver lo que es bueno...

Dio un paso al frente, otro. Se halló ante el oficial.

—¡Quita de en medio, joder! —Y lo apartó—. ¡Hatajo de cagones! —les dijo a todos. La gente miraba el disfraz y la máscara colgada al cuello. Léo le hizo un gesto a uno de la multitud y éste, como respondiendo a una orden, le pasó un yesquero. Léo aún masculló otra cosa—: Fijaos bien, ¡mecagüen!... ¡Que le pego ahora mismo!

Accionó el mechero y, en medio del silencio más absoluto, encendió la mecha.

—¡Toma ya!

## 2

Treignac oyó el cañonazo y supo que el tiempo de pedir calma había pasado.

Las campanas de la iglesia de los Expósitos, en el barrio de San Antonio, fueron las primeras que tocaron a rebato, y los revolucionarios del barrio se echaron corriendo a la calle, armados. En las secciones más ricas, en cambio, despertaron quejándose, pues ni aun en el sueño son los hombres iguales, y los que disponen de velas a montones se quedan hablando o de fiesta hasta altas horas de la noche, mientras que los que tienen que economizarlas se acuestan en cuanto oscurece, se despiertan antes de que amanezca, dan un

bocado a un mendrugo, se enjuagan la boca y, si pueden, se acuestan otra vez un par de horas y, si no, se preparan para ir al trabajo.

Así pues, cuando Treignac oyó el cañonazo que daba la alarma, los ciudadanos de San Antonio ya llevaban concentrados desde hacía por los menos tres horas frente a la casa del capitán de sección, bajo la bandera de Francia, sin conocer siquiera el motivo de la llamada. O mejor dicho: el motivo lo sabía todo el mundo. El día anterior, sin ir más lejos, se había difundido la noticia de lo ocurrido en Lyon, donde los partidarios de Brissot habían echado del ayuntamiento a los verdaderos revolucionarios, y se temía que hicieran lo mismo en París. Lo que nadie sabía era lo que había que hacer: si permanecer allí para defender la sección, si correr a las puertas de la ciudad para defenderla o si ir directamente a la Convención y retorcerles el pescuezo a los brissotianos.

Mientras Treignac trataba de explicarse lo que pasaba, notó que le tiraban de la chaqueta. Era Bastien, jadeando.

—Los del Cerro de los Molinos se han puesto escarapelas blancas del rey y se han encerrao con dos cañones en el Palacio de la Igualdá.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo dicen todos.

Treignac soltó una maldición y se abrió paso por entre la multitud, a la vez que lo hacía la noticia. La sección del Cerro de los Molinos era el feudo de Brissot y ya había quien pedía una expedición de castigo, «pa meterles por el culo sus lindas escarapelas».

Treignac se presentó ante el capitán Soyer y le preguntó:

—¿Quién ha traído la noticia?

Soyer se encogió de hombros, como preguntando qué importancia tenía aquello, en vista del tumulto.

—El Palacio de la Igualdad está a dos pasos de las Tullerías —dijo—. Si los del Cerro están preparándose para atacar la Convención, hay que detenerlos de inmediato.

Treignac dio unos pasos, nervioso.

—¡Maldita sea! —dijo a media voz, viendo que la agitación aumentaba.

Soyer no lo dudó un instante y, desenvainando la espada y enarbolándola, gritó:

—¡Ciudadanos de San Antonio! ¡Vamos a ver esas escarapelas!

Media hora después, Treignac escrutaba la inmensa fachada del palacio que había sido residencia de Felipe de Orléans, o Felipe Igualdad, como se había bautizado a sí mismo para reconciliarse con la revolución y salvar el pellejo.

Se veía un arma en cada una de las ventanas.

El comandante Soyer dio orden de emplazar los cañones. Luego se volvió hacia los sitiados.

—¡Los buenos patriotas de San Antonio os ordenan que depongáis las armas! ¡Si no lo hacéis, abriremos fuego y os enterraremos ahí dentro!

Por toda respuesta, una cabeza asomó por un tragaluz.

—¡Aquí no se rinde nadie! ¡Retiraos vosotros! —dijo, y desapareció de nuevo como una rata desaparece por un agujero.

Soyer sacó pecho. Sabía que sus hombres lo observaban.

—¡Si cuando den la hora no habéis abandonado las armas, abriremos fuego!

Treignac pensó que daba cierta impresión ver los cañones apuntando a los restaurantes, cafés de moda, orfebrerías, salas de juego y prostíbulos que aquel recinto albergaba tras la fachada. Normalmente, aquello era, para los ricos, «la capital de la capital de Francia», donde iban los visitantes a gastarse el dinero en bisutería, juegos y fulanas.

Los segundos pasaban como gotas de agua que cayeran por un canalón roto.

Llamó a Bastien.

—Tú, escucha. ¿Sabes correr rápido?

El muchacho asintió.

Treignac le apretó el brazo como para infundirle determinación.

—Pues vete corriendo a la calle de Santa Ana y pregunta por la casa del ciudadano Cordonniers. Él me conoce, combatimos juntos. Dile que te mando yo y que venga enseguida, que lo necesito: que es un asunto de la máxima urgencia. ¿Está claro?

—Sí, Treignac.

El policía le hizo una seña explícita.

—¡Vuela!

El chiquillo salió como una flecha.

Soyer se acercó a Treignac.

—¿Qué pensáis hacer, pardiez?

—Conozco a uno de los montañeses de esta sección. Buena gente. Quiero

que me explique lo que está pasando.

Soyer señaló el edificio.

—¿No está claro? Amenazan con armas la Convención y la República. ¡Malditos brissotianos! En Lyon han hecho lo mismo.

Treignac no contestó. Deseó que Bastien se diera prisa, antes de que alguien perdiera los estribos.

Soyer preguntó la hora exacta y cuando se la dijeron se enardeció.

—Cuando den la hora ordenaré que disparen.

Treignac miró a un lado y a otro, esperando ver llegar al chiquillo, y luego de nuevo al edificio. De pronto se oyó un disparo. Fue un ruido seco, fuerte, que resonó en toda la plaza. Treignac vio el humo elevándose de una de las ventanas.

No tuvo tiempo de preguntarse si había sido un disparo accidental o una provocación, porque se vio asaltado por el tumulto y las voces de Soyer ordenando que cargaran los cañones. Los que llevaban fusil lo asestaron, y aparecieron también hondas y hasta una ballesta.

Treignac notó que le tiraban de la chaqueta. Era Bastien, sudando y sofocado. Treignac lo cogió por los hombros.

—¿Qué? ¿Lo has encontrado?

El chiquillo contestó que no con la cabeza, mientras trataba de recobrar el aliento.

Treignac levantó los ojos y mentó de mala manera a un par de santos.

—¿Te han dicho dónde está, por lo menos? —preguntó sin esperanzas.

—Sí —pudo contestar el chiquillo.

Treignac vio que éste levantaba el flaco brazo y señalaba al frente.

—¡Maldición! —exclamó Treignac, plantándose ante las filas y levantando los cañones de los fusiles—. ¡Quietos! —Y se puso delante de las bocas de los cañones—. ¡Quietos! ¡No disparéis!

Soyer, deseoso de dar la orden, se encaró con él, rojo de rabia.

—¡Quitaos de en medio, Treignac! No me quedaré cruzado de brazos mientras los amigos de Brissot y de la Gironda nos disparan.

—¡No han disparado, idiotas! Ha sido sólo un tiro, evidentemente involuntario.

La muchedumbre gruñó contra el policía y Soyer tuvo que imponer silencio enarbolando la espada. Cuando los ánimos se calmaron, se dirigió de nuevo a Treignac:

—¿Qué os proponéis hacer?

—Ir a hablar con ellos.

Un rumor se extendió por la multitud.

—¿Solo?

Treignac miró a Bastien y buscó su conformidad.

—Con el crío. Nadie disparará contra un crío.

Alguien de las filas dijo que no apostaría nada, pero todos sintieron que la iniciativa de Treignac merecía respeto. Soyer captó el humor de la gente como un perro huele el rastro de la presa.

—¡Está bien, pardiez! Dadle una bandera blanca.

Ataron un pañuelo blanco a un palo y se lo dieron a Treignac.

—Si dentro de diez minutos no habéis vuelto, daré la orden de disparar y no habrá dios que lo impida —le dijo Soyer.

Treignac no pareció ni oírlo. Acompañado de Bastien, se encaminó hacia el gran edificio, cruzando la plaza.

En torno a las dos figuras solitarias se había hecho el más absoluto de los silencios, hasta el punto de que podía oírse el ruido que hacían sus pasos sobre las losas.

—Si tu madre se entera, me corta la nariz —dijo Treignac.

—Pues no se lo decimos, ¿no? —contestó enseguida el rapaz, con la voz entrecortada sólo de pensarlo.

Treignac se llevó el dedo a la boca.

—¡Quia!

Bastien suspiró con alivio.

Seguían avanzando. Ya podían distinguir las figuras armadas que los esperaban en la puerta, bajo el pórtico.

—¿Tienes miedo? —preguntó Treignac.

Bastien asintió.

—Yo también —reconoció el policía—. Si no lo tuviéramos seríamos un par de locos temerarios, ¿no crees? No te separes de mí.

Cuando llegaron frente a los hombres armados, Treignac se identificó y pidió hablar con el ciudadano Cordonniers.

—¿Cordonniers? ¿Y por qué? —le preguntó uno de los hombres, con expresión hosca.

—Porque lo conozco y quisiera que me explicara lo que está pasando aquí.

Le entregó la bandera blanca y le hizo señas de apartarse. El otro lo miró desconcertado, consultó con sus compañeros y al final decidieron dejarle pasar.

Treignac y Bastien entraron escoltados al patio interior. Las tiendas que había bajo la columnata estaban cerradas. Al pie de una escalinata se veía otro puesto de guardia, en el que había tres revolucionarios armados y un individuo con una cara que parecía una calavera, vestido de negro, que estaba sentado, aguantando las burlas de los otros.

Treignac observó que al hombre de negro le faltaba la nariz y notó que Bastien, a su lado, se estremecía.

—¡Dejad que me vaya a mi casa, por favor, no he hecho nada! —protestaba el de la cara de calavera—. Sólo soy el guardián.

—Calla. Tú te quedas aquí donde podemos echarte un ojo. No nos fiamos de nadie.

El grupo reparó en los que se acercaban.

—¿Y éste de dónde sale? —preguntó el que tenía una cara más arrogante.

—Es el jefe de la policía de San Antonio —contestó uno de la escolta—. Está con los de fuera. Busca a Cordonniers. Traía esto.

La bandera blanca pasó de mano en mano y los centinelas la observaron como si fuera una cosa rara.

—¡Así, a ojo de buen cubero, me parece que faltan dos colores! —dijo uno.

Los otros despacharon a Treignac encogiéndose de hombros.

—Cordonniers está arriba.

A Treignac y Bastien los condujeron escalinata arriba, seguidos por la mirada del de la cara de calavera, que les dejó a los dos una sensación desagradable, como la que causa algo que se nos pega y de lo que no acabamos de librarnos.

Arriba se hallaron en una vasta sala de juego, con mesas, divanes, sillas para espectadores y grandes arañas. No había jugadores. La sala estaba llena de gente que cargaba fusiles, llevaba y traía barriles de pólvora, amontonaba muebles delante de las ventanas.

Treignac miró a los lados en busca de la persona que buscaba. La vio junto a la puerta, haciendo visajes para impresionar a un jovenzuelo que llevaba un arma más grande que él, con la que parecía que iba a cazar jabalíes.

—¡Cordonniers!

—¿Treignac? —El hombre, un individuo enjuto con una coleta revuelta que

sobresalía de un gorro frigio con los colores de la bandera francesa y una escarapela, abrió los ojos con asombro—. ¿Qué diantres haces aquí?

—Lo mismo vengo a preguntarte. Ahí fuera tengo a medio barrio dispuesto a liarse a cañonazos con vosotros.

El hombre hizo una mueca de extrañeza.

—¿Sois de San Antonio? ¿Y por qué nos atacáis?

—Dímelo tú, Cordonniers. Dicen que os habéis puesto escarapelas blancas reales.

La mueca se hizo más expresiva y acabó en carcajada.

—¿Me tomas por tonto, Treignac?

Treignac se quitó el sombrero y se rascó la cabeza.

Cordonniers pareció reparar al fin en Bastien.

—¿Quién es? ¿Tu hijo?

Treignac le puso la mano en el hombro al chiquillo.

—No. Es mi ayudante.

Bastien se llenó de orgullo.

—¿No hay aquí amigos de los girondinos?

El otro se lo llevó aparte y bajó la voz:

—No puedo decir que no los haya. Pero los tenemos controlados. Y mientras estemos aquí los montañeses, la escarapela blanca no se la pone nadie.

—Pero entonces... —dijo Treignac, sin explicarse nada.

—Esta mañana, cuando ha sonado la campana, nos han llegado noticias de que iban a atacar nuestra sección. Así que hemos hecho acopio de escopetas y aquí nos hemos parapetado. Así al menos no nos pillan con el culo al aire.

—¿Y entonces?

—Entonces habéis llegado vosotros y hemos pensado que los rumores del ataque eran ciertos.

Los dos hombres se miraron fijamente un rato, como si no estuvieran seguros de comprender la enormidad del equívoco.

—Los rumores se verifican a sí mismos —concluyó Treignac—. Y es posible que algunos los hagan correr aposta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el otro.

—Que, si nos descuidamos, nos liamos a tiros entre nosotros. Dame tu gorro, anda.

El amigo se lo dio. Treignac hizo señas a Bastien de que le alcanzara unas

de las picas que había cruzadas en la pared, y cuando el chico se la dio, puso en la punta el gorro frigio con su escarapela. Acto seguido se dirigió a una de las ventanas –todo el mundo le hacía pasillo–, sacó la lanza y la agitó para que los de fuera la vieran bien.

–¡Viva la Convención! –exclamó.

Cordonniers dio el viva al instante, seguido de todos los presentes.

–¡Viva Francia!

–¡Viva la República!

–¡Viva Robespierre!

Los de fuera respondieron con el mismo ardor y las mismas palmas.

La delegación de San Antonio franqueó las verjas, franqueó las puertas, recorrió los pasillos, visitó las estancias llenas de armas y ciudadanos y escarapelas tricolores e himnos patrióticos.

Treignac hizo explicar otra vez todo el malentendido, desde el principio y con calma, y luego acompañó abajo a los que debían abrir verjas y puertas para que así los ciudadanos del Cerro de los Molinos y de San Antonio se dieran un caluroso, fraternal y revolucionario abrazo.

Tan grande fue el regocijo que algunos se pusieron a bailar y otros lo celebraron con vino, hasta que a Cordonniers le dio un derrame, se vino al suelo y el médico de la sección tuvo que sangrarlo para evitar que el amor de los revolucionarios de San Antonio causara más daño que sus cañones.

En medio del jolgorio, Treignac pudo apoderarse de una botella de vino. Le sirvió medio vaso a Bastien y se sirvió él otro.

–Bebe. Hoy te has portado como un hombre. Brindemos por tu valentía.

El chiquillo se llevó el líquido a los labios y se esforzó por tragarlo. Treignac sonrió.

–Y que no se entere tu madre.

Bastien hizo un ademán como que se cosía la boca.

Orphée d’Amblanc salió a la calle del Carrusel, de espaldas a la barricada. Detrás de ésta había numerosos grupos de personas, mujeres en su mayoría, con bastones, picas, hachas, algún que otro fusil, y hasta espetones y horcas.

Todo el mundo miraba atentamente hacia las Tullerías, que se entreveían al final de la calle, donde los edificios se abrían. Nadie le prestó atención. Cruzó la calle chocando con gente que no se detuvo a excusarse ni a pedirle que lo hiciera él.

Cuando llegó a la puerta del palacio Brionne, tuvo que ajustarse la corbata y recobrar el aliento antes de enseñarles el certificado de civismo a los dos agentes de guardia.

–Vengo a ver al oficial Chauvelin.

–Hoy no se entra, ciudadano –contestó uno de ellos, con desgana.

D’Amblanc se esperaba la negativa y no se desanimó.

–Soy su médico. Hoy toca visita.

El agente miró al colega como si quisiera compartir la responsabilidad de la decisión, pero éste se encogió de hombros.

El guardia miró a D’Amblanc y señaló con la cabeza hacia el final de la calle.

–Repito, ciudadano: hoy no es el día.

–Os aseguro que es hoy precisamente –replicó D’Amblanc–. Y si no me permitís entrar, seréis responsables del ataque de cefalea del oficial Chauvelin.

Una mirada espantada acogió la advertencia.

–¿Cefalea? O sea, dolor de cabeza...

La expresión inquieta del policía daba a entender que cuando a Chauvelin le dolía la cabeza, los subordinados lo pasaban mal.

–¿Lo curáis vos? –preguntó el agente.

–Yo mismo, sí –contestó D’Amblanc.

El agente le dejó pasar, no sin antes mirar a un lado y a otro para cerciorarse de que no lo veía nadie.

D’Amblanc fue escoltado escalinata arriba, donde vio nichos vacíos que en algún momento debieron de contener estatuas. Si las habían quitado, pensó, sería porque eran de aristócratas o de clérigos ilustres. En cambio, los muebles seguían siendo los mismos que dejara el conde de Armagnac, Charny y Brionne cuando emigró a tierras más seguras para su integridad de íntimo del rey. Una decisión que había hecho más simple confiscar su mansión parisina, que ahora era la sede del comité de seguridad general.

D’Amblanc entró en una espaciosa estancia en medio de la cual había un gran escritorio con patas en forma de garra de león. La silla estaba vacía y por

un instante creyó que no había nadie. Luego reparó en el hombre que estaba de pie junto a la ventana. Chauvelin se volvió y lo miró con curiosidad, pero no habló hasta que hubo despedido al escolta.

—Acercaos, doctor. ¿Cómo los habéis convencido para que os dejen entrar? Hay órdenes precisas.

La voz de Chauvelin dejó tras de sí un eco que se perdió entre las cornisas doradas del alto techo de la sala, donde en otro tiempo se habría mezclado con el del tintineo de vasos y risas de damas.

—He dicho que tenía una cita con vos para curaros la migraña —contestó D'Amblanc—. Es urgente que os hable.

El oficial le hizo señas de que se acercara y D'Amblanc se reunió con él delante de la ventana.

—Nada puede ser más urgente que eso —dijo mirando fuera.

D'Amblanc hizo lo mismo y observó el palacio de las Tullerías, que se veía parcialmente entre los tejados de las casas.

—¿Ha empezado, pues?

Chauvelin asintió sin énfasis.

—¿No habéis recibido mi carta?

—Sí, desde luego. Pero no creía...

—¿Que ocurriría tan pronto? —concluyó Chauvelin—. En estos tiempos que corren, no decidimos nosotros cuándo suceden las cosas. Los brissotianos fomentan la insurrección en Burdeos, Marsella, Lyon. El pueblo de París está en armas, asustado. La guardia nacional preside la Convención. Nosotros sólo podemos servir a la patria. Por vuestra presencia aquí, deduzco que os habéis decidido.

D'Amblanc no contestó. Observó al funcionario. Desde que, un año antes, se convirtió en su paciente, siempre preguntaba qué lo había llevado hasta él: si la necesidad real de curarse o el interés por su actividad. Ambas cosas, quizá.

—¿Por qué no habéis partido? —preguntó.

—Tengo órdenes de esperar —contestó Chauvelin.

—¿Esperar qué?

—El momento oportuno. Ya tengo preparada una lista de girondinos a los que hay que detener.

D'Amblanc no pudo evitar preguntarlo. En realidad, había ido por eso.

—¿Figura el nombre de Girard?

El oficial de policía lo miró con una expresión fría.

—¿Estáis seguro de que queréis saberlo, doctor? ¿Por qué debería decíroslo?

—Porque quiero pedirlos que salvéis a su mujer —confesó D'Amblanc.

Chauvelin suspiró y se volvió de nuevo a la ventana.

—Mirad ahí abajo, D'Amblanc. Entre aquellas paredes están decidiéndose nuestros destinos. Lo mismo ocurre en toda Francia. Los departamentos de la Gironda se sublevan, como el de Vandea. Entretanto, los enemigos extranjeros de la patria no descansan, Inglaterra prepara una invasión, y vos, en el momento de máximo peligro, ¿queréis salvar a una única persona? ¿Creéis que está en mi poder hacerlo? No sabría deciros cuánto poder tendré cuando pasen estos días. El comité de salvación pública aspira a controlar los demás comités, sobre todo éste. Ocurra lo que ocurra, desde mañana habrá grandes cambios aquí dentro, podéis estar seguro.

—Pero vos sois... —quiso rebatir D'Amblanc.

—¿Un jacobino? —concluyó el oficial—. Sí, es verdad. Como vos.

—Iba a decir «un justo» —lo corrigió D'Amblanc—. Las responsabilidades políticas del marido no pueden recaer en la señora Girard. Vos lo sabéis, como yo sé que iré a Auvernia a investigar en nombre del comité.

Chauvelin movió la cabeza. Estaba tenso y cansado, después de dos días en los que debía de haber dormido muy poco.

—Escuchadme: no puedo garantizaros nada —reconoció Chauvelin—. Si quisiera darle un consejo a la señora Girard, le diría que no siga a su marido, pase lo que pase. Que cese todo trato con él. Que a partir de hoy se considere una viuda. Y que el cielo la ayude.

Se volvió bruscamente, nervioso, como si no le hubiera gustado lo que acababa de decir, y se dirigió a la mesa a pasos cortos y rápidos, con las manos en la espalda.

D'Amblanc lo siguió y se quedó de pie ante la mesa.

—No me miréis así —dijo Chauvelin—. Yo no puedo hacer nada.

—Prometedme al menos que lo intentaréis —insistió D'Amblanc—. En nombre de nuestra amistad.

La última palabra pareció coger desprevenido a Chauvelin, como si fuera inconveniente o demasiado importante para ser malgastada entre aquellas paredes, en aquel momento.

—Haré lo que pueda —dijo—. Pero vos olvidad a esa mujer. Partid cuanto

antes.

Sacó de un cajón de la enorme mesa un papel timbrado, escribió algo, estampó un sello y se lo dio a D'Amblanc.

–Es el salvoconducto que os identifica como agente del comité.

D'Amblanc se guardó el documento en la chaqueta.

–Tomad esto también –añadió Chauvelin, entregándole un fajo de asignados–. Deberían bastar para vuestros gastos. Buena suerte.

Después de un momento de vacilación, le tendió la mano con un ademán brusco.

D'Amblanc se la estrechó.

–Y ahora marchaos –ordenó Chauvelin.

D'Amblanc hizo una leve inclinación y se dirigió a la puerta, pero apenas había dado unos pasos cuando se detuvo y se volvió.

–Ni siquiera os he preguntado cómo van vuestras cefaleas... –dijo con azoramiento.

Al otro lado de la mesa, Chauvelin esbozó una sonrisa amarga.

–No me quejo. Que me duela la cabeza significa que sigo teniéndola en su sitio. Hasta la vista, D'Amblanc. Que tengáis buen viaje.

D'Amblanc salió a la calle y echó a correr en dirección contraria a la del palacio de las Tullerías, abriéndose paso a contracorriente entre la gente que acudía al escenario de los acontecimientos. Se sorprendió pensando que eso era precisamente lo que iba a hacer: irse de allí. Pero había una última cosa urgente que hacer. Sacó un papel en el que tenía anotados unos gastos de compras, rasgó un trozo y con una mina sin punta, apoyado en la pared, escribió unas líneas con letra insegura.

Gentil dama:

Un día me dijisteis que estabais casada con la mentira. En este supremo trance se os pedirá que escojáis entre la mentira y la salvación. Espero que seáis sabia y busquéis, además de la virtud, la buena suerte.

Un amigo

Entró en la casa por el patio de atrás. Cuando vio a la anciana criada sentada a la puerta de la cocina, dio gracias al cielo por su buena suerte. La mujer estaba desplumando un pollo, cuyo cuello le colgaba por la falda, y

tenía entre los pies un cubo en el que iba echando las plumas. Cuando lo vio delante se sobresaltó, pero luego lo miró con una expresión inquisitiva. No esperaba que se presentara tan de repente. Dejó el ave y fue a levantarse, pero D'Amblanc, más rápido, se arrodilló a sus pies y, antes de que pudiera decir una palabra, le cogió las manos y se las retuvo hasta que la mujer se resignó a aceptar la misiva.

—Para vuestra ama —le dijo—. Para ella solamente, os lo ruego. Es cuestión de vida o muerte.

Esperó a ver en los ojos de la mujer una señal de asentimiento, y sólo cuando la vio destellar le soltó las manos y le dio las gracias de todo corazón.

Y se fue corriendo, sin volverse, con plumas de pollo en el cuello de la chaqueta, sintiéndose un bribón que hubiera robado algo.

#### 4

A Marie le habían dado un palo, una vara gruesa que se usaba para guiar al ganado. Otras llevaban agujas de punto y mangos de escoba. A una punta del suyo, Georgette había atado un cuchillo de cocina. Sophie empuñaba un tenedor de trinchar, más puntiagudo que una pica. Habían levantado la barricada a escape, amontonando trastos y muebles viejos de las casas que daban a la calle. Así restringían el paso y podían mantener fácilmente el puesto de control.

Las noticias llegaban de las Tullerías como troceadas, como hechas jirones por las bocas que las masticaban y escupían por la calle. Los diputados girondinos habían entrado en el palacio escoltados por la guardia nacional. Los milicianos rodeaban la Convención. En la entrada se habían producido diversos altercados. También Marie y sus compañeras habían bregado allí aquella mañana, pero cuando atrancaron las puertas desistieron y se pusieron a dar vueltas como muchos otros. Cuando se cansaron de ir y venir, se apostaron allí, en la boca de la calle del Carrusel, que cerraba la explanada de las Tullerías por el norte.

Del resto de la ciudad también llegaban noticias. Las secciones estaban en sesión permanente, todos los hombres aptos se habían movilizado en apoyo de la guardia nacional. Desde que, dos días atrás, habían dado la alarma disparando el cañón del Puente Nuevo, Marie casi no había dormido. Apenas

había visto a Bastien, y se consolaba pensando que Treignac lo tendría vigilado. Está más seguro con él que conmigo, se decía para conjurar la angustia. La sensación de inminencia invadía a todos, la ciudad entera. ¿Qué pasaría? ¿Qué ocurría en los departamentos de Gironda y de Vandea? ¿De verdad iban los ingleses a desembarcar en Calais? Las voces que corrían de calle en calle, transportadas por el aliento de París, eran como leña seca para el fuego.

—¡Atención!

La voz de Georgette resonó potente. Se había vuelto y miraba al frente.

Todas se volvieron también y vieron que se acercaba un grupo de milicianos. Se dieron cuenta entonces de que estaban vigilando a quienes salieran de la Convención, no a quienes quisieran entrar en ella.

Marchaban en fila de a dos, con sus gorros frigos y sus escarapelas, con bastones en la espalda a modo de fusiles, y con zuecos que resonaban contra el enlosado. La persona que encabezaba la columna dio el alto y el rumor cesó de golpe, y sólo entonces pudo Marie observar mejor aquellas caras y ver que eran mujeres. No fue la única. Un potente «¡Coño!» dicho por Amandine que se oyó en toda la barricada subrayó la sorpresa.

La mujer que guiaba el grupo se adelantó. Era bastante alta, llevaba pantalones y chaqueta y al cinto un sable de oficial. Por debajo del gorro le caían unos rizos castaños.

—Vosotras sois las Brujas de la Montaña.

No era una pregunta. Marie intercambió una mirada con Georgette.

—¿Y vosotras quiénes sois? —preguntó.

La amazona contestó con una voz estentórea.

—Las ciudadanas republicanas revolucionarias.

—No me suena —dijo Georgette—. ¿Vais con Brissot o con Robespierre?

La respuesta resonó aún más clara que la anterior.

—Con el pueblo. Con las madres y las esposas de Francia.

Georgette emitió un silbido y agitó la mano como si se abanicara.

—Con todos y con nadie.

La amazona se puso tiesa. Marie la observó mejor: ojos negros, ceñuda, con una arruga que le cruzaba el entrecejo. Aun así, no se podía negar que era hermosa.

—El 10 de agosto yo participé en el asalto de las Tullerías con el batallón de los federados.

Georgette les hizo un guiño a las demás.

–El 10 de agosto no faltaba nadie, ¿eh? Y todos en primera fila, nadie detrás.

La arruga se hizo más acusada.

Otra amazona se adelantó. Era más baja, de aspecto aguerrido.

–Es verdad –dijo–. Ella estaba, y no estaba sola.

Los dos grupos de mujeres se miraron un momento en silencio; las costureras de una parte, con sus faldas de ribetes manchados, sus cofias y los utensilios del oficio en la mano; las amazonas de la otra, vestidas de hombre, con un aire menos torvo pero más marcial.

–¿En qué curras? –le preguntó Georgette a la primera que había hablado.

–Antes de venirme a París era actriz.

–Y por eso te has disfrazado –soltó Marie, provocando la hilaridad de sus compañeras.

Pero para sus adentros pensó que sí, que era una belleza digna de un escenario: facciones regulares, ojos grandes y boca pequeña en forma de corazón.

–¿Y tú qué haces? –le preguntó Georgette a la otra.

–Comercio con chocolates.

Georgette movió la cabeza.

–Nosotros a los comerciantes nos los pasamos por la entropierna y a las actrices les hacemos lo que a esa amiga vuestra, Ana Josefa, la del culo a rayas.

–O sea, que es verdad... –dijo la amazona.

–Pues claro que es verdad, ve a preguntárselo si no te lo crees. Aún no se puede sentar.

Marie intercambió un guiño con las otras, pero sintió como una punzada en el estómago, una sensación que no sabría describir, parecida a la que tenía cuando se daba cuenta de haber olvidado algo importante. La imagen de las nalgas blanquirrosadas de la fulana de Brissot le acudió a la mente con vividez, junto con sus chillidos de corneja, y sintió rabia. Una rabia indistinta, sin dirección. Apretó los dientes, como para reprimir un amago de vómito.

La amazona ladeó la cabeza sin dejar de mirar a Georgette.

–¿Cuántas estabais contra la Méricourt? La gente dice que erais cinco contra una.

Las sonrisas desaparecieron. Georgette se sorbió la nariz haciendo todo el

ruido que pudo. Luego se cogió un pecho.

–Graciosa, por tu culpa se me ha ido la leche –dijo–. Aquí estamos nosotras y no pasa nadie. ¡Aire!

La amazona no pareció intimidada.

–No queremos pasar. Hemos venido a lo mismo que vosotras: a detener a los sospechosos.

Georgette la miró de mala manera.

–¡Mentira! Sabemos lo que queréis: poner los calzones y el uniforme e ir con el ejército.

–Queremos formar batallones femeninos para combatir a los enemigos internos de la República, sean los que sean y estén donde estén; en las calles de París o en los bosques de Vandea.

–Escucha lo bien que habla... –se burló Amandine.

–Nosotras no podemos ser soldados –dijo Marie–. Tenemos hijos, nuestros hombres están en el frente o muertos.

–El suyo está desaparecido en Valmy –dijo Madeleine señalando a la amiga.

La amazona asintió, como si supiera de lo que le hablaban.

–Pues entonces la República tendría que darte una paga.

No era la respuesta que Marie esperaba.

–¿Y de dónde saca el dinero la República? –preguntó en tono escéptico.

–De donde lo hay –contestó la otra–. Haciendo que los ricos paguen impuestos. Está en el programa de nuestra asociación.

Las costureras quedaron impresionadas. Fue Georgette quien zanjó la cuestión.

–¡Meteos en vuestras cabezotas que este sitio es nuestro. ¡Oxte! –Les enseñó la larga aguja que llevaba en la mano–. ¿Sabéis dónde le clavé esto a vuestra amiga?

–Nosotras no somos brissotianas –protestaron las compañeras de la amazona.

–¡Chis! –chistó Marie, y señaló hacia el otro lado de la barricada–. ¡Viene alguien!

Las costureras se apiñaron en el estrecho pasaje.

Se acercaba un grupo de ciudadanos; dos hombres y dos mujeres.

–¡Alto ahí! –intimó Georgette, mostrando el arma que se había fabricado–. A ver, los certificaos de civismo.

Los otros obedecieron sin rechistar. Las costureras escrutaron las caras y leyeron lo que decía en los documentos.

—¿Adónde vais? —preguntó Georgette.

—Acompañamos a estas mujeres a su sección. Se han quedado fuera.

—¿Qué sección?

—La veintiuna. San Dionisio.

Comprobaron las señas y les hicieron repetir nombre, apellidos y dirección a los dos hombres. Las dos mujeres permanecían como encogidas debajo de sus cofias y pañuelos y no decían nada.

—Así que vos sois un herrador y vos un zapatero.

Los hombres asintieron. Marie se acercó a Georgette y le dijo al oído que les mirara las manos. No tenían ni callos ni señales de ningún tipo, y llevaban las uñas limpias.

—¿Y creéis que nosotras nos chupamos el dedo? —preguntó Georgette.

El hombre se sonrojó.

—¡Atentas, compañeras! —dijo Georgette—. ¡Esto me huele a chamusquina!

Los dos hombres se vieron rodeados por las costureras, que enseñaban los dientes y aprestaban espetones.

—¿Se los llevamos a la guardia nacional? —preguntó Sophie.

Los dos hombres protestaron con poca convicción, buscando una escapatoria, pero detrás de las costureras estaban las otras, con porras, así que renunciaron.

—No —dijo Georgette—. Pero los mandamos para atrás.

—Dejad por lo menos que estas ciudadanas se vuelvan a casa —dijo uno de ellos.

Georgette se encogió de hombros y les hizo una seña a las dos mujeres.

—¡Venga, vosotras! ¡Pa vuestra casa!

Las mujeres avanzaron rápidamente, pero cuando pasaban por delante de Marie, ésta cruzó la mirada con una de ellas e instintivamente les dio el alto.

—¡Un momento!

Y le quitó la cofia a una de ellas, dejando a la vista un pelo de hombre. Esto levantó una tempestad de imprecaciones y blasfemias.

—A éste lo conocemos —dijo Marie—. ¿Te acuerdas, Georgette?

—¡Arrea! Si es uno de los diputaos de la Convención que querían detenernos. ¿Cómo se llama?

—Girard —le recordó Marie.

El hombre abrió los ojos con pánico.

—¡Eso, Girard! ¡Vaya por Dios! —dijo Georgette—. Y seguro que ésta es su parienta...

Le arrancó la cofia a la otra mujer, que resultó ser otro hombre, más joven, que se había embadurnado la cara con un afeitado blanco.

—¡Quedáis todos arrestaos, sinvergüenzas! —sentenció Georgette.

—¡Al infierno! —exclamó Girard, y se abalanzó con todo su peso contra Marie, que cayó al suelo pero evitó golpearse la cabeza. Girard se lanzó a correr calle adelante, seguido de los gritos de las mujeres, pero no avanzó mucho: enseguida le echaron la zancadilla y lo inmovilizaron contra el suelo con los bastones. La amazona le puso el pie en el pecho y se volvió a las costureras con una sonrisa de triunfo.

—Por poco se escapa el pez más gordo.

Las amigas ayudaron a Marie a levantarse. Advirtieron entonces que los dos primeros hombres habían desaparecido, y que el otro disfrazado se había arrodillado y pedía clemencia con una vocecita aguda que lo hacía parecer aún más mujer.

—¿Quién lo iba a decir? —dijo Georgette—. Hombres que pa escapar se visten de mujeres y mujeres que pa atraparlos se visten de hombres. Esto es el mundo al revés.

Esta vez rieron también las amazonas.

—Este pájaro va derecho pa la guardia nacional —decretó Georgette, asestando el cuchillo en la garganta del prisionero—. En pie, ciudadano Girard.

El diputado se levantó y se arregló como pudo, sacudiéndose el polvo de la falda.

—Os pido que soltéis a mi secretario —dijo procurando usar un tono digno—. Él no tiene la culpa de esta pantomima. Lo he obligado yo.

—Palante los dos —atajó Georgette.

Los disfrazados fueron rodeados y llevados a empujones al otro lado de la barricada. Georgette les dijo a las amazonas:

—¿No queráis hacer algo? Pues no dejéis pasar a nadie hasta que volvamos.

Antes de seguir a sus compañeras, Marie se detuvo ante la actriz.

—¿Dónde se reúne vuestra sociedad?

—En la calle de San Honorio. En la biblioteca del convento de los

jacobinos.

Silencio.

—Entonces, ¿conoces a Robespierre?

La otra sonrió.

—Nunca he hablado con él. Pero a veces participamos en las reuniones de los hombres. ¿Por qué no vienes?

—Está muy lejos. Yo soy de San Antonio.

—Puedes dormir con nosotras.

—No importa. Hasta luego.

—Si cambias de idea pregunta por mí. Me llamo Claire, Claire Lacombe.

Marie pareció no oírla y echó a andar, pero a los pocos pasos experimentó de nuevo aquella sensación de haber descuidado algo, de haber cometido un error irremediable, y reaccionando instintivamente se volvió.

—Yo me llamo Marie Nozière. Adiós.

## 5

O séase, que parece que hemos ganao nosotros. Pero ya se sabe que hay cosas que sólo se entienden después, conque de momento más vale celebrarlo y emborracharse a la salud de Marat y de Robespierre.

A decir verdad, el 31 de mayo las secciones presentaron a la Convención una ristra de peticiones más larga que un día sin pan: que se cobre un impuesto a los ricos pa tener el pan a tres sueldos, que el ejército ocupe las casas de los aristócratas, que se fabriquen fusiles en todas las plazas, que se controle el correo y los asignaos, que se forme un ejército de revolucionarios bien pagaos, que se indemnice a las familias de los defensores de la patria y que se detenga a veintidós brissotianos; nada menos. Pero al final, de todo este ruido, sólo ha salido una nuez, como quien dice: la última que, mira por dónde, era mismamente la que querían comerse los cabecillas de la Montaña, pa quitarse de en medio a los mendas de la Gironda. Ahora dicen que se pueden hacer las demás leyes, las que queremos nosotros, y que antes no se aprobaban por culpa de los otros.

Los hay que hasta piensan que esto de meter entre rejas a los amigotes de Brissot es poco menos que hacerles un favor, porque últimamente, cuando veíamos a los Gaudet, Girard, Mazire y demás yendo a la Convención, todo

era decirles palabrotas, darles pescozones y lanzarles gargajos, y así al final los que pensábamos en sus cabezas éramos nosotros y no la patria. El caso es que algunos de estos granujas han salido por piernas y sabe Dios dónde estarán agora, tramando cualquier cosa. A otros los han pillao que salían echando leches con la maleta. A Girard lo han pescao las Brujas de la Montaña vestido de mujer.

Al final, aunque podía haber sido más, tampoco hemos perdido el tiempo. Han sido tres días pa contar a los nietos, y de ahora en adelante, cuando hablemos en nombre del pueblo de París, diremos que somos los del 14 de julio, el 10 de agosto y el 2 de junio, o séase, el día que ochenta mil ciudadanos rodearon la Convención pa decirles a los tragaldabas que no saldrían si antes no dictaban una ley, un decreto, una palabra pa salvar la revolución del desastre. En un momento dao los diputaos quisieron salir, guiao por el moderao de Héroult de Séchelles, a hablar con el pueblo, porque dentro no había manera de debatir, con todo lo que les decían los de las gradas, sobre todo las mujeres, las Furias de Robespierre, que, en cuanto un brissotiano tomaba la palabra, empezaban a chillarle de todo y más. Salían, digo, a hablar con el pueblo, a vendernos la burra, pero se toparon con unos tipos malcaraos, al parecer chusma que habían sacao del trullo pa mandarlos a Vandea, pero, en vez de eso, les dijeron que acudieran allí con sus lindas jetas a que los vieran los diputaos. Dicen los brissotianos que, de no haber estao aquella gentecilla, el pueblo de París hubiera hablao de buena gana con sus representantes. Pero, digo yo, si eso es verdá, si los pusieron allí aposta pa gruñir, mejor hubiera sido que los mandaran a Vandea, donde hacen tanta falta, porque nosotros, en su lugar, la patada en el culo se la dábamos gratis a Héroult de Séchelles.

Además de con semejante morralla, el moderao se las vio también con el menda de Hanriot, el nuevo jefe de la guardia nacional, que en cuanto lo vio asomar el morro ordenó a sus hombres que prepararan los cañones: oír aquello los diputaos y meterse otra vez pa dentro a escape, todo fue uno. Y ¡mira tú qué casualidá!, enseguida encontraron la solución: detener a los veintidós brissotianos.

Al final se decidieron, sí, pero razón llevan quienes dicen que habían perdido mucho tiempo hablando de tonterías, como por ejemplo queriendo descubrir quién disparó el cañón de alarma. Los que estuvieron dentro dicen que parecía mentira la lata que daban con lo del cañón. El destino de Francia

dependía de eso: de pillar al que había sido, echarle toda la culpa del jaleo y cortarle la cabeza. Al parecer, cada vez que alguien hablaba de los brissotianos traidores o del precio del pan, saltaba uno de los señoritos con peluca preguntando quién se había atrevido a soltar el cañonazo. Y entonces los de las gradas le contestaban: «¡Todos, hemos sido todos! ¡Cortarnos la cabeza!» Hasta que al final Robespierre el joven, Agustín, al que llaman Bombón, harto de tanta matraca, dijo que él sabía quién había sido: habían sido los traidores de la patria, los contrarrevolucionarios, los emigraos con sus intrigas y chanchullos, los rebeldes de Lyon y de Vandea, y le llovieron los aplausos, los vivas y los «¡Bravo!».

No es que a nosotros nos dé igual quién soltó el cañonazo en Puente Nuevo. Tres días llevamos preguntándonoslo. Se ve que los hermanos Machard tienen un tío que conoce a uno de los guardias del cañón, y este guardia dice que él vio quién le pegaba a la mecha, y que antes de pegarle el tío soltó una parrafada en bretón, con mucha palabrota entremedias. Dicen que en bretón, pero cuando el guardia se puso a imitarlo, aquello no sonaba a bretón, sino a catalán, por lo menos la imitación. Y como catalán no sabemos ninguno, nos dijimos pues vale, catalán será, y pasamos a hablar de la otra cuestión. Porque el tío aquel iba disfrazao, sí, señor, llevaba un disfraz, de eso no hay duda.

Vamos, que al cañón de alarma, después de mandar a todos a tomar por culo, le pegó el mismísimo Scaramouche.

## 6

El hombre llamado Laplace contemplaba el ocaso en el patio del hospital. La libertad de disfrutar de aquel espectáculo al aire libre era uno de sus privilegios, concedido por el gobernador Pussin en virtud de la confianza que le inspiraba. En realidad, como los pabellones de Bicêtre tapaban el horizonte, Laplace nunca veía el epílogo del drama solar. Más que el ocaso, contemplaba las luces que lo precedían, los colores que cambiaban en el recuadro de cielo que recortaban los tejados.

El día 2 de junio del año del Señor de 1793 llegaba a su fin, y si el cenit de la bóveda celeste aún era azulado, al oeste tenía el color de la carne que

empieza a pudrirse. No se esperaba ningún cambio de guardia entre Febo y Selene: la noche anterior había sido de luna nueva.

Los últimos dos días afluían a Bicêtre testimonios y relatos del tumulto que agitaba París. Pussin, el padre Richard, el personal, los visitantes, introducían en el hospital noticias del exterior.

Éstas, pasando de boca en boca, se transformaban pronto en habladurías caprichosas, a medida que los alienados las enriquecían con sus angustias y las pasaban al tortuoso lenguaje de sus códigos indescifrables.

En París, hombres importantes huían vestidos de mujeres y eran capturados por mujeres vestidas de hombres.

Los alienados de San Prisco decían que Brissot era una mujer. Su amor por Marat, que el Amigo del Pueblo no correspondía, había acarreado mil desgracias. «¡Nadie es más peligroso que una mujer desdeñada vestida de hombre!», había pontificado el Robespierre de Bicêtre, para, acto seguido, incitar a sus compañeros de internamiento a perseguir al alienado al que todos llamaban Brissot para bajarle los calzones y ver si tenía pene o vagina. Intervino el personal y el misterio quedó sin resolver. En un rincón, uno de los Marat del pabellón movía la cabeza diciendo: «¡He hecho bien en no fiarme de ése!»

Una historia en concreto se había hinchado como una vela impulsada por el mistral, en el mundo de los locos. Se decía que había encendido la mecha del cañón de alarma, el cañón que llamaba al pueblo parisino a echarse a la calle, un extraño personaje, vestido con un disfraz de teatro, con una máscara de Scaramouche al cuello y que hablaba en un idioma desconocido.

En aquel momento Scaramouche estaba reuniendo un ejército de disfrazados. Con él estaban Arlequín, Capitán Fracassa y Scapino, que en realidad eran mujeres, mujeres crudelísimas. Comparado con lo que pensaban hacer, las matanzas de septiembre no eran nada.

En aquellas tergiversaciones, Laplace encontraba muchas verdades, más de las que contenía el relato que la revolución hacía de sí misma. Estudiar el delirio de quien vive en la Gran Parodia de manera manifiesta puede ayudar a entender a quien, aparentemente más cuerdo, cae en ella sin darse cuenta.

La dinámica revolucionaria experimentaba una aceleración evidente. Laplace se alegraba: todo debía hacerse más rápido, todo impulso debía alejar un poco más al mundo del viejo orden, todas las paradojas debían hacerse más estridentes, todos los contrastes, más agudos.

Para ser derrotada, la revolución debía ser irreversible. Toda ilusión de restaurar el viejo orden debía disiparse. Sólo así nacería el Orden Nuevo, el orden realmente antiguo, que surgiría cuando todas las tendencias hubieran llegado al límite de lo posible y, chocando con la invisible barrera erigida por Dios, dieran un vuelco hacia atrás.

Scaramouche poseía poderes extraordinarios: era capaz de subirse a un tejado de un salto para, desde allí, arengar a la multitud. Su voz se oía en diez leguas a la redonda y podía expresarse en cualquier idioma, en una especie de Pentecostés insurreccional. Los bretones lo oían hablando bretón; los de Perpiñán, catalán; los marseleses, provenzal, y los belgas de Flandes, flamenco.

Laplace se proponía pasar a la acción en el momento del gran contragolpe. La contrarrevolución no es lo opuesto de la revolución: la contrarrevolución es una revolución opuesta. Celebra la revolución como se celebra el error ajeno, que le permite entrar en juego y vencer. Laplace se sentía el prototipo de un nuevo revolucionario, su *re-volutio* era, literalmente, una vuelta a los orígenes, siguiendo un destino milenarismo.

No tenía sentido volver al mundo degenerado de cinco, veinte, treinta años antes: había que remontarse mucho más atrás. Para hacerlo, era necesario, al menos de momento, seguir adelante.

La mañana del 1 de junio, Scaramouche había partido para Lyon al frente de un batallón de amazonas armadas con dagas y puñales. Llegada a la ciudad rebelde en menos de una hora, la tropa degolló y destripó a más de mil girondinos, para regresar a París antes de la cena.

Laplace se sentía más afín a los Robespierre y a los Barère que a los *émigrés* de Coblenza. Capeto y los Habsburgo-Lorena no eran sino fantasmas de gusanos. La contrarrevolución también era necesaria para evitar que retornaran. En este sentido, ¡qué iluso había sido enrolarse con los prusianos! Laplace nunca se habría imaginado que llegaría a esta conclusión, pero en aquel momento no tenía la menor duda: el verdadero instrumento del destino era la *armée* revolucionaria.

La locura había comenzado. Debía seguir su curso.

Hasta entonces había pensado que Bicêtre era una parodia del orden revolucionario. Bicêtre se parecía al mundo exterior y el microcosmos revolucionario de Pussin reflejaba el macrocosmos de Danton y Marat.

En aquel momento, en cambio, era el mundo exterior el que se parecía a Bicêtre.

Cuando llegara la hora de salir y actuar, el largo trato con los locos se revelaría una ventaja.

Acto segundo

Un mundo nuevo y más grande

Extracto de  
VIAJE HECHO EN 1787 Y 1788  
POR LA ANTIGUA ALTA Y BAJA AUVERNIA,  
HOY DEPARTAMENTOS DEL PUY-DE-DÔME, DEL CANTAL  
Y PARTE DEL ALTO LOIRA,  
de Pierre Jean-Baptiste Legrand d'Aussy.  
París, Imprenta de las Ciencias y las Artes  
(año II de la República Francesa)

He visitado Auvernia, amigo mío. Tú sospechabas, como yo, que este rincón ignorado debía de ser interesante, y hoy, que he vuelto a él, me preguntas lo que pienso. Te lo diré: de todas las antiguas provincias de Francia, no hay ninguna menos conocida que ésta, ni que, para el físico y el naturalista, para el pintor y el viajero, merezca serlo más.

Si la juzgamos sólo por su posición geográfica, ninguna parece más hecha para ser dichosa. Está situada en el centro de la República, esto es, cerca de todas las ventajas y lejos de todos los peligros; tiene una temperatura aparentemente de lo más favorable; está rodeada de las provincias de Rouergue, la Marche, Limousin, Cévennes, Forez, etc., regiones pobres y estériles que parece destinada a alimentar; nada más verla se tiene la impresión de que está hecha para el bienestar de sus habitantes y de sus vecinos.

Pero esta felicidad es ilusoria. Con numerosos riachuelos que descienden de sus montañas, la naturaleza sólo le ha dado un río navegable; a excepción de una pequeña parte, la ha hecho áspera y montañosa, la ha condenado a escarchas casi diarias, la ha asolado con volcanes y, después de haberla colocado entre los primeros departamentos de la República, parece que ahora, como si hubiera cambiado de humor, la ha relegado al último puesto.

## ESCENA PRIMERA

El hombre jabalí

*Verano de 1793*

### 1

El camino de cabras que separaba el curso del Dordoña de la población de San Martín subía por una ladera rocosa y desarbolada. Los cuatro hombres espoleaban a sus monturas camino arriba. Del monte de San Sixto soplaba a rachas un viento fresco que los reanimaba.

Chauvelin le había puesto a D'Amblanc una escolta de tres hombres que éste le agradecía. Los escoltas eran ciudadanos que se habían enrolado en la guardia nacional. El único que tenía formación militar era el sargento Radoub. Su casaca blanca y su tricornio negro no significaban que sintiera nostalgia por el ejército real: era que los nuevos uniformes escaseaban y había que apañarse con lo que se tuviera. Thuillant y Poulidor no llevaban más distintivos que el gorro frigio y la escarapela tricolor. El primero era de oficio ebanista y parisino de nacimiento. El segundo, aunque llevaba unos diez años viviendo en París, había nacido y se había criado en Limousin, en la frontera con Auvernia, lo que, para D'Amblanc, lo convertía en un «lugareño» capaz de pronunciar las lenguas occitanas y de calar el ánimo oscuro de los montañeses.

D'Amblanc observó el perfil del pueblo y la robusta fortaleza que lo dominaba. San Martín estaba cerca pero sólo en línea recta. En la granja en la que habían pernoctado aquella noche les habían dicho que les quedaban unas cinco horas de viaje y ya habían transcurrido casi cuatro. Vueltas, curvas, subidas y bajadas constantes alejaban la meta. La marcha de hombres y caballos era como la tela de Penélope y a la vez como el suplicio de Tántalo.

El pueblo consistía en un puñado de casas de piedra que se apiñaban al pie de la iglesia. El castillo, que se erigía en lo alto de la roca, era una ruina

ennegrecida pero intacta. D'Amblanc pensó en un incendio reciente, remate de la fuga de un noble o de un minucioso saqueo. El escenario de las primeras pesquisas en tierras de Auvernia era un lugar rústico, mucho más distante de París que las cien leguas que habían recorrido en aquellos días. Sin embargo, el eco de lo que sucedía en la capital determinaba también el destino de aquellas gentes. Se detuvo y contempló la última cuesta y la última curva, flanqueada por un muro, que los separaba de la entrada del pueblo. A poca distancia, en el umbral de una casilla cubierta de plantas trepadoras, un hombre de edad indefinida daba de comer a una mula.

–Buenos días –dijo D'Amblanc.

El hombre se llevó la mano al gorro y devolvió el saludo. Miró a los tres hombres de la escolta, reprimió un resoplido y dijo, en un francés sorprendentemente comprensible:

–¿Qué os trae por aquí, ciudadanos? Los del pueblo no han escapado a la leva. Aquí estamos en el buen bando, creo.

–No tenemos nada que ver con la leva –lo tranquilizó D'Amblanc–. Venimos por otros asuntos. Supongo que sabéis dónde vive el alcalde.

–Suponéis bien.

–¿Podríais indicármelo?

Antes de contestar, el hombre estudió al forastero. D'Amblanc pensó que quería asegurarse de que iba con buenas intenciones. La escarapela, el porte erguido, las empuñaduras de las pistolas que sobresalían del morral, dejaban ver claramente que venían de la ciudad, pero no decían mucho más. La escolta confería al conjunto un aura de importancia y de oficialidad y quizá fue esto lo que convenció al mulero.

–Es la primera casa de la plaza, a mano izquierda.

D'Amblanc buscó en el bolsillo del chaleco, debajo de la chaqueta, y sacó una moneda que sostuvo entre el índice y el pulgar.

–Esto son tres *deniers*.

En una cara de la moneda se veía la efigie de Luis XVI, «rey de los franceses», y en la otra un gorro frigio sobre una banda con el lema «La Nación, la Ley, el Rey». A D'Amblanc le chocó el lema: la historia avanzaba más rápida que la casa de la moneda.

El mulero aceptó el pago y dijo:

–Por esto os acompaño, venid.

D'Amblanc lo siguió con la escolta, a pie, con los caballos detrás. Los

cascos de los animales resonaban rítmicamente en el aire de junio. Tenía calor, el sudor le caía por debajo del tricornio.

Frente a la iglesia se había reunido un comité de rostros obtusos: mujeres, niños, sobre todo hombres que superaban la treintena. Había pocos jóvenes: eran los que habían escapado al sorteo de la leva a principios de año. Los ausentes estaban defendiendo la República en Vandea o en las fronteras, o se pudrían en las fosas comunes de algún campo de batalla.

Un hombrecillo regordete, con barba de varios días y un sombrero raído, salió por la puerta de la casa que el mulero les había indicado y avanzó poniéndose una banda tricolor.

—Buenos días. Soy Pierre Bizebarre, el alcalde del pueblo.

D'Amblanc sacó la credencial, la desplegó con cuidado y se la tendió al alcalde.

—Orphée d'Amblanc. Vengo de París comisionado por el comité de seguridad general.

Aquellas palabras provocaron un coro de cuchicheos. El alcalde tragó saliva y se apresuró a leer el documento. Cuando lo hubo leído, sacó pecho y preguntó al desconocido:

—¿Qué asuntos os traen a este pueblo, ciudadano D'Amblanc?

—Mi cometido es investigar un fenómeno que dicen que se da por aquí.

El alcalde carraspeó:

—Si os referís a lo que se dice de que hay gente que acapara comestibles, puedo aseguraros, ciudadano, que es pura habladuría. San Martín es un pueblo de gente honrada, de buenos patriotas... —Calló al ver que D'Amblanc levantaba la mano.

—Y yo os aseguro, ciudadano, que no es mi cometido perseguir a los acaparadores. De eso se encarga la inexorable espada de la ley.

Esta vez los cuchicheos sonaron más altos, pero el alcalde movió los brazos como si fuera a echar a volar y eso acalló el murmullo. Bizebarre se quedó quieto, con los brazos a media altura, sin levantarlos ni bajarlos, inclinado hacia delante y con la cabeza ladeada.

—Vengo a arrojar luz sobre los casos de licantropía —prosiguió D'Amblanc, enfatizando la última palabra.

El alcalde apretó los labios, entornó los ojos y frunció el ceño, con lo que la cara redonda quedó contraída. Pero enseguida la distendió:

—¿Casos? El caso, querréis decir. Pues claro. Aunque creo que llegáis

demasiado pronto.

–¿Demasiado pronto? –preguntó D’Amblanc.

–Demasiado pronto para verlo con vuestros propios ojos. Aún faltan cuatro días para que haya luna llena.

D’Amblanc registró la información sin hacer más preguntas. Ya tendría tiempo de hacerlas.

–Nos procuraréis alojamiento, pues –dijo tomando el morral de la silla de montar.

–Ahora mismo –se apresuró a contestar el alcalde–. Espero que nos excuséis si los aposentos no están a la altura de los de la capital. De momento, dignaos seguirme a la sala del consistorio... El viaje habrá sido largo y querréis refrigeraros.

El alcalde condujo a D’Amblanc y a los escoltas que lo acompañaban. La pequeña muchedumbre, a la que se unieron dos perros, los siguió por la única calle que había hasta una plaza en la que se alzaba un edificio bajo sobre cuyo portal se veía un escudo de la República. La procesión se detuvo en la puerta. El alcalde entró primero y recibió a D’Amblanc en la sede del consistorio, una sala grande y desguarnecida, con una mesa antigua y unas sillas de madera viejas. A D’Amblanc le cedieron la butaca del alcalde.

Trajeron pan, queso, fruta, botellas de vino. Una comida digna, que consumieron en silencio, bajo la mirada atenta de alcalde y concejales.

Al final, D’Amblanc apartó el plato y se reclinó en el asiento.

–Muy bien. Supongo que lo mejor es empezar desde el principio. Os agradecería que me contarais lo que ocurre con la luna llena. Y sin olvidar detalle. Además, querría que convocarais aquí, para mañana por la mañana, a todos los testigos útiles.

Aquella noche, y mientras estuvieron en San Martín, D’Amblanc se alojó en casa de una viuda, la señora Decabane.

La mujer tenía poco más de treinta años, era robusta y de aspecto saludable, y tras la muerte de su marido era la dueña de una casa bastante grande y cómoda en la que podía hospedar a un huésped. Era una cocinera excelente y las hijas la ayudaban en las tareas domésticas. O, mejor diría D’Amblanc, dirigía las labores de las hijas, porque en todos aquellos días no la vio coger un paño ni una escoba.

Para rematar la cena, la viuda sacó una tarta de mermelada de arándanos

que D'Amblanc, pese al aspecto apetecible, prefirió rehusar educadamente. Un buen trozo de dulce le habría pesado en el estómago el resto de la noche. Con todo, cuando se retiró a su habitación, en el piso de arriba, descubrió que la viuda no era mujer que se rindiera fácilmente y que estaba resuelta a hacerle apreciar debidamente sus dotes. Pues la anfitriona no dudó en colarse en su cuarto para volver a ofrecerle tarta con argumentos más explícitos. D'Amblanc no quería ofenderla por nada del mundo. Y tampoco podía negar que tenía debilidad por la mermelada. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la probó. Decidió, pues, aceptar la golosina que le ofrecían. Descubrió que le sentaba mejor de lo que por el aspecto habría parecido y aceptó otra porción.

Volando con la mente, Orphée d'Amblanc habría podido imaginarse en compañía de otra mujer. Lo intentó, pero faltaba algo. Un perfume. Esencia de jazmín.

Luego las circunstancias lo obligaron a reaccionar sin dilación.

## 2

La noche del segundo día, D'Amblanc, con una vieja pluma despeluchada, ordenó los apuntes y redactó las notas del informe que debía entregar a Chauvelin.

Había pedido que le trajeran un escritorio, pues en su cuarto no había.

San Martín de Dordoña, junio de 1793

Annette Anthus, de treinta y un años, mujer del molinero Pierre Anthus, residente en las afueras del pueblo, declara lo siguiente:

Una noche de luna llena, hará unos seis meses, oyó unos gritos extraños en la era que hay delante del molino. Hallándose sola en casa con sus tres hijos, pues el marido estaba de viaje de negocios, la señora Anthus no se atrevió a salir, pero se asomó a la ventana. Vio así la figura imponente de un ser que no tenía apariencia humana, sino animal, y cuyos gruñidos se asemejaban a los de un jabalí herido, o quizá «en celo», pues la señora dice que la criatura presentaba una poderosa erección (de lo que se deduce que iría desnuda o por lo menos sin pantalones). La distancia no permitió a la mujer distinguir nada más. La criatura desapareció en el bosque.

Sigue el testimonio de Alphonse Arnaud, porquero, de veintisiete años:

Hace dos meses, una noche de luna llena, lo despertaron unos gruñidos que venían de la porqueriza que tiene al lado de la casa, también en las afueras del pueblo. Pensando que podía ser un jabalí que se había colado en el recinto atraído por las hembras en celo, Arnaud salió armado con un bastón y sorprendió en la porqueriza a un energúmeno desnudo intentando atrapar a una cerda, en el que reconoció a Bernard Jaranton, agricultor que vive en una granja cercana a su casa. Arnaud le propinó unos palos y el hombre huyó al bosque.

El campesino Jean-Baptiste Romagnat, de cincuenta años, cuenta lo siguiente:

La última noche de luna llena, celebrando a la orilla del río, cerca del lugar al que van las mujeres a lavar la ropa, el nacimiento de un sobrino –fiesta de la que, según parece, era el único invitado, junto con una botella de vino–, se quedó dormido al pie de un roble. A mitad de la noche lo despertaron unos alaridos bestiales «que le helaron la sangre». Escondido tras el árbol, vio a un hombre de gran corpulencia en el que creyó reconocer a Bernard Jaranton que, desnudo como su madre lo parió y berreando a la luna, se entregaba al onanismo hasta que derramó su semen en el río, tras lo cual se metió en él hasta la cintura y estuvo largo rato bañándose antes de alejarse en dirección al pueblo.

Testimonio de Angeline Jaranton, de veinticuatro años, mujer de Bernard Jaranton:

Desde hace un año, su marido, un hombre fuerte e imponente que responde a la descripción hecha por los demás testigos, sufre, las noches de luna llena, ataques de locura durante los cuales adopta comportamientos brutales y, olvidado de toda conducta educada, se despoja de la ropa, emite gritos bestiales y fuerza a su mujer al repetido cumplimiento de sus deberes conyugales. Preocupada por su integridad y la de sus hijos, la señora Jaranton, desde hace seis meses, las noches de luna llena aleja a su marido de la habitación y atranca la puerta para que no pueda entrar. En tales ocasiones, el marido pasa la noche a la intemperie o en algún pajar, o deambulando desnudo por las inmediaciones. El hombre prosigue luego sus labores agrícolas al parecer sin conciencia de lo ocurrido. Preguntada si cree que ese comportamiento se debe a algún acontecimiento particular, la señora Jaranton, después de mucho reflexionar, contesta que tiempo atrás, antes de que se manifestaran los ataques de satiriasis, el marido conoció a un médico ambulante llamado Eloisius que le recomendó un remedio contra las hemorroides.

A propuesta de la viuda Decabane, aquella noche se repitió la degustación. Y al segundo habría seguido sin duda un tercer paladeo si no hubiera sido, por fin, luna llena, con lo que pudo D'Amblanc poner en práctica el plan premeditado.

El tercer día que pasaba en el pueblo tuvo ocasión de conocer mejor a otras dos personas.

La primera fue Bernard Jaranton, el mismísimo sátiro, el licántropo, el hombre jabalí, que de las tres maneras lo llamaban en el pueblo. Lo convocó en el consistorio de buena mañana y antes de hablar lo observó un rato. La fisonomía humana revela el alma y Jaranton era un coloso de aire idiota, con manos como palas y una expresión vacía que denotaba poca imaginación y una inteligencia únicamente dedicada a las tareas del campo.

D'Amblanc le preguntó a bote pronto si el remedio contra las hemorroides había funcionado.

El campesino mantuvo los ojos gachos, movió la cabeza y contestó sin perífrasis:

–Es como si cagara sangre.

La segunda pregunta de D'Amblanc fue en qué consistía aquel remedio, y resultó que no era más que una pomada. Al bueno de Bernard le había vendido una crema tan nauseabunda como inútil uno de los muchos charlatanes que había, vagabundos que recorrían los pueblos aprovechándose de la credulidad de la gente y que les arañaban algún ahorrito a los campesinos vendiéndoles falsos curalotodos. Seguro que aquella misma pomada se vendía como remedio para el reuma, los callos y la flatulencia. D'Amblanc le preguntó al pobre Jaranton si aquel Eloisius había practicado algún tipo de rito delante de él y la respuesta fue negativa. El brujo se había limitado a embolsarse el dinero y se había marchado.

La tercera pregunta la hizo D'Amblanc para asegurarse de que Bernard padecía efectivamente una completa amnesia después de los ataques de locura. No parecía persona capaz de mentir fácilmente, pero era evidente que había que demostrarlo de una manera empírica.

–¿Qué pensáis, ciudadano D'Amblanc? –le preguntó el alcalde cuando despidió al campesino.

–Lo primero que quería averiguar era si se trataba de un estado de sonambulismo inducido. De momento creo que puedo descartarlo, pues no parece que lo hayan sometido a ningún tratamiento magnético.

–O sea, ¿que de verdad es licantropía? –insistió Bizebarre.

D'Amblanc observó al hombrecillo grotesco y reprimió una sonrisa.

–La licantropía, ciudadano, no existe. Es una leyenda que nace de la ignorancia. A veces, las leyendas son muy poderosas y pueden influir en las mentes sencillas y llevarlas a actuar como la vox pópuli espera.

–¿Creéis que Jaranton simula?

–No. Sus amnesias parecen genuinas, pero necesitareé observarlo directamente para afirmarlo con absoluta certeza. Pasado mañana por la noche vendréis conmigo y con mis hombres y haremos frente a esos arrebatos de Bernard.

El alcalde se mostró conforme sin mucha convicción y, como no decía nada, D’Amblanc le preguntó qué ocurría.

–Si he entendido bien lo que os proponéis, preferiría que vinieran un par de mozos del pueblo. No quisiera que Jaranton, viendo a unos forasteros, se pusiera muy rabioso, ni tampoco que unos forasteros usaran con él demasiada violencia.

D’Amblanc felicitó al alcalde por su buena idea y quedaron de acuerdo en que los de París sólo intervendrían en caso de extrema necesidad.

Al ponerse el sol, D’Amblanc se presentó con la escolta en el lugar convenido y encontró allí al alcalde, a dos muchachos robustos escogidos para la ocasión y a Bernard Jaranton. El campesino se mostró muy confundido al ver que lo metían en la caseta de madera. Atrancaron la puerta por fuera y no quedó más que esperar.

Nadie le preguntó a D’Amblanc para qué servía la barra metálica que asomaba de su morral.

Los hombres se sentaron con las últimas luces del día, esas luces que desdibujan y confunden los perfiles de las cosas y las hacen aparecer a la vez próximas y distantes.

La luna se elevó en el cielo, redonda, blanca, perfecta. La luz se reflejaba en el río con una estela plateada que habría inspirado al más inepto de los poetas.

D’Amblanc pensó en lo diferentes que eran los ríos franceses de los americanos que fluían en sus recuerdos. En el Nuevo Mundo, los cursos de agua eran impetuosos, con rápidos y cascadas en los que la corriente se aceleraba.

Bizebarre aprovechó un silencio para preguntar por lo que ocurría en París. ¿Era verdad que habían arrestado a Brissot? ¿Entonces Robespierre tenía las

riendas del gobierno? ¿Y aprobarían la nueva constitución? ¿Serían las próximas elecciones realmente por sufragio universal? La curiosidad del provinciano parecía sincera y carente de malicia, al menos tanto como su fe republicana. Quizá habría sido también leal al rey si a éste no le hubieran cortado la cabeza, pensó D'Amblanc, pero parecía sentirse parte de los cambios que estaban produciéndose, más grandes que la realidad de San Martín. Todas aquellas preguntas, por otro lado, ocultaban una más profunda, que el carácter del hombre no llegaba a hacer explícita. Una pregunta que tampoco necesitaba formularse, pues quienes tenían una mínima conciencia de lo que estaba ocurriendo siempre acababan haciéndosela: «¿Quedará algo del viejo mundo?»

D'Amblanc contestó con pocas palabras. No tenía ganas de hablar. La brisa nocturna traía olores de vegetación y de flores silvestres. Se imaginó en compañía de la ciudadana Girard. Se hallaban en la casa parisina de la mujer, pero por las ventanas se veía el campo. Disputaban juguetonamente y la causa era un último dulce que había que comer con el chocolate caliente. Empujones y tirones cariñosos eran pretexto para tocarse, acariciarse y al final fundirse en un estrecho abrazo. El abrazo era la promesa de un beso y el beso se prolongaba y se repetía camino del dormitorio. D'Amblanc se figuró dejándose caer en la cama con la mujer y ayudándola a quitarse la ropa, sin despegar los labios de los suyos. Recordó lo que sentía cuando le ponía las manos en el vientre y se preguntó lo que sería tocarle los glúteos, los muslos, el sexo, aunque en las manos sentía, como una huella recién dejada, el recuerdo de la carne de la viuda Decabane.

Por lo que sabía, a Cécile podían haberla ejecutado con el marido o, si no estaba muerta, podían haberla agredido al intentar salir de París. Hacía dos semanas que no sabía nada de ella y en la Francia revolucionaria catorce días bastaban para cambiar dos veces de época.

De aquellas cavilaciones tristes lo sacó el estrépito que se oyó en la caseta y lo devolvió al motivo de la vigilia: una serie de golpes sordos y repetidos en la puerta. Los hombres del pueblo se acercaron a la pequeña construcción.

D'Amblanc recordó a sus hombres que siguieran donde estaban y ordenó a los dos muchachos que se pusieran a los lados de la puerta. Sacó del morral una cuerda y le dio un cabo a Bizebarre.

—Estad preparados para sujetarlo.

Los golpes eran cada vez más fuertes e iban acompañados de gruñidos y

gritos destemplados. A una seña de D'Amblanc, uno de los jóvenes quitó la estaca que atrancaba la puerta. Ésta se abrió de par en par y Jaranton salió de un salto. Estaba desnudo. Por un momento quedó como hechizado por el disco pálido de la luna. D'Amblanc y Bizebarre aprovecharon para liarle la cuerda a los pies y derribarlo. Los dos jóvenes se abalanzaron sobre él y lo inmovilizaron. Pero el corpachón de Jaranton era difícil de amansar. El alcalde lanzó una mirada a D'Amblanc: inmediatamente, Radoub y Poulidor acudieron y entre todos pudieron atar firmemente al hombre jabalí. Jaranton, que aún tenía las manos libres, sin dejar de gruñir y aullar, empezó a tocarse frenéticamente el miembro viril.

—¡Dios mío, este hombre lleva al diablo en el cuerpo! —exclamó Bizebarre.

—Nada de diablo —dijo D'Amblanc, sujetando los tobillos de la fiera—. Las noches de plenilunio, el magnetismo lunar y el terrestre alcanzan su máxima intensidad. A los sujetos sensibles, el magnetismo animal, cuando algo lo estorba o bloquea, puede provocarles delirios y ataques de priapismo.

El alcalde lanzó una mirada de repugnancia a Jaranton, que seguía impasible con su actividad.

—¿Existe una cura?

D'Amblanc acabó de atarle las piernas al prisionero.

—El hombre conoce los remedios para curarse, sólo que no es consciente de ello. Para desbloquear el fluido magnético es necesario restablecer la correcta polarización corpórea, y esto, a falta de los instrumentos apropiados, se consigue frotando enérgicamente las extremidades: la cabeza, las manos, los pies. Pero cuando no sabemos dónde aplicar el tratamiento, dejamos que nos guíe el instinto y frotamos la extremidad que nos resulta más... estimulante, por así decirlo, para dar salida al fluido.

Jaranton eyaculó con una serie de gruñidos bestiales.

—¿Podéis ayudarlo? —suplicó Bizebarre, cada vez más espantado.

D'Amblanc asintió.

—Ahora veréis.

Jaranton se hallaba ahora atenazado por las cuerdas. Seguía emitiendo gruñidos espantosos, pero D'Amblanc no hacía caso. Cogió la barra metálica y pidió a Bizebarre que asiera un extremo. El otro extremo lo aplicó al vientre del paciente. Ordenó a los dos paisanos que formaran una cadena con Bizebarre y colocaran la mano sobre el cuerpo del desgraciado. A

continuación se agachó junto a éste y empezó a frotarle primero las sienes, luego las manos y por último los pies.

—Hay que friccionar las extremidades del cuerpo para que el fluido magnético siga circulando.

Repitió varias veces la operación hablándole al campesino al oído, recordándole que era Bernard Jaranton, marido de Angeline, padre de tres hijos, y exhortándolo a calmarse.

Poco a poco, ante la mirada espantada tanto de los hombres de ciudad como de los de campo, la furia del hombre jabalí se aplacó. Primero dejó de forcejear y moverse, luego enmudeció, respirando solamente con afán, y al final pareció sumirse en un sueño profundo.

D'Amblanc se levantó y se enjugó la frente con el pañuelo.

—Podéis desatarlo, el ataque ha pasado —dijo—. Llevadlo dentro y cubridlo. Cuando se despierte lo acompañaréis a su casa.

Los dos campesinos procedieron a cumplir sus órdenes y Bizebarre miró admirado a D'Amblanc.

—¡Lo habéis curado!

—No. Ese pobre hombre debería bañarse periódicamente en agua magnetizada... y curarse las hemorroides. Estoy convencido de que son las que dificultan el fluido y causan los ataques. Os he enseñado cómo se hace. Mi cometido acaba ahí.

—Pero yo..., yo no sabría... —balbució el alcalde, contrariado.

—Igual que lo he hecho yo podríais hacerlo vos —dijo D'Amblanc en tono terminante—. Para la próxima luna llena falta un mes, tenéis tiempo de prepararos. —Y antes de que el alcalde pudiera hacerse cargo de la responsabilidad que contraía, prosiguió—: Ahora, si no os importa, iré a descansar unas horas. Mañana debemos proseguir nuestro viaje hacia Manorba.

Bizebarre no dijo nada. Fue a volverse, pero antes miró a D'Amblanc y le dijo:

—Ciudadano, dada la zona a la que os dirigís, debo deciros que vuestra escolta me parece poca. Creedme, soy un buen patriota.

D'Amblanc asintió.

—Comprendo.

El alcalde se mordió el labio.

—Aunque aquí no somos muchos, me siento en el deber de ofreceros a dos

hombres que conozcan bien la región, la lengua y las costumbres. Vuestros guardias, si me permitís decirlo, tienen todos acento de fuera.

D'Amblanc estrechó la mano del alcalde.

–Gracias, ciudadano Bizebarre. Acepto de buena gana vuestros refuerzos. Decidles que se presenten al amanecer.

#### 4

La ladera occidental del monte de San Sixto era menos abrupta que aquella en la que se asentaba San Martín. Había encinas, fresnos y castaños bien cuidados. El camino, más ancho y visible que el de la otra ladera, se estrechaba cuando discurría por terreno más accidentado y describía curvas bruscas.

Los hombres, a lomos de sus cabalgaduras, formaban una fila de a dos. Los refuerzos enviados por el alcalde de San Martín eran los mismos que los de la noche anterior, los dos robustos mozos que habían ayudado a reducir al hombre jabalí.

En medio del silencio salvaje de aquellas landas, D'Amblanc reflexionó que los territorios no son hostiles porque el terreno sea áspero o el clima desapacible, sino sobre todo por la mentalidad de las gentes que lo habitan, una mentalidad que, ciertamente, se ve influida por el ambiente, pero que pueden orientar, guiar o desviar otros factores, como la religión o la superstición. Y son maneras de pensar que se perpetúan invariables durante siglos. Sin embargo, si es verdad que cada época tiene su mentalidad, Francia y el mundo estaban asistiendo al nacimiento, entre dolores de parto inevitables, de una nueva época y de la nueva mentalidad que le correspondía.

Factores ambientales. En aquel mundo rural, la religión y el respeto a nobles y ricos eran tan naturales como la escarcha de los días de invierno o el bochorno que hacía ese día, con un sol ya alto en el cielo.

Pensó en la docilidad infantil de aquellos campesinos, en la radical alteridad de hombres como Jaranton. Eran incapaces de encontrar palabras para rebelarse, y entonces la luna llena, influjos sutiles, sugerencias, evocaciones: el mundo mágico del pasado era la válvula de escape por la que desahogar energías reprimidas, negadas.

Con todo, aquellas landas, vientre profundo de la patria, distantes de París no sólo en el espacio, sino también como situadas en otro orden temporal, no engendraban únicamente individuos acostumbrados a acatar el dictamen de las generaciones y soportar el yugo de los siglos. Los escoltas locales, por ejemplo, eran una prueba de que el cambio estaba produciéndose. Seguían siendo hombres de pura cepa auvernesa, la estirpe de Vercingétorix, y eran pastores o leñadores como los demás, pero habían decidido salirse de la trayectoria circular, como de asnos atados a un palo, que nobleza y clero habían impuesto siempre y consideraban justa por voluntad divina.

Uno era alto, fornido, de espaldas anchas, de rostro infantil, aunque en una mejilla tenía una cicatriz profunda que le daba ese aspecto de desolada amenaza que tienen las muñecas rotas. Se llamaba Doiet, pero en la mente de D'Amblanc era «el Marcado». Armado con una escopeta y un cuchillo del tamaño de una daga, iba en medio del grupo, a lomos de una mula.

El otro era alto y delgado, pero cuando sujetó al hombre jabalí, lo hizo con brazos firmes y expresión decidida. Era una de esas personas delgadas pero de fuerza nerviosa, se dijo D'Amblanc, de tendones de acero y músculos muy ejercitados. En él, el fluido debía de circular sin impedimentos ni interrupciones. Bajo un sombrero raído, a lomos de un jamelgo rucio, canturreaba de cuando en cuando estrofas de alguna incomprensible canción local. D'Amblanc se acordó de pronto de su apellido rarísimo: Feyfeux.

Aquéllos eran los revolucionarios auverneses, soldados de una nueva era, ataviados con prendas que deberían parecer marciales y en cambio los asemejaban a bandidos del pasado, transfigurados por la imaginación de un poeta o de un pintor. Su aspecto era «romántico», como diría un inglés. Pero no era momento de dejarse llevar por el encanto de lo pintoresco. Habían llegado a un torrente en medio del bosque y se disponían a vadearlo. El terreno era ya un pantano de musgo y plantas acuáticas. Del peñasco que lo dominaba descendían las rocas de un pasado derrumbe.

D'Amblanc oyó ruido de guijarros que rodaron un trecho valle abajo. El sargento Radoub apenas tuvo tiempo de dar la orden de desmontar. De la vegetación llegó una descarga de fusilería. La mula del Marcado se derrumbó. El hombre rodó por el suelo, pero, rápido como un animal, se incorporó y, con la cabeza gacha, se cubrió detrás del caballo muerto.

—¡Protegeos! —ordenó Radoub, y dirigiéndose a D'Amblanc—: Están

recargando. Otra descarga y nos asaltarán. —Observó la cresta de la ladera y exclamó—: ¡No disparéis hasta que estén cerca!

Resonó, como un eco, el estampido seco de los fusiles y una nube de humo se elevó de la vegetación, pero los hombres ya se habían escondido tras los árboles, sujetando a los caballos por las riendas. Oyeron los gritos de los asaltantes que al final aparecieron, corriendo ladera abajo y saliendo dispersos al camino. Parecían salvajes vestidos con pieles. Los que llevaban mosquetes disparaban contra el objetivo, sin dejar de correr, y los demás tiraban con hondas.

—¡Ahora! —ordenó Radoub.

Abrieron fuego, pero el único que hizo blanco fue el Mercado con su escopeta. La amplia perdigonada, a aquella distancia, no podía errar. Uno de los asaltantes cayó, gritando de dolor. Los demás redujeron el paso. D'Amblanc asestó las pistolas, pero no encontró a tiro a ningún enemigo. Siguiendo las órdenes secas de Radoub, la escolta se unió en formación cerrada; los asaltantes vacilaron. El hombre delgado que se llamaba Feyfeux se abalanzó contra el adversario que tenía más cerca, lo derribó, se le echó encima, le clavó el cuchillo en el pecho y luego lo degolló. La lucha cuerpo a cuerpo había empezado. El polvo que levantaban los pies y los cuerpos se sumó al humo de los disparos, que seguía flotando sobre el escenario de la lucha. Los auverneses de la escolta combatían con furia y los parisinos, con las bayonetas caladas, mantenían al enemigo a distancia. Los lealistas, o quienes fueran, sufrieron otra baja antes de huir de nuevo al bosque.

Así es la «guerrilla», pensó D'Amblanc, empuñando con fuerza las pistolas aún cargadas. Igual que en América.

Tuvo la viva impresión de que ya había vivido aquella misma escena, en idénticas circunstancias.

Una vez, a orillas del Brush Creek, los guías indios los llevaron a un lugar donde les tendieron una emboscada. Se salvaron por muy poco, después de una lucha con arma blanca en medio de los árboles, entre el humo de la pólvora. Al final, y sin mediar juicio alguno, ejecutaron allí mismo a indios, guías y prisioneros. Por entonces ya había dejado D'Amblanc de dar un valor moral a la acción bélica en sí misma, a matar y a descuartizar. La guerra era una dura necesidad, que había que ganar como fuera por el bien de la patria.

El auvernés colosal de la cicatriz en la cara le señaló a su amigo Feyfeux los cuerpos tendidos de los asaltantes. Uno de ellos aún daba sacudidas: lo

remató con dos culatazos secos en la cabeza. D'Amblanc miró los cadáveres de los vencidos. No eran más que pastores convertidos en soldadesca de la reacción, pero la cosa habría podido acabar al revés. Una compleja serie de circunstancias afortunadas –la escopeta, la experiencia de Radoub, la reacción valiente de Feyfeux– habían determinado aquel desenlace. Esto es la guerra, pensó: la prueba de si nuestro destino es o no afortunado. Y cuanto más guerrilla es la guerra, en espacio y número de implicados, más importante es la suerte.

Entretanto, los auverneses no perdían el tiempo. El expolio fue minucioso y entre los dos se repartieron todo lo que podía ser de utilidad: pólvora, yesqueros, cuchillos, un hacha, un morral con pan y queso. Cuando acabaron de repartírselo todo, el Mercado procedió a arrancarles los dientes a las víctimas con unas tenazas oxidadas. Los gestos, rápidos y diestros, eran de persona acostumbrada a la tarea. Las dentaduras de dientes humanos eran caras y muy superiores a las de madera o hueso de animal. Los dientes tenían mercado.

D'Amblanc presenciaba la escena como si fuera una de las pesadillas que tenía a veces, ambientadas en otros tiempos y en otro continente.

Pero aquello era Francia, y el doctor reaccionó, dispuesto a intervenir.

–Dejadlos, ciudadano –lo contuvo Radoub–. Creen que están en su derecho, y así es. No sabemos qué odios cunden por estas tierras.

Feyfeux estaba cortando dedos para apoderarse de anillos de boda.

## 5

Dejaron el escenario de la matanza y prosiguieron sin parar hasta la noche. El peso del cuerpo se dejaba sentir en los huesos. El único nexo de unión que tenía D'Amblanc con el presente, con Auvernia, con las circunstancias de la misión, con las escenas que se desarrollaban ante sus ojos, eran las punzadas de dolor que sentía en las piernas y en los riñones, a las que se sumaron las del costado, algo que no le ocurría desde hacía años. Esto último no era buena señal.

La mente, quizá para defenderse del miedo, seguía abstrayéndose con fantasías de un destino distinto. Bajo un sol que batía aquellos montes trágicos, D'Amblanc se imaginó herido de bala de fusil en América, muchos

años atrás. Se imaginó abandonado en el campo, dado por muerto, y que lo encontraba una familia mestiza. Imaginó que se ganaba la vida comerciando con pieles, durante muchos años, y se casaba con una salvaje. Contó los hijos que nacían, estación tras estación, y los nietos. Se dijo que aquélla era la verdadera vida y lo demás sólo un sueño.

Llegaron a una casucha hecha de piedra en seco. Los auverneses la llamaron *tsabana* y debía de ser un redil, porque, aunque parecía abandonada, aún olía a ganado y a cuajo.

Feyfeux no dejó de canturrear ni aun cuando desmontó y empezó a desensillar el rocín. El animal tuvo una sacudida nerviosa, resopló, hizo amago de cocear. Feyfeux lo calmó murmurándole algo y poniéndole delante de la boca una gruesa zanahoria.

Los demás se disponían a pasar la noche y Radoub asignaba los turnos de guardia. D'Amblanc estaba rendido. Descargó al caballo y preparó el lecho de campaña, mientras el Marcado y el ebanista Thuillant desplumaban dos gallinas, regalo de los habitantes de San Martín.

Radoub se le acercó y se interesó por su salud. D'Amblanc lo tranquilizó, pero el sufrimiento debía de vérselo en la cara porque el sargento respondió con una expresión preocupada, con una frente surcada de arrugas. Aunque la misión no dependía de él, Radoub debía de sentirse responsable de la parte más bélica, en la que se jugaban la vida, y de las consecuencias que conllevaba. Era una persona en la que se podía confiar, valiente pero no temeraria. Como los soldados veteranos, tenía una mentalidad parecida a la de los actores o jugadores. Cuando se sale al escenario, o cuando se juega a las cartas, o cuando se empeña una batalla, hay que hacer todo lo posible por ganar.

D'Amblanc abrió el morral, sacó una botellita y dio dos tragos rápidos. Aquello bastó para se difundiera por el aire un olor a alcohol, penetrante, mezclado con aromas de azafrán y nuez moscada, que se añadían para atenuar el sabor amargo del láudano. Antes de conocer a Mesmer, recurría a menudo a aquel remedio y no conservaba precisamente un buen recuerdo de él. Pero en la situación en que se hallaba, era sin duda un mal menor.

—¿Es lo que pienso que es? —preguntó el sargento.

—Alivia el dolor y favorece el sueño —contestó D'Amblanc lacónicamente.

Radoub lo miró con una mezcla de preocupación y escepticismo.

—¿Qué es lo que os duele?

D'Amblanc entrecerró los ojos.

–Viejas heridas.

Radoub puso una expresión grave, que a D'Amblanc se le antojó casi paternal.

–¿Heridas de guerra?

–En el nuevo mundo, contra los ingleses.

Radoub asintió.

–Yo combatí en la anterior, en la que perdimos Canadá. Estaba con Senezergue en las Llanuras de Abraham. Segundo batallón, regimiento de la Sarre.

D'Amblanc miró al soldado. En América había oído decenas de leyendas y relatos sobre las Llanuras de Abraham y la batalla de Quebec de 1759.

–Debíais de ser muy joven –comentó.

–Joven era, pero no tanto –contestó Radoub–. ¿Y vos? ¿En qué regimiento servisteis?

–En el Borbonés –contestó D'Amblanc–. Pero no participé en el sitio de Yorktown. Me hirieron antes.

Radoub asintió e indicó la botellita.

–No os paséis con eso. Pensad en reponeros.

Se despidió con una seña y dejó a D'Amblanc con la mente puesta en un lugar lejano, que pertenecía a otro tiempo y a otro espacio y que llevaba consigo junto con las señales del cuerpo.

No esperaba verse de nuevo en una guerra, después de tantos años. Había creído que el viaje sería un paréntesis, una pausa que duraría dos meses, y no se había formado expectativas. Debía ocuparse de supersticiones montañesas, esto había creído, lejos de la fuente de todos los acontecimientos importantes: París. Lejos de sus pacientes. Lejos de la señora Girard. Había aceptado la misión sin pensar que podía ser lo último que hacía en su vida. Se había confiado como quien se cree eterno, precisamente en un momento en el que las circunstancias que vivía Francia demostraban la precariedad de toda existencia. Había sido frívolo y distraído. El Mercado y Feyfeux –los oía hablar en su dialecto– lo habían devuelto a la áspera realidad de aquella porción de patria. Tenía que estarles agradecido, porque cargaban con el peligro como si éste fuera un saco de castañas.

Los auverneses habían encendido una pequeña hoguera y, a la luz de las llamas, cenaron en silencio.

Estaban solos, en el campo, bajo un firmamento que parecía una bóveda azul moteada de las luces frías de los astros. La luna menguaba noche tras noche. D'Amblanc deseó que lo mismo ocurriera con sus dolores. Resistió la tentación de dar otro trago de elixir y se tapó con la manta hasta la nariz.

Extracto de  
EL MOLIÈRE  
Comedia en cinco actos  
y en verso de Carlo Goldoni (1751)

Acto primero, escena sexta

MOLIÈRE

¡Valiente cosa! Me persiguen y mal a nadie hago;  
el público me insulta y al público bien trato.  
De Francia era, sabedlo, el cómico teatro,  
hecho para gente que nació para el arado.  
Farsas sólo se veían, sainetes por doquiera,  
que no valían más que para hacer reír al necio.  
Y la gente docta y el gentil pueblo  
en placer tan vil perdían las horas:  
los histriones más abyectos de otros países venían  
a reírse de nosotros y a disfrutar a nuestra costa;  
Scaramouche fue uno de ellos, es cosa sabida;  
diez mil liras al año se embolsaba,  
y nuestros ciudadanos, muy a su disgusto,  
a precio de oro sus payasadas pagaban.  
Llevado del genio innato y del deseo de honor,  
al cómico teatro puse yo mano y corazón;  
reformar quise el pésimo espectáculo,  
por faro y guía teniendo a Plauto y a Terencio.  
Ganose el aplauso la primera obra mía;  
mereció el Atolondrado todas las estimas;  
y el Despecho amoroso y las Preciosas vanas  
me granjearon de una el honor, la gloria y el pan.  
Y se oyó a la tercera voz decir sincera:  
Ánimo, Molier, ánimo, que ésta es comedia verdadera.

VALERIO

Por eso deberías sentir alegría y no pena,

de haber dejado el Foro por la cómica escena.  
Ánimo te digo yo también, ánimo.

MOLIÈRE

Sí, ánimo.

Razón me da para tenerlo el pueblo grato y sabio.

*(Lo dice con ironía.)*

El tal Scaramouche, del que acabo de hablar,

con sus felices ganancias a Florencia se fue.

Los hijos lo maltrataron, apaleolo la mujer;

él todos sus bienes dejó, para vivir sin cuitar;

a París se volvió, y cuando las tablas pisó,

los palcos y plateas de gente llenos halló.

Y el público, que gusto mejor conociera,

al pésimo gusto volvió nuevamente.

Y en pago a mis fatigas (por eso estoy furioso)

a Scaramouche acuden y a mí solo me dejan.

## ESCENA SEGUNDA

El Nuevo Teatro

*Última semana de junio de 1793*

1

No era lo que se dice una plaza prestigiosa.

Léo observó el aspecto de las casas y las ropas de los transeúntes, la calle en mal estado y la geometría del lugar.

Bien mirado, ni siquiera era una plaza, sino más bien un cruce de calles amplio en cuyo centro había un parterre lleno de barro en el que tres vendedores ambulantes vendían flores, baratijas, botín de carteristas. Léo les había pedido permiso para instalar allí su pequeño escenario y ellos, sin entusiasmo, le habían hecho señas de que adelante; ya tendrían tiempo de echarlo de allí y mejor era no perderlo en largas discusiones.

Mientras preparaba el espectáculo, Léo no pudo menos de añorar Puente Nuevo, si no como lugar donde vivir, por lo menos como teatro.

Tampoco aquello era una plaza y también allí había mercaderes de aire torvo, pero por lo menos era un lugar de prestigio, un monumento insigne, el puente más largo de París, cruzado incesantemente por gente que era un espejo de toda la ciudad: ricos y pobres, revolucionarios auténticos y falsos, listos y tontos. Se había ido de allí a regañadientes. Se decía que la policía lo buscaba; mejor dicho, no a él, Léo Modonnet, sino al intrigante enmascarado, al listillo que se había arrogado el derecho de usar un cañón que pertenecía al pueblo.

Por donde estaba ahora, en la calle de Claranton, en pleno barrio de San Antonio, no pasaban más que revolucionarios, lavanderas, comadres, campesinos ignorantes y borrachos que venían de una taberna que había cerca.

La Gran Pinta, se llamaba el local, y el dueño era todo un caballero, una de las pocas personas que comprendían el arte.

Pese al temor de que lo arrestaran, Léo había dormido al raso muchas noches seguidas. La culpa la tenía la tacañería y la insensibilidad de taberneros y posaderos. Los parroquianos, en general, eran bastante generosos y a cambio de alguna máxima, alguna imitación o algunas rimas, siempre le pagaban una sopa o un vaso de vino. Pero cuando, después de entretener a la clientela toda la noche, pedía cama al propietario, éste nunca se la daba, y una y otra vez tenía que pasar la noche en la calle.

En cambio, Férault, el dueño de aquella taberna, le había dado un jergón y una manta y le dejaba dormir en el patio de La Gran Pinta, donde había un pozo y podía lavarse y beber cuanto quisiera. Por eso Léo se había trasladado, hacía tres noches, a San Antonio, donde tenía residencia fija, o por lo menos más fija que antes. Había dormido bien, reposado el cuerpo y, además del sueño, había recuperado los ánimos para volver a actuar en la calle, y poco importaba que no fuera el mejor sitio.

Había oído hablar a los mozos del lugar y creía conocer la fórmula para hacer reír al público del barrio: caricaturas de aristócratas, reaccionarios cubiertos de mierda, curas dándose por culo y acaparadores corridos a palos.

Nada más fácil, se animó Léo, poniendo delante un cuenco de madera que le habían prestado en la taberna. El gorro que usaba para recoger el dinero lo había dado a cambio de dos libras de manzanas, y el resto de la escenografía —el cartel en el que exaltaba la República— lo había abandonado en Puente Nuevo, único recuerdo de su paso por allí. Por suerte, le quedaba lo mínimo indispensable para actuar: el cuerpo, la voz y un disfraz.

Se formó un corro de unas diez personas que esperaban que diera inicio el espectáculo. Más gente observaba desde lejos, a la puerta de casas y tiendas, como si por acercarse corrieran el riesgo de tener que pagar.

Léo respiró hondo, se presentó al público y anunció un monólogo titulado *La marquesa ha roto un plato*, con el que estaba seguro de que conquistaría a los presentes. Imposible no reírse a carcajadas con Léo Modonnet, que, aun sin vestido de mujer, interpretaba a una aristócrata que se había quedado sin servidumbre y tenía que hacérselo todo ella.

Pero nada: la gente no respondía a los chistes, no se reía, no aplaudía los pasajes más logrados. El corro crecía, sin embargo, ya había veinte, quizá treinta personas, pero lo observaban de una manera rara, hablaban, movían la piojosa cabeza, se daban palmadas y codazos y parecían completamente ajenos a lo que estaban viendo.

Léo suspendió el número. Al parecer el de la marquesa no era el más apropiado. Había oído decir que a los verdaderos revolucionarios, a los líderes de la Montaña, ya no les gustaban las caricaturas obscenas de los aristócratas, porque, decían, la vieja Francia estaba muerta y enterrada y no había que resucitarla ni aun para escupirle. Quizá por eso los buenos revolucionarios, en público, procuraban no reírse de aquellas gracias que en las tabernas, con amigos y compañeros de borrachera, les hacían desternillarse.

Además, pensó Léo, ¡qué platos rotos ni qué ocho cuartos! A aquellas alturas los aristócratas estaban todos en la cárcel, y los que no estaban en la cárcel, estaban exiliados en Coblenza, y los que no estaban ni en la cárcel ni en Coblenza, eran pasto de los gusanos.

Acabó con una inclinación y presentó un número acrobático, en el que fingía ser un payaso torpe que sólo conseguía realizar perfectamente la acrobacia en el último y desesperado intento. Pero la gente seguía sin reír, distraída. ¿Cómo era posible que nadie captase el sentido de la puesta en escena? Léo lanzó una ojeada a las personas que tenía delante. Hablaban sin parar. ¿Cómo era posible que no vieran el juego sutil, la gracia, la ironía? ¿Lo considerarían de verdad un payaso torpe?

Léo adelantó el final para mostrarles lo que era capaz de hacer y se empinó sobre las manos. En ese momento, uno de los que estaban en primera fila avanzó dos pasos, echó al cuenco una moneda y, antes de dar media vuelta e irse, levantó el puño y exclamó:

—¡Viva Scaramouche!

Léo, cabeza abajo, se quedó de piedra. Lo habían reconocido. ¡Maldito cañón, maldito Leonida Modonesi! ¡Qué cabeza hueca la suya! ¿No podía haberse ocupado de sus asuntos aquella mañana? ¿Qué le había pasado? Todo esto lo pensó boca abajo e incluso se le escapó: «¡Ahora a joderse!», pero nadie lo oyó, porque otros dos espectadores habían seguido el ejemplo del primero y se alejaban lanzando la misma exclamación:

—¡Viva Scaramouche!

Léo volvió a la posición normal. Otras personas se acercaban y dejaban caer en el cuenco unas monedas, imitadas enseguida por los amigos y poco a poco por los demás, que hacían señas a los que estaban más lejos y les decían:

—¡Sí, es él, lo ha dicho Machard!

—¡Que sí, te digo!

—¡Es el de Puente Nuevo, el Scaramouche del cañón de alarma!

Y más monedas se sumaban a las que iban amontonándose en el cuenco, mientras los de las primeras filas estrechaban la mano al actor, le daban palmadas en la espalda y le decían cosas como:

—¡Muy bien!

—¡Así se hace!

—¡Gente que no sólo hable hace falta!

Y se alejaban exclamando también:

—¡Viva Scaramouche!

Léo había temido que las cosas se pusieran feas y viniera la policía, pero veía que todos los del corro aplaudían y aclamaban al héroe.

A veces basta la luz de un relámpago para encontrar el camino perdido en una noche oscura.

Con un suspiro de alivio, Léo se inclinó y dio las gracias a la multitud, devolvió palmadas en la espalda y apretones de mano, balbució confusas palabras de agradecimiento.

Al mismo tiempo, sin embargo, consideró que convenía escurrir el bulto. Sin dejar de sonreír y saludar, recogió lo ganado y, a pasitos rápidos y apretando el culo, como si de pronto le hubieran entrado ganas de hacer de vientre, se alejó de allí y se perdió por las calles del barrio, con cuidado de que no se le cayeran las monedas.

## 2

El barrio de San Antonio era conocido en todo París por su maraña de patios, pasadizos, trastiendas de ebanistas y mueblistas. Las leyendas del barrio hablaban de bandidos que escapaban de la justicia por pozos comunicados por conductos subterráneos, pero la fuga de Léo no fue tan aventurada.

Al final se escondió en un patio largo y estrecho, y se acurrucó entre la pared y un carro cargado de tablones, junto a un caballo que dormitaba entre las varas.

Esperó a que el corazón le volviera a latir con normalidad y trató de explicarse lo que había ocurrido.

Alguien lo había reconocido.

Lo había reconocido y lo había convertido en un héroe.

Por una ironía de la suerte, el nuevo héroe llevaba el nombre de un personaje de la comedia del arte: Escaramuza, ex soldado de imprecisa bandera, pendenciero y fanfarrón. Escaramuza, nacido en Nápoles y al que hizo famoso en Francia el gran actor Tiberio Fiorilli.

Debía de haber un mensaje oculto en el giro que tomaban los acontecimientos, pero la charla de dos viejas que había sentadas enfrente interfería en el razonamiento que necesitaba hacer para entenderlo. Por debajo del carro veía ocho patas de silla y cuatro tobillos hinchados como morcillas.

Hablaban de si un tal Solin merecía o no un corte a lo Capeto.

–Yo para mí la pena de muerte es el único remedio –decía una.

–Pues yo me conformo con la cárcel –replicaba la otra–. Siempre que encierren al sinvergüenza.

Veamos, intentó reflexionar Léo, vivo en París desde hace seis años y casi todas las noches he actuado para un público, en el escenario de un teatro o en la calle. Pongamos que cinco veces por semana. ¿Cuántas actuaciones son en total? Pues cinco por cincuenta y dos por seis...

–Quiero decir que, para mí, lo importante, oye, es que nos libren de gente como Solin. Me da igual que le corten la cabeza o no. Lo importante es que nos libren de él.

O sea, cincuenta y dos por cinco son... doscientos sesenta...

–Ahora, piensa que a gente como Solin, si se le dice que como siga así, irá a la cárcel, le da lo mismo, pero si se le dice que a lo mejor le cortan la cabeza, fijo que se lo piensa dos veces.

Digamos mil quinientas. Mil quinientas actuaciones. Pues bien: ¿cuántas veces me han reconocido por la calle, me han dado la mano, me han felicitado? ¿Cinco? ¿Seis? Seguro que no más de diez, se contestó Léo. Y últimamente ninguna.

–Pero, a ver, ¿por qué no han metido ya en la cárcel a Solin?

–Te lo digo yo: porque tiene un tío que es muy amigo de un diputado, por eso.

En cambio, seguía cavilando Léo, la primera vez que me veo en medio de una rebelión callejera y me sale hacer algo, digamos, llamativo, la gente, cuando luego actúo de verdad, me reconoce y me aplaude, pero no por mis

virtudes o defectos como actor, no, sino por haber encendido la mecha de un cañón, y me recuerda con afecto en el papel de Scaramouche no porque lo haya encarnado cientos de veces en el teatro con mil ocurrencias, sino porque aquel día llevaba un disfraz con el que me parecía a Scaramouche.

—¿De un diputado? ¿Estás segura?

—No digo yo que sea verdad. Pero eso cree la policía, que Solin tiene arriba quien lo protege y por eso lo dejan en paz. Y así él sigue acaparando para vender el trigo al doble del precio, y lo mismo con el pan, la harina, la fruta seca... Y hasta cierta cantidad te da de prestao, pero cuando ve que una no puede pagar, le manda a sus dos matachines para que la desplumen.

Léo se dijo que ya venía presintiendo desde hacía tiempo aquella verdad: los parisinos habían dejado de interesarse por el viejo teatro. Sí, era cierto que los viejos teatros seguían llenándose, y que algunas representaciones tenían un gran éxito y se hablaba mucho de ellas, pero ya no era por las dotes de los actores o por la magia de los textos. El motivo era únicamente político.

Los parisinos seguían interesados en el teatro, sí, pero en un teatro que se había vuelto tan grande como París. Los mejores oradores de la Convención tomaban lecciones de actores consumados y la gente iba a escucharlos y a aplaudirles como si estuvieran en el escenario. Los espectáculos más emocionantes eran aquellos en los que la gente perdía la cabeza de verdad, los cañones tronaban y podía suceder que, de repente, los espectadores tuvieran que actuar.

—Nosotros sí tendríamos que mandarle a un par de matachines. Si los hombres no se deciden, tendremos que ir nosotras a darle una lección al ciudadano Solin.

—¿Eres tonta? Ése te reconoce luego, te denuncia y los que acabamos entre rejas somos todos nosotros, porque él tiene la prueba de que le hemos puesto un ojo morado, pero tú ¿cómo demuestras que él acapara?

—Pues vamos disfrazados, no te jode.

Sí, los parisinos habían desarrollado el gusto por un teatro más amplio. Los actores que interpretaban a grandes personajes ya no eran los ídolos de las masas. Él mismo se había visto obligado a hacer de saltimbanqui, a falta de un teatro. Pero tampoco así había tenido suerte, porque era su perspectiva la que estaba equivocada. Un actor como él no debía actuar en la calle porque no podía hacerlo en un teatro; un actor como él debía actuar en la calle porque ésta era un teatro más eficaz y más emocionante. Era el verdadero

desafío de aquellos tiempos convulsos. Eso era el arte: saber interpretar el espíritu de la época, aprovechar los aires de cambio que soplaban y desplegar las velas. ¿No es eso lo que había hecho su maestro, Carlo Goldoni, cuando eliminó las máscaras e introdujo el guión?

Léo vio, por debajo del carro, que las ocho patas de silla desaparecían. Se oyeron palabras de despedida y los pasos arrastrados de las viejas que se alejaban.

Léo pensó que era hora de salir del escondite: primero, porque las piernas estaban entumeciéndosele; segundo, porque tenía que orinar, y, tercero, porque Scaramouche tenía cosas que hacer.

### 3

–Tela gris. Si es posible, a rayas negras, pero no es indispensable. No importa el material: algodón, cretona, lo que tengáis. Basta con que sea barato y me dé para un traje entero.

–¿Queréis que os tome las medidas? Es un momento.

–No, contad por palmos. Si sobra me hago un sombrero.

–Como queráis. Vamos a ver, ¿qué os parece ésta? ¿Os gusta? ¿Sí? Muy bien, por tres libras se lleva cinco brazos y le sobraré. ¿Cómo decís? ¿La mitad? La mitad sólo da para la blusa.

Léo hundió las manos en los bolsillos y sacó dos puñados de monedas. Las esparció sobre el mostrador e hizo un rápido balance de su capital.

–Como mucho, puedo gastar veinte sueldos.

El tendero se encogió de hombros y en un santiamén enrolló el tejido, como si la mirada de un pobre diablo pudiera estropearla.

–No quiero meterme en vuestros asuntos –dijo después de guardarla–, pero por esa cantidad no encontraréis tela bastante para un traje en todo París. Como mucho podréis comprarle algún retal a una costurera e intentar coseros uno, si sois hábil con aguja e hilo, aunque a lo mejor parecéis un arlequín.

–En mi caso eso es lo de menos –gruñó Léo.

–Allá vos. Yo sólo trato en cortes completos, pero aquí al lado vive una viuda que cose y seguro que os vende algún retal que le sobre.

Léo dio las gracias entre dientes y fue a llamar a la puerta en cuestión.

Se presentó, explicó lo que necesitaba y lo que podía gastar.

—Por veinticinco sueldos os hago también el traje —dijo la costurera—. Una ganga, daos cuenta.

—No, no —se apresuró a rehusar Léo—. Quiero cosérmelo yo.

La mujer le gritó a su hijo, Bastien, que le trajera las cajas de los retales.

Al instante apareció un enorme baúl que parecía caminar solo sobre dos piernas huesudas. Aterrizó con un golpetazo y el chiquillo moreno que lo había transportado hizo dos viajes más para traer otras dos cajas. Luego pidió permiso para salir a ver a un tal Treignac.

Sólo entonces, oyendo hablar al niño, se acordó Léo de su cara, que había visto varias veces sobre un muro contiguo a La Gran Pinta, comiéndose una manzana o tallando un palo.

A todo esto, la madre había escogido retales del color que le había pedido y comprobaba que fueran suficientes para confeccionar un traje.

Tenía los ojos bajos mirando las telas y Léo aprovechó para hacerle una pregunta como al desgaire:

—¿Sabríaís decirme dónde tiene la tienda el ciudadano Solin?

#### 4

Tres días después, en el mercado de San Antonio, la mercancía más buscada no era la que habían guardado los acaparadores en sus almacenes, sino noticias de lo que le había pasado a uno de ellos: Pierre Solin, alias Piel de Gallina.

—¿La cabeza? ¿Que se la ha abierto?

—¿Y el ojo? ¿Es verdad que lo ha cegado?

—Sí, ¡le ha clavado el pico!

Léo oía los rumores paseándose, medio cojo y cabizbajo, por entre los puestos de fruta y cereales, y meditaba sobre las diferencias entre el viejo teatro y el nuevo, que era tan grande como el mundo y al que los parisinos parecían estar acostumbrándose con naturalidad, como si no estuviera produciéndose una gran transformación del gusto y del arte.

Unas horas antes, en plena noche, un actor de categoría había actuado para ellos en el papel de Scaramouche.

—Pero ¿el mismo Scaramouche que el del cañón?

A diferencia de lo que ocurría en el viejo teatro, la *pièce* se había

representado sin público. Éste, paradójicamente, se reunía cuando la función había terminado y trataba de reconstruir, basándose en rumores e indicios, lo que había pasado, para disfrutarlo en el teatro de la mente.

–Dicen que lo ha esperado en la puerta de su casa.

–No, ha entrado por la ventana.

–Y le ha soltado un estacazo, ¡pumba!

–Y le ha dicho que esa vez salía bien librado, pero que como siguiera acaparando, la próxima, ¡zas!

El actor, aunque era consciente de su éxito, no se ofrecía a los aplausos y vítores, sino que más bien se hurtaba, evitaba llamar la atención. Pese a ello, algunos lo reconocían y, sin decirle nada, le rendían tributo: un pan, un queso de cabra, unas peras, que con ese queso están muy buenas...

–Pero ¿de verdad le ha saltado un ojo al cerdo ese de Solin?

Léo tuvo que esforzarse para no intervenir, porque aquella pregunta era la clave de la representación.

Había estudiado los movimientos del acaparador dos días y dos noches. Había recabado información discretamente. La vida del hombre transcurría entre la casa y la tienda y no tenía esparcimientos, como salir con una señorita o ir a una taberna. Además, la casa y la tienda eran casi lo mismo, pues una estaba en la planta baja y la otra en la planta superior. Al anoecer, Solin cerraba la puerta principal de la tienda, salía por la trastienda, subía una escalera y se encerraba entre las paredes domésticas. Aquél era el único momento del día en el que podía pillarlo solo, a oscuras y al descubierto. Para Scaramouche no había grandes alternativas: en el Nuevo Teatro, los actores no siempre podían escoger la hora y el lugar de la representación. Envuelto en su nuevo traje, que se había cosido como buenamente pudo, Léo se había escondido en el hueco oscuro de la escalera y había saltado sobre él blandiendo un grueso garrote. Pero el muy puñetero se había revelado más fuerte y ágil de lo previsto y, después de encajar un garrotazo en el hombro, había asido al asaltante firmemente y habían rodado por tierra. El nuevo traje había perdido alguna que otra pieza y Léo se había visto con los brazos inmovilizados y un tobillo torcido. Lo había salvado su gran capacidad de improvisación: la nariz, la nariz de cuero de la máscara que llevaba. Un rostro afilado. Un arma secreta. La había clavado en el ojo derecho del ciudadano Solin, quien, viéndose tuerto por aquel ataque sorpresa, había tenido que

soltarlo y así el garrote de Scaramouche había podido bajarle definitivamente los humos.

Saboreando la escena y ya cargado de regalos, Léo se dirigió a La Gran Pinta.

Junto a la puerta, en el muro, el hijo de la costurera jugaba a los dados con dos compañeros. Alzó la cara y Léo lo saludó con un movimiento de cabeza, un gesto vago que podía parecer casual. De hecho, el chiquillo no pareció darse cuenta y volvió a concentrarse en el juego.

Dentro, la mayoría de las mesas estaban vacías y sólo había un par de bebedores con sendas botellas. Aún no era la hora de comer y gran parte de los parroquianos estaban trabajando. Léo iba allí porque buscaba un lugar tranquilo donde reflexionar lejos de las miradas de la calle.

Buscó un rincón al fondo de la primera sala y se sentó sin saber si tomar cerveza o vino, duda que no tuvo tiempo de despejar porque el tabernero se presentó con una jarra de vino tinto.

–Invita la casa –se limitó a decir, con su voz chillona, y volvió a su puesto tras la barra.

Léo pensó que en el viejo teatro, un actor de su calibre podía ser expulsado de la compañía y perder un sueldo fijo. En el nuevo teatro, en cambio, el público pagaba en especie y por lo menos no se moría uno de hambre.

El destino de la humanidad le pareció, pues, orientado al progreso.

Cogió el cuchillo y empezó a comer.

Extracto de  
LLAMAMIENTO DIRIGIDO A LA CONVENCION NACIONAL  
POR JACQUES ROUX

(25 de junio de 1793, año II de la República Francesa)

Delegados del pueblo francés:

La libertad no es más que un vano fantasma cuando una clase de hombres puede hacer pasar hambre a otra impunemente. La igualdad no es más que un vano fantasma cuando el rico, gracias al monopolio, tiene poder sobre la vida y la muerte del prójimo. La República no es más que un vano fantasma cuando la contrarrevolución opera, día a día, controlando el precio de los alimentos, que tres cuartas partes de los ciudadanos no pueden permitirse pagar sin derramar lágrimas.

Hoy que la presencia de los Gorsas, de los Brissot, de los Barbaroux, de los Girard, ha dejado de mancillar el santuario de las leyes; hoy que esos traidores, para escapar del patíbulo, han ido a esconder su nulidad y su infamia a los departamentos que se han sublevado; hoy que la Convención Nacional ha recobrado su dignidad y su vigor, os suplicamos, en nombre de la salvación de la República, que lancéis un anatema constitucional contra el agiotaje y el acaparamiento, y decretéis, como principio general, que el comercio no consiste en arruinar, desesperar y matar de hambre a los ciudadanos.

¡Pues qué! ¿Acaso es la propiedad de los canallas más sagrada que la vida del hombre? La fuerza armada está a disposición del cuerpo administrativo, ¿por qué no vamos a poder requisar los bienes? El libre comercio es el derecho a usar y permitir usar los bienes, no el derecho a monopolizarlos e impedir su uso.

El pueblo ha demostrado, sobre todo los días del 31 de mayo y el 2 de junio, que quiere una libertad completa. Entregadle a cambio pan y una ley.

Es verdad que habéis decretado un impuesto de mil millones a los ricos, pero si no arrancáis de cuajo el árbol del agiotaje, si no ponéis freno a la avaricia de los acaparadores, los capitalistas, los comerciantes, desde el día siguiente le sacarán esa cifra al pueblo revolucionario por medio del

monopolio y las exacciones, y así no castigáis al egoísta, sino al revolucionario.

Pero los canallas no reducirán a la esclavitud a un pueblo que vive de hierro y de libertad, de privaciones y de sacrificios. Sólo los monárquicos prefieren las antiguas cadenas y los tesoros a la República y a la inmortalidad.

Diputados de la Montaña: no, no dejaréis vuestra obra imperfecta. Sentaréis las bases de la prosperidad pública; consagraréis como principio general la represión del agiotaje y de los acaparadores; no daréis a vuestros sucesores el ejemplo terrible de la barbarie de los hombres fuertes sobre los débiles, del rico sobre el pobre; no concluiréis vuestra carrera con ignominia.

¡Viva la verdad, viva la Convención Nacional, viva la República Francesa!

ESCENA TERCERA  
Ciudadanas  
*Finales de junio de 1793*

1

Georgette dijo:

–Te toca.

Marie quiso retroceder, pero las demás se apresuraron a sujetarla.

–¡Ahora no empieces a cacarear como una gallina!

Marie quería hacerlo, pero la angustia le hacía un nudo en la garganta.

–¡Vamos, ya está bien! –exclamó Georgette, y las demás la levantaron a peso.

Marie luchó con todas sus fuerzas, pero la sujetaban firmemente, por las muñecas, por los tobillos, y parecía que cada vez lo hacían con más fuerza. La cara de Georgette, que veía encima, era monstruosa. La obligaron a inclinarse y a meter la cabeza por el agujero. Le ataron las manos a la espalda. Seguía intentando gritar, pero no le salía la voz.

Le levantaron la falda y le descubrieron las nalgas. El primer latigazo sonó seco y enseguida sintió el dolor, como si le hubieran aplicado a la carne un cuchillo al rojo vivo. El segundo aún fue peor, porque ya sabía lo que le esperaba. El tercero, el cuarto... Marie perdió la cuenta, no tenía tiempo de respirar, estaba segura de que se asfixiaría, pero de pronto cesaron los golpes.

Levantó la cabeza y vio a un hombre delante. Marat. Pálido y medio desnudo, con un simple taparrabos.

–No a ella, idiotas, a mí –dijo.

En aquel momento lo alcanzó una flecha en el pecho. Luego otra en el hombro. Y otra en el costado. Cayó de rodillas, traspasado como un San Sebastián.

Marie se incorporó sobresaltada. Trataba de llenar los pulmones y se oía

jadear. Se miró las manos. Las llevaba sueltas. El dolor de los latigazos había desaparecido. Bastien dormía tranquilo a su lado. Una leve claridad que se veía por el cristal indicaba que debía de estar amaneciendo.

Tardó unos minutos en calmarse. Luego se levantó y fue a lavarse la cara en la jofaina. La sensación que había experimentado otras veces parecía haberse multiplicado, haberse difundido, como si ya no se conformara con invadirla a ella y quisiera saturar el espacio y dejarla sin aire.

Quitó un cesto de ovillos y retales de una silla y se sentó con las manos en el regazo. Quería reflexionar sobre lo que le pasaba, pero no se sentía capaz.

—Mamá...

Se despabiló. Bastien la observaba sentado en la cama.

Marie le ordenó que fuera a casa de la señora Medon, que vivía enfrente, a por un poco de leche para el desayuno.

Cuando el chiquillo volvió, Marie había reavivado unas brasas y puso la leche a calentar. Desmenuzaron en ella dos galletas secas y comieron en silencio. Tres golpes en la puerta les hicieron levantar los ojos de los cuencos. Marie hizo señas a su hijo de que fuera a abrir.

La figura de Treignac se recortó en el umbral.

—Buenos días.

—No hacía falta que vinieras a recogerlo, ya iba él —dijo Marie retirando los platos.

El hombre se quitó el sombrero y dio un paso adelante.

—Lo sé. He venido a hablar contigo. ¿Se puede?

Marie le señaló una silla y Treignac se sentó, cohibido.

—Tú, vete a dar una vuelta —le dijo a su hijo—. Pero deja la puerta abierta, que, si no, a saber lo que dirán las malas lenguas.

El muchacho obedeció.

Marie cogió las agujas de coser, se puso un ovillo en el regazo y empezó a trabajar.

—Te escucho.

Treignac pareció reflexionar sobre cómo empezar.

—Jacques no volverá, lo sabes. —Marie no pestañeó. Siguió cruzando las agujas—. Lo siento —continuó Treignac—, de verdad. Era un buen patriota y además era listo. Era como un padre para el pequeño...

—Eso ya lo sé, Treignac —lo interrumpió ella—. ¿Qué has venido a decirme?

—En los tiempos que corren —prosiguió el policía—, creo que no debes estar

sola con el chiquillo. Creo que necesitas un hombre.

–¿Tú? –preguntó Marie.

Treignac asintió.

–No trates de engañarme. Sabes que vivir sola es duro.

–Me las arreglo, ¿no lo ves? –dijo ella.

Pero, al decirlo, levantó la mirada y Treignac vio en ella una grieta, algo que hasta poco antes no había existido.

–Te las arreglo, sí. Pero ¿hasta cuándo? –Treignac hizo una seña hacia la puerta–. Están ocurriendo muchas cosas. Se viviéramos juntos o estuviéramos casados, podría ocuparme no sólo de Bastien, sino también de ti.

Esperó una de sus pullas envenenadas, que no llegó.

–Te agradezco el ofrecimiento –dijo Marie–. Me lo pensaré. Y te agradezco también que cuides de Bastien. Te pido que esta noche te lo llesves a tu casa a dormir. Yo voy al club de los jacobinos.

Treignac suspiró.

–Acabarás teniendo problemas.

Marie se levantó, fue a por un ovillo de otro color y siguió trabajando.

–Problemas ya los tenemos, Treignac, todos. Así debe ser. Es la revolución.

Treignac asintió. Cogió el sombrero y se lo caló antes de llegar a la puerta.

–Piénsatelo de verdad, Marie. Hasta la vista.

Cuando hubo salido, Marie redujo el ritmo de su tricotar hasta casi detenerse, pero enseguida prosiguió con renovado vigor y una expresión de mayor determinación en el rostro.

## 2

Las lámparas que colgaban de la bóveda proyectaban haces de luz sobre el techo de la sala, desgarrando unas tinieblas que, en otro caso, habrían invadido por completo el recinto.

Marie no reconocía a nadie. Unas cien mujeres, entre jóvenes y viejas, escuchaban a la oradora que hablaba desde la tribuna y comentaban en voz baja lo que decía. Algunas llevaban un hijo al cuello, otras iban de luto, otras hacían labor con los ojos bajos. Todas llevaban una escarapela tricolor. Hacía

calor y Marie se preguntó por qué no abrían las ventanas. Tomó asiento cerca de la puerta, donde pasaría más desapercibida.

El tema de la sesión era el plebiscito convocado para aprobar la nueva constitución.

Marie reconoció a la oradora: era la joven chocolatera a la que había conocido semanas antes. Exhortaba a las ciudadanas a movilizarse para que votara el mayor número de personas. Al cabo de pocos días, las ciudadanas republicanas debían acudir a los colegios electorales y manifestar el apoyo de las mujeres a la nueva constitución.

La propuesta fue aplaudida y luego votada y aprobada por unanimidad.

Subió a la tribuna otra mujer de más edad. Al hablar, el aire le salía silbando por entre los pocos dientes que le quedaban, con un efecto cómico que al parecer a ninguna hacía gracia, o al menos eso le pareció a Marie.

—Propongo que nosotras mismas organicemos nuestros colegios. Que votemos a título simbólico.

Marie se inclinó hacia la mujer que tenía al lado.

—¿Qué significa «a título simbólico»?

La otra la miró de reojo.

—Significa de mentira.

La desdentada decía que aunque aquellos votos no valieran como los de los hombres, no dejarían de significar mucho.

También aquella intervención recibió aplausos, pero antes de que se votara habló otra oradora.

Era Claire Lacombe, Marie la reconoció enseguida: los ojos intensos, límpidos, la boca pequeña y de un rojo vivo, y, sobre todo, la piel, de un rosa pálido, casi blanca. La cara y los antebrazos desnudos se recortaban contra el fondo oscuro de la sala.

—Ciudadanas —proclamó—, es justo que mostremos nuestro apoyo a la nueva constitución republicana, pero yo creo que no podemos limitarnos a eso. Debemos pedir que la constitución se aplique. Debemos pedir al pueblo que vigile para que aquello que vota no sea letra muerta. Sólo el pueblo puede defenderse a sí mismo de los abusos del gobierno.

En medio de los aplausos se oyó una voz aguda:

—¿Y qué hacemos con los abusos de los acaparadores, Claire? ¡Nuestros hijos tienen hambre!

La Lacombe se asomó por el palco.

–¿Los acaparadores? –Hizo una pausa para localizar en los bancos de la primera fila a la mujer que la había interpelado—. ¡Yo digo que para eso está nuestra hermana Guillotina!

Estallaron los aplausos, pero la voz de la mujer seguía oyéndose más alta, como un barco que logra remontar la ola.

–¡Debemos pedir una ley que implante la pena capital para el que mata de hambre al pueblo! Estas gentes no son menos sinvergüenzas que los tiranos y los aristócratas. El crimen es el mismo, si no peor. Si el pueblo se librara de los tiranos dejando sin castigo a los que le hacen pasar hambre, haría la mitad de la faena.

Marie notó que Claire la había reconocido en el rincón en el que estaba sentada y la saludaba con un ademán.

–Veo con gusto que tenemos aquí a una representante de las mujeres de San Antonio, la ciudadana Marie Nozière. ¿No habéis sido precisamente los de San Antonio los primeros en pedir la pena de muerte para los acaparadores?

La mujer que había sentada junto a Marie la miró perpleja, como convencida de que la oradora se había equivocado de persona.

Al principio Marie se limitó a asentir con la cabeza, pero Claire Lacombe le hacía señas de que se acercara.

–Es un honor para nosotras que haya venido. Adelante, ciudadana, dadnos vuestro testimonio.

Marie no pudo zafarse del compromiso, aunque en aquel momento lo hubiera preferido.

Se levantó, recorrió la sala a pasos lentos y subió los pocos escalones de la tribuna, que Claire Lacombe le cedía.

Desde allí arriba podía verles bien la cara, al menos a las de las primeras filas. Era la primera vez que las veía, pero eran mujeres como ella. Quizá alguna tenía más instrucción, o más experiencia, pero ¿por qué no iban a tener los mismos quebraderos de cabeza que ella? Eran conciudadanas, eran francesas, y si estaban allí era porque creían en la revolución. Era suficiente.

Se aclaró la voz, y cuando empezó a hablar vio que las palabras retumbaban en la bóveda, como si no hablara ella sola, sino muchas más, todo un coro de voces.

–Es verdad, los vecinos de San Antonio queremos la pena de muerte para los acaparadores. Queremos la ley. –Notaba claramente la presencia de Claire

Lacombe a su lado, un escalón más abajo, y esto la animó a seguir—. Pero ya se sabe que las cosas de palacio van despacio. ¡La gente pasa hambre ahora, y si esperamos a que la Convención haga algo, acabaremos comiéndonos los codos! Por eso digo que lo que el gobierno no hace tiene que hacerlo el pueblo, o sea, nosotros. Y hay una cosa que podemos hacer ahora mismo: parar los carros. Cogemos los alimentos cuando llegan del campo y los distribuimos por los mercados a un precio justo.

El rumor que estas palabras desencadenaron lo interrumpió una voz chillona, la de la primera oradora, sentada en los bancos:

—¿Y quién fijará los precios, vosotros los de San Antonio?

Marie contestó sin énfasis, como si dijera la cosa más lógica del mundo.

—El ayuntamiento de París. Estamos hablando del hambre de los parisinos, ¿no?

Hubo un aplauso, interrumpido de nuevo por murmullos e imprecaciones. Marie no esperó más, bajó de la tribuna y volvió a su sitio, pero antes de sentarse notó que la cogían del brazo. Era Claire.

—Me alegro de que hayas venido. Has dicho algo importante. Ven. —La llevó a un lado de la sala—. Yo también creo que es hora de pasar a la acción, pero muchas están dudosas... —Se interrumpió al ver que Marie fruncía el ceño—. No están seguras, temen lo que pueda ocurrir si nos pasamos de rosca.

Marie dio a entender que lo comprendía y dijo:

—Yo también tengo miedo, pero algo hay que hacer.

Se les acercó la primera oradora, la chocolatera a la que Marie había conocido en las Tullerías.

—Bienvenida a la sociedad. Has hablado bien. Yo me llamo Pauline Léon.

Claire se puso entre las dos y las cogió del brazo.

—Esta noche te quedas con nosotras. A estas horas no puedes volver sola al barrio.

Vivían en el último piso de un viejo edificio, en un apartamento abuhardillado. Nada más entrar, Marie vio un sofá raído y medio hundido.

Había una chimenea en cuya repisa se veían un par de candelabros que, junto con una lámpara de aceite, constituían toda la iluminación. Junto a la

chimenea había una gran tina de madera. En la tina había un hombre, muy joven, con cejas pobladas y negras. Fumaba en pipa y leía un periódico. Saludó a las mujeres con un ademán. Pauline se le acercó, se sentó en el borde de la tina y lo besó en la mejilla. Claire hizo lo mismo.

Marie observó la escena sin entender.

–Te presento a Théo –le dijo Pauline–. Théo, ella es Marie Nozière. Marie ha propuesto a la sociedad que requisemos los alimentos y los vendamos a un precio justo.

–Nada menos –dijo el hombre sin inmutarse–. Pero ¿no ibais para apoyar la constitución?

La pregunta no obtuvo respuesta. Marie sintió que se ruborizaba y empezó a sentirse incómoda. Ya se arrepentía de haber aceptado la invitación a subir, pero estaba demasiado cansada para volverse atrás. Decidió salir del paso como mejor pudiera.

Claire se sentó en el sofá, se quitó el chal, se descalzó y empezó a masajearse los pies.

–Siéntate –le dijo a Marie–. Ahora te sirvo un vaso de vino, debe de haber en algún sitio.

–Yo me encargo –dijo Pauline.

Al poco trajo una botella y unos vasos.

Sentada, Marie le daba la espalda al hombre. Pensó que quizá Claire le había dejado aquel sitio para que no se sintiera violenta delante de un hombre desnudo. Se bebió el vino y, como no había cenado, enseguida sintió que le caldeaba las entrañas y se le subía a la cabeza.

Oyó que el hombre se levantaba y agua que goteaba en el suelo. Apareció envuelto en una toalla y con un brazo desnudo cogió el vaso que Pauline le ofrecía. A Marie le recordó uno de esos antiguos romanos que se ven en los bajorrelieves.

–Artículo diecinueve de la nueva constitución –declamó el Julio César–. «Nadie puede ser privado ni de una mínima parte de su propiedad si no es con su consentimiento o en el caso de que lo exija una necesidad pública legalmente reconocida.» Si queréis quitarles la mercancía a sus legítimos propietarios, tenéis que esperar una ley. Si no, estaréis contra la misma constitución que queréis votar. Y si estáis contra la constitución, sois enemigos de la República.

Marie lo miró con asombro, sin decir nada, pero el hombre no pareció dar

mucha importancia a su silencio. Bebió vino con calma. Marie calculó que debía de ser algún año menor que ella y se decidió a responder.

—Ese artículo me parece bien. No queremos robar nada. Los campesinos y los tenderos tienen derecho a su ganancia, pero debe ser una ganancia justa. No pueden fijar los precios que ellos quieran.

Marie notó que las mujeres intercambiaban una mirada.

—Théo... —dijo Claire, pero él, sin hacerle caso, siguió hablando con Marie.

—Hace unos días, Jacques Roux pidió que se añadiera un artículo a la nueva constitución. «La República protege la libertad de comercio, pero castiga el agio y la usura.» Recibió grandes aplausos, pero al final la modificación no fue aprobada. Eso sí, Robespierre, Hébert, todos dicen que es la mejor constitución que ha habido nunca. Mejor que Licurgo, Solón, Epicteto. Pero es una constitución que protege a los acaparadores y a los usureros, así de simple.

Marie aguzó la vista, como para ver bien la cara del hombre y, al mismo tiempo, sus palabras.

—No entiendo dónde queréis ir a parar —rebatí como si pensara en voz alta—. Antes habéis dicho que no se debe ir contra la constitución, y ahora me decís que la constitución defiende a los acaparadores.

—No he dicho que no debáis ir contra la constitución: he dicho que si lo hacéis os tomarán por una provocadora, un agente de la monarquía. ¿Queréis que los artículos de primera necesidad se vendan a un precio justo? ¿Queréis la muerte para los acaparadores? Yo sí, y precisamente porque lo quiero os digo que no es el momento de ir contra la constitución. Estamos a punto de que se apruebe una ley...

—¡Ah, claro! —exclamó Marie—. Ese discurso ya lo he oído miles de veces: no es el momento, tranquilos, hay muchos problemas, haremos las leyes. Pues mirad lo que os digo: yo he tenido poca felicidad en mi vida, pero hambre sí he pasado, y eso es un problema que hay que resolver enseguida, porque comiendo sólo cebollas se dura como mucho una semana. Los saqueos de febrero no nos gustaron a nadie, pero nos han permitido pasar el invierno. Además, por miedo a que se produjeran más, la Convención votó la ley sobre el precio máximo.

—En febrero yo no estaba —dijo Théo, el antiguo romano—. Estaba en Lyon, pero sé que Roux se jactó en la junta municipal de haber incitado a saquear las tiendas. En febrero las cosas eran muy distintas, la Convención estaba en

manos de los brissotianos. Hoy, en cambio, manda la Montaña, que ha derrotado a sus adversarios gracias al pueblo de París. Una deuda que podemos obligarles a pagar. Además, no todos son como Danton, entre ellos hay gente como Marat. ¿O es que tampoco os fiáis de Marat?

Al oír el nombre del Amigo del Pueblo, Claire y Pauline empezaron a asentir con la cabeza como si se tratara de una verdad incontrovertible.

—Yo me fío de mi estómago y de mis ojos —dijo Marie—. Mi estómago me dice que lo que puedo comprar en el mercado no es suficiente para mi hijo y para mí, y mis ojos ven que los ricos tienen comida. ¡Qué importa quién mande en la Convención, en el ayuntamiento o en las asambleas de sección!

El hombre calló y la observó un rato. La nariz pequeña y aguileña le confería un aspecto torvo, de pensador, aunque el cuerpo era fuerte y torneado.

—¿En qué trabajáis? —le preguntó de pronto.

—Soy costurera.

El hombre se dirigió a las otras dos.

—Con un batallón de mujeres así podríais conquistar Europa. Y sin necesidad de esas armas que tanto queréis. Estoy convencido.

Marie no se calló.

—¿Os burláis?

El hombre la miró sorprendido.

—Al contrario —dijo—. Os admiro. Sólo lamento que no seáis un hombre y no os sentéis en las Tullerías en lugar de ese hatajo de abogados.

—¡Dios me libre! —espetó Marie, exasperada—. Pero a veces pienso que las mujeres tendríamos que montar nuestra propia Convención...

El hombre se dirigió de nuevo a las otras.

—¿Oís?

—¡Ya está bien, Théo! —dijo Pauline en tono tajante—. ¡Y vete a dormir!

—Una Convención de mujeres... —prosiguió él—. Si por mí fuera... Aunque temo que os despellejaríais a las primeras de cambio. ¿Recordáis lo que le pasó a la Méricourt?

Claire y Pauline miraron a Marie sin decir nada, pensando quizá que hablaría ella, y, en efecto, se disponía a hacerlo, pero se quedó muda, con la boca abierta y sin palabras. Las imágenes de la pesadilla de la noche anterior pasaron por su mente y la dejaron sin habla.

El hombre tendió la mano a Pauline, que se levantó.

–Sí, ya es muy tarde y mañana tengo que levantarme antes de que amanezca. La imprenta no espera. –Le mandó un beso a Claire y se dirigió a Marie–: Es un honor haberos conocido. Os dejo en manos de Claire. Buenas noches y buena suerte.

Los dos desaparecieron detrás de un tabique de yeso.

Sólo entonces habló Claire, en voz baja.

–La Méricourt se lo merecía. Y hay que darle más marcha a la guillotina.

Marie seguía sin decir nada.

–¿Sabes quién es él? –le preguntó Claire, señalando la pared del fondo–. Théophile Leclerc.

Al oír aquel nombre, Marie reaccionó por fin.

Leclerc el Rabioso. Por eso nombraba tanto a Jacques Roux. Él y el Cura Rojo coincidían en muchas cosas y en San Antonio tenían muchos partidarios. Pero también había quien los acusaba de ser un ex noble y un ex abad, y de trabajar en secreto para restaurar la monarquía.

–Perdona –se apresuró a añadir Claire–. Tendría que habértelo dicho antes. –Se levantó–. ¿Te apetece un baño? Aquí arriba hace mucho calor.

Decirlo y desnudarse fue todo uno. Dejó la ropa en el suelo y se metió en la tina dando un suspiro.

–Ven, que cabemos las dos.

Marie se había quedado mirándola, pasmada de su desenvoltura. La luz de las velas de la repisa de la chimenea caía sobre los rizos de Claire formando una aureola dorada.

¿Cuánto tiempo llevaba sin darse un baño, un baño de verdad? La idea de quitarse el sudor que la cubría podía ayudarla a vencer la vergüenza. No se desnudaba delante de nadie desde que Jacques se fue con el ejército. Y tampoco con él se había desnudado muchas veces, porque no siempre era necesario. Aun así, tuvo que vencer la vergüenza que le daba quitarse la ropa y meterse en la tina. Se dio cuenta de que, más que su desnudez, lo que la cohibía era el contraste entre su cuerpo y el de Claire, sinuoso y blanco.

Pero Claire había cerrado los ojos, una muestra de tacto que Marie agradeció, y tenía los brazos abiertos, apoyados en el borde. El agua le llegaba a los pechos. Marie se metió, con cuidado de no tocarla, y, apoyando la espalda y la nuca en la pared de la bañera, se dejó embargar por la sensación de alivio.

–No se está mal, ¿eh? –le preguntó Claire mirándola.

Marie sonrió, quizá por primera vez en todo el día.

–Creía que no sonreías nunca –comentó Claire.

Marie reclinó la cabeza.

–Estoy tan destrozada que podría dormirme aquí mismo.

–Si quieres, puedes.

Guardaron silencio unos momentos y disfrutaron del frescor dejando que los miembros se relajaran.

–¿Tienes hombre? –le preguntó Claire.

–Lo tenía –contestó Marie–. Murió en la guerra.

–Lo siento. ¿Cómo se llamaba?

–Jacques –contestó Marie. Se pasó la mano mojada por la cara–. ¿Y tú? ¿Tienes?

Claire dejó vagar la mirada por el techo, siguiendo las sombras que sus cuerpos proyectaban.

–Tengo a Théo.

–Pero ¿no es...?

–¿El hombre de Pauline? –la interrumpió Claire en tono insinuante–. A veces.

Marie se quedó sin habla viendo confirmados los rumores que corrían sobre la promiscuidad de las amazonas. Se encontraba demasiado bien como para escandalizarse. La idea de que, en su lugar, las amigas del barrio se habrían puesto a echar pestes le provocó, no supo por qué, una risilla involuntaria.

–¿Te hace gracia? –preguntó Claire, riendo a su vez. Marie se encogió de hombros–. ¿Tienes hijos?

–Uno –contestó Marie–, pero no es de Jacques. Ya lo tenía.

–¿Cuántos años tiene?

–Diez.

–Dios mío, eras jovencísima...

La sorpresa de Claire parecía sincera.

–Tenía dieciséis años –dijo Marie abriendo los ojos y mirando el techo. Calló mientras decidía si quería confiarse a una mujer a la que apenas conocía. La verdad, se dijo, es que llevaba sin bañarse con nadie desde que lo hacía con su hermana, de niña–. Estaba de criada en el pueblo donde nació. El amo... –dudó–... me forzaba cuando tenía ganas. Le gustaba... –No concluyó la frase–. Me quedé embarazada y me mandó a París con las monjas. Di a luz

y me escapé con el niño. Las muy brujas querían quitármelo. –La expresión se le endureció–. El día que me fui del convento, sin que me vieran, meé en la olla de la sopa.

Rompieron a reír y tuvieron que taparse la boca para no despertar a los otros.

–A mí un día quiso violarme el jefe de una compañía de teatro –dijo Claire cuando se pusieron serias–. Le clavé un cuchillo, pero era un cuchillo de teatro, de madera. –Simuló el gesto y al hacerlo rozó el pómulo de Marie–. No lo maté, pero le salté un ojo.

–¿Entonces eres actriz de verdad? –preguntó Marie.

–Sí, pero tampoco soy de aquí –contestó Claire–. Antes actuaba en Marsella, luego en Lyon. En París llevo sólo año y medio.

–¿Y ya no actúas?

Claire sonrió.

–La revolución es mejor que el teatro.

Al decirlo los ojos se le iluminaron.

–¿Has actuado alguna vez con uno que hacía de Scaramouche? –le preguntó Marie.

–Con muchos –contestó Claire con un guiño–. ¿Te interesa alguno en particular?

Marie se encogió de hombros.

–No, lo preguntaba por curiosidad.

Claire la miró de soslayo, alargó la mano y le pasó el dedo índice por la nariz. Marie se quedó mirándola, desconcertada. No sabía qué significaba aquel gesto ni la otra se molestó en decírselo.

Claire se levantó. Marie apartó la mirada del cuerpo brillante y goteante que tenía delante. Se miró las manos, las yemas de los dedos arrugados por el agua. Claire se envolvió en una toalla y le tendió otra a ella.

–Si no quieres dormir ahí dentro, puedes acostarte en el sofá. En aquel arcón que hay debajo de la claraboya encontrarás un montón de ropa. Coge lo que quieras. Son prendas que me he traído de los teatros. Caída del cielo. –Le lanzó una mirada astuta y se rió–. Una vez Théo fue al ayuntamiento con una chaqueta de Scapino.

Marie se apresuró a salir de la tina y a taparse.

–Me apaño con mi ropa.

Claire se acostó en una camita que había en el rincón, junto a la ventana.

Lejos de las velas, era poco más que una sombra. La voz le llegó a Marie, que se había tumbado en el sofá, como si viniera de un lugar remoto y al mismo tiempo muy cercano.

–Espero que encuentres a alguien con quien estar. Te lo mereces.

Marie sonrió, más para sí misma que para Claire, con la cabeza ya apoyada en el cojín.

–Lo veo difícil –acertó a murmurar, antes de quedarse dormida.

#### 4

Abrió los ojos y tardó un momento en saber dónde estaba. Al levantarse recordó que estaba desnuda, cubierta por una simple toalla, pero enseguida se dio cuenta de que, durante la noche, alguien le había echado una colcha. Le pareció que Claire, en su cama, seguía durmiendo. Contuvo la respiración; con cuidado de no hacer ruido, se vistió rápidamente y salió.

Por el este, hacia el barrio, se veía una claridad que anunciaba la aurora. Recorrió las calles de París como un fantasma, a esa hora límite en que ya no es de noche ni aún es de día, y en la que dos clases de humanidad se dan el relevo. Carboneras y panaderos reemplazaban a prostitutas y ladrones, y los faroleros apagaban los faroles.

Marie no miraba a nadie a la cara, cruzaba derecha por el centro de la ciudad. Quería llegar a casa antes de que los del barrio se levantaran y la vieran volver a aquellas horas. Pensarían que se había echado a la calle, a hacer la carrera, como hacían muchas viudas para dar de comer a sus hijos. Ella no, nunca lo haría. Antes robaría, a los ricos, claro, no a los pobres, porque robarse entre pobres era lo más asqueroso que podía haber. Aquel pensamiento le recordó a Leclerc. Era muy joven, pero parecía mayor para su edad, parecía... Le faltaban palabras para describirlo, pero sentía que había algo irritante y a la vez interesante en aquel joven. Vivía con dos mujeres mayores que él sin estar casado con ninguna. Marie sonrió de nuevo pensando que debía escandalizarse y no podía.

También ella y Jacques habían estado juntos dos años sin casarse, desde que se conocieron en el Campo de Marte, el día de la traición de Lafayette. Cuando la guardia nacional abrió fuego, ella se encontró en medio de la multitud que huía, entre cuerpos que podían haberla asfixiado. Jacques la

cogió de la mano, a ella, una desconocida, la llevó junto a una pared y le dijo que caminara deprisa, pero sin correr, arrimada a la pared. Así consiguieron ponerse a salvo. Desde entonces no se habían separado hasta el día en que él se enroló en el ejército. Si Jacques volvía, quizá le pidiera que se casara con él, pero no le importaba. Lo que echaba de menos era poder sincerarse con alguien, recibir una caricia. A veces, por la noche, se sorprendía pasándose la mano por la mejilla, imaginándose que la acariciaban. El gesto de Claire de la noche anterior, tan injustificado como delicado, le había hecho ver esta verdad. Hacía meses que nadie tocaba su cuerpo, meses que trabajaba sin descanso y completamente olvidada de sí misma.

Siguió caminando hasta la plaza de la Bastilla, donde en otro tiempo se alzaba la fortaleza. San Antonio estaba despertándose, lecheros y vendedoras de periódicos empezaban sus repartos, y los panaderos, ¡que el diablo se los llevara!, abrían sus hornos y llenaban las calles de olor a pan recién hecho, la condena de los hambrientos. Marie sintió que su estómago gruñía. No comía desde el día anterior. Las mujeres hacían cola ante las tiendas y se producían los primeros altercados.

Pensó que en casa encontraría un poco de pan y queso. Bastien no llegaría antes del mediodía. Seguro que se pasaría la mañana haciéndole recados a Treignac. Se buscó la llave de casa en el bolsillo de la falda, volvió la esquina y se detuvo en seco.

En la puerta de su casa había un hombre.

Jacques.

El corazón empezó a latirle atropelladamente.

Le daba la espalda, pero era él, estaba segura, reconocía el arranque del pelo, la espalda ancha... Se acercó sin atreverse a llamarlo. Cuando estuvo a unos pasos de distancia, el hombre advirtió su presencia y se volvió.

La decepción fue tan grande que sintió que se la tragaba la tierra, como si cayera en el agujero que sentía en el estómago.

No era Jacques. Era aquel saltimbanqui, el italiano. El del cañón. El que, según se decía, le había dado una lección a Piel de Gallina.

Marie pensó que debía de parecer una loca, a juzgar por como la miraba.

—¿Qué queréis a estas horas? —preguntó.

—No quiero que me vean por aquí —contestó él. Le mostró un fardo que llevaba bajo el brazo—. Es el traje. Se me ha roto.

Marie miró a los lados. El callejón aún estaba desierto. Le hizo entrar

deprisa. No abrió los postigos. La estancia siguió en penumbra.

Le arrebató el fardo de las manos y echó un vistazo al traje. Se había roto por varios sitios.

—Habéis querido coséroslo vos y éste es el resultado. —Marie arrojó el traje roto a la mesa—. Nada, no tiene arreglo.

—Lo sé —dijo él—. Necesito uno nuevo.

Marie se sentía extraña. La primera vez que aquel hombre había ido a su casa a comprarle los retales no había reparado en que se parecía a Jacques, pero ahora, quizá por la poca luz que había, le parecía que tenía allí a su hombre. Quizá, pensó, su mente estaba gastándole una broma pesada y no quería resignarse a dar por perdido a Jacques. A lo mejor estaba enloqueciendo.

—Tiene que ser de una tela más fuerte. Costará más —dijo Marie.

Sus miradas se cruzaron por encima de las telas.

—No tengo dinero —replicó él.

—¿Cómo vais a pagarme entonces?

—Sirviéndoos.

—¿Sirviéndome? —dijo Marie, incrédula—. ¡Ni que fuera yo una dama!

—Sirviéndoos a vos y a la gente del barrio —contestó el hombre—. Sé quién sois y lo que pensáis.

Marie miró al hombre de arriba abajo y dio un paso. Visto más de cerca, ya no se parecía tanto a Jacques. Era distinto y a la vez parecido. La boca era distinta, pero quizá la nariz... sí, la nariz tenía la misma forma.

—¿Creéis que puedo trabajar por nada?

—No por nada. A cambio espantaré a los aprovechados, o a los monopolizadores, como los llamáis aquí en el barrio.

Marie reflexionó, aunque le costaba trabajo.

—¿Habéis sido vos quien ha golpeado a Solin? —preguntó.

Al pronto el hombre no contestó. Al final asintió, en espera de la sentencia.

—¿Queréis pillarlos uno a uno? ¿Qué sabéis vos? Sois actor.

—Vuestras amigas —dijo él—. Ellas me han dado una lista. Han venido a la taberna y me la han entregado sin decir nada.

—¿Georgette y las otras? ¡Santo Dios! Bueno, ¿y por qué no les habéis pedido a ellas el traje?

El italiano la miró de una manera que le recordó otra vez a Jacques.

—Porque os he conocido a vos.

En otras circunstancias Marie no se habría conformado con aquella respuesta, pero ahora no le importaba. Se imaginó en otra parte, inmersa en el agua fresca de la bañera, con el cuerpo relajado, en la otra punta de la ciudad y del mundo. Aquella sensación de ligereza era como un eco que resonara al final de un callejón, como si otra Marie le contestara desde lejos y la llamara.

—¿Cómo queréis el traje? —preguntó. La voz le salió insegura y afanosa.

—No lo sé... Que dé miedo.

Marie suspiró.

—Poneos junto a la ventana.

Por una rendija de la ventana se colaba un rayo de luz. El italiano se colocó allí y extendió los brazos con un gesto que lo mismo podía significar que se rendía como que ofrecía un fuerte abrazo. Marie fue a por el metro de costura y le midió los brazos, le midió el pecho, le midió las caderas y por último las piernas. La imagen de Claire inclinándose hacia ella le pasó por los ojos como un relámpago.

Hizo lo mismo. Alargó la mano y pasó el dedo por la nariz del italiano. Sí, era como la de Jacques.

El hombre no reaccionó, no dijo nada.

La puerta se abrió y la figura menuda de Bastien se recortó en el umbral. Se quedó un momento quieto y luego entró saludando con un ademán a su madre y mirando fríamente al hombre.

—Tengo mucho trabajo —dijo Marie, apartándose del italiano—. No volváis hasta dentro de diez días.

El tono era terminante. No se precisaron más palabras. El hombre dio las gracias en voz baja y salió a la luz nueva del día.

COMITÉ DE SALVACIÓN PÚBLICA  
Extracto de la sesión del 1 de julio de 1793  
(año II de la República Francesa)

Por la denuncia presentada ante este comité de un complot contra la libertad pública dirigido a restaurar la monarquía en Francia llevando al trono al heredero del difunto Luis XVI,

ESTE COMITÉ

resuelve que el joven Luis Carlos, de ocho años, hijo de Capeto, sea separado de su madre y alojado en un apartamento aparte, el mejor defendido de todos los del Templo.

FIRMADO  
Hérault  
Jeanbon Saint-André  
Danton  
Barère  
Couthon  
Berlied  
Cambon

Extracto de los  
REGISTROS DE LA PRISIÓN DEL TEMPLO

El 3 de julio de 1793, a las nueve y media de la noche, nosotros, comisarios de servicio, hemos entrado en el apartamento de la viuda Capeto y le hemos notificado la resolución del comité de salvación pública de la Convención Nacional del 1 del corriente, exhortándola a obedecer. Tras mostrar cierta resistencia, la viuda Capeto ha accedido a entregarnos a su hijo, que ha sido conducido al apartamento designado por la resolución del consejo del día de hoy y puesto en manos del ciudadano Simon, que se ha hecho cargo de él. Observamos, otrosí, que la separación se ha efectuado con

toda la sensibilidad que hacía al caso y que los magistrados del pueblo han actuado con la máxima consideración compatible con el rigor de sus funciones.

FIRMADO

Eudes

Gagnant

Arnaud

Véron

Cellier

Devèze

## ESCENA CUARTA

El hombre sin nariz

*1-10 de julio de 1793*

### 1

*Nota del gobernador Jean-Baptiste Pussin sobre el caso de los alienados Malaprez y Laplace*

Julio de 1793

Hoy por hoy parece que Malaprez ha salido de su siniestro mutismo y ha abandonado sus conductas bestiales. Sus modales se vuelven más civilizados y la compañía de Laplace parece darle conciencia de sí mismo y de los demás. Pasan juntos gran parte del día y, aunque no hablan mucho, se comportan como si fueran viejos amigos, que se entendieran sin necesidad de hablar.

Cuidar del joven Malaprez también beneficia mucho a Laplace, que parece menos melancólico, más sociable y no tan poseído por pensamientos tétricos.

Estas mejorías me confirman en la creencia de que el diálogo y la benevolencia no sólo sirven para mantener tranquilos a algunos alienados, sino que pueden curarlos. Con todo, hoy ha ocurrido algo que merecería la atención de estudiosos más doctos que yo.

Se trata de un incidente como ocurren muchos en este lugar. El interno Cabot, durante el paseo en el patio, ha tenido un imprevisible arrebato de cólera y, cogiendo una pala que nadie vigilaba, ha golpeado en la espalda al celador Michelet, lo que ha sembrado el pánico entre los muchos internos que había en el patio.

Cuando he acudido, Cabot, acorralado en un rincón, repartía mandobles con la pala, manteniendo a todos a distancia. En ésas he visto que Laplace le decía algo al oído a Malaprez y que éste se dirigía hacia Cabot con paso resuelto, sin miedo. Cabot no ha dudado en propinarle un palazo en el hombro izquierdo. Pero Malaprez ha encajado el golpe como si se lo hubiera dado un niño, ha asido el arma, se la ha quitado al agresor, lo ha cogido del cuello y lo ha inmovilizado contra la pared, hasta que Laplace le ha dicho que lo soltara. Los celadores han podido entonces reducir a Cabot, que respiraba con ahogo.

Al verme, Laplace, con aire satisfecho, me ha sugerido, medio en broma, medio en serio, que contratara a su amigo como vigilante. A Malaprez ha habido que ponerle el brazo en cabestrillo y le ha salido un moratón en el hombro que seguramente es señal de una fractura, pero, a pesar de eso, no manifiesta dolor y sólo pide que le dejen dormir.

Es evidente que Laplace ha dirigido la acción de Malaprez contra Cabot, así como que Malaprez ha ejecutado las órdenes de Laplace, ignorando el peligro que corría. Así pues, la relación que existe entre ellos conlleva, junto con innegables beneficios, también un riesgo: ¿hasta qué punto puede llegar la obediencia de la voluntad que he visto hoy en acción?

## 2

La araña había tejido la tela metódicamente, en el ángulo que formaban la pared y el techo. El hombre que se hacía llamar Laplace, tendido en el catre y con las manos en la nuca, la observaba hechizado, preguntándose por qué ingenio natural podía un ser tan pequeño producir semejante obra maestra. Al final, el insecto se había colocado en el margen de la tela y ya no se había movido, pero Laplace había seguido mirándolo y recorriendo con los ojos la perfecta geometría de los hilos, mientras dejaba que la mente se remontara a tiempos pasados, a los tiempos previos a la Gran Confusión, previos al fin del mundo, cuando él tenía otro nombre y dedicaba tiempo y energías a la correspondencia científica con el marqués de Puységur.

El marqués prefería a los campesinos. «Las mentes sencillas e incultas», le escribía, «son perfectas para el magnetismo, ofrecen menos resistencia.» Por lo demás, estaba convencido de que los campesinos, como no podían pagar buenos médicos, padecían muchas dolencias, manifiestas y latentes. «De manera que los experimentos que hacemos con ellos nunca son pasatiempos, sino que miran a la cura.»

Laplace había empezado magnetizando a la servidumbre. Luego, cuando la noticia de sus resultados se difundió por los alrededores, los campesinos empezaron a acudir, unos por dolor de muelas, otros por fiebre, otros por pelagra. Laplace no creía que el magnetismo pudiera remediar la miseria a la que aquellos seres estaban destinados. Cada cual tiene su puesto en el orden del mundo. Pero no había dicho nada, se había limitado a despedirlos cuando fueron demasiados. Puységur tenía razón: las mentes sencillas se dejan llevar más fácilmente, y *la fe es el fundamento de la terapia magnética*. Con todo, las mentes de aquellos labriegos eran sencillas, sí, pero también obtusas, embrutecidas por las fatigas de la vida, por el trabajo en el campo, por las penalidades, por la lujuria.

Trabajar con aquellos seres impuros era como buscar la piedra filosofal en

una porqueriza.

Necesitaba un material no contaminado con el que poner a prueba el magnetismo animal y valorar sus efectos sin interferencias.

Niños.

De ocho, de nueve años como máximo. Analfabetos que no supieran nada del mundo.

La primera fue Noèle.

Tenía los ojos grandes, la carita fina y demacrada, el cabello pajizo. Padecía amnesia y olvidaba cosas que había hecho el día anterior. Laplace la magnetizó y le pidió que le dijera lo que le ocurría. La pequeña Noèle colmó las lagunas de su memoria y luego pasó a contar la vida y milagros de los habitantes de su pueblo. No había acto bajo o sucio de aquellos miserables que la niña no intuyera, observando y descifrando señales e indicios, mejor de lo que lo haría un adulto. Y no tenía inconveniente en referirlo como si desgranara un rosario. Incluso contó que algunos parientes suyos engañaban con los alquileres e impuestos, lo que el barón tendría que castigar. Aún no tenía pleno conocimiento del bien y del mal. Aquella inocencia impedía cualquier resistencia y le permitía penetrar la verdad de las cosas humanas.

Luego había sido Juliette.

Incluso después de tantos años, recordarlo lo desasosegaba.

Era una niña menuda, casi púber, que ya tenía escrito su destino: casarse con un oscuro pastor de ovejas y parir hijos el resto de su vida. Era muy devota de la Virgen y de los santos. Y muy guapa, todo lo que puede serlo una campesina del Macizo Central. Tenía unos profundos ojos negros y unos dientes que aún se conservaban intactos. La nariz era pequeña y recta, muy distinta de la de sus paisanos.

Tendido inmóvil en su catre, en su celda de Bicêtre, Laplace intentó imaginarse los estragos que el trabajo y los embarazos habrían hecho en aquel cuerpo durante aquellos años. Los recuerdos eran algo maravilloso: nadie podía estropearlos, estaban bien guardados en la mente y podía sacarlos a voluntad cuando quisiera repasarlos. Juliette era uno de aquellos recuerdos. Un diamante en bruto.

Durante la magnetización, la mente de la muchacha se volvía hacia lo absoluto, como si vagase por una especie de más allá en busca de la sonrisa

de Dios. A veces la encontraba, pues sonreía. En aquellos momentos era fácil hacerla hablar. Podía diagnosticar sus males y los del mundo. Juliette calaba una verdad mucho más profunda que la de la pequeña Noèle, hablaba de destinos humanos, mezclando los sermones dominicales con fantasías juveniles. Era una maravilla: Laplace podía escucharla horas. La magnetizaba usando como polo de contacto la punta de su nariz, que tocaba con el dedo índice, mientras le ponía la otra mano en la espalda. Juliette hablaba de Nuestro Señor y cada sesión era un paso que la acercaba a Él. Y a Laplace.

Puységur le desaconsejó que trabajara con niños. «Parecen requerir menor esfuerzo, lo que conviene al aprendiz, pero en cambio exigen un gran control, para no turbar su equilibrio de por vida.» Laplace, aunque decidió no seguir aquel consejo, continuó escribiéndole, haciéndole preguntas, describiéndole con detalle sus sesiones con los pequeños pacientes. Hasta que Puységur le pidió que interrumpiera el tratamiento con Juliette o dejara de escribirle.

Laplace se rebeló: ¿es que pensaba aquel gran científico que lo movía la lujuria? ¿No entendía que era algo muy distinto? Estaban ante el umbral de un mundo nuevo y más grande y alguien debía tener el valor de dar el primer paso para franquearlo.

No recibió respuesta y unas semanas después suspendió las curas de la pequeña Juliette. No lo hizo para reconciliarse con Puységur, sino para consagrarse en cuerpo y alma a un nuevo caso, un verdadero regalo del cielo.

Jean. Un niño sin familia ni casa que vivía de la limosna de los campesinos. Huérfano y despreciado, en busca de alguien que lo acogiese. Si Juliette era un diamante, el muchacho era una perla rara.

Jean era la materia que Laplace siempre había deseado modelar.

Su obra maestra.

Pero un día el barón tuvo que responder a la llamada del rey, sin saber que los estados generales darían al fin inicio. Laplace lo siguió a París, como caballero devoto que era. Había conquistado su nobleza con la espada y esa espada permanecería al servicio de sus señores. Al menos eso pensaba entonces. Luego, en cuestión de meses, todo se precipitó y ambos tuvieron que exiliarse, abandonar sus tierras, y no les quedó otra alternativa que intentar un acto desesperado. El barón y su caballero combatieron juntos en Valmy. Juntos perdieron y juntos trataron de salvar el pasado, con un último

y ridículo asalto al futuro: la conjura para liberar a Luis. Sólo en aquel momento sus caminos se separaron.

No, el pasado que había que salvar no era el de los Capeto y del antiguo régimen. Había que remontarse más atrás. La revolución no había derribado un trono: había destapado un sepulcro.

Por eso se había encerrado en Bicêtre: para retomar el camino que abandonara años antes.

Por eso se había buscado a un nuevo Jean.

Había intuido bien desde el primer momento, al ver a aquel salvaje de Malaprez. Éste, sin embargo, no era un niño, sino un mocetón alto y robusto, con una mente también sencilla y grandes posibilidades. Lo había demostrado con Cabot. Una acción perfecta, pura fuerza dirigida a su objetivo. ¿Qué habría pensado Puységur? Era un gran hombre de ciencia, pero se dejaba cegar por la Ilustración, por el culto a la razón y a la moral universal. Sus experimentos demostraban sin lugar a dudas que el fluido magnético se resiste a la igualdad. La fuerza de voluntad está repartida entre los hombres de una manera tan dispar que ningún entrenamiento, estudio ni educación puede reequilibrarla. Aun así, él se obstinaba en afirmar lo contrario y ocultaba sus hallazgos tras el velo de una teoría conciliadora.

Laplace se acercó al ventanuco de la celda. Por los barrotes se colaba una ligera brisa. En la pequeña repisa tenía la escultura de huesos de pollo que representaba a Marat. Se asomó fuera. Se veía un poco el patio y los tejados del complejo. Mirar por entre los barrotes le hacía sentirse como aquella araña, que seguía inmóvil en el margen de la tela, esperando. Se preguntó cuánto tiempo más se necesitaría. No mucho: las cabezas de la hidra habían empezado a devorarse entre sí. Primero les había tocado a los girondinos. Ahora era el turno de los Rabiosos, de los radicales. El Incorruptible había clamado contra ellos. Era curioso ver cómo las conmociones de una época podían convertir a un abogaducho de provincias en un gran hombre, pensó Laplace. O en su parodia más seria.

Sonrió y se dio cuenta de que llevaba meses sin sonreír. Francia estaba casi preparada.

Arrimó la silla a la pared y se subió a ella.

Alargó el brazo y cogió la araña: tenía un abdomen redondo como el hueso de una cereza.

El animal se revolvió queriendo escapar, le mordió la yema del dedo, pero Laplace no la soltó.

Para ejercitar la voluntad, se precisa voluntad.

Por eso las desigualdades espirituales que existen entre los seres vivos son insuperables.

Laplace abrió la boca y se puso la araña en la lengua. La aplastó contra el paladar, sintiendo una arcada que estuvo a punto de hacerle vomitar el alimento horrendo. Luchó contra las ocho patas y contra sí mismo hasta que la bestezuela fue un cuerpo inerte.

Entonces se lo tragó, con un estremecimiento de asco y de satisfacción.

Pronto franquearía el umbral definitivo, más allá del cual no hay retorno posible.

Seguiría adelante, en busca del verdadero pasado, como Juliette había buscado a su Dios.

### 3

Aquel día el mercadillo estaba lleno. El calor de principios de verano había animado a acudir a los visitantes, que curioseaban entre los puestos instalados por los reclusos. Los guardias observaban apostados aparte y en la entrada se incautaban de bastones de paseo y de cualquier otro objeto que pudiera usarse como arma. Después del incidente de Cabot, el gobernador había impuesto controles estrictos y prohibido que los alienados más graves salieran al patio con los demás.

Laplace estaba sentado con Malaprez a la sombra del sicomoro, donde se habían visto la primera vez. El joven campesino seguía con el brazo en cabestrillo, pero su expresión no delataba sufrimiento: todas las noches, Laplace lo magnetizaba hasta que el dolor desaparecía.

–¿Qué harías si pudieras salir de aquí? –le preguntó Laplace a su pupilo, rompiendo el silencio.

–Si me dejaran irme, regresaría a mi pueblo.

–¿No es París de tu agrado? –dijo Laplace, con un guiño.

El rubio Laplace reflexionó sin captar la ironía.

–Cuando estaba fuera, antes de que me metieran aquí, todo el mundo se

reía de mí. Incluso los tontos como yo. Porque no sé leer ni escribir. Porque soy pobre. Porque no soy parisino.

—Yo tampoco soy parisino —dijo Laplace—. Y de París sólo tengo malos recuerdos.

—Entonces, ¿también vos os iríais?

Laplace observó a la gente que iba y venía por el patio, a los alienados mezclados con las personas normales.

—No. Tengo una cuenta pendiente con esta ciudad.

—¡Pues anda que yo! —repuso Malaprez, cortando el aire con el canto de la mano—. Yo tengo un montón de cuentas pendientes. Pero si me pusiera a ajustarlas todas, mal iba a acabar.

Laplace le puso la mano en el hombro.

—Porque no sabes cuál es la verdadera batalla. Pero yo podría...

Las palabras murieron en sus labios. Se quedó mirando hacia un punto más allá de los puestos de los vendedores. Se levantó y le hizo señas a Malaprez de que se quedara donde estaba.

Anduvo con calma, siguiendo la sombra de los árboles, sin dejar de mirar hacia el mismo punto. Por allí avanzaba una figura oscura, mirando a los lados. Cuando llegó al muro del recinto, Laplace salió a plena luz del día y se detuvo a esperar que lo viera.

El hombre llevaba un sombrero de ala ancha y un gabán beis con los faldones manchados de barro, como las botas. Cuando vio a Laplace se dirigió hacia él, un poco encorvado, y se detuvo a unos pasos.

—Soy yo, caballero —dijo, pleonásticamente—. Soy La Corneille. —Se levantó el ala del sombrero y retiró el pañuelo que le cubría la boca y la nariz.

No tenía nariz. Laplace tuvo que vencer la repugnancia y mirar aquel rostro mutilado que, con todo, le era familiar. En lugar del órgano olfativo, sólo se veían unos orificios, como si un tajo de espada le hubiera cercenado limpiamente el cartílago hasta el hueso. Unos ojos negros hundidos en las órbitas y unos dientes estropeados completaban el retrato de un ser espantoso.

—¿A qué vienes?

El visitante se llevó la mano al sombrero en ademán de saludo.

—Traigo un mensaje.

—Te ordené que no vinieras a buscarme hasta que no te mandara llamar.

El hombre lo miró de soslayo, con falsa humildad.

—Es el barón, señor. El mensaje es de él.

Laplace tuvo que contenerse para no golpearlo. Miró a los lados: nadie les prestaba atención. Le hizo señas de que lo siguiera. Lo condujo a su celda. Le ordenó que se sentara en el catre. Prefería mirarlo desde arriba para no ver de frente aquella calavera.

—¿Le has dicho al barón dónde me encuentro?

—No, señor. —El hombre vio algo en la mirada de Laplace y se apresuró a decir—: Lo juro.

La expresión de Laplace no cambió.

—Te lo pregunto otra vez, La Corneille. ¿Le has dicho al barón dónde estoy?

El hombre se llevó la mano al corazón y movió la cabeza.

—Por la sangre de los santos —murmuró.

—¿Ha ido a buscarte? —preguntó Laplace.

—Anteayer, estando en mi puesto en el Palacio de la Igualdad, haciendo mi trabajo, se me acercó un sujeto al que no conocía y me dijo que alguien quería verme. Iba a decirle que se fuera a la Guyana, pero me mostró el escudo del barón.

El hombre llamado La Corneille respiró hondo y miró la jarra que había en la mesa. Laplace entendió, llenó el único vaso que tenía y se lo ofreció.

La Corneille se bebió el agua y se lamió los labios.

—Sigue —le ordenó Laplace.

—Me llevó a una casa, una casa de amigos, buenos lealistas. Y allí estaba el barón.

Laplace dio unos pasos hacia la ventana y se vio cara a cara con el Marat de huesos de pollo.

—El barón en París. ¿Qué te dijo?

—Me pidió que os entregara un mensaje.

—¿Y tú le dijiste que podías hacerlo?

—Sí. Pero no dónde estáis. Ni él me lo preguntó.

Venciendo la repulsión que aquella cara le producía, Laplace se volvió. Tenía el vello erizado y el estómago encogido.

—¿Cuál es el mensaje?

La Corneille quiso enderezar la espalda, sin gran resultado.

—El barón quiere intentarlo otra vez... —vaciló—. Con la reina.

Laplace saboreó la sensación de alivio que aquellas palabras le produjeron.

Fueron una sorpresa tan agradable que no pudo evitar soltar la risa delante de su invitado, que lo miró espantado.

–El barón quiere rescatar a la reina. ¡Dios mío! ¿Y por qué no al delfín, de paso? ¿Por qué no al heredero al trono?

La Corneille contestó como si hubiera esperado la objeción.

–Seguramente no sabéis que el delfín no está con su madre. Lo han encomendado a un concejal para que lo convierta en un «buen ciudadano». – Subrayó la frase con una mueca de asco–. Esto fue hace unos días.

Laplace soltó otra risotada.

–Y el barón me ofrece un puesto en la conjura.

La Corneille asintió, inseguro, cada vez más desconcertado por aquella hilaridad.

Laplace se puso serio, miró con desprecio al hombre sin nariz y dijo:

–No.

La Corneille contuvo la respiración.

–El barón...

–El barón es un iluso –lo interrumpió Laplace–. ¿No ha tenido bastante con el fracaso de enero?

–Dice que es el momento propicio. En Vandea los nuestros resisten con ahínco. Esperamos la ayuda de la flota inglesa...

El desprecio de Laplace se endureció. Cogió la escultura de huesos de pollo y empezó a darle vueltas en las manos.

–La Corneille, tú también estabas el 21 de enero, cuando fracasamos y el sueño del barón se reveló infundado. Tú también estabas cuando gritamos: «¡Viva el rey!» Dime: ¿qué hizo el necio pueblo de París?

La Corneille bajó la cabeza, abrumado por el peso del recuerdo, del intento fallido, de la huida vergonzosa.

–Nos trató como si fuéramos un hatajo de borrachos. Mataron a Gardère y a Vignerón. Los días siguientes, en el trabajo, estuve temiendo que me reconocieran, que los guardias vinieran a prenderme. Una persona sin nariz no pasa inadvertida. Pero nada ocurrió. Luego vinisteis vos a decirme que os encerraríais aquí. –El monstruo levantó la vista. Laplace vio en aquel rostro algo distinto e interesante. Una hendidura, una grieta–. No salió como queríamos –prosiguió–. Yo estaba tan orgulloso de estar allí, a vuestras órdenes, un desgraciado como yo, el último de los últimos, un vigilante del

Palacio de la Igualdad liberando al rey de Francia con el barón de Grèche y el...

–Contesta a una pregunta, La Corneille. ¿Por qué hemos llegado a esto?

–¿A esto, señor? ¿Os referís a la revolución?

–Sí, explícame por qué.

–Por culpa de los sediciosos, de los hombres de negocios corruptos, de los especuladores, de los masones que han soliviantado al pueblo y de los traidores que han dejado desprotegido el trono.

Laplace dejó la escultura en la repisa.

–¡Absurdo! –exclamó–. Hemos llegado a esto porque las arcas del estado se han vaciado para financiar una guerra en ultramar y defender a los rebeldes americanos. Los mismos que nos han devuelto el favor inspirando a los súbditos franceses a hacer como ellos. Hemos llegado a esto porque la riqueza de Francia se ha dilapidado en banquetes, bailes, embajadas y putas. Hemos llegado a esto porque, en vez de gobernar el país, nuestro soberanos y nobles se han dedicado a comer y a joder. Hemos llegado a esto porque la voluntad ha dejado paso a la molicie.

El silencio se hizo denso, palpable. Parecía que La Corneille no acababa de recobrar el aliento o que temiera que se le oyese respirar. Estaba turbado y eso no mejoraba la expresión horrenda de su rostro mutilado.

Laplace se obligó a mirarlo, venciendo su repugnancia.

–Pese a eso –prosiguió–, también yo creí, como el barón, que salvar la sangre real era la única garantía de una sucesión futura, de un renacimiento después de la gran confusión. Hoy miro cara a cara a la verdad y no temo declararla. Luis debía morir. María Antonieta debe morir. Y también el delfín. Todos. Su sangre debe derramarse, y con ella, la de miles de personas más, porque solamente un baño de sangre puede hacer que Francia resurja de sus cenizas. No hay vuelta atrás, hay que seguir adelante. –Asintió a sus propios pensamientos–. ¿La Vandea? Pueblos incendiados, poblaciones masacradas... Tabla rasa. Es lo que hace falta. Los hombres del destino son los Robespierre, los Marat, los Danton. Éstos no quieren salvarse, no huyen, están dispuestos a matar y a sacrificarse por aquello en lo que creen. De hecho, morirán todos. Se despedazarán sin piedad, después de haber erigido una pirámide de cabezas en honor de su República. Es lo que debe ocurrir.

Laplace, circundado por la luz que entraba por la ventana a sus espaldas, se irguió imponente ante La Corneille.

–Mi espada sigue sirviendo a la misma causa, pero ahora mi mirada ve más allá. Para las personas como Grèche, ya no existo. Vuelve con él y dile que no me has encontrado, que nadie sabe dónde estoy. Dile que me ha devorado el Minotauro. Saldré del laberinto cuando llegue el momento y entonces sí que será nuestra hora.

La Corneille volvió a respirar, dudó, fue a levantarse pero se hincó de rodillas.

–Mi señor, cuando llegue el momento, no os olvidéis de mí. Permitid que me ponga a vuestro servicio otra vez. Para lo que sea...

Laplace vio cómo le cogía la mano y se la llevaba a los labios. Notó el roce de aquellas narices cavernosas. Contrajo los músculos, como si aquello fuera una prueba de fuerza, pero no retiró la mano. Miró a aquel ser deforme que tenía a los pies y se nutrió de su devoción.

–Cuando vaya a buscarte, tendrás que estar preparado para dejarlo todo. Para dar la vida.

La Corneille se golpeó el pecho.

–Todo, con tal de ver un alba nueva en Francia.

Extracto de  
ENSAYO SOBRE LA TEORÍA DE LOS VOLCANES  
DE AUVERNIA

de François-Dominique de Reynaud,  
conde de Montlosier (1802)

La historia natural de Auvernia no es otra que la historia de sus volcanes.

Ninguna otra región del mundo ha sido tan sacudida por la acción de sus fuegos subterráneos; ninguna otra región del mundo ha conservado vestigios más sorprendentes.

Es muy curioso que tales catástrofes terribles, que la naturaleza ha grabado en todas partes con caracteres cuya huella nos parece a veces muy reciente, no hayan dejado rastro alguno ni en los monumentos de los hombres, ni en sus tradiciones, ni en las fábulas.

Sabemos, por algunos ensayos históricos, que los galos tenían tradiciones escritas muy antiguas; ¿cómo es posible que los escritores que las han estudiado con tanta atención, para extraer historias sin interés ni verosimilitud, no nos hayan enseñado alguna relacionada con las antiguas combustiones de nuestra tierra? Nos faltan fuentes drúidicas, porque los druidas no escribían nada, y además estos ministros de una religión tosca y feroz estaban mucho más ocupados en engañar al pueblo ignorante que en instruirlo sobre las grandes revoluciones de la naturaleza.

César viene a Auvernia, atraviesa nuestros cráteres, acampa en nuestras lavas, utiliza una gran cantidad de materia volcánica para sus trabajos, sus máquinas y sus edificios, pero no parece que todos estos restos carbonizados le causen una gran impresión.

Otros escritores posteriores, como Gregorio de Tours y Sidonio Apollinaire, nos dejaron algunos apuntes sobre Auvernia. Pero ya podríamos leernos todos sus escritos que no encontraríamos nada que arrojara luz sobre nuestros volcanes. Sidonio, por ejemplo, nos describe con mucho énfasis las bellezas de su elegante villa de Avitac, sin sospechar que esa Avitac (actual Aydat) era un lugar lleno de restos volcánicos, y que el lago y las islas deben su formación a corrientes de lava.

Después de este silencio y de esta ceguera general, no sorprende que los

auverneses, pueblo sencillo y laborioso, hayan morado tanto tiempo en su tierra sin sospechar las antiguas hecatombes que ha vivido. En todos estos cráteres y torrentes de lava, en medio de estos espantosos vestigios de las antiguas convulsiones de la naturaleza, el pueblo no ve más que campos, casas, rebaños; los romanos no ven más que campamentos y máquinas de guerra; Sidonio no ve más que fuentes, naumaquias y cuanto puede formar parte de una residencia soberbia, e incluso en nuestros tiempos, nuestro famoso Pascal no acierta a ver más que la presión del aire y su barómetro. Aunque ¡qué importa que los hombres estén mudos, cuando la naturaleza habla, y sobre todo cuando habla con tanta energía!

## ESCENA QUINTA

La Endemoniada

*Verano de 1793*

### 1

Después de dos días a caballo entre San Martín y Manorba, y ya viendo la meta, D'Amblanc tuvo la sensación de que habían girado en círculo y volvían al punto de partida. Echó la culpa al láudano y a los dolores, pero pronto vio que los dos lugares eran muy parecidos.

Era la misma arquitectura de casas adosadas a una empinada ladera. Era el mismo campanario sobre los tejados de pizarra. Eran los mismos campos ásperos y difíciles a orillas del río. Era el mismo perfil de montes, de antiguos volcanes que hubiera dejado caer la mano de un gigante. En lo alto, como en San Martín, se veían las ruinas ennegrecidas de una casa aristocrática, con la diferencia de que de ésta aún se elevaban los humos del incendio.

Los cascos de los caballos se hundían en el polvo: no llovía desde hacía semanas. El Mercado, sin cabalgadura, iba montado con Feyfeux en el jamelgo rucio, que parecía desaparecer bajo el peso de la carga humana.

D'Amblanc apostó consigo mismo a que en el pueblo sabían que llegaban. Las voces corrían deprisa y la noticia de sus pesquisas debía de haber llegado hasta allí. Quizá los asaltantes del día anterior tenían parientes en aquel pueblo, o incluso eran vecinos de él.

En cualquier caso, no había comité de recibimiento. En la plaza, a la sombra de un olmo, sólo había niños de tez pajiza, descalzos y andrajosos, que miraban a los escoltas en silencio. El mayor –tendría unos siete u ocho años– llevaba de la mano a una niña de pelo largo, flaca, de ojos redondos y vacíos. Feyfeux devolvía las miradas con una expresión no menos vacía. Poulidor intentó saludar en lengua occitana. El Mercado murmuraba algo, quizá conjuros. Thuillant observaba la escena sin fiarse. El sargento Radoub se acercó a D'Amblanc y le dijo que se fijara en las ventanas de las casas.

Detrás de rejas y postigos se movían sombras de centinelas. En los tejados, inmóviles, tres hombres armados vigilaban.

El sol del mediodía radiaba con fuerza. Hacía calor. Cansado de esperar, D'Amblanc se dirigió a la iglesia. El portón de madera parecía pesar sobre los goznes de bronce desde tiempo inmemorial, pero el edificio no debía de ser muy antiguo. Lo que causaba aquella impresión de vetustez era el color de la madera, negruzco y como ahumado.

Un hombre, quizá el sacristán, asomó la cabeza por entre los batientes.

—¿Quién es?

Desde lo alto de su cabalgadura, D'Amblanc esbozó una sonrisa.

—Me llamo Orphée d'Amblanc. Quisiera hablar con el párroco.

—El párroco no está.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

El hombre se encogió de hombros y no contestó.

Una voz le hizo a D'Amblanc volverse.

—No habléis con Pascal, ciudadano. Es un poco... ¿cómo se dice?, corto de alcances.

Un joven, vestido de cazador, caminaba cojeando hacia ellos. Llevaba una escopeta en bandolera y dos pistolas en el cinto.

D'Amblanc desmontó y presentó sus credenciales, suponiendo que aquello era el comité de bienvenida y que el hombre era el alcalde del pueblo.

—El alcalde se ha ido —fue la respuesta— con la mitad de los concejales. — Con el brazo derecho señaló la villa en lo alto—. ¿Veis la mansión? Era suya. Y antes de que la quemaran encontramos un montón de cartas escritas por otros brissotianos como él y hasta por emigrados, por nobles forasteros. Planeaban reunir un ejército y tomar Occitania, desde Lyon a Burdeos.

El hombre siguió contando que el pueblo estaba en estado de alarma porque temían el regreso de las tropas del alcalde, y como no había bastantes hombres para organizar la defensa, se encerraban en casa a la primera señal de peligro, preparados para abrir fuego.

Sólo cuando acabó la explicación, le dio la mano el cazador, dijo que se llamaba Vidal y que era el jefe de los partidarios de los montañeses en el ayuntamiento.

D'Amblanc quedó sorprendido por aquella explicación, pero luego pensó que el hecho de llevar escolta, hablar con acento parisino y presentar papeles con timbre del comité de seguridad lo convertía en alguien mucho más

importante que un simple enviado. Por una sinécdoque que las circunstancias imponían, hablar con él era como hablar con la República, única e indivisible, a la que había que poner al corriente de desmanes y batallas.

Vidal invitó a D'Amblanc y a los hombres de la escolta a sentarse bajo techo y tomar pan, queso y vino. D'Amblanc aceptó la invitación y el grupo echó a andar.

—Si queréis ver al cura, es mejor que no preguntéis a Pascal —dijo Vidal señalando al sacristán, que estaba asomado a la puerta de la iglesia—. Ése cree que aún sirve al abad Ledoux, que es refractario, pero ahora tenemos al padre Clément.

D'Amblanc contestó que quería verlos a los dos, a su debido tiempo: tanto al sacerdote papista como al sustituto republicano.

Había sido este último, el padre Clément, quien había enviado a las autoridades departamentales el informe sobre el caso de posesión demoníaca que interesaba a Chauvelin.

Los vecinos habían elegido a un nuevo párroco, pero seguían recurriendo a la autoridad moral del viejo sacerdote para salvar a una hija de las garras de Satanás. D'Amblanc no se escandalizaba. Sabía que el demonio es un monarca mucho más difícil de derrocar que un Capeto. Y en esto seguro que hasta el papa estaba de acuerdo.

Con todo, Clément había cumplido con su deber y había denunciado los exorcismos de Ledoux, porque un cura refractario no puede celebrar ni misa ni otros rituales y debe comportarse como un ciudadano cualquiera.

Después de reflexionar y de llenar el estómago, D'Amblanc decidió que de momento era mejor no carear a los dos adversarios y sus versiones de la historia. Antes prefería oír directamente a la víctima del Maligno y pidió a Vidal que lo condujera a casa de la Endemoniada.

Era una joven pálida, de cabello pajizo, de cara graciosa. Compareció ante D'Amblanc con la mirada baja y las manos en el regazo. Cuando por fin alzó los ojos, resultaron ser de un azul intenso. Contestó a las preguntas sólo cuando se lo pedían los padres, mezclando un francés elemental con la lengua auvernesa. La madre, mujer enjuta y severa, le tenía echado el brazo por el

hombro, en un ademán protector que a D'Amblanc le parecía más bien amenazante. El padre no dijo nada. Sentado con ellos estaba también el hermano, Gilles, un muchacho robusto, de aire despierto, que habló de los paseos nocturnos de la hermana y de los vanos intentos que hacían por despertarla: la muchacha seguía caminando y diciendo cosas sin sentido, y a la mañana siguiente no recordaba nada.

D'Amblanc preguntó cuándo habían empezado aquellos episodios. Hacía más de un año, le contestaron. ¿Había dado antes la muchacha señales que hicieran sospechar algún tipo de trastorno? Hubo un silencio y una mirada fugaz entre los familiares.

Contestó la madre, en la intrincada lengua del lugar.

De niña, Noèle había sufrido pérdidas de memoria, pero luego no volvió a tener problemas. D'Amblanc preguntó si también la exorcizaron entonces. Por toda respuesta, la mujer se encogió de hombros y dijo que no, que entonces aún estaba el caballero de Yvers, un señor de la zona que trató a Noèle un tiempo antes de irse a París con motivo de la convocatoria de los estados generales. Cuando estaba con el caballero, Noèle recordaba todo lo que había olvidado e incluso tenía mejor memoria.

¿Qué tipo de tratamiento era?, preguntó D'Amblanc. La mujer se encogió otra vez de hombros. D'Amblanc se dirigió directamente a la muchacha y le preguntó si recordaba en qué consistían las curas del caballero.

Noèle levantó la cara y contestó:

–Hablar.

D'Amblanc decidió seguir adelante, de momento, y le pidió a Gilles que continuara con su relato.

El muchacho habló, interrumpido a menudo por la madre, que añadía detalles o terminaba las frases. Al final, fue ella misma la que prosiguió el relato y contó que un día la joven salió de casa y caminó dos leguas antes de que el padre la encontrara, hallándola en un estado parecido a la embriaguez. Otro día se subió al tejado de la casa y estuvo caminando por la cornisa sin perder el equilibrio. Tanta pendiente tenía el tejado, que el bueno de Gilles se las vio y deseó para subir y salvarla. Aquellos comportamientos extraños dieron pie a habladurías sobre que Noèle estaba poseída por el diablo o por un fantasma, porque nadie se explicaba cómo era posible que una muchacha tan menuda, enclenque y apocada realizase aquellas acciones con tanta facilidad.

D'Amblanc los interrogó sobre el exorcismo al que la muchacha había sido sometida. No les dijo que recurrir a un sacerdote destituido por el gobierno republicano había sido un grave error. Un delito, para ser más exactos. Podían acusarlos de cargos graves, pero su cometido no consistía en incriminarlos ni castigarlos. No le interesaba castigar a aquella gente por su ignorancia.

Cuando los despidió, el muchacho, Gilles, se quedó rezagado. Dejó que su familia saliera y volvió con D'Amblanc.

–Señor, hay una cosa que no le he dicho. El verano pasado, un día que mi hermana salió de casa, la encontramos con un pañuelo en la mano que no era suyo.

El joven hizo una pausa, apurado. D'Amblanc lo animó a seguir.

–El pañuelo –continuó el muchacho– estaba manchado de sangre.

–¿Quieres decir que Noèle se encontró con alguien estando fuera de sí?

El hermano asintió.

–Noèle estaba prometida. Fue el novio el que la encontró y..., al ver el pañuelo, pensó que alguien se había aprovechado de ella estando dormida. Prometió que no se lo diría a nadie, pero rompió el compromiso y va a casarse con otra.

El joven suspiró. Se había liberado de la carga.

D'Amblanc le dio las gracias por haber colmado las lagunas de la madre.

Cuando se quedó solo, anotó una única palabra en el cuaderno, a modo de glosa: «Sonambulismo.»

El caso era decididamente interesante.

Jourdain Ledoux, el cura refractario, era un hombre delgado, grave, con un narizón aguileño y un poco de pelo a ambos lados de la cabeza. Había tenido que colgar el hábito y quitarse el crucifijo del cuello, pero en todo lo demás seguía siendo un cura, desde la postura hasta el tono de voz.

Con la entrada en vigor de la constitución civil del clero, por la que los hombres de iglesia pasaban a ser funcionarios del estado, los roces entre Ledoux y Clément empezaron a echar chispas. A D'Amblanc le costaba poco entenderlo: Ledoux había dictado durante dos décadas la vida espiritual de la comunidad. Sus paisanos habían elegido a Clément, aunque no sin lo que la Biblia habría llamado «murmuraciones en el desierto». Esto explicaba el celo que Clément ponía en denunciar ante las autoridades departamentales la

actividad clandestina del viejo cura. D'Amblanc recordaba que, en septiembre de 1792, muchos sacerdotes refractarios habían sido ejecutados por voluntad popular, pero aun así seguía habiendo zonas de Francia en las que el clero papista resistía, defendido por una población que había tomado las armas. En Lozère, departamento fronterizo de Auvernia, miles de hombres se habían enrolado en el ejército cristiano del Mediodía y habían llegado a conquistar la capital de la provincia.

D'Amblanc condenaba firmemente ciertos excesos: respetaba la devoción y la fe sincera de las personas religiosas, pero despreciaba el poder secular de la Iglesia. No podía aceptar la idea de una divinidad que compartía con el rey el sentimiento de dominación y creaba al hombre para oprimirlo con su omnipotencia. Y, lo que era peor, para oprimirlo a través de un cura.

Ledoux se sentó frente a D'Amblanc y esperó. No había desafío en sus ojos, sino más bien una luz determinada, serena, que contradecía la severidad de toda su figura.

—Vos habéis practicado un exorcismo a Noèle Chalaphy —espetó D'Amblanc.

Ledoux no se inmutó.

—¿De eso se me acusa?

—No me compete a mí acusaros de nada, ciudadano. Mi investigación es de índole cognoscitiva. ¿Así que vos creéis que la muchacha está poseída por el demonio...?

—Por una forma particular de alejamiento de Dios. Eso es el demonio.

El francés culto de Ledoux era muy poco frecuente entre los curas de provincias.

—¿No se os ha pasado por la cabeza que pueda tratarse de una dolencia física o mental? Los episodios protagonizados por la muchacha hacen pensar en el sonambulismo.

El viejo cura no pestañeó.

—Llamadlo como preferáis. No por eso la ayuda de Nuestro Señor es menos necesaria.

—Sois vos quien la hace necesaria. Pero secundar creencias populares no es lo mismo que diagnosticar una enfermedad.

Ledoux esbozó una media sonrisa que bastó para deformarle la cara y asemejarlo a una vieja ave rapaz.

—No me consta que exista una cura para lo que vos llamáis sonambulismo.

En cambio, sí existe una cura para los males del alma, que ayuda a soportar la carga de una condena terrenal. El exorcismo opera con este fin. Por el bien.

D'Amblanc guardó silencio. Se daba cuenta de que tenía delante a un hombre mucho más conocedor de la vida y del mundo de lo que podía esperarse en un lugar como aquél.

Ledoux siguió hablando.

—La humanidad no está hecha de estudiosos como vos o como yo, sino de ignorantes, de gentes sencillas como éstas. Es el rebaño del que debo cuidar.

D'Amblanc estuvo a punto de corregir: «debíais», pero no lo hizo y dijo:

—Por eso hay que dar una instrucción a esta gente. La República lo hará. Vuestros exorcismos no hacen sino confirmar la histeria colectiva y transformar en farsa un caso interesante.

El viejo cura alzó la cara, ya sin sonreír.

—¿Qué halláis de interesante en esta desgracia?

—Es sabido que el sonambulismo inducido potencia las facultades intelectivas —contestó D'Amblanc—. En ese estado, hombres y mujeres tienen percepciones más profundas. Pero aún no había visto un caso en el que se desarrollara también la fuerza y la habilidad física, como parece ser el de Noèle. Por otro lado, como nada de esto se ha verificado jamás en un sonambulismo natural, me pregunto si no habrán mesmerizado a la muchacha.

—¡Mesmerizado! —exclamó el cura—. ¿Y a eso llamáis vos «diagnosticar una patología»? Mesmer era un demonio fornicador y lujurioso cuyas curas nunca sanaron a nadie. Hubo un tiempo, antes de que el mundo se trastornara, en que un noble de por aquí, Dios lo perdone, se dejó conquistar por esa nefasta moda. Estaba convencido de que podía curar a las personas. Conozco bien a la familia de Noèle y sé que a la muchacha no la han sometido a esos tratamientos absurdos.

D'Amblanc lo miró con frialdad.

—Pero su madre me ha dicho que el caballero de Yvers la sometió a no se sabe bien qué «curas» cuando era niña. Al parecer sufría amnesia. Un trastorno muy parecido al que se ha producido hace poco. ¿No guardáis memoria de ello? Por entonces ya erais el párroco del pueblo, supongo.

Esto pilló por sorpresa a Ledoux.

—¡Dios mío! Lo hicieron sin que yo lo supiera.

D'Amblanc suspiró.

–Esta vez las consecuencias podrían ser más graves. Tengo razones para creer que alguien se acercó a la muchacha mientras estaba sonámbula. ¿La habéis examinado?

–¿Qué queréis decir?

–Si habéis examinado a la muchacha para ver si está intacta.

Ledoux abrió los ojos desorbitadamente.

–¡No, por Dios, claro que no!

–Preguntad a la madre. Seguro que sabe algo.

–¿Por qué lo creéis?

–Las madres siempre saben esas cosas –contestó D’Amblanc–. Y por la actitud de la ciudadana Chalaphy apostarí a que la muchacha ya no es doncella.

La preocupación del viejo cura era sincera.

–¡Santo cielo! ¿Y quién podría...?

–Cualquiera que estuviera a solas con ella y a salvo de ojos ajenos –concluyó D’Amblanc–. Incluso vos.

Ledoux reaccionó al golpe bajo irguiéndose.

–Esa acusación es despreciable.

–Ya os he dicho, ciudadano, que no soy un acusador –rebató D’Amblanc–. No me interesa saber quién ha desflorado a la muchacha, quiero descubrir si el que lo ha hecho indujo el estado de sonambulismo para aprovecharse de ella. Puedo deciros que, según mi experiencia, no lo creo posible. Pero me han mandado aquí a investigar y es lo que pienso hacer.

–¿Me decís que podrían haberse aprovechado de la muchacha estando sonámbula y negáis la intervención del demonio? Virgen María, ayúdanos...

La sospecha sumió al cura en la incertidumbre, como si de pronto se le cayera un velo de los ojos.

–No os extrañe que, debiendo descubrir una verdad terrena, acabemos encontrando un punto de convergencia –dijo D’Amblanc.

En el silencio que siguió, Ledoux observó al hombre que tenía enfrente. Era evidente que tampoco él había esperado vérselas con una persona como D’Amblanc.

–Hablad con la madre –sugirió el doctor–. Tengo el presentimiento de que a vos os lo dirá.

El viejo cura se tomó un tiempo antes de contestar:

–Lo haré por el bien de Noèle.

–Muy bien –concluyó D’Amblanc–. Y si podéis, pedidle también un pañuelo que la muchacha ha conservado. Los Chalaphy saben a cuál me refiero, pero dudo que a mí me lo entreguen.

### 3

El padre Clément estaba preparando la iglesia para la boda que se celebraría al día siguiente, la boda del ex novio de Noèle con la posadera de Manorba.

Quiso informarse sobre el interrogatorio de Ledoux y escuchó el breve relato moviendo la cabeza de cuando en cuando.

Al acabar, D’Amblanc le preguntó dónde encontraron a la muchacha cuando salió de casa. El cura contestó que en un lago que había a poco más de una milla del pueblo. El doctor le deseó un buen día y se dirigió allí, sin escolta. Después de días de convivencia forzada, sentía la necesidad de estar a solas consigo mismo.

Entrevió el agua ya desde el sendero que bajaba a la cuenca natural. El lago ocupaba el seno de un cráter y lo rodeaba un hayedo. El cielo límpido se reflejaba en la superficie oscura, donde parecía opaco y amenazante. D’Amblanc siguió el sendero que bordeaba el lago, entre árboles y zarzas. A trechos tenía que saltar las ramas que cortaban el paso, y con los movimientos bruscos temía que se recrudecieran los dolores que la droga le había calmado. Se detuvo a probar las cerezas tardías y se manchó la chaqueta de su rojo jugo. El día se anunciaba caluroso y el sol, que subía rápido, pegaba fuerte en su cabeza descubierta. Lamentó no haberse llevado el sombrero. Se acercó al agua con la idea de refrescarse y limpiarse las manchas de cereza, pero fue en vano. La poca agua que podía echarse con las manos no bastaba para quitarse ni las manchas rojas ni el calor. Miró a los lados y decidió aprovechar que estaba solo. Se quitó la ropa y se acarició las cicatrices que le surcaban el pecho y el abdomen, como para mantenerlas calmadas. Se metió en el agua hasta la cintura y dio unas brazadas con cuidado. Una punzada de dolor en la espalda le impidió sumergir la cabeza, pero el baño lo refrescó. De pronto oyó voces. Venían del otro lado de una pequeña ensenada y eran de personas jóvenes, muchachas o niños.

D’Amblanc se dirigió hacia allí a nado y se asomó por entre las plantas que

rozaban el agua. Era un grupo de muchachas bañándose. Iban en ropa interior, que dejaba ver sus cuerpos jóvenes. Nalgas, pezones, la mancha oscura de las ingles. Bromeaban sin saber que las observaban.

La escena –las montañas, el lago, el cielo terso, las jóvenes– habría inspirado a cualquiera una reflexión sobre la belleza de la creación, pero a la mente de D’Amblanc acudió una intuición.

Volvió a donde había dejado la ropa, se vistió y regresó al pueblo. La mañana tocaba a su fin y las callejuelas de Manorba estaban desiertas. Los que no estaban trabajando preparaban la comida, protegidos del calor entre las paredes domésticas. Era curioso que un lugar peligroso, que seguramente escondía a más de un enemigo de la revolución, de la patria y de la razón, pareciera tan idílico.

La casa de Ledoux estaba al final del pueblo. D’Amblanc llamó dos veces, y cuando la puerta se abrió y apareció el rostro marcado del viejo, pidió permiso para entrar.

Ledoux le confirmó lo que sospechaba.

–Teníais razón. Noèle Chalaphy fue desflorada. Pero no lo recuerda. No sabe quién fue.

–El acto ocurrió mientras estaba sonámbula –concluyó D’Amblanc.

A continuación Ledoux le entregó el pañuelo.

–¿Creéis que pertenece al agresor? –preguntó.

–Es muy probable.

Observó el pedazo de tela. Era blanco y tenía un ribete bordado. En medio se veían unas manchas marrón oscuro, como de sangre seca. D’Amblanc las olió. Y a continuación le hizo al cura la pregunta que quería hacerle.

Ledoux la escuchó y puso cara de profunda contrariedad.

–No puedo decíroslo. El secreto confesional es sagrado.

D’Amblanc sabía que tendría que vencer la resistencia del viejo y estaba seguro de que aquel cura católico, aunque destituido de sus poderes seculares, podía faltar a su deber en nombre de un interés superior.

–Si de verdad os preocupa Noèle, debéis decírmelo. Puedo descubrir al responsable.

–A vos no os importa la muchacha –replicó Ledoux–. Lo habéis dicho: no habéis venido a acusar. Vos queréis averiguar si el violador la sonambulizó para aprovecharse de ella. No queréis hacer justicia, sino confirmar una hipótesis.

D'Amblanc asintió.

–Eso no importa y vos lo sabéis. Si descubro al culpable, lo denunciaré a las autoridades.

–¿Y qué ocurrirá con Noèle? –lo apremió Ledoux–. Cuando se haga pública la violación que sufrió, estará perdida, no encontrará marido.

–El marido ya lo ha perdido. Se casa mañana con otra.

El viejo se dejó caer abatido en la silla y murmuró:

–Con una mujer vulgar, carente de virtud. Pero en este mundo no triunfan los corderos y sólo de Dios será el juicio.

Ya no parecía tan determinado.

–Existe la justicia de los hombres –insistió D'Amblanc–. Y el lobo que ha atacado una vez puede volver a hacerlo. Habéis dicho que queríais proteger vuestro rebaño.

–Por culpa de la República, ya no es mi rebaño –rebató el anciano en tono amargo.

–Aún lo es para vos. Es lo que habéis dicho –dijo D'Amblanc. Decidió que era el momento de repetir la pregunta–. Os lo digo de nuevo: ¿qué pecados confesaba Noèle? Porque estoy seguro de que seguía confesándose con vos. Y sabed que no os denunciaré por eso..., si me ayudáis a resolver el caso.

Las palabras quedaron suspendidas en la penumbra del cuarto más como una sentencia que como una petición.

Al final Ledoux se resolvió a contestar, pero lo hizo sin mirar a D'Amblanc a la cara.

–Se bañaba en el lago con algunas amigas. Cuando se secaba..., a veces se tocaba.

D'Amblanc vio confirmada su intuición y suspiró con alivio.

–Gracias.

Se levantó para marcharse pero la voz del anciano lo retuvo.

–¿Quién ha sido?

–Os lo diré mañana –contestó D'Amblanc, antes de salir.

D'Amblanc presenció la ceremonia nupcial sentado en el último banco.

Nunca había sido un gran asiduo de la iglesia, salvo de niño. Los rituales, los gestos, las caras contritas lo incomodaban.

Los esposos escucharon en reverente silencio las palabras del padre Clément, pero no fue en ellos en quienes D'Amblanc fijó su atención. Se limitó a advertir que la esposa parecía menos joven que el futuro esposo y tenía las facciones y el cuerpo toscos de las campesinas. Aparte de eso, se concentró en otros detalles.

Salió de la iglesia antes de que acabara la ceremonia, con un nudo en el estómago que no se debía precisamente a la cena de la noche anterior. En la puerta de la iglesia cruzó la mirada con el sargento Radoub. El suboficial lo seguía siempre que podía, preocupado como estaba por la integridad del representante del comité. D'Amblanc pasó de largo sin dirigirle la palabra. Sentía una rabia latente que amenazaba con ofuscarle la mente, que debía de mantener lúcida y fría.

Recorrió las pocas decenas de metros que separaban la iglesia de la casa de la familia Chalaphy, una de las pocas que aquel domingo no asistían a la boda.

Acudió a abrirle el padre de Noèle. Tenía una expresión sombría y seguramente no eran sólo el trabajo y el cansancio los que le hacían parecer más viejo de lo que era.

D'Amblanc pidió hablar con Noèle.

Le hicieron entrar. La familia conferenció, tras lo cual la madre se le plantó delante y le preguntó qué más querían de su hija.

—Una sencilla respuesta.

La mujer no supo qué replicar y acompañó a D'Amblanc a la trasera de la casa, donde estaba Noèle. La muchacha cosía sacos de harina, y cuando lo vio se quedó inmóvil, con la aguja en la mano.

D'Amblanc la saludó y le dijo que quería preguntarle una cosa. No sin dificultad, convenció a la madre, al padre y al hermano de que entraran en la casa, aunque la madre aún se quedó en la ventana, una solución de compromiso que a D'Amblanc le pareció aceptable.

Habló en voz baja, para asegurarse de que sólo lo oía Noèle.

—Necesito que seáis sincera conmigo. ¿Podéis prometérmelo?

La muchacha asintió sin mirarlo, pero añadió:

—No recuerdo nada.

—Lo que quiero preguntaros se refiere a hechos ocurridos cuando estabais

despierta. Quiero saber si cuando ibais a bañaros al lago os encontrasteis alguna vez con alguien.

Noèle se sonrojó y jugueteó nerviosa con la tela. Tardó en armarse de valor y contestar.

–No.

–¿Y nunca os pareció que alguien os espiaba?

–Sí, una vez.

–¿Y por casualidad estaba ese alguien escondido entre los arbustos de detrás de la pequeña ensenada del lago, cerca del punto donde os bañáis?

Noèle abrió los ojos desorbitadamente, como si acabara de oír a un adivino.

–Sí, y era un hombre. Mis amigas y yo corrimos a escondernos entre los árboles. No preguntéis nombres, os lo ruego.

–No lo haré –la tranquilizó D’Amblanc–. Desde aquel día, ¿habéis vuelto?

La muchacha movió la cabeza, pero enseguida dijo, ruborizándose de nuevo:

–No conscientemente...

–Sí, sé que os encontraron allí dormida. ¿Estáis segura de que no recordáis nada más?

Vio que los ojos se le humedecían y respiraba con ahogo. Una lágrima silenciosa le resbaló por la mejilla, pronto seguida de otras.

Noèle articuló un «No» con los labios sin emitir sonido alguno.

La cólera quiso estallar, pero D’Amblanc la reprimió y notó de nuevo un nudo en el estómago. No pudo mirar a la muchacha hasta que la oyó decir:

–Ese lago está maldito. Allí está el diablo.

–¿Es lo que os dice el padre Ledoux?

–No, el padre Clément. Lo dice siempre, los domingos.

Vino la madre y eso sacó del apuro a D’Amblanc, que se despidió deprisa. En cuanto salió a la calle lo alcanzó el hermano de Noèle.

–¡Ciudadano! Esperad. ¿Sabéis ya quién es el cochino sinvergüenza?

D’Amblanc podía ver el odio en la cara del muchacho.

–Si creéis que voy a decíroslo ahora, os equivocáis.

El joven pareció frustrado.

–Antes o después lo descubriremos –dijo, y fulminó con la mirada al fantasma que le agitaba la mente.

D’Amblanc aguardó a que entrara en casa y entonces se preparó para una

espera más larga, como un cazador al acecho ante la cueva del oso.

5

El banquete de bodas duró toda la tarde. Cuando el padre Clément volvió a la casa parroquial anocheceía y se encontró a D'Amblanc esperándolo en la puerta. Lo invitó a entrar a la sala de estar y le ofreció un vaso de vino, que D'Amblanc aceptó.

Cuando estuvieron sentados frente a frente, Clément se dispuso a escuchar lo que su invitado tuviera que contarle sobre la investigación.

–¿Habéis reunido elementos suficientes para incriminar a Ledoux?

–Por desgracia, el exorcismo practicado por Ledoux ocurrió a la sombra de un delito mucho más grave. Alguien aprovechó el estado sonambúlico de Noèle Chalaphy para abusar de ella.

El cura pareció estupefacto.

–¡Dios mío!

–Dios nada tiene que ver. Es harina del costal humano.

El cura se persignó. D'Amblanc sacó el pañuelo que encontraran en las manos de Noèle y lo extendió sobre la mesa.

–La muchacha consiguió arrancarle esto a su agresor.

Clément se inclinó a observarlo.

–¿Son manchas de sangre?

–No. De jugo de cereza.

Clément frunció la frente, pero antes de que pudiera hablar, D'Amblanc le hizo señas de que le dejara continuar.

–El sendero que bordea el lago pasa junto a unos cerezos cuyos frutos son dulces y perfumados, y es difícil resistir la tentación de probarlos. Yo mismo he caído en ella. Las cerezas dejan manchas duraderas. –Mostró las que llevaba en la chaqueta–. El lago era la meta secreta de algunas muchachas del pueblo, que iban allí a bañarse, y una de ellas era Noèle Chalaphy. El verano pasado alguien debió de quedarse mucho rato en la orilla atracándose de cerezas y espiando a las jóvenes. –D'Amblanc señaló el pañuelo–. Luego usó esto para limpiarse. La noche que Noèle fue sola al lago estando sonámbula, ese alguien la siguió y aprovechó que estaba sola y en estado de inconsciencia para abusar de ella.

Clément volvió a persignarse.

–Pero ¿quién puede...?

–Alguien que la vio dirigirse al lago. Teniendo en cuenta que a esa hora los leñadores hace tiempo que se han recogido y que la casa de los Chalaphy se encuentra en las afueras, sólo hay un edificio delante del cual Noèle pasó aquella noche.

Clément se puso rígido y observó con ojos aguzados el rostro de D’Amblanc, quien prosiguió:

–La iglesia y, obviamente, la casa parroquial.

–¿Adónde queréis llegar?

D’Amblanc esbozó una sonrisa triste.

–Este pañuelo es vuestro, Clément. He tenido la prueba esta mañana en la iglesia. La fina cenefa del pañuelo es la misma que la de vuestros paramentos. Es un ornamento litúrgico.

Clément respiraba con sofoco y no sabía dónde posar la vista. Al final miró el pañuelo, el objeto de su condena.

–Vos conocíais la afección de Noèle –continuó D’Amblanc–. La seguisteis hasta que estuvo lo bastante lejos del pueblo y entonces la atacasteis.

Clément se cubrió la cara con las manos.

–¿Desde cuándo, Clément? –lo acució D’Amblanc–. ¿Desde cuándo ibais a espiar a las criaturas del diablo? ¿No es así como las llamáis en la misa del domingo?

–Es lo que son. –La voz del cura salió como un gruñido, o un rebuzno, entre los dedos–. Desde los tiempos de Eva, las mujeres son la tentación del diablo.

D’Amblanc suspiró.

–Y aquella noche de hace un año, vos cedisteis a la tentación. Seguro que os pareció mentira cuando visteis a Noèle dirigirse sola al lago. ¿O hay algo más? –El tono de D’Amblanc se volvió más inquisitivo–. ¿Cómo podíais estar seguro de que la muchacha no se despertaría ni recordaría nada? ¿Qué sabéis del sonambulismo? ¿Habéis practicado alguna vez una magnetización?

Clément alzó la cara desencajada.

–¡No sé nada de eso, lo juro! Fue el diablo... El diablo me tentó, me dijo que estaba oscuro, que la muchacha no me reconocería... La vi desnudarse y perdí la cabeza...

–¿La habíais tocado antes de aquella noche?

—¡Jamás! Era ella la que se tocaba. Se secaba las piernas, el vientre, los pechos, el pelo. Era lasciva como todas las demás, no, más que las demás.

D'Amblanc oyó aquellas palabras y tuvo una idea fulminante. ¿Y si..., y si aquellos baños y aquellas fricciones alteraban los flujos corporales y al mismo tiempo liberaban fuerzas recónditas, provocando la patología? D'Amblanc tuvo la visión del lago volcánico encajado entre montes. Los volcanes están en contacto con la tierra y los imanes se vuelven locos cuando se acercan a ellos. ¿Qué son sino gigantescas cuencas magnéticas? Bien podía ser que la muchacha, amante del agua, se hubiera provocado a sí misma el sonambulismo involuntariamente... Interrumpió el flujo de sus pensamientos y recordó las palabras de Ledoux: «No queréis que se haga justicia, sino confirmar una hipótesis.»

Miró a Clément, que, abandonado sobre la mesa, parecía un cetáceo varado en la playa. Era el culpable, pero no *su* culpable. Una vez había oído decir al joven Louis de Saint-Just: «Quien viola a una mujer debe ser castigado con la muerte.»

—Se os juzgará.

Con gran esfuerzo, Clément se incorporó.

—¡El padre y el hermano me matarán antes!

D'Amblanc no hizo caso del tono desesperado del sacerdote.

—Me ocuparé de que os vigilen y os trasladen a Aurillac para el juicio.

—No llegaré nunca. Me abrirán en canal como a un cerdo.

El deseo de D'Amblanc era estudiar mejor el caso, esperar al siguiente ataque de sonambulismo de Noèle y observarla. Pero ¿puede un buen revolucionario dejar un delito sin castigo?

—Yo mismo os escoltaré a Aurillac. Partiremos mañana. Llevad lo estrictamente necesario. Esta noche los hombres de mi escolta custodiarán por turnos vuestra casa.

## 6

El destino quiso que Orphée d'Amblanc y el padre Clément no fueran a Aurillac.

A la mañana siguiente, un pastor que fue a dar de beber a sus ovejas al lago encontró el cadáver del cura flotando en el agua. Se había ahogado. Cómo

había podido salir de casa en plena noche burlando la vigilancia de los guardias es cosa que no se supo. Los guardias juraron que no lo vieron. Tampoco se supo por qué el cura, en vez de escapar, fue al lago. Cuando la verdad del caso se hizo pública, hubo quien supuso que Clément, presa del remordimiento y la vergüenza, se quitó la vida. Para sus adentros, D'Amblanc formuló otra hipótesis: que los hombres de la familia Chalaphy entendieron lo que pasaba y se tomaron la justicia por su mano, quizá comprando la complicidad de Feyfeux y del Marcado. Aunque ¿y los otros, los parisinos? ¿Hicieron la vista gorda? Cuando vio a Radoub, leyó en su mirada algo que le hizo dudar. Algo que le recordó el comentario que había hecho el sargento al ver el expolio y la mutilación de los cadáveres de los bandidos hacía unos días: «Dejadlos, ciudadano. Creen que están en su derecho y así es.» Eso había dicho el bueno de Radoub, en el tono de quien observa las costumbres de un pueblo salvaje. «No sabemos qué odios cunden por estas tierras.» Era verdad, pensó D'Amblanc. Él mismo había sentido una rabia sorda al ver el mal, y no era más que un viajero de paso, que venía de la capital y a ella volvería; no tendría que convivir con las consecuencias de lo sucedido, como tendría que convivir aquella gente. Nada de esto dijo a Radoub. Tenía el presentimiento de que no hacía falta.

Más tarde, aquella misma mañana, el padre Ledoux fue a ver a D'Amblanc. Lo hizo para desearle buen viaje y el doctor no era tan ingenuo que no entendiera lo que aquel deseo significaba. El caso Chalaphy había concluido y el pueblo debía lamerse las heridas.

—Ahora el alma de Clément depende del juicio de Dios. El mal debe ser aplacado —dijo Ledoux—. Vuestra presencia no haría sino agravarlo.

—Yo he venido aquí a realizar una investigación científica. Debo pedir a la muchacha que haga un esfuerzo de memoria y me diga a qué tipo de terapia la sometía el caballero de Yvers.

El viejo cura lo miró con aire condescendiente.

—Era sólo una niña, ¿qué queréis que recuerde? Resignaos: a nadie aquí le importa vuestra investigación ni vuestra ciencia. Sobre todo si se interpone entre el crimen y la vuelta a la vida de siempre.

—Pero la vida de siempre se ha terminado y deberíais saberlo —replicó D'Amblanc—. Todo está cambiando.

Ledoux asintió.

–Eso parece. Pero vos solo no podéis imponer el ritmo del cambio. Los Chalaphy no permitirán que os acerquéis otra vez a Noèle. Vuestra indagación ya no tiene sentido, ciudadano D’Amblanc.

El sargento Radoub deseaba partir cuanto antes porque el lugar no le gustaba: la mitad del pueblo estaba con los brissotianos y la presencia de un delegado parisino con su escolta armada era como una botella de alcohol al lado del fuego. La atmósfera plúmbea que se cernía sobre el lugar también ponía nerviosos a los demás escoltas. Los dos auverneses eran los más impacientes.

D’Amblanc se resolvió y el grupo reanudó el viaje.

Extracto de  
«LE PÈRE DUCHESNE»  
publicado en París por Jacques Hébert  
(núm. 260, 17 de julio de 1793)

*La gran pena de Padre Duchesne  
por la muerte de Marat,*

asesinado a cuchillazos por una moza de Calvados, mandada por el obispo Fauchet.

Sus buenos consejos a los valientes revolucionarios para que estén en guardia, pues en París hay varios miles de cornudos de Vandea que se dejan untar las zarpas para degollar a los buenos ciudadanos.

Marat ha muerto, ¡joder! Los aristócratas están contentísimos, y los buenos ciudadanos, desesperados, van a llorar al lecho de su verdadero amigo. Yo no fui de los últimos que acudió, ¡qué puñetas!, y asistí al interrogatorio de la puta. Es suave como una gata con uñas de terciopelo, que arañan mejor, y estaba tan tranquila que parecía que hubiera cometido la mejor de las acciones. El comisario le pregunta cómo se llama. Contesta que Charlotte Corday, que es hija de un caballero, y confiesa tan campante que ha venido a París a matar a Marat, al que considera el enemigo de la patria, y que se alegra de habérselo cargado. Yo le daría a esta tigresa. ¿Qué te había hecho Marat? Mientes cuando dices que lo considerabas un enemigo del país, porque tú misma reconoces que era un buen ciudadano y una bella persona, a la que quisiste inspirar piedad para que te abriera las puertas de su casa. La registran, le encuentran los bolsillos llenos de pasta y de cheques falsos. Responde a todo muy segura de sí y va a la cárcel tan tranquila, como si fuera a un baile. Este golpe no será el último que nuestros enemigos hayan de descargar contra los patriotas. Los mismos sinvergüenzas que tantas veces han incitado al saqueo no tienen mejor modo de poner París patas arriba que asesinar uno a uno a los buenos ciudadanos. Por eso los exhorto a ponerse en guardia, a proteger a los verdaderos amigos del pueblo, que, por desgracia, no

son muchos. Daos cuenta, *sans culottes*, que si Marat y Robespierre no hubieran existido, no tendríais más libertad de la que cabe en mi puño.

Yo espero, ¡qué puñetas!, que nuestros hermanos de provincias, que se han dejado engañar, se desengañen y vean quiénes blanden los puñales. Ya son dos los diputados asesinados por los brissotianos, que siguen vivitos y coleando y no se han llevado ni un papirotazo [...]. Eríjase, pues, una tumba para el Amigo del Pueblo, que sus restos preciosos sean expuestos ante los ciudadanos; que en la misma plaza y enfrente de la tumba se eleve el patíbulo para Brissot, Fauchet y la normanda. Aunque la guillotina no basta para castigar a los traidores, se necesita un nuevo suplicio, más terrible y más infamante, e igual al crimen, si es posible, ¡qué puñetas!

## ESCENA SEXTA

### El Mártir

*17-20 de julio de 1793*

#### 1

Todo el mundo llora. Hombres, mujeres, niños y viejos. Lloro tanto que el Sena crece, y eso que hay sequía. Unos se emborrachan por la calle, otros se tiran de los pelos, otros sacan las escopetas y van por ahí que parece que quieren cazar a alguien. Pero esta vez no es porque vengan los austriacos, ni porque desembarquen los de la pérfida Albión, ni porque se alcen los beatos de Vandea, ni porque saquen pecho los traidores girondinos.

Esta vez es por una mujer.

La fulana, la guarra apestosa, la zorra normanda, la serpiente venenosa que reptó hasta el pecho del Gran Hombre.

Grabémonos bien su nombre por los siglos de los siglos.

Charlotte Corday.

La hembra.

No se puede uno fiar de una hembra. Lo sabemos desde Eva.

Se le metió en casa enredándolo, diciéndole que quería ver al Amigo del Pueblo y decirle que en Caen, en el culo del mundo de donde venía, los girondinos han tomado las armas y vienen acá. Y él, que estaba metido en la bañera, porque la sarna lo obligaba a escribir y a comer siempre en remojo, como las ranas, no la echó, porque siempre tenía abiertas las puertas a los ciudadanos patriotas. Y la muy zorra, hija de un cura y de una monja, sacó un cuchillo de cocina y se lo clavó en el pecho.

Así muere Marat. Mordido por una perra sucia, criada por curas pa morder cuando se lo pidan. Una poseía, que ve santos y vírgenes que le dicen que se cargue a éste o al otro. Parece que luego se quedó como alelá, como si se le hubiera ido el santo al cielo. Y la gente quería comerse a la asesina, no dejar ni un trozo, rosigarle hasta el último hueso y cagarla al día siguiente de buena

mañana, pero los guardias se la llevaron, porque quieren que confiese quién la mandaba, quién la convenció pa morir por matar a Marat. Entonces sí que le cortarán la cabeza y nosotros podremos mearnos en ella.

Ahora lloramos. Lloran hasta los potentaos, hasta la chusma de los barrios bajos, y los ladrones de los mercaos, porque a Marat lo quería todo el mundo, porque no robó nunca un sueldo, porque siempre habló y escribió pa los pobres, que parecía que escribía con bayoneta en vez de con pluma.

Todos queríamos ver el cuerpo, pero Robespierre dice que no, que es verano, que hace calor y que mejor que se celebre un buen entierro. Aunque tampoco nos pasemos con el entierro, dice, que aquí nos cuelgan por la lengua, hay que estar alerta, pensar en la patria. Pero por lo menos el entierro.

Así que esta noche todo París viene a dar el último adiós al Amigo del Pueblo, al tribuno de la plebe, al mártir martirizado. Callaos, con antorchas, con escarapelas, con fajas y cara de luto. No falta nadie. Y si alguien falta, peor pa él.

## 2

Todos los del cortejo fúnebre lloraban. La escena era para conmover al corazón más granítico. Léo participaba del sentimiento general, aunque no se sentía realmente triste, sino más bien extasiado por el espectáculo. Caminaba entre la gente, arrastrando los pies para no pisar a nadie, y admiraba la magnificencia de la escena. El maestro de ceremonias, el pintor David, que recibía el pésame de quienes desfilaban por delante, se había superado a sí mismo.

El cuerpo yacía en un ataúd lujoso, colocado, para que la multitud pudiera verlo, en un alto féretro que llevaban doce hombres –los mismos que los apóstoles–, rodeados de niños vestidos de blanco que parecían ángeles. Cada uno de estos niños llevaba una rama de ciprés, el árbol de los muertos. Detrás del féretro iban los diputados de la Convención, seguidos de los miembros del ayuntamiento, de los del club de los patriotas y, por último, del pueblo de París, de todo París, pues la multitud parecía interminable. Caras, ojos, narices, bocas, orejas, manos, hombros, escarapelas, bandas, voces, estandartes, flores, lágrimas, muchas lágrimas.

Era magnífico, pensó Léo. ¡Qué gran sentido de la escena y de lo patético!

Todos los hombres y mujeres allí presentes eran actores y espectadores al mismo tiempo. Aquél era el Nuevo Teatro de la revolución. ¿Cómo volver a representar una vieja obra dentro de una sala, cuando el teatro se había hecho historia bajo el cielo de Francia?

Pero si no se sentía triste, también era por otro motivo. Experimentaba una rabia latente. Aquel funeral era digno del hombre que Marat había sido. El maestro Carlo Goldoni merecía un funeral tan imponente como aquél y no había tenido nada. Apenas el homenaje de un grupo de actores que había sido la causa de todos los problemas de Léo. Era un escándalo que pesaría sobre los franceses por los siglos de los siglos.

El cortejo había salido de la casa de Marat, cerca del club de los cordeleros, y había recorrido la calle de Thionville hasta Puente Nuevo. El cañón disparaba ahora una salva cada cinco minutos. En honor del gran hombre, todos sabían dispararlo, pensó Léo.

Pasado el río, el cortejo fúnebre había tomado el Muelle de la Chatarra, había cruzado el Puente del Cambio y había vuelto atrás pasando por el Teatro Francés –acertada elección– hasta llegar al club de los cordeleros, mientras la multitud cantaba «La marsellesa».

También Léo cantaba, y abrazaba a gente de todo tipo, y sostenía a hombres desconsolados, y clamaba por la defensa de la patria mirando a los ojos a los *sans culottes*, como si fueran hermanos. Las más desconsoladas eran las mujeres. Llamaban a Marat, estiraban los brazos hacia el féretro como pidiendo a la muerte que se lo devolviera. Aquellos brazos alzados, aquellas voces, las lágrimas... Eran muchas y su llanto era el llanto desgarrado de las amantes, aunque seguramente ninguna de ellas había yacido con Marat. Léo estaba seguro de que aquello no formaba parte de la puesta en escena de David, era el Nuevo Teatro que se manifestaba en toda su plenitud. También era la máxima del maestro que se hacía realidad ante sus ojos. Por segunda vez aquella tarde, Léo volvió a pensar en Goldoni.

El recuerdo de la primera vez que lo vio, en Villa Albergati, era un borroso recuerdo infantil. Pero la segunda hacía sólo unos años.

Leonida Modonesi, que entonces acababa de llegar a París tras los pasos del maestro y estaba decidido a probar fortuna como actor, recorría los cafés del Palacio de la Igualdad porque le habían asegurado que Goldoni se paseaba por allí todas las tardes, a veces en compañía de un criado.

Lo encontró sentado solo en el Café Mecánico, un local curioso lleno de autómatas y alambiques. El café no lo servían camareros, sino que salía por unos tubos disimulados en las patas de las mesas. Léo nunca había visto nada parecido.

El anciano que se encontró no era sino un pálido trasunto del hombre que había visto en los retratos de Villa Albergati. «¿Permitís, maestro?», le dijo Léo en italiano. Se presentó y recordó los días boloñeses, aunque sin suscitar particulares reacciones en el viejo abogado veneciano. Confesó su sueño de ser actor en la Ópera Cómica o incluso en la Comedia Francesa. Se daba cuenta de que de momento no podía apuntar tan alto, pero estaba dispuesto a subir todos los escalones que fueran necesarios. Armándose de valor, le pidió que le escribiera una recomendación, algo que pudiera presentar en teatros y compañías, unas palabras en favor del *fantolin* que tanto se había reído en sus rodillas y, sobre todo, del joven que lo admiraba hasta el punto de seguir su ejemplo y venirse a París.

Dos ojos a cuál más acuoso lo miraron desde unas órbitas hundidas en una maraña de arrugas. En tono quejumbroso, Goldoni le habló de sus achaques, de lo que le había costado obtener una pensión, de las oportunidades que había perdido en la corte de Versalles por no haber sabido ser un cortesano ni un intrigante, ni luchar por un privilegio... Habló perdiendo muchas veces el hilo y sin mencionar una sola vez Bolonia, ni mucho menos la recomendación que Léo le pedía, como si no hubiera oído nada y fuera un completo desconocido. Al final pronunció una frase, acompañándola con un gesto del índice artrítico, como para subrayar que era una gran verdad:

—A un hombre importante se lo reconoce por la estela de coños que deja tras de sí.

Fulgurante. Léo se imaginó una procesión, un verdadero desfile de coños, siguiendo a un gran hombre, un gran hombre como él.

Sí, ante todas aquellas mujeres de todas las edades que iban en el cortejo siguiendo el féretro de Marat, Léo veía la confirmación de una cosa: que lo que distingue a un gran hombre es la cantidad de coños que lo siguen.

Del viejo maestro en el ocaso no recibió recomendaciones ni palabras favorables, pero aquel aforismo se le quedó grabado en el corazón.

De pronto vio a la costurera, a Marie Nozière. Iba con las otras mujeres, en

el grupo de los clubes. En el estandarte que llevaban decía: «Sociedad de las ciudadanas republicanas revolucionarias». Ella también iba llorando.

El traje. Léo había dejado pasar unos días, para darle tiempo a coserlo, y cuando decidió ir a por él, también antes de que amaneciera, no le abrió nadie. Esperó hasta que estuvo seguro de que no había nadie en la casa, ni la madre ni el hijo.

Cuando quiso volver otra vez, una mujer, una loca que había asesinado a Marat, se lo impidió. París había estallado y todo lo demás había quedado relegado. Y, ahora, aquel funeral solemne era el único modo de encauzar la rabia y utilizarla para reafirmar el espíritu revolucionario.

Léo vio que Marie se colocaba junto con las demás al pie de la tribuna desde la que el presidente de la Convención pronunciaría la oración fúnebre. Caía la tarde, se encendieron antorchas. El toque final.

Léo pensó que, antes o después, Marie volvería a casa y decidió ir a esperarla allí, para estar seguro de que no se le escapaba. Así que se abrió paso por entre la multitud y abandonó el cortejo.

### 3

–¿Quién hay ahí? –preguntó Marie cuando vio el bulto en la puerta.

Léo no se movió, para no asustarla.

–Soy yo, Léo Modonnet.

Siguió un silencio. Léo esperó a ver cómo reaccionaba la mujer.

–No pensé que vendríais hoy –dijo ella.

Léo se había preparado una respuesta:

–Os he visto en el cortejo y...

–El traje está terminado –dijo ella lanzando una ojeada a los lados–.

Entrad.

Léo siguió a Marie y entraron sin que pudiera verle el rostro. Se quedó quieto mientras ella encendía una luz y la colocaba en la mesa de trabajo.

–Parece mentira... –dijo Léo en voz baja.

–¿Qué?

–Que Marat esté muerto. Que tengamos que seguir sin él.

Marie desató los cordones de un fardo.

–¿Y por eso queréis ir por ahí dando candela? –preguntó.

–Pues sí, también.

Marie desenrolló el fardo.

–Pues entonces mejor haríais en ir a luchar a Vandea. La asesina era de éstos.

Léo salió del paso sin dejar traslucir la curiosidad que sentía por el traje.

–Yo creo que en París el pueblo está librando una batalla no menos importante... Por eso han matado a Marat. Pero no pueden matarnos a todos...

La mujer pareció abstraerse en sus pensamientos.

De pronto volvió a la realidad.

–¿No tenéis miedo de morir?

Léo contestó tirando de oficio.

–Menos del que tengo de vivir bajo los puentes y en el arroyo.

Léo no advirtió en la mujer ninguna reacción a aquellas palabras. Sí le hizo señas de que se acercara y por fin pudo Léo tocar el traje. Con gran sorpresa, notó que era de un material liso. Cuero delgado. Suave y resistente a la vez.

–Una amiga mía que era actriz tiene un montón de ropa que cogió de los teatros –explicó Marie–. Me ha dado algunas prendas.

A Léo le brillaron los ojos. Era un verdadero traje de teatro. Maná del cielo.

–Lo he ajustado a vuestras medidas. Tiene chaleco, guantes y un par de botas.

Léo vio que estas últimas llegaban a las rodillas y llevaban correas para apretarlas. Los guantes también protegían los antebrazos. El chaleco llegaba a mitad de muslo y se ceñía al talle con un cinturón. En el pecho se veían grabados unos motivos florales y por dentro llevaba un forro acolchado como los de las chaquetas de esgrima. Nunca se habría imaginado un traje semejante.

–Probáoslo –dijo Marie señalando un rincón del cuarto y dándose la vuelta.

Léo no perdió tiempo. Se despojó de chaqueta y zapatos y, en camisa y calzones, se vistió el nuevo atuendo.

–Ya.

Marie se volvió y lo miró de arriba abajo.

–Esto ya es otra cosa.

Cogió otro fardo de la mesa, lo desenrolló y se lo echó a Léo por los hombros.

–¡Una capa! –exclamó él, excitado.

Marie le pidió por señas que bajara la voz.

Léo acarició la prenda. Era de tela ligera pero resistente, del mismo color oscuro que las otras prendas. Envuelto en aquel manto se fundiría con la noche. Sólo faltaba el sombrero, pero no importaba, aquella mujer acababa de darle lo más importante: una envoltura con la cual sería el protagonista de la escena. No cabía en sí de la emoción.

Marie, como si le hubiera leído el pensamiento, se le acercó –mucho– para ponerle la capucha.

–Un sombrero puede volar y esto, en cambio...

Léo notó su aliento cálido en la barbilla. Tenía su cara a un palmo. La miró a los ojos y no se contuvo: le rozó los labios con los suyos. Quería ser un beso de agradecimiento, como el que da un caballero a su dama, pensó. Un beso de devoción.

Ella no reaccionó.

Léo le dio otro beso.

–Gracias –murmuró.

Y se dejó de escrúpulos. Bruscamente la levantó y la echó sobre la mesa de trabajo. Marie le ciñó las caderas con las piernas, las manos hurgaron bajo la ropa. Los dos cuerpos, sin necesidad de instrucciones, se unieron, pero de pronto Léo se encontró con una aguja de coser asestada en la garganta.

Se quedó quieto y mil pensamientos le acudieron a la mente atropelladamente, diciéndole que se había equivocado. Pero el caso es que ella seguía sujetándolo contra sí. El ligero pinchazo y la amenaza que representaba lo excitaron aún más.

–No quiero que me dejes preñada –dijo Marie mirándolo a los ojos.

–Descuida –contestó Léo, y siguió moviéndose dentro de ella. Al poco notó que Marie llegaba al paroxismo y cruzaba los tobillos en su espalda. Le tapó la boca para sofocar los jadeos. Al final, tuvo que desasirse rápidamente y recular.

Y se quedó allí de pie, ante las piernas abiertas de ella, con el chaleco de cuero puesto y los calzones bajados, sintiéndose terriblemente ridículo. Pero ella no le dio tiempo a decir ni hacer nada: le cogió el miembro aún erecto, lo atrajo hacia sí y le hizo gozar. Léo se inclinó sobre ella y, oliéndola, hundiendo la cara en su cabello, se abandonó al placer.

Lo difícil fue luego incorporarse y decir algo apropiado. No se le ocurría

nada, pero entonces vio la mancha en el vestido de ella y se le ocurrió lo peor:

–Vuestra falda...

–Calla –le susurró Marie, bajándosela–. Tienes que irte. Y no vuelvas más, ¿estamos?

–Sí, pero yo...

Esta vez fue ella quien le tapó la boca.

–Vete. Y haz lo que tengas que hacer.

Léo se subió los calzones, se envolvió en la capa y se marchó. Ya en la calle, le pareció ver un bulto pequeño en un zaguán, pero decidió no hacer caso, pensando que una actitud furtiva despertaría más sospechas que otra cosa. Además, aún lo embargaban las sensaciones que había experimentado, el olor de Marie, un fuerte olor que lo embriagaba.

Volvió a La Gran Pinta, donde Férault le dejaba dormir en un catre de la buhardilla. Allí tenía Léo sus cuatro trapos. Entró por la puerta trasera y subió la estrecha escalera de mano que llevaba al desván. Encendió una vieja lámpara de aceite y, agachándose, levantó una tabla suelta del piso y sacó una cosa que aún le faltaba. Había trabajado en ella días, con un pedazo de cuero y unas tachuelas que le dio el curtidor que vivía al final de la calle.

Un experto en comedia del arte habría llamado enseguida la atención sobre la nariz, que parecía el pico de un cuervo: aquel tipo de máscara era más propio de un Zanni que de un Scaramouche. Pero en el Nuevo Teatro, en el teatro viviente de la revolución, las máscaras no tenían sólo una función escénica. Eran armas. La pelea con Piel de Gallina lo había demostrado. Por eso Léo estaba muy orgulloso de dos modificaciones que había introducido en su creación: refuerzos de metal en la punta de la nariz y unas ranuras oculares más grandes para ver mejor.

El reloj de la iglesia dio las diez. Era hora de irse. Se llevó una mano a la entrepierna y se dio un fuerte apretón.

Cogió el garrote que le había prestado Férault, el remedio que solía usar el tabernero para curar las borracheras molestas. Era un buen pedazo de madera, duro y pulido, con empuñadura tallada. Excelente para el caso.

Se envolvió en la capa y salió al callejón que había detrás de la taberna. Se detuvo un instante, respiró el aire de última hora de aquel día de luto y de amor desesperado, que olía a verano y a sexo, se caló la capucha y echó a andar a paso ligero.

El plan lo tenía trazado desde hacía días. El primero de la lista era Vaillant.

Scaramouche aporreó la puerta hasta que dentro se oyó una voz alterada que gruñía:

—¿Quién es?

La respuesta fue tan seca como premeditada.

—La justicia.

—¿Los gendarmes? ¿Qué querrán?

Scaramouche oyó una voz de mujer que llamaba desde arriba, quizá desde lo alto de la escalera, y la de Vaillant —pues no podía ser otro— que le imponía silencio.

Se oyó el pestillo y apareció un ojo por la rendija de la puerta. Scaramouche permaneció en la sombra.

—¿Quién hay ahí? ¿De qué me acusan? ¡Yo no he hecho nada!

—A nosotros nos consta que sois un acaparador.

—¿Otra vez con lo mismo? ¿Quiénes sois? Treignac, ¿sois vos? Desde que me saquearon el almacén no guardo ni una onza de azúcar. —El intersticio se abrió otro poco—. ¡Dejaos ver!

Vaillant se encontró con el garrote en la cara. Quiso cerrar la puerta, pero ya no podía. Empezó a gritar. Léo arremetió con el hombro contra la puerta y derribó al comerciante. La mujer se puso a chillar. Vaillant, tendido al pie de la escalera, enarboló una cuchilla que hasta ese momento había tenido oculta en la espalda y empezó a dar cuchilladas al aire.

La mole negra de Scaramouche se recortó sobre él con el garrote en alto.

Léo se detuvo un momento a admirar la expresión de terror, desconcierto e incluso cierta estupidez del asaltado.

—¡Por el espíritu de Marat, yo te golpeo!

El garrote se abatió sobre la cabeza de Vaillant una sola vez y lo bastante fuerte como para aturdirlo.

Entonces voló el primer plato. Le pasó rozando la cara, salió por la puerta y fue a estrellarse en la calle.

El segundo le siguió al instante y golpeó a Scaramouche en el hombro. El tercero se estampó contra la pared.

La señora Vaillant lanzaba piezas de vajilla desde lo alto de la escalera. Scaramouche tuvo la impresión de que la mujer disponía de muchísima munición y, después de descartar la idea de subir la escalera y abatirla a

garrotazos, optó por una retirada estratégica. Cuando pensaba que se había puesto fuera de tiro, lo alcanzó un último plato volante, lo que le hizo apretar el paso y se perdió en la noche como un zorro.

4

–Vos sois Léo Modonnet.

Léo, sentado a una mesa de La Gran Pinta, siguió comiendo sin levantar los ojos del plato de habichuelas. Sabía bien quién era el hombre que se le había sentado enfrente: el poli del barrio, el zapatero Treignac. Con él iba el hijo de Marie Nozière, que tenía un aire tan angélico que habría engañado a cualquiera.

–Tendría que meteros en la cárcel –dijo Treignac.

–¿Por qué? –preguntó Léo en tono indiferente, sirviéndose un vaso de vino.

–Por agresión e intento de asesinato.

Léo siguió sin pestañear. Dio un trago de vino.

–¿Con qué pruebas?

Tampoco el poli era de los que pierden fácilmente la compostura.

–El barrio os cubre –dijo Treignac–. Mientras le hagáis un favor.

Léo consideró la posibilidad de permitirse una pulla.

–Nunca defraudar al público.

No hubo reacción. Los demás clientes se mantenían aparte mientras Férault los miraba desde la barra haciendo como que secaba las jarras de cerveza.

–Pero yo no hago teatro. Soy Treignac. Y no me ando con chiquitas.

–O sea, ¿que es un asunto personal? –preguntó Léo con aire vago, masticando otro bocado.

–También –contestó Treignac lacónicamente.

Léo asintió. Empezaba a entender.

–¿De qué o de quién estamos hablando?

–De Marie Nozière –contestó el policía–. Como os vea rondando otra vez por su casa, no os arresto, no, os hago desaparecer. Lo que menos necesita ella es a un tipo como vos.

Léo se decidió a mirarlo a los ojos.

–¿No creéis que soy un buen patriota?

–Creo que sois un aprovechado, como las personas a las que habéis agredido.

Léo movió la cabeza. Lo decepcionaba la necesidad de aquel poli, como lo había decepcionado la de Nogaret, el comisario que lo arrestó dos veces y no entendía su arte. ¡Y pensar que aquella gente creía servir a la revolución!

–Vos no entendéis –dijo desconsolado.

–Pues yo creo que sí –replicó Treignac secamente–. Estáis avisado –añadió, y se levantó.

Léo vio que Férault escanciaba cerveza para todos.

–¡Invita la casa! –dijo el tabernero levantando una jarra–. ¡Brindemos por el espíritu de Marat!

Los parroquianos brindaron a coro.

Treignac miró en derredor, como si quisiera grabarse las caras en la mente, pero al final se dirigió al tabernero.

–Ojo tú también, Férault.

Tras lo cual salió sin que ninguno se atreviera a respirar.

Léo se esforzó por sonreír para demostrar que no lo había intimidado. En realidad quería tranquilizarse a sí mismo, porque lo que había visto en los ojos del poli no le había gustado nada. Tenía la sensación de que si aquel Treignac se enteraba de lo que había pasado entre Marie y él, le cortarían las pelotas y se las echaría de comer a las ratas del Sena.

No era una perspectiva que dejara dormir tranquilo. Aunque, pensó Léo, ¿quién quería dormir tranquilo? Eso era para los comparsas, no para los protagonistas, sobre los que pesa la responsabilidad de la comedia. Levantó el vaso y propuso otro brindis.

Carta del doctor  
PHILIPPE PINEL  
a su hermano

París, 20 de julio de 1793

Si he tardado tanto en darte noticias mías, querido hermano, ha sido por mis muchas ocupaciones. Me conoces lo bastante como para no dudar de mis sentimientos hacia ti ni preocuparte por los motivos de mi silencio.

Aquí estamos, como siempre, con la mayor de las ansiedades, tanto por nuestras divisiones internas como por el desenlace de la guerra; pero las personas ilustradas temen menos esto último que nuestras diferencias, causadas por infinitas opiniones discrepantes.

¡Ah, qué alegre debes de sentirte por hallarte lejos de esta vorágine espantosa que amenaza con tragarse todo lo que pille por delante! Si pudieras hacerte una idea, como yo me hago, de la perfidia y de la desvergüenza con las que el crimen se presenta en los momentos de caos y revolución, te convencerías de una vez para siempre de no meterte en política. Al principio de la revolución, yo también tenía esa veleidad, pero aunque no pedía más que justicia y el bien del pueblo, he corrido tanto peligro de perder la vida que he acabado concibiendo un profundo horror por los clubes y las asambleas, y desde entonces siempre he rechazado cualquier cargo público que no tenga que ver directamente con mi profesión.

Por desgracia, tampoco en este aspecto puedo sentirme satisfecho últimamente. La medicina es sin duda algo útil, pero si supieras la cantidad de molestias que su práctica origina, cuando se ve uno obligado a hacer de ella una fuente de ingresos, no te arrepentirías de haberla abandonado para hacerte sacerdote. Desde hace un tiempo me gano la vida visitando a pacientes de Belhomme, y el propietario, aunque no es más que un cristalero adinerado, se empeña en organizarlo y dirigirlo todo, hasta el punto de que no me es posible aplicar los remedios que quisiera, sino que debo limitarme a dar consejos, respecto de los cuales el amo se reserva el derecho de actuar como mejor le parezca.

Por eso he decidido concursar para el puesto de médico jefe del hospital de

Bicêtre, puesto que se creará pasado el verano y al que el amigo Cabanis me asegura que puede presentarme. Para ti el lugar será sin duda sinónimo de atrocidad, tanto por las que se cometen a diario y que describe Mercier, como por la matanza que se perpetró el pasado septiembre entre sus muros.

Por mi parte, te digo que he visitado Bicêtre sólo una vez, con motivo de poner a prueba la guillotina con un par de cadáveres, y en aquella ocasión me pareció que su espantosa fama era inmerecida. Además, y según dicen, se han introducido considerables mejoras en los últimos dos años. Creo que la creación de un puesto de médico residente forma parte de un proyecto más amplio de saneamiento del lugar, que es sin duda uno de los beneficios de la revolución. Pero, para no basarme sólo en lo que dicen algunos amigos y comprobar personalmente el estado de la institución, he fijado para mañana una visita de inspección, que llevaré a cabo con el administrador y con los vigilantes de las diversas secciones. Lo que vea y la decisión que tome serán, pues, el tema de mi próxima carta.

Abraza a nuestro padre.

Tu hermano,

Philippe Pinel

## ESCENA SÉPTIMA

Jesús Marat

*20-21 de julio de 1793*

### 1

Sentado en un banco del patio con Malaprez, Laplace observaba riendo a Molière, un loco al que habían puesto este sobrenombre porque tenía veleidades dramáticas.

Molière era una persona tranquila, de cierta cultura, cuya presencia en Bicêtre podía parecer inexplicable de no ser porque, fuera de aquellos muros, había intentado quitarse la vida varias veces.

Molière organizaba representaciones usando de actores a los alienados del centro, y como aquel pasatiempo era un buen remedio contra su humor negro, el gobernador Pussin le permitía cultivarlo, a condición de que no exigiera a su compañía resultados impecables ni obediencia ciega.

Laplace consideró la confusión que reinaba en torno al comediógrafo y pensó que un hombre como aquél no se haría obedecer ni aun por un rebaño de ovejas.

Imponer nuestra voluntad, pensó, no es nada fácil.

Puységur le dijo una vez en una carta que la voluntad funciona como la electricidad. Sólo que, mientras que ésta puede pasar de un cuerpo a otro por simple contacto, aquélla siempre debe superar una distancia, dado que no es posible hacer que dos mentes se toquen. La voluntad, pues, se transmite como una descarga, pasando del hombre que ha acumulado mucha a aquel que posee menos. En consecuencia, quien quiere transmitirla a otros debe ejecutar dos operaciones: primera, cargarse de voluntad, algo nada fácil, pues los seres humanos tendemos a malgastarla en mil cosas. Si para cargar una barra de cobre basta con aislarla del suelo y ponerla en contacto con una máquina electrostática, aislar la mente humana es más complicado y debemos ser capaces de producir la voluntad necesaria, ya que aún no se ha inventado una

máquina que pueda generarla. Hecho eso, debemos reducir la distancia, acercarnos a la mente ajena hasta hacer saltar la chispa.

Laplace recordó aquellas palabras.

Cuando las leyó, le planteó a Puységur la cuestión de cómo transmitir la voluntad a muchos individuos al mismo tiempo. Si, en efecto, gracias al magnetismo, es posible acercarse a la mente de otro hombre, ¿cómo puede el magnetista reproducir esa relación especial con muchos sujetos a la vez? Mesmer había formado cadenas humanas y el mismo Puységur usaba gruesas sogas para poner en contacto a sus campesinos con un olmo magnetizado. Pero ¿era de verdad suficiente una simple unión física?

La respuesta de Puységur fue muy vaga, señal de que ni él mismo lo tenía muy claro.

Laplace recordó una demostración científica.

Estaba con el barón en una gran fiesta que se daba en el jardín de Versalles. Un filósofo de moda quiso mejorar el famoso experimento del abad Nollet, quien, en 1752, con una botella de Leyden, fulminó a doscientos cuarenta guardias reales puestos en fila, delante del mismísimo Luis XIV. El charlatán quiso redondear esta cifra y alineó a cuatrocientos soldados, pidiéndoles que se cogieran de la mano. Como acumulador de electricidad, en lugar de juntar muchas botellas, se sirvió, para magnificar el efecto, de una garrafa enorme, que fabricó expresamente un soplador de vidrio amigo.

El resultado fue que la descarga no pasó del soldado número quince, y los siguientes ni la notaron.

El filósofo se defendió diciendo que, evidentemente, aquel soldado carecía de los atributos que distinguen a un varón adulto. El soldado, ofendido, quiso defender su virilidad y desafió a duelo al impostor, y en cuestión de media hora el filósofo salió de Versalles con los pies por delante, con un balazo en el cuello.

Laplace quedó tan repugnado que aquella escena se convirtió en una pesadilla recurrente, en la que, en vez de cuatrocientos soldados, veía un ejército de seres monstruosos, con bocas bestiales y narices enormes.

Le gustaba pensar que el desencanto que sentía por la monarquía francesa empezó aquel día, con aquel entretenimiento inútil, con aquella fanfarronada que había empezado mal y terminado peor.

Laplace volvió a mirar a Molière, que seguía bregando con sus negados actores.

—¿Tú no participas en la función de esta tarde? —le preguntó a Malaprez.

El labriego movió enérgicamente la cabeza.

—Eso del teatro no es para mí —afirmó—. Además, Molière quiere que se haga todo como él dice.

—¿Y tú querrías hacerlo como a ti te parece?

—No, como a mí me parece no, porque entonces no me saldría nada. Pero si alguien quiere decirme lo que he de hacer, que por lo menos tenga las ideas claras, digo yo.

—Dices bien, Malaprez —contestó Laplace en tono satisfecho—. Eres mucho más listo de lo que parece.

En aquel momento, Molière, con unos papeles en la mano, le apuntaba nervioso una frase a uno de los actores, marcando con los zuecos el ritmo de las palabras.

—¿Sabes por lo menos qué representan? —preguntó Laplace.

—Pues... —contestó el otro rascándose la barbilla— creo que un entierro.

## 2

El entierro era de tres personas.

Mejor dicho: tres personas se disputaban el papel protagonista, el del muerto.

Con ellos, que discutían, estaba Molière. La disputa duraba ya media hora cuando de pronto Laplace vio que el dramaturgo se destacaba del grupo y venía hacia él.

—Necesitamos vuestra opinión —le dijo el loco con aire desesperado.

—¿Sobre qué? —preguntó Laplace.

—Sobre quién debe ser Marat —explicó Molière—. Jérôme dice que vos le habéis puesto ese mote y quiere que nos expliquéis por qué.

—Porque se le parece —contestó Laplace tajante.

—Sí, ya. Pero los otros también se creen perfectos Marat, y si no resolvemos la cuestión, los vigilantes nos mandarán de vuelta a las celdas antes de haber celebrado el funeral.

Laplace no pidió explicaciones. Sabía que no sólo Molière, sino muchos

locos de Bicêtre gustaban de escenificar los sucesos más sensacionales, porque querían sentirse partícipes de los grandes acontecimientos que sacudían Francia. El funeral de Marat había ocupado las páginas de los periódicos, las conversaciones del personal y los relatos de los visitantes, y se conocían tantos pormenores de aquella jornada que se podía reconstruir con todo detalle.

—¿Y bien? ¿Venís? —insistió el hombre, señalando a sus compañeros—. Ésos empiezan a pelearse.

Laplace se levantó, pensando que ser juez en aquella pantomima de tribunal formaba parte de su aprendizaje de la Gran Parodia.

—¡Ah, aquí viene! —lo recibió Jérôme dando palmas—. Decidles a estos ignorantes por qué merezco yo el papel de Marat.

—Ignorante serás tú —terció otro, y dirigiéndose a Laplace se dio un golpe en el pecho—: Yo conozco de pe a pa todos sus discursos, los he leído en *Le Moniteur*, mientras que el necio este no sabe ni leer.

—¿A quién le has dicho necio?

—Yo creo que deberíais hacerlo los tres —sentenció Laplace sin alzar la voz.

—¿Cómo decís? —preguntó el tercer pretendiente, acallando por señas a los otros dos.

—Digo que, en mi opinión, para este funeral se necesitan tres Marat. Capgras, porque se parece al difunto. Vos —y señaló al segundo— porque conocéis sus discursos, y vos porque...

—Porque mi madre es suiza como la suya —se apresuró a decir el tercero.

—Pues bien —concluyó Laplace—, nada tiene de extraño. Marat era un gran hombre: tan grande que, para encarnarlo, se necesitan por lo menos tres actores.

Los locos se quedaron mudos, como iluminados por una verdad superior.

—¡Pues claro! —exclamó al fin Molière, levantando los brazos, antes de que el loco que se parecía a Marat pudiera objetar nada—. ¡Pues claro! —repitió, y se lanzó entusiasmado a ultimar los preparativos de la ceremonia fúnebre.

En un momento, tres jergones cubiertos con sábanas quedaron colocados en el centro de la plaza de los Furiosos. El escenario se veía bastante desguarnecido, pero Molière explicó la falta de aderezos con la necesidad de evocar la noble indigencia, el estilo de vida sobrio del Amigo del Pueblo. Y todos estuvieron de acuerdo.

Los vigilantes, desde las cuatro esquinas del patio, vieron cómo los tres

difuntos se tumbaban en los féretros. El sol ya estaba alto.

Unos treinta alienados se dispusieron en corro y un grupo mucho más numeroso formó otro corro en torno al primero. Casi nadie hablaba.

Laplace nunca había visto a los locos de Bicêtre formando en orden y guardando silencio durante tanto tiempo. Sólo uno de ellos, a intervalos regulares, descargaba con la boca un cañonazo: ¡Pum!

A una señal de Molière, el pueblo de San Prisco entonó «La marsellesa». El canto cesó a las dos estrofas.

—¡Las lágrimas que los patriotas vierten sobre la tumba de este hombre ilustre serán la fuente de la que beberán los héroes que algún día lo venguen!

El loco que interpretaba a David acompañó las últimas palabras con una mueca, producto del esfuerzo que debía hacer para recordarlas. Molière lo miró satisfecho. Debía de haberle costado no poco trabajo meterle aquella cita en la cabeza, pensó Laplace. El dramaturgo buscó un rostro entre los del corro que rodeaba los féretros y con un gesto de la cabeza lo invitó a intervenir. El hombre se aclaró la garganta y con una voz solemne declamó:

—Como Jesucristo, Marat amaba al pueblo y sólo al pueblo. Como Jesús, Marat combatía a los nobles, a los sacerdotes, a los ricos y a los tunantes. Como Jesús, llevaba una vida pobre y frugal. Como Jesucristo, ¡también Marat será inmortal!

Aplaudieron muchos pares de manos. El orador ejecutó una inclinación poco propia de las circunstancias. Laplace intuyó que los locos estaban a punto de perder la compostura, pero Molière aún no había terminado. Se acercó a los falsos cadáveres y sobre cada uno depositó un cartel con el epitafio que aparecía en todos los periódicos: «Aquí reposa Marat, el Amigo del Pueblo, asesinado por los enemigos del pueblo». Acto seguido levantó los brazos pidiendo silencio y respiró hondo.

Más allá de las cabezas de los locos, más allá de las caras de los empleados, listos para intervenir, Laplace vio la figura del gobernador Pussin, acompañado por un hombre al que no conocía y por otro al que todo el mundo en Bicêtre conocía bien: el administrador Hagnon, el gran jefe, el que dirigía todo el hospicio.

—¡Ciudadanos! —exclamó Molière en tono mayestático—. Yo no creo que Marat pueda compararse con Jesucristo, porque para creer en la resurrección del crucificado se necesita un acto de fe, mientras que para hacer efectiva la del Amigo del Pueblo basta con un acto de voluntad. Alguien ha pedido que

sus restos reposen en el Panteón; pero yo no creo que, aparte de Lepeletier, en ese lugar reposen verdaderos hombres virtuosos. ¿Acaso sería un honor para Marat yacer junto a Mirabeau, un hombre que mereció la reputación que tenía por sus mil calaveradas? No, republicanos. Yo os digo que si Marat no reposa en el Panteón será porque su lugar está en el corazón de todos los revolucionarios. El ataúd que hoy despedimos guarda su cuerpo, pero su espíritu vive, está ya con nosotros, y a nosotros corresponde recibirlo e imitar su viril energía. Marat no ha muerto, ciudadanos, porque quien lo atacó no quería matar a un hombre: quería matar la República. Y la República no morirá mientras el espíritu de Marat esté con nosotros y todos seamos como Marat.

En medio de la ovación que siguió a estas palabras, Laplace oyó la voz de Pussin.

–Bien, bien, se acabó.

El gobernador daba palmas en una actitud que era mitad de aplauso, mitad de campesino que mete a las gallinas en el gallinero.

Y los vigilantes, con aire resuelto, dirigían al pueblo y a los diputados a sus aposentos, donde debían esperar la hora de la cena.

Laplace siguió al rebaño, con las manos cruzadas en la espalda, pero antes de entrar en el pabellón oyó que Molière lo llamaba.

Se volvió y vio al loco, que, en compañía de Pussin, del administrador y del desconocido, le hacía ostensibles señas de que se acercara.

Laplace se acercó.

–Estaba diciéndole al gobernador –dijo Molière, excitado– que sin vuestra ayuda no habríamos podido representar el funeral.

–¿Ha sido la función de vuestro agrado? –les preguntó Laplace a los visitantes.

–Digamos que me ha gustado como espectáculo de orden –contestó el administrador–. Pero no creo que el funeral de un gran hombre sea un buen tema para el teatro. Se acaba cayendo en la farsa.

Molière, tocado en lo vivo, extendió los brazos y quiso justificarse:

–He seguido las crónicas de la prensa –gimoteó–. Si hay algo de farsa en lo que habéis visto, la culpa es de los cronistas.

–¿Hablan los periódicos de tres Marat? –preguntó el administrador, con el aire de quien se dirige a un niño que niega la evidencia.

–Eso ha sido idea suya –se defendió el loco.

Los ojos de los presentes siguieron el dedo de Molière, que señalaba a Laplace, y éste se los encontró clavados en su persona.

—Los actores se peleaban por el papel de Marat —explicó—. Yo los he contentado hallando el modo de conciliar los deseos de todos. Y así, en lugar de una riña, hemos presenciado una obra de teatro.

El administrador gruñó algo, pero nada más. Pussin se apresuró a hacer las presentaciones entre los dos hombres, que nunca se habían encontrado. Era la primera vez que presentaba a un interno y a un visitante y la pequeña ceremonia resultó algo torpe.

—Doctor Pinel, él es el huésped del que os hablaba, el ciudadano Laplace. Ciudadano, él es el doctor Pinel, que pronto podría ejercer entre nosotros.

El doctor le estrechó la mano a Laplace y le preguntó cómo había conseguido poner de acuerdo a los tres pretendientes al papel de Marat.

Laplace relató en breves palabras lo ocurrido y al final tuvo que contestar a una pregunta más difícil:

—¿Estáis seguro de que el teatro es mejor que una riña?

—Lo es, desde luego, en el plano de la disciplina —contestó sin descomponerse—. Pero creo además que lo es como cura. Aristóteles afirmaba que la tragedia sirve para purificarnos de las pasiones, y el término que emplea para denominar esa purificación, *catarsis*, es el mismo que emplea Hipócrates en sus tratados de medicina para denominar la expulsión de elementos dañinos.

—Bien dicho —aprobó Pinel—. Pero vos decís que eso ha satisfecho los deseos de los tres. ¿Quién os dice que, al contrario, no hay que oponerse a esos deseos?

—He observado al gobernador Pussin. Él prefiere satisfacerlos a reprimirlos. Las representaciones del aquí presente ciudadano Benoît, alias Molière, son un ejemplo de este proceder.

—En realidad, yo... —intervino Pussin, pero no se esforzó por acabar la frase, porque al mismo tiempo el doctor Pinel expresaba su opinión con mucha más seguridad.

—Para satisfacer un deseo hay que conocerlo. Y conocer los deseos ajenos no es nada fácil. Hay personas que se pasan la vida preguntándose qué desean realmente. ¿Quién os dice que vuestros tres Marat deseaban actuar? Quizá sólo deseaban pelear y vos se lo habéis impedido. Quizá disputaban para que

los dispensarais de actuar, y vos, en cambio, los habéis obligado a hacerlo. El deseo es una presa difícil de cazar.

Y, tras decir esto, el doctor Philippe Pinel deseó un buen día a los internos y se alejó con el administrador y el gobernador Pussin, dejando en el ánimo de Laplace una sensación que no experimentaba desde hacía muchos meses.

La de haber encontrado una mente que podía estar a la altura de la suya.

### 3

–Mírame, Malaprez.

El loco levantó hacia Laplace unos ojos sonámbulos.

Estaban en la celda del interno, a esa hora veraniega en la que, después de la cena, aún queda un poco de luz. Fuera no se oía más que el fragor de la tormenta.

–¿Sabes leer, Malaprez?

–No. Nadie me ha enseñado.

Laplace cogió un libro del estante y le enseñó la portada.

–Aquí dice: *Memorias físicas y medicinales que demuestran la relación evidente entre la rabdomancia, el magnetismo y la electricidad*. El autor es M. Thouvenel. Si no te lo hubiera dicho, ¿lo habrías sabido?

–No, mi señor. No sé leer.

Laplace dejó el libro en su sitio, cogió los otros cinco o seis que había en el estante y los dejó en el suelo, junto al catre.

–Cuando despiertes, te ordenaré que leas y tú leerás. Ahora despierta, Malaprez.

El campesino de Essonne se estremeció, como si le hubiera picado un mosquito. Miró a los lados, sorprendido de estar allí y de que fuera casi de noche.

–¿Recuerdas lo que acabo de decirte, Malaprez?

–¿Lo que acabáis de decirme? ¿Cuándo?

–Hace un momento.

–No, mi señor.

–Muy bien. ¿Sabes leer, Malaprez?

–No, nadie me ha enseñado.

–Coge un libro –dijo Laplace señalando el estante.

Malaprez se levantó y cogió el tomo que acababa de dejar Laplace.

–Muy bien. Lee lo que dice.

–Acabo de deciros que...

–Lee la portada, Malaprez.

El hombre cogió el libro con ambas manos y se lo acercó a los ojos, como si fuera un cristal y quisiera ver si estaba limpio.

–Adelante, lee –repitió Laplace.

–«Me... morias... fi... físicas y... medicinales...» –balbució el loco.

–Sigue, el renglón de abajo.

–«... que demuestran la relación e... e... evidente entre la rabdomancia, el magnetismo y la electricidad.»

–Bien. Ahora el nombre del autor.

–Eme, punto, Thou... Thouvenel.

–Muy bien, Malaprez. ¿Sabes por qué has podido leerlo?

–En realidad no he leído yo. Eráis vos a través de mí.

–Pero ¿has entendido lo que decías?

–Un poco. No todo.

–Bien. Tú esta mañana me has dicho que si haces lo que tú quieres, no haces nada bien.

–Es verdad.

–Pues bien, imagínate que yo te guiara siempre, como acabo de hacer con la lectura.

–No haría tonterías.

–Nunca más.

–¡Ojalá!

–Si quieres, puedo hacerlo.

–Lo estáis haciendo ya, ¿no?

–Sí, pero tienes que obedecer siempre a mi voz, incluso cuando estés despierto, en todo momento.

–De acuerdo.

–Tienes que obedecerme te diga lo que te diga.

Malaprez dudó:

–Quiero decir que sí, pero no puedo.

–¿Por qué?

–Porque si me ordenáis algo imposible, no puedo hacerlo.

–¿Qué entiendes por imposible?

–Volar. Volverme invisible. Convertirme en un león.

–Entiendo. ¿Y lo demás?

–Lo haré.

–¿Seguro?

–Seguro.

Laplace se agachó, palpó el suelo, rascó la tierra de la juntura de una losa, levantó la losa y sacó un cuchillo:

–Toma esto.

Malaprez cogió el cuchillo y observó la empuñadura de hueso como un niño observaría un juguete nuevo.

–Ahora hazte un corte en el brazo desde el hombro hasta el codo.

Malaprez lo miró asustado.

–¿Me dolerá? –preguntó.

–No debe importarte si te duele o no. Has dicho que harías lo que te mande, menos lo que sea imposible. ¿Acaso es imposible hacerse una herida en el brazo?

–No, claro. Sólo quería asegurarme de que...

–Hazte el corte en el brazo izquierdo, Malaprez –repitió Laplace.

El loco empuñó el cuchillo, se puso la punta en el hombro y bajó hasta el codo.

–¿Te ha dolido? –preguntó Laplace.

–No –contestó el otro, más tranquilo, viendo que la sangre le manchaba la camisa.

–Bien. Ahora la garganta. Quiero que cojas el cuchillo y te rajes la garganta.

–Me moriré –dijo Malaprez sin entender, confundido por su propia deducción.

–No importa –lo dejó helado Laplace.

Malaprez se llevó el cuchillo al cuello sin mover ningún otro músculo.

Laplace lo cogió por la muñeca y apartó el cuchillo.

–Detente. Suelta el cuchillo.

Malaprez lo dejó caer.

–En cuanto deje de hablar, saldrás de aquí. Cuando hayas dado diez pasos, te despertarás, irás a ver al empleado y le dirás que no recuerdas cómo te has herido. Y, en efecto, no lo recordarás. ¿Has entendido?

–Sí.

–Ve –ordenó Laplace, soltando la muñeca del sonámbulo.  
Malaprez se volvió y, sin decir nada, se dirigió a la puerta.  
Laplace lo vio cruzar el patio bajo la lluvia torrencial.  
Ya sabía que tampoco despierto olvidaría Malaprez la voz de su amo.

ACTA CONSTITUCIONAL DEL 24 DE JUNIO DE 1793  
leída por Marie-Jean Hérault de Séchelles,  
presidente de la Convención Nacional,  
en la clausura de las ceremonias de la Fiesta de la Unidad.

Art. 1. La República Francesa es una e indivisible.

Art. 2. Todos los hombres nacidos y residentes en Francia que hayan cumplido veintiún años, y todos los extranjeros que hayan cumplido veintiún años y que, residentes en Francia al menos un año, vivan de su trabajo, adquieran una propiedad, se casen con una francesa, adopten un niño o mantengan a un anciano, todos los extranjeros, en fin, a los que el cuerpo legislativo considere merecedores de humanidad, podrán ejercer los derechos de ciudadano francés.

Art. 7. El pueblo soberano es la totalidad de los ciudadanos franceses.

ESCENA OCTAVA  
La Fiesta de la Unidad  
*10 de agosto de 1793*

1

¡Toma ya, el pueblo de Francia! Querían hacerlo migajas como si fuera un mendrugo de pan y se han partido los dientes de lo duro que estaba. Esperaban hacerlo trocitos pa comérselo mejor y se les ha atragantao enterito. Querían volver a las provincias unas contra otras pa joder la revolución y, ¡toma!, los han jodido a ellos.

Como en París les ha salido mal, querían poner muchos gobiernuchos pequeños, en Gironda, en Saboya, en Flandes, en Marsella, pa así al menos mandar en algún sitio. Pero dime, ¿ves tú a los de Auvernia gobernándose a sí mismos? Si por ellos fuera, aún tendríamos al rey y a lo mejor hasta un papa en cada departamento. En cambio, hoy se celebra la caída de Luisillo, que si no es por nosotros los parisinos, ése, no ya caer, es que ni tropezaba, y adiós República.

Brissotianos, federalistas, ¡mirad! La plaza de la Bastilla está repleta y el gentío sigue por el paseo, la calle de San Antonio, la de Clarendón.

Llevamos aquí desde las cinco de la mañana, cantando y voceando, y, digo yo, que ver salir el sol será muy bonito, sobre to pa el que no tiene que ir a currar, pero si empezara ya la fiesta, después de tres horas que llevamos de pie, con ganas dejábamos de cantar himnos y marsellesas.

Pues mira por dónde que, donde antes estaba la Bastilla, en torno a la fuente de la Regeneración –esa que dicen que es la Naturaleza, aunque más parece una faraona de Egipto, sentada en el trono, con dos leones al lao, apretándose las tetas y echando fuera dos chorros de agua–, el presidente de la Convención Héroult de Séchelles saca un papel, se lleva a la boca una especie de trompeta y dice por ella el discurso pa que lo oigan también los del final.

—¡Oh, Naturaleza, soberana de los pueblos salvajes y de las naciones iluminadas! Este pueblo inmenso, que se ha reunido con las primeras luces del día al pie de tu imagen, es digno de ti. Que estas aguas fecundas que brotan de tus mamas, que este líquido puro del que bebieron los primeros humanos, consagre, en esta copa de la fraternidad y de la igualdad, el juramento de unidad que te hace Francia en el día de hoy, el más bello que el sol haya iluminado desde que fue puesto en la inmensidad del espacio.

Y saca una copa, nos la enseña como si fuera el santísimo sacramento, la llena de agua en un chorro de la fuente, echa un poco en el suelo, bebe y se la pasa a un menda que tiene detrás, el primero de una fila larguísima, que son los ochenta y seis comisarios de los ochenta y seis departamentos de Francia, en orden de edá, del más viejo al más joven, y no en orden alfabético, así que nos toca adivinar de qué departamento viene cada uno, y acabamos casi casi apostando. Pa mí ése viene de la Corresa, fijaos qué cara de tonto tiene, y aquel de allí con andares de mono seguro que es del Jura, y así con los ochenta y seis mendas, y a cada trago de agua, ¡pum!, cañonazo al canto, hasta que terminan de pasarse la copa y empiezan a abrazarse y a besarse, y a cantar «La marsellesa», y la manifestación se pone en marcha con toda solemnidad. ¡Aleluya!

## 2

Tras la muerte de Marat, las republicanas revolucionarias no pararon un momento. El lunes desfilaron por París con la camisa ensangrentada y la bañera del gran patriota. El martes acompañaron el corazón del hombre al club de los cordeleros. El miércoles inundaron las calles con el nuevo número de *L'Ami du Peuple*, el periódico de Marat que continuó Leclerc. El jueves fueron a la Convención para jurar que echarían al mundo cien, mil nuevos Marat. Luego a alguna se le ocurrió erigir un obelisco en memoria del tribuno. Había que cuidar todos los aspectos de la empresa, desde el proyecto a la recogida de fondos. Querían inaugurarlos aquel mismo 10 de agosto, durante la fiesta de la Unidad, pero hubo algunos problemas.

Claire y Pauline decían que los símbolos son importantes, que con eso las mujeres se harían también un sitio en el escenario de la revolución y que una vez que salieran a él sería más difícil echarlas.

A Marie le parecía bien, pero prefería la acción a los símbolos. Acción sería, por ejemplo, apalear a un acaparador para dar una lección a sus compinches y expulsar del ejército y del gobierno a los nobles. Pero también que llevaran una escarapela republicana en el pecho para mostrar a todo el mundo que eran leales a la República y la defendían a diario, en la calle, en la casa y mientras hacían cola en las tiendas. En efecto, las ciudadanas republicanas revolucionarias exhortaban a las demás mujeres a llevar siempre una escarapela. En abril se aprobó una ley que obligaba a llevarla a los hombres. ¿Por qué no a las mujeres?

—Porque vosotras, aunque sois del pueblo, no sois del pueblo soberano —le había contestado uno en la asamblea de sección.

Cuando Marie fue a recoger firmas por el barrio para pedir que la ley se extendiera a las ciudadanas, muchas mujeres de San Antonio se echaron atrás.

—Pero ¿cómo? —se burló Georgette—. ¿Quieres que todas llevemos una escarapela? ¿Las putas también?

Así que la petición no obtuvo muchos apoyos.

En aquel momento Marie marchaba en fila con sus compañeras, con una escarapela bien a la vista y un gorro frigio en la cabeza, junto a las sociedades populares que abrían la manifestación. Todas llevaban un estandarte y en el estandarte se veía un ojo vigilante cuyos rayos atravesaban una densa nube. Claire Lacombe era la portaestandarte y, con su chaqueta larga entallada, su figura esbelta y una cara que había hecho furor en los teatros de Marsella y Lyon, no pasaba desapercibida. En la cabeza, en lugar de un gorro frigio, llevaba la corona cívica que le habían entregado por su participación en el asalto de las Tullerías, precisamente el 10 de agosto del año anterior. El laurel estaba ya seco y marrón, pero sobre aquellos tirabuzones castaños seguía quedando muy bien.

Tras ellas venían los miembros de la Convención, con una brazada de espigas. En medio del grupo, y descollando sobre las cabezas, iba el arca con las tablas de mármol en las que habían grabado los derechos del hombre y la nueva constitución. Rodeando a los diputados y formando un cordón, marchaban los ochenta y seis comisarios de departamento, con una rama de mimbre en una mano y una cinta tricolor que los unía a todos en la otra.

Inmediatamente detrás marchaba el pueblo, sin más distinción que la del atributo del servicio que prestaban a la sociedad: los alcaldes con bandas

tricolores, los jueces con toga, los herreros con fuelles y tenazas, los albañiles con paleta, los ciegos montados todos en un carro. Al final de este grupo iba una calesa tirada por seres humanos en lugar de caballos. Los seres humanos, dos hombres y dos mujeres, eran los hijos y las hijas de un anciano matrimonio que iba sentado en el pescante: símbolo de la piedad filial y del respeto a la vejez.

A continuación iban los soldados y una carroza tirada por ocho caballos con una gran urna que contenía las cenizas de los héroes que habían muerto por la patria. Marie iba al principio y no podía verla, pero sabía que detrás de la carroza iban los parientes de los caídos y que a ella no la habían invitado a unirse a ellos. Primero, porque Jacques estaba desaparecido y no se había encontrado su cadáver, y, segundo, porque no estaban casados, aunque vivieran bajo el mismo techo.

Por último, y en medio de un destacamento de caballería, marchaban ocho carros de dos ruedas, revestidos de alfombras con los lirios de la casa real, y cargados de cetros, escudos nobiliarios, coronas, enseñas de condes y marqueses, y encima de todo se veía un cartel que decía: «Pueblo, ésta ha sido siempre la desgracia del género humano».

La procesión llegó así a la avenida de la Pescadera, donde las republicanas se adelantaron y se pusieron en cabeza.

Marie se halló frente a un arco de triunfo sobre dos filas de cuatro cañones, encima de los cuales se habían sentado a horcajadas las heroínas del 89, las mujeres que fueron a Versalles a pedir al Capeto pan, harina y derechos. Vio a Georgette, a Madeleine, a Sophie y a las demás. Sólo faltaba ella.

La manifestación perdió consistencia y la gente se dispuso en círculo alrededor de la segunda estación de aquel vía crucis. El presidente de la Convención se abrió paso entre las filas y entregó ramas de laurel a las mujeres.

—¡Qué espectáculo! —exclamó por la trompeta, de la que salía una voz aguda y metálica—. ¡La debilidad del sexo y el heroísmo del valor! ¡Oh, libertad! ¡He aquí tus milagros! Gracias a ti, manos delicadas empujaron estos bronce, estas bocas de fuego que hicieron llegar al oído de un rey el trueno, anuncio del cambio de nuestros destinos. ¡Oh, mujeres! La libertad, atacada por todos los tiranos, necesita que la defiendan un pueblo de héroes: vosotras debéis alumbrarlo. Los representantes del pueblo soberano, en lugar

de flores, recompensa de la belleza, os ofrecen laurel, emblema del valor y de la victoria: vosotras lo transmitiréis a vuestros hijos.

Marie pensó que laurel en lugar de flores era el símbolo que más le convenía y que quizá Pauline tenía razón: al final, las semanas pasadas homenajeando a Marat habían servido para algo. Se celebraba el valor de las mujeres y todo el pueblo recordaba la gesta que habían protagonizado.

—¡Tú, fuera de aquí! ¿Cómo es que no te han metido entre rejas con tu amigo Brissot?

—¡Déjala, Jeanne, déjala! ¿No ves cómo está la pobre?

Marie se volvió. Eran Jeanne y Françoise, dos muchachas de San Honorio recién entradas en el club y que militaban en la facción más próxima a Robespierre.

Increpaban a una mujer vestida de amazona que llevaba una vaina vacía al cinto. El tocado, que debía de haberse hecho meses antes, se había desmoronado y no era sino una ruina del peinado original. Llevaba la cara empolvada de blanco y moteada de lunares postizos, con lo que parecía la caricatura de una moda pasada.

El grupo empezaba a atraer la atención de otras mujeres. También Marie decidió acercarse y reconoció a la amazona: era Théroigne de Méricourt, pero se la veía muy distinta del fantasma que poblaba sus noches. Apenas habían pasado tres meses desde el violento encuentro que tuvieron en las Tullerías, pero por el rostro de la «puta de Brissot» parecía haber pasado una década.

—El laurel no es para vosotras... No es para vosotras...

Su voz de cantante lírica sonaba ahora bronca, ahogada, y Marie no pudo menos de recordar los chillidos que pegaba cuando la azotaron.

—¿Y para quién es, a ver? ¿Para ti? —le preguntó Jeanne con aire desafiante.

Théroigne señaló a las mujeres de los cañones y se quedó así, apuntando con el dedo y sin decir nada más, como si no le salieran las palabras.

En torno al grupo, la multitud fluía abriéndose y cerrándose de nuevo bajo los árboles de la avenida, indiferente como el agua de un riachuelo que sortea una piedra.

—Para las del 89, no las de ahora. No para vosotras. Para ellas. —Fustigó el aire con el dedo tieso—. Para ellas.

—Mira, guapa —le replicó Jeanne—. Hoy es la fiesta de la Unidad, ¿entiendes? Aquí no hay nosotras ni ellas, éstas ni aquéllas. Estamos todas

unidas. Hasta tú has podido venir, que si no fuera por la unidad te echábamos a patadas.

–Va, Jeanne, vamos –le dijo la otra–. Que eso es lo que quieren, aguarnos la fiesta. No les hagamos ese favor a nuestros enemigos.

–No es para vosotras. Es para los hijos, para los héroes. No es para vosotras, ¿entendéis? No es para vosotras.

Jeanne hizo un gesto elocuente con el brazo, como si se echara a la espalda aquellas palabras, y se alejó de allí, convencida por las otras de que lo dejara correr y siguieran la fiesta, mientras Théroigne de Méricourt seguía repitiendo:

–No es para vosotras... No es para vosotras...

Marie se quedó parada mirándola, incapaz de darle la espalda. Ella y las otras la habían sujetado mientras Georgette le azotaba el trasero. Recordaba la sensación que le produjo notar aquella fuerza desesperada, que ella contenía con sus manos, y sintió que se le encogía el estómago, como cada vez que revivía aquella escena, en sueños o con el pensamiento. Se repitió otra vez que su acción había sido justa: habían pegado a una privilegiada, a una mujer que ocupaba un puesto en las tribunas de la Convención por las amistades que tenía y que defendía al traidor de Brissot. Había que alegrarse de que cierta gente se llevara su merecido. Pero no se sentía orgullosa de su acción, aunque no sabía por qué. La intervención de Marat, precisamente de él, que separó a las furias de la víctima, era sin duda parte del bocado que se le atragantaba. Pero seguía sin saber qué era y a qué sabía exactamente aquel bocado.

Por eso miraba a la mujer, porque esperaba que sus desvaríos le dieran una respuesta.

Plaza de la Revolución. Hace menos de un año, en ese pedestal, estaba la estatua ecuestre de Luis Quince. Ahora, en lugar de la estatua del rey montao en su hermoso caballo con los güevos colgando (los güevos del caballo, no del rey), han puesto a doña Libertá, con el culo en el trono, un gorro frigio en la cabeza y una lanza en la mano. La estatua es de yeso y por poco se deshace con el primer temporal, pero agora queda la mar de bien. Al lao han puesto

dos robles frondosos, en unas macetas enormes, y de las ramas han colgao los dones que le hacemos los franceses a nuestra dama: cintas tricolores, letreros, exvotos, y hasta utensilios de varios oficios, que seguro que los ha traído David, porque ningún artesano los dejaría así como así.

No se puede decir que sea feo, porque, además, delante de la estatua hay un montón de leña tan alto que hacen falta unas escaleras pa llegar arriba. Y subidos a las escaleras hay un par de tipos que echan al montón los escudos y blasones de los nobles, que han cogido de las tumbas y mansiones, y le pegan fuego a todo, y se arma una hoguera tremenda que sube pa arriba y echa un humo tan negro que parece que hasta al fuego le da asco lo que está quemando.

—¡Hombres libres! —vocea el presidente—. ¡Pueblo de iguales, de amigos y de hermanos! De ahora en adelante, construid las imágenes de vuestra grandeza sin más atributos que los de vuestro trabajo, vuestros talentos y vuestras virtudes. Que la lanza y el gorro frigio, el arado y la gavilla de trigo, los emblemas de todas las artes que enriquecen y embellecen la sociedad, sean las únicas decoraciones de la República. Tierra santa, cúbrete de estos bienes reales que se reparten entre todos los hombres y sé estéril para todo lo que sólo produzca el gozo exclusivo del orgullo.

En eso sale de detrás de la estatua una bandada de palomas blancas, tantas que, de tener una escopeta, se lleva uno a casa cuatro o cinco pa cenar y sin apuntar siquiera, ¡rediós! Y dicen los que ven bien que llevan algo al cuello, como papelillos, y los que saben leer dicen que en la *Gaceta* decía eso, que soltarían una bandada de palomas que llevarían por el aire los derechos del hombre. Y a lo mejor David les ha pintao en las plumas la bandera tricolor.

#### 4

—¡Pueblo francés! Aquí puedes verte tú mismo en una imagen llena de lecciones instructivas. Este gigante cuya mano poderosa reúne en un único haz los departamentos que constituyen su fuerza ¡eres tú! Y este monstruo cuya garra criminal quiere romper el haz, y separar lo que la naturaleza ha unido, ¡es el federalismo!

Marie miró la estatua de Hércules que, desde la cima de una montaña, dominaba la plaza de los Inválidos. Blandía una clava dispuesto a abatirla

sobre un dragón de siete cabezas. Como escultura no le parecía gran cosa, pero aunque lo fuera, tampoco la habría mirado mucho. Ver a la Méricourt le había quitado las pocas ganas que ya tenía de celebrar nada. Había seguido caminando distraída, arrastrando los pies, y cuando la procesión cruzó el Sena por el puente de la revolución, en el caos que se formó con las estrechuras, perdió de vista a las demás republicanas. Ahora las buscaba abriéndose paso por un lado, bajo los árboles que rodeaban la plaza, y poniéndose de puntillas para ver si localizaba el estandarte de Claire. Cuando lo hizo y se abrió paso hasta él, descubrió que lo llevaba otra.

—¿Dónde está Claire? —preguntó Marie.

La mujer señaló hacia delante.

Entrevió las figuras de Claire y de Pauline que hablaban animadamente con un hombre al que conocía: era el joven Leclerc. Él fue el primero que la vio y sonrió.

—¡Marie Nozière! ¡Por fin apareces! Lástima que tenga que irme.

Marie vio que, pese a la jovialidad del hombre, Claire y Pauline estaban serias y extrañamente calladas.

—¿No os quedáis a las celebraciones? —le preguntó a Leclerc.

—No —contestó él—. Además, hoy es vuestro día. Estoy convencido de que seréis las mujeres las que decidiréis el destino de la República. Mirad: la estatua de la libertad es una mujer, la naturaleza, otra, las heroínas de Versalles, mujeres. Incluso la revolución es una mujer. No lo olvidéis, amiga mía.

Antes de que pudiera reflexionar sobre aquellas palabras, Marie se vio en los brazos de Leclerc, que le dio el doble beso en las mejillas de los republicanos. El hombre hizo lo mismo con las otras dos mujeres y se perdió entre la muchedumbre.

Marie se volvió a las amigas con una cara que pedía explicaciones.

—Tiene que andarse con ojo —dijo Pauline—. Estará escondido un tiempo.

—¿Por qué? —preguntó Marie, incrédula—. ¡Ahora que lo necesitamos para que imprima *L'Ami du Peuple*!

Pauline disimulaba mal la rabia. Contestó Claire.

—¡No le dejan que siga imprimiéndolo!

—¿Pero por qué? —preguntó Marie. Había leído y repartido los últimos números del periódico, todos publicados por Leclerc, y le parecían aún más convincentes que cuando los dirigía el mismo Marat.

Claire prosiguió:

–El otro día la viuda de Marat se presentó en la Convención y denunció a los que manchan el nombre de su marido. –Le mostró el número de la *Gaceta* que llevaba en la mano–. Lee esto.

Marie leyó en voz alta, como tenía por costumbre: «Denuncio en concreto a dos personas: a Jacques Roux y a un tal Leclerc, que siguen publicando el periódico de mi marido pero ponen en su boca cosas que deshonran su memoria y engañan al pueblo. En su nombre, mandan derramar sangre el 10 de agosto con el pretexto de que mi marido, por su ánimo sensible, desgarrado por los sufrimientos de la humanidad, alguna vez lanzó justas condenas contra las sanguijuelas y los opresores del pueblo.»

–¡Vaya por Dios! –exclamó Marie–. Si está contra *L'Ami du Peuple*, está también contra nosotras, que lo defendemos.

–A nosotras no nos nombra –dijo Claire doblando el periódico–. Lo que significa que aún podemos decidir.

–¿Decidir qué?

–Si ponernos de parte de la Montaña o de los que dicen que la revolución está aún a medias.

Marie se quedó de nuevo desconcertada. Movió la cabeza.

–Pero así nos dividimos también nosotras: unas republicanas con los rabiosos, otras con Robespierre. ¿No podemos seguir nuestro camino y punto?

Las otras no contestaron y aquel silencio ahondó más el vacío que Marie sentía en su ánimo.

–Robespierre podrá ponerse contra Roux y contra Leclerc, ¡pero nunca se pondrá contra el pueblo! –dijo. Y mientras lo decía se dio cuenta de que quería convencerse a sí misma.

–La pregunta –dijo Pauline– es: ¿con quién está el pueblo?

–El pueblo somos nosotras –rebatió Marie–. Acaba de decirlo vuestro amigo Théo antes de irse. ¡Depende de nosotras!

Se aferraba a la rabia para no hundirse.

Claire asintió y quiso decir algo, pero entonces se oyó allí cerca una voz ronca y como delirante.

Marie la reconoció: era otra vez Théroigne de Méricourt. Se había subido al carro de un vendedor ambulante y no quería bajarse.

–¡Anteayer arrestaron a Olympe de Gouges! –decía–. La han encerrado en

una celda para que se pudra. La mejor inteligencia de Francia...

—¡La De Gouges es una brissotiana como tú, maldita loca! —gritó alguien.

La Méricourt, más despeinada que nunca, señaló con el dedo a quien había hablado.

—¡Ella ha hecho más que todas nosotras juntas! ¡Ha escrito que las mujeres deben ser ciudadanas!

—¡Las mujeres son mujeres, no hombres!

—¡Éste es el funeral de la República! —chilló la Méricourt con los ojos desorbitados.

Algo que le lanzaron la alcanzó en plena cara. Era una boñiga de caballo.

La mujer cayó del carro.

Marie acudió en su socorro casi sin darse cuenta. La ayudó a levantarse y le ofreció un pañuelo para que se limpiara la cara.

La Méricourt se quedó mirándola y Marie tuvo la impresión de que la reconocía. Pero no: la miraba con una expresión apagada.

—Vete a casa —le dijo Marie secamente—. Éste no es sitio para ti. Ni para gente como la De Gouges. Vete o vas a acabar mal tú también.

—Acabaremos mal todas —contestó la Méricourt débilmente.

Marie vio a Claire y a Pauline que, un poco más allá, le hacían señas de que se marchara. Que la vieran con la loca de la Gironda no beneficiaba sin duda su reputación.

—Lárgate... —le dijo otra vez, apartando a la mujer, desaseada y maloliente. Y en voz baja añadió, viéndola alejarse—: Y sálvate si puedes.

Extracto de  
PROYECTO DE CONTRARREVOLUCIÓN DE LOS SONAMBULISTAS  
leído el 29 de julio de 1790 a los comités de investigación de la asamblea  
nacional y de la municipalidad de París por Jacques-Pierre Brissot, uno de los  
miembros de este comité

Las acciones públicas de quienes sostienen doctrinas extravagantes nunca merecen más la atención de los encargados de la tranquilidad general que en tiempos de desórdenes en los que tras locuras y visiones pueden ocultarse proyectos peligrosos para la constitución.

La historia de los señores Dhosier y Petit-Jean guarda relación tanto con el famoso magnetismo animal como con la creencia en que la Virgen hace revelaciones a personas en estado de sonambulismo. Cuesta creer que, en un siglo en el que la filosofía ha arrojado una luz tan brillante y los hombres han aprendido a fundar sus ideas en bases sólidas, existan aún seres tan débiles que adoptan las creencias más extraordinarias a partir de hechos sin importancia y discursos delirantes.

Pero este fenómeno moral existe; el número de sectas iluminadas aumenta, en lugar de disminuir. Puede deberse a las circunstancias políticas del país, que hacen que los hombres descontentos con el nuevo orden abriguen doctrinas misteriosas con la esperanza de hallar el medio de destruirlo.

## ESCENA NOVENA

La Dama de Blanco

*Verano de 1793*

### 1

Llevaban días cabalgando en silencio, abrumados por el cansancio del viaje y sin decirse más que lo necesario. Incluso Feyfeux había dejado de canturrear. Sólo Thuillant emitía una especie de gruñido leve y constante que parecía dirigir al mundo circundante, cual perro que intuye una amenaza y está a punto de ladrar. El Mercado, en su nueva cabalgadura, llevaba la escopeta cruzada sobre la silla, preparado para disparar. Poulidor abría la marcha y muchas veces desmontaba para examinar las huellas del terreno.

El sargento Radoub cabalgaba con la mano puesta en la empuñadura de la pistola, como si así se sintiera más seguro.

D'Amblanc calmaba su inquietud prestando atención a los dolores de su cuerpo, que se habían irradiado desde el costado al hombro y empezaban a subirle por el cuello. Hacía años que no los sentía tan extendidos. Sospechaba cuál podía ser la causa, pero aún le costaba admitirlo. El paisaje era cada vez más hostil. Después de haber recorrido un trecho de terreno volcánico, lleno de cráteres y barrancos, habían empezado a bajar por la otra vertiente del altiplano, internándose en un bosque que era el más tupido que D'Amblanc había visto en su vida. No, no era verdad. En América los había visto tan tupidos y más grandes. Quizá ésa era la causa de sus dolores. De nuevo estaba en América, de nuevo sufría la fatiga de las marchas, de nuevo estaba bajo el peso grave de un destino incierto que podía esconderse detrás de cualquier arbusto. Esto reavivaba en el cuerpo el recuerdo de lo que había sufrido en el Nuevo Mundo.

Notaba la presencia del sargento Radoub, que lo seguía muy de cerca, y la cabeza de cuyo caballo veía asomar a su derecha. En una ocasión estuvo a punto de caer de la silla y el oficial lo sujetó.

D'Amblanc aguantaba el dolor y seguía adelante, como había hecho cuando, siendo un joven médico del regimiento del rey, volvió a casa por sus propios medios.

Estaban penetrando en una zona sobre la que tenían una información confusa y contradictoria. Algunos decían que era un enclave girondino; otros, que en aquellos bosques se refugiaban muchos supervivientes del ejército cristiano de Mediodía.

El día anterior habían pasado por un puesto de control militar, en un momento en el que los soldados de la República registraban el carro de una familia campesina en busca de mercancía oculta.

D'Amblanc había observado las caras estólicas de los labriegos que esperaban en fila a la vera del camino, del padre y de los hijos. Por el rostro inexpresivo que tenían, no habría sabido decir lo que estaban pensando. Parecía que ni siquiera podían pensar.

Mientras los militares comprobaban sus credenciales, D'Amblanc les preguntó a qué regimiento pertenecían y supo que eran de un batallón de nuevos reclutas al mando del general Nanterre.

—No lo conozco —había comentado Radoub.

—Es general desde hace sólo un mes.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro. El otro general escapó con los girondinos.

El militar les había preguntado adónde se dirigían.

—A un pueblecito que se llama Malacarne.

El soldado había hecho memoria pero no había podido recordar dónde estaba. No importa, había dicho D'Amblanc, llevaban un mapa.

—Está al pasar el bosque.

—Es la peor zona. Zona monárquica. —Y añadió—: Tened cuidado. El batallón se mueve de prisa.

D'Amblanc no había entendido lo que el militar quiso decir. Se habían despedido y habían seguido su camino, dejando atrás a la familia campesina, que se había sentado a la vera del camino.

Se habían adentrado en el bosque, siguiendo un sendero invadido por la vegetación.

D'Amblanc se decía que los habitantes de aquellas landas debían de estar más preocupados por luchar contra la presión de la naturaleza que por decidir si debía gobernarlos un tirano o debían gobernarse por sí mismos.

Pasaron junto a dos cadáveres, hinchados y medio comidos por las alimañas. Poulidor fue el primero en verlos, pero el hedor era tan fuerte que no tuvo que avisar de su presencia. Se taparon la boca y la nariz con un pañuelo. Los cadáveres yacían uno junto a otro, a la orilla del sendero, como si los hubieran dejado allí para que los vieran. Thuillant vomitó sin desmontar siquiera.

La imagen se le grabó a D'Amblanc en la mente: los rasgos de la cara ya no se distinguían, estaban descalzos y sin camisa. Además de las alimañas, alguien más se había cebado en los cadáveres, sin molestarse en enterrarlos. Tampoco ellos los enterraron. Siguieron adelante y cuando anocheció acamparon de nuevo bajo las estrellas, cerca de un torrente que serpenteaba por el bosque.

Los hombres aprovecharon para bañarse y quitarse la suciedad del viaje. Prepararon una comida frugal. D'Amblanc se tumbó, con el cuerpo dolorido.

Radoub se preparó el lecho a su lado.

—¿Cuánto más creéis que aguantaréis?

—¿A qué os referís? —preguntó D'Amblanc.

—A que ya no queda láudano.

—Aguantaré. Como sea.

Los ojos acuosos de Radoub brillaban a la luz de la luna.

—¿Son sólo las viejas heridas o tenéis algún hueso fuera de sitio?

D'Amblanc oyó salir la voz del pozo de los recuerdos, inconfundible.

*Aus meinen Händen...*

—Los huesos están bien. Son los recuerdos.

—¿Los recuerdos?

*Desde mis manos das Fluidum... el flujo embestirá el obstáculo y se lo llevará por delante.*

—Una vez me dijo un hombre que los malos recuerdos reabren las cicatrices. Él conseguía conjurarlos sin tener que recurrir al láudano.

—Los malos recuerdos sólo dañan el corazón —repuso Radoub—. ¿Os duele el corazón?

D'Amblanc pensó un instante y recordó un perfume y un par de ojos verdes.

—Es posible.

El sargento suspiró. Su rostro acusaba un gran cansancio.

—¿Qué os ocurrió en América?

–Un día que estábamos trasladándonos, los indios nos atacaron y me capturaron –contestó el doctor.

Radoub gruñó.

–Recuerdo bien a los indios. A veces me parecía que no eran humanos. Son capaces de cosas atroces...

–No son distintos de nosotros –replicó D’Amblanc–. En el bien y en el mal, son como los hombres que debía de haber en el principio del mundo, con una mentalidad parecida a la de nuestros campesinos y pastores más pobres. Lo que me hicieron a mí podrían hacérselo los labriegos de Vandea o incluso los de aquí.

Una punzada de dolor lo obligó a interrumpirse y lo dejó sin respiración.

Radoub no hizo nada, se limitó a observarlo con severidad.

–Creo que lo mejor sería volvernos.

–No ahora –replicó D’Amblanc, cuando pudo recuperar el habla–. Aún no.

–Pero, D’Amblanc... –repuso Radoub, pero fue interrumpido.

–Soy el jefe de la misión. La decisión me corresponde a mí.

–Pero yo querría devolveros a París sano y salvo.

D’Amblanc respiró hondo varias veces.

–Si me pasara algo, decid a los hombres que me froten enérgicamente las sienes y los pies.

El sargento murmuró algo para sí, se volvió de costado y se dispuso a dormir.

## 2

El campanario fue la primera construcción humana que veían en días. Sobresalía blanco entre el verde de los árboles.

Malacarne era un puñado de casas rodeadas de bosque. A D’Amblanc le recordó las setas que crecen arracimadas entre la hierba.

La población al completo los esperaba en la puerta principal. De pie, callados, como si fueran estatuas humanas de una representación sacra: mujeres, niños, hombres ancianos. Las caras de la miseria, huesudas y enjutas.

No se sabía quién podía haberlos avisado de que llegaban. Los últimos dos

días no se habían cruzado con nadie y el bosque era tan tupido que no podían haberlos visto a distancia.

El misterio no tardó en desvelarse. La mujer que habló la primera, de edad indefinible, ojos claros y un rostro que conservaba algo parecido a la belleza, pronunció unas palabras que no dejaron lugar a dudas.

–Margot dijo que vendríaís.

D’Amblanc se sorprendió del excelente francés de la mujer, pero fingió no haber oído, miró a los lados y preguntó por el alcalde.

Contestó la misma mujer.

–El alcalde ya no está.

–¿Se ha ido?

–No, está muerto. Margot también lo predijo.

D’Amblanc sintió una punzada en la espalda y reprimió una mueca de dolor.

–¿Por casualidad os ha dicho también quiénes somos y a qué venimos?

Siguió un largo silencio, durante el cual la mujer no apartó los ojos de él.

–Venís por vuestro dolor –dijo al final–. Os guía vuestro mal.

D’Amblanc cruzó la mirada con Radoub. Le flaquearon las fuerzas. El sargento lo cogió del brazo y lo ayudó a desmontar. D’Amblanc entró en el pueblo caminando agarrado de su caballo. Le ofrecieron un lecho en el que poder descansar, en la que había sido la casa del cura, quien también había desaparecido. D’Amblanc se acostó con las pistolas cruzadas sobre el pecho.

Durmió varias horas. No fue un sueño reparador, sino turbado por terribles pesadillas. Soñó con la voz de Mesmer, de inconfundible acento alemán, de timbre sonoro y al mismo tiempo seductor. No acertaba a entender las palabras, le parecía que hablase a una gran distancia. Trataba de alcanzarlo, cruzando un bosque espeso, con ramas que se le enganchaban en la ropa y que le arañaban la piel, le hacían heridas. Por fin llegaba a un claro, en cuyo centro estaba Mesmer. La figura conocida, el traje largo, la capa, la melena abundante. Llevaba una máscara negra. D’Amblanc le decía que los baños y las friegas ya no eran suficientes, le suplicaba que llamara al marqués de Puységur, porque necesitaba que lo sonambulizaran y lo librasen del dolor. Por toda respuesta, el hombre se quitaba la máscara y revelaba la cara de la mujer que los había recibido en la entrada del pueblo.

–No hay ningún marqués –decía–. Sólo el caballero.

En aquel momento se despertó. Lo primero que vio fueron sus pistolas, que alguien había dejado en una silla al lado de la cama. La segunda cosa que vio fue un crucifijo que había en la pared, encima de su cabeza. Un hombre clavado que sufría, con una profunda herida en el costado. D'Amblanc pensó en sí mismo.

No, dijo. No soy yo. Se incorporó. Era un cuarto desguarnecido que la luz que se filtraba por la ventana entornada apenas iluminaba.

Se pasó la mano por el costado y se la miró para cerciorarse de que no se había manchado de sangre, dándose cuenta de lo absurdo del gesto. Se levantó, se puso la chaqueta y las botas y, al abrir la puerta, se encontró de frente con Poulidor.

—¡Diablos, por fin os levantáis! Habéis hablado todo el tiempo...

D'Amblanc observó el lugar. Era una estancia amplia, quizá un refectorio, con una gran chimenea ennegrecida, una mesa larga y bancos a los lados. Todos sus escoltas estaban allí.

El sargento Radoub cogió un cazo y le sirvió una taza de líquido caliente.

—Bebed. Os reanimará.

D'Amblanc se sentó a su lado en el banco.

—¿Qué sucede? ¿Por qué estáis todos aquí?

—Porque no nos gusta estar fuera —contestó Radoub señalando la ventana.

D'Amblanc se levantó y echó un vistazo por la reja.

Los del pueblo seguían reunidos en la plaza, frente a la iglesia, y miraban hacia ellos, inmóviles. Empezaba a atardecer y una luz anaranjada bañaba las casas.

—¿Han estado ahí todo el tiempo? —preguntó.

Radoub asintió.

—¿Qué hacen?

—Nada —contestó Radoub encogiéndose de hombros—. Nos miran.

—Me dan escalofríos —dijo Thuillant—. El alcalde y el cura están muertos. Aquí no manda nadie. No hay ni rey, ni Dios, ni República. Hagamos lo que tengamos que hacer y vayámonos.

D'Amblanc volvió al cuarto a por las pistolas. Se las metió en el cinto y las tapó con los faldones de la chaqueta.

No hubo necesidad de decir nada más. Los hombres cogieron las armas y lo siguieron fuera, flanqueándolo.

D'Amblanc buscó, entre los rostros impasibles de los campesinos, a la

mujer que le había hablado cuando llegaron, pero no la encontró.

–Me llamo Orphée d’Amblanc. Vengo de París por órdenes del comité de seguridad general –dijo en voz bien alta–. Quiero ver a una niña que vive en este pueblo. Se llama Margot Tourlan.

Pasaron unos segundos sin que sucediera nada, luego los habitantes de Malacarne echaron a caminar todos en la misma dirección.

D’Amblanc intercambió una mirada con sus hombres y decidió seguir a aquella gente, manteniéndose a cierta distancia.

Llegaron a una casa que había al final del pueblo, donde empezaba una leve pendiente. Los habitantes abrieron pasillo para dejar pasar a los forasteros. D’Amblanc ordenó a sus hombres que se quedaran custodiando la puerta y, acompañado de Radoub, subió por una vieja escalera que a cada pisada lanzaba un quejido. A D’Amblanc le pareció que eran sus propios gemidos. Llegó arriba con cierto sofoco. Sentía la mirada inquisitiva de Radoub que lo observaba.

La puerta daba a una única estancia que parecía desamueblada. El techo de vigas era abuhardillado. En el centro, sentada en una silla, había una niña. Era Margot.

La niña que habla con los ángeles, con la Virgen, quizá con Cristo mismo. Morena, ojos grandes, que se abrían a aquel mundo pequeño y angosto. ¿Cuántos años podía tener? ¿Siete? ¿Ocho?

Arrodillada delante de ella y acariciándole la frente, estaba la mujer con la que D’Amblanc había hablado y la que se le había aparecido en la pesadilla.

–¿Eres la madre de Margot Tourlan? –le preguntó.

La mujer se levantó y asintió.

–Juliette Tourlan.

–¿Dónde está su padre?

–Con Dios.

D’Amblanc se acercó a la niña sin dejar de observarla.

–Margot, yo soy doctor. Vengo a verte.

–¿Es verdad? –preguntó la madre.

–Claro –contestó D’Amblanc–. ¿Esto no lo ha predicho Margot?

La mujer no contestó, pero sí lo hizo la niña.

–¿Y quién os ve a vos?

Tenía una voz que sonaba más adulta de lo que correspondería a su edad.

–¿A mí?

–Sí –dijo Margot–. Por vuestra herida.

Señaló a D’Amblanc y éste sintió un fuerte dolor en el costado que le hizo dar una sacudida y toser, aunque pudo permanecer erguido.

–El Señor le ha dado un don –dijo la madre–. Margot ve cosas que nadie más puede ver. Es hija de los ángeles.

D’Amblanc la miró como se mira a un alienado que delira. Pero la mujer parecía perfectamente lúcida. Aunque los ojos... Eran los mismos que los de la pesadilla.

–Salid, por favor –dijo.

La madre lo miró sin entender.

D’Amblanc le señaló la puerta.

–¡Radoub! –llamó.

El sargento se acercó.

–Acompañad abajo a la ciudadana Tournalan.

Hasta que dejó de oír los gemidos de la escalera no se arrodilló D’Amblanc delante de Margot. Le tocó un tobillo y la frente para establecer la cadena magnética. La niña no hizo nada.

–Cierra los ojos, ahora. Descansa.

Margot cerró los párpados.

–Descansa... –murmuró D’Amblanc.

–Ya descanso.

–¿Duermes?

–Es como si durmiera.

D’Amblanc asintió a sus propios presentimientos.

–Ahora contesta: ¿es verdad que hablas con Dios?

–No.

–Entonces ¿con quién?

–Con la Dama de Blanco.

–¿Y quién es la Dama de Blanco?

–Vos lo sabéis.

–¿Cómo voy a saberlo, Margot?

–Lleváis su nombre.

Aquella ingenuidad infantil hizo sonreír a D’Amblanc. *Dame Blanche*. Un juego de palabras en el que no había caído.

–Es sólo un nombre. Dime, ¿quién es?

–No lo sé.

–¿Es guapa?

–Muy guapa, sí. Casi como mi madre.

–¿Se arrodilla ante ti?

–Sí, y me lava los pies y la cara.

–¿Y también te habla?

–Sí. Me habla de Nuestro Señor. Yo escucho.

–Muy bien. Cuando quieras puedes abrir los ojos.

La niña pestañeó un momento y siguió mirándolo fijamente.

Él tuvo el impulso de acariciarla, pero retiró la mano al ver la cara absorta de la niña.

Llamó a la madre y salió él al rellano.

Radoub le habló en voz baja.

–¿La habéis... sonambulizado?

–No ha sido necesario –contestó susurrando–. Alguien lo ha hecho antes que yo.

–¿Quién?

–Su madre. Estaba haciéndolo cuando hemos entrado.

–¿Y eso qué significa?

–Significa que la niña parece despierta pero no lo está. Es la madre la que le dice lo que debe contestar mientras está sonámbula. Luego la niña lo único que recuerda es que una mujer guapa le ha tocado los pies y la cara. No hay ángeles ni santos.

Radoub se rascó la cabeza.

–¿Cómo demonios puede hacer esos encantamientos una campesina en este lugar olvidado de Dios?

D'Amblanc se llevó la mano al costado.

–Es lo que quiero averiguar –dijo entre dientes.

–Vos estáis mal...

–No importa. Tengo que hablar con esa mujer.

D'Amblanc volvió a la buhardilla.

### 3

–¿Quién os ha enseñado a sonambulizar? –preguntó D'Amblanc.

Juliette Tournalan dejó pasar unos instantes antes de contestar.

–No entiendo.

Estaba de pie junto a su hija, con una mano puesta en su hombro, y de vez en cuando se la pasaba por el pelo.

–Lo que le hacéis a la niña –explicó D’Amblanc–. ¿Quién os lo ha enseñado?

–Nadie.

–Mentís.

–El Señor no quiere que yo mienta. Nadie me ha enseñado.

–¿Habéis visto hacerlo? –insistió D’Amblanc.

Esta vez la mujer asintió.

–¿Os han sonambulizado alguna vez?

La mujer asintió de nuevo.

–¿Quién?

–El caballero de Yvers.

Como a Noèle Chalaphy, pensó D’Amblanc. Así que eso era lo que hacía Yvers, probar sus dotes magnéticas con los campesinos. Las palabras de Mesmer le acudieron a la mente. «Hoy habéis visto a un noble magnetizar *einen Bauern*, a un campesino. Perro ¿habéis visto alguna vez a un campesino magnetizar a un noble?»

–¿Yvers os dormía? ¿Os hablaba?

–Era la voz de un ángel –contestó Juliette Turlan con aire soñador–. Quería seguir escuchándola siempre. Me hablaba de Dios. Y yo también le hablaba. Él me enseñó a hablar bien y yo se lo he enseñado a Margot. Ha ayudado a mi familia. Me ha dado alegría.

D’Amblanc meditó sobre aquellas palabras. Advertía la presencia de Radoub a sus espaldas, a unos pasos de distancia. Parecía que el sargento evitaba hasta respirar.

Madre e hija lo miraban de hito en hito. Los ojos de una eran la copia en miniatura de los de la otra. D’Amblanc sintió una punzada en el costado y enseguida otra en la nuca. Se tambaleó, pero pudo recuperar el equilibrio.

Brujas. En los siglos oscuros las quemaban en la hoguera. Hoy se trataba de decidir si enviarlas a la guillotina o a una casa de locos. Tuvo una idea.

–¿Cómo murió el padre de Margot? –preguntó con voz ahogada.

–No he dicho que esté muerto –contestó la mujer.

–Habéis dicho que está con Dios.

–El ángel ha vuelto con Dios.

Volvió a acariciarle el pelo a su hija.

D'Amblanc sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. Tuvo la impresión de que Radoub también se estremecía.

—¿Queréis decir que Margot es hija de...?

—Del ángel, sí. Por eso tiene el don.

A Radoub se le escapó una imprecación a media voz.

—¿El don de la adivinación?

—La Virgen nos habla por boca de Margot. Así sabemos de quién podemos fiarnos y de quién no.

—¿Y qué os ha dicho de nosotros? —preguntó D'Amblanc.

—Que el mal que lleváis os consume.

D'Amblanc se levantó y se acercó a la ventana que se abría en la pared más baja de la buhardilla. La luz declinaba y las personas de fuera empezaban a parecer bultos borrosos, que se confundían con las sombras alargadas que se proyectaban sobre el camino, lo que producía el efecto de criaturas flacas y gigantescas.

—¿Por qué no tenéis párroco? —preguntó.

La mujer no contestó.

D'Amblanc se volvió a ella.

—¿Dónde está el párroco?

—Está muerto.

—Como el alcalde. ¿De qué ha muerto?

Otro silencio.

Radoub tosió nerviosamente, pero D'Amblanc no se dio por enterado.

—Ciudadana Tournal, os lo pregunto otra vez: ¿de qué han muerto el alcalde y el cura?

La mujer no contestó.

Una seña de Radoub, que se había acercado a otra ventana, llamó la atención de D'Amblanc.

—Ahí fuera han encendido antorchas. Se hace de noche. No me gusta nada.

D'Amblanc miró. Le pareció que los campesinos se habían acercado a la casa. Se oía un murmullo vago, como una letanía. Quizá estaban rezando.

La escalera crujió y Thuillant apareció en la puerta.

—Sargento, mejor será que bajéis.

Radoub se volvió a D'Amblanc.

—Por última vez... —dijo éste a la mujer—. ¿De qué han muerto el alcalde y

el cura?

–Era un falso sacerdote –dijo la niña.

Esto pilló desprevenido a D’Amblanc.

–Al que mandó la república –añadió la madre–. El alcalde decía incluso que la república era él.

La letanía de la calle se oía cada vez más fuerte.

D’Amblanc se sentía como cautivado por las dos figuras que tenía delante. Notó una punzada más dolorosa que las otras y se quedó sin respiración. Se dobló y cayó sentado en el suelo.

La letanía de la calle seguía aumentando de volumen.

Radoub le ayudó a levantarse y quiso llevárselo, pero D’Amblanc se resistía.

Tambaleándose, se acercó a la mujer y a la niña.

Juliette estiró el brazo, le acarició la cara y dijo:

–Nos lo ha mandado la Virgen.

–Mamá, libéralo a él también –murmuró Margot.

La oración sonaba ya con un fragor de marea que sube. Thuillant reapareció en la puerta y dijo que debían irse. Radoub sostuvo a D’Amblanc, que apenas podía tenerse en pie.

–Hazlo, mamá –repitió la niña con un brillo negro en los ojos–. Libéralos a todos.

Juliette fue a la ventana, la abrió y gritó a la multitud:

–¡Margot ha dicho que los libere!

Un bosque de antorchas rodeó a los hombres de la escolta que defendía la entrada. Radoub bajó la escalera con D’Amblanc y al llegar abajo se lo echó auestas al Mercado, mientras los demás mantenían a distancia a la gente aprestando las armas. Feyfeux golpeó a una mujer con la culata de la escopeta y la mujer cayó al suelo. Los hombres aprovecharon la confusión para abrirse paso y huir.

Juliette Tournalan seguía gritando en la ventana.

D’Amblanc, colgado del hombro del Mercado, veía a la mujer del revés, como si pendiera de una cornisa. Parecía un murciélago chillando.

Corrieron a la iglesia y se atrincheraron dentro. Los hombres se apostaron con las armas en las ventanas y a D’Amblanc lo tendieron en un banco.

Radoub ordenó al Mercado que le frotara los pies y él hizo lo mismo en las sienes.

Los del pueblo no tardaron en ocupar la plaza. No llevaban sólo antorchas, sino también horcas, hoces, hachas. Empezaron a lanzar piedras y bolas ardiendo contra las ventanas.

Poulidor y Feyfeux dispararon algunos tiros que hicieron retroceder a la jauría. D'Amblanc se desasíó de los dos hombres y se acercó como pudo a la ventana. Vio a Juliette en medio de la multitud. No distinguía las facciones, pero era como si la mujer estuviera mirándolo.

—¡El Ángel puede liberaros del mal! —exclamaba—. Vosotros lo sabéis. No os resistáis.

D'Amblanc tuvo la impresión de que los dolores remitían, pero luego volvieron más fuertes y le hicieron retorcerse.

—Ven, el Ángel puede curarte. A nosotros nos ha curado.

El dolor se hizo insoportable. D'Amblanc sacó una pistola y se la asestó debajo de la barbilla. Radoub se la arrebató.

Siguieron friccionándole las extremidades hasta que el dolor alcanzó el paroxismo. D'Amblanc se quedó sin respiración y sintió que se moría.

En aquel momento tronó el cielo.

Los gritos de los campesinos se mezclaron con el estrépito del campanario, que se derrumbó en la plaza y aplastó a bastante gente. D'Amblanc vio que la figura de Juliette desaparecía en medio de una nube de piedra y polvo. Muchos huyeron corriendo en todas direcciones, pero la mayoría se hincó de rodillas y se puso a rezar.

La segunda explosión abrió un boquete en el techo de la iglesia.

La tercera cayó en medio de la plaza y despedazó a más gente.

Radoub ordenó a sus hombres que salieran. Él y el Mercado levantaron a D'Amblanc y se alejaron corriendo de la iglesia, a tiempo de ver que un cuarto y un quinto cañonazo destruían lo que quedaba de aquella parte del pueblo.

Apoyado en un árbol, D'Amblanc recuperó el aliento. Feyfeux y Thuillant vinieron con las mulas y los caballos. A la luz de la luna se veía bien el pueblo de Malacarne que volaba por los aires. Los fogonazos que se veían en lo alto de la colina delataban la posición de los cañones. Radoub decidió alejarse más. Moverse por el bosque a lomos de caballo fue una tortura. D'Amblanc, agarrado a la silla de montar y tendido sobre el cuello de su cabalgadura, notaba las ramas que le arañaban el cuerpo y la cara y tenía la sensación de que la pesadilla se hacía realidad. Los demás marchaban a pie, a

la poca luz lunar que llegaba hasta allí abajo, movidos por el miedo y la desesperación.

A Poulidor lo mandaron a inspeccionar y volvió a la media hora diciendo que era un contingente de casacas azules de la República. Decidieron esperar en el bosque a que terminara el bombardeo. D'Amblanc entreveía los cañones que disparaban uno tras otro. Cuando cesó el cañoneo, empezó el asalto. Los soldados remontaron la ladera y entraron en el pueblo. Durante dos horas se sucedieron órdenes, gritos, crujir de madera desfondada, disparos, fuego, más gritos.

D'Amblanc y los escoltas presenciaron la escena mudos, como esperando que también se decidiera su destino. La luna estaba alta cuando se resolvieron salir a descubierto. Para que no los confundieran, se pusieron a cantar «La marselesa».

Los artilleros y soldados los escoltaron hasta un fuego que ardía en medio de las ruinas del campanario, y en torno al cual se había reunido un grupo de hombres de rostro cansado y barba de varios días.

D'Amblanc sacó fuerzas de flaqueza y entregó la carta del comité al oficial de la tropa. El joven que la recibió resultó ser el mismísimo general Nanterre.

—¿De dónde venís? —preguntó.

—¡De aquí mismo, redíos! —contestó Radoub—. Cuando habéis empezado a cañonear nos hemos refugiado en el bosque. Por poco no lo contamos.

—Malacarne es un nido de monárquicos —dijo el oficial—. O por lo menos lo era —añadió—. Nos han informado de que en el pueblo se escondía un grupo de supervivientes del ejército cristiano del Mediodía.

—¿Estáis seguro? —preguntó D'Amblanc con un hilo de voz.

El joven sonrió como lamentando la ingenuidad del que preguntaba.

—No es lugar ni tiempo para dudar mucho.

A la luz de una linterna de campaña, D'Amblanc observó mejor la cara del general. Tenía una mirada de anciano.

CONVENCIÓN NACIONAL

Extracto de la sesión del 5 de septiembre de 1793  
(año II de la República Francesa, una e indivisible)

BARÈRE, EN NOMBRE DEL COMITÉ DE SALVACIÓN PÚBLICA. De un tiempo a esta parte todo parece indicar que se producirá una revuelta en París. Por varias cartas que se han interceptado, dirigidas al extranjero o a aristócratas residentes en Francia, conocemos el esfuerzo constante de sus agentes por provocar un alzamiento en lo que ellos llaman «la Gran Ciudad». Pues bien, tendrán ese alzamiento... (*Nutridos aplausos.*) Pero será un alzamiento organizado por un ejército regular que cumplirá por fin con ese gran lema del ayuntamiento de París: «Pongamos el Terror a la orden del día.» Así desaparecerán en un instante los monárquicos, los moderados y las turbas contrarrevolucionarias que agitan la ciudad. ¿Que los monárquicos quieren sangre? Pues tendrán la de los conspiradores, los Brissot, las Marías Antonietas. Mañana mismo, el comité propondrá formar en París un ejército revolucionario de seis mil hombres y doscientos cañones. (*Aplausos.*)

JEANBON SAINT-ANDRÉ. Otra medida debemos tomar. Hay en París una clase de individuos que, pese a la debilidad de su sexo, hacen mucho daño a la República. Corrompen a los jóvenes y en lugar de hacerlos fuertes y dignos de los antiguos espartanos, los vuelven sibaritas y los incapacitan para servir a la libertad: me refiero a esas mujeres impúdicas que convierten sus encantos en comercio vergonzoso. Es una peste de la sociedad y todos los buenos gobiernos deberían expulsarlas de su seno. Pido que el comité de salvación pública considere la posibilidad de sofocar este germen de contrarrevolución deportando a ultramar a las mujeres de mala vida. (*Aplausos.*)

Una delegación de las tres secciones de San Antonio pide que se haga justicia contra aquellos que han engañado al pueblo sobre el estado de abastecimiento de París. Nosotros, dice el orador, no tenemos criados que vayan a buscarnos el pan; lo hacen nuestras mujeres y muchas han perdido la vida en la puerta de los hornos. Rogamos a la asamblea que decreta que cien

hombres por sección recorran el campo y hagan cumplir la ley que ordena que se exporte el trigo a las diversas regiones de la República.

## ESCENA DÉCIMA

A palo limpio

*26 de agosto-13 de septiembre de 1793*

### 1

Las mujeres esperaban en la puerta llenas de ansiedad. Dentro, en la Convención, el lugar en el que se decidía el destino de todos, se oían voces y acentos diversos. Unas mujeres descansaban en una pierna y en otra mirándose los pies, con las manos en la espalda; otras hablaban en voz muy baja. En la sala se debatía un tema que llevaba meses figurando en el orden del día: el pan, es decir, de qué vivir. Cuánto pan había y qué hacer para que hubiera para todos. El debate era acalorado. Marie, junto a la puerta, les repetía a las demás los pasajes significativos que alcanzaba a oír.

Mientras, Claire Lacombe, rodeada de las amazonas con gorro frigio, repasaba el texto de la petición y se lo aprendía de memoria. Era actriz y no cometería el error de leer simplemente un discurso, delante de un público tan importante.

Claire, perfectamente vestida, estaba radiante. El corte del traje era impecable, y el tejido, de gran calidad, sacado de un elegante traje de escena masculino. Era del estilo que en la calle se llamaba «inglés» y se consideraba revolucionario. El terciopelo verde de la chaqueta despedía destellos, los botones dorados parecían gemas.

Claire Lacombe era un ejemplo de lo que hasta hacía poco habría sido inconcebible: una mujer con una espada en el cinto. La situación, y el hecho de que la espada la llevara una mujer vestida de hombre, hacían que el arma fuera algo más que un mero adorno.

Marie pensó en la primera vez que vio a una amazona, la Méricourt, y en el odio que sintió por ella. Había pasado poco tiempo, pero los acontecimientos habían hecho efecto en la mente y en el corazón de Marie. Ahora allí estaba con otras amazonas, mujeres vestidas de hombre que, en aquel momento, le

parecía que hacían lo que debían hacer. Esta impresión la había visto confirmada en la calle, camino de la Convención. Algunos, al ver a aquel grupo de mujeres vestidas de hombre, con gorro frigio y escarapela, habían movido la cabeza, otros les habían dirigido burlas y habían echado a correr, pero otros las habían animado y aplaudido. Marie había observado que, con los aplausos, el rostro de Claire Lacombe se había iluminado. En su traje de estilo inglés, Claire rebosaba orgullo. En el antiguo régimen sólo se veían tantas mujeres juntas en el mercado o en procesiones y ceremonias religiosas. Con todo, y dada la importancia de la ocasión, Marie creía que no convenía mostrarse provocadoras. Ella se había puesto una chaqueta de hombre del guardarropa de Claire, pero llevaba falda, porque no se veía con pantalones.

–Marie, dínos qué pasa. Desde aquí no se oye nada.

Era una vocecita casi infantil. Pertenecía a una de las más jóvenes. Marie acercó el oído a la rendija de las puertas y las demás esperaron en silencio.

–La delegación de Vincennes dice que la guardia nacional rechaza con las armas a los que vienen a comprar pan a la ciudad.

La joven adoptó un aire grave.

–Recordemos por qué hemos venido, ciudadanas. Si el pueblo les ajustara de una vez las cuentas a los que nos matan de hambre, habría pan para todos –dijo con vehemencia.

Marie se fijó en ella. Tenía las facciones delicadas, el pelo rizado que salía del gorro, unas formas poco pronunciadas, casi masculinas de verdad, que apenas se le marcaban con la ropa. Marie se preguntó si los de dentro lo entenderían. ¿Podía compararse una amazona que pedía justicia con una madre que pedía pan? ¿O sería demasiado para aquellas lindas cabezas?

Estaba ensimismada en aquellos pensamientos cuando oyó que dentro se acercaban pasos.

Lentamente se abrieron las puertas.

## 2

Un mar de caras. Los ojos fijos en las mujeres, sobre todo en Claire. Era de esperar. La imagen de Claire Lacombe era inolvidable. Marie comprendió que algo profundo, importante, estaba ocurriendo en sus vidas, y que ese algo se concentraba en la persona y en las palabras de su nueva amiga.

Sintió gravitar sobre su cabeza los enormes candelabros y la gran bandera tricolor. ¡No se había emocionado tanto ni el día que quisieron detener a Muzine, el policía!

Fueron ocupando sus sitios en medio del rumor del público. Marie sabía que en aquellas gradas estaban sus compañeras del barrio y no tuvo que buscar demasiado para ver a Georgette. Ésta siguió cosiendo sin dirigirle ni un saludo. Marie miró a las otras, a Madeleine, a Amandine, a Sophie. Unas volvían la cara, otras hacían un guiño y se ponían a hablar con la que tenían al lado. A sus ojos, que no llevara pantalones no significaba que fuera distinta de las demás amazonas. Marie sintió una pena profunda.

Claire tomó la palabra y Marie se alegró. Estaban allí para hacerse oír y las oirían.

—¡Ciudadanos legisladores! Indignadas por las prevaricaciones innumerables que se han cometido en todas las administraciones, y sobre todo en el Ministerio del Interior, venimos a exigir severidad y a reclamar el cumplimiento de las leyes constitucionales. No hemos pedido a voz en cuello esta constitución para que se la viole impunemente. Demostradnos que queréis salvar la patria destituyendo a todos los nobles de los cargos públicos y del ejército.

En varios bancos se oyeron comentarios que Marie no entendió bien. Claire debió de entenderlos mejor porque hizo una pausa, sonrió y prosiguió.

—No basta con haber dado leyes al pueblo, es preciso que el pueblo note sus efectos. Vemos con indignación que mientras unos engordan desangrando al pueblo, éste muere en la miseria. ¿Cómo es posible? Ya no creemos en la virtud de esa gente que bajo el manto del patriotismo se dedica impunemente a cometer injusticias y a explotar al pueblo.

Protestas, risas, miradas condescendientes. Claire continuó.

—¿Queréis convencernos de que no hay defensores de los nobles entre vosotros? Pues destituidlos de todos los puestos que ocupan. Y no digáis que eso perjudicaría al ejército por privarlo de jefes expertos: cuanto más talento tienen, más peligrosos son. Poned en su lugar a esos valientes soldados que hasta ahora han sido suplantados con intrigas. Si en el reino del despotismo lo que prevalecía era el crimen, en el de la libertad sólo el mérito debe contar. Habéis decretado que los hombres sospechosos sean detenidos, pero ¿no es una ley ridícula, cuando los sospechosos son los mismos que deberían hacerla cumplir?

Se oyó una voz en los bancos de la derecha.

—¡Esto es inaceptable! ¡Se pone en duda la buena fe de la Convención!  
¡Ese discurso lo ha escrito Leclerc!

Una oleada de murmullos y comentarios recorrió la sala. Marie vio que desde las gradas en las que estaban Georgette y las demás lanzaban insultos. Madeleine les hizo a las peticionarias un gesto obsceno.

Robespierre, que presidía la sesión, puso cierto orden en la sala.

Claire tenía el ceño fruncido y fulminaba con los ojos. Prosiguió en voz más alta:

—¿Así es como os burláis del pueblo? ¿Así lo recompensáis por los sufrimientos que ha soportado para ser libre? Que el pueblo no se vea obligado a tomarse la justicia por su mano: decretaréis la destitución de todos los administradores que hayan faltado a sus deberes, decretaréis la destitución de todos los ex nobles, decretaréis el reclutamiento masivo de hombres, y así salvaréis la patria.

Se hizo el silencio. No hubo ningún comentario. Robespierre se puso en pie y quiso tomar la palabra. Marie reparó en la elegancia casi afectada del personaje. Esperó que el peso de sus palabras inclinara el plato de la balanza a favor de ellas.

—Doy las gracias a las ciudadanas que nos presentan una petición tan apasionada y patriótica, pero he de decir que poner en duda la buena fe de los miembros de la Convención es un grave error que no podemos tolerar. A nosotros nos mueve un único interés: el bien de los franceses. El norte de todas las acciones que emprendemos es la felicidad del pueblo. Ahora bien, ciudadanas: el pueblo tiene hambre y seríamos terriblemente egoístas si miráramos para otro lado. El pueblo necesita medidas concretas, no vanas esperanzas ni aspiraciones irrealizables que lo distraigan. Por eso propongo que despedamos a las ciudadanas y volvamos cuanto antes al tema principal: el pan.

Hubo un previsible aplauso. Georgette y las demás batían palmas a más no poder. Marie advirtió que la miraban, cuchicheaban y se reían.

Las peticionarias dieron media vuelta.

—¿Qué está pasando? —comentó Pauline—. Hace sólo dos semanas los aplausos habrían sido para nosotras.

—Ha dicho que la constitución no se aplica porque no puede aplicarse.

Claire estaba decepcionada y amargada, pero aún se sentía combativa.

Marie se sentía triste y confusa. Sus presentimientos se habían confirmado. El Incorruptible las había escuchado por cortesía y luego las había ninguneado delante de la asamblea. Pero la cuestión, eso era verdad, era el pan. Las ciudadanas revolucionarias debían pensar en los derechos pero también en el pan, en los móviles que impulsan a los que tienen el estómago vacío y no sólo en los que impulsan a los que tienen un corazón apasionado.

Las puertas de la Convención se cerraron a sus espaldas. Se hallaron fuera del palacio de las Tullerías, indignadas y desconcertadas.

Marie vio que Claire miraba la plaza que tenía enfrente, pero sin ver nada.

—Ellos lo saben —dijo en voz baja—. Saben que no pueden hacer lo que dice la constitución y por eso tienen miedo.

—¿Miedo? —preguntó Marie.

—Miedo del pueblo. Igual que ha derrocado a un rey, el pueblo puede derrocarlos a ellos. Hoy es como si se lo hubiéramos dicho en la cara. Como si los hubiéramos puesto ante un espejo.

Marie no supo qué decir.

Se oyó la voz de una de las más jóvenes del grupo.

—Yo no lo acepto. —Las demás callaron para escucharla—. Yo no lo acepto —repitió la joven en voz más alta. Se llamaba Darcelle, tenía el pelo rubio que sobresalía en mechones del gorro y apretaba los puños—. Se han reído de nosotras.

Fue como si hubiera dado a aquellos ánimos perdidos e inseguros una luz en torno a la cual unirse.

Se oyeron otras voces que repitieron lo mismo. Otras jóvenes. Nudillos blancos, miradas que de pronto se endurecieron y pies que volvieron a pisar con firmeza.

Claire y Marie se unieron al grupo.

Dicen que la última vez que se vio una riña así, con palos pa todo quisque, fue cuando se liaron a tortas los cristaleros y los albañiles en San Antonio un miércoles de finales de verano. A saber por qué las zapatistas de verdá, las que luego todo el mundo recuerda, suceden en verano. Aquella vez estaban todos: Ménétra, ese que se recorría Francia buscando trabajo, que recibió

unas cuantas pero aún dio más; el abuelo del pobre Jacques, que era más pesao que el plomo pero daba cada bofetada... Y estaba también Lecour, el zapatero, que de una patada le saltaba a uno los dientes, y muchos ladrones que iban con los albañiles, aunque como si no fueran, porque éstos sólo entienden de mangar.

Agora de lo que se hablará será de la jarana que han armao las mujeres, las amazonas y las pescaderas, cuando se liaron a palo limpio. Había que verlas tirarse de los pelos y darse de tarascadas, que al final tuvieron que separarlas los polis, aunque repartiendo leña también. Comparaos con ellas, los cristaleros y los albañiles parecían casi amigos.

Las amazonas se fueron pal mercao vestidas de hombre, con escarapelas y algunas con garrote. Se conoce que tenían ganas de bronca porque venían de las Tullerías y habían salido con el rabo entre las piernas; vamos, lo del rabo es un decir. Habían ido a pedir que se hiciera lo que manda la constitución, pero ni caso. Robespierre les dijo que primero había que llenar la tripa de la patria y darles pan a todos. El caso es que las amazonas llegaban al mercao y se encontraron con las pescaderas, que no llevaban ni escarapelas ni gorros frigios. Las mendas marchaban como una tropa e iba también la Marie Nozière, la del barrio.

A decir verdá, en el mercao había también petimetres de esos emperifollaos que apestan a almizcle y que últimamente se pasean por ahí en grupitos, muscadinós los llaman. Al ver a las amazonas se dijeron aquí hay tomate y empezaron a achuchar a las pescaderas: que si éstas son unos marimachos y unos bichos malos, que si se pasan todo el rato metiéndose mano unas a otras, que si os la lían, que si os hacen vestir de hombres y os mandan pal frente... Conque las pescaderas se amoscan y echan mano de las merluzas, y los muscadinós todo es echar más leña al fuego y comerles el caletre. El ambiente se iba caldeando y se veía que iban a darse pal pelo, aunque la cuestión era quién le daba más a quién.

Empiezan a decirse piropos, que quiénes sois vosotras y quiénes son vuestras madres, que dónde están vuestras escarapelas, cuando de pronto las amazonas se lanzan contra los puestos de las pescaderas, garrote en ristre.

¡Qué sarta de patadas, bofetadas, puñetazos y garrotazos! Bueno, las pescaderas soltaban pecezazos, golpes con los peces mismamente. Los puestos patas arriba, la gente escurriéndose en las ostras y pal suelo de culo, los muscadinós partiéndose de risa y diciéndose unos a otros, con la mano en

la boca: «¡Qué 'isa, qué 'isa!», porque ya se sabe que esos pollos monárquicos no quieren pronunciar la erre de revolución...

Como oyes: la Lacombe soltando con su garrote, la Léon, como ha perdido el suyo, le tira de los pelos del coño a una pescadera ya corrida a palos. Una de las amazonas, joven, fina, que parece una niña, se resbala en la carrera, cae, y viendo que se lían con ella a zuecazos, se hace una bola como los ciempiés protegiéndose la cabeza con los brazos. Pero lo ve la Marie, la del barrio, se mete en medio y ayuda a la otra a levantarse. La pobre, molida a golpes, sangra por la cabeza, por la nariz, por el labio, y lleva el vestido perdido, como cuando un borracho se echa encima media botella de tinto, sólo que aquello no es vino, ¡qué va a ser vino! Hablando de la Marie, dicen que salvó también a una pescadera a la que tenían sujeta entre cuatro mientras otra quería meterle una merluza por la boca —aunque otros dicen que por el culo, a saber—, y que la Marie se plantó en medio y dijo que no, que eso no se podía hacer, y, estando diciéndolo, otra pescadera le arrimó por detrás un golpe con un bacalao seco que seguro que le salió un chichón como un puño.

Aquello parecía el Cantar de Roldán, pero en lugar de caballeros había muscadinos y en lugar de cuerno se oyó: «¡Que llega la poli!», y las mujeres salieron todas de estampida.

La poli no hace distingos y suelta a diestro y siniestro, y al que pilla, pilla: hombres, mujeres, amazonas, pescaderas y toda la pesca, nunca mejor dicho. Dicen que hasta apalearon a un perro que ladraba.

Dirás tú: con el Terror a la orden del día, con Sanson que no para, con la hoja de la guillotina parriba y pabajo, nosotros aquí hablando de una pelea de mujeres. Con Tolón que se vende a los ingleses y con los habitantes de la ciudad combatiendo por Luis XVII, con el retoño del Capeto proclamao rey de Francia desde Vandea al Mediterráneo, nosotros aquí hablando de las amazonas que se pelearon con las pescaderas en su terreno y no perdieron. Igual que aquella vez los vidrieros y los albañiles. Tú dirás esto, pero yo te digo que, locas o no, hay mujeres que defienden de verdá la patria, aunque vayan vestidas de hombres.

Marie se preguntó dónde estaría Bastien. Era ya de noche y no le gustaba

que el chiquillo anduviera por las calles, aunque estuviera con Treignac, como sin duda estaría. Estaba pensando si ir a buscarlo o no, cuando llamaron a la puerta y corrió a abrir. Era Darcelle. Llevaba una mejilla hinchada de la pelea en el mercado. Jadeaba, apoyaba las manos en las rodillas y los ojos se le salían de las órbitas.

—¿Qué pasa? —preguntó Marie.

La mujer le hizo señas de que esperara a que recuperase el aliento.

—¡Han detenido a Claire! —dijo, aunque aún le costaba hablar.

—¿Detenido? ¿Cuándo?

—En el club de los jacobinos, hace una hora. Cuando Claire y yo llegamos ya habían empezado. Hablaban de nosotras, queríamos intervenir, pero el portero nos ha dicho que escribiéramos una nota pidiendo permiso al presidente para hablar.

Marie cogió el garrote que tenía junto a la puerta, se caló el gorro frigio —lo hizo con mucha fuerza y le dolió el chichón—, apretó los puños y salió corriendo. Sin preguntar siquiera adónde iban, siguió a la compañera, que ya corría en dirección al centro.

—Nos niegan el permiso —continuó Darcelle—, y con la excusa de que hay mucha gente a mí me impiden entrar. Así que me quedo fuera, y en cuanto entra Claire oigo que empieza a decir esa gentuza: «¡Otra Charlotte Corday!», «¡Largo de aquí!», «¡A la guillotina!», «¡Zorra!».

Costaba correr ligero y a la vez prestar atención al afanoso relato.

—Ha pedido la palabra pero le han dicho que se callara, han seguido insultándola y al final la han detenido y se la han llevado al palacio Brionne.

Marie resopló con más fuerza. Los cargos contra Claire debían de ser graves, cuando la llevaban directamente al comité de seguridad. Iba a pedir más detalles cuando oyó detrás el ruido de un coche. Se volvió rápidamente. Con un giro brusco, un coche evitó atropellarla. El cochero empezó a echar pestes y a dar fustazos al aire. El estrépito de los cascos se mezcló con el tañido de las campanas que daban la hora. Once campanadas.

Como a una señal convenida, Marie y Darcelle echaron a correr, incitadas por un mendigo aburrido.

Sin dejar de correr, avanzaron por la calle de los Lombardos, dejaron atrás la fuente de los Inocentes y llegaron a la calle del Picadero.

El guardia que había en la puerta del palacio Brionne les preguntó qué querían.

–Buscamos a Claire Lacombe, la han traído aquí del club de los jacobinos.

–Pues sí –confirmó el hombre–. Y venía también un montón de gente. Se han quedado un rato aquí fuera pidiendo que la guillotinaran, pero al final se han cansado y se han ido.

–¿Sigue ella dentro? –preguntó Darcelle.

El hombre se encogió de hombros.

–Esperad ahí.

Señaló un poyo de piedra adosado a un muro, dio media vuelta y entró en el edificio.

Marie pensó que aquello era un buen ejemplo de lo que había conseguido la revolución: sólo cinco años antes, cualquier portero de ministerio las habría despedido con cajas destempladas.

Aprovechó la espera para enterarse mejor de lo ocurrido.

–Cuéntamelo otra vez todo desde el principio.

–Lo que te digo –contestó Darcelle–. Hemos llegado con la sesión ya comenzada hacía rato, o sea, que tampoco me he enterado de mucho. Claire ha subido a la tribuna y quería hablar desde allí, pero en cuanto ha abierto la boca se ha armado un escándalo. Yo, aprovechando que el portero ha ido a ver qué pasaba, me he asomado. La tenían rodeada y querían echarla a patadas, pero ella gritaba que la dejaran, que quería que vieran de lo que es capaz una mujer.

–¿Eso decía?

–Eso mismo. Y entonces los muy valientes se han cagado por la pata abajo. Cuidado, decían, que ésta viene armada, y la han soltado. Eso sí, le han puesto al lado dos guardias para impedir que hablara. Y al final han votado tres propuestas: primera, escribir a nuestra sociedad pidiendo que expulsemos a las mujeres sospechosas; segunda, no me acuerdo, y, tercera, llevar a Claire al comité. Y dicho y hecho.

Dos hombres bien vestidos se detuvieron en la acera de enfrente y se quedaron mirándolas con el aire de quien examina un par de bueyes. Era la típica gentuza que salía todas las noches del palacio real. El más alto sacó una bolsita y la sopesó. Marie pudo oír el tintinear de las monedas. Empuñó el garrote y fue a levantarse, pero la llegada del guardia la convenció de desistir. Los dos chulos se fueron entre risitas.

El hombre en uniforme tricolor explicó que un agente había llevado a la ciudadana Lacombe a su casa.

Por suerte, la calle de la Cruz de los Campillos no estaba lejos.

Marie y Darcelle encontraron a Claire en la calle. Estaba mirando las ventanas del edificio en el que vivía.

Se abrazaron estrechamente, delante del cohibido policía.

–Han sellado la puerta –dijo Claire–. Tengo permiso para pasar la noche en mi casa, pero la casa... No se puede entrar.

–Vamos a la sección –propuso Marie–. Veamos lo que dice el delegado. No vas a pasar la noche al raso.

El agente accedió y echaron a andar.

Tampoco la calle de las Conchas, donde estaba la sede de sección del mercado cubierto, quedaba lejos. Las prostitutas pescaban a los clientes en la puerta de sus casas. De una ventana iluminada salía música de violonchelo.

El delegado dijo que no había nada que hacer. Era muy tarde, decía. No tenía instrucciones al respecto.

Claire propuso que, en lugar de sellar la puerta, sellaran sus papeles.

–Me acusáis de conspirar contra la República –insistió–. ¿Qué otra cosa puede interesaros, aparte de mis escritos, cartas, libros?

El hombre del comité no se dejó convencer y les dijo que volvieran a la mañana siguiente. Marie apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia él, como para darle un cabezazo.

–Enseñadnos la orden escrita de sellar mi casa. Tenemos derecho a verla.

El delegado bufó, pero la presencia del guardia lo convenció de respetar el protocolo. Abrió un cajón y sacó unos papeles.

Claire los cogió y los estudió atentamente, con la frente fruncida. Al final devolvió el documento y dio las gracias con una amabilidad falsa.

En cuanto salieron a la calle, el agente le ofreció su hospitalidad.

–Siento las molestias –añadió–. No se trata así a una mujer guapa como vos.

Marie le lanzó una mirada de soslayo. Seguro que creía que las mujeres *como ellas* estaban acostumbradas a irse con los hombres. Quiso decir algo, pero se mordió la lengua. La situación aconsejaba prudencia.

–Pasarás la noche en mi casa –dijo al fin.

Claire la miró. La cara le temblaba de rabia, pero estaba cansada.

–Acepto con mucho gusto, Marie Nozière.

–No tan deprisa, ciudadanas –dijo el guardia, levantando la palma de la

mano con un ademán que quería ser solemne—. Tengo órdenes de controlar el lugar en el que la ciudadana Lacombe pernochará.

Marie se apresuró a dar su dirección y enseñar el certificado de civismo. El guardia se dio por satisfecho y se despidió con una mirada severa. Marie sintió que la invadía una rabia antigua, siempre latente. Pero de nuevo se dominó. Luego las dos compañeras besaron a Darcelle y se encaminaron al barrio de San Antonio.

Anochece en París. A la luz de los faroles, las sombras se alargaban. Cuadrillas de revolucionarios patrullaban las calles en busca de enemigos de la República.

Claire le habló de las acusaciones que le habían hecho en la sección y había leído en la orden de arresto.

El pretexto de todo aquel lío había sido lo ocurrido con Odette Godin. Los jacobinos acusaban a Claire de haberla expulsado de la sociedad como represalia por haber denunciado la influencia que Leclerc ejercía en las ciudadanas republicanas revolucionarias.

—¡Pero es mentira! —exclamó Marie—. No la hemos expulsado. Le hemos pedido pruebas de sus acusaciones.

Claire se limitó a mover la cabeza.

—Chabot se inventa que lo he amenazado por sacar de la cárcel a un noble. Renaudin dice que Leclerc le robó dos pistolas a un amigo y que por tanto he acogido en mi casa a un ladrón. Orland me acusa de subvertir la autoridad establecida. Téchereau dice que soy peligrosa por la lengua que tengo. Bertrand afirma que quiero que el poder ejecutivo lo controle el pueblo. Bazire jura que le he pedido que libere a un contrarrevolucionario de Marsella. Y, por último —Claire reprimió una risotada nerviosa—, un ciudadano anónimo dice que nuestra sociedad es responsable de los tumultos y saqueos de azúcar.

—¿Los de febrero? Yo sí, estaba —dijo Marie dándose una palmada en el pecho—. Pero ¿qué tiene que ver nuestra sociedad? ¡Si se creó en mayo!

Claire asintió.

—Y dice que somos «el correlato femenino de los muscadinos». Ha exigido purgas y arrestos. En ese momento yo estaba ya en las gradas, peleando por intervenir. ¿Y a que no sabes quiénes pedían que me echaran y me cortaran la cabeza? Pues sobre todo mujeres, mujeres como nosotras.

—No, como nosotras no —contestó Marie con amargura.

Claire consideró las palabras de la compañera.

–Sí, Marie, mujeres como nosotras –repitió en tono grave–. La Convención, los jacobinos, creen que aplacan la sed de justicia trucando las cartas. Yo soy una actriz y te digo que estos políticos suben a los bancos y sueltan discursos como un actor haría en un escenario. Para ellos el pueblo no es más que público. Y, mientras, glorifican a Marat. Usan su nombre para atacar a Leclerc. Quieren destruirnos.

Marie caminaba consternada, confusa. El *señor* Robespierre –pues no quería seguir llamándolo ciudadano–, el mismo hombre que en otro momento la había impresionado tanto, asistía impertérrito a la ruina de las revolucionarias, quizá incluso la propiciaba con la respuesta gélida que había dado a la petición que presentaron. La inquietud que reinaba en sus pensamientos se contagió a sus pasos. Tropezó, Claire la sostuvo. Estaban ya en la Bastilla y al poco llegaron a casa.

La llave hizo un ruido seco, la cerradura se abrió y las dos compañeras entraron en la casa en penumbra.

Bastien había vuelto y dormía envuelto en la manta.

El chiquillo oyó los pasos, se volvió y se incorporó, sacando los pies de la cama.

–Ella es Claire –dijo Marie–. Necesita una casa y esta noche dormirá con nosotros. Ahora vuélvete y duérmete.

Bastien obedeció, gruñendo algo para sí.

Tumbadas en la cama, muy cerca una de otra, Marie y Claire permanecieron en silencio escuchando los ruidos de la calle. Antes de dormirse, Claire murmuró:

–No pueden hacernos callar a todas. Sea cual sea nuestro destino, lo aceptaremos. Seremos un ejemplo para las que vengan después.

Las dos mujeres se abrazaron. El cansancio pugnó un rato pero al final venció a la tensión. Marie oyó que la respiración de su amiga se hacía más profunda y hasta que se durmió estuvo dándole vueltas a la misma frase.

«No pueden hacernos callar a todas.»

Aporreaban la puerta. Ése era el ruido que le turbaba el sueño. Llamaban a

la puerta y gritaban. Marie se sentó en la cama, sobresaltada. Estaba sola, Bastien se había ido y Claire se había marchado también hacía un par de horas. Había querido levantarse y acompañarla, pero estaba agotada y Claire había insistido en irse sola.

Se levantó y se asomó a la ventana. Eran sus amigas, las del barrio. La llamaban guarra y decían que buscaban a la puta de Leclerc.

—¿Dónde está la amazona? Deja que hablemos con ella, Marie. —Era la voz de Amandine.

Otras voces comentaban:

—Ya verás lo que le vamos a decir.

Abrió el batiente y, al otro lado del grueso cristal verdusco, Marie vio agitarse caras y bultos. Parecían extraños peces boqueando dentro de una gran pecera.

—No está, se ha ido a su casa —gritó.

—¡No la protejas, más te vale! ¡Que te pelamos el culo a ti también, ojo! ¡Total, ya eres como ellas!

Ésa era la voz de Georgette. Como para que viera que lo decían en serio, empezaron a dar patadas a la puerta.

—¡Sí, que ahora de cara al otoño no es bueno quedarse con el pompis al aire!

Era la voz de Madeleine. Carcajadas destempladas.

La puerta resistiría. Era una puerta recia y la había cerrado con dos vueltas de llave. Marie cogió una silla y el garrote y se sentó a tres o cuatro pasos de la puerta, con el garrote en el regazo, sin saber qué hacer.

Alguien debía de haberla visto volver con Claire.

Alguien las había visto, en efecto. Alguien que en aquel momento tendría que estar en casa y no estaba.

Se llevó las manos a la cabeza y se tapó los oídos. Luego se decidió. Más valía hacerles frente. Se levantó, olvidada del garrote, que cayó al suelo con un ruido seco. Las de fuera continuaban.

—¡No querrás estropear el culo! A lo mejor se tiene que ganar la vida con él. Y lleno de pupas se vendería peor.

—Eso, Marie, deja la aguja y el hilo. Tu destino no es la costura. Y dínos dónde está esa cerda, porque está ahí, ¿a que sí? Dínoslo y no te zurraremos como mereces.

Marie se vio sujetando el tobillo de Théroigne de Méricourt mientras ésta

trataba en defenderse a patadas. Notaba la desesperación de la mujer a la que desnudaban y cuyas nalgas eran expuestas al ludibrio público. Recordó sus protestas y luego, cuando empezaron a azotarla, sus gritos de dolor.

Abrió. Se hizo un breve silencio. La expresión de Marie debía de ser decidida, porque las otras vacilaron.

—Os digo que no está. Mirad.

Georgette la apartó resoplando. Las mujeres se precipitaron dentro, buscaron debajo de la cama, inspeccionaron todos los rincones.

—¿Contentas? —dijo Marie.

—¡Ni de coña, *señora* Nozière! Si no está, la zorra ha estado. Has dado refugio a una contrarrevolucionaria, a la querida de Leclerc, delante de nosotras y de todo el barrio.

—¡Saquémosla fuera!

Madeleine se abalanzó sobre ella de pronto. La agarró por la cintura y quiso derribarla. Marie se resistió y empezaron a forcejear. Las otras intentaban intervenir y maldecían y se azuzaban unas a otras. Por fin Georgette consiguió agarrar a Marie del pelo y estiró fuerte, con ambas manos. Marie lanzó un gemido y cayó. La arrastraron fuera, con amenazas y gritos de triunfo.

Se había formado una pequeña muchedumbre que, atraída por el jaleo, quería disfrutar del espectáculo. Pero Treignac se les plantó delante.

—No te metas, Treignac —dijo Georgette en tono categórico.

Treignac le dio una patada. Propinó otro par de puntapiés a las amigas y les dio unos cuantos empujones. En ese momento, Marie, en el suelo, vio a Bastien. Mientras la gente imprecaba y aplaudía, el chiquillo lo miraba todo con cara seria.

—Y tú, Georgette, ¿no te da vergüenza? —dijo Treignac—. Conoces a la ciudadana Nozière desde que erais crías.

—La *señora* Nozière aloja a contrarrevolucionarios —gruñó Georgette en voz alta, para que todos la oyeran.

Treignac se plantó en medio de la calle con las piernas abiertas y en jarras.

—Existe un tribunal y no es vuestro tribunal de la linterna. El que acusa, juzga y castiga es el pueblo con sus representantes. A Marie nadie la ha denunciado, conque, ciudadanas, a casa, al trabajo, que es donde tiene que estar una revolucionaria valiente, u os detengo ahora mismo, ¡vaya si lo hago!

–Dinos por qué la defiendes –dijo una de las mujeres.

La insinuación cayó en el vacío. La furia de las mujeres se aplacó. Alguien dijo que a Saint-Just no le gustaría ver que se azotaba a las mujeres. Georgette y las demás de dispersaron.

En casa, Marie se sentó como se había sentado poco antes, llevándose las manos a la cabeza. Bastien y Treignac entraron y cerraron la puerta. El hombre empezó a hablar. Bastien cruzó la mirada con su madre sin decir nada.

–Mala idea eso de enemistarse con el barrio. Iban a apalearte. ¿No ves que si sigues con las Amazonas vas a acabar mal?

–¿Porque quieren echar a los aristócratas del gobierno? –preguntó Marie–. ¿O porque quieren que las republicanas lleven escarapela?

Treignac pasó por alto el tono sarcástico y se limitó a menear la cabeza.

–Las mujeres tenéis que ocuparos del pan de vuestros hijos –replicó Treignac–. Es lo que hacías antes de juntarte con éstas. Por eso ahora hay una ley contra los acaparadores y sobre el precio máximo del trigo, y también es mérito vuestro. Pero éstas van por ahí armadas, hacen rondas, quieren hablar en la Convención... Todo eso es cosa de hombres.

Esta vez Marie contestó muy seriamente:

–Las mujeres hacen la revolución igual que los hombres.

–¡Pero no del mismo modo, maldita sea! –espetó Treignac. Cogió una silla y se sentó frente a ella–. Escúchame, Marie. Quédate aquí en el barrio. Yo me encargo de defenderte de Georgette y de las otras, no te harán nada. Tienes un hijo, piensa en él.

Marie miró a Bastien y sintió que la rabia le recorría la espalda y el cuello.

–¡Ese espía! –dijo.

El chiquillo no se inmutó.

–He llamado a Treignac –dijo–. Te he salvado el culo.

Marie se levantó y alzó la mano para pegarle. La dejó un momento suspendida sobre la cabeza despeinada del chiquillo, tras lo cual, en lugar de abatirla con fuerza sobre aquella cara tersa, la bajó despacio y la dejó colgar, inerte.

Marie se sentó de nuevo en la silla y procuró contener las lágrimas. No quería que Treignac y Bastien la vieran llorar.

Treignac indicó al chiquillo que saliera y éste obedeció.

Marie bajó la cabeza. Ahora el policía le hablaba con dulzura.

–Tú has sido la compañera de un patriota caído en Valmy, tienes un hijo, un trabajo, ¿para qué diablos juntarte con esa gente? Actores, gente loca, como esa Lacombe, como ese payaso que te hace la corte y se cree muy listo porque por las noches asusta a los tenderos. ¿Así son los verdaderos revolucionarios? ¿Qué crees que pensaría de ti Marat si te viera con ellos?

Marie no contestó. Siguió con la vista gacha.

–Todo cambia muy rápido –continuó Treignac–. Las Amazonas están ya en un callejón sin salida, lo sé seguro. Y lo mismo Scaramouche. No los sigas a la perdición. –Suspiró y añadió–: Por favor, Marie.

Marie estuvo un momento sin contestar. Luego se reclinó en la silla, con los ojos echando chispas de rabia y desesperación, se levantó la falda y abrió las piernas desnudas:

–¿Es por esto? ¿Crees que no eres como él?

Treignac se sonrojó, pero fue sólo un momento. Luego le tocó una mano y le hizo que se bajara la falda. Se levantó.

–No he venido a joder. He venido a ayudarte.

Se quedó mirándola como para que ella viera la sinceridad que quería transmitirle. No dijo nada más. Se dirigió a la puerta y salió.

Marie se dio cuenta de que estaba llorando cuando vio que las lágrimas le caían en el regazo. Por primera vez en muchos años se sentía completamente sola, como cuando se fugó del convento con un Bastien en pañales. Sólo que, a diferencia de entonces, no se sentía ni mucho menos libre.

LA ESTROFA QUE FALTA EN «LA MARSELLESA»  
de Sylvain Maréchal

¡Oh, tú, celeste guillotina,  
que acortas a los nobles!  
¡Por tu influencia divina  
reconquistamos la libertad!  
Salva las leyes de la nación  
y que tu soberbio arsenal  
se yerga siempre triunfal  
para destruir la reacción.  
¡Afila tus navajas  
para Pitt y su ralea!  
¡Derrama, derrama  
la sangre azul  
de la aristocracia!

## ESCENA UNDÉCIMA

Ex machina

*Finales de septiembre de 1793*

### 1

Los parroquianos de La Gran Pinta le habían regalado un espejo. Instrumento indispensable para un actor solitario y aún más para el nuevo Scaramouche, que no podía pedirle a nadie que le echara un vistazo antes de salir a escena.

Era un espejo de cuerpo entero, lujoso, con marco de caoba. Léo tenía claro de dónde venía: del saqueo de la mansión de un noble emigrado, regalo más que idóneo para un justiciero de acaparadores.

Su traje debía estar impecable para que impresionara al único espectador de la función: la víctima designada. Solamente cuidando los detalles podía hacer que el espectáculo se comentara al día siguiente y llegara al público que merecía.

Se puso el traje de cuero, se ciñó la chaqueta, se calzó los guantes y las botas y comprobó que el lazo de los nudos estuviera perfecto.

El hombre al que debía atemorizar se llamaba Derobigny, mayorista de jabones. El nombre se lo había pasado un grupo de lavanderas. La acusación era grave: no sólo el amigo acaparaba la mercancía para luego especular cuando escaseara, sino que ofrecía descuentos si le pagaban en especie. También por eso se la tenían jurada las mujeres y Léo se había puesto manos a la obra enseguida.

No había investigado sobre si Derobigny era o no culpable. Él no era un poli y aquello no era de su competencia.

–Yo represento al pueblo –dijo dirigiéndose al espejo.

Los preparativos se habían alargado más de lo habitual. Toda nueva acción debía prepararse mejor que la anterior. Aquel Treignac lo había avisado: el tiempo de las improvisaciones había acabado. Si quería hacer carrera en el

Nuevo Teatro, debía aprender a no dejar huella más que en el corazón de los espectadores.

Lo primero: estudiar al adversario. Derobigny era un comerciante rico, arrogante, que solía juntarse con gente de su misma calaña y, sobre todo, llevaba una pistola de gran calibre.

Léo había pensado en atacar en mitad de la noche, cuando su víctima durmiera profundamente.

Y había empezado a estudiar el terreno.

El hombre vivía en un apartamento del segundo piso de un edificio burgués, cuyo portal daba a la calle de San Pablo. Detrás había un callejón estrecho y sin salida, al que daban unas ventanas pequeñas. Debajo de la cornisa sobresalía una viga de la que colgaba una polea.

Léo tenía decidido usarla para salir a escena *ex machina*.

En el patio de La Gran Pinta había una polea igual. Se había pasado toda una tarde ensayando el lanzamiento, con una soga y un gancho de carnicero. A la mañana siguiente, entrenamiento intensivo de escalada por cuerda. Cuando llegara arriba, no le sería difícil forzar el ventanuco, que parecía, por su aspecto desvencijado, el de un trastero. Para asegurarse, Léo le había pedido prestada una barra de hierro a Patrique el tonelero, quien, según se decía, usaba ciertos utensilios para allanar moradas más que para destapar toneles.

—Yo represento al pueblo —declamó blandiendo el pie de cabra.

Se dio cuenta de que la frase se prestaba a dos interpretaciones. «Representar al pueblo» significa actuar en su nombre, pero también «ponerlo en escena». Scaramouche interpretaba lo que el pueblo haría a los acaparadores si pudiera actuar con rapidez e impunidad como un hombre enmascarado al amparo de la oscuridad. Aquélla era la forma de representación más genuina, y no la que daban las elecciones, los mandatos y las largas sesiones entre cuatro paredes. No por casualidad la revolución había concedido a los actores el sacrosanto derecho a ser elegidos. Muchos de sus colegas habían entrado en la guardia nacional después de la toma de la Bastilla, para indignación de los que los llamaban «los comediantes combatientes». Gente zafia, desechos del antiguo régimen, en el que a los actores se les negaba sepultura en tierra sagrada. Ahora, en cambio, un saltimbanqui como Collot d'Herbois tenía un escaño en la Convención y la

sede de la Convención misma era la sala de espectáculos de las Tullerías, un teatro de seis mil plazas.

–Yo represento al pueblo –repitió con complacencia.

Se puso la capa, se caló la capucha, metió los utensilios en una bolsa y salió a la noche.

Cuando llegó al callejón desde el que entraría en escena, se dio cuenta de que el entrenamiento de los días anteriores tenía una pega: faltaba la luz del día. Sin ella, enganchar la soga al brazo de la polea era mucho más complicado. Además, aquel callejón era estrecho, y él se había ejercitado en un patio, donde podía moverse a sus anchas y bracear con soltura. En el primer intento, el gancho rebotó en la pared que tenía detrás y a punto estuvo de atravesarle la capucha como si hubiera sido un anzuelo. Un palmo más abajo y se le habría clavado en la nuca. Léo se imaginó su cadáver: lo encontraban por la mañana en medio del agua del desagüe, como un enorme pez pescado con anzuelo y disfrazado de Scaramouche. Decidió recoger más la soga y hacerla girar al lado en lugar de por encima de la cabeza, y al décimo intento, más o menos, lo consiguió.

Dio un par de tirones a la soga para ver si aguantaba: sí, aguantaba. Se escupió en la palma de las enguantadas manos para mejorar el agarre y emprendió la escalada apoyando los pies en la pared y en los nudos que había hecho en la cuerda.

Tenía agujetas en un hombro de haber lanzado tantas veces la soga y la subida le costó más de lo que le había costado en los ensayos generales.

Por suerte, el ventanuco estaba medio descuajaringado, como esperaba, y el utensilio de Patrique funcionó con gran profesionalidad.

Scaramouche se puso la máscara, la ajustó a la nariz, abrió completamente la ventana y entró en el piso del infame Derobigny.

La oscuridad no permitía ver nada, pero supo que se hallaba en una estancia de dimensiones reducidas. El olor a resina y a carbón que había hacía suponer que era una leñera. Reinaba el silencio, la casa dormía.

Avanzando a tientas, dio con el tirador de una puerta en la pared de enfrente. La accionó y abrió un poco. Una luz débil se filtró en el cuarto. Abrió un poco más y vio un escritorio, una silla, un candelabro con tres velas, de las cuales dos ardían. Abrió otro poco la puerta, asomó media cabeza y comprobó que no había nadie. ¡El rico aprovechado se permitía el lujo de acostarse olvidando apagar las velas!

Entró y se desplazó arrimado a la pared, con el pie de cabra pegado a la pierna derecha.

Cuando llegó a la esquina, respiró y giró el cuello para quitarse los nervios. Se asomó al otro lado.

Una mano lo agarró del hombro y lo tiró al suelo, golpes que debían de ser patadas lo alcanzaron en las costillas y en el vientre, intentó reaccionar pero alguien le arrebató el arma.

—¡Quieto o disparo!

Léo miró hacia arriba y vio tres bultos de pie.

En el pasillo de detrás se abrió una puerta y apareció un hombre que llevaba una lámpara.

La luz cambió de manos y acabó iluminando una cara, un brazo y una pistola.

—¿Treignac? —preguntó Léo, aunque la pregunta se la hacía a sí mismo.

—Roland, las esposas —ordenó el poli a uno de sus hombres.

Lo dijo en un tono seco, terminante, que apenas acusaba el cansancio de las tres de la madrugada. Léo comprendió que no se libraría del arresto con ninguna excusa. Aun así, quiso justificarse.

—Derobigny acaparaba...

—Derobigny está en la cárcel —contestó Treignac—. Desde ayer por la tarde.

Léo acogió la noticia con una maldición. Le pusieron las esposas.

—¿De qué me acusáis? —preguntó entonces—. No he robado nada.

El policía se abalanzó sobre él, le quitó la capa, le cogió la máscara por la nariz y se la arrancó. Léo se vio con el cañón de una pistola entre ceja y ceja.

—Si Derobigny es o no un acaparador lo decidirá el tribunal —dijo Treignac—. Pero tú irás a la guillotina sin necesidad de juicio.

—¿A la guillotina?! —exclamó Léo—. Pero ¿estáis loco? Yo soy buen ciudadano, un revolucionario.

—Tú eres un payaso —le soltó Treignac—, un payaso que se ha arrogado el derecho de hacer justicia. Ésa es una forma de acaparamiento y como acaparador serás juzgado.

—¡Y un cojón! —gruñó el actor, babeando de rabia. Sólo de pensar en la guillotina se le ponían los pelos de punta. Sabía que el policía no podía hablar en serio, que le tenía celos y se lo tomaba como una cuestión personal, pero también sabía que en los turbulentos tiempos que corrían la posibilidad de

acabar en el patíbulo nunca era remota. Por eso siguió renegando destempladamente, olvidado de sus dotes de actor.

Treignac indicó a sus hombres que lo levantaran y se lo llevaran.

Recogió la máscara de Scaramouche y se la ató a la cintura como si fuera un trofeo de caza.

## 2

De nuevo estaba en una celda y de nuevo lo asaltaban los recuerdos.

«Tú eres un payaso», le había dicho Treignac.

Era lo mismo que le había dicho Mingozi hacía siete años, moviendo la cabeza, la última vez que se vieron, el último día que pasó en Bolonia.

Por una ironía de la suerte, también era uno de los últimos días de carnaval, como en la comedia de Goldoni, que el maestro había escrito para despedirse de Venecia, antes de partir para Francia.

Cuando aprendió a defenderse, leer, escribir y hacer cuentas, en este orden, Leonida se hizo ayudante de su casi padre. Mingozi era sexagenario, edad considerabilísima; aquel viejo cuerpo se movía ya con parsimonia, tenía la vista débil y el muchacho le era muy útil: lo ayudaba con las cosas pesadas y le hacía recados en la ciudad. «¡Abrid paso al factótum!», bromeaba Leonida mezclando dialecto boloñés y latín a la manera de un personaje de comedia que tenía mucho éxito, el doctor Gracián.

De hecho, la pasión por el teatro seguía viva. El muchacho, ya casi un hombre, convenció al marqués Albergati de que lo acogiera como actor. Las más veces era un simple figurante, en el papel de un mozo que entraba en escena, salía y no volvía a aparecer, o de un dependiente que despachaba a una comadre detrás de un mostrador, o de una persona cualquiera en una escena de calle.

Aprovechando los recados en la ciudad, empezó a asistir a espectáculos callejeros y, siempre que podía, a los ensayos de las compañías teatrales. Iba a los ensayos porque las representaciones se daban por la noche y él no podía quedarse. Una hora antes de anochecer salía por Puerta Zaragoza y se dirigía a Zola. Bolonia, con su esplendor, sus palacios, sus pórticos concurridos, sus

calles y plazas llenas de color, sus mercados, sus personajes pintorescos, sus jóvenes descarados, sus bellas mozas...

Bellas mozas también había en Villa Albergati y alrededores y Leonida no era tímido. Ya había tenido no pocas citas galantes con criaditas, lavanderitas y campesinitas en bosques y pajares, e incluso se había dado algún que otro revolcón con las doncellas de la villa aprovechando que arreglaban alguno de los aposentos barrocos. Se había criado como el hijo de todos y para él todas eran hermanas y hermanitas, y hacerles la corte era un juego.

Las mujeres de Bolonia eran otra cosa mucho más seria. Para un muchacho de campo eran un reto, y cada mirada era una promesa, una insinuación... O por lo menos así le parecía a Leonida, que más de una vez malinterpretó una mirada, un gesto, una palabra dicha a media voz, y se comportó como el palurdo que era, con lo que enseguida se vio perseguido por el hermano, el padre o el novio de la moza en cuestión. Gracias a Dios, y a las lecciones de Mingozi, el joven no salía mal parado de las riñas, aunque no pudiera evitar volver a casa con la marca del día: un araño, un rasgón en la camisa, un ojo morado.

A Mingozi no le gustaban nada aquellas largas ausencias, aquel callejear por la ciudad y, sobre todo, aquel buscar bronca sin necesidad. Acogía a Leonida con reproches graves: «¡Otra vez te has peleado con algún desgraciado! ¡Me traes por la calle de la amargura! ¿Dónde está el dinero que te di? ¿Otra vez te lo has gastado en vino y en putas? ¡Tienes más de veinte años y aún no has sentado la cabeza! ¡Búscate una buena mujer!»

Leonida era un joven inquieto y no aceptaba «quedarse en su sitio», si es que alguna vez había aceptado estar en uno. Un día le dijo al viejo que era «como el administrador de los Montagó, que aconsejaba a los demás que ahorraran para gastar él», o, en otras palabras: tenía gracia que le predicara que no fuera con mujeres cuando él, que no se había casado, había diseminado hijos por todo el territorio entre Santarcangelo y Castelfranco.

A todo esto, los años pasaban y Leonida, a decir verdad, iba poco de putas. No lo necesitaba: los apetitos de la carne los saciaba con sus «hermanas» y, mientras, se las echaba de galán y buscaba un amor en nombre del cual –¡él, un huérfano!– pudiera desafiar al mundo, un amor como los que cantaban los trovadores. Y seguía soñando con ser actor, y de hecho lo era, porque el marqués Albergati le daba papeles cada vez más importantes.

Lo que le faltaba, en aquel ir y venir vagabundeando de Zola a Bolonia, era

la gloria. Además del amor, naturalmente. A lo más, tenía amoríos.

Los barrotes se abrieron para Léo a los diez días de cárcel, la pena máxima por allanamiento de morada y tiempo suficiente para pasar hambre, coger un feo resfriado y cubrirse de sarna.

El guardia le arrojó un fardo que pesaba bastante: el disfraz de Scaramouche.

Léo protestó: faltaba la máscara.

—¿Qué máscara?

—Una máscara de cuero con la nariz grande.

—Yo no he visto ninguna máscara —sonrió el celador con aire socarrón—. Y ahora, ¡aire!

El carcelero lo escoltó; recorrieron un pasillo, franquearon dos puertas de barrotes y llegaron a la sala de recepción.

Treignac y los otros dos policías lo esperaban.

—Atadle las muñecas —ordenó el primero a los segundos.

—¿Por qué? —se sublevó Léo—. Ahora soy un ciudadano libre.

—Poco a poco —lo aplacó Treignac levantando la mano mientras los policías procedían a atarlo con una gruesa cuerda.

Léo no se resistió, por no dar motivo de que lo acusaran de más cargos, pero sí reivindicó con voz airada que tenía derecho a saber adónde lo llevaban.

—A la plaza de la Revolución —fue la única respuesta—. Quiero que veas una cosa.

### 3

En el patio los esperaba un carro de los que se usan para transportar paja.

En el carro, entre guardias, había dos hombres vestidos de rojo. Léo los reconoció a los dos.

Uno era Jean Derobigny, el acaparador de jabón.

El otro era Henri-Charles Sanson, el verdugo de París.

Léo notó que el estómago se le encogía, pero se dijo que no podían llevarlo al patíbulo así como así. Además, tampoco le habían puesto la camisa roja ni le habían cortado el pelo, como se hacía con los reos.

—¿Estáis locos? ¡Acaban de soltarme! —exclamó, pero los policías lo subieron al carro sin decir nada, el cochero arreó los caballos y franquearon la gran verja de salida.

En la calle no los esperaba la muchedumbre de las grandes ejecuciones, sino un grupito de lavanderas que recibió a Derobigny con burlas e insultos. Léo vio a las mujeres que le habían señalado al acaparador y, para que no lo reconocieran, se sentó con la cabeza gacha. Derobigny, enfrente, lloraba a lágrima viva.

El carro avanzaba deprisa siguiendo una ruta poca transitada. Entre tumbo y tumbo, Léo pensó que Treignac, en su perfidia, había escogido para él la justa pena del talión: el actor obligado a esconderse, a avergonzarse ante su público. Seguramente en la plaza de la Revolución habría gente de San Antonio, parroquianos de La Gran Pinta, quizá incluso Marie Nozière, se apostaba lo que fuera.

Sin levantar la cara, vio de reojo el patíbulo. Tampoco allí había mucha gente: un centenar de personas y algunas caras conocidas. En primera fila, mujeres tricotando.

El carro se detuvo detrás de la tarima de la guillotina. Medio oculto por el aparato, Léo pudo enderezarse.

El verdugo Sanson avisó al condenado de que había que moverse. Derobigny quiso mostrarse digno, pero era difícil: tenía la cara cubierta de costras, el pelo revuelto, parecía que lo hubieran ejecutado hacía dos días y ahora lo sacaran de la tumba para cortarle la cabeza.

Cuando subió al patíbulo no pudo contenerse y rompió de nuevo a llorar, gritando:

—¡Piedad!

La multitud le silbó como si fuera un figurante que se equivoca en su única frase. Los insultos y las befas continuaron hasta que Sanson, tirando de una soga, subió la cuchilla de la guillotina. Entonces se hizo el silencio y la respiración de todos quedó en suspenso como la guillotina misma. Los ayudantes del verdugo tumbaron al reo, que en aquel momento parecía que no tuviera voluntad y fuera un muñeco de carne y hueso. Le indicaron a su jefe que todo estaba listo. Sanson soltó la cuerda.

La cuchilla cayó *ex machina* como un antiguo dios de la tragedia griega.

El pueblo celebró su funcionamiento con un aplauso convencido.

Una actuación seca, precisa, sin errores.

Tras la cual la gente empezó a irse, alegre y dándose palmadas en la espalda.

Léo estaba alelado y era incapaz de moverse. Notó que le cogían las muñecas y que le cortaban las ligaduras con un cuchillo.

–Búscate un trabajo honrado o enrólate voluntario.

No había animadversión en el tono de Treignac. Ya no, ahora que había ganado. Después de la humillación, podía concederle el honor de las armas. Le lanzó la máscara. Léo no pudo atraparla y tuvo que recogerla del suelo.

Echó a andar hacia una bocacalle, pero cuando llegó se detuvo como atraído por una fuerza magnética. Se volvió y miró otra vez la guillotina, en medio de la plaza.

Era aquélla una actriz ante la que sólo cabía inclinarse, una actriz tan grande que podía permitirse llevar un comparsa de primera categoría: el verdugo Sanson. Comprendió que había sido un error querer actuar solo. Los grandes protagonistas se reconocen por los grandes comparsas que les dan la entrada. Gracias al apoyo de su compañía itinerante, Doña Guillotina representaba al pueblo mucho mejor que su mísero Scaramouche. Y el pueblo se había encomendado a Scaramouche solamente porque faltaba la guillotina y hasta que la verdadera justicia cayera sobre los culpables, del mismo modo que una compañía se encomienda a un sustituto cuando el protagonista está en la cama con fiebre. Si a los acaparadores se les aplicaba la pena de muerte, el sustituto debía salir de escena. Hasta el policía lo había entendido así y, con la pedantería propia de su oficio, había querido hacérselo ver.

Extracto de  
CARTA A DESFONTAINES  
de Philippe Pinel

París, 27 de noviembre de 1784

Algo más he de deciros sobre el magnetismo, aunque ahora esté en declive, sobre todo en el ánimo de la gente discreta, después del informe emitido por la academia y la facultad. Ha habido réplicas, se han multiplicado las *brochures*; pero, para desgracia de los autores, casi nadie lee esos libros. El gobierno lleva tiempo queriendo iluminar a la opinión pública sobre esta especie de manía, que se ha puesto de moda sólo gracias al crédito de sus partidarios. Ahora están llevándolo a escena y creo que con eso le dan el golpe de gracia.

En los Italianos se representa una pieza titulada *Los médicos modernos* en la que Mesmer, el líder de la secta, aparece como una figura de una frivolidad y una gracia deliciosas; la gente no para de reír y si vos la vierais comprobaríais que es un remedio seguro contra la melancolía. Nada parece hacerles más daño a los mesmeristas que este golpe. Con todo, las damas siguen teniendo una grandísima afición a esta nueva disciplina, pues, como el médico las magnetiza por medio de ciertos tocamientos y manipulaciones, les resulta de lo más placentero. Yo mismo he querido aprender los secretos de este arte para ver en qué consiste, he jugado con cubos y hasta he magnetizado en el gabinete del señor Deslon durante dos meses. Esto ha ocasionado alguna que otra aventurilla galante y así, cuando la razón se adormece, siento cierta inclinación a prescribir a las damas la fascinante maniobra del magnetismo. A los hombres, en cambio, los rechazo sin contemplaciones y los envío a la botica. Pero ya nos reiremos de todo esto cuando vengáis.

## ESCENA DUODÉCIMA

Locos de atar

*Fines de septiembre de 1793*

### 1

Los alaridos se propagaron en cadena por todo el pabellón. Cada cual los repetía, los amplificaba, los transmitía un poco más allá. Cuando le llegaron, Laplace saltó del catre y salió al pasillo, movido por un presentimiento horrible. Desde que magnetizaba de nuevo, sus percepciones se habían agudizado y ahora tenía la sensación de que algo irreparable se había producido.

Siguió la cadena de los alaridos, pasando por delante de las puertas de los alienados que gritaban. Cuanto más se acercaba al epicentro, más fuerte se hacía el presentimiento y más rápido le hacía correr. La carrera se interrumpió ante la puerta del dormitorio común, custodiada por el celador corpulento de la nariz aguileña, que le echó el alto.

–¡Dejadme pasar! ¿Qué ha sucedido? –dijo Laplace.

La expresión estólida del hombre no varió, como si hablara con la pared.

Laplace lo miró a los ojos, le puso los dedos de una mano en la frente y los de la otra en el hombro.

–Déjame entrar –dijo en tono firme.

El hombre se hizo a un lado.

Laplace franqueó la puerta y la escena que se ofreció a sus ojos lo dejó desconcertado.

Lo primero que vio fue la mata de rizos rubios de Malaprez, que se agitaba como una crin en medio de tres fornidos celadores. Los alaridos salían de la caverna negra que se abría en medio de la cara roja. Como si Malaprez no pudiera cerrar la boca, los sonidos brotaban ininterrumpidamente, hasta que se quedaba sin aliento y se callaba para volver a empezar. Uno de los energúmenos lo tenía sujeto contra la pared con un instrumento consistente

en un semicírculo de metal provisto de un largo mango de madera. Los otros dos le habían puesto la camisa de fuerza y estaban atándole las mangas a la espalda. Laplace tuvo el impulso de intervenir, pero se abstuvo, comprendiendo que se arriesgaba a que lo atropellaran.

Entonces reparó en el hombre que había en el suelo. Yacía de espaldas, con la cara ladeada y los ojos cerrados. Lo reconoció: era Cabot, el loco al que Malaprez había reducido en el patio hacía un tiempo y que le había dado un palazo en el hombro. Había sido él, Laplace, quien le ordenó a Malaprez que lo redujera.

Inclinado sobre Cabot estaba el gobernador Pussin. Laplace se le acercó.

—¿Está muerto? —le preguntó.

Pussin contestó sin mirarlo.

—No.

Laplace dio unos pasos hacia Malaprez, que había acabado en el suelo, bajo el peso de los dos hombres.

—¡Soltadlo! —dijo, procurando que se le oyera entre los gritos de Malaprez—. ¡Dejadme a mí!

Buscó la mirada de Malaprez, pero el joven tenía los ojosidos, babeaba y sangraba por un oído. No había manera de magnetizarlo. Aun así, Laplace decidió intentarlo, pero notó que lo cogían fuertemente del hombro y tiraban de él.

Se volvió con un arrebatode rabia y se halló ante Pussin.

—Vos no debéis estar aquí —intimó el gobernador—. Volved a vuestra celda.

—Puedo calmarlo —protestó Laplace. Pero Pussin tiró de él con más fuerza y Laplace no pudo reprimir la rabia que sentía—. ¡Os digo que puedo calmarlo!

Su grito se mezcló con los de Malaprez. Vio que el celador de la nariz aguileña se le acercaba y dejó de oponer resistencia. Se dejó empujar hacia la pared, contra la que lo sujetó una manaza puesta en el pecho.

Vio que se llevaban en peso a Malaprez y luego a Cabot, que seguía inconsciente.

Sólo entonces se dirigió a Pussin.

—¿Queréis decirme qué ha ocurrido, por Dios?

El gobernador dio un suspiro que pareció aliviarse poco.

—Cabot ha agredido a Malaprez. Imagino que quería vengarse. Le ha dado en la cabeza con un ladrillo. Habrá rascado la pared de la celda hasta sacarlo. Malaprez ha reaccionado y ha estado a punto de matarlo.

–O sea, ¿que se ha defendido? –dijo Laplace.

Pussin miró hacia la puerta por la que se habían llevado a los dos alienados.

–Soy el único responsable. –Y dirigiéndose al celador–: Llévalo a su celda.

De camino a ella, Laplace aún le dijo al gobernador:

–Dejadme hablar con el nuevo médico.

No obtuvo respuesta. Pussin, cabizbajo, se limitó a mirarlo inexpresivamente.

El pabellón parecía haberse tranquilizado. Al pasar por la celda de Malaprez, Laplace se asomó por el ventanuco y lo vio atado y amordazado. Gruñía sordamente, se agitaba y pataleaba contra la pared. Meses de trabajo tirados por la borda, pensó Laplace. El celador le empujó para que siguiera andando y él tuvo el impulso de volverse y pegarle. Se contuvo y poco después se hallaba en el catre. Antes de que la puerta se cerrara, dijo:

–Decid que quiero hablar con el doctor Pinel.

No obtuvo respuesta.

Pasó una noche agitada, marcada por el gemir sordo y continuo de Malaprez, en la celda de al lado. No se durmió hasta poco antes del amanecer y cuando despertó lo impresionó el silencio que reinaba. Salió corriendo del cuarto. La mirilla de Malaprez estaba abierta y pudo mirar dentro. La celda estaba vacía.

## 2

–Buenos días, ciudadano Laplace. Siéntese, tenga la bondad.

Philippe Pinel estaba escribiendo con una larga pluma de oca en un cuaderno lleno de notas. En la nariz, una nariz no exactamente ganchuda pero tampoco elegante, llevaba unos anteojos de muelle que dejó con cuidado en la mesa cuando terminó de escribir.

–Queríais verme.

Laplace no habló enseguida. Se tomó unos momentos para estudiar la fisonomía del médico. En su primer encuentro, demasiado fortuito y entre demasiada gente, no había podido observarlo bien, y ahora, en la soledad y el silencio del despacho, podía oír todas las inflexiones de su voz, ver todas las arrugas de su cara y, sobre todo, observar su expresión. La frente despejada,

los ojos redondos y la sonrisa leve le daban un aire bonachón. Sin embargo, detrás de aquella apariencia, había algo que Laplace, sin saber bien por qué, comparaba con el hueso de una fruta madura, algo con lo que, si uno daba un mordisco fuerte, podía partirse los dientes.

–Se trata de Malaprez –dijo.

Pinel no pestañeó.

–Lo habéis trasladado a otra ala del hospital –prosiguió Laplace.

–Así es.

–¿Puedo preguntaros por qué?

–Para alejarlo de vos.

La respuesta alcanzó a Laplace como una puñalada y comprendió que sus impresiones eran acertadas. Allí tenía a un adversario. «Por fin», le dijo una voz interior, pero siguió aconsejándole prudencia.

–Entiendo –dijo con una tranquilidad forzada–. Quizá no os han informado de que he sido yo quien ha devuelto a Malaprez el civismo y la cordura.

Se interrumpió y esperó la réplica, que no tardó en llegar.

–El gobernador Pussin me ha puesto al día sobre su caso, sí. Y también sobre el vuestro. –El tono no era amenazante, no tenía necesidad–. Es verdad que habéis amansado a Malaprez –prosiguió el médico–, pero no lo habéis curado, ni mucho menos.

–¿No es el resultado práctico lo que importa? –preguntó Laplace–. Antes gruñía y ahora habla.

–A decir verdad, después de la agresión ha vuelto a gruñir. –El tono de Pinel era vagamente paternalista–. Lo azuzasteis contra otro paciente y eso le costó una fea luxación. Ahora el otro ha querido vengarse tratando de abrirle la cabeza con un ladrillo y Malaprez ha vuelto al estado anterior a vuestra... ¿cómo debo llamarla?... ¿Intervención? ¿Tratamiento?

Laplace reprimió la rabia que sentía comprendiendo que Pinel quería provocarlo, porque sabía. Sí, sabía.

–Dejadme que me ocupe de él. Lo devolveré a la normalidad. Vos mismo lo veréis.

La sonrisa de Pinel se hizo afable y aún más irritante.

–No puedo daros gusto. Malaprez es un huésped de este hospital y como tal está bajo mi responsabilidad. No creo que le hayáis hecho bien. Como no se lo habéis hecho a vuestros Marat.

–Negáis la evidencia –dijo Laplace esbozando una sonrisa nerviosa.

—Y vos sois un hipócrita, ciudadano Laplace —rebató Pinel sin hostilidad—. Los tratamientos magnéticos a los que sometéis a las mentes simples sirven para sugestionarlas, quizá para subyugarlas a una fuerte personalidad como la vuestra. Pero mi deber es curarlas. Sólo sanando del mal puede el hombre ser libre.

Ahora veo, pensó Laplace, que el juego se descubre y se ponen las cartas sobre la mesa. Ya no había nada que ocultar, se hallaba frente a una voluntad tan fuerte como la suya. Tenía delante al Enemigo. Y merecía una última sentencia.

—No todos pueden curarse. El mal es una realidad eterna —dijo.

—Aun así, mi deber es combatirlo por todos los medios —replicó Pinel con la misma calma—. Mi deber, no el vuestro —añadió—. El médico soy yo, vos sois el paciente. Por lo demás, me consta que estáis aquí por voluntad propia. Por lo tanto, podéis iros voluntariamente si no aprobáis mis métodos terapéuticos o mi filosofía.

Laplace apretó la mandíbula. Se levantó, amagó una inclinación y abandonó la estancia.

### 3

No tenía ninguna intención de quitarse de en medio, al menos de momento. Lo haría a su debido tiempo, pero ahora había encontrado a Pinel y no dejaría que se le escapara fácilmente. Daba gracias a su suerte por haberle deparado a un adversario digno con el que medirse. Era la ocasión de ponerse a prueba, antes de volver al mundo. ¿No se había dicho muchas veces, en aquellos largos meses, que Bicêtre no era sino el espejo de Francia? Se templaría bajo aquella mirada de padre Prometeo y llevaría a término la preparación delante de sus feos narices.

El programa que se fijaba era como la nueva constitución republicana: difícil de llevar a cabo, un desafío a la historia. Empezaría enseguida, reduciendo al mínimo el contacto con los demás internos y encomendándose a la meditación y a los ejercicios espirituales. Y como debía mantener el cuerpo fuerte, haría gimnasia en la celda una hora antes del alba y caminaría al menos tres leguas diarias, unas treinta vueltas al patio.

En una de aquellas caminatas, tres días después de la conversación con

Pinel, vio aparecer, entre los visitantes, el sombrero negro de La Corneille. Lo había convocado con una nota en clave que le había dado a un proveedor de París.

Sin que se le notara, se congratuló del celo del subordinado.

—Mi señor... —lo saludó La Corneille encogiéndose dentro del gabán. La cara de calavera parecía más monstruosa de lo normal, quizá debido a la excitación que lo invadía.

—Acompáñame —ordenó Laplace sin dejar de caminar a buen paso.

La Corneille echó a andar a su lado.

—Teníais razón, mi señor. Han empezado a matarse unos a otros. Después de los girondinos les ha tocado a los rabiosos y a los líderes del ayuntamiento de París. Robespierre no tolera rivales.

Recibió un puñetazo en el hombro y retrocedió, encogiéndose más.

—¡No lo entiendes! —exclamó Laplace—. Robespierre no aspira a otra supremacía que a la de la República. No quiere nada para sí, todo para Francia. Es precisamente con lo que contamos. El próximo blanco será Danton. Es un intrigante y un corrupto, pero también el héroe del 10 de agosto. Es perfecto para una catarsis colectiva.

—¿Una... *catarsis*, mi señor? —preguntó La Corneille.

—Olvidalo. Lo importante es que las cosas avancen hacia su necesario epílogo. Y estaremos preparados. —Laplace no reducía el paso—. Escúchame bien. Tienes que buscar a gente decidida que crea en la causa de una Francia monárquica. Gente que no tenga miedo de hacer lo que haya que hacer. Y que sean pocos, de momento.

La Corneille respiraba con sofoco y las mejillas habían pasado de grises a amarillas.

—Sí, señor.

—Míralos a los ojos y lee en ellos la misma desesperación que tú sientes. Será nuestra mejor aliada. Ofréceles una esperanza. Mejor: una idea.

—¿Una sola, mi señor?

—Una es más que suficiente, si es la justa —sentenció Laplace.

La Corneille jadeó, tosió, pero siguió caminando a su lado.

—¿Qué idea?

Laplace se decidió a reducir el paso.

—Venganza.

Una mueca que era mitad de cansancio y mitad de satisfacción desfiguró la

cara mutilada de La Corneille.

–Querrán saber quién sois... y qué deben hacer.

–Lo sabrán en su momento –contestó Laplace–. Por ahora han de limitarse a observar. Cualquier detalle podrá ser útil, incluso el menos importante. Que tengan vista y paciencia. Eso es la devoción. Rechaza a los apresurados. –Cogió a La Corneille por la solapa–. Escoge bien. No busco filósofos, sino soldados.

–Confiad en mí, mi señor.

Laplace lo soltó.

–Ahora vete.

Una vez solo, aceleró el paso y siguió contando las vueltas que daba al patio, mientras miraba hacia arriba, al segundo piso del edificio del lado norte, donde Pinel tenía su despacho.

Le placía imaginar que el director lo miraba y leía el desafío en sus ojos.

Extracto de  
MEMORIAS PARA LA HISTORIA  
E IMPLANTACIÓN DEL MAGNETISMO ANIMAL  
de Armand-Marie-Jacques de Chastenet de Puységur (1784)

La primavera pasada mi tratamiento se hacía en torno a *un árbol*: el movimiento vegetal añadía una fuerza más a la *electricidad animal* y esta acción combinada producía efectos más suaves y más satisfactorios para quien se sometía a ellos: *ninguna convulsión*, o, si algunos enfermos experimentaban temblores en la primera experiencia, bastaba un leve toque por mi parte para liberarlos de una vez para siempre.

Hablando de mi tratamiento *magnético-vegetal*, no puedo menos de mencionar al señor Bertholon, de la academia de Montpellier, que se ha ocupado de la electricidad de los vegetales y nos ha proporcionado instrucciones muy ingeniosas para extraer el aire *desflogisticado* de la transpiración de las hojas frescas expuestas al sol. Si hubiera dado un paso más, habría visto que ese aire *desflogisticado* es precisamente la parte del *fluido universal* que los vegetales modifican para formar y nutrir su organismo, y que en eso consiste la única causa del efecto saludable que él creía, con acierto, resultado de la comunicación de dichos vegetales con los animales.

Reconociendo que este aire desflogisticado es el principio del aire respirable, que las aguas que contienen ese aire son más saludables, que sin ese aire no habría ni *combustión*, ni *calor*, ni *vegetación* ni *vida* en la naturaleza, ¿cómo es posible que los estudiosos no hayan llegado a la conclusión de que existe un fluido universal? Con un poco menos de soberbia, hombres de tanto genio no habrían dejado de reconocer que el señor Mesmer ponía ante sus ojos la única causa de los efectos por ellos tan justamente reconocidos.

## ESCENA DECIMOTERCERA

Jean del Bosque

*Finales de verano de 1793*

### 1

«Volvemos a París», había dicho Radoub, y D'Amblanc se había tragado todas las objeciones.

Si hubiera sido sólo por los dolores que lo atormentaban, se habría aguantado y habría llevado a término la misión, pero sus males, unidos a los de Auvernia, hacían que quedarse allí fuera demasiado peligroso. Feyfeux y el Mercado, además, debían volver a San Martín a finales de semana, «para la recogida de la castaña», habían dicho, aunque, a juzgar por el color verde de los erizos de los castaños, eran preocupaciones muy distintas las que los llamaban a casa.

Viajaron dos días bajo una lluvia ininterrumpida y sin cobijarse más que para dormir y comer. En estas ocasiones, D'Amblanc sacaba su cuaderno del morral, releía los apuntes y con un trozo de lápiz redactaba el borrador del informe que entregaría a Chauvelin.

Noèle Chalaphy, de diecinueve años, residente en Manorba, sometida en su tierna edad a las curas magnéticas del caballero de Yvers a causa de un malestar que la madre define como «pérdidas de memoria». De mayor se vuelve sonámbula y un cura constitucional abusa de ella.

El terreno inundado obligó al grupo a dar largos rodeos. Torrentes y pantanos se comían senderos, viñas y extensiones de bosque. De las montañas bajaban aludes de barro como bandidos al asalto. Cuando llegaron al río Allier, tuvieron que desembolsar una cifra exorbitante para convencer al barquero de que los cruzara a la otra orilla.

Bajo la ropa empapada, D'Amblanc sentía el cuerpo cada vez más rígido, la piel tensa como la de un tambor, pero el dolor parecía haberse atenuado,

como si se lo hubiera llevado aquella agua de temporal, que quizá contenía la electricidad del rayo.

Juliette Turlan, de veintiocho años, residente en Malacarne, sometida por el caballero de Yvers a experimentos de sonambulismo por razones poco claras. Hablan de Dios. La mujer queda embarazada de «un ángel» que probablemente es el mismo Yvers. La hija, Margot Turlan, de siete años, es a su vez dormida por la misma madre, que le sugiere visiones y profecías. La niña afirma que habla con la «Dama de Blanco» y los paisanos se convencen de que ve a la Virgen María. Por instigación de la Virgen, los habitantes del pueblo matan al alcalde y al cura nombrado por la República. Madre e hija mueren verosímilmente en el bombardeo del pueblo de Malacarne por parte del batallón del general Nanterre.

D'Amblanc se preguntaba si aquellos pocos elementos satisfarían el apetito de Chauvelin. Un viaje de tres meses, tres hombres de escolta, ciento cincuenta leguas de París. Una carpeta con tres informes, tres casos sospechosos, el presentimiento de un abuso de la credulidad popular con fines reaccionarios. Y como único resultado, la confirmación de dos cosas de escasa utilidad: sí, en dos de los tres casos existía, efectivamente, la actividad de un magnetista, el señor de Yvers; y sí, en un caso el magnetismo había contribuido a que flaqueara la lealtad de la población a la República, pero la minúscula contrarrevolución había acabado bajo los escombros de Malacarne, y un tupido bosque la había tenido aislada del resto de la región.

Por otro lado, ¿de verdad era culpa del magnetismo, aun mal practicado y viciado? Para desplegarse, la contrarrevolución no tenía necesidad de brujas ni profetisas, desde luego. D'Amblanc siguió escribiendo.

La situación política de la región es tan explosiva que un agente extranjero o de la nobleza no necesitaría recurrir al magnetismo para difundir creencias extravagantes y supersticiosas que vuelvan al pueblo contra la República. Las palabras de un abogado de provincias han reunido a miles de hombres bajo la bandera del ejército cristiano de Mediodía. Cualquier sermón de un cura refractario puede obtener, en estas tierras, resultados preocupantes y levantamientos reaccionarios. Por eso me pregunto: ¿por qué utilizar métodos ocultos, cuando se pueden alcanzar los mismos objetivos con menos esfuerzo? Tengo la impresión de que, en Auvernia, las prácticas magnéticas de los contrarrevolucionarios son el menor de los problemas.

Tachó aquellas pocas frases. No le correspondía a él sacar conclusiones sobre el sentido de la misión. No sobre el sentido que esa misión pudiera

tener para Francia o para el comité de seguridad. Como mucho podía intentar comprender lo que significaba para sus estudios.

El padre Clément, Juliette Turlan y su hija Margot estaban muertos. El caballero de Yvers había dejado Auvernia en el 89 y ningún tribunal podía acusarlo de lo ocurrido cuatro años después. D'Amblanc habría hablado gustosamente con el ideador de aquellos irresponsables experimentos. ¿Qué había hecho –o dejado de hacer– para que tuvieran tales consecuencias?

Siguiendo la opinión de Puységur, D'Amblanc siempre había creído que magnetizar a un individuo contra su voluntad y sin su colaboración era imposible. Pero la cosa cambiaba si se trataba de niñas pequeñas como habían sido Noèle y Juliette: a un niño se lo puede sugestionar fácilmente sin recurrir al magnetismo. Con éste, se vuelve arcilla en manos de un alfarero. Al magnetizar a aquellas niñas, ¿había cometido el caballero de Yvers sólo malas prácticas, actuado sin criterio, o *había querido hacer el mal*?

En cualquier caso, un sujeto así estaría mejor en la cárcel. Suelto, podía arruinarles la vida a muchas otras personas.

Con todo, las preocupaciones de D'Amblanc no eran las mismas que las del comité de seguridad general. Chauvelin no podría presentar a sus superiores ni instigadores ni peligrosas intrigas como fruto de la investigación auvernesa.

## 2

El diluvio cesó la tarde del tercer día. El sol secó el terreno y los dolores volvieron a dejarse sentir, como si la espalda hubiera descargado de golpe la tensión acumulada. Escalofríos de fiebre se sumaron a los temblores que martirizaban el cuerpo de D'Amblanc.

Radoub miró el cielo y preguntó al Mercado cuánto faltaba para llegar al pueblo de Clignat.

–Por lo menos cinco horas –fue la respuesta, y enseguida el sargento empezó a buscar un claro donde pasar la noche.

Lo halló a la sombra de un haya secular nudosa y cubierta de musgo, un antiguo paquidermo con miles de ojos y piel verde. Nadie se quejó por dormir al raso: después de la pesadilla vivida en Malacarne, la perspectiva de pernoctar bajo techo no era tan atractiva.

Poulidor le preparó a D'Amblanc un lecho cómodo y lo ayudó a tumbarse como si se tratara de una estatua de porcelana. Thuillant encendió un fuego y el Marcado hizo una pila de leña seca.

Radoub y Feyfeux se calentaron las manos en las llamas antes de frotar al enfermo. Los masajes de aquellos hombres, aunque torpes, le procuraban cierto alivio y los resultados mejoraban con la práctica, día a día.

D'Amblanc miró las estrellas por entre las ramas del haya. Reconoció la constelación de Casiopea, pero había muchas más luces que había aprendido a nombrar. Astros de menor tamaño que en el clima húmedo de París no se veían. La atmósfera estaba limpia y el viento se había llevado las nubes más allá de las montañas. Desde donde estaba, D'Amblanc veía las cimas de enfrente, que formaban un anfiteatro. El paisaje parecía el escenario de una aparición divina, con el haya colosal a modo de catalizador. Decenas de árboles como aquél, en toda Francia, engendraban todos los años santos, vírgenes, demonios y hadas.

—¿Estáis preparado para la friega? —la voz de Radoub sacó a D'Amblanc de la contemplación, pero la pregunta no obtuvo respuesta. Lo que sí consiguió fue sugerirle al doctor una extraña asociación de ideas: la terapia magnética y el árbol de la vida.

A decir verdad, aquella asociación no le era extraña ni nueva, y D'Amblanc recordó de dónde procedía: de las memorias científicas de Puységur.

El marqués contaba que había usado el gran olmo de la plaza de Buzancy para magnetizar a una multitud de ciento veinte personas. Había atado largas sogas de cáñamo a las ramas y los pacientes se habían cogido de ellas formando cadenas humanas. A continuación Puységur había cargado de fluido el tronco del árbol, tratándolo como si fuera un individuo de carne y hueso. Los participantes en el experimento habían obtenido un gran bienestar y el árbol había seguido activo una semana, durante la cual todos los que se apoyaban en él unos diez minutos sacaban beneficios duraderos.

—Hoy quisiera probar un método nuevo —dijo al fin D'Amblanc, y empezó a instruir a los hombres, esforzándose por recordar las palabras de Puységur. La práctica del magnetismo vegetal la conocía de manera indirecta, por los escritos y las explicaciones del maestro. En París, donde el marqués se encontraba con sus discípulos, no había árboles idóneos para hacer el experimento, y las risas de los curiosos habrían obstaculizado el paso del

fluido. Puységur le prometió que visitarían Buzancy y le enseñaría «el árbol de la vida», pero al final, por una razón o por otra, aquella visita no se produjo. Luego la revolución transformó el olmo de Puységur en un «árbol de la libertad» y desde aquel momento, bajo sus ramas, se habían celebrado asambleas de gente y no terapias colectivas.

D'Amblanc se levantó y comprobó que el haya estaba debidamente preparada. Poulidor se había subido a hombros de Thuillant y estaba atando a una rama el último trozo de cuerda. Ninguno de los hombres parecía sorprendido por el ritual que estaban ejecutando. Meses de viaje con un médico mesmerista los habían acostumbrado a aquellas rarezas. Además, el hecho de que el médico sufriera y fuera el primero que se sometía a las curas aumentaba la consideración que le tenían. Como nuevos Cristóbales, tenían la misión de cargar con un Cristo laico, sanador y mártir a la vez.

D'Amblanc sacó del morral dos barras de cobre y ordenó a Feyfeux que las clavara en el tronco del árbol, en algún nudo o grieta de la corteza. Luego le enseñó cómo debía cogerlas por el otro extremo y le pidió que se imaginara que un flujo de energía benéfica corría por sus manos y pasaba al haya. Tras días de convivencia, D'Amblanc había descubierto que el auvernés era el más predispuesto a la terapia magnética. No sólo tenía una salud excelente y un fluido en perfecto equilibrio, sino que, cuando se aplicaba a la cura, cumplía con gran naturalidad las órdenes más peregrinas, como si estuviera acostumbrado por naturaleza a ciertas prácticas médicas.

Cuando Feyfeux se hubo colocado en su sitio, D'Amblanc cogió un cabo de cuerda y se lo ató a la cintura. Luego pidió a los otros cuatro que, por parejas, cogieran dos sogas y se situaran al otro lado del tronco.

—Ahora cerrad los ojos —dijo— y pensad que me curáis del dolor con la sola fuerza de vuestra voluntad. Debéis querer mi bien y creer que eso puede hacer que me sienta mejor.

Dicho esto, también D'Amblanc cerró los ojos y se imaginó que el árbol se cargaba de un fluido verde, cálido y saludable, y se lo inyectaba en la espalda a través de la cuerda. Notó en los miembros los síntomas del sonambulismo artificial y se dejó invadir por él. Una ola espumosa de energía vital lo transportó lejos, como en un dulce naufragio.

La voz de Feyfeux lo despertó.

—Siento interrumpir, doctor, pero debéis despertar.

D'Amblanc abrió los ojos. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero la luna había salido y se había elevado en el firmamento.

Enfrente, a unos diez pasos, seis hombres de edad muy diferente lo miraban en silencio, con antorchas en la mano y escopetas al hombro.

–Los demás no se despiertan –susurró Feyfeux, señalando a Radoub y a Poulidor, que dormían cogidos de la mano.

D'Amblanc le ordenó que soltara las cuerdas y se puso en pie. Sólo entonces uno de los desconocidos se destacó del grupo y avanzó hacia él.

D'Amblanc buscaba entretanto las palabras para explicar a aquella gente que lo que habían visto no era brujería.

El hombre, sin embargo, tendió la mano, se presentó como Michel Eglizot y habló en una mezcla de francés y auvernés.

–Hemos visto el fuego y hemos venido a ver qué era –dijo.

D'Amblanc hizo entonces las presentaciones y mostró las credenciales del comité de seguridad.

Michel Eglizot quedó bastante impresionado por el documento con el sello de la República. Pasó el dedo por encima y lo examinó con deferencia a la luz de la llama.

–Vivimos a doscientos pasos –dijo al cabo–. Tenemos un granero donde pueden acomodarse, un pozo y un establo para los animales. Es mejor que no durmáis aquí.

Antes de considerar la propuesta, D'Amblanc preguntó qué peligro podía haber.

–Peligro ninguno, si acaso molestias. Jean del Bosque puede robaros las cosas, molestar a los caballos, no dejaros dormir. Pero no es malo, sólo salvaje, ¿entendéis?

D'Amblanc contestó que no, que no había entendido nada, y el hombre explicó que en el bosque vivía el tal Jean, un muchacho salvaje que importunaba a los intrusos.

Las caras de Radoub y de Poulidor salieron de la oscuridad a la luz de la antorcha. Tenían los ojos húmedos del que ha visto en sueños una tierra de leche y miel. D'Amblanc los puso al tanto de la situación y el sargento dijo que, después de la lluvia de los últimos días, un establo caliente, heno y herraduras nuevas serían mano de santo para los animales y la garantía de que resistirían mejor lo que quedaba de viaje. D'Amblanc agradeció el ofrecimiento y fue a preparar el avío.

Al agacharse para recoger la manta, notó que la espalda se doblaba fácilmente, algo que no ocurría en semanas, y decidió que en cuanto pudiera apuntaría los detalles de la terapia que acababa de probar.

Cuando llegara a París escribiría a Puységur para contarle los resultados y las circunstancias de su primera magnetización vegetal.

### 3

A la mañana siguiente, después de un abundante desayuno, y mientras los hombres de la escolta preparaban las monturas, D'Amblanc se puso a escribir en su cuaderno. Estaba sentado en un banco que había junto a la pared del establo, cuando Michel Eglizot salió del edificio principal y, cruzando el patio, se dirigió hacia él llevando de la mano a un muchacho de unos quince años.

–Vos me perdonaréis –dijo el hombre descubriéndose–, pero antes de que os vayáis debo pedir os un favor.

D'Amblanc levantó los ojos y cerró el cuaderno que tenía en las rodillas.

–Decidme.

–Este hijo mío –dijo señalando al muchacho– sufre un dolor terrible en el pecho. Hemos ido a un médico de Riom pero no ha servido de nada. Me preguntaba si podéis hacerle una de vuestras curas, como anoche.

D'Amblanc iba a preguntarle por los síntomas de la dolencia pero de pronto recapacitó, entornó los ojos e hizo otra pregunta.

–¿Cómo sabéis que lo que visteis ayer era una práctica terapéutica?

–¿Una qué?

–Pues eso, una cura, un modo de sanar a la gente.

Michel Eglizot pareció sorprendido de la pregunta de D'Amblanc.

–Porque yo también me hice una cura de ésas, por un dolor de estómago. Llevaba un año con dolor y el señor me lo curó en una semana.

–¿El señor? ¿Qué señor? –preguntó D'Amblanc, aunque ya se imaginaba la respuesta.

–Ahora se llamará «ciudadano», pero entonces era el señor de Yvers. Mi familia trabajaba para él, de leñadores y guardabosques. Entre todas las cosas buenas que ha hecho la revolución, ésta es la única que nos perjudica, porque

cuando el rey convocó los estados generales, el caballero se fue y nos quedamos sin la persona que nos curaba los dolores.

D'Amblanc había abierto el cuaderno y había empezado a escribir con frenesí. El recuerdo del caballero parecía dar a Eglizot muchas ganas de hablar.

—El ciudadano Yvers era un buen hombre. Aquí somos todos de la República, ojo, y estamos muy contentos de que ahora el bosque sea nuestro y no del caballero, pero si como noble era un mal hombre, como ser humano era bueno, y además de curarnos hacía otras cosas buenas, nos enseñaba a leer y a escribir y cuidaba de los huérfanos, que desde que se ha ido ya nadie se encarga de ellos y algunos han muerto, otros se han escapado, otros viven en el campo y en el bosque, como el pobre Jean.

—¿Jean del Bosque? —preguntó D'Amblanc—. ¿El que fastidia a los intrusos?

—El mismo. Tendríais que haberlo visto. Lo había como adoptado, lo tenía en el castillo. Le enseñó todo: buenos modales, el francés de los libros y hasta a tocar la espineta. En pocos meses. Lo llevaba a caballo, siempre bien vestido...

D'Amblanc preguntó cómo un niño educado como un noble se había transformado en un muchacho salvaje.

Con el aire acongojado de quien cuenta una desgracia, Michel Eglizot explicó que, cuando se fue a París por lo de los estados generales, el caballero encomendó el niño al guardián del castillo. Pero al día siguiente de que Yvers partiera, el muchacho se volvió loco, destrozó muebles y objetos y se escondió en el bosque. El guardián lo buscó durante semanas, hasta que la policía lo encontró a él y lo metió en la cárcel acusado de espionaje. Y así Jean siguió viviendo en el bosque, se asilvestró y habría muerto de no ser por la comida que la familia Eglizot le dejaba en una escudilla.

—¿Y acude aquí a comer?

—Todas las tardes —contestó Eglizot, y un instante después D'Amblanc se volvía a sus hombres y les ordenaba que interrumpieran los preparativos.

La partida quedaba aplazada hasta el día siguiente.

Poco antes de oscurecer, Michel Eglizot salió de su casa con una escudilla de madera.

La escudilla contenía dos rebanadas de pan, un trozo de queso y una patata hervida.

El hombre dio la vuelta al granero y dejó la escudilla en el suelo, junto a una pila de rodrigones de viña que había al pie de un castaño. Luego volvió sobre sus pasos, subió una escalera y se reunió con D'Amblanc en la planta superior del granero.

El médico estaba asomado a un ventanuco por el que se bajaban los sacos de trigo. Desde allí vigilaba la explanada a la que todas las tardes acudía Jean del Bosque a comer.

—Veréis como no tarda —dijo el leñador, y fue a arrodillarse junto al médico.

Al poco, a la luz del crepúsculo, una figura menuda salió de los arbustos y se deslizó por debajo de la valla que rodeaba la granja de los Eglizot. Caminaba agachada y a trechos se ayudaba de las manos para avanzar más deprisa. Llevaba el torso desnudo, pantalones y una mata de cabellos revueltos que parecían hierbajos crecidos al borde de un hoyo. Se acercó a la escudilla con la actitud de un sabueso y empezó a comer con las manos, dando grandes bocados.

Eglizot hizo señas a D'Amblanc de que lo siguiera y los dos bajaron la escalera con cuidado de que no crujiera.

El leñador salió al descubierto y D'Amblanc se quedó observando escondido tras un grueso pilar de ladrillo que sostenía el granero.

—Buenas tardes, Jean —dijo Eglizot cuando hubo dado tres pasos.

El muchacho irguió la cabeza, retrocedió y se agachó dispuesto a huir como un perro asustado.

—Te traigo miel, ¿quieres? Miel con avellanas. Toma. —Eglizot dio un paso al frente y mostró un tarro de barro—. Todo para ti, ¿ves?

Dio otros dos pasos. El muchacho no se movía, pero sus músculos parecían haberse relajado. Ya no estaba agazapado en estado de alerta, sino que parecía simplemente acuclillado.

—Mira, hagamos una cosa. Yo te doy la miel, pero antes quiero que conozcas a un amigo, ¿vale?

El muchacho sacudió la cabeza con la furia de un perro pulgoso.

—Es un amigo, un buen hombre. Ha curado a mi hijo Roland, ¿te acuerdas

de él?

Eglizot abrió el tarro de miel, metió un dedo y se lo tendió al muchacho.

—¡Pruébala, verás qué buena!

A cuatro patas, Jean del Bosque avanzó hacia el leñador y con prudencia empezó a lamer el dulce fruto de las abejas.

—Venid, doctor D'Amblanc —dijo entonces Eglizot, y el muchacho corrió a esconderse detrás de una carretilla. Los últimos rayos del sol habían abandonado aquel trozo de tierra y por el oeste lucían las primeras estrellas.

El leñador le señaló a D'Amblanc un tocón de roble y lo invitó a sentarse. Mojó de nuevo el dedo en la miel e instó al muchacho salvaje a que volviera a probarla. Pero como no venía, se llevó el dedo a los labios y se lo chupó, diciendo en voz bien alta lo buena que estaba.

—Pues nada, doctor —dijo al final—. Lo siento, pero parece que tendremos que comernos nosotros la miel.

Se volvió muy despacio y, como era de prever, enseguida Jean asomó la cabeza por la carretilla, seguida del tronco y del resto del cuerpo. Se acercó a gatas y, al llegar junto a Eglizot y a D'Amblanc, se acurrucó a esperar la recompensa.

—Esto después —dijo el leñador cerrando el tarro—. Antes escucha lo que te dice mi amigo.

Con un ademán grácil y tranquilo, D'Amblanc extendió la mano por encima de la cabeza del muchacho, que enseguida se agachó, miró hacia arriba y cuando vio que la mano no llevaba nada, que estaba abierta y no iba a tocarlo, volvió poco a poco a adoptar una postura relajada.

Entonces D'Amblanc empezó a recitar, como una cantinela, las palabras con las que siempre empezaba el tratamiento.

Cierra los ojos, descansa, déjate llevar, quiero tu bien, abandónate a mí, cierra los ojos, descansa, déjate llevar...

A los diez minutos, cuando notó que la respiración del muchacho se volvía regular y profunda, D'Amblanc se puso en pie y empezó a hacerle preguntas.

—Y bien, Jean, ¿sientes que te hago bien?

—Sí, señor —contestó el muchacho, y el doctor no tuvo necesidad de mirar a Eglizot para saber que el hombre estaba boquiabierto. Aquella tarde, después de las curas magnéticas que le había hecho al hijo, el hombre le había dicho que Jean del Bosque llevaba sin hablar más de tres años.

—¿Sientes algún dolor del que quisieras que te curaran?

–No, señor. El que parece que sufre sois vos.

–Tienes razón, pero ése no es el motivo de nuestra conversación. A mí me gustaría saber por qué vives en los bosques.

El muchacho guardó silencio. Luego, cuando D’Amblanc iba a repetirle la pregunta, empezó a hablar.

–¿En el bosque, decís? No lo sé.

–¿Qué no sabes?

–No sé cómo ha sido, porque, sabedlo, yo no vivo en el bosque. Vivo en la casa del caballero de Yvers.

Aunque estaba acostumbrado a oírles a los pacientes las más extrañas respuestas, aquélla y el nombre que incluía pillaron desprevenido a D’Amblanc, que perdió el contacto magnético con el muchacho y cuando intentó restablecerlo éste ya había abierto los ojos y, con un salto, le había arrebatado el tarro de miel a Eglizot.

Y antes de que los dos hombres tuvieran tiempo de hacer nada, se había deslizado por debajo de la estacada y había desaparecido entre los arbustos.

## 5

Aquella noche, Orphée d’Amblanc no pudo pegar ojo. Los datos recogidos aquel día convulso se atropellaban en la oscuridad y un aquelarre de imágenes se agitaba bajo sus párpados.

Se volvió en el jergón, aspiró el olor del polvo y de la madera y se repitió el razonamiento por enésima vez.

Primero: Jean del Bosque, estando sonámbulo, no recordaba nada de su condición actual.

Segundo: Jean del Bosque, estando sonámbulo, creía que seguía viviendo en casa del caballero de Yvers.

Lo normal, sin embargo, era que amnesias como aquélla afectaran a quienes habían sido dormidos con sueño magnético cuando despertaban y no al contrario. En sustancia, Jean no recordaba, estando sonámbulo, una gran parte de su vida despierto, mientras que los sonámbulos, una vez despiertos, no recordaban lo que habían hecho estando dormidos.

¿Podía ser, pues, que la condición salvaje de Jean del Bosque fuera una especie de sonambulismo inducido?

–Supongamos que sí –dijo D’Amblanc a media voz, antes de volverse hacia la pared.

Pero, entonces, ¿por qué, estando sonámbulo, no recordaba Jean su vida salvaje?

Aquél era el escollo contra el que las reflexiones de D’Amblanc chocaban una y otra vez.

¿Cómo podía sortearlo?

Supuso que el niño hubiera sido sometido a dos condicionamientos magnéticos diferentes.

El primero, para transformarlo en un perfecto vástago de la nobleza.

«Se lo enseñaron todo», había dicho Eglizot. «Los buenos modales, el francés de los libros... En unos pocos meses.»

El segundo, para asilvestrarlo.

Por lo tanto, con la magnetización de aquella tarde, D’Amblanc había devuelto al muchacho a su primera experiencia de sonámbulo y por eso recordaba ésa y no la segunda.

Era sólo una hipótesis y seguiría siéndolo si no la confirmaban nuevos datos.

Además, y como toda buena hipótesis, generaba más preguntas.

Primero: ¿por qué? ¿Por qué Yvers había transformado a Jean en dos individuos tan distintos? ¿Con qué fin?

Segundo: si el primer sonambulismo quería sin duda beneficiar al muchacho, el segundo, el que lo había convertido en un salvaje, *parecía claramente perjudicarlo*. ¿Cómo era posible que hubiera funcionado, entonces?

Puységur sostenía que sólo se puede actuar sobre el fluido magnético si se respeta la voluntad del paciente y para un fin que no le cause daño. No era posible volver a un magnetizado contra sí mismo; al contrario, los magnetizados advertían enseguida si las intenciones del terapeuta eran buenas o malas. Incluso el hombre jabalí, Jaranton, debió de advertirlo en algún recoveco de su mente y en medio de las convulsiones.

Pero si a un muchacho culto y educado podía convertírsele en una bestia, entonces aquel principio tenía un grave fallo. Y si era así, había que revisar la teoría del sonambulismo y reformar su práctica.

D’Amblanc debía volver a magnetizar a Jean del Bosque, pero no estaba

seguro de poder hacerlo. No sólo por los dolores que lo aquejaban y habían comprometido su equilibrio, sino sobre todo por su poca experiencia.

Un caso como aquél merecía ser sometido a la consideración del mismísimo Puységur.

## 6

De nuevo el crepúsculo, de nuevo Eglizot con la escudilla.

Pan, cebolla, un pedazo de tortilla.

D'Amblanc observaba la escena desde el ventanuco del granero, preguntándose si la noche le había aconsejado bien.

La escudilla junto a los rodrigones de la viña, al pie del castaño.

Había hablado con Eglizot y éste, aunque era una persona simple, parecía haber entendido sus buenas intenciones.

«El médico sois vos», le había contestado.

Y, de hecho, era absurdo querer compartir una responsabilidad que sólo era suya.

Radoub no se había opuesto, siempre que se respetara la *conditio sine qua non*.

«Volvemos a París. Y por el camino más corto.»

Los arbustos tardaron en moverse mucho más que el día anterior.

Ya era casi de noche. Jean debía de haber estado preguntándose si ceder al hambre o no.

Cuando salió al descubierto, D'Amblanc contuvo la respiración.

El muchacho cogió una rebanada de pan, se la llevó a la boca.

Feyfeux, subido al castaño, le echó encima una red de pajarero, tras lo cual él y el Marcado saltaron al suelo para cortarle la huida a Jean del Bosque.

D'Amblanc se precipitó escaleras abajo gritando que tuvieran cuidado de no hacer daño al muchacho.

Jean daba patadas y gruñía con un frenesí bestial que recordaba al hombre jabalí, el primer caso que habían conocido en aquel largo y asombroso viaje por Auvernia.

Poulidor y Radoub acudieron de refuerzo, mientras la familia Eglizot en pleno se reunía en el patio para presenciar la escena.

–Basta, ahora cálmate –instó D'Amblanc poniendo las manos en el cuerpo

del muchacho, por entre la red que usaba para cazar pinzones—. Soy yo, el médico de ayer, ¿te acuerdas? Tú vives en la casa del caballero de Yvers. Sabes tocar la espineta, no eres un animal. Relájate, lo digo por tu bien.

Pero el muchacho salvaje no se calmaba y las mallas de la red le arañaban la piel.

D'Amblanc pidió que le trajeran las varillas de cobre y decidió proceder como con Jaranton. En el fondo, también en el caso de este último había actuado contra la voluntad del paciente, que habría preferido masturbarse como un obseso. En aquella circunstancia, sin embargo, también estaba seguro de que actuaba para bien del enfermo. En la presente, en cambio, no tenía claro cuál era el bien del paciente y desde luego eran otros los motivos que lo movían.

«No buscáis justicia, sino confirmar una hipótesis», le había dicho el padre Ledoux.

Desechó aquel recuerdo y dio instrucciones a los adultos de la familia Eglizot para que se cogieran de la mano y formaran una cadena. Al primero de la fila le dio la vara de cobre y le dijo que la aplicara al abdomen del muchacho, mientras él procedía a frotarle los pies y la cabeza.

—Cálmate, Jean. Recuerda quién eres. El señor de Yvers quiere verte, debemos ir a París. Relájate. Cierra los ojos. Eso, muy bien. Mañana partimos. Mañana nos vamos a París.

## 7

—¿Estáis seguro de queréis partir hoy, señor? Tenéis muy mala cara, quedaos algún día más.

D'Amblanc tuvo ganas de contestar que no, que no estaba nada seguro de querer partir y que en su vida se había sentido tan cansado. Se había pasado la noche magnetizando a Jean del Bosque para devolverlo a su condición de Jean del Castillo. Lo había conseguido, el cambio parecía estable y hasta había convencido al muchacho para que, al final del viaje, en París, se encontrara con su buen mentor. Lo había engañado y se esforzaba en creer que era por su bien. Por otro lado, si el condicionamiento magnético había funcionado... No, era inútil fingir que seguía creyendo en el dogma de

Puységur. No después de aquel viaje a Auvernia. Ya estaba convencido: el magnetismo funcionaba también para hacer el mal.

El muchacho dormía, agotado, con la cabeza apoyada en la espalda de Radoub, a lomos del caballo recién almohazado. D'Amblanc habría dado un saco de oro por poder hacer lo mismo, pero tenía que estar despierto.

El sol acababa de salir por detrás de las montañas, el aire aún estaba fresco, más de lo habitual, lo que anunciaba claramente el fin del verano. Los esperaba el otoño, gris y desapacible, de la capital. Y ciento cincuenta leguas a caballo por la Francia profunda.

D'Amblanc miró el camino, blanco, que se abría ante ellos, e intentó leer en sus curvas alguna señal de esperanza. Allí era fácil verla antes de partir, en una mañana clara. Lo difícil sería volver a verla al llegar.

—Gracias, ciudadano —dijo tendiendo la mano—. Gracias por el vino, las provisiones, los caballos. Habéis sido un anfitrión exquisito y quisiera poder quedarme más tiempo, pero no es posible. Antes de mediados de mes debemos estar de vuelta en París y ya vamos retrasados. Os haré llegar noticias de Jean, estad seguros. Adiós, Eglizot, y viva la República.

Acto tercero  
Terror

Extracto del informe

hecho en nombre del comité de salvación pública  
por el ciudadano SAINT-JUST  
sobre la necesidad de proclamar el gobierno revolucionario  
de Francia hasta conseguir la paz

10 de octubre de 1793

Es hora de anunciar una verdad que no debe volver a salir de la cabeza de los que gobiernan: la República no se fundará hasta que la voluntad del pueblo soberano se imponga a la minoría monárquica y reine sobre ella por derecho de conquista.

No puede esperarse ninguna prosperidad mientras quede un solo enemigo de la libertad. No debéis castigar sólo a los traidores, sino también a los indiferentes. Porque desde que el pueblo francés ha manifestado su voluntad, todo lo que se le opone queda fuera de la soberanía y todo lo que queda fuera de la soberanía es enemigo suyo. Pero entre el pueblo y sus enemigos no hay nada en común, salvo la espada.

Un pueblo sólo tiene un enemigo realmente peligroso: su gobierno. En vano os empeñáis aquí en hacer leyes, mientras todo conspira contra vosotros. Habéis hecho leyes contra los acaparadores, pero los que deberían hacerlas respetar, acaparan.

En las circunstancias en las que se encuentra la República, la constitución no puede adoptarse: sería la causa de su propia ruina. Se convertiría en la garantía de los atentados contra la libertad, porque le faltaría la violencia necesaria para reprimirlos. Es imposible aplicar leyes revolucionarias si el gobierno no se constituye revolucionariamente.

## ESCENA PRIMERA

Más problemas

*Primeros de octubre de 1793*

1

«Ciudadano, ciudadano», y luego el amo se queda con las propinas, con todas o con la mitad, según el pie con el que se haya levantado esa mañana.

Para eso, pensaba Léo, más le valía haberse quedado en Italia, en Bolonia o en Nápoles, o, ya puestos, en Guastalla. Menuda cosa, haber salido al gran escenario de la revolución francesa para acabar dejando que el amo le robara las propinas. Además, no siempre le tocaba a uno servir mesas en el restaurante La Aurora del Palacio de la Igualdad: muchas veces tocaba hacer de pinche y ponerse a fregar platos y cubiertos durante horas.

«Ciudadano, ciudadano, ¡los cojones!», pensaba Léo, oyendo con un oído las burlas de un grupo de clientes.

–¡Lo que hay que ve’! Fijaos en ese mozo la’gui’ucho, ¡inc’eíble! ¡Qué pinta de mise’able, ¿no?!

–¡Y que lo digas! No tenemos bastante con la mo’alla de aquí pa’a que encima venga la italiana.

Un momento, se dijo Léo. Compadecerse de sí mismo es el bálsamo de los ineptos. Un hombre de genio, aunque derrotado, nunca se hace la víctima. Demasiado vulgar. El verdadero artista sabe ver más allá de las mezquinas apariencias. Si se ve obligado a hacer de friegaplatos, sabe bien que no es un friegaplatos, al menos mientras la tortura del enjuague no lo convenza de lo contrario. Y si lo llaman «italiano», se ríe. Los italianos sólo existen fuera de Italia, para quien no vive en Italia.

–¡Eh, fo’aste’o! ¡Italiano!

Al oír que lo llamaban, Léo dejó en una mesa los platos sucios que llevaba a la cocina y miró al grupo con frialdad.

–Po’que e’es italiano, ¿no?

–No más de lo que soy pinche –contestó.

Tras un instante de sorpresa, el hombre adoptó un tono severo, como cuando se habla a un siervo o se instruye a un perro.

–Tu aspecto mise’able pe’tu’ba mi eupepsia –dijo agitando el bastón–. P’ocu’a p’esenta’té ante nosot’os bien aseado. Tu pinta asque’osa es una ofensa a toda la Igualdad.

Léo se dominó a duras penas. Odiaba que se burlaran de él aquellos depravados que hablaban sin pronunciar la erre. Tragó una saliva amarguísima, se puso los platos en el brazo derecho y, en precario equilibrio, se dirigió a la cocina, seguido de las risas y de un corazón de manzana que erró el blanco por un pelo.

–Los llaman muscadinos –le explicó Andria, un camarero bigotudo de origen corso, veinte años mayor que él por lo menos–, porque usan ese perfume de musgo o almizcle de maricones. Algunos los llaman también *inc’eibles*. Y, la ve’dad –dijo imitándolos–, no sé po’ qué hablan así.

Léo preguntó cómo era posible que la poli permitiera aquellos comportamientos y aquellas ropas, que imitaban los de los nobles del antiguo régimen.

–Fuera de aquí se achantan más –fue la respuesta–, pero el Palacio de la Igualdad es su territorio. Con todas estas tiendas, joyerías, restaurantes para lechuguinos... Hasta que Saint-Just no haga limpieza, esta gente seguirá paseándose por aquí como Pedro por su casa.

Léo dio las gracias por la explicación y volvió al jardín.

Los muscadinos hacían corro a un hombre que llevaba un pañuelo en la boca y la nariz, a modo de bufanda. Léo ya había reparado en él, era uno de los guardianes del palacio. Aún no sabía qué tratos tenía con aquella gentuza vestida con ropa estrafalaria. Pero lo rodeaba siempre el máximo respeto y muchos días aquellos mierdas almizclados parecían esperarlo.

El grupo no volvió a hacer caso de Léo el resto del día.

Después de cerrar, Léo metió los manteles en el cesto de la ropa sucia, barrió la cocina, envolvió en un trapo tres mendrugos de pan para comérselos al día siguiente mojados en un culo de caldo, arrimó la mesa a la pared, dispuso tres sacos de arroz de medio quintal en el suelo, uno detrás de otro, extendió dos mantas, se tumbó, se tapó con otra manta y se durmió.

Los días siguientes, las provocaciones, las burlas y el lanzamiento de cortezas de pan abundaron. De todos los locales del Palacio de la Igualdad, los muscadinos habían elegido aquel restaurante para reunirse. De dónde sacaban el dinero para cenar allí todas las noches era algo que Léo ignoraba. Se las echaban de ricos, pero el hambre que traían los delataba: se arrojaban sobre la comida con la avidez del que no ha comido a mediodía. Se guardaban a escondidas sobras y huesos de pollo. Sólo les tiraban a los camareros por la espalda las mondas más indigestas. Léo lo aguantaba todo preguntándose muchas veces por qué. Aguantaba no sólo las burlas de los inc'ebles, sino también, y quizá era lo peor, el hecho mismo de tener que servir. Porque allí, pese a la revolución, a Doña Guillotina, a la fraternidad y demás, lo trataban como a un esclavo. Sí, como a un esclavo.

Por hambre, se decía. Por eso lo aguantaba todo, por hambre.

El del pañuelo en la cara aparecía a menudo. Formaba conciliábulos. Léo vio que se pasaban dinero. Eso explicaba la ropa y todo lo demás: sin duda aquellos sinvergüenzas andaban en sucios negocios.

Una noche, Léo vio que el hombre estaba desfigurado. El pañuelo se le deslizó, pero los muscadinos no se inmutaron. Eso significaba que estaban acostumbrados, porque aquella cara, la primera vez que se la veía, daba miedo o asco.

El hombre sin nariz se despidió y se marchó. Los muscadinos hablaron entre sí gesticulando con afectación.

A la hora de cerrar, el amo solía retirar las mesas y dejaba espacio en el centro de la sala para unas veinte personas. Léo acababa relegado a la cocina y los muscadinos se ejercitaban en la esgrima con sus bastones. Las salas de armas se habían cerrado por ser vestigios del antiguo régimen y muchos maestros pasaban hambre. Pero la gente seguía queriendo aprender a defenderse. Léo espiaba por la rendija de la puerta para ver qué enseñaban los maestros de armas franceses y comparar sus técnicas con las de Mingozi.

La esgrima francesa con bastón era menos técnica que la italiana, pero había que reconocer que iba al grano.

Cuando estaban desarmados, los franceses rara vez daban puñetazos. Preferían las manos abiertas.

Tampoco para Mingozi estaba la mano hecha para pegar, menos aún los nudillos. *¡Dale tú un puñetazo en la cabeza a un modenés!*

Los franceses, o, mejor dicho, los parisinos, adoptaban un estilo de lucha callejera a base de bofetadas, cabezazos, empujones y, sobre todo, patadas bajas, traicioneras, como las que se dan en la esgrima de guerra. Puñetazos y llaves no, no eran su fuerte. Llamaban a aquella lucha *savate*, pantufla, y los maestros la despreciaban oficialmente porque venía de los suburbios, pero la aprendían y la enseñaban si uno podía pagarles.

Todas las noches, mientras lavaba platos y más platos en compañía de una vieja sorda que no se enteraba de nada, Léo ensayaba los movimientos que había observado, los nuevos e interesantes. Y luego, aunque acababa muerto de cansancio, se ponía a ejecutar, para compararlos, aquellos gestos y los aprendidos en Bolonia, imaginándose la cara de culo que ponían sus adversarios al recibir los golpes.

## 2

Dos golpes en la puerta y la luz del crepúsculo eran la señal de la hora de la cena.

A los *furiosos* les daban la comida a través de la mirilla y muchas veces el plato se volcaba al pasar por ella, lo que provocaba quemaduras y maldiciones. Los *pacíficos*, después de los dos golpes de rigor, sabían que la comida les esperaba en la puerta.

Laplace había aprendido a reconocer a los celadores por el modo de llamar a la puerta.

Giró la manivela, abrió y, como esperaba, se halló delante de la nariz bulbosa del bueno de Maurel.

Desde que el doctor Pinel había trasladado a Malaprez a otro pabellón, Laplace había suspendido el trato con los demás alienados y de los sanos que visitaban San Prisco sólo hablaba con Maurel. No eran grandes conversaciones, pero bastaban para darse cuenta de que el hombre era el menos bruto de todos y el único que creía realmente en los métodos de Pussin. Además, y a juzgar por sus andares, era evidente que tenía algún problema muscular u óseo.

Laplace tomó el cuenco de sopa y lo dejó en la mesa sin mirarlo siquiera. El menú de Bicêtre era fijo e invariable. Para saber qué día era, bastaba con echar un vistazo al rancho: los lunes, guisantes; los martes, col; los miércoles,

calabaza... Pero Laplace no tenía necesidad de eso: en nueve meses que llevaba allí dentro, nunca había perdido la noción de los días y siempre sabía lo que hallaría en el plato.

–¿Alguna nueva de Malaprez? –preguntó antes de que el empleado se fuera.

–Está bien, come. Y cuando no come, grita hasta que se queda sin voz.

–¡Maldición! –exclamó Laplace apretando los puños.

–Deberíais buscaros otro amigo –dijo Maurel– y no pasaros todo el tiempo aquí encerrado pensando.

Laplace movió la cabeza.

–Lo que el doctor Pinel no entiende es que curar a Malaprez me sentaba bien. Es más, era el único modo que encontré de curarme a mí mismo.

–Dicen que no lo habéis curado –puntualizó el celador.

–Lo dicen por envidia –dijo Laplace con rabia– y por prejuicios. Apuesto a que todo el manicomio se ríe de mis dones.

–¿Es verdad que practicáis el método de Mesmer?

–No exactamente. Yo...

Maurel hizo como que ahuyentaba una mosca.

–Dicen que tampoco eso cura. Hace años, por mi dolor de espalda, un sobrino me recomendó al doctor D’Amblanc, el único mesmerista que curaba a los pobres. Pero luego se supo que todo era mentira y me alegré mucho de quedarme con el dinero.

–¿Y el mal de espalda? –preguntó Laplace–. ¿Os quedasteis también con él?

–Peor que antes. Hay días que no puedo agacharme.

Laplace alargó los brazos bruscamente y cogió la mano del hombre.

–Yo puedo curar vuestro dolor –dijo, tratando de dosificar el entusiasmo para que convenciera pero no asustara–. Dejadme intentarlo y no os arrepentiréis.

Maurel retiró la mano y dio un paso atrás.

–Tranquilo –continuó Laplace, queriendo poner una voz meliflua–. No tenéis más que sentaros aquí, darme la mano y en diez minutos os habré librado de todas vuestras dolencias. He hecho que Malaprez hablara: figuraos si no podré curar un mal de espalda.

–¿Diez minutos? ¿Y si no funciona?

–Vos no corréis ningún riesgo, es como beber un vaso de agua. Pero para

mí... el mero hecho de que confiéis en mí... No sabéis el bien que me haría.

–Ahora llevo prisa, Laplace –atajó el hombre–. He de repartir la cena. Pero os prometo que me lo pensaré, ¿de acuerdo? Buenas noches.

–Buenas noches, Maurel.

Pasaron dos días. Al fin, una tarde, mientras Laplace meditaba sobre la resurrección de Cristo...

*Toc, toc. Toc, toc.*

Cuatro golpes, dados con los nudillos, leves pero en rápida sucesión, como ligeros martillazos en la cabeza de un clavo.

Maurel.

Laplace corrió a abrirle y tuvo que contener la alegría cuando vio al hombre con la mano en la espalda y apretando los dientes de dolor.

–¿Os bastan cinco minutos? Tengo cosas que hacer y ya me dicen que pierdo el tiempo hablando con vos.

–Cinco minutos serán suficientes –dijo Laplace señalándole la silla–. Relajaos, cerrad los ojos, tratad de no pensar en nada. ¿Sentís el calor de mi mano en la frente? Quiero curaros.

Tiempo después sonaron sólo dos golpes en la puerta, como los que se daban para anunciar la cena, aunque el crepúsculo ya había cedido el cielo a la luna.

Dos golpes leves, como sigilosos. Las campanadas de San Saturnino les hicieron eco a lo lejos. *Don, don.*

Laplace saltó del catre y se calzó los zuecos.

Pasadas las nueve de la noche, también su cuarto lo cerraban con llave hasta la mañana siguiente.

Maurel giró la llave en el candado y abrió la puerta. Llevaba una linterna y a la luz de la llama sus ojos estaban fijos y apagados.

–Venid, mi señor –dijo inclinándose, se volvió y echó a andar.

Laplace lo siguió. Extendió una mano sobre su cabeza y se concentró. Sólo quería reforzar la orden magnética que le había dado por la tarde.

*Esta noche, a las dos, vendrás a recogerme a mi cuarto.*

Cruzaron el pabellón, pasando por delante de las celdas de los alienados. Al otro lado de las puertas se oía roncar, rezar, decir disparates sobre la revolución.

*Me acompañarás al dormitorio común. Si nos encontramos con alguien, dirás que me llevas a tomar un poco el aire porque he tenido un ataque de claustrofobia.*

En el patio central se cruzaron con unas ratas.

Había una niebla densa, de esa que atraviesa la ropa y da más frío. Laplace estuvo seguro: nadie los vería aunque se asomaran a la ventana. Se felicitó por haber elegido la noche ideal. La fuente borboteaba invisible más allá de los plátanos que susurraban.

*Cuando lleguemos, me abrirás la puerta y me dejarás dentro hasta que te ordene que me acompañes de vuelta a mi cuarto.*

Maurel examinó el mazo de llaves. Al tercer intento encontró la que abría la cerradura. El dormitorio común se abrió ante Laplace.

–Espérame aquí –le indicó al celador–. Solamente intervendrás si yo te llamo.

–Como digáis, mi señor –contestó Maurel dándole la linterna.

Laplace entró, conteniendo las náuseas que el mal olor le provocaba. Todos los alienados estaban en sus camas, menos uno que, a juzgar por la postura, estaba meando en un rincón del cuarto. La mayoría de los demás daban vueltas despiertos, algunos dormían, otros estaban sentados, acurrucados, masturbándose o mirando la pared. Al pronto ninguno reparó en él.

Laplace apretó los puños y se armó de valor. Liberó la mente, afiló la voluntad.

### 3

Marie entró en su casa sin preocuparse de no hacer ruido. No se quitó los zuecos, cerró la puerta sin accionar la manivela. De todas maneras Bastien estaba despierto. El chico se sentó en la cama y la observó moverse por el cuarto, preparar el desayuno con el pan duro del día anterior. Notó que, debajo de la cofia, llevaba el pelo revuelto, la cara magullada.

–¿Quién te ha puesto el ojo morado? –le preguntó.

–En la cola del pan... Otra pelea.

Marie pensó en lo que había dicho Amandine, una mujer que a las cuatro de la madrugada y haciendo cola en la panadería aún tenía ganas de provocar.

«Cómo se sostendrá ésa en pie, después de haberse pasado la noche haciendo la calle...» Sophie la había defendido y habían llegado a las manos. Marie se había llevado un puñetazo en el ojo y se sentía molida, pero no por la burla. Todo le parecía equivocado.

Vertió la leche en las tazas y mojó el pan seco. Se sentaron a la mesa y comieron en silencio. Marie fue haciendo movimientos cada vez más lentos hasta que se detuvo y levantó la cabeza.

–Cuando termines, recoge tu ropa y haz un hato.

El chiquillo dejó la cucharilla y la miró desconcertado.

–¿Por qué? ¿Nos vamos?

Marie no contestó. Se levantó, fue a por un viejo bolso de cuero que tenía colgado detrás de la puerta, metió en él una muda de ropa y los zapatos.

–No quiero seguir aquí más tiempo y tú no puedes quedarte solo. No has tenido padre, pero ya que te has echado uno, te vas con él. Te pasas todo el tiempo con Treignac, tanto da que te acoja en su casa.

–¿Y tú? –preguntó Bastien con voz apagada.

–Me voy a casa de una amiga.

El chiquillo miró a los lados, como si esperara ver algo raro. Pero era el mismo cuarto de siempre, las mismas cosas, los pocos muebles, los objetos, las agujas y ovillos.

–¿Con aquélla? –preguntó.

–No te importa –dijo Marie cerrando el bolso. Se sentó en la cama, a la que aún no llegaba la luz del día que entraba por la ventana–. Tienes casi once años –dijo–. Es hora de que sepas quién es tu padre. Era mi amo. Un noble del pueblo. Yo servía en su casa y un día me forzó. Me quedé embarazada y me echó. Ya sabes de quién eres hijo. No lo olvides nunca, los aristócratas son así: cogen lo que quieren y nunca pagan. La revolución es eso: hacer que todo el mundo pague y acabar con los privilegios. La misma justicia para el rico y para el pobre.

Las palabras resonaron en la estancia hasta que Bastien encontró valor para hablar.

–¿Cómo se llamaba?

Marie se encogió de hombros y contestó con voz cansada.

–No te lo digo, para evitarte problemas. Lo demás lo he enterrado en el olvido.

En sus palabras sonaba aún un eco de la antigua rabia.

–¿De verdad te echó? –preguntó Bastien.

Marie miró al chiquillo como preguntándose si era lo suficientemente maduro. ¿Lo entendería? Decidió que se lo diría todo antes de abandonarlo a su destino.

–Cuando empezó a notárseme la barriga, el amo me mandó aquí a París a un convento de monjas. Sola, encerrada allí dentro, lloré hasta que no me quedaron lágrimas. Odié al que me había hecho aquello y te maldije a ti, que crecías en mi vientre. Cada vez que me miraba la barriga me acordaba de lo que me había hecho el amo. Pensaba en lo que sería criar a un niño que se pareciera a él. Un día, desesperada, le confesé a una monja que estaba pensando en matarte en el vientre. Sor Buenaventura, se llamaba. Y ella corrió a decírselo a la madre superiora. Me castigaron por pensar aquello. Me tuvieron encerrada en la celda un mes y luego me vigilaban todo el tiempo. Ordenaron a las monjas que no me hablaran. Yo creía que me volvía loca. – Marie suspiró e hizo un gesto con la mano, como espantando moscas invisibles–. Cuando naciste, quise dejarte allí. Pero en el último momento no pude. ¿Qué saben aquellas brujas de la vida? De la vida real, de la gente real. Aquellas comen mentiras y envidias a mediodía y en la cena. Esposas de Cristo, las llaman. ¡Pobre Cristo! ¿Qué culpa tenías tú para que te dejara con ellas? Ninguna. Así que decidí llevarte conmigo y me fugué. Si algo bueno he hecho en la vida, fue eso. –Se levantó, cogió el bolso–. Ahora ya lo sabes. Recoge tus cosas y cierra la puerta cuando te vayas. Buena suerte, Bastien. Nos vemos.

Se dirigió a la puerta, pero la detuvo la voz de su hijo.

–Mamá... No fui a chivarme de que aquella mujer dormía aquí. Fui a llamar a Treignac porque creía que Georgette y las demás iban a pegarte...

Calló, sin saber qué más decir.

Marie sonrió.

–No importa.

Salió a la calle y se encaminó al centro. A medida que dejaba atrás el barrio, notaba que el cuerpo le temblaba y a la vez se sentía más ligera. Algunos la miraban. Quizá por la cara que llevaba, o por la manera de caminar. Llegó a la Puerta y cuando pasaba por la explanada de la Bastilla oyó que la llamaban.

Se volvió y vio a Georgette que le hacía señas de esperarla. Dudó un

momento si seguir, pero al final dejó que la alcanzara. No parecía más hostil que de ordinario.

—¡Vengo que me ahogo, caramba! He ido a buscarte y tu hijo me ha dicho que acababas de irte. ¿Lo dejas así?

—Se quedará con Treignac. Mejor para todos.

Las dos mujeres se miraron en silencio. Marie sabía que Georgette había ido a buscarla por la pelea en la cola del pan: no se sentía bien y quería aclarar las cosas.

Marie vio que se ponía en jarras y sacaba pecho.

—He hablado con las otras. Nadie volverá a tocarte. Tendrás pan y tu parte de curro, como todas.

Marie ahuecó la voz.

—¡Qué buena eres, Georgette! Prefiero cambiar de aires.

La otra apretó las mandíbulas y dijo entre dientes:

—¿Estás tonta, Marie? ¿Te vas con las putas de Leclerc? ¿No te basta con juntarte con ellas? Ésas no son como tú y yo...

Marie replicó con rabia:

—Luchan por cosas justas, como nosotras. Y los diputados dicen mentiras sobre ellas. Perdona, pero entre una revolucionaria republicana y un sinvergüenza de las Tullerías aún sé con quién quiero estar.

Se esperaba que Georgette contraatacase cubriéndola de insultos como la última vez que se habían visto, cuando quiso aplicarle la cura Méricourt. Pero asintió.

—Bien dicho. Nosotras no tenemos nada que ver con los de las Tullerías y tampoco podemos cambiarnos los sitios. Ellos son ellos y nosotros somos nosotros. ¡Tus republicanas revolucionarias no quieren entenderlo, pero así es!

Marie le hizo un gesto como para quitarla de su vista.

—Sin las mujeres, la revolución no hubiera empezado —dijo.

—¡Por Dios, yo también participé en la marcha a Versalles, iba a tu lado! — exclamó Georgette—. ¡Y también estuve en el Campo de Marte, a que me dispararan! Pero no se puede tirar demasiado de la cuerda. Al final se rompe y te quedas con ella en la mano.

Marie advirtió que en la mirada de Georgette el odio había cedido el lugar a una preocupación sincera.

Dio un paso hacia ella, mirándola a la cara para asegurarse de que volvería

al barrio con las palabras exactas.

–Si no actuamos ahora... Si no lo cambiamos todo, luego será tarde, no tendremos otra oportunidad.

Georgette suspiró y movió la cabeza.

–No es tu camino, ya te darás cuenta.

–Quizá –reconoció Marie–. Pero no voy a echarme atrás, Georgette.

Vio la frustración de la otra costurera. Debía resignarse a no comprender.

–Adiós –le dijo.

Marie siguió adelante.

#### 4

Edictos en las paredes, vendedoras de periódicos que voceaban en la calle, albañiles que iban y venían, lavanderas, mozos, vendedores ambulantes pregonando. París era como antes, pero el cielo tenía un color distinto, era de un azul metálico, como sólo lo es a finales de verano, surcado de nubes bajas, como deseosas de seguir. Los edificios parecían querer tocarse con los tejados, echarse uno encima de otro. El aire vibraba de fluido magnético. Los cuerpos que se rozaban por la calle habrían podido echar chispas, cargados de una conciencia nueva, de una sensación de extravío que, paradójicamente, anulaba las distancias y hacía más iguales a los seres humanos, porque todos iban a la deriva en la misma borrasca. Formaban parte de una aventura común en la que todos tenían su función –en los remos, en las velas, en el timón– y nunca como en aquel momento se sentía D’Amblanc más a punto de descubrir la suya. Ya no estaba fuera de lugar, sino exactamente donde debía estar.

Con todo, le parecía que no había ser humano más perdido que él. Quizá sí: el muchacho que lo seguía, con tanto miedo de extraviarse que casi le pisaba los talones. Jean el auvernés no había visto una ciudad en su vida y la mitad de esa vida la había pasado en el bosque. Miraba a un lado y a otro pasmado, con la boca cerrada y los ojos abiertos como platos. Después de cortarle el pelo, darle un buen baño y ponerle ropa nueva, parecía lo que había sido: el protegido de un aristócrata. Con la diferencia de que en aquel momento ya no había aristócratas y el único que lo protegía era un médico republicano que se lo había traído a París engañado.

El descubrimiento hecho en Auvernia desmentía los principios que habían inspirado la actividad de D'Amblanc en los últimos diez años y confirmaba las sospechas y temores que había abrigado hasta entonces. Sabía que había llegado a las puertas de una región desconocida cuyas fronteras no podía ver. Tenía que tomar decisiones y eso le daba miedo.

La noche anterior, al despedirse, el sargento Radoub le había hablado con la sinceridad habitual.

«No estoy seguro de que os haga bien encontrar lo que estáis buscando, doctor. Por eso no os deseo buena suerte, sino buena salud. Que Dios os proteja.»

Sí, la salud. D'Amblanc le había dedicado su vida, convencido de que la salud del individuo y la del cuerpo social estaban estrechamente relacionadas. La República no es nada sin igualdad, y la igualdad no es nada sin un remedio universal contra la enfermedad. Una terapia capaz de curar a todos del mismo modo, sin distinguir entre nobles y pobres. Una terapia capaz de transformar a todos los hombres en médicos, médicos de sí mismos y del prójimo. Las intuiciones de Puységur habían abierto el camino de esa cura, pero ahora algo lo obstaculizaba: la voluntad del terapeuta, una fuerza nueva e imprevisible.

En la plaza de la Grava se cruzaron con un pelotón de milicianos con gorro frigio y escarapela tricolor que escoltaba a un hombre con grilletes. El preso llevaba un camisón que le llegaba a los gemelos. La tela blanca destacaba en medio de la mancha oscura que formaba la escolta. En los pies llevaba unas pantuflas de estilo oriental y caminaba con mucho cuidado de no pisar el barro. Cuando cruzó la mirada con la de D'Amblanc, esbozó una amplia sonrisa.

El doctor se preguntó si había visto alguna vez a aquel hombre, pero le pareció que no.

—¡Buenos días, ciudadano! —dijo el preso en voz alta—. Y buenas noches, ya que no veré el fin de este día. ¡Saluda al mañana por mí!

La sonrisa del hombre seguía grabada en la mente de D'Amblanc cuando éste y Jean llegaron al palacio Brionne, imponente vestigio del pasado muerto y enterrado. El guardia, después de comprobar las credenciales, los condujo escalinata arriba.

Cuando llegaron a la puerta de la estancia, D'Amblanc le hizo señas al

muchacho de que esperara allí sentado en un banco y entró, anunciado por el guardia.

Chauvelin lo recibió con una sonrisa y un apretón de manos que delataba inquietud. ¿Sería posible que hubiera estado preocupado por él, se preguntó D'Amblanc?

—Por favor, sentaos, doctor. ¿Cuándo habéis llegado?

—Esta misma tarde.

D'Amblanc rehusó la fruta que le ofreció de una bandeja que había a un lado de la mesa y tomó asiento frente al agente del comité de seguridad general. Sentado a la gran mesa de patas leoninas, reclinado contra el alto respaldo y las manos juntas en el vientre, Chauvelin parecía un antiguo sacerdote que impartiera justicia. Ante él, sobre la amplia superficie lisa de la mesa, las causas en curso: vidas y destinos en forma de papel.

—Vos teníais razón y yo me equivocaba —dijo D'Amblanc sin andarse con rodeos.

En cierto sentido, pensó, no había mucho más que añadir. Auvernia podía desaparecer tragada por sus volcanes y aquella verdad seguiría siendo incontrovertible. ¿La prueba? Consigo la traía, en la puerta estaba: un muchacho llamado Jean, Jean del Bosque.

Tras escuchar en silencio el relato de D'Amblanc, Chauvelin quiso ver al muchacho. Lo hicieron entrar y Chauvelin le hizo un par de preguntas. Jean contestó en buen francés, recordando los días en compañía del caballero de Yvers. Luego le ordenaron que saliera.

—Muy bien, doctor —dijo Chauvelin—. Su descubrimiento es terrible y tranquilizador al mismo tiempo. De hecho, si es verdad que el caballero de Yvers ha modelado la mente de algunos campesinos, no es menos cierto que actuaba por capricho y no contra la República, dado que sus... experimentos se realizaron cuando la República, e incluso la revolución, aún no habían llegado allí. Además, es un individuo aislado, sin cómplices, por lo que me decís.

—¿Y eso lo tranquiliza? —preguntó D'Amblanc.

Chauvelin lo miró con aire inocente.

—¿Y no debería? Un hombre solo, cuyo nombre, título, origen conocemos... Prefiero un peligro así, claro y limitado, a las mil conspiraciones que corrompen París. Los monárquicos se confabulan para liberar a María Antonieta como en otro tiempo organizaban banquetes en sus palacios.

Parece que el barón de Grèche ha ofrecido un millón a quien la libere. Hace unas semanas, un gendarme de la guardia detuvo a la prisionera en la puerta que da a la calle. También a él lo habían sobornado, pero para evitar la guillotina ha delatado a los demás...

—No lo entendéis —lo interrumpió D’Amblanc, moviendo la cabeza.

El tono de Chauvelin se hizo más impaciente.

—Entiendo que el magnetismo es una doctrina peligrosa, como muchos sospechaban, y celebro que se haya convencido.

—¡No, maldita sea, no lo entendéis! —rebatía D’Amblanc—. Una vez os dije que no existen los magnetistas, sino el fluido magnético. Gracias a él, todos pueden ser terapeutas, si quieren. Pero por lo que he visto en Auvernia, hay una cosa que algunos pueden hacer, siempre gracias al fluido: limitar la libertad de los individuos, forzar su voluntad, superar sus defensas naturales y llegar a donde no se sabe.

Se dio cuenta de que había alzado la voz y se había puesto en pie. Se alisó los pliegues de la chaqueta y volvió a sentarse. Chauvelin alzó la palma de la mano con un ademán de condescendencia.

—De acuerdo —dijo—. Pero yo soy un agente de la seguridad general y, en lo que a la seguridad general respecta, en este momento hay otras prioridades. No puedo emplear hombres, tiempo ni dinero de la República en perseguir a una especie de brujo por delitos *no políticos* cometidos hace muchos años. Lo demás es una historia de curas viciosos y de niños que han sufrido abusos, como ha habido miles en Francia durante el antiguo régimen.

D’Amblanc se dio cuenta de que el agente Chauvelin nunca había esperado gran cosa de su investigación en Auvernia. Había sido un buen pretexto para alejarlo de París en un momento de gran peligro. Para protegerlo y quizá por algún otro motivo.

—Entretanto —estaba diciendo Chauvelin—, vos seguís al servicio de este comité. Aún necesitamos sus servicios.

D’Amblanc levantó la cabeza.

—Mis pacientes...

—Vuestro paciente es Francia. Lo es de todos nosotros. Sois un hombre de gran inteligencia y entendéis lo importante que es que todo el mundo haga lo que debe.

D’Amblanc lo entendía, pero no tenía claro que lo que él debía hacer fuera lo que su interlocutor imaginaba.

—¿Qué pensáis hacer con el muchacho? —preguntó Chauvelin—. Yo que vos lo encomendaría a las autoridades. Le encontrarán una familia.

—Tiene la mente trastornada —objetó D'Amblanc—. No, no voy a abandonarlo. La suerte lo ha puesto en mi camino y voy a cuidar de él. Además, es la prueba viviente del *delito*, por si algún día se persigue al que lo ha cometido.

Chauvelin suspiró sin hacer caso de la provocación.

—Como queráis. Siempre que eso no entorpezca vuestro trabajo. —Hizo una pausa para evaluar el impacto de lo que iba a decir—. Tengo un nuevo cometido para vos. —Se hizo cargo del silencio atento del doctor y prosiguió—. María Antonieta está enferma y, como os decía, las conspiraciones para liberarla consumen energías preciosas. Por lo tanto, se ha decidido juzgarla con rapidez. Se le imputan varios delitos y es necesario examinar a Luis Carlos Capeto. Hay que averiguar si la austriaca faltó o no a sus deberes de madre...

Calló, abrumado por el peso de sus palabras.

—¿Deseáis que sonambulice al delfín de Francia? —preguntó con asombro D'Amblanc—. Queréis que sonsaque información.

Chauvelin se puso rígido y lo miró con frialdad.

—¿Sonsacar? ¿Quién ha dicho sonsacar? Sólo nos interesa la verdad. Escuchad: el delfín lleva sin ver a su madre desde julio pasado. Está al cargo del concejal Simon y de su mujer para que lo críen como a un buen republicano. Pero se han dado cuenta de que el niño da graves muestras de malestar: catatonía, indolencia, delirio nocturno. Se trata de averiguar qué hay detrás de esos trastornos. Se teme que haya podido sufrir maltratos en el ambiente doméstico o cortesano. Vos domináis el método magnético. Por lo tanto, se os pide que visitéis al niño como es vuestra costumbre y dejéis que sea él quien haga la diagnosis estando sonámbulo. Eso es todo.

D'Amblanc no supo qué contestar. Lo descubierto en Auvernia lo obsesionaba: ya no podía pensar en el magnetismo como en una práctica inocua. Antes del verano, la aclaración de Chauvelin lo habría tranquilizado: se trataba solamente de curar a un niño. Pero ahora no podía evitar ver un segundo fin. La voluntad de los adultos contra la libertad de un individuo más débil. Se preguntó si no lo habrían enviado a Auvernia esperando confirmar, más que desmentir, los temores que el comité tenía. Los aspectos más inquietantes del fluido magnético podían serle útiles a la República.

Sin saber por qué, se acordó del prisionero en camisón que le sonrió y le deseó buenas noches esa misma mañana.

Se levantó, pero Chauvelin le señaló la silla.

–Sentaos, os lo ruego, doctor.

D’Amblanc obedeció, pero se sentó rígido, sin apoyarse en el respaldo.

–Estamos al borde de un precipicio –prosiguió Chauvelin–. Se trata de construir un puente sólido que nos permita cruzarlo. Si no lo conseguimos, Francia se precipitará. María Antonieta es culpable, desde luego, tanto como lo era Luis. Que haya tratado mal al hijo no sería algo decisivo para su condena. Pero claro está, si se demostrara, el pueblo tendría derecho a saberlo para hacerse una idea más clara de lo que era la monarquía.

Chauvelin calló y quedó en espera de una respuesta.

–¿Sabéis algo de la señora Girard? –preguntó D’Amblanc.

La mirada de Chauvelin se volvió sombría e inquisitiva, como si quisiera calar la intención que había detrás de las palabras.

–Sé que se ha marchado de París. Nada más. No se ha visto implicada en la ruina de su marido y con eso basta. La suerte de los brissotianos está echada y sólo esperan la sentencia.

D’Amblanc asintió, preguntándose si Chauvelin había tenido algo que ver en la marcha de la mujer. De nuevo recordó las palabras del hombre del camisón.

«Saluda al mañana por mí».

–¿Y vuestras jaquecas? –preguntó por cambiar otra vez de tema.

Chauvelin sonrió con resignación.

–Ponen a prueba mi espíritu de abnegación.

D’Amblanc se levantó para despedirse, pero cuando alargó la mano por encima de la mesa para estrechar la de Chauvelin, se halló con un papel entre los dedos.

–Os he apuntado la cita. El 12 de octubre a las cinco en la puerta de la prisión del Templo. Yo también acudiré con el fiscal Hébert.

Cuando cerró la puerta a sus espaldas, D’Amblanc tardó unos segundos en advertir la presencia de la persona que tenía al lado.

–¿Cuándo vamos a ver al caballero, señor? –preguntó desconcertado el muchacho.

D’Amblanc le puso la mano en el hombro para tranquilizarlo.

–Pronto, Jean. Ahora vamos a casa.

CONVENCIÓN NACIONAL  
Extracto del acta del 15 brumario  
año II de la República Francesa  
una e indivisible  
(jueves, 6 de noviembre de 1793 del antiguo calendario)

Presidente Moïse Bayle

Se admite ante la asamblea a una delegación de cuatro ciudadanas que dicen ser portadoras de una petición muy importante y urgente, en representación de varias secciones.

UNA DE ELLAS. Ciudadanos, la sociedad de las republicanas revolucionarias, compuesta en su mayor parte por madres de familia, mujeres de defensores de la patria, ha dejado de existir. Una ley, que habéis dictado basándoos en un informe lleno de falsedades, nos impide reunirnos...

VOCES DIVERSAS. ¡Basta! ¡Echadlas fuera! ¡El orden del día! (*Gritos y risas.*)

La Convención decide por unanimidad volver al orden del día.

Las mujeres abandonan la sala precipitadamente, sin esperar la respuesta del presidente. Los aplausos atruenan la sala.

## ESCENA SEGUNDA

Marea

*Octubre-noviembre de 1793*

1

Estaban sentados uno frente al otro. El niño lo miraba con indiferencia, rapado el pelo rubio, como de perro perdiguero, con la cara roja de frío.

Llevaba una ropa que le estaba pequeña: las manos sobresalían medio palmo de las mangas, los calzones le apretaban los muslos.

El guardián Simon dijo que con el dinero que le daban no era fácil renovar el guardarropa.

–Lo gastamos casi todo en comer.

En efecto, pensó D’Amblanc, el prisionero estaba todo menos desnutrido. Por lo demás, Simon, su mujer y el delfín comían a la misma mesa, y al parecer al guardián le gustaba que se la preparara el cocinero del Templo, el famoso Gagnié, que había servido en la residencia real de Versalles. Además, Luis Carlos llevaba una vida muy sedentaria. Según los informes sobre su vida de recluso, todos los días daba un paseo por el camino de ronda y de tiempo en tiempo salía al jardín, al pie de la Gran Torre y rodeado por la muralla.

Simon siguió hablando sin apartarse del médico y mirando al niño, como si quisiera ponerse en el lugar del terapeuta.

–Hemos tenido que quitarle la pátina de príncipe, verá como al final sale un buen republicano, una persona del pueblo. Le he enseñado a beber vino y a hablar normal, sin tanta ceremonia. Y como ya sabe leer, mi mujer le hace que lea *Le Père Duchesne*.

El hombre parecía satisfecho de su trabajo.

–Los síntomas, ciudadano Simon.

Era la voz de Chauvelin. Venía de la pared en sombra, al final de la

estancia. El funcionario estaba de pie, apoyado en el escritorio del último rey de Francia.

–Claro, claro –masculló el guardián–. En resumidas cuentas: se despierta de noche, grita, tiembla, a veces se orina y se hace caca encima, con perdón... –Se rascó la cabeza, esforzándose por recordar algo que había olvidado–: Y se hace el mudo.

–¿Queréis decir que habla poco? ¿O que no contesta cuando se le pregunta? –preguntó D’Amblanc.

El guardián se encogió de hombros, como si no viera la diferencia.

–Quiero decir que a veces se pasa un día entero sin abrir la boca –contestó.

–¿Y desde cuándo se comporta así?

–Yo siempre lo he visto así –contestó Simon–. Es decir, desde que lo sacaron de la planta baja, donde estaba su madre, y lo trajeron aquí conmigo, al aposento del Capeto. Se ve que esta estancia le recuerda a su padre...

–Gracias, ciudadano –lo interrumpió D’Amblanc–. Podéis retiraros.

Simon pareció desconcertado, pero consultó con la mirada a Chauvelin y a otra figura que había al lado, un hombre de cara afilada, con un pelo largo que le llegaba a los hombros y una sonrisilla orgullosa que no se le borraba de los labios.

Si Chauvelin estaba presente en el interrogatorio en nombre del comité, Jacques-René Hébert estaba allí como fiscal del ayuntamiento de París con el encargo de instruir el juicio de María Antonieta. El redactor de *Le Père Duchesne*, el que llamaba a Jesús «el primer revolucionario», era una verdadera autoridad entre las paredes del Templo.

En la entrada principal, el portero lo había saludado como a un viejo conocido y D’Amblanc ni siquiera había tenido que enseñar el salvoconducto del ayuntamiento. En el patio, un comisario los había alcanzado corriendo y los había acompañado por el Palacio del Gran Prior de los Templarios, transformado en cuartel de la guardia nacional. Hébert se había quedado hablando con un oficial uniformado, para preguntarle si había peticiones, observaciones sobre los turnos de vigilancia. Más que el fiscal de París parecía el alcalde, por lo menos de aquella parte de la ciudad. Luego habían seguido al comisario al segundo patio, dominado por la mole de la Gran Torre, y habían cruzado la muralla sin grandes formalidades tampoco.

Al ver a Hébert, el guardia de la garita había tocado rápidamente la campanilla para avisar al compañero de la otra parte de la barrera. La entrada

peatonal sólo se abría si los dos introducían las respectivas llaves por un lado y por otro de la cerradura. La misma solicitud, acompañada de citas de las últimas invectivas de *Le Père Duchesne*, encontraron en los centinelas de la puerta de la Gran Torre, en los comisarios de la sala del consejo y, por último, en Antoine Simon, que los acompañó a la antesala de la segunda planta, donde había una estufa y un cuadro con la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano.

D'Amblanc habría preferido quedarse solo con el niño, sin sentir el peso de aquellas presencias a su espalda. Como no pudo obtener tanto, pidió que al menos saliera Simon, arguyendo que la presencia del guardián podía condicionar al prisionero.

Después de que Hébert, con un movimiento de cabeza, confirmó que Simon podía salir, D'Amblanc empezó la magnetización.

—Cerrad los ojos —ordenó en tono reposado—. ¿Cómo os llamáis?

—Luis Carlos Capeto.

Se oyó una tosecilla detrás de D'Amblanc.

—Conviene que le habléis de tú.

D'Amblanc se volvió lentamente y miró a Hébert, que era el que había hablado, pero Chauvelin intervino antes de que pudiera replicar.

—Es un niño. Eso le hará sentir más confianza, ¿no os parece?

D'Amblanc decidió no objetar nada. Aquellos días estaba de moda hablarse de tú, para subrayar la igualdad de los ciudadanos y la abolición de cualquier tratamiento reverencial, residuo del antiguo régimen. Volvió, pues, a su paciente, dispuesto a llamar de tú al que para muchos era Luis XVII, rey de Francia y de Navarra, y tenía embajadores en todas las cortes de Europa.

—¿Cuántos años tienes?

—Cumplí ocho el 27 de marzo.

D'Amblanc le puso los dedos en la frente. Pensó que estaba tocando el cuerpo de un rey curador, para quien creyera en ello. Pero en él no veía sino un paciente pequeño que necesitaba ser curado.

Tomó las manos del niño y las puso con las palmas hacia arriba, con un contacto leve. No podía costar mucho tiempo sonambulizar a un sujeto tan vulnerable y castigado por las circunstancias.

—Duerme, necesitas descansar... —murmuró—. Duerme.

Esperó a que la respiración se hiciera lenta y regular y percibió el fluido magnético que corría entre los dos.

—¿Qué te asusta por la noche?

El niño tardó unos segundos en contestar.

—Las pesadillas.

—¿Qué sueñas?

Silencio. D'Amblanc se dispuso a preguntar otra cosa, cuando el chiquillo contestó de pronto:

—Con la mierda.

D'Amblanc notó el sobresalto a su espalda. Aquella palabra se avenía mal con la cara de angelito miserable del niño.

—¿Quién te ha enseñado esa palabra? —preguntó.

—Simon dice que se dice así —contestó el niño—. La mierda sale del retrete. Tiene forma de hombrecillo. También hay cucarachas y ratas que lo siguen. Camina por la habitación.

—¿Tienes miedo?

—Sí. Cuando se hace de noche sale del retrete, que está allí, en la torre del rincón. Me dice que he de morir.

D'Amblanc recordó las palabras de Simon: «Se hace caca encima, con perdón.»

—¿Y por eso no defecas en el retrete?

—Tengo miedo de que me coja y me lleve.

El doctor notó de nuevo que detrás se removían. Luego oyó la voz de Hébert, que susurraba:

—No nos interesan sus necesidades corporales. Debemos preguntarle por la madre. Pregúntale por la relación con su madre, ciudadano D'Amblanc.

Chauvelin intervino para calmar a Hébert.

D'Amblanc movió la cabeza.

—¿Sabes dónde está tu madre?

—No.

—¿Qué hacíais cuando estaba aquí?

—Yo tenía el pelo largo y ella me lo peinaba. Jugábamos a las damas. Me hacía que leyera viejos libros de cuentos.

D'Amblanc observó la melena sucia del niño, que era como la de cualquier chiquillo de las calles de París.

—¿Qué clase de cuentos?

—Cuentos de caballeros y de princesas.

El bisbiseo complacido de Hébert resonó en la estancia, seguido del de

Chauvelin, que lo reconvenía también en voz baja. El doctor apretó un poco las muñecas del niño.

—Pregúntale cómo lo llama su madre... —sugirió de nuevo Hébert.

El médico dirigió la palabra al niño, que contestó sin dudar.

—Luis Carlos... —Dudó un instante, como haciendo memoria, y añadió—: Alteza real.

—¿Te ha dicho alguna vez que podrías irte del Templo? —preguntó D'Amblanc.

Se aguzaron los oídos. Esta vez no se oyeron murmullos ni hubo sugerencias. Silencio y expectación.

—No.

Por alguna razón, aquella simple sílaba afectó enormemente a D'Amblanc. No porque esperara otra respuesta, como sin duda la esperaba el público acusador. Lo que lo consternó fue la absoluta resignación que advirtió en la respuesta. Sentía lástima por el ser que tenía enfrente, un ser abandonado, sucio y solo. Con todo, aquel niño y su hermana, recluida en el piso de arriba, serían posiblemente los únicos de la familia que se salvarían. Los únicos que tenían un futuro.

—¿Qué es lo último que te dijo tu madre antes de dejarte?

Hizo la pregunta sin saber si estaba realizando el interrogatorio que le habían encargado o más bien buscando una esperanza para aquel niño.

—Me dijo que si no volvíamos a vernos, confiara en Nuestro Señor.

—Pregúntale si cuando lo peinaba lo acariciaba... —susurró Hébert.

D'Amblanc se mordió los labios para no insultarlo. No quería arriesgarse a interrumpir bruscamente la sonambulización. Hizo oídos sordos, pero antes de que pudiera preguntar otra cosa, el niño habló, con los ojos aún cerrados y la respiración regular de un durmiente.

—Me acariciaba el pelo.

Se llevó la mano a la cabeza y empezó a pasársela por unos mechones imaginarios.

D'Amblanc oyó de nuevo el fastidioso susurro de Hébert.

—Pregúntale si su madre lo tocaba...

Esta vez D'Amblanc tuvo que redoblar los esfuerzos por no estallar. Apretó la mandíbula y respiró hondo, decidido a no abrir la boca.

Fue el niño el que habló.

—Tengo miedo...

–¿De qué? –se apresuró a preguntar D’Amblanc–. ¿Del retrete?

El niño movió la cabeza.

–De vos... –Levantó la mano y señaló el tórax de D’Amblanc. El médico recordó el gesto de la pequeña Margot y sintió un escalofrío–. De vuestro mal –añadió el niño. Y acto seguido señaló con el dedo por encima del hombro de D’Amblanc–. De su dolor de cabeza.

D’Amblanc sabía que Chauvelin lo miraba desde el fondo del cuarto.

–¿Y yo? –intervino Hébert en tono sarcástico, acercándose–. ¿No me duele a mí la cabeza?

El niño abrió los ojos de pronto y el fiscal se estremeció, como si aquella mirada azul lo hubiera traspasado.

–Vos perderéis la cabeza.

–¡Ah! –exclamó Hébert–. ¡Condenado de mí si esa mala puta no va antes que yo!

–¡Basta! –intervino Chauvelin.

D’Amblanc se levantó, apartó a Hébert y salió por la puerta. En la antesala le dijo adiós a Simon y desapareció por el pasillo que llevaba a la torre de la escalera de caracol. Tanto la puerta de madera como la de hierro habían quedado abiertas. Bajó los escalones corriendo, cruzó la sala de la planta baja y salió con impulso.

Recibió con alivio el aire fresco del día y respiró a pleno pulmón la brisa otoñal que soplaba entre los árboles.

–¡D’Amblanc, esperad!

Chauvelin lo alcanzó corriendo.

–¡Idos al diablo! –dijo D’Amblanc dirigiéndose a la puerta que se abría en la muralla.

El policía sorteó un plátano y se plantó delante del médico, cortándole el paso.

–Exijo que me deis vuestra opinión profesional.

–Mi... –D’Amblanc movió la cabeza, incrédulo–. Ese niño está sucio, insomne y trastornado. ¿Qué más queréis que os diga?

Volvió a respirar profundamente el aire seco y frío. Tuvo un mareo. Se apoyó en el árbol y notó la corteza en las yemas de los dedos. Era algo concreto, sólido, daban ganas de pasar los dedos por ella, rascarla, arrancar grandes placas grises.

–Ese niño ha vivido en el Olimpo desde que vino al mundo –replicó

Chauvelin—. Simplemente, ha de acostumbrarse a vivir en la tierra, como todos los mortales.

—¿Creéis que es eso? —preguntó D’Amblanc en tono escéptico—. En unos pocos meses ha perdido a su padre, lo han separado de su madre y de todas las personas conocidas. Está asustado y triste.

La rabia excavó en el entrecejo de Chauvelin una arruga profunda, que parecía que iba a tragarse toda la frente.

—¿Creéis de verdad que nuestra prioridad puede ser la felicidad del retoño de Capeto? ¿Tenéis idea de la cantidad de niños franceses que sufren?

D’Amblanc movió la cabeza.

—No es eso. Hemos escrito que el fin de la sociedad es la felicidad común.

—La felicidad común implica la infelicidad de los enemigos del pueblo —continuó Chauvelin—. Ladrones, acaparadores, tiranos. Luis Carlos Capeto estaba destinado a convertirse en el siguiente tirano de Francia y ahora será un ciudadano libre de la República. ¿Os parece poco?

—Me parece que no es libre en absoluto.

—De momento. Porque si ahora lo liberáramos, sería esclavo de su destino de rey. Antes hay que educarlo en la verdadera libertad.

—De todas maneras será un huérfano —dijo D’Amblanc, que no quería seguir discutiendo. Sólo quería irse, que lo dejaran en paz.

—Eso no tiene remedio —replicó Chauvelin—. Francia está llena de huérfanos. Huérfanos de opositores a la tiranía, huérfanos de opositores de la revolución, huérfanos de guerra. La República se ocupará de todos ellos.

—La República, claro... —dijo D’Amblanc—. Yo no puedo hacer nada por ese niño. Ni tampoco por vos ni por vuestro juicio. Creía que París era el mejor sitio. Ya no estoy tan seguro.

La arruga de Chauvelin se agitó como dotada de vida propia.

—¿Queréis abandonar, doctor? ¿Creéis que podéis esconderos de la historia?

D’Amblanc dio un paso al lado para irse pero se detuvo.

—Hay modos de esconderse sin desaparecer.

Chauvelin lo miró sin saber muy bien lo que quería decir.

—Tened el valor de hablar claro —lo desafió.

—¿Por qué no empezáis vos? ¿Qué le ha ocurrido a la señora Girard? —preguntó a bocajarro D’Amblanc.

—Os lo he dicho. Se ha marchado de París.

–¿Dónde está?

Chauvelin guardó silencio. Su mutismo fue más elocuente que cualquier respuesta.

–Vuelvo con mis pacientes –dijo D’Amblanc.

Cuando se marchaba oyó a sus espaldas la voz de Chauvelin.

–Estáis llamado a hacer cosas más importantes que ocuparos de vuestro muchacho salvaje. Vos lo sabéis, D’Amblanc.

El doctor siguió caminando.

## 2

Es que al principio de aquel mes la revolución cambió hasta el calendario. Un día era 5 de octubre de 1793 y al siguiente 15 de vendimiario del año II. En principio, esto de dejar de contar los años desde el nacimiento de Cristo – que además nadie sabe cuándo nació exactamente– a nosotros los revolucionarios del pueblo nos gustaba, porque quería decir que habíamos vivido un hecho muy importante, que era que Francia se había convertido en una república. Lo que ya nos gustó menos es que las semanas pasaban a ser décadas, y los días dejaron de llamarse lunes, martes, etc., y pasaron a llamarse primidí, duodí... ¿Y qué?, dirás, qué importa el nombre de los días, si pa los pobres es siempre mierdía. Pues importa, porque con el sistema de antes había seis merdodí y luego llegaba el domingo, día en el que, como Dios manda, se descansaba del trabajo. Pero como del trabajo del Señor en la Creación no se quería saber nada, ahora resulta que el día de descanso, llámalo domingo o decadí, pal caso es lo mismo, no llega hasta pasaos nueve días de curro, y tres veces por mes en lugar de cuatro. Vamos, que esto del calendario ha sido como darle un bocao a un buen bollo y resultar que es una moñiga.

Pero por lo menos aquel mes de octubre, o vendimiario, nos consolamos con otras cosas. Por ejemplo, con la noticia de que nuestro ejército, después de sesenta días de bombardeos, tomó Lyon y el sur de Vandea empezaba a rendir cuentas. Y también con ver que se fijaban carteles en las paredes de París con el precio máximo de las cosas (¡por fin!): un precio pa cada alimento y el que se lo salte, lo paga, en contante y sonante o con la cabeza.

De hecho, lo que más nos consoló fue el montón de cabezas que rodaron,

empezando por la más importante.

Los delitos de María Antonieta, la viuda de Capeto, estaban tan claros que el juicio sólo duró dos días. Se había gastao el dinero del estao en sus favoritos, pa que no se le escaparan de entre las patas. Austriaca y puta, que no se sabe lo que es peor, convenció al marido pa que traicionara al pueblo francés. Y cuando hicimos justicia y enviamos al Capeto a la guillotina, la muy zorra, pa no dar su brazo a torcer, empezó a llamar a su hijo Luis XVII, lo revolvió contra la República y quiso meterle aún más en la cabeza el viejo mundo, de manera que hubo que separarlos.

Hébert la ha acusao ante el tribunal revolucionario de haberse acostao con su hijo pa volverlo monárquico cabal, como pa darle a entender que ya no era su madre, que él era rey y que por eso tenía el sacrosanto derecho de tirarse a una reina. ¡La que se armó! Las mujeres de barrio, sólo de oír aquella guarrería, se sintieron ofendidas como madres y empezaron a decir que ni la más reputa haría una cosa así, y que los únicos capaces de perseguir a las hijas y llevárselas a la cama son los padres.

Así que al bueno de Hébert le salió el tiro por la culata, pa gran contento de sus enemigos, Robespierre el primero, que lo ha llamao al orden y de paso le ha tomao la medida del cuello.

Agora, en una cosa sí estaban de acuerdo amigos y enemigos, y es en que la libertá de expresión es un gran bien, aunque las mujeres, cuando están solas, la gasten en meter las narices donde no las llaman, como por ejemplo yendo a los juicios a armar barullo o peleándose en el mercao. Por eso, después de que las amazonas y las pescaderas se pelearan por enésima vez, la Convención en pleno ha votao cerrar los clubes femeninos, porque ya están hartos de ver a las mujeres tirarse de los pelos. Si se pasan el tiempo así, ¿cómo van a currar en lo que deben?

Era el mes de brumario, el mes de la niebla, aunque muchos seguían llamándolo noviembre. Otras veintiocho testas coronás cayeron al suelo, pero no con la guillotina. A esos reyes se las cortaron con una soga. El verdugo tira de la cuerda, los arranca de su mundo de piedra y se estrellan contra las losas, a la puerta de Nuestra Señora. ¡Y que Luis XVII monarquizao por María Antonieta! Queríamos evitar que vosotros, los ciudadanos del futuro, pudierais levantar la vista y, viendo los portales de la catedral, decir: «¡Fijaos en los reyes antiguos, qué majestá, qué realeza, qué gloria! ¿No estaría mejor Francia cuando estaban ellos?»

El 10 brumario les llegó por fin la hora a Brissot y demás girondinos. Los que querían salvar a Luis. Los que votaron por hacer la guerra, esperando que los austriacos llegaran a París. Los que dicen que lo del precio máximo va contra el libre comercio y la propiedad privada. Los que han querido romper Francia con el cuento del federalismo.

Han ido al patíbulo cantando «La marsellesa» bajo una lluvia de escupitajos. Iban sólo veinte, porque Valazé prefirió apuñalarse en la sala del tribunal y ahorrarle la molestia al verdugo. Nos acordamos de algunas frases que dijeron antes de que les cortaran la cabeza. Por ejemplo, la de Girard, el tío que quiso escapar disfrazado de mujer, que empezó bien pero luego un estornudo le cortó la palabra y cuando quiso seguir ya era demasiado tarde, le habían metido la cabeza en el agujero y no tuvo tiempo ni de despedirse de ella.

La frase de Carra, que en vida fue un periodista mediocre pero antes de estirar la pata tuvo una buena ocurrencia que dijo sin pestañear: «Lástima, porque me hubiera gustado ver cómo acababa esto.»

Tres días después decapitaron también a Olympe de Gouges, la de los derechos de la mujer y de la ciudadana, la amigueta de Brissot y compañía. El fiscal del ayuntamiento, Pierre-Gaspard Chaumette, que se hace llamar Anaxágoras y es compadre de Hébert, le dedicó un bonito elogio fúnebre. Dijo que por fin nos quitábamos de en medio a la marimacho que fundó la primera sociedad de mujeres pa meter el hocico en los asuntos de la República en vez de ocuparse de la prole. «¿Queréis imitarla? Seguro que no. Sabéis que sois interesantes y dignas de aprecio cuando sois lo que la naturaleza ha querido que seáis.» Si no, al hoyo y amén. Pues desde allá arriba la furcia brissotiana voceó: «¡Hijos de la patria, vosotros vengaréis mi muerte!»

¡Cuántos aires! Todos sacando pecho y dándose importancia como si estuvieran en el escenario de un teatro. Cuando las diñamos nosotros, reventaos a trabajar o de fiebre, morimos soltando un regüeldo o un pedo, o como mucho rezando y maldiciendo, pero no es que nos guste. Y hoyos llenamos todos los días. Agora, cuando despachas a una dama o a un poltrón de la Convención, todos toman nota y prestan atención pa oír las últimas palabras famosas.

El caso es que al carro subieron muchos más.

El 16 brumario llevaron a la guillotina a Felipe Igualdá, que fue el duque de Orléans, y el 18 a la señora Roland, que ofrecía té a los brissotianos en su

salón pa que mojaran las galletas, y el 21 a Bailly, que cuando fue alcalde mandó que nos dispararan en el Campo de Marte, y el 25 a Manuel, que defendió al rey, y el 27...

### 3

Era una ola que crece, arrolla y luego se retira, llevándose todo. Así se sentía: como si le hubieran robado lo más importante que tenía. Pauline, una de las tres que habían acudido a la cita, quería incluso convencerla de que no hay mal que por bien no venga, que rodaban las cabezas que debían rodar: la de la austriaca apestosa, la de los girondinos, la de los traidores del pueblo, la de los infames. Claro, Marie entendía que a la De Gouges había que cortarle la cabeza por brissotiana, pero... Pero... Las palabras para decirlo se le embarullaban en la cabeza. Olympe era una furcia de salón, pero había escrito la declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana. Marie la había leído apenas una semana antes, en casa de Claire. Marie había dicho que, después de todo, lo que decía la De Gouges no le parecía mal ni mucho menos.

–Siempre has dicho que los derechos te importan poco si no tienes para comer –había comentado Claire. Luego había cambiado el tono y la expresión, como queriendo contener la rabia–. A lo mejor la De Gouges decía cosas buenas, pero ¿cómo pensaba llevarlas a cabo? ¿Acaso esperaba que lo hiciera su amigo Brissot, salvando los beneficios de los ricos? No se puede defender un derecho mientras se conserva un privilegio.

Se había callado, consciente de adónde la llevaba el razonamiento, según el cual Robespierre y Danton no eran distintos de los demás: la constitución que habían redactado era una perla, pero no harían leyes para ponerla en práctica. Al menos mientras durase la guerra.

Lo sabían las dos, que ahora miraban lo que quedaba de la sociedad de las ciudadanas republicanas revolucionarias. No era casualidad que hubieran cerrado con un decreto todos los clubes femeninos y tres días después hubieran decapitado a la De Gouges.

La ola empezaba a retirarse.

La imagen que le venía a la mente a Marie era la de una mujer con el culo expuesto al látigo, un látigo que empuñaba otra mujer.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo la cuarta mujer, Darcelle, la joven miembro de la sociedad que una noche había ido a buscar a Marie para salvar a Claire de la cárcel—. No podemos ir nosotras cuatro solas como delegadas. ¿Por qué no ha venido nadie más?

No obtuvo respuesta. Cada una se la dio a sí misma en silencio.

Claire dio un profundo suspiro. Llevaba la ropa de amazona y a Marie le parecía más bella que nunca.

—Yo no voy a callarme —dijo—. Voy a ir allí a protestar. Si es el fin, que por lo menos sea a nuestro modo.

Las otras tres miraron el gran edificio que se erigía al fondo de la plaza. La Convención, la montaña más alta, el templo de la República.

—Nos cubrirán de escupitajos, que lo sepas —dijo Pauline—. Están deseándolo.

Claire las miró y cuando Marie cruzó su mirada con la de ella se le antojó realmente una amazona antigua, como las que esculpían los escultores o las de las ilustraciones de los periódicos. Marie pensó de nuevo que aquella desesperada determinación la volvía bellísima y terrible. Una leve sonrisa torció la boca con forma de corazón de Claire.

—Sí, lo harán —dijo, y añadió—: Las demás ya han elegido. Vosotras no estáis obligadas a venir conmigo.

Marie dio un paso y se puso a su lado, embargada por la emoción. Las dos se quedaron esperando la decisión de las otras.

Pauline se les unió encogiéndose de hombros.

—¡Al diablo! Si hemos llegado hasta aquí...

Darcelle, con los ojos arrasados en unas lágrimas que se esforzaba por que no resbalaran por las mejillas, parecía aún más joven de lo que era. Allí dentro la destrozarían, pensó Marie. Vio que daba un paso inseguro, pero en la buena dirección.

Darcelle se sorbió la nariz y dijo:

—Vamos.

Echaron a andar una al lado de otra, dispuestas a salvar la distancia que las separaba de las Tullerías. Algunos transeúntes se volvían a mirarlas, intrigados por aquella marcha de a cuatro; otros no les hacían caso. Unos niños se pusieron a seguirlas, riéndose, pero como ellas no reaccionaban a la provocación, pronto las olvidaron.

Llegaron a la puerta y se detuvieron a contemplar el imponente edificio,

conscientes de que podía ser la última vez que entraban en él.

—¿Sabéis? —dijo Claire en tono desenvuelto—. La primera vez que aparecí en una obra de teatro fue sustituyendo a la protagonista, que había caído enferma. Cuando el público me vio en lugar de la otra, empezó a insultarme y a lanzarme de todo. Yo seguí adelante hasta que terminó el primer acto. Cuando salí para el segundo, ya no me lanzaron nada.

Pauline emitió una risilla para aliviar la tensión. A su lado, Darcelle pareció animarse con la anécdota.

—¿Quieres decir que puede no ser tan malo como pensamos?

Marie le tocó el hombro.

—Quiere decir que tenemos que ser duras y aguantar hasta el segundo acto.

—Si es que hay un segundo acto —concluyó Pauline sin disimular sus temores.

Claire les pasó de nuevo revista.

—¿Listas?

Asintieron.

Entraron juntas en las fauces de la Convención.

#### 4

El olor a carne asada era un riachuelo suspendido entre las casas. Discurría en silencio a media altura, lamía las repisas de las ventanas de las plantas bajas y el viento gélido se lo llevaba lejos. Bastien lo seguía con el olfato, como un perro. La media cebolla que había desayunado no había hecho sino avivarle el apetito. No tardó mucho en descubrir la fuente del olor: salía de la carnicería de los hermanos Napie.

Una fila de unas treinta personas bordeaba la pared del edificio, desde la entrada hasta la esquina de un callejón. Bastien se puso a la cola, con los ojos bien abiertos, detrás de dos amas de casa que leían *Le Père Duchesne*. Enseguida notó que entraban en la tienda muchas más personas de las que salían con un envoltorio bajo el brazo. Señal de que los demás salían por otra puerta y por lo tanto escondían algo.

Esperó su turno y franqueó la puerta. El olor a carne asada lo dejó con la boca abierta: parecía que uno podía saciarse simplemente dándole vueltas con la lengua. La matrona que iba delante de él tenía un culo como un cojín y

Bastien se imaginó hundiendo en él la cara y dándole un bocado. La mujer cuchicheó con el carnicero unas frases incomprensibles, pero éste, en vez de despacharla, la pasó a la trastienda.

—¿Hay carne? —preguntó entonces Bastien, y reconoció en la cara del hombre la expresión de inquietud mal disimulada que siempre ponían los comerciantes cuando se las veían con el mozo de Treignac.

—Se ha acabado —contestó Napie—. El último trozo acaban de llevárselo.

Con un gesto del brazo, el carnicero señaló el mostrador de madera que tenía detrás, en el que había un montón de huesos, tendones y jirones de grasa. Bastien se asomó.

—Pues si no te queda nada, ¿por qué nos haces hacer cola?

—Pues porque —suspiró el hombre, con el tono condescendiente del que sabe lo que es el mundo— hay mucha gente que compra los huesos para hacer caldo.

El muchacho fingió que se creía la explicación, dio media vuelta y se marchó sin despedirse. Conocía bien el truco de la carne asada: como la ley fijaba un precio máximo para la carne cruda, los carniceros la vendían asada al doble del precio, diciendo que la diferencia se debía al coste del fuego, la leña, la sal.

A paso ligero llegó a la zapatería de Treignac, al que encontró poniéndoles las suelas a un par de botas.

—El carnicero Napie vende la carne asada y les dice a los clientes que salgan por detrás —dijo sofocado.

Treignac asintió sin apartar la vista del trabajo.

—Lo sé.

—Si vas ahora mismo, lo pillas con las manos en la masa —insistió el muchacho.

—Iré esta tarde —contestó Treignac, concentrado en coser un empeine.

—¿Por qué esta tarde? —protestó Bastien—. ¡Es ahora cuando está estafando!

Treignac dejó la bota en el banco de trabajo y se pasó las manos por el mandil manchado.

—Mira, esto es como cazar moscas en un estercolero. Si arrestamos a todos los comerciantes que se saltan las reglas, ¿quién va a vender las cosas? ¿Tú?

La frente de Bastien se frunció con una expresión muy elocuente. El muchacho señaló el bando que colgaba de la pared.

—¿Entonces para qué sirve la lista de precios?

Treignac suspiró.

—Eres igual de cabezota que tu madre. El precio máximo es justo, porque impide que los precios suban sin control. Pero hay que tener paciencia, estamos en guerra con medio mundo, hay poco pan y el poco que hay cuesta más, es lógico, pero si intentamos que cueste menos, al final no habrá. Hay que controlar los precios, pero debemos dejar que los comerciantes le saquen cierto beneficio. Robespierre no para de hacer leyes, para que la harina se mueva, para decomisar la que se esconde, para plantar y cosechar más trigo. Todo eso requiere tiempo. A lo mejor este verano tendremos pan, carne, precios bajos y paz, pero hasta entonces demos gracias si no nos morimos de hambre.

El estómago de Bastien contestó con un gruñido que valió más que una réplica. La cebolla del desayuno ya no era más que un lejano recuerdo. Treignac cogió una torta de un envoltorio de papel y se la lanzó al muchacho, que la atrapó al vuelo.

—Chúpala, no la muerdas, si no quieres romperte los dientes de lo dura que está.

Bastien se llevó la torta a los labios con cuidado.

Treignac lo miró de reojo.

—¿Sólo has venido a decirme lo de Napie?

El muchacho dudó, concentrado en devorar la torta.

—¿Les has preguntado a tus amigos?

—Sí —contestó Treignac, que se esperaba la pregunta—. Al parecer vive con esa actriz. Pero está bien. Ahora que las asociaciones de mujeres se han disuelto, tendrá menos ocasiones de meterse en líos.

Cogió las botas, pero antes de retomar el trabajo se volvió hacia Bastien.

—Es valiente. Saldrá adelante.

El muchacho no dijo nada. Hizo un ademán a modo de despedida y salió a la calle, con la torta entre la lengua y el paladar.

«L'AUDITEUR NATIONAL»  
Núm. 436, página 2  
Extracto del acta  
de la sesión de la Convención Nacional  
11 de frimario del año II (1 de diciembre de 1793)

BOURDON (del departamento del Oise), en nombre del comité para la agricultura, propone que se debata un decreto sobre el desecamiento de los pantanos, haciendo notar que la mayoría de esas masas de agua las crearon los frailes y feudatarios eclesiásticos, que para disponer de buen pescado sacrificaron los terrenos más fértiles de nuestro campo. Afirma, otrosí, que en todas las regiones en las que existe este tipo de pantanos, las cosechas de trigo se pierden por culpa de la neguilla, una planta tóxica, y muchos pueblos son víctimas de epidemias. Por lo tanto, el desecamiento de los pantanos tendría dos ventajas: un aire más saludable y devolver a la agricultura unos quinientos mil acres de terreno.

VARIOS MIEMBROS piden que únicamente se decrete el desecamiento de los pantanos nocivos para la cosecha y peligrosos para la salud.

Pero DANTON interviene: «Todos apoyamos la conjura contra las carpas y amamos el reino de los carneros. Pido que el proyecto se someta a votación.»

Tras un debate, se aprueban los siguientes artículos:

Art. 1. Todos los pantanos y lagos de la República que se vacían para capturar sus peces, los formados por diques o esclusas, serán desecados antes del próximo 15 pluvioso.

Art. 2. El suelo de los pantanos desecados se sembrará de trigo marzal u hortalizas comestibles para el hombre.

A propuesta de un miembro, la Convención Nacional encarga al comité para la agricultura presentar un proyecto de decreto que contemple la siembra de aquellos parques y jardines que hasta hoy se han dedicado al lujo y a la frivolidad.

## ESCENA TERCERA

Hambre a voluntad

*Otoño-invierno 1793-94*

### 1

Peor que el frío que corta no hay más que el hambre canina, que le hace a uno morder las patas de las mesas por no morder las de los comensales.

Conseguimos el precio máximo, pero los timadores surgieron como setas. Unos vendían sidra coloreá de rojo diciendo que era vino, otros pan hecho con yeso. Por lo del vino nombraron a unos comisarios «catadores», como si nosotros no fuéramos capaces de distinguir el meao del zumo de uva. Por lo del pan, obligaron a los panaeros a cocer el pan de la igualdá, con sello de garantía. Al ejército lo mandaron a escoltar los carros que venían del campo, y ya puestos mandaron a trabajar al campo a los quintos y a los presos de las cárceles.

Al liante de Danton se le ocurrió desecar los pantanos pa cultivar el terreno y que el ganao pudiera comer. «Debemos apoyar la conjura contra las carpas y sostener el reino de los carneros», dijo. Así se hablaba entonces en la Convención, con mucho requilorio. Nadie quería más reinos, pero da igual: esos nobles de cuatro patas debían llenarnos la tripa. Como que a alguno se le ocurrió que sacáramos a los otros, los de dos patas, de las cárceles y nos los comiéramos, pero no tuvimos estómago, que siguió así vacío.

El comité de salvación pública ordenó plantar patatas en cada palmo de tierra: en los parterres de las Tullerías, en los jardines del Luxemburgo, en los patios de las casas, pa que los ignorantes como nosotros dejáramos de echárselas a los gorrinos y nos resignáramos a comérmolas, porque llenan la tripa y, sobre todo, y al revés de los carneros, vuelven a crecer. Así que donde un día había un jardín, al siguiente apareció un patatal. Donde había un poco de tierra, podía uno estar seguro de que plantaban patatas, conque ojo con cagarse o vaciar orinales allí. Las patatas nos salían por las orejas, igual que

el arenque seco, porque carne sólo había en sueños y le daban a uno ganas de cortarse una loncha del culo sólo pa hacerle la cata, si no nos sirviera pa sentarnos.

Vamos, aquel invierno íbamos de un barrio a otro buscando migas, como las hormigas. Todo estaba racionao: el azúcar, el jabón, el aceite y, sobre todo, el magín, que había bien poco. Porque cuando uno tiene hambre, no sé si tú lo entenderás allí donde estás, la cabeza no funciona como antes, se atasca, y no se consuela uno ni pensando que por lo menos aún la tiene encima del cuello, si eso no le sirve pa na.

## 2

Había sido un invierno durísimo y no parecía que fuera a mejorar. Poca comida, poca ganancia y una protagonista indiscutible: Nuestra Señora de la Guillotina.

Léo seguía sintiéndose menos que un figurante. Y sentirse así en medio de una revolución era lo peor que uno podía sentirse. Cierto es que por lo menos tenía una especie de cama en la trasera de la taberna y por tanto dormía bajo techo. Recibía incluso una paga que, aunque escasa, bastaba para no morir de hambre. A veces, en la soledad de su jergón, mientras fuera el frío nocturno hacía crujir la madera, pensaba en la costurera Marie. El coito que habían tenido era uno de los recuerdos que mejor guardaba, porque, además, no había vuelto a poseer a una mujer desde entonces, en su casa. No había estado mal ser el héroe del barrio de San Antonio durante un tiempo.

«Un hombre importante se reconoce por la estela de coños que deja tras de sí.» Palabras del maestro Goldoni. ¿La soledad de Léo demostraba, pues, su mediocridad? Podía ser. Quizá debía rendirse a la evidencia. Ya no era un actor, era un pinche de cocina. Y pobre. Pero Léo no se compadecía de sí mismo: podía ver claramente que otros estaban peor. Por ejemplo, Andria, el viejo camarero corso, objeto de las burlas y desprecios de los muscadinos. Como Léo no había reaccionado a las provocaciones, al final los falsos galanes que hablaban sin la erre y apestaban a almizcle lo dejaron en paz y empezaron a meterse con Andria. Eran unos pobres diablos como los demás, pero rivalizaban en aparentar y estar de vuelta de todo. Además, hablaban de aquel modo ridículo sabiendo que irritaban a la gente. Uno de sus

pasatiempos era ir al mercado de pescado a soliviantar a las mujeres, sin que los viera la policía, claro. Detestaban a las mujeres y sólo querían verlas pelearse, para apostar por unas o por otras.

—Que'ido, aye' mismo p'esenciamos una pelea inc'eíble, inc'eíble... Una lavande'a cont'a una pescade'a. Pa'a pa'ti'se de la 'isa.

Se reían de Andria. Le pegaban trozos de comida en la ropa, le echaban la zancadilla cuando pasaba, lo llamaban constantemente para que fuera de aquí para allá.

Léo no lo entendía. No entendía por qué, con tantas cabezas que rodaban, aquellos tiparracos conservaban la suya intacta. Quizá, se decía, porque el verdugo tenía que ocuparse de otra clase de tiparracos, más peligrosos para la patria que aquella panda de ociosos. O quizá porque no llamaban la atención, pasaban todo el tiempo en el Palacio de la Igualdad y lo que hacían en el mercado no eran más que travesuras.

Reían todas las gracias, no pensaban más que en divertirse a costa de algún desgraciado, nunca decían una palabra crítica sobre lo que ocurría. Algunos llevaban escarapela, es más, llevaban tres o cuatro prendidas de la solapa y las exhibían como si fueran objetos ridículos. Asistían a todas las decapitaciones y apostaban a quién sería el siguiente que metería la cabeza en el agujero. Léo se preguntaba qué podían tramar con el siniestro guardián del Palacio de la Igualdad, el hombre desnarigado; la cara de calavera y los burlones muscadinos.

Hasta que a finales del asqueroso invierno, una de aquellas noches insomnes en las que no podía dejar de pensar y jugueteaba con sus partes, sin saber si recrearse con el recuerdo de la costurera o con los recuerdos de su juventud en Villa Albergati, tuvo una intuición que lo dejó de piedra.

Los muscadinos no hablaban en realidad de nada. Iban a celebrar la acción de Doña Guillotina sólo por los chismes y las apuestas. Léo nunca los oía hablar sobre lo que sucedía sino para bromear. Era como si aquella gente no existiera, no allí, al menos; como si estuvieran en otra parte, como si nada los concerniera. Sencillamente, no vivían la revolución. Todos sus gestos eran estudiados y retóricos, como si pasaran del mundo que los rodeaba. Eran como actores que interpretarían un papel sin público.

Retiró la mano de sus partes y se sentó en el jergón, dominado por una idea tremenda: los muscadinos odiaban la revolución. Y odiaban la República. Las

odiaban hasta el punto de... –Léo se estremeció– ¡de borrar del vocabulario la primera letra de esas palabras!

Pasó el resto de la noche en un inútil duermevela y a la mañana siguiente se levantó enseguida, dispuesto a poner su plan en marcha.

Tuvo que esperar a mediodía, momento en que los holgazanes apuestos se reunían en la taberna en número de seis o siete al menos a comerse medio queso y beberse una botella de vino. Aquel día estaba también el más odioso de la banda, un tipejo con monóculo que se llamaba Jean-Dominic, al que todos llamaban Jean-Do. Léo lo tenía identificado como el cabecilla de los petimetres. Esperó a que empezaran a meterse con Andria.

Cuando Jean-Do le puso la zancadilla al anciano camarero y éste cayó en medio de un estrépito de platos rotos y carcajadas, Léo hizo lo que debía.

Se subió a una mesa.

Aquella simple acción llamó la atención de todos. Cesaron las risas y hasta las conversaciones. No había tenido tiempo el amo de salir de detrás de la barra para ir a increparlo, cuando Léo se arrancó a hablar:

–¡Cobardes, que os la meneáis bajo la mesa mientras os rreís de los pobrres desgraciados parra sentirros fuerres y valientes! ¡Sinverrgüenzas, que en lugarr de defenderr Ffrancia os pasáis el día en la taberna, rrascándoos la cabeza y rriéndoos de las desgracias ajenas! ¡Cachos de moñiga rreseca que crreéis que tapáis el olorr a mierrda y putrrefacción con el perrfume de florrres muerrtas! ¡Vosotros, que habláis como extrranjerros en vuestro país y decís «incrreible» porr cualquier tonterría! ¡Cómo es posible que los darrdos de la Rrevolución no os hayan trraspasado ya! ¡Tomad y chupaos este chorro!

Dicho esto, Léo se desabotonó los calzones, se sacó el miembro y empezó a orinar encima de los muscadinos, que se apartaron con repugnancia, mudos y estupefactos. Y así siguieron un rato, hasta que Léo se sacudió las últimas gotas.

Hasta el tabernero estaba mudo, como los demás clientes.

El primero que dio un paso adelante, limpiándose la chaqueta mojada, fue Jean-Do. Rubio, con los dientes desportillados, con monóculo, con cara de ángel malcriado.

Jean-Do empezó a aplaudir despacio, con aire grave y tétrico.

–Es valiente el italiano. No todos firman así su sentencia de muerte. –De

pronto toda la frivolidad había desaparecido—. En la puerta de los combates. Pasado mañana, al amanecer. Si tienes valor para presentarte.

Dicho esto, salió de la taberna con pasos cortos y tranquilos, como si estuviera paseando, seguido de los otros, que miraban a los lados.

Cuando se fueron, Léo bajó de la mesa y se encontró cara a cara con el amo.

—Vete. Coge tus trapos y desaparece.

Léo no objetó, no dijo nada. Sabía que sería una actuación que no admitiría réplica.

### 3

El doctor Pinel oyó que llamaban a la puerta e interrumpió la lectura.

—Adelante.

La cara que apareció era la de Pussin, pero parecía muchos años más vieja.

—Ciudadano, en el patio... está ocurriendo algo.

Lo dijo en el tono de quien ha presenciado algo inaudito e inexplicable, el tono que hubiera usado un hombre de los siglos oscuros al ver un eclipse o un marinero un espejismo.

Pinel quiso pedirle que se explicara, pero se abstuvo viendo la cara de espanto del gobernador: parecía pedir una ayuda esencial, como poner orden en el universo.

Se quitó las lentes de muelle y las dejó sobre el papel. Se levantó y, siguiendo a Pussin, salió del despacho, cruzó el pasillo, bajó las escaleras y salió al patio. La escena que se le presentó ante la vista lo dejó paralizado.

Los celadores se habían situado a lo largo del perímetro del patio, bastón en mano.

En medio, unos cincuenta internos formaban filas a una distancia de medio brazo uno del otro. Todos miraban al frente.

El doctor Pinel comprendió que tenía la misma expresión que Pussin. Entre los alienados que había en el patio en grupos de tres o cuatro o aislados en su locura, destacaba aquella formación marcial de cuerpos inmóviles como un bloque de granito.

—¿Qué significa esto?

Pussin abrió los brazos.

—Han salido y se han colocado así. No sé por qué, nadie ha dicho nada, parece que ni siquiera han hablado.

El tono delataba angustia, incluso miedo.

Pinel consultó con los celadores jefes, que lo confirmaron.

—¿Les habéis ordenado que entren? —preguntó el doctor.

El jefe de los celadores asintió.

—Que entren los demás.

Unos minutos después no quedaban en el patio más que los hombres de las filas paralelas. Pinel bajó la escalera y caminó sin miedo delante de los alienados. Eran las mismas caras de siempre, las caras de la miseria humana y del sufrimiento, inexpresivas, apagadas. Pero tenían la mirada perdida.

Se detuvo frente a uno de los más demacrados.

—Os ordeno que entréis inmediatamente.

Nada sucedió. Pinel le tocó el hombro y notó una resistencia física inesperada, la inercia de un cuerpo que no está dispuesto a moverse ni un paso.

Aquellos hombres oponían su presencia ordenada al orden del hospicio. En cuanto este pensamiento cruzó por la mente de Pinel, éste se puso rígido. Una disposición ordenada implica una orden. Y aquella orden debía de venir de alguien. Una voluntad se había impuesto a las demás.

Levantó la mirada hacia un ventanuco en lo alto, tras el cual estaba seguro de que se escondía una sonrisa de satisfacción. Qué había hecho aquel hombre era algo que ya descubriría, pensó Pinel. El problema inmediato era cómo resolver aquella situación.

Un jaque mate.

Los celadores no esperaban sino la orden de emprenderla a palos con aquellos infelices y hacer que entraran a la fuerza. Su adversario habría disfrutado con aquella solución: verlo recurrir a la fuerza bruta contra el poder de la mente —pues de eso se trataba, Pinel estaba seguro— sería la mejor afirmación.

Pero también si los dejaba allí, consumiéndose a la intemperie, sería una victoria para el otro.

¿Qué hacer, pues?

—¿Qué hacemos? —preguntó Pussin, como si le hubiera leído el pensamiento.

El doctor apretó los dientes. Si debía perder, tampoco su antagonista

vencería plenamente.

–Llévalos dentro –sentenció.

Dio media vuelta y se encaminó al edificio principal, oyendo el ruido seco de los bastonazos, como gotas de agua que arrecian poco a poco.

–¡Ciudadano Pussin! –llamó. El gobernador lo alcanzó aligerando el paso.

Pinel lo condujo de nuevo a su despacho. Se sentó a la mesa y escribió unas líneas, al pie de las cuales estampó su sello. A continuación le entregó el papel a Pussin.

–Desde este momento, el paciente Auguste Laplace deja de ser un pensionista y pasa a ser un enfermo como los demás. Debe ser recluido y no tener contacto con nadie, celadores incluidos.

Pussin asintió y se apresuró a salir del despacho.

Ya solo, Pinel se levantó, se acercó a la ventana y miró al patio a través del cristal. Los celadores seguían a vueltas con los rebeldes, que no parecían reaccionar a los bastonazos. Algunos, golpeados en la cabeza, sangraban, pero no se inmutaban. En el suelo había algunos sin conocimiento, y los que lograban ponerse en pie volvían a la posición de antes, sin perder la compostura. La tarea de Sísifo. Tendrían que cargar con ellos uno a uno y llevarlos dentro.

Pinel sintió un escalofrío en la nuca.

#### 4

Poco antes de mediodía, bajo un sol tibio, los dos viajeros se apearon del coche al comienzo de una larga avenida flanqueada de cipreses, a la manera toscana. El cochero fustigó a los caballos y la carroza partió levantando una nube de polvo amarillo.

D'Amblanc se sacudió las mangas de la chaqueta. El chiquillo se había acercado a uno de los pilares de ladrillos que delimitaban la entrada de la mansión. El escudo nobiliario lo habían quitado a golpes de escoplo.

–¿Me quedaré aquí? –preguntó el muchacho.

D'Amblanc no supo qué contestar.

–No es mal sitio –murmuró dando unos pasos aquí y allá.

Había sido un viaje incómodo y aburrido, en compañía de un agente del comité de salvación pública que iba con una comisión a Soissons y de un

cura federado, seco como un palo, que no había levantado la vista del breviario. Habían atravesado un campo monótono, pueblos de campesinos flacos, ya entrados en años, y de enjambres de niños que corrían tras el carruaje hasta que éste salía de la población y se alejaba por el camino polvoriento.

D'Amblanc se sintió en el deber de explicarle el caso al muchacho.

—Aquí vive una persona que puede curarte.

—¿Es que estoy enfermo, señor?

D'Amblanc miró a Jean con indulgencia.

—No me llames señor. Los señores ya no existen. Y tú no estás enfermo, pero necesitas ayuda. Por eso estamos aquí.

En realidad, D'Amblanc estaba allí también por interés propio, porque quería medirse con alguien que hablase su mismo lenguaje. Desde la diáspora de los mesmeristas, llevaba mucho tiempo dedicado en solitario a su actividad. Ahora que llevaba consigo la prueba de la inexactitud del axioma de Puységur, debía hablar con él. En la carta que unos días antes de partir le había enviado a su viejo mentor, anunciándole su inminente visita, sólo había mencionado la cuestión. En persona, le hablaría de los dos Jean que vivían en el mismo cuerpo. El Jean manso, que hablaba como un señorito de antes de la revolución, y el salvaje, que se encaramaba a los armarios aullando como un lobo, de tal manera que la última vez les había costado no poco bajarlo, sonambulizarlo y devolverlo a la vida civilizada.

Era inquietante pensar que aquellos dos seres eran el producto de una intervención externa: la educación y su contrario. Un huérfano miserable educado como un noble bajo tratamiento sonambúlico y al que luego se retrotraía a un estadio animal a través de la misma práctica. D'Amblanc casi sentía vergüenza de pensarlo. El que había cometido aquel crimen había actuado como si fuera un experimento, un juego, para demostrarse algo a sí mismo: su poder absoluto sobre un ser inerme. Era una idea horrible, que D'Amblanc había relegado a un rincón de la mente y que no permitía que se extendiera y le causara malestar.

Por alguna razón, se acordó de los indios que lo habían torturado en América e hizo el gesto habitual de tocarse el costado. Para ellos era distinto: torturar al prisionero era un modo de probar su valor, porque así le daban la oportunidad de resistir al dolor y morir como un hombre.

Tentándose, oyó ruido de papel arrugado en el bolsillo: era el

salvoconducto que Chauvelin le había proporcionado para su viaje a Auvernia. Desde que volvió, y aunque su obligación era devolverlo, lo llevaba siempre consigo, por precaución. Al principio se había sentido culpable por aquella pequeña infracción, pero después de visitar al delfín a petición del hombre del comité y de soportar a aquel poseso de Hébert, quedarse con aquel documento le parecía una recompensa justa.

D'Amblanc miró de nuevo al muchacho y se preguntó qué sería de él. Una cosa era segura: la capital no era lugar para Jean del Bosque, y quizá tampoco para Orphée d'Amblanc.

Cogieron el equipaje y se encaminaron a la gran mansión, que se alzaba al final del paseo, rodeada de un hayedo, como un enorme animal agazapado en su madriguera.

Sorprendió a D'Amblanc no ver ni guardianes, ni jardineros, ni guardabosques. Prosiguieron hasta el hayedo y sólo entonces se encontraron con un grupo de unas doce personas que, cogidas de la mano, formaban un círculo en torno al árbol más grueso, una vieja haya nudosa.

Entre ellos y el árbol había un hombre, al que D'Amblanc no le costó reconocer. Llevaba un gabán de seda abierto por delante y botas altas de caballero. El pelo corto resaltaba la nariz chata. Ojos claros y vivaces.

—Dejad que el fluido discurra —estaba diciendo el magnetista—. Dejad que discurra entre vosotros. Que nadie rompa la cadena.

Se acercó al tronco y puso en ella una mano con la palma abierta. Con la otra tomó las manos juntas de las dos personas que tenía más cerca y fue como si les transmitiera una descarga eléctrica. El corro empezó a estremecerse, sacudido por una ola. Unos echaron la cabeza hacia atrás, otros empezaron a jadear. El magnetista apretó más fuerte, con los ojos cerrados en la máxima concentración. Volvió el silencio, los cuerpos se calmaron. Parecían dormidos.

—Michel, ¿quieres decirnos algo?

Un campesino bajo y demacrado habló con voz pastosa.

—Ya no me duele la tripa. Cuando estoy aquí con vos me siento bien y no ventoseo.

El magnetista asintió.

—Jeanette...

Habló una muchacha de tez pálida y una carita menuda que casi desaparecía bajo la cofia.

–Es como si sintiera la fuerza del árbol. Su fuerza dentro de mí, en el vientre. Me hace bien, la sangre deja de salirme por abajo.

El magnetista se movió un poco para dirigirse a un anciano que a duras penas podía tener la espalda derecha.

–Maurice, habla tú.

El viejo no tenía dientes y habló entre silbidos y sin pronunciar bien los sonidos dentales.

–Dios bendiga a vuesa merced y lo guarde por los siglos de los siglos. La espalda ya no me duele. Mañana lloverá. Cagaré dos veces y me saldrá duro. La vaca de Antoine parirá.

–Bien –dijo el magnetista–. Muy bien.

Siguió interrogando a los participantes uno por uno. Algunos, en lugar de hablar de sus males, hablaban de decisiones que tenían que tomar, de cuestiones que había que discutir.

–Estaba enfadado con los Renaud por la limpieza de los bosques, pero ahora veo que podemos hacerla nosotros y quedarnos a cambio con dos terceras partes de la leña.

–Tengo que venderle el cerdo a Meunier por la cantidad que me ha ofrecido, como me habíais aconsejado.

–Mi mujer y Cortot son amigos de la infancia, no debo preocuparme.

Sólo cuando todos hubieron hablado, y después de pedirles permiso, el magnetista los despertó. Los despidió con palabras de ánimo. Algunos echaron a andar paseo adelante, de vuelta sin duda al pueblo de Buzancy. Otros entraron en la mansión, donde los recibió la servidumbre como si fueran pacientes de un hospital.

El magnetista miró a los lados satisfecho y sólo entonces reparó en los recién llegados. Sus labios esbozaron una sonrisa cordial.

–Bienvenidos –dijo yendo a su encuentro–. Bienvenido, doctor. Es un placer volver a ver a un viejo colega.

D’Amblanc se vio en un apuro, pues antes de la revolución tendría que haberse inclinado ante el marqués de Puysegur, pero enseguida decidió estrecharle la mano al ciudadano Chastenet.

–Es un placer volver a ver a un maestro –dijo D’Amblanc. Señaló a las personas que había junto al árbol y al corro que se disolvía–. Vuestro método vegetal me salvó de uno de mis ataques hace unos meses. No lo había probado, pero me acordé de vuestros escritos.

Chastenet asintió satisfecho.

–Yo mismo lo he redescubierto hace poco. Durante años me centré en la terapia individual, pero las sonambulizaciones colectivas son muy interesantes. –Le brillaban los ojos–. A la vez que curan el cuerpo del individuo, obran sobre la salud del grupo. –Miró a Jean–. ¿Es el muchacho del que me hablabais en vuestra carta?

–El mismo –contestó D’Amblanc.

El muchacho se inclinó.

–Adelante, pues –dijo el amo de la casa–. Dejad aquí el equipaje, luego mandaremos a por él. –Cogió a D’Amblanc del brazo y dejó que el muchacho los siguiera de cerca–. Querido doctor, me alegro mucho de veros. Espero que os quedéis un tiempo.

–También yo lo espero –repuso D’Amblanc.

–Decidme, ¿qué hay de nuevo por París? ¿Cómo va la revolución? –preguntó Chastenet.

La pregunta pilló por sorpresa a D’Amblanc.

–No sabría deciros, la verdad.

Chastenet asintió, como dando a entender que había entendido sin necesidad de palabras.

–Espero que os apasionéis por la mía.

D’Amblanc se sintió aún más desconcertado.

–¿Vuestra revolución?

Chastenet sonrió de nuevo y señaló el parque que los rodeaba, y especialmente el gran árbol.

–La revolución sin guillotina.

Extracto de  
«LE PÈRE DUCHESNE»  
núm. 355 y último

Fecha presunta: 21 de ventoso del año II (11 de marzo de 1794)

La gran cólera de papá Duchesne contra los moderados que se oponen a que se ejecuten los decretos revolucionarios y procuran por todos los medios salvar a los aristócratas y a los conspiradores. Sus buenos consejos a los verdaderos republicanos para que se unan y hagan respetar la ley del precio máximo y la de la confiscación de bienes de las personas sospechosas.

¡Ah, caramba, qué difícil es acabar con la aristocracia! Cuando parece que puede uno darle el golpe de gracia, ella se hace la muerta, y cuando parece muerta, revive, se revuelve y escupe su veneno con más fuerza. Todos los días pare nuevos monstruos que atormentan al pueblo. ¿Por qué diablos los patriotas se quedan siempre a medias? Todo habría acabado el 10 de agosto si los bastardos moderados no hubieran detenido el brazo vengador del pueblo; el ogro Capeto y su estirpe abominable habrían pasado a mejor vida y de un solo golpe París se habría librado de todos los fuldenses, de todos los realistas, de todos los aristócratas; pero no: el pueblo revolucionario, los *sans culottes*, se dejó engañar por los chaqueteros y el moderantismo se salió con la suya. ¿Con qué resultado? Los brissotianos han hecho lo que han querido; el viejo Roland, con el dinero que la Convención le dio para comprar provisiones, ha untado la contrarrevolución; casi todos los periodistas, vendidos a esta panda infame, han envenenado la opinión y los mejores ciudadanos han acabado arrastrados por el fango. A Marat se lo pinta como un hombre lobo, como una fiera corrupta, y en muchos departamentos se preguntan a cuántos niños se comía a mediodía y cuántas jarras de sangre se bebía al día, cuando, en realidad, no había en toda la República un hombre más humano que él.

El día del 31 de mayo fue como el segundo acto de la tragedia del 10 de agosto: ha salvado a la República, ha llevado al patíbulo a los principales cabecillas de la conjura, pero, ¡lástima!, no los ha destruido del todo. Carra y

Brissot han resucitado; las mismas infamias que propalaban las repiten ahora otros lameculos como ellos.

Los brissotianos de nuevo cuño, a la vez que expanden el veneno del moderantismo, se atreven a condenar las medidas revolucionarias que han salvado la libertad. Minan el gobierno con el objeto de ocupar su lugar. Y, así, cuando nuestros valientes guerreros intentan acabar con los esclavos de los déspotas, resulta que se ven impedidos.

Valientes revolucionarios, no os rindáis. Vuestros peores enemigos son los que propugnan la moderación. Ya no podemos echarnos atrás: la revolución debe realizarse. La Convención acaba de promulgar un nuevo decreto sobre el precio máximo que exterminará a los acaparadores y traerá la abundancia. La ley que confisca los bienes de los hombres sospechosos y que ordena su deportación privará a los enemigos del pueblo de los medios para turbar la paz y purgará la República de todos los monstruos que la envenenan. Es preciso que todos los verdaderos republicanos sigan cerrando filas en torno a la Convención, que trabaja sin descanso por la felicidad del pueblo. Que los revolucionarios se unan, pues, para librarla de todos los traidores que conspiran contra la libertad: siguen siendo muchos.

No me canso de repetirlo: la causa de todos los desórdenes que nos agitan está en la indulgencia con la que hemos tratado a los traidores. Un solo paso atrás supondría la perdición de la República. Declaremos, pues, guerra a muerte contra los moderados, contra los realistas y contra los aristócratas. Unión, valor, constancia, y todos nuestros enemigos enmudecerán para siempre.

## ESCENA CUARTA

Primavera

*Abril de 1794 (germinal del año II)*

### 1

En cuestión de días, la primavera pareció decidirse a conquistar el campo que rodeaba la propiedad que fue de los marqueses de Puységur. En los árboles crecían las bellotas, el verde de la hierba se volvía más intenso y hasta el canto de los pájaros sonaba más fuerte, en honor del renacimiento estacional.

D'Amblanc no tenía la impresión de hallarse en medio de una revolución, en un país en guerra con todas las potencias de Europa. ¡Qué distinto era aquel lugar y qué lejos estaba de la caótica París y de la salvaje y áspera Auvernia! Además, allí podía ver de cerca el trabajo de su mentor, hablar con él, después de tantos años, magnetizar a sus pacientes. Chastenet los trataba como un padre trataría a sus hijos. Para todos tenía unas palabras y todos le correspondían con un amor incondicional. Casi nunca pronunciaban su nombre, quizá porque ni la servidumbre ni los lugareños sabían cómo llamarlo: ya no podían llamarlo marqués ni señor, y quizá el sencillo «ciudadano» les resultaba irreverente. En consecuencia, Chastenet era simplemente «Él». Y no cabía duda de que Él era el faro que guiaba a las almas en pena afectadas por un desequilibrio magnético que formaban su pequeña corte.

Francia quedaba fuera del recinto.

—Fue lo que me dijisteis hace años, cuando nos vimos en París. Dijisteis que el bien marcaba la diferencia. Que nadie podía magnetizar ni sonambulizar a nadie sin su consentimiento y al objeto de perjudicarlos. Lo demostrasteis, ¿os acordáis? El abogado Bergasse pidió a una dama en estado de sueño magnético que se desnudara y ella se negó categóricamente.

–Lo recuerdo, sí... –dijo Chastenet, adoptando la expresión vaga de quien se pierde en el laberinto de la memoria–. ¿Qué sabéis de Bergasse?

D’Amblanc no se esperaba aquella pregunta, pero respondió sin vacilar.

–Está fugitivo.

Chastenet asintió en silencio. Volvió al presente y dedicó al doctor su leve sonrisa de siempre.

–¿Así que vos creéis que el muchacho es la prueba de que me equivoco?

Miraron los dos al sonámbulo Jean, que con los ojos entornados estaba sentado en el sofá del estudio del terapeuta. Era a primeras horas de la tarde, la luz entraba por la puerta ventana e iluminaba los objetos del escritorio, que transmitían, con sus contornos bien definidos, tranquilidad. Un pisapapeles, el tintero, algunos libros. Ni siquiera el sable que colgaba de la pared evocaba claramente el caos de la guerra y casi parecía que la hoja llevaba mucho tiempo sin filo.

Observando a Jean, a D’Amblanc le vino la imagen del delfín, sentado en la misma postura, tan digno como desaseado y triste. Sintió nuevamente la rabia que le había producido la innoble pantomima de Hébert. Ahuyentó la imagen haciendo casi un ademán inquieto con la mano. Volvió a centrarse en Jean. Llevaba hasta una chaqueta, para la ocasión. Ser magnetizado en presencia de Chastenet no ocurría todos los días. D’Amblanc lo había sonambulizado en unos pocos minutos. No podía negar que estaba emocionado. Era la hora de la prueba decisiva.

–¿Qué pensáis hacer? –preguntó Chastenet.

D’Amblanc se aclaró la voz.

–Hasta ahora, siempre que ha aflorado Jean del Bosque he logrado tenerlo controlado sonambulizándolo y apelando a Jean del Castillo, el muchacho afable que tenéis aquí.

–Habláis como si fueran dos personas distintas –observó Chastenet.

–Y lo son –dijo D’Amblanc–. Una desplaza a la otra. Ahora voy a intentar hacer lo contrario: hacer que salga el muchacho salvaje. –D’Amblanc dirigió a su anfitrión una leve inclinación de cabeza y se colocó frente al muchacho–. Jean, ¿puedes decirme qué provoca tus ataques de rabia? –preguntó.

Jean tardó unos segundos en encontrar las palabras.

–La voz de la cabeza.

–¿Oyes una voz? ¿De quién?

Silencio.

–¿La voz del caballero de Yvers?

Al pronunciar aquel nombre, D'Amblanc tuvo un escalofrío. Recordó la mirada extraviada de Margot, la niña profetisa, hija del ángel que había dejado embarazada a su madre. Tuvo que respirar hondo para que los recuerdos no alteraran su estado de ánimo.

–Sí –contestó Jean.

–¿Qué te dice esa voz?

La expresión de Jean cambió, la cara se contrajo.

–Es una voz como de... perro...

Levantó las manos como para protegerse de golpes invisibles.

D'Amblanc y Chastenet intercambiaron una mirada. Jean se hizo un ovillo y se tapó la cabeza. Eran bastonazos, no había duda, y parecía que los sentía de verdad. Empezó a gemir y poco a poco aquel gemido se convirtió en el gruñido de un animal herido, que expresaba a la vez odio y miedo. De pronto el muchacho abrió los brazos y empezó a berrear con furia.

Jean del Bosque había vuelto.

D'Amblanc supo que había perdido el control magnético sobre el muchacho, que se subió primero a la silla y luego a la mesa, volcando el tintero, cuya tinta negra de desparramó.

–¿Me creéis ahora? –dijo D'Amblanc.

Chastenet parecía tenso, la expresión seráfica había desaparecido.

D'Amblanc se acercó al muchacho con las manos extendidas, tratando de restablecer el contacto magnético, pero el muchacho saltó a un mueble que había junto a la pared.

–Podría hacerse daño –dijo Chastenet.

D'Amblanc asintió.

–Basta con inmovilizarlo y restablecer la cadena magnética para llamar a Jean del Castillo. Lo he hecho otras veces.

En aquel momento ocurrió algo que D'Amblanc no había previsto. Jean alargó una mano y dio con la empuñadura del sable que colgaba de la pared. Asió el arma y, rechinando los dientes, la blandió contra los dos hombres.

El doctor dio otro paso adelante. Esta vez oyó el silbido del arma que hendía el aire por encima de su oreja.

–Creo que será mejor que pidamos ayuda –dijo, y al decirlo se dio cuenta de que apenas reconocía su voz.

Chastenet no rehistó. Dio media vuelta por el otro lado de la estancia y

llegó a la puerta del fondo. La abrió un poco y empezó a llamar a voces a un criado hasta que éste acudió y le dio una orden.

Poco después el criado volvió y entregó a su amo una caja de madera sin tapa. D'Amblanc vio que contenía seis extrañas botellas. En un lado, sujeta con dos ganchos, había una vara de ébano con empuñadura de cuero y un gatillo que parecía el de un fusil. Chastenet la cogió. De un extremo salían dos cables unidos al contenido de la caja, y en el otro tenía dos puntas metálicas, como dos clavos.

—¿Un fulminador? —preguntó, incrédulo, D'Amblanc.

Chastenet no contestó y se acercó a Jean. La escena era grotesca. Sable contra bastón. El muchacho de los bosques contra el gran magnetista.

—¿Qué os proponéis? —preguntó D'Amblanc.

—Impedir que nos corte la cabeza —fue la seca respuesta.

Chastenet tendió la vara hasta que tocó con ella la punta de la hoja del sable. Jean salió despedido hacia atrás, golpeó contra la pared y cayó al suelo.

D'Amblanc acudió en su ayuda. Estaba consciente, con los ojos desorbitados. Le tomó el pulso. Luego lo cogió en brazos y lo tendió en el sofá.

—¿Jean? —preguntó con temor.

El muchacho entornó los ojos.

—Sí, señor...

D'Amblanc dio un suspiro de alivio.

—¿Te sientes bien?

—La cabeza me da vueltas, señor...

D'Amblanc le pasó la mano por la frente y se volvió a Chastenet, que estaba guardando el aparato.

—¿Lo habéis fulminado?

—A grandes males, grandes remedios. Una corriente eléctrica repentina puede romper la magnética. Hasta ahora sólo lo había probado en pollos, pero...

El doctor se levantó y se situó enfrente de Chastenet. Se sentía confuso.

—¿Y si se le hubiera parado el corazón?

Chastenet se esforzó por recobrar su expresión seráfica.

—Las botellas no estaban tan cargadas —sentenció—. Además, yo *no quería* hacerle daño.

—¿Y eso? ¿Queréis decir que también el fluido eléctrico actúa según la

voluntad?

–Quiero decir que la voluntad de hacer el bien es la fuerza más grande del universo.

D’Amblanc movió la cabeza, no muy convencido. Chastenet recogió el sable, lo colgó de nuevo en la pared, llamó al criado y le dijo que se ocupase de Jean. El hombre cargó con el muchacho y se lo llevó.

Una vez solos, los dos magnetistas permanecieron unos minutos en silencio, como si tuvieran que recomponer sus ideas después de lo que habían visto. D’Amblanc se frotó el costado.

–¿Vuestra vieja herida? –preguntó Chastenet.

–Lo creáis o no, en Auvernia, una niña sonámbula hizo que me retorciera de dolor.

Chastenet suspiró, dio unos pasos por el cuarto y al final se sentó a la mesa, inundada de tinta.

–Vos, doctor, dais por descontadas muchas cosas.

D’Amblanc se puso rígido.

–El caballero de Yvers magnetizó a Jean. Modeló su personalidad para convertirlo en un aristócrata y luego le ordenó que la reprimiera para dar paso a la más brutal animalidad. Es abominable.

El amo de la casa enjugó la mancha de tinta como mejor pudo, pero al final desistió y con aire resignado se reclinó en el asiento.

–Es una hipótesis. *Vuestra* hipótesis, amigo mío.

En su tono de voz había un eco de escepticismo que irritó a D’Amblanc.

–¡He visto con mis propios ojos lo que ha hecho Yvers en Auvernia!

Chastenet alzó la mano en son de paz.

–Ya tendremos tiempo de averiguarlo. Jean está sano y salvo aquí. Y vos también.

–¿Yo? Yo he venido a consultaros el caso –objetó D’Amblanc.

–Claro. Pero estáis muy cansado y alterado. No lo neguéis, por favor. – Chastenet se levantó y le hizo señas de que lo precediera–. Vamos a ver cómo se encuentra el muchacho, ¿os parece?

D’Amblanc dudó, sin saber de qué ánimo estaba ni lo que quería decir. Al final asintió, resignado, y se dirigió a la puerta.

Recostada en el sofá desfondado, Marie observaba el cuadro apoyado en el suelo, en el punto en el que el techo era más bajo. Había pertenecido a Leclerc, que sin duda lo había dejado allí por la incomodidad de llevárselo. En el centro de la escena, Francia, o la libertad, que era lo mismo, parecía realmente imponente. Iba vestida como una mujer del pueblo y llevaba un gorro frigio. Porque era una idea y representaba a todos, pensó Marie. Pensó también en Jacques. Recordó la tarde de un lejano domingo de hacía tres años cuando vieron ascender un globo de cuya barquilla colgaba la bandera tricolor de Francia. El simple hecho de mirar hacia arriba los hacía felices. Recordaba bien aquel sentimiento, que nunca antes había experimentado: no estar sola, sentirse parte de algo grande junto al hombre al que amaba. Aquel día habían vuelto a casa y habían hecho el amor, y luego se habían quedado tendidos uno al lado del otro, sin hablar, oyéndose respirar. Luego pensó en la última vez que había estado con un hombre, aquel italiano, Léo Modonnet, el Scaramouche de San Antonio. Se preguntó qué habría sido de él, si lo habría arrastrado el torbellino de los acontecimientos, si habría acabado en el fondo del arroyo o si aún flotaría con la fuerza de la desesperación.

Marie volvió a la realidad y miró a los lados hasta que vio a Claire, que estaba sentada al escritorio, de espaldas. Claire se volvió y esbozó una sonrisa. Estaba guapa incluso con la cara demacrada.

—¿Crees que podremos volver a la vida de antes?

En vez de contestar, Claire se levantó de la mesa. La bata, vieja y medio descosida, le cayó hasta los tobillos. Marie vio que tenía los pies pequeños, como los de una chiquilla.

—Recuerdo una cosa que pasó hace muchos años. Debía de ser en 1775, era primavera. Una muchedumbre de descontentos, de agitadores, como los llamaban entonces, que protestaban por el precio del pan, había asaltado las panaderías de Lyon. Llevaron a dos a la horca y la gente dejó que los colgaran sin decir ni hacer nada. Cuando los llevaban al patíbulo, recuerdo que aquellos dos gritaban: «¡Cobardes! ¡Morimos por vosotros!»

Claire hizo una pausa y Marie reconoció en ella a la actriz.

—Estuve muchos años sin entender el sentido de aquellas palabras. ¿Querían decir que los habían condenado por culpa de la gente? ¿O que la culpa de la gente era permitir que ejecutaran la sentencia?

Claire se sentó junto a Marie.

—Ahora sé que no se quejaban de pagar por todos, sino de ver a la gente

con la cabeza gacha, después de una brevísima rebelión. El pan era un pretexto.

Marie cabeceó.

–El pan nunca es un pretexto.

–Sí, es verdad. Yo entonces no había pasado hambre de verdad... Quiero leerte una cosa.

Se levantó del sofá, cruzó el cuarto y cogió uno de los libros que había en una estantería.

–Escucha. –Se aclaró la voz–: «El pueblo es pusilánime, pequeño, enano; a simple vista se ve que no son republicanos.»

Marie se ensombreció, luego entendió.

–¿Cuándo se escribió ese libro?

–En 1783. Y mira lo que dice aquí: «En París, la plebe se dispersa ante el cañón de un fusil.» Y aquí: «Los parisinos, nunca definitivamente sometidos, nunca libres.»

Marie reflexionó.

–Ese libro se equivoca por completo.

Claire siguió leyendo:

–«La plebe, sin el freno al que está acostumbrada, se entregaría a atrocidades terribles sin que se sepa dónde se detendría.»

–Eso es verdad –comentó Marie–. No se sabe dónde se detendrá el pueblo.

Claire cerró el libro y se asomó por la ventana.

–Recuerdo bien aquellos años. Nos quejábamos de que nada ocurría y pensábamos que nada podía ocurrir. Estábamos ciegos. Y hoy siguen estándolo muchos. Los que guían al pueblo, los que deberían representarlo, lo llevan por mal camino. No sé cuánto tiempo se tardará, Marie, para que seamos libres, pero sé que tarde o temprano lo seremos.

Marie asintió.

–Mejor temprano que tarde. ¿Qué haremos, Claire?

–No lo sé. Intentarán que lo paguemos como sea, Marie. Como sea. Meterse hasta el cuello en las cosas vuelve corto de vista. Nos quejábamos de que no ocurría nada en Francia y ahora el mundo está patas arriba. Dejando de lado lo que nos pase a nosotras, podría ser más temprano que tarde.

Marie había levantado la cabeza y miraba al techo.

–Me gusta este sitio –dijo.

Claire sonrió.

–Y a mí me gusta que estés aquí, Marie.

Se abrazaron. Marie notó el cuerpo enflaquecido de la amiga debajo de la bata, aspiró su olor.

–¿Qué haremos? –preguntó de nuevo.

–Nos iremos –dijo Claire–. Lejos. A la otra parte del mundo.

Marie se quedó pensativa. La sonrisa de Claire fue apagándose poco a poco y acabó en un silencio elocuente, que de pronto fue interrumpido por una serie de ruidos sordos y de golpes en la puerta.

Marie se puso en pie. También Claire se levantó, pero volvió a sentarse enseguida, como si las piernas le flaquearan. Marie la miró, muda, mientras fuera llamaban a Claire Lacombe por nombre y apellido y ordenaban abrir. Claire respiró, se levantó, se estiró la bata, fue a la puerta y, con toda naturalidad, abrió.

Era la policía. Rostros tensos, excitados. Un funcionario, varios agentes, todo un pelotón de la guardia nacional.

El funcionario miró el cuarto y luego leyó en voz alta, con un acento no parisino, la orden de arresto de la ciudadana Lacombe.

Claire, pálida pero sin perder la calma, pidió que le concedieran el tiempo de vestirse. El funcionario replicó que estaba arrestada y que, hasta que la entregaran a las autoridades competentes, debía estar vigilada y, por lo tanto, podía vestirse pero no sustraerse a la vista ni siquiera un momento. Algunos de los policías se rieron. Marie sintió una rabia ciega. El funcionario lo notó y le pidió que se identificara y le enseñara el certificado de civismo.

–Me llamo Marie Nozière.

Le dio la carta al policía con un gesto brusco, despectivo.

–Marie Nozière, ¿eh? Tu nombre no está en la lista, ciudadana, a diferencia de tus amigos Pauline Léon y ese intrigante de Leclerc. Vete a tu casa antes de que sea demasiado tarde y considérate afortunada.

La reprimenda inflamó a Marie.

–¡Estáis arrestando a una ciudadana cuya única culpa es obrar por el bien de todas las ciudadanas francesas!

Claire intervino.

–De nada sirve que te arreste a ti también.

El funcionario se acercó a Claire y le tiró del brazo.

–Bien dicho. ¡Vamos, vístete!

Claire quiso desasirse pero el policía tiró de ella a la vez que otro agente

agitaba los grilletes, que produjeron un ruido metálico, límpido. Marie se abalanzó contra el funcionario que sujetaba a Claire del brazo, pero antes de que lo alcanzara otro agente de la fuerza pública la rechazó de una patada en el trasero.

Marie cayó al suelo entre las risas de los policías.

Rompió a llorar de rabia y de frustración. El funcionario alzó la voz:

–Ciudadanos, hemos venido aquí en interés del pueblo y a prestar un servicio a la patria. Basta. No hay nada gracioso en la detención de un enemigo de la República. –Señaló a Claire–. Esta mujer es peligrosa, no hay de qué reírse. –Se dirigió a Marie, que seguía sentada en el suelo llorando–. Y tú guárdate de ciertas compañías.

Claire pidió que por lo menos los agentes se volvieran y se le concedió. El funcionario de policía, en cambio, no apartó los ojos de ella, fiel a las órdenes.

Marie se levantó y ayudó a Claire a vestirse. Pareció un tiempo eterno. De la calle llegaban voces, iba formándose un corro de curiosos.

–No llores –susurró Claire–. Y recuerda: tarde o temprano.

–¡Silencio! Daos prisa –la instó el funcionario.

Marie se sintió triste como no se había sentido en su vida. Le arrebataban a su amiga, a su compañera. Estuvo segura de que no volvería a verla, de que correría la misma suerte que la De Gouges, y tuvo que hacer un esfuerzo ímprobo para contener las lágrimas. Le rodeó a Claire el bello cuello con un pañuelo, como habría hecho con una hija. Claire había recuperado el color y parecía más decidida, más serena.

–Ya estoy, ciudadano –le dijo al policía–. Es un abuso y una injusticia y lo sabéis. Fingir que no es así es un daño que os hacéis a vosotros mismos.

El funcionario hizo un gesto como de aplaudir.

–Muy bien por la actriz Claire Lacombe. Veremos qué haces cuando subas al siguiente escenario.

Claire salió rodeada de los agentes. Los que asistían al arresto siguieron la operación en silencio, aparte de algún que otro comentario hecho al oído.

Los agentes y la presa echaron a caminar. Marie los siguió a unos pasos de distancia. Claire se volvió y le dijo:

–Tarde o temprano, Marie Nozière. Tarde o temprano.

Entonces Marie se detuvo y se llevó las manos a la cara.

No puede decirse que el duelo con el apestoso ocupase todos sus pensamientos. En su mente resonaban retazos, jirones, pensamientos sueltos, cambiantes, triviales o elevados, cacofonía en la que se mezclaban chirridos y angelicales melodías. Castillos de notas sublimes, desafinadas, susurros, ruidos de fondo, fragmentos de imágenes. La cara de Jean-Do, su adversario, que inspiraba juramentos de venganza, burlas, fríos planes de batalla.

Léo se había informado. Su especialidad eran las manos desnudas. Aquel mierda con olor almizcleño había tomado lecciones de Bernard Macchia, uno de los maestros de armas que, tras el cierre de las salas oficiales, había sabido atraerse a una variopinta caterva de gamberros callejeros. Macchia era de Marsella y había llevado al norte el estilo de lucha de los marineros del sur, basado en patadas altas, incluso en la cabeza. Le decían Bernard el Rana. Era un viejo perro de pelea peligroso y se decía que estaría presente en el duelo: le gustaba apostar.

*¿Sabes lo que les pasa a los que se sienten muy seguros de sí mismos? Que les parten la cara cuando menos. ¿No serás uno de esos gilipollas a los que de verdad les gusta pelearse?*

Si hubiera tenido pasta, Léo habría apostado por sí mismo. Si hubiera tenido dinero real, no asignados. Con poco habría bastado: el éxito dependía de la gente que apostara, no de la apuesta inicial, y Léo sabía ganarse al público.

*Fíjate bien: sólo se levantan las manos para defenderse o por trabajo, como hacía yo cuando estaba con soldados.*

En realidad, el dinero no le importaba. Era una cuestión de honor. Y, en el fondo de su corazón, de odio por aquella extraña forma de vida que apestaba a falso perfume de rico.

Recordó de nuevo a Mingozi, su figura nudosa, su cabello blanco corto, sus ojos perrunos grises, sus manazas de nudillos prominentes. Mingozi gustaba de comer y beber bien, pero sólo cuando estaba con gente. En otro caso era sumamente parco. Le gustaba el pescado de río, las truchas de las montañas de Bolonia.

Truchas a la brasa. Notó su olor junto con toda la distancia que lo separaba de casa.

Pero había que moverse. Con los asignados que tenía esperaba comprar

aguardiente y vino. En las pausas, sobre todo si el combate se alargaba, convenía dar un buen trago de vino y un sorbo de licor. El vino para saciar la sed, el aguardiente para sentir menos los golpes.

Desde que lo echaron de la taberna, Léo había vuelto a dormir debajo de Puente Nuevo y por suerte la primavera avanzaba. Un par de noches a la intemperie lo habían puesto de un humor de perro. La pintada «Viva Trance» ya no estaba. Debían de haberla borrado o quizá había sido un espejismo de su imaginación alimentada por el hambre.

«Alimentada por el hambre», no era mala frase. Mejor incluso que «Viva Trance».

Antes de subir los escalones que llevaban al puente, Léo sacó del morral medio pan negruzco, pegajoso. El pan de la igualdad era de trigo (poco), avena (un poco más), yeso, polvo y serrín (en abundancia). Se decía que, si se lanzaba contra la pared, se quedaba pegado. Léo no lo había probado. Era de tontos tirar el pan contra la pared, pero se decía que ocurría. El pan de la igualdad daba asco, pero era el que había.

Para el encuentro le habían dicho que tenía que llevar a un ayudante, pero Léo no tenía ya a quién.

–Más vale solo que mal acompañado –murmuró, y emprendió la subida.

En el puente se encontró con Rota, el de Bérgamo. Seguía arrastrando el carretón de los libros, aunque llevaba siglos sin vender ninguno. Era el único vendedor ambulante que quedaba.

Léo tuvo una idea.

–Vale, boloñés –dijo el librero–. Yo voy a verte pelear, pero, con todos los respetos, en dos días no he comido más que una rebanada de pan con una sardina seca y más sola que la una, que parecía pedir clemencia. Yo clemencia no he tenido, claro. O sea, que voy, pero he de echarme algo entre pecho y espalda, porque con el estómago vacío no me tengo en pie. Y también beber algo, así me pongo alegre y disfruto de los pescozones.

Léo le dijo que él estaba peor, pero que aún le quedaban unos asignados, poco más que papel arrugado. Seguro que en la puerta de los combates encontrarían de comer.

–Dame el tiempo de llevar el carretón al almacén, que está a diez minutos de aquí.

Léo accedió y los dos echaron a andar despacio, el ex actor delante, el cojo detrás con sus libros.

Cuando se lo llevaban, el hombre de la camilla despotricaba y maldecía su suerte. A Léo lo sorprendió aquella vehemencia, porque había quedado realmente maltrecho. Iba en carne viva, con la cara, los brazos y media pierna llena de rasguños. Se alejaba del teatro de la batalla en el que había sido transitorio protagonista, un decadí del mes de floreal.

–Ése se ha dejado la pasta –dijo Rota.

Léo pensó que el dinero sí era un demonio. El desgraciado combatiente mejor habría hecho en preocuparse de otra cosa. Le habían dado tal paliza que cagaría sangre muchos días.

Camilla, camilleros y desdichado pasaban por entre una pequeña muchedumbre que les hacía pasillo. A sus espaldas, en los prados que se extendían al pie de los muros, grupos, corros, aglomeraciones de hombres y mujeres. Rostros de una disonante Babel. Léo vio a gente de tétrica fealdad junto a seres que parecían venidos de otro mundo. Ir a la puerta de los combates daba ocasión para desahogar las tensiones de una vida de hambre e incertidumbre.

La comida escaseaba. La gente tenía ideas variadas sobre la causa del hambre. La típica explicación: «Hay gente que acapara, monopoliza, se lucra y se sacia» cada vez convencía menos. El pueblo tenía su ley contra los parásitos, pero la situación no había mejorado. Los olores que acogieron a Léo no tenían parentesco alguno con la buena comida. Olor a col hervida. Había un vinatero rodeado de gente de aire triste y un vendedor de queso que olía a culo de burro. El queso. Y también el quesero.

Eso no impidió a Rota ir a echar un trago y comer algo que hiciese compañía a la sardina del día anterior.

El *bouquiniste* se detuvo a echar un vistazo junto a una pequeña muchedumbre que se disponía a presenciar una de las peleas y quiso apostar el último asignado. Por señas, el hombre que recibía las apuestas dio a entender que no, que sólo se podía apostar con dinero de verdad, o con objetos como joyas, relojes, cadenas. El anciano dio una aparatosa media vuelta, levantando la pierna renca con un movimiento parecido al de una puerta que gira sobre sus goznes.

A todo esto, Léo observaba y escuchaba. La gente se dividía en bandos,

según el barrio, es decir, según la clase social y la facción política. Las peleas eran frecuentes. Se acudía al escenario de los encuentros lo mejor vestido que se podía. La buena ropa tenía una finalidad y un sentido. Si uno no tenía buena ropa e iba vestido con harapos o poco menos, no se sabía a qué pertenecía. Podía haber nacido pobre o podía haberse empobrecido con la revolución. No se sabía a quién se vendería. Gente harapienta, aparte de los mendigos, se veía poca por allí.

Los sentidos interrumpieron el curso de los pensamientos. Olor a almizcle.

A medida que el olor se intensificaba, se oía más alto el parloteo de un grupo de gente. Eran los muscadinos del Palacio de la Igualdad en toda su hortera y arrogante magnificencia.

Iban todos y vestían con sus mejores galas. Llevaban chaquetas entalladas cuajadas de botones brillantes, andaban, no se sabe por qué, echados hacia delante, como de puntillas, se tocaban con absurdos sombreros de tres picos a la usanza antigua y empuñaban bastón de paseo o garrote. Se movían en un grupo compacto, lanzando burlas y miradas de hastío.

La formación de los muscadinos se abrió y se dispuso en un ceceante y escandaloso corro que apestaba a almizcle. Léo oyó que la gente que iba agrupándose en torno al campo del inminente duelo murmuraba los nombres de los muscadinos más famosos. Léo vio a su adversario, Jean-Dominic, ya con el torso desnudo. Torso desnudo y monóculo: Léo nunca había visto una combinación igual.

El muscadino dio un paso adelante y los suyos enmudecieron casi de golpe.

Léo lo recibió con chiste.

–Apesta a puta.

El muscadino sonrió y los suyos rompieron a reír preventivamente. Cuando las risas cesaron, Jean-Do articuló su respuesta lo mejor que pudo.

–Pues es inc'eíble la casualidad, que'ido, po'que vengo de tu casa. Tu mamá y tu he'mana me dicen que no te haga daño.

Léo se inflamó, no porque mentara a su madre (a la pobre muchacha Modonesi que había muerto al darlo a luz), sino porque se dio cuenta de que su frase había dado pie a que su adversario dijera una mejor. Se maldijo. Se prometió que haría que sacaran en camilla a aquel idiota.

Se quitó la chaqueta y se la pasó a Rota. Miró a los lados. La gente nota

enseguida cuando hay bronca seria. Y el carisma de un buen actor enmudece hasta al público más ruidoso. No se oía una mosca. Léo inspiró profundamente. De nuevo estaba en el escenario.

Los presentes ya habían empezado a apostar, usando un sistema de gestos que Léo apenas conocía. Algunos increparon a los muscadinos, deseando un justo castigo por sus malas acciones.

Léo reparó en que entre los muscadinos había un hombre mayor. Estaba sentado en un taburete e iba vestido como un mozo de taller envejecido, con total desaliño. Estaba comiéndose una cebolla a bocados y bebiendo cerveza. Debía de ser Bernard el Rana. Léo se sintió honrado. Cogió el aguardiente y bebió a sorbos, mirando de reajo a su adversario. El muscadino, tras un momento de vacilación, llamó a su ayudante y bebió también.

Léo sonrió. Jean-Do se quitó la lente del ojo y se la pasó a su ayudante, luego flexionó las piernas, se enderezó y se puso en guardia: echó la cabeza hacia atrás, descansó el peso en la pierna trasera. Aquella postura, con el cuerpo echado hacia atrás y los puños adelantados, la llamaba Mingozzi «inglesa», aunque nunca había estado en Inglaterra y en la sucia Bolonia se veían pocos ingleses.

Dio comienzo el combate.

Léo se acercó despacio, en guardia de tres cuartos y brazos bajos. Estudió las facciones del adversario, enmarcadas por cabellos largos, ralos, rubios, ensortijados. Rasgos regulares, labios carnosos fruncidos con una expresión de rabia y amenaza infantil. Los ojos aguanosos, azules, saltones, casi de hidrópico.

Desgraciadamente, uno de los ojos divergía.

Jean-Do era bizco. Léo no se había dado cuenta antes, a causa del monóculo. Maldijo para sí, sin ofender más que al foro, reunido, de su propia conciencia.

*Y si tiene los ojos torcidos, fijate bien.*

*Si el ojo derecho mira para afuera, puede propinarte un derechazo.*

*Si mira para adentro, ojo con la bofetada y con el revés.*

*Si miran uno para cada lado, ojo con el centro.*

*Si miran la punta de la nariz, ojo con los lados.*

*¿Has entendido, paleta?*

Léo amagó una patada baja. Jean-Do retiró la pierna. El apestoso sonrió. Ya sudaba, desprendiendo un olor a almizcle húmedo. Con la misma pierna

lanzó una patada a media altura, un *chassé*, como lo llamaban. Era hábil, de movimientos precisos. Luego avanzó con las dos manos, dando bofetadas y reveses que Léo pudo esquivar en su mayoría. En su mayoría. No todos. Una torta lo alcanzó en la mejilla izquierda. Dolor. Necesitaba más aguardiente. Los dos se detuvieron y se estudiaron. Alrededor, la gente apostaba.

De la multitud se elevaron voces que azuzaban. La gente quería sangre. Los combates a florete gustaban poco desde que Doña Guillotina funcionaba a pleno rendimiento. También Rota, contagiado por el humor de la gente, animó a Léo:

—¡Acaba con él!

El combate prosiguió. El muscadino probó una técnica de golpe largo y extendió el brazo bruscamente, para meterle a Léo los dedos en los ojos. Léo retrocedió unos centímetros y el golpe erró el blanco... Pero el siguiente ataque tuvo éxito: la punta del pie derecho, que Léo no había visto salir disparada, lo alcanzó en el pecho y le sacudió las costillas y el esternón. El muscadino acompañó la patada con una bofetada que alcanzó a Léo mientras retrocedía, con los pulmones vacíos por la patada. Se tambaleó, pero siguió de pie, fuera del alcance del rival. La cosa no iba nada bien, pensó.

De nuevo estaban frente a frente. La gente calló o casi. Sólo se oía un rumor. Se susurraban comentarios al oído y se apostaba. Se oyeron insultos dirigidos a los dos contendientes —«¡Italiano de mierda!», «¡Mámamela, inve'tido!»— y de pronto la multitud rompió a vocear, como si se hubiera despertado a una señal.

Jean-Do llevaba ventaja pero tenía poca paciencia. Sentía la presión. Los insultos lo irritaban. Se arrancó de un salto y alcanzó a Léo con una bofetada en la cara. Guardia inglesa, pero sin puños. Los puños tenían su riesgo. Con puñetazos se rompen los nudillos contra los huesos, en general la cabeza es más dura que los nudillos.

*¡Dale tú un puñetazo en la cabeza a un modenés!*

Al diablo, pensó Léo. Con ambos brazos cogió a Jean-Do por debajo de las axilas, lo levantó y lo arrojó contra el suelo. La multitud gritaba. Léo se echó encima del muscadino, le puso las rodillas en el vientre y la emprendió a golpes con él. Algunos los desviaba, los paraba, lo amortiguaba con las manos, pero muchos otros lo alcanzaban. Léo sentía con los puños los huesos de la cara.

*¡Dale tú un puñetazo a un modenés!*

La multitud animaba al actor italiano.

Léo sonrió y alzó la mirada para recrearse en aquella admiración. Jean-Do lo aprovechó: de la maraña de brazos salió un golpe perfectamente vertical que alcanzó a Léo en plena barbilla y a punto estuvo de cortarle la lengua. El actor escupió sangre. Los gritos de la multitud parecieron repercutir en la bóveda del cielo y caer con ruido de granizo. El muscadino dio una sacudida, despidió al adversario y la situación se invirtió. Tocó a Léo defenderse de los golpes que le llovían en la cara.

Bravo, Leonida, bravo.

*Eres un payaso.*

Le dolía la lengua, se sofocaba, los brazos no respondían, los golpes de nudillos y del canto de la mano del muscadino, una mano dura como el mármol, arreciaban sobre su cara.

*¡Dale tú un puñetazo en la cabeza a un modenés!*

Léo hizo acopio de todas sus fuerzas y levantó la cabeza de pronto. Donde un momento antes estaba la cara, ahora estaba el cráneo duro del italiano. Demasiado tarde para que el muscadino pudiera parar la poderosa derecha que acababa de descargar con todas sus fuerzas. El puño impactó un poco por encima de la frente. Léo encajó el golpe y aguantó el dolor como pudo, al tiempo que se oía un ruido débil y seco, como el de la cáscara de un huevo que se hace añicos. Jean-Do emitió un fuerte quejido.

La mano de mármol acababa de romperse contra la cabeza de Leonida, el actor, el comicastro.

La situación se invirtió de nuevo: Léo encima, Jean-Do abajo. Pero la acción era más lenta. El muscadino tenía una mano inutilizada y los dos luchadores estaban agotados.

Por el rabillo del ojo, Léo vio que Bernard el Rana movía la cabeza y se reía. ¿Por qué? Los muscadinos se agitaban, despotricaban, enarbolaban los bastones.

Léo sacó fuerzas de flaqueza y descargó contra la cara del apestoso un par de ganchos terribles, izquierda, derecha, que hizo que los presentes se estremecieran.

Jean-Do había perdido el conocimiento. El combate había terminado.

En el silencio que se hizo, se oyó la carcajada de Bernard el Rana.

Luego el grito de Rota:

—¡Viva!

Sólo entonces se acordó Léo de su ayudante.

Se puso en pie, aturdido, rendido. Los muscadinos bramaban, la gente los empujaba, se propinaron algunos bastonazos. Bernard el Rana gritó algo, dos hombres recogieron a Jean-Do y se lo llevaron.

Bernard el Rana acabó de contar el dinero, se levantó y cogió el taburete por una pata. Había apostado por mí, pensó Léo. Increíble.

Advirtió que muchos de los presentes lo habían reconocido. Gente de San Antonio. Recibió miradas de aprobación y de complicidad. Empezaba a recuperar el aliento, pero de pronto notó el dolor en las costillas. Fuerte. Dobló las piernas, apoyó las palmas en las rodillas, dejó caer la cabeza entre los hombros y respiró hondo.

Notó que le ponían la mano en el hombro.

–¿Todo bien, italiano? –preguntó una voz con acento marsellés.

–El otro está peor –contestó Léo sin levantar la cabeza.

El Rana croó con voz de barítono. Estaba de buen humor.

–Eres todo un púgil, ¿cómo te llamas?

–Léo Modonnet.

–Tú y yo tenemos que hablar.

–¿Por qué no? –dijo Léo irguiéndose.

–Muy bien. Vamos a beber algo que no sepa a mierda.

Léo miró a Rota, como para extender la invitación, pero el librero movió la cabeza.

–Yo voy a por mi carretón. Lo he pasado muy bien, pero las tripas me siguen gruñendo. ¡A ver si puedo vender algún *bouquin*! –Y rió con ganas. No le quedaban más que tres o cuatro dientes–. Buena suerte, boloñés.

–Gracias, bergamasco, espero volver a verte.

–¡Espera que no! Si nos vemos, significa que has vuelto a Puente Nuevo.

Léo vio al viejo alejarse, balanceándose con su pierna renca.

–¿Entonces? –preguntó Bernard.

–Vamos –dijo Léo, y juntos, andando despacio, atravesaron la explanada nuevamente invadida por los ruidos de la puerta de los combates. Pregones desganaos de vendedores, risas, insultos, voces de los que apostaban, de un vendedor de periódicos que comentaba las noticias, fragmentos de canciones políticas, de canciones soeces, de canciones que eran una cosa y otra.

En el silencio entreverado de ruidos, Léo vio el cielo surcado de nubes, nubes aborregadas, nubes ajironadas, nubes acelajadas...

Se acabó el invierno pero no el hambre.

Del pan de la igualdá, ya sabes: si eso era pan, los zurullos son morcillas de chocolate, pero por lo menos tenía uno algo con lo que llenarse la panza y no palmarla de hambre, y todos los días podía ir con su cartilla al panaero y tenía derecho a otra ración. Había mujeres que pa que les dieran más de aquel emplasto se metían una sartén debajo de la falda y decían que estaban preñás, y otras que se hacían las preñás pa que no les dieran leña, porque entonces las colas pa recibir la manduca eran los lugares más violentos de la ciudad.

Luego de pronto faltó la carne. No había en ningún sitio, ni siquiera en el Palacio de la Igualdá. Y los obreros, los carreteros, los mozos, todos los que curran duro lejos de casa, empezaron a decir que si no comían carne no tenían fuerzas pa trabajar.

Además, muchas veces, en el camino de Vincennes, la gente del barrio paraba el carro de un campesino y lo obligaba a venderles los güevos allí mismo, al precio máximo establecido. Y el hombre decía siempre lo mismo, que la semana pasá había vendido cien güevos y había compraó treinta velas, pero que agora, con la misma cifra, sólo se compraban veinte velas, y que o se ponía un precio máximo general total, pa la ropa y pal calzaó, pal carbón y pa la cerveza, o no volvía a pisar París.

Nosotros le decíamos que sí, que tenía razón, pero que, ya que estaba allí, que nos vendiera los güevos al precio que le decíamos y que a escape.

Tú te preguntarás por qué damos la lata agora, que estamos pasando hambre, y si no nos rebelamos en su momento, arrepentirnos hoy no nos dará de comer a los que éramos entonces.

Pero es que hay momentos en los que la tripa lo hace a uno devoto de Santa Insurrección y otros en los que no, porque ve uno que, por mucho que vocee, va a sacar poco: hemos tenido el precio máximo, hemos tenido una ley contra los acaparadores, tenemos la cuchilla nacional que asusta a los sinvergüenzas como los espantapájaros a los gorriones que pican el trigo, tenemos el jardín de Luxemburgo transformao en un huerto, ¿qué más inventamos pa poder comer? La cola en la carnicería, no la que hay delante

de las Tullerías pa echar a unos y que vengan otros que dicen que son mejores.

Por eso nadie siguió a Hébert cuando empezó a decir y a escribir que había que levantarse contra la Convención y que se necesitaba un dictador que nos trajera la abundancia.

A decir verdá, *Le Père Duchesne* ya empezaba a tocarnos las pelotas, y a veces, leyendo el periódico de su gran enemigo, *Le Vieux Cordelier* de Camilo Desmoulins, nos sorprendíamos diciendo que sí con la cabeza, sobre todo cuando escribía que pa un *sans culotte*, la verdadera revolución no es seguir siendo un *sans culotte*, ni calzar zuecos pa ahorrar cuero y hacernos botas pa darlos al ejército. La verdadera revolución debería decirle al pueblo: estabais sin calzones y yo os he dao unos. En lugar de eso, Hébert, en su *Père Duchesne*, se había pasao al menos dos meses contándonos lo mucho que le gustaba aquel *sans culotte* que era Jesús, el primer jacobino de la historia, que quería mucho a los pobres.

Por eso, cuando Hébert despabiló y llamó a la rebelión, se vio solo con sus pocos amigos. Lo han detenido, lo han acusao, lo han mandao a la guillotina y nadie ha movido un músculo, aparte de la lengua, pa preguntar cómo iba el juicio y poder contarlo.

Se ha dicho que la carestía era por culpa del barón de Grèche, que pagaba a los campesinos pa que no trajeran carne a París, y que el barón estaba conchabao con *Le Père Duchesne*: yo mato de hambre al pueblo y tú lo soliviantas pa que se cargue a la Convención y joda la República.

Incluso han emprendido una gran investigación pa desenmascarar el compló, pero lo único que han descubierto es que complós no hay uno sino miles, miles de pequeños chanchullos de campesinos, tenderos y *sans culottes* que no respetan la ley del precio máximo, más algún que otro aprovechao que se forraba en el mercao negro.

Entonces se dijo que el barón había montao otro compló, el de la liquidación de la compañía de las Indias, un sucio asunto largo de explicar pero que, en resumidas cuentas, es que el menda corrompió a algunos diputaos pa manchar toda la Convención y que Hébert pudiera soliviantar al pueblo pa cargársela y joder la República. Aunque tampoco de esto había pruebas concluyentes. Así que se dijeron: a tomar por culo el barón, y se curaron en salú. Acusaron a Hébert de soliviantar al pueblo pa echar abajo la Convención y adiós muy buenas.

Con él fuera de combate, parecía que la batalla la hubieran ganao Jorge Santiago Danton, el patrón de los tenderos, y su fiel amigo Camilo Desmoulins.

Pero, apenas una década después, es a Danton al que están juzgando. Saint-Just lo acusa y Robespierre se pregunta si Francia será tan valiente como pa abatir a un viejo ídolo, un viejo ya podrido y lleno de gusanos por dentro.

También a él lo acusan de haberse llevao la pasta de la compañía de las Indias y hasta la de Luisillo y los Orléans. Pero él es zorro viejo, y con el pico de oro que tiene como abogao, Danton devuelve todos los golpes, que parece un luchador de la puerta de los combates.

Puede que los gusanos y lo podrido empezaran a apestar también por fuera, puede que Danton quisiera hacer las paces con la aristocracia, pero pa nosotros no dejaba de ser el héroe del 10 de agosto. No importa que agora digan que aquel día él ni salió a la calle: no es cuestión de si estaba o no ese día. La cuestión es que Danton significaba la República, y verlo con el collar Corday daba mucha impresión.

Pero tampoco en esta ocasión se movió nadie. Al día siguiente volvimos a la carnicería a hacer cola, como si ya nos hubiéramos acostumbrao a aquel rodar de cabezas y pa dejarnos boquiabiertos y con un escalofrío por la espalda se necesitara algo más gordo, algo tremendo, como que se mearan en la tumba de Marat o le cortasen la cabeza a Robespierre.

## 5

Observando con angustia el patio interior, Philippe Pinel pensó en lo mucho que pueden cambiar las cosas en cuestión de pocos años. Esto era verdad antes de 1789 y lo era aún más aquel duodí del año III. Sin embargo, nunca habría creído que tendría que revisar algunos de los fundamentos de su ciencia a causa de una terapia como la de Mesmer.

Se había pasado dos semanas consultando los textos más actualizados en busca de casos análogos e hipótesis plausibles. Se había releído también el famoso manifiesto contra el fluido magnético redactado por una serie de ilustres académicos cuando Francia no era aún una república. Sugestión, habían decretado entonces Lavoisier, Franklin y compañía. El convencimiento de haber sanado que se tomaba por verdadera curación. Pero

la simple sugestión no bastaba para explicar cómo un hombre podía convencer a veinte alienados para que hicieran su voluntad sin cejar ni aunque los golpearan, como si fueran autómatas a los que hubieran dado cuerda, una cuerda irrompible, por añadidura.

Al final tuvo que rendirse: entre los muros de Bicêtre había ocurrido algo nuevo. Un hecho que podía comprenderse recurriendo a una teoría caída hacía tiempo en desuso. Si es que, más allá de la moda de los salones, el mesmerismo había convencido alguna vez a alguien.

Pinel se corrigió. Aquella observación era imprecisa. En los años anteriores a la revolución, el mesmerismo había seducido a muchos intelectuales, no solamente a damas aburridas o histéricas. Había que admitirlo. Hombres como Bergasse, como el conde D'Artois, como Lafayette. Ni siquiera después del informe de aquel comité científico, ni siquiera después de que Mesmer se volviera a su país con el dinero que había sacado tras cinco años de ofuscación colectiva, ni siquiera entonces había desaparecido del todo el mesmerismo. Aquella época reciente había dejado su legado, había que admitirlo. Si los médicos parisinos experimentaban con la electricidad con fines terapéuticos, se debía más a Mesmer que a Luigi Galvani.

Por eso estaba sentado al escritorio ante un folio en blanco. Debía escribir una carta que era una petición de consulta. Mejor dicho, era una petición de ayuda.

Conocía a la persona a la que se dirigía: era un médico seguidor de la doctrina de Mesmer, llamado Orphée d'Amblanc. Habían mantenido correspondencia años atrás a propósito del llamado magnetismo animal. Aquel hombre había combatido su escepticismo con algunos argumentos interesantes. Confiando en que siguiera viviendo en el mismo domicilio, mojó la pluma en tinta.

Estimado doctor D'Amblanc:

Espero que la presente os halle con buena salud y de buen ánimo. Excusad si no me alargo con fórmulas de cortesía y expongo enseguida la razón por la que os escribo.

Recordaréis sin duda la correspondencia que mantuvimos acerca de la teoría del magnetismo animal y recordaréis también mi escepticismo.

Desde hace unos meses desempeño el cargo de médico de la enfermería de Bicêtre. Pues bien, una serie de hechos acontecidos en este lugar me mueven a reconsiderar mi postura de entonces.

Uno de los internos del hospital ha demostrado, y no una sino varias veces, que puede

sugestionar a los alienados para someterlos a su voluntad e incluso mandar sobre ellos a distancia.

Quisiera informaros con detalle personalmente, por lo que os invito a venir aquí para que examinemos el caso juntos.

Vuestros conocimientos en este campo superan con creces los míos y los de todas las personas que conozco.

Espero, pues, contar con vuestra competencia y ayuda.

Pinel releyó atentamente la carta, algunos de cuyos pasajes repitió a media voz. Era concisa y directa. Entre líneas, se veía la preocupación que lo agitaba desde hacía días. No conocía bien a D'Amblanc, pero por lo que se decía de él y por los recuerdos que tenía de su pasado trato, no parecía hombre que negara su ayuda ni dejara pasar la ocasión de llevar a cabo una investigación científica.

Pinel cerró la carta, la selló, se levantó de la mesa y se asomó de nuevo a la ventana.

El viento barría el patio y levantaba nubes de polvo.

*Observaciones dirigidas al departamento de Obras Públicas por los ciudadanos GILLET, comisario de policía de la sección de Montreuil; ALMAIN, de la sección de la Indivisibilidad, y PASSOUNAUD, de la sección de los Quince Veintes, del barrio de San Antonio, en cuya plaza del Trono Derribado, desde el 26 de abril, vienen realizándose las ejecuciones e inhumaciones de los condenados por el tribunal revolucionario.*

1. En la plaza de las ejecuciones se ha cavado un hoyo de una toesa cúbica, donde desagua la sangre de los ajusticiados y el agua con la que se lava el lugar. Este hoyo está casi lleno y despide un olor nauseabundo del que todos los vecinos se quejan mucho. Conviene tapar ese hoyo y cavar otro al lado más profundo, hasta que se encuentre una tierra capaz de absorber la sangre.

2. Desde la plaza de las ejecuciones al cementerio de Picpus sólo existe un camino que bordea el muro, camino que, por no estar pavimentado, es impracticable, sobre todo para el nuevo tipo de carros que se usan para el transporte de cadáveres, pues, como tienen las ruedas muy bajas, se hunden en la arena y resulta imposible moverlos por muchos caballos que se enganchen. Convendría pavimentar un trecho de una longitud de doscientas toesas.

3. En el cementerio es imposible levantar acta, pues casi siempre hay que hacerlo de noche, al aire libre, con lluvia o con viento, que impide tener encendida una luz. Dado que en el cementerio hay una cueva, sería cuestión de poner una puerta en ella. Así se podría redactar a cubierto la lista de los efectos personales de los ajusticiados; se podría dejar allí el registro, en una mesa, y guardarse la tinta, la pluma y una luz. Instalar esa puerta no costaría más de cincuenta libras, mientras que un solo redingote olvidado puede suponer una pérdida de cincuenta libras para la nación, y cuando llueve o hace viento pueden perderse bastantes.

En París, a 21 de mesidor del año II de la República Francesa, una, indivisible e imperecedera.

FIRMADO

Gillet

Almain

Passounaud, alias Treignac

## ESCENA QUINTA

El mundo patas arriba

*Julio de 1794 (termidor del año II)*

### 1

Década 1, día de la mora, nonidí de termidor del año II de la República.

O séase, 27 de julio. Nueve tontidís currando en espera del día festivo y apenas puede uno recuperar el resuello cuando llega la noticia:

–¡Han arrestao a Robespierre!

–¿A qué Robespierre? –pregunta alguien, que no se puede hacer pregunta más tonta, son como esas que se hacen pa ganar tiempo, porque hay noticias que llegan como un guantazo en plena cara y lo pillan a uno por sorpresa, y entonces todo sirve pa ganar un minuto, un segundo, y recuperarse y decir la cosa más tonta del mundo, como (con la cara hinchada): «¿Perdón?», con lo que a lo mejor el guantazo siguiente lo esquivia uno y lo devuelve con doble ración, quedando la mar de bien. Pero una noticia así es mucho peor que un guantazo. Y por eso la pregunta tonta sienta mal.

–¿Cómo que a qué Robespierre? Pues a Robespierre, a Robespierre.

–¿Al Incorruptible?

–¿Está en Babia o qué? Pues claro, a Maximiliano Robespierre. Y a su hermano Agustín, al que dicen Bombón. Y a Saint-Just.

–¿A Saint-Just?

–Sí, a Saint-Just. ¡Decídselo vosotros, venga!

–Es verdá, los han arrestao. Y con ellos a Couthon... A Les Bas y a Hanriot, del comité de seguridá general... Y a Dumas...

–¡¿A Dumas, el presidente del tribunal reaccionario?!

–El mismo. Acaban de llevarlos al Luxemburgo, por orden de la Convención.

Nos quedamos todos callaos preguntándonos qué pasará de agora en adelante con la revolución y con nuestra manduca.

Robespierre en la cárcel. Parece que fue ayer cuando lo homenajéabamos en la procesión del Ente Supremo, él caminando con su frac color turquesa, sacando pecho, a la cabeza de la delegación de diputaos, veinte pasos por delante de los demás, mitá caudillo mitá papa. La revolución, como dijo Machand...

—¿Mande?

—Un afilador del Pantano. La revolución, decía, es como esos naipes de reyes, damas y caballeros divididos por la mitad, una recta y la otra invertida, cabeza arriba y cabeza abajo. Por más vueltas que les des no cambia nada, siempre hay un rey que está derecho y otro que está invertido, y éste parece que le dijera al otro, haciéndole un guiño: «¡Yo soy tú, que vas a acabar mal! ¡Disfruta mientras puedas porque el mundo está patas arriba!» Aquel día, en el Campo de Marte, parecía que Robespierre disfrutaba. Luego supimos que, a sus espaldas, algunos diputaos renegaban y lo chinchaban, muy por lo bajini pero pa que los oyera. Cuando pasaban, algunos lo oyeron y nos lo contaron. Iban Thirion, Montaut, Ruamps... Le decían cosas como:

«¡Maldito dictador! Tarde o temprano acabaremos contigo.»

«¡Canalla, algún día llegará tu hora!»

«¡Acuérdate de lo que le pasó a Capeto!»

Vamos, que le estropearon la fiesta. El Incorruptible ponía buena cara, pero es evidente que lo pasó mal, porque después de aquel día dijeron que se había constipao y estuvo dos décadas sin dar señales de vida.

—Dos o tres.

A lo mejor meditaba lo que hacer. Aunque, cuando reapareció, no es que actuara con mucho criterio: empezó a tirar tanto de la cuerda, mejor dicho, empezó a tirar de tantas cuerdas, que al final acabó enredao. Todos los días daba un discurso denunciando diez complós, oyéndolos a él y a Saint-Just se diría que todos eran contrarrevolucionarios menos ellos. Y no era broma: si creían que uno era un contrarrevolucionario, ya podía despedirse de su cabeza. Y a todo esto la que campaba por sus respetos era la ciudadana Hambre, algunos estábamos en los huesos y había quien decía que la nación debía pensar en eso, no en juegos de espías...

Al final, una parte de la Convención se cansó de oírlos amenazar a derecha e izquierda.

—Sólo a derecha, porque a la izquierda ya no les quedaba nadie.

—Eso, y ya nadie podía defenderlos de la derecha.

—Alguien lo intentó y el ayuntamiento se sublevó.

Muy cierto. Aquella noche de nonedí no acabábamos de asimilar la noticia de los arrestos cuando enseguida cambia la cosa: el municipio de París libera a Robespierre y demás y los lleva al ayuntamiento. Parece que Robespierre vuelve a tener la sartén por el mango...

—Lo recuerdo bien, Hanriot mandó que mil cañones apuntaran contra las Tullerías...

—¡*Bum!*

—¡Quia! Al final no dispararon.

—«¡Bum» porque tú lo digas. ¿De dónde coño iban a sacar mil cañones? Si no había más que cien artilleros pa servirlos.

Chist, que perdemos el hilo... El caso es que Robespierre y Saint-Just parlotean, dan largas, dejan pasar las horas, mientras sus partidarios, reunidos en la plaza de la Grava, empiezan a ponerse nerviosos, porque además tienen el estómago vacío. Se miran unos a otros, se preguntan qué hacen allí, se cagan en la madre que los parió porque no llega una orden como Dios manda. Pasada la medianoche se sabe que a Robespierre lo han declarao criminal. Eso quiere decir que si lo pillan lo meten en la cárcel sin juzgarlo, a él, a Saint-Just y a toda la pesca, y empiezan a llamarlos traidores. La revolución, decía Trabant...

—¿Otro afilador?

Herrador. Del barrio de San Germán. La revolución, decía, es un carnaval que se alarga tanto que llega a la cuaresma, a la resurrección, a todo.

—Muy filósofos son los herradores de San Germán.

Tras el anuncio, los leales se dispersan. Es el fin de la insurrección. La fuerza pública irrumpe en el ayuntamiento. Le Bas se pega un tiro en la cabeza y mancha de rojo una pared. Robespierre lo imita pero no llega más que a destrozarse la mandíbula. Lo encuentran dando gritos de dolor. Se lo lleva un gendarme que se apellida Mierda.

—¿No será Merda?

Eso, Merda. Bombón Robespierre se tira por una ventana pero sólo se rompe una pierna. Couthon se hace el muerto pero lo pillan. Hanriot sale herido, nadie sabe cómo. Saint-Just no opone resistencia, se deja arrestar con la frente muy alta, bello como un dios, con su cabello ondulado.

A todos los pasaron por la guillotina al día siguiente, primer decadí de

termidor, a las cinco de la tarde. Siguieron rodando cabezas durante una década. Ochenta miembros del consejo municipal pasaron por la guillotina.

–Triste historia. ¿Y luego?

–¿Luego? Llegó la cuaresma.

–¿Y valió la pena?

Siempre habrá quien diga que no, unos porque lo ven con perspectiva (muy fácil) y otros porque son y siempre serán unos siervos (aún más fácil). Si por esta gente fuera, nunca se haría nada. Nosotros hemos intentao construir la torre, ¿recuerdas? La torre que permitiera mirar el mundo y abatir a los tiranos. Por eso apreciamos a Robespierre y a Saint-Just, incluso cuando estaban jodidos. Incluso cuando se pusieron a amenazarnos con cortarnos la cabeza, incluso cuando decían que éramos extranjeros que veníamos a soliviantarnos a nosotros mismos, incluso cuando mandaban a la cárcel a quien se equivocaba, se puede decir que nosotros, el pueblo *sans culotte*, los apreciamos. A veces se ama extrañamente. En el Campo de Marte homenajeamos al Incorruptible y poco después lo homenajearon en el otro mundo.

Entonces cambió todo. Tranquilo, que te lo contaré. No hay prisa.

## 2

Bernard el Rana disfrutaba de gran fama y Léo no tardó en comprobarlo. Aunque parecía una persona esquiva, Bernard conocía a todo el mundo y todo el mundo lo conocía. Se pasaba el día organizando peleas, recogiendo apuestas y participando en todas las manifestaciones cívicas que podía. Bernard no se perdía ni la más modesta conmemoración, funeral patriótico o imposición de corona de laurel. El motivo estaba claro: además de demostrar su impecable civismo –porque sabía que podían detenerlo por organizar apuestas clandestinas–, facilitaba a todo el mundo el encontrarlo. Bastaba con averiguar cuál era el acontecimiento del día y buscar al patriota que cantaba con más fervor y llevaba la escarapela más grande prendida en la solapa de la chaqueta.

Vivía modestamente en la planta baja de un viejo edificio, en un apartamento de tres estancias, con su hija Adèle, una muchacha de poco más de veinte años, sordomuda. La joven se ocupaba de la casa y a veces también

de curar los rasguños y contusiones que sufría Léo en los combates. De esto solía encargarse Bernard, que aplicaba a los moratones una pomada de olor nauseabundo pero que hacía milagros. «Mejor que mano de santo», decía cada vez que metía las manos en el bote.

Léo se alojaba en el trastero, que, después de haber vivido debajo de Puente Nuevo, le parecía una mansión. Había pocos muebles, pero el ambiente era cómodo. Adèle cocinaba muy bien y Bernard hacía lo posible por alimentar bien a Léo.

Las peleas las organizaba al atardecer porque, siendo verano, los días se alargaban y al ocaso seguía haciendo calor. Los lugares elegidos eran de lo más variado, lugares que la carestía y la guerra habían dejado vacíos: salas de baile, sótanos, almacenes, graneros. Los muscadinos asistían entusiasmados a todas las peleas. Jean-Do ya no iba, se decía que los puñetazos lo habían entontecido. Los apuestos apostaban poco pero voceaban mucho, sobre todo contra Léo. El italiano era el objeto de casi todas las mofas e insultos que llovían sobre la arena. Lo que más rabia les daba no era que hubiese vencido a Jean-Do, sino que Bernard el Rana lo hubiera tomado bajo su protección. Bernard también llevaba a Léo a las peleas en las que no combatía. Decía que eso servía para estudiar las tácticas, conocer a los adversarios, descubrir nuevos golpes. Léo veía a aquella gente darse de mamporros, a la gente mirarlos, y se decía que aquello era un modo de salir a escena, de actuar. Sólo que los golpes eran de verdad.

Un día estuvo a punto de apostar. Un sujeto corpulento de los barrios bajos se enfrentaba al campeón de los muscadinos, quienes estaban todos juntos en su rincón. Se llamaba Soncourt. El luchador de los bajos fondos era más grande y parecía más aguerrido que él, pero desde los primeros golpes vio Léo que si hubiera apostado habría perdido. Soncourt tenía más técnica y daba golpes, patadas incluidas, más eficaces. Era un luchador y un púgil de los mejores que Léo había visto.

—Tiene huevos —le susurró al oído a Bernard.

Éste asintió.

—Por eso hemos venido a verlo. Es tu próximo adversario.

Un instante después se oyeron los ensordecedores gritos de triunfo de los muscadinos, que vieron cómo caía el energúmeno de los barrios bajos. Soncourt levantó el brazo en señal de victoria y volvió a su rincón a secarse el sudor, como si tal cosa.

—¿Por qué has aceptado la pelea? —preguntó Léo, preocupado.

Bernard le hizo señas de acompañarlo fuera y salieron a la calle.

—Los sin erre me han retado. Tengo una reputación.

—Y el precio de tu reputación soy yo —se quejó Léo.

Bernard le lanzó una mirada indescifrable y siguió caminando hasta su casa sin añadir nada más. Era un atardecer magnífico, el cielo estaba límpido y tan cuajado de estrellas que parecía que éstas iban a caer sobre la ciudad. Y podía ser, pensó Léo. El cielo podía caerse. El Rana no tenía escrúpulos. Léo lo había visto apostar por él y embolsarse el dinero de los muscadinos sin pestañear.

—¿Vas a apostar contra mí? —preguntó cuando llegaron.

—Dímelo tú. Tú eres quien pelea —contestó el otro.

Léo se quedó callado y bajó al sótano lleno de malos presentimientos.

Al día siguiente se quedó en la cama hasta mediodía, pensando en la pelea que había visto y en la que debía librar la semana siguiente. Le esperaba una gran prueba de actor, contra un rival más fuerte. Podía suponer incluso el fin de su tercera carrera en las tablas.

A mediodía oyó llamar a la puerta. Era Adèle, que le traía la comida. Léo le preguntó por señas dónde estaba su padre y ella contestó que había salido. No volvería hasta la noche, o al menos Léo creyó que la muchacha simulaba por señas la caída del sol. Era bastante fea y flacucha, pero cuando empezó a quitarse la ropa y quedó desnuda, Léo se dijo que no dejaba de ser una mujer. Y no perdió tiempo preguntándose ni cómo ni por qué. Tampoco podía preguntárselo a ella.

Los clamores de la tarde lo sorprendieron tumbado en el catre, con la muchacha tendida encima. Por las ventanas, a la altura del suelo de la calle, llegaban voces que se repetían por todas partes. Léo despabiló y se acercó al ventanuco. A unos metros de distancia gritaba alguien:

—¡Han detenido a Robespierre! ¡Han detenido a Robespierre!

Léo se volvió, espantado, para informar a Adèle, pero cuando se vio frente a ella, ya vestida y con la cara de perro apaleado que tenía siempre, se dio cuenta de que no sabía cómo decírselo por señas. Robespierre... Saint-Just... ¿Cómo explicárselo a una sordomuda? Renunció y le hizo una caricia, como

si fuera un animalillo, sintiendo que lo invadía un sentimiento de lástima y de vergüenza.

Se vistió y corrió a la calle. En pos de las voces llegó al ayuntamiento. Allí se había congregado bastante gente que hablaba, compartía noticias y emociones. Léo oyó a una costurera que decía que Robespierre, Saint-Just, Couthon y Le Bas se habían atrincherado dentro con los partidarios del consejo municipal. Observando el edificio se preguntó qué podía hacer. Dio vueltas por la plaza, recabando información de los corros de gente, y acabó acostándose junto a uno de los fuegos que encendieron cuando se hizo de noche.

Cuando, al amanecer del día siguiente, se levantó con los miembros entumecidos, se dio cuenta enseguida de que, durante la noche, no pocos de los valientes del día anterior habían decidido volverse a casa. Los parisinos no defenderían al Incorruptible. Alguien había escrito en el suelo, con tierra: «¡Muerte al tirano!» Otro citaba al mismo Saint-Just: «Quien hace una revolución a medias, no hace sino cavarse la tumba.»

Eso era, sí, pensó Léo. En el alba fresca sobre la que gravitaban los destinos de la República, aquel edificio, que había sido el símbolo del orgullo del pueblo parisino, ahora parecía una tétrica tumba. Cuando más tarde la guardia nacional irrumpió en la plaza, Léo escapó de la carga, aunque no sin llevarse en el hombro un par de cachiporrazos que no pudo esquivar. Los guardias rodearon el palacio y sacaron a los jacobinos, aunque para entonces Léo se hallaba lejos, camino de casa, adonde llegó cansado y maltrecho, después de atravesar una ciudad presa de una especie de festivo desconcierto. Algún pobre clamaba por la abolición de la ley del precio máximo. Léo se preguntó si el retroceso de la revolución le traería más problemas o más oportunidades. Probablemente ambas cosas.

Bernard lo esperaba sentado en la puerta, pelando patatas. Lo saludó con un gesto, sin dejar lo que estaba haciendo.

Léo notó su desaprobación pero se sentó a su lado, en los escalones, frotándose el hombro dolorido y esperándose una reprimenda que, sin embargo, no llegó. Era como si Bernard lo supiera todo, dónde había estado, qué había hecho... Quizá incluso sabía lo que había pasado con su hija Adèle.

Léo decidió preguntarle lo único que en aquel momento les importaba de verdad.

—¿Cómo puedo derrotar a Soncourt?

–No puedes –dijo el Rana–. No si peleas limpio.

Léo reflexionó sobre el significado implícito de aquellas palabras.

–¿Quieres que juegue sucio? Creí que te preocupaba tu reputación.

Bernard levantó la navaja y, por un momento, Léo temió que fuera a clavársela en la tripa. Pero la cerró y se la guardó.

–Desde hoy vale todo –dijo Bernard con un gesto vago que indicaba la ciudad. Se levantó para entrar en casa, pero antes de franquear el umbral añadió–: Y procura tumbarlo pronto, porque si tardas un minuto te tumbará él.

### 3

Marie dejó la aguja y el hilo y se frotó los ojos cansados. La fila de mujeres cosiendo a lo largo del banco iba de punta a punta de la sala. Delante de cada una de ellas, un montoncito de botones y una pila de uniformes. Las cabezas se balanceaban levemente al compás de los gestos. De rato en rato alguna se levantaba e iba, dando unos pocos pasos, a unas estanterías donde se dejaban las prendas, listas para que las empaquetaran y las enviaran a las guarniciones. Eran sobre todo mujeres ancianas y muy jóvenes. El amo no quería mujeres que llevaran hijos, porque, decía, interrumpían el trabajo y turbaban el silencio laborioso. Eso excluía a las mujeres de la edad de Marie, que de hecho eran pocas.

El olor de la tela barata mezclado con el calor bochornoso saturaba el ambiente y, después de diez días allí dentro, Marie empezaba a sentir náuseas. Por suerte había conseguido que le asignaran un puesto cerca de la ventana y de vez en cuando se volvía para respirar aire fresco. Fuera no había nada que ver, porque la ventana daba a un callejón y enfrente había una pared de ladrillos. La luz que alumbraba a las operarias entraba por unas claraboyas del techo. Marie aspiró la brisa que entraba y le pareció oír un rumor de voces lejanas que venía de la calle que había al final del callejón.

–¿Pasa algo, ciudadana Nozière?

Marie se volvió y vio al amo, que la observaba con el ceño fruncido desde la puerta del cuarto contiguo a la sala. Se encogió de hombros y volvió al trabajo, aunque aún estuvo un momento sintiendo sobre sí la mirada del hombre. La misma mirada lasciva con la que la había mirado de arriba abajo

el día que se presentó en la fábrica de botones buscando trabajo. Se llamaba Duval. Era un hombre alto y delgado, que siempre llevaba sombrero, incluso a cubierto. A Marie le causaba repulsión, reavivaba sensaciones antiguas que con gran esfuerzo había sepultado en el olvido. Con todo, el trabajo era seguro, y si en verano aquel recinto cerrado oprimía, era fácil consolarse pensando que en invierno se trabajaría al abrigo.

Empezó a pasar la aguja rápidamente por los agujeros de los botones, cosiéndolos así a la tela.

De pronto percibió la presencia de alguien en la ventana del callejón. Se volvió y se encontró ante una cara desencajada, una boca abierta que no emitía sonidos. Se sobrecogió. De pronto la boca habló:

—¡Han arrestado a Robespierre y a Saint-Just! ¡Los han llevado a la guillotina!

Antes de que Marie pudiera hacerse cargo de lo que aquellas palabras significaban, se vio envuelta en un estrépito de exclamaciones de estupor y de arrastrar de sillas. Las mujeres se ponían en pie, hablaban a la vez, alguna maldecía, otras se abrazaban, no se sabe si con alivio o con miedo. Se precipitaron hacia la salida. Duval acudió y quiso poner orden, pero fue inútil; vio cómo las operarias abandonaban corriendo sus puestos de trabajo.

Marie siguió la ola. Se halló en medio de un río de gente que caminaba por las calles sin saber adónde iba, siguiendo al transeúnte más cercano, arrastrada por una corriente invisible, sobre la que flotaba el nombre del Incorruptible. Eran caras a la vez de alivio y de desconcierto. Era como si vieran la ciudad por vez primera, como si esperaran que alguien o algo los despertase del sueño.

¿Quién era, dónde había estado hasta el día anterior toda aquella gente que ahora recorría las calles de París, rumoreando como no se oía hacía tiempo, suspirando con recuperada alegría? ¿No era, al menos en parte, el mismo pueblo que mandaba a Robespierre cartas de admiración? Marie recordaba algunas frases, oídas en algún sitio, quizá inventadas por la voz del pueblo y repetidas en los barrios.

«Protector de los patriotas, genio que todo lo prevé y todo lo desenmascara...»

«Adalid de la revolución...»

«Quiero saciar mis ojos y mi corazón contemplando tu rostro...»

Ahora que estaba muerto, el Incorruptible era el Tirano, el Traidor, el Terrorista. Claro, no todos pensaban eso, pero quien no lo pensaba se guardaba de salir a la calle. Y si tenía que hacerlo, se adaptaba al ánimo que veía en los demás. El Terror ha muerto, ¡viva el Terror contra el Terror!

Marie miró a un lado y a otro: ¡qué poco se parecía aquella multitud de desconocidos a los revolucionarios de su barrio! Una multitud que nada tenía que ver con la que había salido a las calles desde el año 1789 en adelante, una multitud indistinta, irreconocible. Marie observó que apenas gritaban. No era una fiesta. Marie se detuvo, de pronto, en medio de aquel aturdido ir y venir. Los transeúntes pasaban a su lado caminando rápido, más rápidos que la noche sustituyendo al día. Cuerpos y palabras. El tirano... Ahora... Verás como la Convención... Volveremos a decir «agosto», como Dios manda... Volveremos a decir «Dios», como...

La cabeza de Robespierre había rodado sólo dos horas antes.

Marat estaba muerto, Robespierre también, y Saint-Just, y antes que ellos habían muerto asimismo Hébert, Danton, De Gouges, Brissot, y antes, la reina, el rey... Jacques.

La invadió la añoranza de Claire, un sentimiento de vacío la obligó a agacharse. Aunque Claire no estaba muerta, se dijo Marie. Estaba en la cárcel, aún podía salvarse.

Y, sin embargo, no lo creía. Algo le decía que ninguna de las dos sobreviviría.

El cielo estaba oscuro, la ciudad parecía más extraña que nunca, las voces flotaban a su alrededor. Marie sintió que los ojos se le humedecían. Lloraba por la muerte de lo que había sido y de lo que habría podido ser. Lloraba por Claire y por sí misma. Por Bastien y por París. Por todos ellos y por Francia.

#### 4

El hombre que ya no era Laplace llora lágrimas calientes.

Terminan los años de Bicêtre.

Ha llegado el momento de irse.

La muerte de Robespierre es más que una señal, directamente dice: «Adelante.»

Pero con irse no basta. Hay que hacerlo como es debido. Ajustando

cuentas antes de salir por la puerta. Con un gesto hábil, digno de ser recordado.

Llaman a la puerta, leve, discretamente, como si la celda fuera un domicilio particular. El flujo de los pensamientos se detiene. Se le ocurre una idea. Una Idea, el hombre lo sabe, es como si viniera del más allá, comparada con el material bruto que muy a menudo ocupa la mente. Una idea tan clara que tiene trazas de plan y perfila ineluctablemente la serie de decisiones y gestos que componen la Acción.

La puerta se abre. Es Maurel, el celador. Cree que, una vez más, el insólito recluso tratará con fluido el dolor de espalda que lo aqueja. El hombre que fue Laplace le pide que se siente. Murmura algo, con la cara muy cerca, y Maurel se pone en pie, sale de la celda en silencio.

Vuelve acompañado de Malaprez. El rubio, mitad hombre, mitad bruto, trae un saco. No es preciso mesmerizarlo. El hombre sabe que Malaprez le pertenece, más allá de la acción del fluido. Conocerlo a él ha sido para el rubio como encontrar un destino.

Dos horas después, ya al oscurecer, Philippe Pinel cruzará el gran patio de Bicêtre con sus papeles bajo el brazo, llegará a la verja, se identificará ante los guardias y a paso ligero echará a andar calle adelante, probablemente en busca de un coche.

Pasará media hora. Los guardias de la entrada verán al doctor Pinel cruzar de nuevo el gran patio y acercarse a la garita con aire preocupado.

–Buenas tardes..., ciudadano... ¿Has olvidado... algo?

Pinel notará que el guardia habla arrastrando las palabras, como si acabara de despertar.

–No, ciudadano Héraclite. ¿Por qué me lo preguntas?

–Porque... has salido... hace media hora... ciudadano Pinel. Con un... celador. ¿No te acuerdas, ciudadano? Hemos... hablado... cinco minutos por lo menos.

–¿Cinco minutos, dices? ¿Y de qué hemos hablado?

El guardia guardará silencio. Luego, en voz baja, dirá:

–¡Vaya por Dios!... No me acuerdo...

Philippe Pinel mirará a los ojos a Héraclite y a su compañero.

En esos ojos verá algo siniestro.

Pensará en la carta que ha enviado a D'Amblanc.

D'Amblanc no sabría decir cuándo había perdido la noción del tiempo. En Buzancy, los días se volvían semanas y las semanas meses, al ritmo que marcaba el estudio y la práctica con pacientes.

D'Amblanc estaba encantado. Por el día magnetizaba con Chastenet, llenaba cuadernos de notas, sonambulizaba a Jean. Sin policías, ni políticos, ni verdugos. Podía curar a una joven víctima en vez de torturarla.

D'Amblanc tardó unas semanas en reconocerlo, pero al final no tuvo más remedio que hacerlo: se sentía libre. Los dolores de las viejas heridas habían desaparecido por completo y la mirada serena de Chastenet se reflejaba en la suya, con la satisfacción de una profunda comunión de intereses.

Sólo al despertar, en los minutos que precedían al comienzo de la jornada, sentía D'Amblanc una vaga angustia, como un ligero encogimiento de estómago que no sabía a qué atribuir. La sensación se le pasaba en cuanto emprendía la actividad diaria con los pacientes y no era sino un remoto recuerdo al final del día, pero al amanecer volvía a aparecer. Pidió a Chastenet que lo sonambulizara y le fue bien. Pero la angustia no desapareció del todo.

Entretanto llegaba el verano: flores, fruta y baños en el gran estanque que había frente a la casa, y sesiones más largas de magnetización colectiva en torno al gran árbol del parque.

«Curar a la gente es mejor que decapitarla.» Era la máxima que Chastenet se repetía a sí mismo y que habría hecho grabar en la fachada de su casa si eso no lo hubiera comprometido ante la autoridad republicana. D'Amblanc observaba al joven Jean y se congratulaba de haberlo llevado allí, a aquel lugar de paz, donde estaba a salvo y nada podía dañarlo. Con todo, sospechaba que el malestar que lo atormentaba al despertar guardaba relación con él, con su destino y con lo que representaba.

Una noche de finales de julio, poco antes del alba, D'Amblanc tuvo un sueño que luego no pudo recordar con precisión, aparte de las palabras y de la voz inconfundible...

*Also, mein Freund, al final del viaje habéis encontrado ihren Platz... vuestro puesto. An der rechten der guter König... a la derrecha del buen rey. Ein wundertätiger König... Un rey taumaturgo que curra a sus fieles súbditos.*

Buscabais un camino y habéis encontrado *einen Führer*... un guía, sí. *Keine Wunden, kein Krieg, kein kranko*. ¿Es ésta vuestra *Revolution*? Parra eso no teníais necesidad de dejarme. No había necesidad de cortarle la cabeza al rey de Francia.

Cantó el gallo. Un quiquiriquí agudo inmediatamente ahogado, lúgubre. D'Amblanc se despertó sobresaltado, sintiendo un encogimiento de estómago más fuerte de lo habitual, y con la voz de Mesmer aún resonándole en la cabeza. Hundió la cabeza en la palangana, se vistió de prisa y bajó a buscar al amo de la casa, pasando junto a la servidumbre que cuchicheaba. Debía de haber ocurrido algo. La puerta del despacho de Chastenet estaba abierta y él de pie, envuelto en una larga bata oriental, junto a la ventana, leyendo una carta.

—Robespierre y Saint-Just han sido ajusticiados —dijo en tono grave.

D'Amblanc tardó unos instantes en imaginarse la escena y asimilarla. Dos hombres, uno de ellos muy joven, de pie junto a la guillotina. Luego, sus cuellos en el agujero. La cuchilla que cae. Las cabezas cercenadas que caen en el cesto.

—Robespierre... —murmuró, sin dar crédito a lo que oía.

¿Es ésta vuestra *Revolution*?, repitió Mesmer en su cabeza.

Tuvo que sentarse. La noticia había estremecido el muro de sus intenciones, que seguía allí, pero como si se hubiera desmoronado y hubiera que levantarlo de nuevo.

—¿Cómo es posible? —murmuró.

Chastenet miró por la ventana.

—Era de esperar. Han tirado demasiado de la cuerda. Creo que en el fondo era el fin que buscaban. El único con el que podían estar a la altura de sus ideales.

D'Amblanc tuvo que hacer un esfuerzo para seguir aquel razonamiento.

—¿Qué queréis decir?

—Ahora son mártires de la revolución —prosiguió Chastenet—. Como Marat, como Danton, como Hébert...

D'Amblanc desechó aquellas palabras moviendo la cabeza.

—He de regresar a París —pudo decir.

Chastenet se volvió a él.

—¿Por qué? Nada tenéis que hacer allí.

En aquel momento D'Amblanc comprendió que había utilizado a Jean para huir, para esconderse. Había ido allí con la prueba viviente de que las teorías de Chastenet se fundaban en un axioma falso y aún no había sacado las consecuencias. Tampoco Chastenet parecía interesado en hacerlo. Después de la aparición violenta de Jean del Bosque se habían concentrado exclusivamente en devolverle el equilibrio al muchacho y estabilizar su personalidad.

*Un rey taumaturgo que curra a sus fieles súbditos.*

—A vos no os importa Jean ni lo que representa —dijo D'Amblanc.

Chastenet alzó la mano con ademán vago.

—Quiero curarlo, como vos.

D'Amblanc pareció no oírlo.

—Nunca habéis sentido curiosidad por su caso. Lo sabíais ya. Sabíais que el magnetismo puede usarse para hacer el mal, ¿verdad?

Chastenet se apoyó en el marco de la ventana y quedó envuelto en la luz matinal. Con la bata oriental, color rojo oscuro, y los rasgos de la cara difuminados, parecía el mismo Mesmer.

*Parra encontrar esto no había necesidad de cortarle la cabeza al rey de Francia.*

¿Y la de Robespierre? ¿Cuántos años tenía Saint-Just? ¿Veintisiete? Los grandes hombres no mueren en su cama. Él lo había escrito.

La voz de Chastenet conjuró los fantasmas.

—El caballero de Yvers me escribía. Antes de la revolución nos carteábamos. Me contaba sus experimentos. O por lo menos algunos.

Se dejó caer en un sillón como si quisiera hundirse y desaparecer en él.

—Enseñadme las cartas —dijo D'Amblanc.

—Las quemé hace tiempo —contestó Chastenet—. No lo creí. Y desde luego no me interesaba probar lo que afirmaba. Un hombre de ciencia, un terapeuta, debe tener una ética al servicio del Hombre. Ayudar al prójimo. Curar el cuerpo de la nación. Recuperar la armonía universal.

D'Amblanc sintió una punzada de dolor en el costado, pero se aguantó y consiguió que no se le notara.

—Yvers usaba a los campesinos como Galvani las ranas —dijo—. Y si eso es posible, no podemos ocultarlo. No podemos seguir diciendo que en lo que hacemos no hay riesgo alguno; no podemos precisamente por ética.

—Nosotros hacemos el bien y con eso basta —replicó Chastenet con

obstinación. La voz se había endurecido, pero la mirada era huidiza.

—¿Nosotros? —insistió D'Amblanc—. ¿Qué somos vos y yo? Una vez me dijisteis que los magnetistas no existen, que sólo existe el magnetismo, y que cualquiera puede ser terapeuta. No es eso lo que veo aquí. ¿Han sanado vuestros pacientes? ¿Alguno ha vivido mejor? ¿O no ha seguido necesitando vuestras magnetizaciones, y por tanto necesitándoos a vos?

Chastenet pareció acusar aquellas palabras.

—¿Tan mal os parece lo que veis? —preguntó.

Más que defenderse, parecía querer evitar el enfrentamiento.

—No —contestó D'Amblanc—. Pero no me fío.

Se le había pasado la vehemencia inicial y ahora estaba sentado hacia delante con los brazos cruzados, como si tuviera miedo de romperse en mil pedazos.

—Si volvéis a París ahora, tarde o temprano acabaréis en el patíbulo —dijo Chastenet, desconsolado—. No os vayáis. Sólo quedamos nosotros dos.

D'Amblanc se levantó, con los brazos aún cruzados en el estómago.

—No. Aún queda otra persona. —D'Amblanc se inclinó a medias—. Cuidad de Jean.

Chastenet asintió sin decir nada.

Al día siguiente, Chastenet le ofreció a D'Amblanc su calesa para que llegara al pueblo a tiempo de coger la primera diligencia de la mañana. Acudió a despedirse lo más sereno que pudo, con una caja envuelta en una tela.

—Permitidme que añada un regalo de despedida a vuestro equipaje.

Chastenet abrió el envoltorio y le mostró el contenido.

—¿El fulminador? —preguntó D'Amblanc, sorprendido.

—Yo no quiero volver a usarlo —dijo Chastenet, y señaló una carpeta que cubría la caja de madera—. Ésos son mis apuntes sobre los experimentos que he realizado con electricidad. Podéis continuarlos, si os parecen interesantes, y escribidme para contarme lo que descubris. Yo prefiero dedicarme al bien de mis pacientes.

—Gracias —dijo D'Amblanc dejando la caja junto al resto de los bultos—. Ahora me gustaría despedirme de Jean.

Fue a buscarlo al parque y lo encontró ayudando al jardinero a quitar las

malas hierbas del prado. La actividad al aire libre se consideraba saludable para todos los pacientes de Chastenet.

–Adiós, Jean. Vengo a despedirme. He de volver a París. Aquí estarás bien. Escribiré para saber de ti.

Le dirigió una sonrisa que quería ser tranquilizadora y que el muchacho no devolvió. D’Amblanc dio media vuelta y, para salir del apuro, echó a andar paseo adelante. A los pocos pasos notó que le tiraban de la manga.

–Llebadme con vos –dijo Jean.

Lo había alcanzado y lo había cogido de la chaqueta con el mismo ímpetu con el que el náufrago se agarra a una maroma.

El apuro de D’Amblanc creció hasta hacer que enrojeciera.

–No puedo. París ya no es un lugar seguro, ¿entiendes?

Los ojos del chiquillo estaban brillantes, pero no derramaban una sola lágrima. Su expresión parecía más de rabia que de amargura.

–No me dejéis aquí –suplicó.

D’Amblanc le acarició una mejilla.

–Aquí te curarán. Estarás bien.

La respuesta de Jean sonó como una sentencia.

–Estaré solo.

–No es verdad, aquí se ocuparán de ti.

–Estaré solo –repitió Jean.

D’Amblanc se soltó la manga con toda la delicadeza que pudo y se obligó a seguir adelante. Dio unos pasos y se detuvo.

¿Y yo?, pensó. ¿No estaré solo?

Se volvió a Jean.

El chiquillo estaba inmóvil en medio del prado, con la cabeza gacha, los brazos caídos.

El cochero restalló la fusta y el caballo arrancó al trote, lanzado hacia la campiña verde y dorada de la Picardía. D’Amblanc miró por última vez la gran morada de Chastenet y todo lo que encerraba. Dejaba atrás la vida con la que había soñado y estaba seguro de que era lo que debía hacer. No sabía cómo encontraría París, pero, como había dicho Carra antes de meter el cuello en el agujero, quería ver cómo acababa todo aquello. No se lo perdería por nada del mundo.

Sonrió mirando a Jean, que, encajonado entre él y el cochero, esta vez sí le

devolvió la sonrisa.

Acto cuarto  
Termidor

CONSEJOS A LOS REVOLUCIONARIOS DEL PUEBLO  
Palabras de Jean-Étienne Despréaux

Vístete, pueblo francés,  
y no cometas excesos  
como los falsos patriotas.  
No creas que ir desnudo  
te hace más virtuoso,  
y ponte esos calzones.

Distingue al hombre de bien  
del calavera, del perezoso  
y de los falsos patriotas.  
Pueblo honrado y laborioso,  
no te disfraces de harapos,  
y ponte esos calzones.

Nunca juzgues por la ropa  
al docto, al necio  
ni al buen patriota.  
Burgueses, rentistas, ricos, comerciantes,  
morirse harían a miles de artesanos  
si fueran sin calzones.

Dejad ya de imitar  
al popular charlatán  
que engaña al patriota.  
Dios creó la industria y las manos  
para vivir los humanos  
y comprarse calzones.

Defended los derechos del hombre  
mas sin saltaros la ley  
y siendo buenos patriotas.

Ciudadanos, con mil perdones,  
esconded lo que se ha de esconder,  
y poneos esos calzones.

## ESCENA PRIMERA

Todo vale

*Agosto-septiembre de 1794 (fructidor del año II)*

1

«Que peleen con rabia.»

Léo leyó la frase, agarró una esquina del cartel mal pegada a la pared y arrancó una tira, y con ella el deseo con el que siempre concluían los anuncios de combates.

«Que peleen con rabia.»

Peleas de animales, no de seres humanos. Dogos contra lobos contra jabalíes.

El campeón más aclamado era un bruto llamado Clodoveo que, según se decía, había doblegado nada menos que a un tigre. Tanta gente acudía a ver sus peleas que éstas se organizaban en un coso de madera que se reservaba para los grandes acontecimientos, como eran las fiestas de guardar o las corridas de toros a la usanza española.

Furioso, Léo hizo una bola con el papel, la tiró al suelo y de una patada la envió a un charco. Escupió el ácido que notaba en la garganta, para conjurar el mal de ojo de aquellas ominosas palabras.

«Que peleen con rabia.»

Diputados y concejales clamaban una semana sí y otra también contra el circo de la puerta de Pantin, llamada por todos «de los combates». Unos se escandalizaban porque destripaban a un perro y otros se imponían el deber de educar al pueblo. A Léo le importaban un comino unos y otros, pero aquella tarde, desde luego, no deseaba que su adversario luchara con rabia.

El patio estaba en el número 9, en la calle del Granero de las Majas, junto a la granja que daba nombre a la calle, pues hacía tiempo que en lugar de trigo albergaba prostitutas.

Era la palestra de las grandes ocasiones, aunque las peleas de bípedos

fueran menos populares que las de cuadrúpedos.

Los espectadores estaban ya esperando: las dos primeras filas de pie, en torno a un cuadrado trazado en el suelo con un bastón y con cuatro sacos de serrín en las esquinas, y detrás de ellas, sentados en carros y carretas, chiquillos, vagabundos y demás gentes que no tenían dinero para apostar. En las ventanas, acodadas en las repisas, las furcias del edificio, y en los tejados, más bípedos, éstos con plumas.

Un rumor creciente saludó la llegada de Léo. El público de los combates empezaba a reconocerlo. Su presencia era garantía de espectáculo, buena técnica y encuentros prolongados, inciertos, en los que el público podía divertirse afinando las apuestas en todo momento. Bernard el Rana le ordenó que calentara.

La atención de Léo se dirigía a la docena de lechuguinos que tenía enfrente. El tufo que desprendían apestaba el aire, pero no iban vestidos con la ostentación habitual. Llevaban ropas más cómodas, menos vistosas, aunque su campeón no había renunciado a ponerse unos lazos tricolores debajo de la rodilla, en el ribete de unos calzones del color blanco de la monarquía. Y algunos llevaban en las solapas efigies de Robespierre boca abajo.

«Que luchen con rabia», se dijo Léo, mientras Bernard el Rana comprobaba que el adversario no llevara encima cuchillas ni otras armas y los ayudantes de éste hacían lo mismo con él.

Los espectadores urgieron el comienzo del combate con voces, gritos y palmas acompasadas.

Léo distendió los músculos de brazos y piernas delante de Bernard, que se limitó a susurrarle:

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

Léo levantó la mano para indicar que estaba listo. Soncourt hizo lo mismo y todo el mundo enmudeció.

—¡Adelante! —exclamó una voz.

Los dos luchadores ocuparon el centro del cuadrilátero, moviendo ágilmente las rodillas, como compases que buscan la medida correcta.

En cuanto tuvo al otro a tiro, Léo le lanzó una patada baja a la tibia, aunque sin echar el tronco hacia atrás. Soncourt, buen luchador como era, detuvo la patada con la suela del zapato y con la otra pierna intentó alcanzar el blanco

que el adversario le ofrecía: la cabeza. Fue una patada bien lanzada. Léo consiguió pararla con el brazo y sujetarle la pierna por el tobillo un instante.

Instante que aprovechó para propinarle un fuerte puntapié en sus partes.

El público gritó, asombrado. La respuesta canónica en aquellos casos era echar una zancadilla al pie de apoyo, para ridiculizar al adversario y recrudecer la lucha. Pero Léo no tenía intención de recrudecer nada. Agarró la cabeza de Soncourt, que se había doblado hacia delante sujetándose sus partes, y le soltó un rodillazo en la nariz.

Soncourt se le echó encima y cayeron al suelo. Léo se levantó. Soncourt siguió por tierra, con las manos en sus partes y la nariz reventada echando sangre.

Los suyos acudieron en su ayuda, quisieron ponerlo en pie, pero el hombre, mareado, tuvo que arrodillarse. Los ayudantes lo sacaron a rastras del cuadrilátero.

El combate había concluido.

El asombro del público fue en aumento hasta que se convirtió en un rumor de decepción.

*Coitus interruptus*: unos no habían podido ni apostar, otros apenas habían tenido tiempo de comprarse una cerveza.

Por suerte los combates que tenían lugar en los patios eran gratis, a diferencia de los del coso. Si no, no habría faltado quien exigiera que le devolvieran el dinero.

Los muscadinos rodeaban a su campeón gritando como verduleras. Insultaban al italiano de mierda y a su pueblo de timadores, lanzaban amenazas de venganza, escupitajos.

Léo les dio la espalda y bebió un trago de aguardiente.

—¡La pelea queda anulada! —exclamó uno de los pisaverdes, en tono de abogadillo.

Un coro de voces dieron su aprobación.

—¡Eso!

—¡Bien dicho!

—¡Que se repita!

—¡He perdido unos cuartos, mecachis!

—¡Y un cojón! —se oponían otros, y ya se formaba en torno a Bernard el Rana un corro de gente que protestaba y amenazaba. Bernard, impasible,

permanecía sentado en su butaca contando las ganancias y Léo, protegido por los que habían apostado por él, bebía a la salud del gran derrotado.

Los jóvenes muscadinos, repuestos del desconcierto, dejaron de chillar y, en formación compacta, fueron a protestar ante el organizador del combate. Pero como la multitud les impedía llegar hasta él, empezaron a abrirse paso a bastonazos.

Entonces Bernard el Rana decidió levantarse. La gente le abrió pasillo como si fuera una novia y así llegó al centro del patio, donde la sangre de Soncourt empapaba la tierra.

—Pedimos la anulación del combate —le dijo el que más olía a almizcle, cuando lo tuvo delante.

—Y que nos devuelvan el dine’o —añadió un compadre, un palmo más bajo.

—Mi hombre ha ganado, el vuestro ha perdido —los acalló Bernard—. ¿Qué mosca os ha picado?

—Un homb’e no gana con una patada en los cataplínes —protestó el otro—. Eso es de coba’des.

—¿Dónde creéis que estáis?, ¿en Londres? Aquí no hay golpes prohibidos.

El petimetre se volvió a su gente.

—¿Oís, compad’es? No hay golpes p’ohibidos.

—Bueno es sabe’lo —comentó uno del grupo guiñando el ojo, y enarboló el bastón. Los demás lo imitaron con aire amenazante.

Léo observaba la escena reanimado por el alcohol. Los muscadinos iban en serio, pero cuando su jefecillo se volvió de nuevo a Bernard, se halló con el cañón de una pistola apuntándole a la boca.

El apestoso tragó saliva. Enardecido por la superioridad numérica, tuvo valor para decir:

—Sólo tienes una bala.

—Toda para ti —dijo Bernard sin pestañear.

En el silencio que siguió, el cabecilla de los pisaverdes hizo su composición de lugar.

—¡Que luchen con rabia! —dijo Léo con ironía, brindando en solitario, botella en alto.

Pero aquella tarde no tenían suerte los amantes de los duelos espectaculares, y los muscadinos, para rematarla debidamente, decidieron batirse en retirada, sin obligar a Bernard a apretar el gatillo.

La carroza bajaba lentamente por la calle de San Jaime. Los flancos de la vía estaban invadidos por puestos de venta ambulantes, poco más que mantas tendidas en el suelo, y el espacio para los coches era muy reducido.

D'Amblanc observaba estupefacto aquel batiburrillo de mercancías. No había criterio ni oficio reconocible. El que a primera vista parecía un vinatero vendía, junto con unas cuantas botellas de vino, piezas de cuero, leña y un saco de harina. Un hortelano ofrecía retales, un carbonero pregonaba las bondades de sus bizcochos, mientras su mujer rascaba la herrumbre de un montón de herramientas de carpintero.

Después de tres meses fuera de París, D'Amblanc aún se sorprendía al ver aquellas ferias improvisadas. Al principio, recién llegado de Soissons, se había dejado engañar: era como si la muerte de Robespierre hubiera solucionado de golpe los problemas de aprovisionamiento de la capital. Pero, dos días después, paseando por su barrio, se dio cuenta del truco. No era ningún milagro: el mercado negro se volvía blanco y los acaparadores salían de sus madrigueras porque la afilada espada de la ley ya no pendía sobre sus cabezas.

En realidad, el vientre de los parisinos no estaba más lleno que antes. Seguía habiendo largas y animadas colas en las carnicerías, el pan se compraba con cartilla y la sal estaba racionada. En sus paseos ya había tenido D'Amblanc que atender un par de veces a varios ciudadanos que se desmayaban en plena calle por inanición.

Una tarde, mientras atendía a un anciano, se le acercaron cinco sujetos con pinta de chulos y le dijeron que lo dejara, porque era un conocido borracho que se embriagaba con el mejor vino mientras comía fricasé, rollitos y piña tropical. Iban muy atildados, con el cabello ondulado y cubierto de polvos, y llevaban pañuelos de seda al cuello, solapas y camisas de colores chillones, lazos en las rodillas, zapatos de tacón, guantes de piel y bastones de paseo nudosos. Y hablaban sin pronunciar la erre.

—¡Inc'eible, ot'o bo'acho! —decían con voz aguda y risas destempladas, celebrando la genial ironía de reprocharle a un muerto de hambre que se diera banquetes.

D'Amblanc no recordaba haber visto a gente vestida de aquel modo más

que en el Palacio de la Igualdad, pero en poco tiempo habían invadido las calles como si hubieran estado escondidos esperando una señal convenida.

El doctor vio a unos cuantos en la puerta de la iglesia de San Dimas. Uno de ellos, subido a una escalera que los demás le sostenían, y armado con una maza, borraba a martillazos la inscripción que se leía encima del arquitrabe: «El pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma». Al mismo tiempo, ese pueblo francés, al que cada vez se veía menos, levantaba la vista, atraído por el ruido, y luego la bajaba indiferente, para dedicarse, si podía, al juego más de moda: arrancar de las paredes cachos de cartel firmados por personas a las que habían decapitado. Un Brissot se cambiaba por tres Saint-Just; un Danton, por cuatro Hébert.

Otro grupo de peripuestos suprimía de la pared de un edificio, a golpe de escalpelo, las palabras «o la muerte» que seguía a la tríada «Libertad, Igualdad, Fraternidad». Un poco más allá se leía una pintada reciente, en letras rojas, que decía:

¡LLEGA EL EJÉRCITO DE LOS SONÁMBULOS!

D'Amblanc se preguntó qué significaba aquella advertencia. ¿Era una crítica por el cariz que estaba tomando la revolución?

El coche dio un frenazo y tuvo que apartarse para dejar paso a dos vehículos que venían en sentido contrario. También el número de éstos era algo nuevo en la nueva París: circulaban más y los ricos volvían a usarlos para cortos desplazamientos, porque así se distinguían del vulgo.

No era el caso de D'Amblanc, que había alquilado el suyo para visitar un lugar en las afueras de la ciudad al que no se podía llegar a pie.

El hospital de locos de Bicêtre.

Unos días antes, al volver a París, había encontrado una carta del doctor Pinel, fechada según el antiguo calendario el 9 de abril de 1794. El colega, médico estimado y muy atento, le pedía consejo sobre el caso de un alienado que parecía capaz de controlar la voluntad de los demás internos incluso a distancia. Por las palabras del remitente, no se sabía si aquella *distancia* había que entenderla en sentido espacial, es decir, desde lejos; en sentido temporal, es decir, con efecto retardado, o en ambos sentidos. Sea como fuere, D'Amblanc se había apresurado a preparar el breve viaje. Había dejado a Jean en la posada vecina pelando verduras con la cocinera, y esperaba que el muchacho salvaje no eligiera aquella tarde para hacer una de sus escapadas.

–Por desgracia, el hombre del que os hablaba ya no está aquí.

Philippe Pinel se acomodó en el asiento, ordenó unos folios golpeándolos un par de veces en la mesa, los giró y se los puso al colega delante de los ojos.

D’Amblanc leyó el encabezamiento.

#### AUGUSTE LAPLACE

Nacido en Aurillac el 18 de marzo de 1752, de profesión artista.

Ingresado como interno el 26 de enero de 1793.

Dado de alta por fuga el 10 de termidor del año II.

–Se escapó, como ve. Y de una manera curiosa. Los vigilantes lo dejaron pasar creyendo que era... yo.

–¿Vos?

–Sí, yo. Y os aseguro que ningún disfraz puede haber engañado a esos hombres, que me ven más a menudo que mi mujer.

–¿Creéis que usó el magnetismo?

–Ésa es una pregunta que preferiría haceros yo. Como sabéis, no soy un admirador de las doctrinas de Mesmer. Lo practiqué con un discípulo suyo cuando estaba de moda y no saqué en claro más que alguna que otra cita galante.

D’Amblanc torció el gesto ante el cliché del magnetista seductor. Pensó en los esfuerzos que había hecho para no confirmarlo. Pensó en la nuca y en los hombros de la señora Girard...

–Sea como sea –continuó Pinel–, es evidente que Auguste Laplace tiene un poder de sugestión fuera de lo común, se deba o no al fluido universal.

D’Amblanc cogió lápiz y cuaderno, escribió dos líneas de apuntes y pidió a Pinel que le aclarara lo del control a distancia. Pinel le explicó que los alienados actuaban bajo el evidente influjo de Laplace incluso en ausencia de éste. Comparó sus órdenes con artefactos que, colocados en el alma de otra persona, podían explotar días después, como activados por una chispa invisible. Expuso luego los hechos destacados que había observado o que le habían contado, e invitó al colega a que leyera el expediente del alienado, donde encontraría otros pormenores.

D’Amblanc se fijó de nuevo en el encabezamiento:

AUGUSTE LAPLACE

nacido en Aurillac el 18 de marzo de 1752, de profesión...

Aurillac.

D'Amblanc dio un golpecito con el índice sobre el nombre.

Aurillac. En el Macizo Central. En Auvernia.

—¿Ocurre algo, ciudadano? —preguntó Pinel.

O, mejor dicho, en lo que antes de la revolución era la provincia de Auvernia y ahora estaba dividido en los departamentos de Puy-de-Dôme y de Cantal.

Departamento de Cantal. Capital: Aurillac.

Donde D'Amblanc y su escolta iban a llevar al cura Clément para entregarlo a la justicia.

—Ciudadano...

Clément, que había abusado de una muchacha estando ésta sonámbula, un estado que se manifestaba de manera recurrente años después de haber recibido curas magnéticas.

*A distancia.*

Aurillac, lugar de nacimiento de Auguste Laplace.

Un loco. Auvernés. Experto en control *a distancia*.

D'Amblanc pensó en Jean del Bosque. Primero huérfano. Luego noble. Luego su benefactor se había ido a París. Unos días después, Jean se había vuelto un salvaje.

Unos días después.

A distancia temporal y espacial.

Una orden que estalla en la cabeza como si fuera un artefacto.

Sintió en el paladar una sequedad como de polvo. Tragó saliva con trabajo.

—Y el tal Auguste Laplace —preguntó—, ¿llevaba un certificado de civismo en el que constara su identidad?

—En el expediente no figura su identidad —contestó Pinel, con la frente fruncida—. Pero los internos como él entran con una simple solicitud de ingreso firmado por un médico.

D'Amblanc preguntó si podía ver la solicitud de ingreso del ciudadano Laplace.

—Porque el caso que me describís —añadió— me recuerda el de un auvernés, el caballero de Yvers, que era capaz de condicionar a los individuos contra su

voluntad e incluso a distancia. Sólo sé que vino a París cuando se convocaron los estados generales. No era un loco, pero podría haberse refugiado en un manicomio.

–Desde luego, no era un alienado como los demás –reconoció Pinel, y se levantó–. Llamaré al gobernador Pussin –dijo abriendo la puerta.

Sus pasos apresurados resonaron en el pasillo.

Orphée d’Amblanc se zambulló en la lectura del expediente de Auguste Laplace.

### 3

La penumbra que reinaba en el interior hacía que el viejo almacén semejara la bodega de un barco. El hombre de negro, que ya no se hacía llamar Laplace, siguió con los ojos a La Corneille, que, andando a saltitos, recorría el perímetro encendiendo los candelabros con un cabo de vela. La luz era importante. Su butaca era el único punto iluminado del cuarto. En una silla de paja, más abajo, entre él y el público, estaba sentado Malaprez. El bruto rubio estaba tranquilo, con los brazos en los muslos y la espalda arqueada. Miraba al frente y respiraba ruidosamente.

Ahora que la luz de las velas proyectaba sombras alargadas en las paredes, el caballero de Yvers pensó que quien entrara tendría la impresión de penetrar en la cripta de una iglesia antigua.

Esto también era un efecto estudiado. El misterio, el sacramento que se verificaba guardaba relación con un nuevo orden mundial.

Como era el tiempo de la Gran Parodia, los primeros guerreros contra la barbarie de la igualdad no podían surgir sino de la misma espuma, de las mismas aguas residuales de los jacobinos.

La hez hizo su entrada. La Corneille debía de haberlos aleccionado, porque muscadinos y demás desechos de la burguesía se movían con cuidado, circunspectos, como si se hubieran dejado la arrogancia en la puerta de la gruta iniciática. Aquellos ejemplares exhibían su típica indumentaria pomposa y ridícula. Saludaban y se sentaban, miraban a los lados, susurraban sin parar, pero con formalidad y compostura. Parecían feligreses de una iglesia rural esperando que empezara la misa.

La escenografía, con ser simple, funcionaba. Todo poder requiere una

forma de gloria, un aparato teatral, trompetas, dorados y estucos. Como lo eran las bañeras, las armónicas de cristal y las convulsiones cuando el mesmerismo estaba de moda. La penumbra, las luces, la perspectiva, el ambiente místico, como embrujado: los elementos propios del decorado de aquellos días convulsos.

Una vez, en la catedral de Chartres, Yvers tuvo una conversación con un viejo cura. Había recorrido el laberinto del pavimento de la nave central observando pinturas y vidrieras. El cura se le había acercado y lo había invitado a mirar una cosa que llamaba poco la atención. Había señalado con el dedo una sección oscura. Una pléthora de figuras antiguas, bajorrelieves románicos. Insignificantes comparados con el esplendor de otros motivos: éxtasis de santos, los sufrimientos del Salvador... Pero el cura señaló la figura de un acróbata, un saltimbanqui. Se sostenía con los antebrazos y las palmas de las manos y miraba al observador, enarcando el cuerpo de manera que se tocaba la cabeza con los pies. Visto desde otra perspectiva, el hombre podía inscribirse en un círculo. Era un uróboros humano.

El anciano cura le pidió que reflexionara sobre el sentido de aquello y que tuviera presente que el contorsionista representaba la perfección. La condición de quien vive plenamente en la gracia y la de la Jerusalén celestial.

Ahora Yvers comprendía que aquel acróbata parecía dar una instrucción directa. La condición de los cuerpos que no son guiados por una voluntad pura y férrea no era propiamente humana. Si el hombre es la imagen de Dios, entonces el hombre verdadero debe tender a la perfección. Quien no lo hace voluntariamente, sólo sirve como instrumento y no se diferencia de un animal, salvaje o doméstico. Además, la perfección gimnástica del acróbata encerraba una profecía. La postura aludía a un ciclo, a una revolución, a algo que se completaba. La quietud, la inercia de la piedra transmitía a la vez una sensación de equilibrio y de movimiento.

Ahora los pies se hallaban por encima de la cabeza y había que tratar con los instrumentos que el destino le deparaba: los repulsivos y prometedores ejemplares de muscadinos que La Corneille había captado.

De toda la prole monstruosa que la revolución había engendrado, los más interesantes eran aquellos hijos frustrados, pensó Yvers. No se sabe qué le reprochaban a sus padres. Haber creído que podían vivir sin soberanos y haber acabado pobres por eso. Eran hijos de artesanos y de comerciantes, algunos quizá de funcionarios.

Eres tapicero o ebanista o tratante en vino y queso y te ves superado, o amenazado, por cualquier miserable que cree que ha encontrado la voz porque se gritan consignas. No se había hablado de esto cuando se charlaba de virtudes republicanas.

Y si eres funcionario, que no toquen el uniforme. Al principio consientes, pero esta gente quiere gozar de los mismos placeres que tú, del mismo vino y queso y joder más veces, y descubres que *tú eres tú porque eres distinto de ellos*. ¿Igualdad de los placeres? Ni hablar.

O quizá has perdido a uno de los tuyos, a un hermano, en el frente, por defender vuestra patria, la patria de *ellos*. Todo poder necesita gloria, por cierto, sobre todo si se trata de un poder ilegítimo. El sacrificio humano es el culmen de esa gloria. Crees en las sirenas, oyes sus voces y te dejas engatusar por un canto ambiguo, y como oyes hablar de razón, te las echas de mono racional porque confías que eso te conviene. Pero en situaciones como ésta, querido muscadino, sólo prosperan los delincuentes, los verdaderos, los que lo son por vocación. Pero además de vocación han de tener otras dotes, y por eso la revolución ha beneficiado a unos pocos. Todos los demás están frustrados, listos para pasarse a la reacción.

Yvers estudió al más eminente de los allí reunidos, mientras La Corneille gastaba saliva recitando un parlamento introductorio.

La indumentaria del muscadino reflejaba decepción, rencor, una burda utopía. El olor de meretriz, olor de un malestar que era como una herida. La herida que supuraba, Francia, empeñada en un loco intento de higiene. Montones de cabezas, máscaras que hacían muecas, y aquellos muscadinos, héroes propios de la época, Juventud Dorada, Muchachos-gloria, Increíbles, Maravillosos, chusma de apariencia vistosa. Gusanos que bullían dentro de sus heridas. Así era aquella idea de nobleza que tenían aquellos hijos frustrados. Una parodia. La facción perdedora, la de los revolucionarios, la de los demócratas, ahora que los hombres sobresalientes habían sido sacrificados, debían cuidarse de no imitar a una nobleza decaída, moribunda, que decían que encarnaba una reacción.

Yvers debía, o mejor, quería, por necesidad teatral, fijarles fines y objetivos a los jefes de los muscadinos, trazar una estrategia, como si existiera una más allá del experimento, de la prueba a la que pronto serían sometidos.

Sin embargo, antes de pensar en una estrategia, se necesitaba una tropa de

asalto. Inducir a un gran número de personas a que abduquen de su voluntad es algo que sólo puede conseguirse con la debida retórica, pero sobre todo si la idea impulsora es verdadera. Los muscadinos nada tenían que ver con la idea de orden que había representado el antiguo régimen, incluso en sus días más viles. Ellos eran la revolución: la quintaesencia de la insensatez, de la locura. La agresividad y el victimismo los convertían en carne de cañón providencial. Progenie imperfecta, sus acciones disparatadas cobrarían sentido dentro de una Visión. ¿Qué otra cosa es una redención, sino eso?

Y la estrategia que propondría era ésta: atacar el depósito del pueblo, el útero que había parido a tanto revolucionarios, el origen del escándalo de la igualdad, que no conviene a nadie, como todo buen muscadino sabe y demuestra que sabe. Pero no secciones ni lugares de encuentros políticos: golpear donde la chusma vive.

La palabra «chusma» hizo gracia a los muscadinos. «¡Sí, a la maldita chusma, 'ecó'cholis!»

–Esto es lo que haremos.

Yvers se levanta y el auditorio enmudece, tranquilizado por el vino. Se dirige con paso estudiado a Malaprez, hace un gesto delante de su cara y susurra unas palabras inaudibles.

Malaprez dice que sí con la cabeza y se levanta también.

La Corneille se acerca a saltitos esgrimiendo un bastón, con una luz fría e infantil en los ojos.

Descarga un golpe en los riñones de Malaprez y luego otro en las costillas, secos, sonoros. Empieza a golpearlo en las piernas, hasta que el hombre de negro le hace señas de que pare.

Malaprez está impasible.

El hombre de negro mira a los presentes. Escoria. Magnífica gentuza. Lo han entendido. La invencibilidad, aunque sea imperfecta, aunque sea sólo aparente, aunque sea simple insensibilidad al dolor, los atrae, los cautiva.

La Corneille estrecha manos, se descorcha una botella. Estos cabecillas, estos señoritos pendencieros, están preparados para cubrirse de gloria.

No acababa el reloj de pared de dar los toques cuando ya las operarias se dirigían a la salida en medio de un rumor de cháchara y de expresiones de alivio. Cuando oyó que la llamaban desde la puerta del cuarto en el que el patrón se pasaba el día haciendo cuentas, Marie tuvo un mal presentimiento. Cogió su bolsa y fue con Duval a aquel cuarto que olía a cerrado.

La única silla que había era la que él ocupaba, ante una mesa carcomida. Marie se quedó de pie mirando aquel rostro seco, sin edad. Como siempre, los ojuelos del hombre la observaron de arriba abajo mientras movía la cabeza como asintiendo a algo que pensaba para sus adentros.

–Se acabó lo que se daba –dijo en tono complacido.

Marie lo miró sin entender.

La cabeza volvió a oscilar.

–Me he informado sobre ti, Marie Nozière. Tengo algunos amigos en el comité de seguridad general. Eres una exaltada, amiga de contrarrevolucionarias. Vives en casa de una de ellas, que se pudre en la cárcel. –Tamborileó con los dedos en la mesa–. Así que eres una de esas que querían ponerse pantalones y combatir como los hombres.

Se levantó, dominando a Marie con toda su altura, y se pasó la mano por el vientre. Se acercó al ventanuco por el que entraba la luz que iluminaba el cuarto. Marie notó el olor a sudor rancio que desprendía el sombrero que el patrón nunca se quitaba. Dejó vagar la mirada como si quisiera evadirse de aquel recinto angosto. Vio un tintero con una pluma de oca despeluchada; una pila de folios grasientos; un tampón; un libro de contabilidad en un estante; una cucaracha que trepaba por el zócalo...

–Espero que no se te ocurra poner a las mujeres contra mí –dijo Duval–, por tu bien. No quiero problemas con vosotras.

El destello que Marie advirtió en sus ojos no le gustó nada. Debía irse de allí, pero por alguna razón no conseguía hacerlo, se sentía bloqueada, era el peso de un recuerdo que pugnaba por salir del pozo en el que yacía hacía años.

–Mira –dijo Duval señalando el cristal sucio.

Marie se asomó.

Fuera, en el callejón, había tres hombres. Hablaban, con largas pipas en la boca y cara torva de malhechor.

–Son mis agentes –dijo Duval con un guiño. Marie no entendió a qué se

refería, pero siguió callada—. Míralos bien. Si das problemas, les diré que te den un repaso. No se andan con chiquitas, ¿sabes?

Marie sintió que el estómago se le encogía. A duras penas contuvo las ganas de vomitar. La voz seguía sin salirle, el recuerdo había llegado a la superficie y empezaba a ocupar su mente.

—O puedes vértelas conmigo —añadió Duval deslizándose a sus espaldas—. Yo seré más amable que ellos.

Era joven, jovencísima, y estaba sola, como ahora. También entonces era un cuarto pequeño. Un trastero. Poca luz, olores fuertes, una sensación de sofoco. Muchas veces el amo ya estaba allí, esperándola, o le ordenaba que entrara y él entraba detrás. Podía ocurrir en cualquier momento, cuando a él le apeteciera. Los demás sirvientes lo sabían o lo sospechaban, pero disimulaban, resignados como ella. Y había pagado el precio más alto: una vida no deseada que crecía en su vientre, el alejamiento, el encierro en un convento, en una ciudad enorme que la asustaba.

Duval se le pegó por detrás y le cogió con fuerza los pechos.

Las manos del amo, que dejaban sin aire, sin espacio, sin ganas de vivir. Duval dobló un poco las rodillas y empujó con las caderas.

Marie reaccionó. Le propinó un codazo en el estómago y se volvió de golpe. Era mucho más alto que ella y lo tenía encima. Duval soltó un exabrupto y, sujetándole los brazos, la empujó contra la ventana y empezó a levantarle la falda. Marie le mordió en el hombro como si fuera un perro rabioso, notando cómo los dientes atravesaban la tela de la camisa y se clavaban en la carne. Duval empezó a gruñir y tuvo que ceder, lo que aprovechó Marie para escaparse por debajo de sus piernas. Duval la asió del pelo y la golpeó contra la mesa. Marie cogió el tintero y se lo estrelló en la cabeza. La tinta cubrió la cara crispada de Duval, cegándole un ojo, pero el corpachón del hombre seguía ocupando toda la puerta.

Marie le soltó una patada en la entrepierna, con su zueco de madera.

Duval se acuclilló, profiriendo maldiciones. La mirada de Marie recayó en su bolsa, que había caído al suelo. La cogió, sacó las agujas de coser y empuñó éstas de manera que sobresalían por entre los dedos. Duval se las encontró apuntándole al ojo sano. El jadear de Marie hacía que oscilaran un poco y le produjeran pequeños arañazos en el pómulo. Duval se quedó quieto

y ella pudo pasar por encima de él y dirigirse a la puerta. El hombre escupió un buche de saliva, sangre y tinta.

–Te mato, maldita puta... –dijo entre dientes, sin quitarse la mano de sus partes.

Marie oyó aquellas palabras y se dio cuenta de que no le importaba. Los días de sierva se habían acabado para siempre. Sería así aunque fuera el fin. Esto le daba una fuerza que nadie podía quitarle y sabía que Duval se la veía en la cara.

Agarró la bolsa y, armada aún con las agujas, salió de la fábrica de botones para no volver nunca más.

Pasó junto a los tres matones a los que Duval la había amenazado con entregarla. Llegó a paso ligero hasta el cruce y cuando torció la esquina no pudo evitar vomitar. Tuvo que apoyarse en la pared para no caerse. Las piernas no querían sostenerla, pero las obligó a hacerlo.

No había dicho una sola palabra. Ni había gritado. Como no lo hacía en el trastero, tantos años atrás. Pero ahora era otro amo. Y ella también era otra.

## 5

La carne de cerdo se doraba sobre las brasas y las gotas de grasa producían pequeñas llamaradas.

El reloj de San Palpano marcaba las cuatro, pero Bernard el Rana no dormía. Inclinado ante el fuego, daba vueltas al asador pensando en la última vez que había asado una carne como aquélla. Fue cuando aún vivía su mujer. Adèle dormía en otro cuarto. No había querido despertarla a aquellas horas de la noche y había preferido arreglarse con las ascuas.

Aquella noche había tenido suerte. Aún no eran muchos en la cola del carbón –Bernard, cuatro comadres y un viejo chocho– cuando había visto salir del callejón a un sujeto que miraba a los lados con aire furtivo. Llevaba algo auestas. En otro momento habría parecido un asesino en busca de un lugar donde esconder el cadáver de su víctima, pero, vista la situación de los últimos meses, nadie había dudado: era un carnicero que, puesto de acuerdo con algún sinvergüenza, le llevaba a casa un cochinillo en vez de llevarlo al mercado y venderlo al precio establecido.

Seguirlo y acorralarlo había sido fácil, pero entonces el tipo, dejando el

cochinillo detrás, había sacado un bastón dispuesto a defenderlo, bastón que, sin embargo, no le había servido para rechazar las patadas y el famoso «golpe de la rana» de Bernard, al que éste debía el sobrenombre y que consistía en apoyarse con las dos manos en el suelo y lanzar las piernas con fuerza contra la cara y el pecho del adversario. Era un golpe más propio de asnos que de ranas, pero el prestigio del luchador había evitado que lo compararan con un burro.

El carnicero había acabado de bruces en el suelo junto a su querido cochinillo. Bernard había pedido entonces a los presentes un cuchillo y había troceado al animal allí mismo, quedándose con la parte del león. Ni el viejo ni las mujeres protestaron.

Cuando llegó a casa, y antes de volver a la cama, había decidido prepararse un tentempié como Dios manda, que no fuera de pan y cebolla.

Ya estaba casi asada la carne. Bernard lo comprobó con un tenedor. Cuando buscaba un cuchillo para cortar un trozo y probarlo, oyó pasos pesados por la escalera exterior, y como siempre hacía en aquellos casos, cogió el candelabro y fue a asomarse a la puerta.

Un hombre chorreando agua, con el pelo pegado a la frente y los zapatos llenos de barro, bajaba a la planta baja. Se volvió hacia la luz y Bernard lo reconoció.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó.

—Que me he bañado en el Sena —contestó Léo tiritando de frío.

—¿Para que se te pasara la borrachera?

—Para que no me mataran.

Bernard levantó el candelabro por encima de la cabeza y miró mejor al italiano. Temblaba como un trapo tendido en un día de viento.

—Entra y quítate esa ropa —le dijo—. Hay fuego encendido.

Mientras Léo se desvestía y escurría la ropa en el rellano para no mojar el cuarto, Bernard le lanzó una manta. Retiró la carne del fuego y avivó éste con las últimas ramitas que quedaban en el cajón.

Léo acercó una silla a la chimenea y se acurrucó en ella como una paloma mojada, tapado hasta las sienes. Tosió y escupió en el suelo, por no hacerlo en la chimenea y apagar la tímida llama que al menos daba una impresión de calor. Bernard el Rana le pasó un buen trozo de carne pinchado en un tenedor.

—Los amigos de Soncourt —explicó Léo masticando—. Estaban esperándome

en la puerta de San Martín.

—¿Toda la panda? —preguntó Bernard.

—Unos diez. Con palos y cuchillos. He intentado escapar por las callejuelas del barrio, pero cada vez que doblaba una esquina me topaba con más. Al final me he escabullido por el puente de Nuestra Señora.

—¿Y te has escondido debajo?

—No, lo he seguido. La mitad venía detrás y la otra mitad ha cruzado por el puente del Cambio para esperarme en la otra orilla. Me he visto entre dos fuegos. Me he salvado lanzándome al agua. Si supiera nadar, habría sido la fuga perfecta. Pero casi me ahogo. —El recuerdo del choque con el agua del río le produjo un escalofrío—. ¿No tendrías un poco de vino? —preguntó al amo de la casa.

Bernard abrió el aparador y le sirvió medio vaso de vino tinto. Luego se sentó delante del fuego, como si tuviera que reflexionar sobre algún oscuro dilema.

—Es por lo de Soncourt —dijo Léo en tono amargo, antes de beberse el vino.

Bernard puso una expresión torva, acentuada por las sombras que el fuego proyectaba en su rostro.

—Las cosas han cambiado. Habrían cambiado aunque no hubieras apaleado a Soncourt. Ahora que se han cargado al gato, las ratas salen de las cloacas y campan por sus respetos. Esa gente quiere tomar la calle. Y tú estás en la calle.

Léo tuvo que reprimir la rabia y la frustración que le subían por la garganta.

—¿Qué tendría que hacer? ¿Esconderme? ¿Irme? —preguntó exasperado.

—No tienes mucha elección —contestó Bernard hurgando en las ascuas con el atizador—. Como contra Soncourt. O renuncias y desapareces, o acabas con ellos antes de que ellos acaben contigo.

—¿Enfrentarme yo solo contra cien? —replicó Léo—. Es una locura.

—De hecho, no te lo aconsejo. Yo que tú liaría el petate y me volvería a Italia.

Léo quedó impresionado por aquellas palabras. De pronto se vio delante de Mingozi, en la villa del conde Albergati. El viejo mentor le daba el viático que lo llevaría a París, tras los pasos de Goldoni, aunque en realidad se iba huyendo de la desgracia.

Bernard se acercó al candelabro y apagó tres de las cuatro velas. Las velas

que daban en la sección ardían rápidamente, y cuando se acababan, no se sabía si habría más.

—Yo me voy a la cama —anunció—. Con la tripa llena me entra sueño. Cuando te hayas calentado, apaga todo y echa la llave a la puerta.

Léo asintió, con la mirada fija en las ascuas, como buscando un vaticinio.

Cinco minutos después dormía repantigado en la silla.

Extracto de  
«LE COURRIER RÉPUBLICAIN»

Decadé, 20 de brumario del año II de la República (lunes, 10 de noviembre de 1794)

Ayer por la tarde, en el Palacio de la Igualdad, corrió la voz de que en la sede de los jacobinos se decían palabras incendiarias contra los representantes de la nación y se debatía la manera de salvar de la justicia a Jean-Baptiste Carrier, el más sanguinario de todos los terroristas, responsable de las matanzas de Nantes y de Vandeaa.

Los ánimos se caldean, la indignación crece y, en un momento, un grupo considerable de ciudadanos, que va engrosando por el camino, se dirige a la sede jacobina al grito de «¡Viva la Convención!» y «¡Abajo los jacobinos!».

Irrumpen en el recinto y abofetean y hasta azotan a algunas mujeres de las llamadas devotas de Robespierre, mientras las demás huyen gritando.

La ciudadana Crassous se desmaya, el presidente se esconde, pero nada de esto impide que el tumulto crezca. Se lanzan piedras que rompen los cristales y ruedan por la sala.

La sociedad presenta batalla; se combate en la puerta con resultado incierto. Los jacobinos hacen incluso prisioneros, a los que colocan para su custodia junto al presidente, que lleva un gorro frigio. Otros miembros se dan a la fuga junto con las mujeres y, recibidos a gritos por el pueblo, se ven obligados a marchar en medio de una multitud de tres o cuatro mil personas que los cubren de improperios. Para evitar que las azoten, las devotas juran que no pertenecen a la sociedad, mientras los jacobinos reciben bofetadas y patadas en el culo.

Esta escena tragicómica termina gracias a la intervención de los representantes del pueblo, que llegan con gran aparato y son recibidos entre muestras de respeto a la Convención Nacional.

Los diputados se dirigen al pueblo y le hacen notar que la constitución permite la formación de sociedades populares. Les responden que nadie está contra las sociedades, sino contra los jacobinos, gente sanguinaria contraria a la Convención, aunque finge que la respeta y obedece.

Gritos de «¡Viva la Convención!» vuelven a oírse por todas partes.

Los representantes, satisfechos, invitan a los ciudadanos a disolverse y un instante después reina la calma.

## ESCENA SEGUNDA

La parte mala

*Otoño de 1794 (año III de la República)*

1

Agora, ¡ay!, he de contarte la parte mala. Es menester. La otra también era mala, pero por lo menos nosotros pintábamos algo, porque si se montó lo que se montó, la guerra, el Terror..., por nosotros fue... Por el miedo que dábamos nosotros, el pueblo *sans culottes* y soberano decidía esto o lo otro y se mandaban unos a otros al patíbulo, que aquí pierde el que llegue primero.

–Y el último también, porque la victoria no ha sido pa tanto...

–El último ha visto más y por lo menos ha disfrutao.

–El último cierra la puerta y Robespierre nos la ha cerrao en las narices y, como siempre, nos han dao por detrás.

–¡Quia! ¡«Como siempre» no! Porque habrá durao poco tiempo, pero en ese poco tiempo hemos hecho que tiemblen los aristócratas y demás sinvergüenzas...

–Sí, pero mira a lo que hemos llegao...

–No te creas, que aún metemos miedo... Porque lo hemos intentao una vez y podemos volver a intentarlo...

–Puede...

–¿Qué te apuestas?

–¿Qué quieres que me apueste? ¿Los agujeros que llevo en el gabán?

Lo cierto es que antes se apostaba en serio, se pasaba hambre pero el juego estaba abierto, mientras que agora... Luego todo fue de mal en peor. Sí, prepárate porque agora llega la parte mala, la parte en la que ya no pintábamos nada, porque ya nada se hacía por nosotros, al contrario, siempre era por otros, por gente a la que no pudimos cortar la cabeza. Aún nos cabreamos de pensarlo... Le demos las vueltas que le demos, la verdá es ésta: que cortamos pocas.

Y es que de pronto empezó a aparecer una gentecilla a la que ya se veía en el Palacio de la Igualdá y en las peleas organizás, pero que luego empezó a pasearse por todas partes y cada vez más. Ya nos olemos quiénes eran: gentuza, la espuma sucia de la ola, la ola que nos ha traído hasta aquí. Mientras nosotros la saltábamos, ellos estaban debajo, y luego debajo acabamos nosotros...

—¿Ellos quiénes?

Eran jóvenes aspirantes a aristócratas que durante la revolución agachaban la cabeza por miedo a que se la cortaran, ¡zas!

Eran maricas que huían del servicio militar e iban de ciudá en ciudá pa que no los enrolaran, ¡pum, pum!

Eran mozos de la tienda de papá que esperaban heredar lo acaparao, ¡toma ya!

Eran vagos que, en años como aquéllos, se permitían el lujo de aburrirse, ¡pobres!

—Ya digo yo que aburrirse es contrarrevolucionario.

—No aburrirse: los que se aburren. Amigo, no te fíes de los que se quejan de que se aburren. Quien te dice que se aburre es tonto, siempre, y lo que quiere es joderte.

Esta gente se la tenía jurá a los revolucionarios, y a los jacobinos, y a todos los que para ellos fueran demasiao de izquierda. Estaban esperando el momento de vengarse de nosotros, por habernos atrevido a subir al escenario y parar la representación, y mientras aguardaban en el foyer, soñaban con no se sabe qué, vivían del mercao negro.

Y no pronunciaban la erre, pa no tener que decir la primera letra de la revolución. Decían, por ejemplo: «¡Inc'eible!» o «¡Mad'e mía!».

Cuando llegó Te'midó', tuvie'on vía libre. Los en'oló la 'eacción pa que nos die'an pal pelo. Empezó la 'ep'esión...

—¡Quieres callarte! Me recuerdas a ésos, no hables así o te parto la cara...

Tenías que verlos pasearse por las calles de París con aquellos caretos, con porras y con ropas que brillaban... Batas de colores llenas de alfileres y adornos, pendientes, pelo peinao con clara de güevo, como diciendo que ellos podían malgastar los güevos frescos, cuando la gente de los barrios se moría de hambre.

—¿Y quién los mantenía?

Unos curraban en la administración, otros tenían un papá con dinero y

otros vivían del mercao negro. A otros les pagaban los termidorianos pa que hicieran de polis y lucharan contra la revolución que agonizaba. Tenías que verlos, con sus coletas verdes, los calzones de antes, los botines relucientes y unos absurdos lentes rojos, lilas, azules... Herían la vista de lo relucientes que iban. Por eso los llamaban «juventú dorada». Los mandaba gente que hasta días antes eran «terroristas», ésta es la palabra que empezó a usarse precisamente aquellos días, se cazaba al «terrorista». «Terrorista» era todo aquel que recordara que los ricos también cagan.

Esto fue la juventú... termidorada: una especie de «revolucionarios de los ricos», la plebe de los reaccionarios. Algunos añoraban al Capeto, aunque no era necesario: lo importante era odiar al pobre. Pa ser claros: tampoco les molestaban los pobres, porque así podían darles por culo.

–Sin pobres, ¿a quién va a sentirse superior el rico o el aspirante a rico?

–Siempre que el pobre se esté en su sitio y sobre todo carezca de libertá de expresión. Lo único que tiene que decir es «A mandar».

La mayor diferencia entre nosotros y ellos era que los revolucionarios del pueblo sacaron la cabeza y no se dejaron someter fácilmente, ni siquiera por Robespierre, mientras que los jóvenes doraos aceptaban órdenes de imbéciles como Fréron, del que decían que sólo tenía un güevo, y que hasta poco antes era «terrorista» y ahora luchaba contra nosotros, que le den en Guyana...

–Los ex terroristas que iban contra los terroristas. Ésos eran los peores.

El caso es que pronto la emprendieron con nosotros. Protegidos por los guardias es fácil, uno puede hacer lo que quiera: ir cien contra uno, patear a mujeres y a viejos, matar a mendigos a palos, prender fuego a los últimos clubes jacobinos que quedaban...

Total, todos éramos te'o'istas.

## 2

Hay pequeñas gamberradas que llevan en sí el germen de la grandeza. Son casos en los que la fuerza no depende de la fuerza y la grandeza no depende de la estatura de los intérpretes o, mejor dicho, de los ejecutores.

La Fuerza, la Grandeza, la Belleza están en un plano anterior, originario. Es la visión del grande la que confiere aura, la que ordena cuerpos grotescos

en formaciones eficaces, la que da una misión a formas de vida no plenamente humanas.

El caballero de Yvers observaba al grupo, el embrión en marcha de su ejército de sonámbulos, y respiraba el olor de las calles. Se sentía bien. Efectivamente, en su cuerpo y en su mente se había operado algo parecido a una curación. Oía los pasos que marcaban con precisión el tiempo que separa de la muerte, el respirar rítmico y como de fuelle de los pulmones, y los muscadinos, que iban muy por delante de él, le parecían sombras chinas encargadas de empezar, sobre el fondo de aquellas calles, la trama que llevaría al desenlace, a la curación completa. Un organismo está sano si los órganos que lo componen cumplen con sus funciones y respetan las jerarquías: que el aparato excretor excrete, que las piernas caminen, que los brazos trabajen y que la cabeza mande.

A su lado, Malaprez. Delante, y renqueando, el desnarigado La Corneille.

–Vayamos más despacio, señor –dijo, volviéndose, el dueño de aquella cara mutilada–. Dejemos que el ejército se adelante más. Debemos parecer transeúntes.

El caballero de Yvers, de un humor olímpico, sonrió para sí oyendo al siervo repetir a su manera los conceptos e instrucciones que sólo unas horas antes le había oído al amo. Se sintió como cuando, en la villa paterna, paseaba con los perros, molosos fieles y estúpidos y bracos babosos y rutinarios. Redujo el paso y vio cómo los sonámbulos, preparados para entrar en acción, se alejaban y doblaban la esquina. Malaprez, no se sabe por qué ni siguiendo qué pensamientos, resopló. La Corneille dio una especie de media vuelta y se puso detrás, como si quisiera esconderse tras el jefe.

Torcieron la esquina. Unos cincuenta pasos más allá, frente a una taberna, los sonámbulos se habían puesto en fila y conminaban a salir a los de dentro con voces destempladas. Los parroquianos, los nuevos adversarios, salieron, desconcertados, por la puerta de aquella fábrica de embriaguez e ideas falsas. Con los primeros gritos e insultos, acudió gente corriendo. Se venía a las manos. Los muscadinos, a coro, entonaron el nuevo himno antijacobino, «El despertar del pueblo».

El pueblo. Abstracción absurda, pero fuerza real, primigenia. Yvers vuelve a sonreír. Durmientes que cantaban canciones sobre despertares y despabilamientos delante de otros que habían hecho del pueblo un dios, un

ídolo. Pensó que el siguiente personaje que aparecería en escena, el que restablecería un orden acorde con el orden del mundo, podía presentarse como un ejemplo del conjunto de las personas o, mejor, como la encarnación de las absurdas supersticiones y circunvoluciones de la mayoría. Para perseguir el orden, se presentaría como un ejemplo del punto medio. Un caudillo capaz de hacerse pasar por uno de la tropa. Un demarca.

Era un concepto nuevo que merecía una reflexión detenida. Entretanto, allí delante, la pelea se recrudecía. Los muscadinos, insensibles al dolor, daban puñetazos, bastonazos, patadas, rodillazos, codazos y cabezazos a diestro y siniestro. Los adversarios, jacobinos acostumbrados a pelearse, acometían con rabia pero con escaso resultado. La mesmerización no sólo confería insensibilidad, sino también la habilidad automática de adivinar los golpes y acciones del adversario. En la calle había ya medio barrio. La pelea tan pronto parecía una grotesca riña de títeres como una de esas luchas que son la épica de los pobres, la épica de las ofensas que se pagan, de los palos que se dan y se reciben, de los sobrenombres que se pronuncian con el respeto y la veneración que antaño tributaban otros pueblos a Héctores y Aquiles, o a algún atleta o gladiador.

Los adversarios del ejército empezaban a ser muchos. Aunque la tropa se portaba bien, la diferencia numérica entre miembros y cabezas de uno y otro bando era cada vez mayor. Algunas personas que acudían corriendo al epicentro del combate les preguntaron a Yvers y a sus hombres por qué no se unían a la refriega.

—Estoy convaleciente—contestó el jefe—. Apenas me sostengo en pie. Y mis compañeros —y señaló a Malaprez y a La Corneille— no están bien de la cabeza.

Las miradas se clavaron en Malaprez y La Corneille. Sin decir nada, el grupo de *sans culottes* siguió adelante, camino de la taberna.

Yvers reparó en un grupo de gendarmes que había al otro lado de la calle. Deliberaban y gesticulaban, indecisos. Mirando a los lados, se escabulleron.

Yvers lo sabía. Eran las instrucciones que tenían cuando vieran a la Juventud Dorada, o a quienes fueran, maltratando a jacobinos y populacho. Los gendarmes tenían órdenes de *no hacer nada*. El aparente desorden de una noche contribuía a edificar el nuevo orden, como sabían todos los agentes del orden. Era sabido que quienes pagaban y mandaban a la Juventud Dorada eran los nuevos jefes termidorianos, empezando por Louis-Marie-Stanislas

Fréron, quien, de montañés furibundo, había pasado a ser el más feroz perseguidor de los antiguos robespierrianos.

Situación ideal, para el Ejército de los Sonámbulos.

—Ahora —ordenó Yvers.

Los tres hombres volvieron sobre sus pasos y doblaron la esquina, de manera que desaparecieron de la vista. La Corneille sacó un silbato de marinero que había encontrado en la tienda de un ropavejero y silbó con fuerza.

El ejército, entre insultos, pedradas y últimos focos de lucha, se retiró. Los defensores renunciaron a seguirlos, porque vieron que algunos de los sonámbulos sacaban pistolas y hasta una escopeta.

—¿Por qué retirarnos, señor? —La Corneille se había quitado el sombrero y lo retorció entre las manos. Parecía un campesino delante del sacerdote.

El caballero de Yvers hizo un guiño.

—Gran, gran victoria. Mañana todo París hablará de la pelea. Dirán que un grupo de valientes ha penetrado en una de las madrigueras de la chusma y ha plantado cara a un número mucho mayor de agresores. Dirá que los sonámbulos se han retirado por su propio pie, con la frente bien alta y entonando himnos. Ocúpate de que curen a los heridos y reparte el dinero. Ahora es nuestro terror el que debe batir las calles.

La Corneille, brillantes los ojos de gozo servil, asintió con la cabeza. Malaprez, por motivos inescrutables, resopló como un caballo de tiro. Ahora había que salir del barrio, pero lo más importante ya estaba hecho. El ataque de los sonámbulos en San Marcelo ya era historia.

### 3

El inmueble del número 4 de la calle de la Barcaza tenía una fachada de aspecto noble, pero en cuanto D'Amblanc penetró en el primer patio vio que las casas habían conocido tiempos mejores. El musgo trepaba por las paredes y sobre los carros y utensilios flotaba un olor a pared enmohecida.

Un hombre estaba cortando leña. Clavó el hacha en el tocón, escupió al suelo y, sin esperar a que le preguntaran, informó al intruso de que el doctor Gallonnaire vivía en la cuarta planta de la escalera de la derecha.

D'Amblanc subió unos peldaños que parecían hundirse al pisarlos. Había el espacio justo para pasar de frente.

Llamó a la puerta y se halló ante un hombre grueso que tenía una tripa monumental y una nariz de alcohólico. Los cabellos, amarillentos, se le pegaban a la cabeza formando como un casco grasiento y compacto. El ojo derecho se veía cegado por los párpados. El izquierdo miró al desconocido. Los labios le pidieron que se presentara.

—Me llamo Orphée d'Amblanc, soy médico. Quisiera consultaros acerca de un viejo paciente.

El hombre alargó el brazo derecho con la palma hacia arriba.

—Son treinta francos —dijo, y esperó el dinero. Viendo que el visitante vacilaba, añadió, gruñendo—: Se paga por adelantado. En los tiempos que corren es la única garantía, ¿no os parece, colega?

D'Amblanc le dio la cantidad requerida y sólo entonces lo invitó el hombre a sentarse a una mesa de madera en la que aún se veían las sobras de la comida.

—¿Y bien? —preguntó frotándose las manos—. ¿Por quién preguntáis exactamente?

—Por Auguste Laplace, ingresado en Bicêtre el 26 de enero de 1793.

El doctor Gallonnaire rumió el nombre por lo bajo, movió la cabeza, pasó a otro cuarto y unos minutos después volvió con una respuesta seca e inapelable.

—No sé nada.

D'Amblanc sacó de la bolsa unos papeles y los dejó en la mesa con el aire de quien se ve obligado a recurrir a algo sabido.

—Pero la solicitud de ingreso la firmasteis vos, ¿veis?

El hombre alargó la mano y dio media vuelta a los papeles, que se desplegaron en abanico frente a él.

—«El ciudadano Auguste Laplace» —leyó en voz alta—, «nacido en Aurillac, etcétera, etcétera, padece desde hace tiempo una forma de melancolía a la que no encuentra alivio. Solicito, en consecuencia, su internamiento por un periodo mínimo de tres meses y hasta que se cure por completo. Firmado...»

—Levantó el ojo bueno y, frotándose el otro, declaró que la firma era falsa—. Ya me ha pasado otras veces —comentó, llenando un vaso de vino tinto y bebiendo la mitad—. Sobre todo con casos de melancolía, como vos sabréis,

colega. Creen que necesitan ingresar en algún sitio y con tal de conseguirlo son capaces de falsificar los papeles.

D'Amblanc no se desarmó y dio el paso siguiente.

–Los otros papeles –dijo señalando la resma– son, respectivamente, la copia de la carta que el administrador de Bicêtre os envió informándoos de que Auguste Laplace había sido admitido y vuestra respuesta autógrafa con información adicional sobre el paciente.

Esta vez el hombre leyó los papeles para sí, bebiendo vino, que ni siquiera había ofrecido al colega. Repasó todos los documentos, examinó los apuntes de Pussin y del doctor Pinel.

–¿Y bien? –preguntó al final, como si la conversación acabara de empezar–. ¿Qué es lo que queríais consultarme, colega?

A D'Amblanc lo irritaba bastante que repitiera una y otra vez la palabra «colega», pero procuró mantener la expresión neutra que se había propuesto mostrar.

–Querría saber si es verdad que conocíais desde hacía tiempo al ciudadano Laplace y sus patologías.

–Está claro que no, colega –repuso el otro reordenando los papeles–. Por desgracia, no puedo seros de ayuda.

Empujó los papeles hacia el centro de la mesa y se levantó para dar a entender que la conversación había terminado.

D'Amblanc sintió que la rabia amenazaba con hacerle perder el control. Pensó en la magnetización contra la voluntad y en lo mucho que le hubiera gustado usarla para hacer hablar a aquel sinvergüenza. Por primera vez sintió una pizca de envidia por el caballero de Yvers.

–¿Entonces por qué habéis mentido, afirmando por escrito que conocíais desde hacía tiempo su enfermedad?

–Yo no he escrito eso, colega.

–Pero habéis pedido que lo ingresaran como si fuera un loco.

–¿Acaso no lo era? Corregidme si me equivoco, colega, pero creo que en esos papeles dice que el eximio doctor Pinel, en cierto momento, decidió tratar a Laplace como un interno más que como un pensionista. De hecho, Laplace acabó *fugándose* del hospicio de Bicêtre. Por lo tanto, mi diagnóstico resultó correcto.

–Correcto, ya. ¿Y cuánto cobráis por un análisis tan brillante? –dijo

D'Amblanc, sin poder contenerse—. Si por una consulta pedís treinta francos, un documento falso costará el triple por lo menos.

—Decidme, D'Amblanc, ¿sois médico o sois policía? —Ahora era el doctor Gallonnaire quien se mostraba impasible frente a la cólera del otro—. Sólo para que yo entienda si me estáis ofendiendo o acusando. Porque, en el primer caso, os desafío a repetir lo que habéis dicho. Y, en el segundo, a demostrar, contra mi opinión y la del doctor Pinel, que Auguste Laplace no era un alienado y que por lo tanto yo mentí para que lo ingresaran. ¿Con qué objeto, además?

—Vos habéis ayudado a un peligroso contrarrevolucionario a esconderse entre los locos para escapar de la justicia.

—¡Ajá! ¿Así que se me acusa de eso? —dijo Gallonnaire riendo de gusto—. Entonces puedo dormir tranquilo. No sé si os habéis dado cuenta, D'Amblanc, pero cazar contrarrevolucionarios escondidos ya no está de moda. Ahora se elogia a quienes contribuyeron a salvar a aristócratas inocentes, brissotianos sin culpa, sacerdotes fieles al papa... Creo que también a mí podría caerme alguna medalla, ¿eh? ¿Qué me decís, colega? ¿No queréis brindar a mi salud?

Y mientras el otro llenaba, esta vez sí, dos vasos de vino, Orphée d'Amblanc cogió los documentos sobre Auguste Laplace y salió de la casa del doctor Gallonnaire sin despedirse y con treinta francos menos en el bolsillo.

—Se llamaba Carlo Coralli y era el secretario del marqués Albergati, pero en el tiempo libre se dedicaba al teatro, actuaba. Era un buen actor, pero no grandísimo. Actuó también aquí, en París, en el Teatro de los Italianos... Ahora está muerto, pobre. Me llevaba seis o siete años. Yo tenía catorce y él unos veinte. Este Coralli se enamoró de la sobrina de Antonio Sacco, un gran actor, y como quería estar cerca de ella, convenció al marqués para que le escribiera cartas de recomendación, gracias a las cuales lo contrataron en la compañía de Sacco, en Venecia, y yo por esto lo odiaba. ¿Envidia? Desde luego, pero por la recomendación, no por el talento. El caso es que Coralli, antes de partir para Venecia, pide al marqués que, como última prueba, le

deje representar una comedia de Goldoni, *El burlador burlado*. «¿Por qué ésa?», pregunta Albergati. «Porque es un Goldoni malogrado. El maestro la reescribió incluso, en veneciano y con otro título, pero el público del San Luca la silbó.» Coralli opinaba, en cambio, que la obra era excepcional, y que la cosa estaba en interpretarla como se debía, y que, después de meses de estudio, sabía cómo hacerlo. El marqués acepta, empiezan los ensayos y yo debo reconocer que me parto de la risa, pero cuando la llevan a escena, los amigos del marqués se deshacen en alabanzas a Coralli y le aseguran que hará una gran carrera. Desde aquel día, *El burlador burlado* se convirtió en mi obsesión. Leí y releí la obra y cada vez se me ocurría algo nuevo, un gesto, una entonación, para interpretarla mejor que Coralli y sacar humor de donde él no había sabido sacarlo. Leí el texto en veneciano, lo que me costó muchísimo. Cogí cosas de aquí y de allí, mezclé frases ingeniosas, pasé años ensayando por las noches, y cuando el marqués empezó a darme algunos papeles de siervo o de comparsa, esperé el día en que podría interpretar la obra y demostrar a todo el mundo que era mejor que Coralli. Claro, no podía ir al marqués y pedirle de buenas a primeras que me dejara intentarlo con aquel texto, bastante era si me permitía pisar las tablas de vez en cuando. Así pasaron los años, hasta que un día me entero de que en un teatro de Bolonia representan una comedia veneciana de Carlo Goldoni, *Quien la hace la paga, o El burlador burlado*. ¡Caramba!, me digo, no me la pierdo por nada del mundo, y ahorro el dinero de dos meses enteros, porque siempre iba a los ensayos, no a las representaciones, pero esta vez no, esta vez quiero ir al estreno, aunque tenga que dormir bajo un portal y volverme a Zola por la mañana. Total, que voy. Entro. Me siento en el gallinero. Se abre el telón. Interpreta el papel protagonista un tal Norberto Rizzi, que no sé quién es. Yo, emocionado, me dispongo a recitar con el corazón todas las frases y a comparar la interpretación de Rizzi con la que yo haría aprovechando los mil secretos que he sabido penetrar en un texto tan maltratado. Yo estoy allí, Norberto Rizzi en el escenario, pronuncia las primeras frases y enseguida me doy cuenta de que su estilo, sus gestos, su expresión, su tono de voz, ¡son exactamente los mismos que yo he visto una y mil veces en el espejo a lo largo de tantos años de actuar para mí mismo! Con una diferencia: Norberto Rizzi es veneciano, maneja el dialecto a la perfección y su pronunciación suena a gloria. Segunda diferencia: Rizzi, en lugar de un espejo, tiene delante a un público que ríe a mandíbula batiente, se divierte, aplaude, vitorea y con

cada nuevo lance la hilaridad es más clamorosa. ¡Es como si Rizzi hubiera adivinado mis secretos! Yo lo admiro en un estado febril, pasmado, destrozado al ver que aquel tío del escenario soy yo pero yo no puedo ser aquel tío del escenario. Llega el último acto y resulta que también sabe bailar y cantar, cuando yo, como director de mí mismo, había pensado omitir bailes y canciones porque no se me dan bien. Es un triunfo. Un cuarto de hora de aplausos. Las damas de la Bolonia aristocrática, los miembros de las familias senatoriales, todos se preguntan cómo es posible que una obra tan magnífica haya estado olvidada veinte años. Yo tiemblo, tengo la boca seca, me siento como si el Rin en crecida me hubiera arrastrado diez millas. Decido, en un arranque de pasión, que debo conocer a Norberto Rizzi, hablar con él, abrazarlo, decirle que es mi hermano gemelo. La gente se aglomera fuera. Esperan sobre todo a las actrices, que también han estado soberbias en los papeles de las monjas y de la sierva. Veo a Rizzi, intento acercarme, pido paso, me cuelo entre la gente, atraído como polvo de hierro por un imán. Casi he llegado, levanto los brazos, digo: «¡Señor Rizzi, señor Rizzi!» Quiero llamar su atención, pero lo único que consigo es que un señorito muy atildado me diga que no toque las pelotas. Pero yo no desisto, siento que si no hablo con ese hombre me desmayo, empujo, doy codazos, y lo único que consigo es que otro señorito, éste más corpulento que el primero, me suelte una bofetada en la cara y me repita que no toque las pelotas. Yo quiero responder, reaccionar, pero entonces veo que el grupo de Rizzi se destaca de la multitud y echa a andar por el pórtico, y alcanzo a oír que van al palacio Ranuzzi a celebrar el éxito del actor. Decido seguirlos corriendo, me acerco al grupo y me dirijo de nuevo a mi ídolo gemelo, lo llamo, se vuelve, pero otro señorito me da un empujón, me tira al suelo, me da una patada y me dice que los deje en paz y me vuelva al campo a remover estiércol. ¿Crees que le hago caso? ¡Quia! Me levanto y esta vez decido adelantarme y esperarlos en la puerta del palacio Ranuzzi. En cuanto los veo aparecer al fondo de la calle, agito los brazos: «¡Señor Rizzi, señor Rizzi!» El gran actor me ve y esta vez oigo claramente que dice: «¡Joder, otra vez ése!» Pero uno de los señoritos de antes le hace señas de que esté tranquilo que él se encarga y, mientras los otros empiezan a subir la escalinata entre risas y burlas, viene hacia mí con aire amenazante. Nos quedamos solos el señorito y yo. Me insulta, me llama palurdo y me ordena que me largue. Le contesto que no, que voy a esperar a Rizzi en la calle, que nadie puede impedírmelo, pero el otro, por toda

respuesta, me suelta un bastonazo en las costillas. Yo reacciono y el señorito resulta ser de chichinabo: se lleva una buena. Dos puñetazos en la mandíbula y un gancho en el hígado, como me enseñó mi padre; bueno, no era mi padre, pero el caso es que me enseñó ese golpe, y aunque yo ya lo había usado otras veces en riñas callejeras, nunca había pasado lo que pasó aquella vez: que el señorito se desplomó pesadamente. Seguramente se dio con la cabeza en los adoquines, porque cuando me agacho para soltarle otro par de guantazos, veo que echa sangre por detrás de la oreja. Seco. Así que pongo pies en polvorosa. Llego corriendo a Puerta Zaragoza y desde allí a Zola alternando carrera y marcha, como me enseñó también Mingozi, cincuenta pasos corriendo y cincuenta caminando, cincuenta corriendo y cincuenta caminando, así unas dos horas. Llego a casa, despierto a Mingozi y se lo cuento todo. Me lo he cargado, le digo. Él se restriega los ojos y me dice: «¡Payaso!» Es lo único que dice. No me maldice como suele, ni se queja de lo muy «desgraciao» que soy. Nada. Es como si todo eso lo hubiera condensado en esa palabra y en el tono con el que la ha dicho, un tono de rabia y de dolor. Pide detalles, me pregunta si alguien ha visto la pelea. Le contesto que creo que no. Se levanta, tiende un paño en la mesa, pone encima un pan, un embutido rancio y unas monedas. «Coge tus cosas y vete», me dice. «Le diré al amo que te has ido a probar fortuna con esos cómicos que tanto te gustan.» Y nada más. Se mete en la cama, se tapa con la manta y se vuelve hacia la pared. Yo cojo el hato, espero a que amanezca y me voy. ¿Adónde? No lo sé, pero me voy. Lo demás más o menos lo sabes: cómo llegué aquí, cómo conocí a Goldoni, cómo me hice actor y por qué no he vuelto a Bolonia cuando pasó la tormenta sin que nadie sospechara de mí. El asunto es que otra vez tendría que poner pies en polvorosa, porque una banda de señoritos maquillados me la tiene jurada. Pues bien, no; una vez es suficiente. No quiero seguir huyendo. No quiero seguir tragando bilis. No quiero que sigan diciéndome lo que tengo que hacer, como un figurante cualquiera. Yo he nacido para ser protagonista. Protagonista del antiguo teatro, el que se representaba en las salas; protagonista del Nuevo Teatro, el de la revolución; protagonista en la puerta de los combates y protagonista ahora, en este teatro que ha cambiado pero siempre es la misma historia: los señoritos quieren pisarme. Pero esta vez van a ver estos chulos quién soy yo. Me dices que no tengo alternativa: o desaparezco o me los cargo. O dejo de combatir o combato solo contra cien. Yo respondo que ambas cosas no se

excluyen. No son los caminos de una bifurcación. Son el lanzamiento de dos dados. Desaparezco y me los cargo. Desaparezco, porque digo adiós a los combates de boxeo, y me los cargo, ¡porque no saben con quién van a vérselas!

Bernard adivinó que Léo había terminado.

–Si he entendido bien, quieres golpear antes de que te golpeen.

–Exactamente.

–Y abandonas los combates para no estar donde ellos esperan que estés.

–Eso es.

Bernard se levantó del taburete en el que llevaba veinte minutos sentado. Se quedó mirando a Léo, movió la cabeza, lenta y gravemente, y el actor temió que pronunciara la sentencia de siempre, el viejo veredicto: *Eres un payaso*.

Pero lo que Bernard dijo fue:

–Si no combates, tendrás que pagarme un alquiler.

El marsellés se despidió y salió por la puerta sin añadir nada más, como si quisiera oponer unas pocas palabras a la verborrea de Léo.

Léo contó el dinero que le quedaba, se puso las botas, se cosió un botón del gabán y salió también, con las últimas luces que bañaban París.

Al anochecer, el Puente Nuevo tenía algo lúgubre. Los faroles proyectaban sombras oblongas sobre el enlosado y el lecho del río parecía una oscura ultratumba. Aun así, Léo pensó que era la atmósfera que convenía. El tiempo de la comedia había acabado hacía mucho, y ahora incluso la guillotina, con su terror ecuánime y limpio, aburría al público. El nuevo Nuevo Teatro sería una mezcla de drama y...

–¡Eh! ¡Te digo a ti, boloñés!

Léo se volvió y se encontró a Rota, el hombre del carretón de libros. La última vez que lo vio fue... en la puerta de los combates, el día que tumbó a Jean-Do y conoció a Bernard.

–¿Aún sigues en el puente, a estas horas, bergamasco?

–Ya me iba –contestó el *bouquiniste* señalando sus libros y almanaques, que ya tenía metidos en cajas–. ¡No me digas que has vuelto aquí!

–No, no... –dijo Léo–. Vengo a coger una cosa que me dejé aquí. ¿Cómo te va?

–Oh –contestó Rota moviendo la mano como si ahuyentara mosquitos–, vamos tirando. ¿Y tú qué tal? ¿Sigues de boxeador?

–Más o menos –contestó Léo mirando las aguas oscuras del río. Es agua pasada, se decía del tiempo transcurrido. Pensó en los primeros días que pasó en París, en los sueños, en las ilusiones...–. Dime una cosa, Rota, que nunca te he preguntado: ¿por qué viniste a Francia?

Rota emitió una especie de risilla que era un bufido.

–¡Ah, amigo! No te lo creerás, pero vine a trabajar de gondolero.

Léo frunció la frente.

–¿Me tomas el pelo? ¿Un gondolero bergamasco en París?

–No exactamente en París. En Versalles.

Léo miró al hombrecillo que sonreía y entendió.

–¿Eres uno de los gondoleros de la Pequeña Venecia de Versalles? ¿De veras?

–Uno de los diez, para servirlos –contestó Rota con una inclinación chistosa.

–Pensé que erais venecianos... De la laguna, quiero decir...

–Los primeros cuatro sí eran venecianos. Luego la corte compró otras seis góndolas y pidió a la embajada que contratara a los gondoleros. Éstos partieron de Venecia, pero, cuando pasaban por Bérgamo, a uno de ellos lo degollaron en una pelea. Fue en la taberna en la que yo trabajaba de camarero. Yo estaba ya harto y tenía decidido dejar aquello, irme a la aventura. Ellos no podían presentarse en Versalles siendo sólo cinco, con la noticia, además, de que el sexto había muerto como había muerto, y tampoco podían volverse atrás. Así que me ofrecí. ¿No era yo también ciudadano de la Serenísima? Si me cubrían, en París podía pasar muy bien por veneciano. –El bergamasco se ensombreció–. Ahora no hay nada en Versalles. Me han dicho que el Gran Canal y el Estanque de Apolo son charcas de barro...

Léo, que había estado pendiente de los labios del amigo, tuvo una idea.

–¿Has conocido a Carlo Goldoni?

–¡Quia! Yo vine el año ochenta, él llevaba ya aquí mucho tiempo.

Entonces, casi al término de aquel día dedicado a los recuerdos, Léo le contó su encuentro con el maestro en el Café Mecánico del Palacio de la Igualdad, y la inmortal lección de vida que recibió: «Un hombre importante se conoce por la estela de coños que deja tras de sí.»

Oída la anécdota, Rota se quedó callado, muy serio. Parecía embarazado.

–¿Qué pasa? –preguntó Léo.

–Creo que te llamó tonto.

De pronto, el mundo de Léo se llenó de signos de interrogación. Flotaban en el aire en enjambres, como si fueran tábanos.

–¿Por qué lo dices?

–Porque en veneciano, *coño* significa también tonto, idiota, necio... Goldoni te dijo que un hombre importante deja tras de sí una estela de necios. ¿Tienes idea de cuántas personas lo paraban por la calle para pedirle algo, un favor, una recomendación, y que de paso le contarían su historia? Sobre todo italianos como nosotros... Pero tú tuviste suerte, por lo menos te dedicó una frase ingeniosa.

Todos los signos de interrogación se vinieron abajo con un estrépito de cristales rotos.

Conque así era, pensó Léo.

Así termina el día.

También el último sueño debía serme arrebatado.

Bien está.

Realmente, parto de cero.

El nuevo Nuevo Teatro surgirá sobre una tabla rasa.

Contó los ladrillos del pilar del puente y localizó los que buscaba. Con un punzón les quitó la cal y los extrajo fácilmente. Sacó el envoltorio que había escondido hacía tiempo. Olía a humedad. Quitó la tela de yute y se quedó mirando la máscara como si fuera un espejo o la cara de una amante recuperada.

Mientras comprobaba el estado de la nariz, que seguía dura y afilada, una rata salió de la oscuridad. Tenía el mismo aspecto y se movía igual que el viejo Capitán Fracassa. Empinado sobre las patas traseras, hocico en alto, parecía aguardar su destino.

–Salvación. Redención –le dijo Léo—. Eso es todo lo que podremos representar en el escenario de París los días que vienen. «Y si atento oído nos prestáis, nuestro esfuerzo tratará lo que falte de suplir.»

Se inclinó ante el público del Puente Nuevo e hizo una mueca con la boca.

No era como una bifurcación, sino como lanzar dos dados. Léo el luchador podía desaparecer de las calles. Darse por vencido ante los muscadinos. Hurtarse a la persecución a la que lo sometían de día. Por la noche, Léo el

actor, el hombre enmascarado, buscaría venganza y acabaría con sus enemigos.

De nuevo en escena, por última vez.

Antes de que todo acabara, antes de que la historia diera un vuelco, antes de irse al diablo o conquistar la gloria.

El último espectáculo de Scaramouche.

La idea le arrancó una carcajada, pero que sonó como un gruñido, que resonó gravemente bajo los arcos del puente y se perdió por las aguas oscuras del Sena.

Capitán Fracassa se retiró asustado, o tal vez cansado del ensayo teatral.

Léo escondió la máscara bajo la chaqueta y subió a las calles.

## 5

Era como caer al suelo y no poder levantarse. Uno sabe lo que tiene que hacer: flexionar las rodillas, apoyarse con el codo, plantar el pie, hacer fuerza con los músculos... pero no puede. Quizá porque en el fondo no quiere. Porque no ve nada en el horizonte. Ningún motivo para ponerse en pie.

Así se sentía Marie. Se pasaba todo el tiempo durmiendo, tendida en el sofá desvencijado de Claire, vestida. A veces iba al armario, se ponía uno de los trajes de teatro, se miraba al espejo y pensaba que era otra. Gastaba el dinero que le quedaba en vino y no en pan. Vino rancio, que rascaba la garganta, pero que aturdiría mucho. Así evitaba no soñar con su antiguo amo. No verlo con la cara de raposo de Duval o, peor aún, con la cara de Bastien, un Bastien mayor, hecho hombre. A veces la despertaban náuseas que la ahogaban.

A medida que pasaban los días y se volvían semanas, fue saliendo cada vez menos a buscar trabajo, hasta que al final dejó de hacerlo. Empezó a mendigar en las tabernas los fondos de los toneles, el agua con la que se enjuagaba el mosto, cualquier cosa que la ayudase a conjurar los recuerdos y los pensamientos lo antes posible. Su mente empezó a dar largas vueltas que la llevaron muy lejos, a territorios en los que incluso la idea de Claire se borraba y Jacques no era sino un fantasma de rasgos indistintos. Una noche – o quizá era de día– soñó con Scaramouche, con una nariz enorme, con la capa desplegada como las alas de un ave rapaz, que atacaba a hombres con peluca,

golpeándolos con el pico y sacándoles los ojos. Estos hombres se parecían mucho a los golfos del Palacio de la Igualdad. Marie los veía cuando recorría las tabernas. Una vez incluso le dieron unas monedas, entre burlas. Uno le había preguntado cuánto quería por echar un polvo en el zaguán de al lado. Marie contestó con un gruñido. Y cuando se vio reflejada en un charco, reconoció la cara de Théroigne de Méricourt, desgreñada y loca: la misma mirada perdida, la barbilla temblorosa.

Todas las noches volvía a la buhardilla de Claire a consumir lo que había recogido. A veces lloraba pensando en sí misma, hasta que las lágrimas se le acababan y se quedaba silenciosa, a oscuras, preguntándose por qué Nuestra Señora de la Guillotina no la llamaba consigo y se empeñaba en alargar su vida.

## 6

*Pluvioso* para la época más fría del año, *frimario* para la más lluviosa. Los revolucionarios se habían equivocado, pensó Léo.

La lluvia inundaba tilos y parterres. Tras la columna del Palacio de la Igualdad, Léo observaba a los asiduos al lugar apiñarse bajo el pórtico, mientras las sendas y caminos se convertían en torrentes de barro.

No era un error. Los revolucionarios se habían limitado a etiquetar con nombres distintos los objetos y hechos de antes. Habían llamado Bajo a lo Alto e Igual a lo Distinto. ¿Qué revolución sería, si no?

No, no era un error. Cambiar muchos más nombres hacía falta, incluidos los propios. Si haces algo, se dijo, hazlo bien. Como Gengis Kan, como Tamerlán, que no dejaron tras de sí a nadie que pudiera vengarse. Ellos habían tenido agallas para acumular montones de muertos, para no dejar enemigo vivo a sus espaldas.

Porque allí estaban de hecho los muscadinos. De juerga bajo el pórtico, en la puerta del local donde se juntaban, con ropas más y más vistosas, con aire arrogante, con un peinado que recordaba las orejas de un perro, con sombreros de dos picos anchísimos y garrotes a modo de bastón de paseo. Hablaban en voz muy alta, haciendo visajes y empleando un tono afectado que hendía la atmósfera húmeda y le hería los oídos.

Brindaron por las putas de sus madres y por fin dos de ellos se despidieron

de los demás.

Léo esperó el ritual de las despedidas. Los mamarrachos intercambiaban extrañas inclinaciones: un golpe seco del cuello, la barbilla que cae sobre el pecho, como si la guillotina acabara de fulminarlos. Genial ironía, carcajadas estrepitosas. Los dos que se iban se encaminaron hacia la salida trasera.

Léo se les adelantó en la sombra, una carrera ligera, un salto a la calzada, bajo la lluvia torrencial. A la derecha todo estaba tranquilo, a la izquierda también. Llegó a la esquina del edificio y apretó con fuerza el mango de la pala. Pensó en el albañil al que se la había hurtado: si hubiera podido explicarle para qué la quería, seguro que se la habría prestado de buen grado y le habría deseado buen trabajo y mucha suerte. Pero lo único que le dirigió fueron insultos y maldiciones.

Se puso la máscara con cuidado de que el pico se ajustara bien a la nariz.

No para que lo viera un público, ya no.

La época del Teatro Nuevo se había acabado, quedaba cerrada con doble vuelta de llave, abandonada al polvo y a los fantasmas. Espectros de actores fracasados, escondidos en guaridas subterráneas. Señores de los escotillones. Fantasmas vigilantes que acechan tras viejos decorados. Hombres sombra, como Scaramouche.

Empapado pero sin importarle la lluvia, Léo vio salir a los dos muscadinos. Sólo uno iba armado con garrote. Lo usaba como un bastón de paseo, apoyándolo con afectación cada dos o tres pasos que daba con un andar amanerado, artificial. El otro llevaba un paraguas de estilo inglés. Escondido en la esquina, dejó que pasaran, y cuando lo hicieron le propinó a uno por detrás un golpe violentísimo en las piernas. El otro se volvió, con una imprecación en los labios, pero fue alcanzado por un puñetazo en la cara, entre la nariz y la boca, y se llevó las manos a la cara. El paraguas cayó al suelo, giró sobre la contera y quedó panza arriba, llenándose de agua.

Al del golpe en las piernas le costaba levantarse. El bastón había rodado a unos pasos de distancia. Léo le soltó un puntapié en la barbilla. Oyó el ruido de los dientes que chocaban. Entretanto, el del paraguas trataba de sacar algo que llevaba en la chaqueta. Era una pistola, a cuyo cañón había soldado la hoja de un cuchillo. Mad'e mía, tuvo tiempo de decir antes de que el astil de la pala se abatiera sobre su nuca con un golpe sordo. Aturdido, el adversario se desplomó pesadamente.

La pistola cayó. Aunque estaba amartillada, no se disparó. Pólvora mojada. Léo dio gracias al diluvio, se sacó una cuerda de la mochila y se volvió al otro, que había conseguido ponerse de rodillas y alargaba la mano hacia el garrote, que, ¡ay!, quedaba fuera de su alcance. Asiendo un tramo de cuerda, Léo se la echó al cuello y empezó a apretar. Sólo entonces cayó al suelo el sombrero de dos picos, que llevaba bien calado, y osciló sobre el ala como una barquichuela en un mar agitado. El muscadino, que iba poniéndose morado, suplicaba con la mirada. Léo aflojó con una mueca de desprecio. El lechuguino se llevó las manos a la garganta, tosió. Luego se desplomó, aturdido por un bastonazo seco.

Léo miró a sus enemigos. Respiró hondo, ensanchando las aletas de la nariz, como un semental. No había público, pero había sido todo un éxito.

Ató los cuerpos sentados, espalda contra espalda y con las piernas estiradas sobre el pavimento mojado. Pensó en desnudarlos, pero luego se dijo que no hacía falta exagerar. Había ido muy bien. Su mirada recayó en el garrote del muscadino, luego en la pistola. Pero lo que le llamaba la atención era el garrote. La cabeza parecía un rostro humano. La otra punta semejaba un hueso, una tibia. Decidió que aquel objeto sería suyo. Sería más eficaz que el astil de una pala y la madera había sido tratada con resina, de modo que aguantara la humedad y no se deformara. Lo cogió, lo esgrimió. La consistencia y el peso intimidaban, pero era una herramienta de lo más manejable. Scaramouche había encontrado un arma adecuada, pensó. Ironía de la suerte, era el arma preferida de sus adversarios. Botín de guerra.

DE UN REPRESENTANTE  
DEL EJÉRCITO DE LOS PIRINEOS ORIENTALES  
AL COMITÉ DE SALVACIÓN PÚBLICA

Montpellier, 24 de brumario del año III (14 de noviembre de 1794)

Anteayer recibí una carta dirigida a los representantes del pueblo del ejército de los Pirineos Orientales; la abrí y vi que era de Simonin, que liberó a los prisioneros de guerra franceses en España.

Colegas ciudadanos, no podréis leer sin la mayor indignación los tres siguientes artículos, contenidos en la carta de Simonin, que consigno.

«España», dicen, «reconocerá el sistema o la forma de gobierno que Francia haya adoptado o vaya a adoptar.» ¡Oh, qué buenos son!

«Francia pondrá a disposición de España a los dos hijos del difunto Luis XVI.» Es curioso que un enemigo derrotado use semejante lenguaje. Corresponde al pueblo francés y sólo a él decidir sobre el destino de los dos hijos de Capeto. Y, claro es, y dado que está en situación de dictar leyes a sus enemigos, ese mismo pueblo no aceptará órdenes de nadie y menos aún de una nación soberbia, cobarde y pérfida.

«Francia», añaden, «cederá al hijo de Luis XVI las provincias limítrofes con España, en las que reinará y gobernará como único rey.» Admito que se necesita mucha flema para leer este artículo con serenidad. ¿Cómo? Ahora que el pueblo francés se ha liberado para siempre de las cadenas de la esclavitud y ha proclamado la República, ¿se le propone que dé al hijo de Capeto las provincias limítrofes con España? ¿Acaso se piensa que los habitantes de esas provincias, amantes celosos de la libertad, que han jurado vivir libres o morir, agacharían de nuevo la cabeza bajo el yugo de un déspota?

¿Quién puede pensar que la Francia victoriosa, cuyos ejércitos ocupan el territorio enemigo, permitiría nunca la presencia de un tirano en ninguna parte de su propio territorio?

Vosotros, en vuestra sabiduría, decidiréis qué partido tomar; pero, entretanto, sigo creyendo que toda correspondencia entre hombres libres y

esclavos debe cesar, visto que éstos osan proponer leyes, cuando deberían acatarlas.

La única correspondencia que puede haber es la del cañón y la bayoneta.

Saludos y fraternidad,

Vidal

## ESCENA TERCERA

### El Mataincreíbles

*Noviembre-diciembre de 1794 (frimario del año III)*

#### 1

El arma de Scaramouche era el espíritu de Marat. Unos dicen que era una barra de guierro, otros que un fémur humano, chapao en plata. Hay quien dice que lo ha visto en la tienda de un ropavejero.

–¿A quién, a Scaramouche?

¿Eres tonto? El fémur. Dicen que el primo de no sé quién, mozo de cordel que trae y lleva muebles y demás, vio un día el güeso en una vitrina y le pregunta al amo: ¿y eso qué es? Y el menda le contesta: ah, eso no se toca, que vale mucho. Es el arma de Scaramouche, el Mataincreíbles.

–¡Aquél iba a tener el espíritu de Marat en una vitrina! Le quitaría el güeso a algún perro pa cubrirlo de guierro y plata y vendérselo al primer zopenco que...

Por cierto que ya hubo un Scaramouche en el noventa y tres, en San Antonio, uno que les midió las costillas a dos o tres acaparadores y luego desapareció. Dicen que era un cómico italiano.

–Me acuerdo. De hecho, el cómico también desapareció del barrio.

–Es que, hay que reconocerlo, cuando Doña Guillotina estaba dale que te pego, poca falta hacían héroes enmascaraos.

–Pero luego volvió a aparecer.

Pero no se sabe si era el italiano, si es que el primero era italiano. Porque ¿quién era ese italiano? ¿Existió de verdá o se lo inventó alguien?

El caso es que las calles estaban llenas de esos tipos armaos que te decía, los de Fréron... ¿Te acuerdas de Fréron?

–Dicen que estaba capao pero tenía tres güevos.

–Como que era un gallina.

Fréron pagaba a aquellos tipos pa que hicieran de policía, pero eran peores

que la policía... Sí, aquellos que no pronunciaban la erre, que calzaban a lo Julio César, con la rasca que hacía aquel invierno, y llevaban diecisiete botones en los gabanes en honor de Luis XVII, que era el delfín...

—¡Y la bufanda hasta la boca como diciendo: a mí no me habéis cortao el cuello!

—¡Y la cabeza rapá y descubierta como diciendo: tomad, que ésta sigue aquí!

—¡Y tenían razón, nos los teníamos que haber cargao a todos!

Había otros que eran peores, unos a los que les daban patadas en los güevos y como si nada, ni siquiera bajaban la vista. Que luego montaron aquel gran follón.

—¡Y que lo digas!

—Pero éstos aparecieron luego.

Vamos, que por aquel entonces estábamos bien jodidos. Lo estábamos desde termidor. En nuestros cuchitriles nos helábamos. La tripa, vacía. El gobierno daba asco. Los mierdas esos apaleaban a nuestros compañeros un día sí y otro también. Estábamos perseguíos y aquella gente se reía en nuestra cara mientras nos corrían a palos. Daba rabia que le pegaran a uno aquellos capullos, tan peripuestos y maquillaos y apestando a esencias.

—Algunos eran mujeres.

—Y otros maricones.

—Iban por ahí medio desnudas en pleno febrero, con prendas de gasa que dejaban las tetas a la vista...

—Como que muchas murieron de frío.

—Bien les estuvo a las guarras.

Total, que estábamos bien jodidos, digo, y seguimos estándolo, aunque por lo menos luego, cuando apareció Scaramouche, tuvimos alguna satisfacción, alguna buena noticia, y lo mismo da si era el de antes u otro, o si eran varios. Scaramouche llevaba una máscara de cuero con una nariz afilada y larguísima, un pico como un puñal, que les clavaba en los ojos a aquellos chulos.

Scaramouche era una máquina de cargarse gentuza. El primero al que despachó fue a un tal Grisaille, al que llamaban «el Mago» y que iba mucho por el palacio Thellusson.

—No, no fue el primero, que ya se había cargao a unos cuantos...

—Este Grisaille iba por ahí con una cola de león, una de verdad, colgándole

del calzón. En la cabeza llevaba un sombrero amarillo de ala muy ancha y casi un metro de alto que se ataba a la barbilla con un barboquejo de raso rematao por unas campanillas con forma de calavera. Dentro del sombrero, colgando de lo alto, llevaba el garrote, el «pode' ejecutivo». Cuando empezaba a desatarse el barboquejo, quería decir que iba a dar de garrotazos. Scaramouche lo pilló una noche en el bulevar de los Italianos, bueno, no, se llamaba ya bulevar Cerutti. Había otros muscadinos, pero no pudieron hacer nada. Scaramouche aparece de pronto, se le planta delante y le dice: «Agradable sorrrpresa, ¿verrdad, cacho mierrda?»

El Mago se queda boquiabierto y en la boca justamente, ¡pumba!, recibe el espíritu de Marat, un garrotazo que le salta el sombrero y unos cuantos dientes. Entonces Scaramouche dice unas palabras:

—¡Toma eso, tiparraco rrepugnante! ¡Ya no tendrrás que esforrzarte por no decirr la erre! ¿A que agrradeces la ayuda del espíritu de Marrat?

El Mago está atontao...

—¿Sólo atontao? ¡Joer, yo estaría ya en el otro mundo!

El Mago no ha gritao siquiera, pero está muy confuso, porque, ¡zape!, ve que la palma. En un abrir y cerrar de ojos le han cambiao media cara y nota que la sangre le cae ya por el calzón... Y entonces, gesto absurdo como toda su vida miserable, quiere echar mano del sombrero pa coger el garrote, pero Scaramouche le suelta una patada en los cataplínes, pa que se joda, y el tío se pone a gritar como un condenao, escupiendo sangre y más dientes, y luego, derrotao, se hace un ovillo y queda todo encogido, medio muerto. Scaramouche mira a los laos: los compadres del Mago, cobardes como ellos solos, están cagaos de miedo. Intentan decir pío, pero Scaramouche les enseña la tranca espantosa, el espíritu de Marat manchao de sangre, que de noche aún da más miedo, porque es negro. Además, el tío de la máscara echa vapor, parece un animal, tiene una cara de loco, incluso se le ven, en la oscuridá, unos ojos rojos por los agujeros de la máscara y una sonrisilla que parece decir te cojo y te hago picadillo. Todos se callan. Scaramouche coge al Mago por la cola de león y se lo lleva, con la cara arrastrando por el suelo. Mientras se aleja con el botín de guerra, dice a los otros:

—Y os pido, mejorr, os orrdeno que les digáis a vuestros compinches, a vuestros jefes y a vuestras furrcias que el que ha dejado así a vuestro amigo ha sido Scarramouche, el Mataincredibles. ¡Scarramouche ha vuelto y las vais a pasarr negrras, bastarrdos!

Esto pa despedirse. Luego desaparece. Todo ha sido cuestión de un minuto. Los muscadinos no sabrían decir ni cómo iba vestido. Sólo recuerdan la máscara, el pico... y el espíritu de Marat. Unos dicen que Scaramouche era un monstruo, un ser enorme. Otros dicen que no, que era más bien bajo, macizo y musculoso. A Grisaille lo encontraron no lejos de allí a la mañana siguiente, seco, colgao boca abajo de un árbol. Scaramouche le cortó las dos orejas.

Unos días después, Scaramouche asalta a otro muscadino cerca del Palacio de la Igualdá. Cuando lo encuentran, lo reconocen por la ropa, porque el careto lo tiene hecho papilla. A este también le ha cortao las orejas y hay un cartel que dice:

TEMBLAD, ESBIRROS DE TERMIDOR  
EL ESPÍRITU DE MARAT OS GOLPEARÁ UNO A UNO

Scaramouche ataca a otro muscadino, también cerca del Palacio de la Igualdá. Cuando lo encuentran, no pueden reconocerlo por la ropa, porque lo ha dejao en cueros. También le faltan las orejas, y hay otro cartel que dice:

TIEMBLA TÚ TAMBIÉN, FRÉRON,  
VENGO A DEVOLVERTE UN POCO DE TU TERROR

Con un montón de erres, pa que se jodan. Aunque a muchos muscadinos les importa ya poco pronunciar o no la erre, ocupaos como están preguntándose quién coño es ese Scaramouche.

## 2

Los tres muscadinos llevaban un cubo de pintura negra y un pincel grande. De trecho en trecho se detenían y uno escribía, mientras los otros dos vigilaban. Casi no se cruzaban con nadie. Cuando pasaba alguien, lo miraban torvamente y el transeúnte se alejaba a toda prisa. Primero se cruzaron con un vagabundo, luego con una prostituta. Pero con ningún policía. La autoridad no los molestaba, según tenía mandado Fréron.

Scaramouche los seguía a distancia al menos desde hacía media hora, envuelto en la capa para confundirse con la noche, y tomando atajos para

esperarlos más adelante, por calles más estrechas y oscuras, entre basura, excrementos, gatos muertos y putrefactos.

Léo ya llevaba tiempo viendo aquellas pintadas. «¡Arriba el Ejército de los Sonámbulos!», «¡Viva el Ejército de los Sonámbulos!». Se preguntaba qué querían decir y quién las hacía. Sinceramente, nunca se hubiera imaginado que fueran los muscadinos. ¿Qué coño era aquello?

Los tres hombres se detuvieron y uno de ellos empezó a escribir. «¡Viva el E...»

Ya está bien, pensó Léo, harto. Era hora de entrar en acción.

—¿No serrá horra de irirse a acostarr, escribanos?

Los tres hombres se volvieron bruscamente, pero —cosa curiosa— no parecieron sorprendidos. Tenían una expresión impenetrable.

Aun así, Léo se lanzó al ataque.

Scaramouche empezó clavándole a uno el pico en el ojo. Notó cómo el globo ocular explotaba, ¡plaf! Pero el otro sólo vaciló un momento: dio un paso atrás y siguió descargando puñetazos. Scaramouche retrocedió y golpeó con el espíritu de Marat las piernas del adversario. Fue un golpe en pleno muslo capaz de dejar cojo a un mulo. El hombre lo encajó, pero apenas si emitió un quejido. Entonces los tres se abalanzaron contra él. Léo estaba a punto de acabar arrollado, pero se le ocurrió soltar un garrotazo ascendente, que fuera del suelo a la barbilla de alguno de los apestosos. La mandíbula crujió y el cuello salió despedido hacia atrás. Léo tuvo tiempo de esquivar la acometida y la lluvia de golpes. Pero el muscadino, aun después de recibir el golpe en la boca, siguió avanzando, tambaleante. Scaramouche retrocedió de nuevo y se puso en guardia. Tenía miedo; lo sentía en el coxis, pero mientras permaneciera ahí podía ser un motor. De hecho, Léo se descubrió lúcido como un espejo. En cambio, si el miedo subiera y le llegara a las vísceras, se cagaría por la pata abajo.

Mientras pugnaba por evitar que el miedo subiera del perineo al vientre, Léo tuvo una intuición.

Eran autómatas.

Eran seres mecánicos a los que les habían dado cuerda.

De hecho, para imitar a la perfección los movimientos de un ser humano bastaría con un buen relojero. La piel puede hacerse con cualquier piel bien

curtida. Los ojos, con piedras preciosas o vidrio, dependiendo de lo que uno sea o del puesto que ocupe en el mundo.

Y aquellos ojos parecían *realmente* de vidrio.

Léo notó que el vello de la espalda se le erizaba. Los golpes, los gestos, la respiración, los cuerpos, los más leves movimientos de los miembros, parecían obedecer a una coreografía. Podía ser que los muscadinos estuvieran bajo los efectos de alguna droga o fármaco que les hiciera intuir los golpes ajenos y no sentir el dolor.

Se dispusieron formando un triángulo. El del centro avanzó. Scaramouche le propinó un *coup de pied bas* en la rodilla. Bernard se lo había enseñado muy bien y él lo ejecutaba con elasticidad y amplitud, de manera que la parte interior del pie, de canto, segara la pierna por la parte blanda y más vulnerable de la articulación.

El muscadino cayó de bruces. Empezó a arrastrarse con los brazos, doblado el miembro herido en sentido contrario al del diseño divino. Léo se llamó tonto, sí, había sido un tonto de remate por haber dejado desdeñosamente abandonada la pistola, noches atrás, arma que habría constituido una parte legítima de su botín de guerra. Ahora la usaría, ¡vaya si la usaría! Porque la guerra es la guerra y si uno la empieza o se ve metido en ella, hay que ir hasta el final y vencer, sea cual sea el despliegue de fuerzas o la crueldad del enemigo.

Léo maldijo, resuelto a vencer como fuera. Porque la muerte, su muerte, sería el otro desenlace probable de la empresa.

Chúpate ésa, pensó. Y el espíritu de Marat se abatió sobre la sien del adversario de la derecha, que cayó sin sentido. Hay puntos que, golpeados, hacen que la máquina se desplome. Le dio al otro una fuerte patada en el bajo vientre. El muscadino no se inmutó. Sólo pareció vacilar al dar el siguiente paso, antes de que le cayera encima una lluvia de palos. No pudo reaccionar, pero siguió de pie hasta que los antebrazos con los que se protegía la cara cedieron y la cara desapareció sepultada, machacada.

Léo respiró afanosamente. Sus adversarios estaban vencidos. El de la pierna rota también fue alcanzado y rematado a garrotazos, con un ruido que helaba la sangre.

Los miró como se mira un prodigio nefasto. Sintió, de pronto, el dolor de los golpes recibidos. Cuello, costillas, brazos. Uno de los muscadinos

murmuraba algo, echando saliva por la boca. Léo se acercó y escuchó. Parecía una serie de números, un soniquete rítmico que no se entendía. Sí, eran mecanismos rotos, defectuosos. Sólo eran humanos por el olor, por la hediondez de los cuerpos, por el aspecto humano que tenían por fuera.

Mientras recobraba el aliento, vio que uno de los tres cuerpos se movía. No eran espasmos de moribundo: estaba levantándose, pese a que tenía la frente abierta estaba levantándose, apoyado de manos en el suelo.

Léo notó que el miedo le subía del coxis y le llegaba a las vísceras. Podía rematar a aquél también, pero estaba exhausto, asqueado, aterrado por lo que había visto.

Con trabajo, Léo introdujo la llave. Aún estaba girándola en la cerradura cuando la puerta se abrió y, en la claridad del alba, apareció Bernard. Salía a aquella hora a comprar comida. Se miraron y, por primera vez desde que Léo lo conocía, el marsellés pareció sorprendido. No debía de ser un bonito espectáculo: pálido como la cera, retorcido y dolorido, con un fardo sucio en las manos. Tendría que lavar bien el traje si quería volver a la acción.

Por lo demás, tenía tiempo. El cuerpo necesitaba descanso y la mente paz para reflexionar.

—Hagamos como que no sé lo que haces de noche —dijo Bernard—. ¿Entendido?

—Entendido —contestó Léo, apartó a su casero y entró.

### 3

De pie junto a la ventana, el hombre observaba una avispa que chocaba obstinadamente contra el cristal. El insecto era incapaz de aceptar que el mundo exterior, aunque se viera tan nítido, era inalcanzable. Era probable que notara el debilitamiento del fluido magnético, la disminución de la temperatura... El otoño avanzaba y la avispa no sobreviviría a aquella estación. Por eso se golpeaba contra el cristal y su zumbido parecía de rabia.

Yvers advirtió, a unos pasos de distancia, la presencia del hombre sin nariz. Tenía la discreción de ciertas aves, se acercaba a uno dando pasitos sigilosos y mirando a los lados.

—Mi señor... —graznó.

El caballero de Yvers posó en La Corneille una mirada distraída. Curiosa corneja sin pico, pensó. Tan horrible como fiel. Demasiado cerca. Tuvo que dar medio paso atrás para hurtarse a la deformidad de aquel rostro.

–Te escucho.

La Corneille se aclaró la voz con aire solemne.

–Tres de los nuestros han sido atacados en mitad de la noche. Dos han muerto, el otro está herido grave y es posible que no se salve.

Yvers asimiló la noticia sin pestañear. Siguió observando la avispa, que ahora caminaba por la orilla del cristal.

–¿Scaramouche?

La Corneille asintió. Olía mal e Yvers se apartó otro poco.

–Una emboscada, sin duda.

Una sombra cruzó por la cara imperturbable del jefe. La sombra de una rapaz nocturna.

El hombre enmascarado llevaba muchos días atacando a los muscadinos del Palacio de la Igualdad. Era sólo cuestión de tiempo que acabase enfrentándose al Ejército de los Sonámbulos.

Cuando por primera vez le hablaron de una acción de Scaramouche, Yvers se acordó enseguida del héroe de los revolucionarios. No había vuelto a saber de él desde que salió de Bicêtre.

O sea, desde tiempos del «ciudadano Laplace».

O sea, desde tiempos de Robespierre.

Scaramouche, el vengador del pueblo.

Cuánto había oído hablar de él; a locos, al personal, a visitantes.

Luego, de repente, habían dejado de hablar. El héroe harapiento había desaparecido.

Una golondrina no hace verano, se dijo Yvers, pero un búho que vuelve sí hace mal tiempo.

¿Por qué reaparecer ahora? ¿Por quién luchaba? Su mundo se había desmoronado.

¡Qué profunda desesperación debía de impulsarlo!

La avispa caminaba por el marco de la ventana. Yvers la atrapó entre índice y pulgar con un gesto rapidísimo y observó cómo retorció el abdomen tratando de picarle. El agujijón daba vueltas como si fuera una espada y llegaba a rozarle la piel. Era admirable cómo aquella ínfima forma de vida luchaba contra su destino con todas sus últimas fuerzas.

–El camino ideal está plagado de obstáculos –dijo–. Y esto es un bien: en otro caso sería un fétido pasto de rebaños.

La Corneille se acercó, pendiente de sus labios, y de nuevo el hedor penetró en las bellas narices del caballero.

–Casi ha llegado la hora. Prepárate.

–¿Cuándo, mi señor? –preguntó La Corneille, jadeando.

La respuesta fue seca.

–El segundo aniversario del Capeto.

Los ojos de La Corneille brillaron con excitación.

–Entretanto –añadió Yvers–, manda a los nuestros a que ejerzan el poder ejecutivo con los revolucionarios.

La Corneille se frotó las manos y asintió ostensiblemente.

–A propósito, mi señor... Esta mañana han venido a verme los hombres de Fréron.

Yvers miró la avispa a contraluz.

–¿Qué quiere nuestro diputado? –preguntó con desdén.

–Pide que golpeemos en San Antonio. Ese barrio es el último bastión de la revolución, donde sigue reuniéndose la extrema izquierda...

El caballero alzó la mano y le impuso silencio. Apretó los dedos hasta que el agujón de la avispa salió despedido del abdomen, junto con parte de las vísceras. Luego dejó en el cristal al insecto, que aún se movía.

–Háblame de esa taberna, La Corneille.

El hombre sin nariz asintió.

–La Gran Pinta. Es uno de sus puntos de encuentro. Y hay más: según nuestros espías, el año pasado, cuando Scaramouche actuaba en aquel barrio, la taberna era su cuartel general: es el héroe del barrio.

Sí, pensó Yvers. El último héroe de los miserables.

–Comunica a Fréron que nos ocuparemos de eso.

La Corneille se despidió haciendo varias inclinaciones.

Yvers se quedó a estudiar la agonía de la avispa como la estudiaría un entomólogo. O más bien como un demiurgo que observa el resultado de sus actos. Por alguna razón se acordó de Jean. Se preguntó qué habría sido de él. No porque le interesara su persona, sino porque tenía curiosidad por saber si había sobrevivido a la prueba. Lo de entonces, claro está, no fue sino un pequeño experimento comparado con lo que se disponía a realizar, un tímido intento de aproximarse a la perfección, a la afirmación absoluta de la

voluntad. Ahora iba a hacerlo y este pensamiento lo llenaba de orgullo. Demostraría la verdad a los hombres. Obtendría una victoria inapelable, ante la cual no cabría más que guardar un silencio sagrado.

La avispa dejó de moverse. Yvers abrió la ventana y con un dedo la echó fuera.

#### 4

El agente Chauvelin parecía haber envejecido años, pensó D'Amblanc cuando entró en la vasta estancia. Tenía la cara tensa, sudada. Estaba de pie detrás de la mesa y tenía unos papeles agarrados como si fueran una maza. El hombre recuperó la compostura y dejó los papeles en la mesa, estirados.

–Las moscas me sacan de quicio –dijo el funcionario–. Hay un par rondando toda la mañana y tengo una jaqueca horrible. El zumbido de los malditos insectos me vuelve loco. Por favor, sentaos.

D'Amblanc respondió a la invitación y se sentó. Se fijó en los ojos de su interlocutor. Los tenía hundidos, cansados.

–Así que habéis vuelto. Al final habéis descubierto que vuestro puesto está aquí, en París –dijo Chauvelin.

D'Amblanc no tenía intención de reanudar las hostilidades y no se dejó provocar. Había ido por un motivo preciso.

–He vuelto porque aún no he terminado mi trabajo.

–Si os referís a mí –dijo Chauvelin llevándose una mano a la frente–, creo que soy un caso desesperado.

D'Amblanc movió la cabeza.

–A decir verdad, ni siquiera estaba seguro de que os encontraría aquí.

Chauvelin asintió.

–A algunos los han apartado –admitió.

–No a vos.

–No, en efecto. Quiero servir a Francia y a la República mientras pueda. Creo que es el deber de todo buen revolucionario.

D'Amblanc pensó que habría preferido que aquel despacho lo ocupara otra persona, uno de esos funcionarios salidos del golpe de termidor. Sin embargo, y al mismo tiempo, esperaba encontrar precisamente a Chauvelin, jacobino de siempre.

—Casi todos los revolucionarios están muertos —dijo.

Chauvelin le lanzó una mirada desconsolada.

—El orgullo acabará perdiéndoos, doctor. Aún pensáis que la revolución debe adecuarse a vuestras expectativas. ¿Quién creéis que sois? Os vais, permanecéis fuera meses, regresáis... Os comportáis como un amante pasajero. La verdadera empresa es seguir siendo fiel a la revolución aunque no sea la que esperábamos. —El esfuerzo de hablar pareció agotarlo—. ¿Qué habéis venido a decirme? —preguntó, y enseguida añadió—: Si es que seáis dispuesto a decírmelo...

D'Amblanc dudó un instante antes de hablar.

—Tengo buenas razones para creer que el magnetista cuyas huellas descubrí en Auvernia, el caballero de Yvers, se halla en París en estos momentos.

—No me sorprende —comentó Chauvelin—. Aún se esconden muchos monárquicos en París.

D'Amblanc movió de nuevo la cabeza.

—Dejadme acabar. Desde finales del año 93 al mes de termidor de este año, este hombre residió con un nombre falso en el hospital de Bicêtre, donde prosiguió sus experimentos de sonambulismo. El doctor Pinel cree que es capaz de controlar la voluntad de otros incluso a distancia.

El funcionario dio una sacudida, no se sabe si a causa de una punzada de dolor o de la revelación de D'Amblanc. Parecía que habían transcurrido siglos desde que el comisario Chauvelin desbaratara el complot urdido para librar a Luis XVI de la guillotina, dejando que se le escapara el cerebro de la conjura.

—Gracias a las falsas declaraciones de un tal doctor Gallonnaire —añadió D'Amblanc—, consiguió que lo ingresaran como pensionista el 26 de enero de 1793, cinco días después del intento de liberar a Capeto. Podría ser uno de los hombres que se os escapó entonces.

D'Amblanc dejó que Chauvelin sacara sus conclusiones. Vio una luz nueva en su mirada, aunque muy en el fondo, un destello que sobrevivía a las turbulencias y a la jaqueca.

Continuó.

—¿Habéis oído hablar del Ejército de los Sonámbulos?

Chauvelin asintió con expresión seria, agitando la mano delante de la cara. Puro automatismo, porque D'Amblanc no oyó ningún zumbido.

—E imagino —continuó— que sabéis lo que se dice de que resisten el dolor,

de que tienen una expresión ausente, lejana. En las paredes se ven pintadas en favor de la banda.

–Si Brissot viviera –dijo Chauvelin con un esfuerzo–, podríamos darle gusto. Por lo visto, la revolución de los sonámbulos ha empezado.

D’Amblanc acogió aquellas palabras con una frialdad de hielo. Parecían sarcásticas, pero la expresión de Chauvelin era grave, profunda. Miraba hacia abajo, hacia la mesa, como si buscara algo. Quizá el hilo perdido de sus pensamientos.

–Tras las acciones de estos sonámbulos están los muscadinos del Palacio de la Igualdad –prosiguió el policía–. Conocemos sus nombres, apellidos y apodos. No es ningún ejército misterioso, sino una de las muchas bandas que se han formado en estos tiempos turbulentos. Los manda uno de los vigilantes del palacio, un tal La Corneille. No sabemos si las pintadas de las paredes son idea suya. De lo que no cabe duda es de que han dado cierto carisma a la banda...

Las comisuras de la boca de Chauvelin pugnaron por alzarse para formar una sonrisa, pero se detuvieron al instante, como vencidas por un peso que nadie más podía sentir.

D’Amblanc se hizo cargo de la nueva información y se tragó el orgullo antes de replicar:

–¿Y por qué no arrestáis a ese La Corneille? Podría llevaros hasta el hombre del que os he hablado, el mismo con el que tenéis una cuenta pendiente desde aquel 21 de enero. O podríais interrogar al doctor que firmó la solicitud de ingreso. Hace un tiempo me dijisteis que un hombre solo no era un peligro urgente, con las conspiraciones que agitaban París. Hoy ese hombre podría haberse unido a otros, que actúan impunemente en la calle gracias a sus enseñanzas.

Chauvelin se decidió a mirarlo a la cara.

–He recibido órdenes de arriba –dijo–. A la llamada Juventud Dorada no se la toca. Hay quien maneja sus riendas.

D’Amblanc no se contuvo.

–¿Quién? ¿Fréron? ¿Thuriot? ¿Los mismos que antes gobernaron con Danton, luego traicionaron a Robespierre y ahora quieren restablecer el *statu quo ante*? ¿A eso llamáis vos seguir siendo fiel a la revolución? ¿Acatar órdenes de los chaqueteros?

Chauvelin se oprimió las sienes con los dedos y respiró hondo. Se levantó

y, vuelto a medias, observó por la ventana el otoño que avanzaba inexorable sobre París.

—La revolución nos ha enseñado que la diferencia entre un patriota y un criminal puede ser tan sutil como la diferencia entre un caudillo ilustrado y un tirano. De una parte, Fréron; de otra, los revolucionarios radicales... ¿Quién defiende la República, quién la amenaza? Los terroristas no desisten, porque aman más el Terror que la República. Esta gente es un peligro. Y esa especie de... —Chauvelin buscó las palabras justiciero de comedia del arte que quiere hacer las veces de estado... Un comicastro que dice que combate a los enemigos de la República y a la vez convierte el republicanismo en una farsa... ¿Es un patriota? ¿O un delincuente?

D'Amblanc contuvo a duras penas la rabia.

—¿Entonces los verdaderos enemigos son los revolucionarios y Scaramouche y la Juventud Dorada tiene licencia para combatirlos? ¿Y no es eso querer hacer las veces de estado? ¿No es entregar la República a unos bufones?

—Ya os he dicho lo que pienso. Cada cual elige su destino.

Meses atrás, D'Amblanc habría sentido compasión por el hombre que tenía delante. No era más que un burócrata, dirían los economistas, abrumado por el peso de unos tiempos a cuya altura se esforzaba por estar. Como todos. Ahora, en cambio, le parecía cómplice de su suerte. Había elegido. O, mejor dicho, había dejado que otros eligieran por él, cambiando el valor por la resignación. La resignación nunca es revolucionaria.

Algo en la mesa atrajo la atención de D'Amblanc. Debajo de un cartapacio asomaba un billete. Parecía una invitación. La primera línea decía, en caracteres nítidos: «Su Señoría está invitada al Baile de las Víctimas.»

«Su Señoría.» Sí, todo había cambiado.

En el encabezamiento se veía una fecha y una dirección: Palacio Thellusson, calle de Provenza. D'Amblanc se lo grabó en la mente.

—Os vendría muy bien una sesión de magnetización —dijo D'Amblanc cuando Chauvelin se volvió.

El policía se permitió una sonrisa forzada.

—Lo sé. Os aseguro que la tentación es fuerte. Pero a estas alturas he aprendido a prescindir de vos y a soportar estoicamente. Si no, no estaría donde estoy. Mejor que nos despedamos así.

D'Amblanc entendió la indirecta.

–Tenéis razón. A cada cual, su destino.

Ni siquiera dijo adiós. Salió de la estancia abrumado por el peso de un presentimiento funesto.

LEY DEL 4 DE NIVOSO DEL AÑO III  
(24 de diciembre de 1794)

Art. 1. Todas las leyes relacionadas con la fijación de un precio máximo de víveres y mercancías quedarán sin efecto a partir de la publicación de esta ley.

Art. 2. Todas las órdenes de requisita dictadas hasta ese día para el aprovisionamiento de las tropas de tierra y de mar y para el abastecimiento de París serán ejecutadas.

Art. 4. Los víveres requisados se pagarán al precio vigente en la capital de cada distrito.

Art. 9. Por el presente decreto, la circulación de trigo será completamente libre dentro de la República.

Art. 14. Todos los procedimientos abiertos por violación de la ley del precio máximo quedan anulados; los ciudadanos detenidos en virtud de tales procesos serán puestos en libertad sin mayor dilación.

Art. 15. Todas las órdenes de requisita de alimentos o mercancías, a excepción de las arriba referidas, quedan anuladas a partir de la publicación del presente decreto.

## ESCENA CUARTA

### El Baile de las Víctimas

*Diciembre de 1794-enero de 1795 (nivoso del año III)*

#### 1

Sólo le quedaba un traje elegante, vestigio del tiempo anterior a la revolución. No se lo ponía desde entonces. Le habría parecido ridículo exhibirlo en aquellos tiempos de penuria y además no quería estropearlo por si necesitaba empeñarlo o venderlo. Desde luego, nunca se habría imaginado que le serviría para aquella ocasión.

Jean lo observó mientras se ponía la chaqueta. Le estaba un poco ancha. En los últimos meses había adelgazado. Como todo el mundo, por cierto.

–Estáis muy elegante, señor.

–Gracias, Jean.

D'Amblanc se puso delante del pequeño espejo que colgaba de la pared y se ajustó la corbata.

–¿Dónde vais tan elegante?

–A una fiesta a la que no me han invitado.

El chiquillo se quedó pensativo.

–No es correcto, ¿verdad?

–No, sin duda –contestó D'Amblanc arreglándose el nudo, con la barbilla levantada.

–¿Creéis que os dejarán entrar gracias al traje?

D'Amblanc sonrió.

–No lo creo. –Dio unos pasos por el cuarto para familiarizarse de nuevo con aquel atuendo, ensayó una reverencia. Jean se rió–. Tendré que inventarme algo.

–¿Por qué no me lleváis con vos, señor?

D'Amblanc le revolvió el pelo con la mano.

–No creo que dejen entrar a los niños... Y no me llames señor.

Jean se excusó y fue a por su sombrero.

D'Amblanc se lo caló en la cabeza y miró a Jean.

—No le abras a nadie. Volveré pronto.

El palacio Thellusson era la residencia de una familia de banqueros suizos. Inconfundible: al jardín inglés de la villa se accedía por un enorme arco que se erigía frente a la calle de Artois. Los coches pasaban bajo la bóveda y descargaban a los invitados delante del pórtico.

D'Amblanc llegó a pie y se quedó largo rato estudiando la fauna que se apeaba de los vehículos, enfundada en gabanes elegantes que protegían del aire frío del otoño. Eran caras de comerciantes, inversores de bolsa y —habría apostado— nobles a los que habían devuelto sus bienes o que habían sido resarcidos de los bienes confiscados por la República.

Los días anteriores, D'Amblanc, oyendo lo que se decía en la calle, había sabido que sólo estaban invitados al Baile de las Víctimas las personas que tenían algún pariente guillotinado. Se homenajeaba a los muertos, pero al mismo tiempo se celebraba haber escapado al peligro.

D'Amblanc pensaba que había algo obscuro en todo aquello. Pero la pregunta que lo atormentaba era por qué habían invitado a Chauvelin. Estaba seguro de que no habían guillotinado a ningún pariente suyo. Y, sobre todo, era un funcionario del comité de seguridad general. ¿Qué tenía que ver con aquella gente? Se había librado de las purgas que siguieron a la caída de Robespierre y se había reciclado para servir al partido victorioso. La revolución continúa, pero no ha ocurrido nada.

Las sospechas de D'Amblanc crecieron y se transformaron en la voluntad de encontrar respuesta a sus dudas. Había algo en Chauvelin, una reticencia que le había notado desde que regresó de su misión en Auvernia, que ahora le parecía el indicio de una culpa.

Se acercó a la entrada sin prisa, apartado, esperando unirse a la cola. Al otro lado del gran umbral, los invitados mostraban la invitación al mayordomo y entregaban abrigos y sombreros a la servidumbre.

D'Amblanc reparó en que los hombres llevaban un brazalete negro, o vestían completamente de ese color, como si, más que a un baile, asistieran a un funeral. Las damas iban acicaladas de un modo curioso. Algunas llevaban una cinta roja al cuello; otras se habían empolvado tanto la cara y el pecho que parecían cadáveres ambulantes. Todas llevaban los hombros al aire y el

pelo recogido por encima del cogote. Los hombres se habían cortado el cuello de la camisa y también la coleta, para peinarse a lo Bruto. O más bien a lo Tito, como se llamaba entonces aquel tipo de corte.

No era difícil averiguar a qué estaba dedicada la velada.

A la decapitación.

En el vestíbulo, D'Amblanc se fijó en que los invitados se saludaban inclinando la cabeza con un movimiento brusco. Era otra macabra forma de burlarse de la guillotina.

De uno de los carruajes se apeó un hombre corpulento con un sombrero en el que destacaba una escarapela tricolor. D'Amblanc lo reconoció y decidió aprovechar la ocasión. Se le acercó y se inclinó un poco.

—El caballero de Sauvigny...

El hombre entornó los ojos, se aproximó... y compuso una sonrisa.

—¡Dios mío, Orphée d'Amblanc!... ¿De verdad sois vos?

—El mismo —contestó D'Amblanc en el más afable de los tonos.

—La última vez que nos vimos fue antes de...

La frase quedó suspensa por vacilación del recuerdo, o más bien, pensó D'Amblanc, por la eventualidad de hablar de los años transcurridos sin saber cómo los había pasado el interlocutor.

—Antes de que Mesmer se marchara de París —concluyó D'Amblanc, sacando al otro del apuro.

—¡Dios mío, sí! —repuso el caballero, aliviado—. Hace al menos siete años. Desde entonces no he vuelto a meterme en una bañera magnética. ¡Quién iba a decirnos que nos encontraríamos aquí! ¿También vos habéis perdido a algún ser querido?

D'Amblanc confió en no ser un actor muy malo.

—A mi hermano Homère.

El otro puso una expresión de profunda congoja.

—Lo siento mucho. Entiendo cómo os sentís. Yo perdí a mi cuñado el año pasado.

D'Amblanc no dijo nada y asintió con aire grave.

—Venid, entremos juntos —dijo el caballero de Sauvigny.

Bien, pensó D'Amblanc. Era el momento de echar el anzuelo.

—Es que he perdido mi invitación. Me temo que tendré que renunciar.

El hombre lo tomó del brazo.

—¿No lo diréis en serio? Entraréis conmigo. Conozco personalmente a la

familia Thellusson. Soy un devoto deudor de ellos. Vamos.

D'Amblanc se dejó conducir dentro antes de que pudiera dar gracias por la buena estrella de Franz Anton Mesmer y el sacrificio de un hermano que nunca había tenido.

Se abrió paso por entre la gente que llenaba la sala de baile hablando cordialmente con el caballero de Sauvigny y con él fue a presentar sus respetos a los anfitriones.

El espectáculo de todas aquellas personas enlutadas, o, mejor dicho, disfrazadas de cadáveres, era inquietante. Las risas que salían por aquellos labios pálidos o cárdenos eran burlas, rugidos, rebuznos, y parecían decir: «Aquí seguimos, mirad nuestros blancos cuellos, mirad nuestras cabezas, que siguen bien plantadas en su sitio, estamos vivos, hemos sobrevivido al Terror y ahora el Terror somos nosotros.»

La música era discordante y parecía que los bailarines siguieran otro ritmo que sólo sonaba en sus oídos. Bailaban una carmañola imitando a los desgraciados que habían bailado bajo la guillotina.

D'Amblanc esperó a que el caballero de Sauvigny se distrajera con otros invitados y se escabulló. Deambuló por entre personas que gesticulaban con aire desganado y sonreían macabramente y al final se detuvo junto a una columna.

Fue entonces cuando olió un perfume.

No lo había olvidado. Pese al mucho tiempo que había pasado desde la última vez que lo aspiró.

Jazmín.

Inconfundible.

Pensó que aún estaba a tiempo de marcharse y no volverse. Bastaba con dirigirse a la salida y nadie se daría cuenta de nada. Pero se volvió sabiendo de antemano que el presentimiento que lo había llevado allí iba a confirmarse. Vio el reflejo de las luces en la cabellera castaña. También ella estaba mirándolo, firmemente cogida del brazo de su caballero. Incredula.

D'Amblanc fue al encuentro de la pareja.

Cécile Girard llevaba un vestido gris, sobrio y elegante. Las facciones de su rostro parecían un poco más duras. Por los tiempos que corrían más que por el tiempo que había pasado, diría D'Amblanc. El escote dejaba a la vista la parte superior del pecho y el cuello ebúrneo, ceñido por un fino pañuelo de raso rojo.

Aquella persona sí tenía derecho a estar allí, al contrario del caballero que iba con ella, al que sin duda habían invitado para que le hiciera de acompañante.

D'Amblanc clavó los ojos en Chauvelin, que palideció sin necesidad de polvos.

Decidió no hacerle caso y mirar a la señora Girard.

Ella habló en tono firme.

—Querido Chauvelin, ¿seríais tan amable de dejarnos un momento?

El comisario no pareció buscar siquiera un motivo para protestar. Se alejó y se limitó a no perderlos de vista.

D'Amblanc le dio la espalda, no lo quería en su campo visual.

—Así que seguís en París —dijo vuelto a la mujer.

—No —contestó ella—. Vivo en una casa a unas millas de la ciudad, cerca del bosque de Fontainebleau. La compró mi marido antes de que lo detuvieran.

D'Amblanc registró la información como hubiera registrado un síntoma en un paciente.

—¿Es allí donde os visita vuestro caballero?

La mujer guardó silencio y consideró la frialdad de la pregunta.

—Muy rápido juzgáis —dijo al fin.

—Es lo que exigen los tiempos —replicó D'Amblanc.

—También exigen que una mujer tenga a alguien que la proteja —se defendió ella.

D'Amblanc no tenía intención de ceder ni un ápice, ahora que estaba allí dispuesto a descubrir la intriga.

—¿Alguien como el perseguidor del marido?

La señora Girard encajó la estocada sin mostrar lástima de sí misma, ni del hombre que tenía enfrente. En torno a ellos, la fiesta proseguía, pero era como si fuera en otro lugar, y las risas tétricas de los invitados se oían sordas.

—Decidme, ¿quién más? —dijo la señora Girard—. Os marchasteis sin llevarme con vos ni decirme que os esperara. Me dijisteis adiós, en lugar de la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó D'Amblanc.

—Que me amabais —contestó ella—. ¿No es verdad? Y ahora sólo queréis condenarme, como cualquier pretendiente despechado. Es la historia la que os ha despechado, amigo mío. No descarguéis el peso sobre mí. Yo ya soporto el que me toca.

D'Amblanc apretó los dientes. El picor de las cicatrices era fastidioso, constante.

—Vos no sabéis siquiera lo que es cargar con un peso —dijo—. Quedaos con vuestro protector. Celebrad que habéis sobrevivido. Pero los que han sido guillotizados, estuvieran o no equivocados, han muerto por una buena causa, no han vivido para... —Señaló la escena que los rodeaba y de la que estaban momentáneamente excluidos—. Para nada.

—Quizá debería lamentar no haber acabado en el patíbulo con mi marido —contestó la viuda Girard—. Sólo Dios sabe cuánto me habría gustado ser Olympe de Gouges. Lo único que he conseguido es ser la viuda Girard. ¿Y vos? ¿Habéis encontrado vuestra buena causa?

D'Amblanc no contestó, pero grabó bien en su mente el rostro de ella. Quería recordarla así, altiva, triste, maravillosa.

—Os deseo la mejor suerte —dijo secamente. Se despidió, cruzó la sala, saturada de música y de voces, y llegó a la salida. No soportaba seguir allí.

Recogió el gabán y en el vestíbulo lo alcanzó Chauvelin.

La mirada que D'Amblanc le lanzó debió de ser elocuente, porque el comisario se mantuvo a distancia. Aun así, D'Amblanc hubo de reconocer que tenía valor para presentarse de nuevo ante él.

—Ahora está claro el motivo de vuestra reticencia —dijo.

El comisario se acercó medio paso.

—Me pedisteis que hiciera lo que estuviera en mis manos para salvarla —dijo.

D'Amblanc sintió rabia y ganas de pegarle. Apretó los puños. Ahora las cicatrices le quemaban.

—¿Y así es como descargáis vuestra conciencia? —dijo—. La verdad es que me habéis ocultado su suerte. Que cada cual escoja la suya.

Chauvelin movió la cabeza.

—Escuchadme, D'Amblanc. Aunque ahora me despreciéis, os doy un consejo sincero. No os metáis en líos. Seguir la pista que seguís es malgastar un ingenio como el vuestro. No conseguiréis más que perjudicaros. No servirá de nada.

Sí, pensó D'Amblanc, el tono era sincero. Estaba casi dispuesto a creer en sus buenas intenciones, aunque nacieran de su mala conciencia.

—Os equivocáis —dijo—. Sólo quedamos ese hombre y yo. Si él existe es

porque las personas como yo y como vos no han querido ver. No cometeré el mismo error dos veces.

Era una buena causa, pensó. Giró sobre sus talones y salió del palacio Thellusson sin volver la vista atrás.

## 2

Habían ido a llamarlo porque era la costumbre: cuando se avecina una tormenta, díselo a Treignac. Aunque él, Treignac, ya no era lo que había sido. La cabeza del Incorruptible había arrastrado consigo al cesto el destino de mucha gente. En París, los policías amigos de los jacobinos habían sido expulsados del cuerpo y lo mismo ocurría en todos los departamentos de Francia. Eran malos tiempos para quienes habían estado de parte de los hermanos Robespierre y de Saint-Just. Mejor que protestar era dar gracias por no haber perdido la cabeza, junto con el puesto. Porque cabezas seguían rodando, sólo que ahora lo hacían por otra pendiente. Así que a Treignac sólo le quedaba la zapatería.

A Bastien le había dado cuero, aguja y tijeras. Aprender un oficio no era una mala alternativa a pasarse todo el día en la calle recibiendo chivatazos. Pero el mozalbete no había perdido el vicio y en las pausas del trabajo corría a la taberna de Férault.

Por eso estaba Treignac preocupado y se dirigía corriendo a La Gran Pinta. Sabía que Bastien estaría allí. Y estaba sucediendo algo. Habían ido a llamarlo para decirle que había gente con mala pinta en el local de Férault.

Salió del callejón justo enfrente de la taberna y lo que vio no le gustó nada.

Había una fila de hombres armados de garrotes frente al local.

Caras obtusas, miradas fijas. Treignac sintió un escalofrío.

Y eso que había visto muchas cosas. Había vivido los tumultos del 10 de agosto, había repartido leña a diestro y siniestro, y cuando servía en la policía se había visto en situaciones muy serias. ¿Por qué sentía entonces que se le ponía la piel de gallina ante aquellas caras?

Se acercó y se halló junto a la costurera Georgette, que había acudido con sus amigas, agujas de coser en mano.

—¿Qué pasa? —preguntó Treignac.

Georgette señaló la taberna con la cabeza.

–Son esos apestosos. Han entrado unos cuantos a no sé qué. Y estos de fuera no dejan que nos acerquemos.

–Llamo a gente y los echamos.

Georgette sopló por entre los dientes y enseñó la aguja de coser.

–No es tan fácil. Madeleine le ha clavado una de éstas a uno –señaló a la fila de hombres– y no ha dicho ni ¡ay! Quieto como un árbol. Tenía que habérsela clavado en los ojos.

Treignac no dijo nada, pero pensó deprisa. Había oído hablar de aquella gente extraña que no sentía dolor cuando recibían un golpe. La primera vez fue después de la pelea del barrio de San Marcelo. Los muscadinos cantaron «El despertar del pueblo» delante de un grupo de revolucionarios y se lió una gorda. Al día siguiente todo el mundo hablaba de lo raros que eran aquellos individuos: ya podía uno partirles el labio que ellos nada, ni un quejido, y volvían a la carga. Al final caían, pero para eso había que molerlos a palos o romperles la crisma. Y si uno se descuidaba, se la rompían a él antes.

Aquéllos, sin embargo, no vestían como muscadinos. Como chulos, sí, pero sin llamar mucho la atención.

Después de lo de San Marcelo y de alguna otra aparición, a Treignac le habían dicho que quizá tenía que ver con las pintadas de las paredes, que habían aparecido en muchos barrios pero no en San Antonio: «Llega el Ejército de los Sonámbulos».

Fueran quienes fueran, el asunto pintaba mal. Y no se veían agentes del orden. La nueva policía se desentendía.

Treignac miró a los lados en busca de caras conocidas. Vio a dos de sus hombres que, como él, habían vuelto a su oficio. Con un silbido los llamó y los mandó a buscar más hombres.

–¿Habéis visto a Bastien? –preguntó a las costureras.

En respuesta recibió muecas y encogimientos de hombros.

Treignac maldijo para sí. ¿A que estaba en la taberna?

Dentro de ésta se oyó estrépito de madera que se parte. Alguien gritó; parecía la voz de Férault.

No había tiempo para esperar refuerzos. Treignac se abalanzó sobre el muscadino que tenía más cerca y lo derribó. Rodaron por el suelo. Treignac daba puñetazos a ciegas. Recibió uno en el ojo y se golpeó la cabeza contra el suelo. Siguió dando puñetazos, pero el adversario parecía no sentirlos, pese a que el pómulo le sangraba copiosamente.

Treignac intentó sacudírselo de encima pero recibió un puñetazo en la cara. El otro echó mano del garrote y lo levantó dispuesto a descargar un golpe mortal.

Adiós, se dijo Treignac, un instante antes de que su rival se viera con una aguja de coser clavada en el ojo. No gritó, pero se puso en pie. Volvió la cara en busca del agresor, con la aguja sobresaliendo de la órbita ocular. Georgette se acercó a Treignac.

—¿Ves? ¡Apuntad a los ojos!

Sophie, Madeleine y Amandine se abalanzaron sobre el hombre, lo derribaron, lo pisotearon con los zuecos y luego se unieron a sus dos compañeros. Los demás energúmenos rodearon al grupo. Incluso el cegado se levantó, pateado y sangrando como estaba. Esta vez Treignac se estremeció de veras. ¿De dónde salía aquella gente?

Pensó que moriría como un tonto: entre mujeres y sin una aguja siquiera con la que defenderse.

No acabó de formular aquel pensamiento cuando Georgette le gruñó al oído:

—¡Mira que si las palmo por un poli!

—Consuélate. Ya no soy poli —contestó él con una sonrisa amarga.

Se oyó una explosión en la taberna, acompañada de una llamarada que salió por las ventanas y la chimenea.

El olor a quemado envolvió a todos. De La Gran Pinta salieron corriendo media docena de individuos de aquéllos, armados con garrotes. Treignac sabía reconocer la jerarquía: había uno, rubio, que debía de ser el jefe.

—¡Bastien! —gritó Treignac, y arremetió de cabeza contra el enemigo. El rubio le descargó un garrotazo en el cuello, un golpe seco que lo derribó. En el suelo, Treignac consiguió morderle un tobillo. Apretó los dientes con todas sus fuerzas y notó la sangre que le entraba en la boca y los tendones que se rasgaban. Otro golpe lo obligó a soltar la presa. Intentó levantar la cabeza, pero no podía, el cuello le dolía espantosamente. Con un esfuerzo ímprobo se volvió sobre la espalda y así quedó, como una tortuga boca arriba. Vio una cara que se recortaba contra el cielo. Era la cara de un negro. El negro lo llamaba por su nombre, desde muy lejos.

¿Cómo es que sabía su nombre?

Entonces se dio cuenta de que la piel de los surcos que las lágrimas dejaban era blanca y reconoció a Bastien, que llevaba la cara cubierta de

hollín y hablaba con una voz entrecortada por la tos. El muchacho estaba a salvo. Ya podía morir en paz.

3

No había que preguntar.

Bastaba con pasear por la calle principal, pararse en las esquinas de las calles adyacentes, entrar en las tiendas de ebanistas y tejedores, hacer cola para comprar un cucurucho de zanahorias hervidas.

Los detalles del incendio de La Gran Pinta volaban en torno a D'Amblanc como papelillos al viento. A su lado, Jean los escuchaba muy atento, sin saber bien a qué habían ido allí.

–Tú ten siempre los ojos bien abiertos –le había dicho el doctor–, porque si ves al caballero de Yvers, vamos a darle una buena sorpresa.

Jean ya estaba acostumbrado a jugar a aquella especie de escondite. D'Amblanc le proponía el juego siempre que salían juntos. Decía que el caballero aún no le había dado cita, pero sin duda estaba en París y podían encontrárselo por la calle. Aquella mañana, sin embargo, Jean estaba más distraído de lo habitual, como si las voces de San Antonio fueran papelillos de verdad, o mariposas.

*Las llamas. Gente rara. Como en San Marcelo. No, peor que en San Marcelo; allí sólo hubo tortazos, no fuego. Los nuestros les daban palos y los otros como si nada. Férault murió quemado. Bastien se salvó porque se arrojó al pozo. Eran muchos, por lo menos unos cuarenta. ¡Quia, por lo menos cien! El Ejército de los Sonámbulos. El de las pintadas. ¿Y quién coño son? Menos mal que el fuego no se extendió. ¿Y quién demontres son esos cabrones? Treignac se llevó un mal golpe. Juventud Dorada. Los sinvergüenzas del Palacio de la Igualdad. A Syran tendrán que cortarle un brazo. ¿Te acuerdas de Syran? Hay que hacérselas pagar. Aquí hace falta Scaramouche. Scaramouche se encargará. Yo creo que buscaban a Scaramouche. ¿Dónde está Scaramouche? Han desafiado a Scaramouche.*

Aquella mañana, en el café, D'Amblanc había oído leer la noticia del incendio en San Antonio. Los periódicos aún no habían tenido tiempo de publicarla, pero ya circulaba en aquellos papeles escritos a mano que llevaban

la información de un barrio a otro en cuestión de horas. Todos hablaban del Ejército de los Sonámbulos.

Antes de la revolución, un médico mesmerista llamado Malin había realizado una serie de experimentos sobre anestesia magnética. Había sonambulizado a un hombre de cuarenta años y lo había operado de cataratas sin que sintiera dolor alguno. Sus escritos habían despertado gran interés. Sin embargo, nadie consiguió obtener los mismos resultados. Los sonámbulos tenían una percepción atenuada del dolor, esto se sabía, pero lo que se decía del Ejército de los Sonámbulos era algo muy distinto. Encajaban los golpes como muñecos de carne, seguían batiéndose con un ojo reventado por una aguja de coser...

–Ni un grito de dolor.

–Los golpeaban y ellos seguían derechos a lo suyo, como si lo que tenían que hacer fuera más fuerte que los golpes que recibían.

–Sólo caían cuando les rompían las piernas.

–El Ejército de los Sonámbulos.

–¡Coño, sí! Habéis visto las pintadas, ¿no?

–«Llega el Ejército de los Sonámbulos.» ¿Y dices que son los mismos?

–¿Quiénes si no? Los mismos de San Marcelo.

–Aunque éstos no iban tan peripuestos...

–Irían más de trapillo para no llamar la atención...

Siguiendo aquellos rumores como papelillos o mariposas, llegaron Jean y D'Amblanc a lo que quedaba de La Gran Pinta. El tejado de madera se había hundido, pero las dos chimeneas de piedra seguían en pie como centinelas del desastre. En las paredes de las casas contiguas se veía una gran mancha oscura, pero las estructuras parecían intactas. La calle era un ir y venir de hombres y mujeres, como parientes en la habitación de un difunto. Algunos querían tocar los restos mortales y tiznarse los dedos, otros se descubrían con respeto. Había gente que incluso había dejado el sombrero en los escalones de la puerta. Un grupo de ancianos miraba fijamente la taberna, como si quisiera reconstruirla con la mirada. Seguramente ya estaban haciéndolo con la mente, pensó D'Amblanc. Y como para hacer más verdadera aquella reconstrucción, daban largos tragos de vino, la botella pasaba de mano en mano, el pensamiento levantaba vigas y clavaba clavos. Un poco más allá, un hombre contaba cómo se había salvado y cómo había muerto Férault, el

tabernero, quemado vivo. Una voz preguntó si se sabía ya cuándo era el entierro. Otra preguntó cuánto tiempo más seguirían allí.

—¿Tienes frío, Jean? ¿Quieres que volvamos a casa?

—Este sitio no me gusta —dijo el chiquillo—. Además, me prometisteis que me enseñaríais cómo funciona la máquina eléctrica.

—No te lo prometí, Jean. Te dije que te lo enseñaría, que es distinto.

El pequeño auvernés calló. A D'Amblanc le hubiera gustado disponer de más tiempo para ocuparse de su educación. Pero entre la atención a los pacientes, la caza de los sonámbulos, el conflicto con Chauvelin y la reaparición de la señora Girard, no había podido dedicar mucha energía a su huésped. Con frecuencia tenía que dejarlo solo o con la cocinera del mesón vecino. Otras veces le hacía participar en alguna actividad interesante, aunque pronto se veía obligado a suspenderla, y cuando la retomaba Jean había perdido el entusiasmo. Le había mostrado las maravillas del fulminador, que producía chispas o erizaba el pelo de la cabeza con una carga ligera. Jean se había divertido mucho y había manifestado el deseo de aprenderlo todo sobre la electricidad. Cuando las ganas de aprender vienen del alumno, pensaba D'Amblanc, es un éxito para el maestro, pero no hay que dejar pasar la ocasión.

El diálogo entre dos hombres que observaban las ruinas de la taberna lo sacó de sus reflexiones pedagógicas.

—Era como si se movieran sin necesidad de mirar —decía uno que llevaba un brazo vendado—. Como si estuvieran ciegos, pero siempre golpeaban en el punto justo.

—¿Cuál?

—No un punto preciso, burro. Era como si supieran de antemano lo que íbamos a hacer. Un instante antes.

—O sea, que no estaban ciegos.

—¡Quia! Nos veían y muy bien. Pero llevaban los ojos medio cerrados, como cuando uno ha bebido mucho y la cabeza le da vueltas.

—O sea, ¿que estaban borrachos?

—Ni por pienso borrachos. Si lo hubieran estado, los habríamos echado al Sena a patadas. Estaban bien despabilados, pero era como si estuvieran medio dormidos.

—No entiendo ni jota.

—Porque eres tonto, hombre. Te lo explico otra vez.

D'Amblanc decidió que no necesitaba más pruebas. Todos los detalles reforzaban la idea de que el Ejército de los Sonámbulos estaba formado por verdaderos sonámbulos. Insensibles al dolor. Capaces, como eran los sonámbulos, de prever las acciones de los demás. Todos movidos por una voluntad, como miembros de un único cerebro. Un cerebro que podía provocarles aquel estado y mantener el contacto a distancia espacial y temporal. Cómo era posible aquello aún no lo sabía. Pero era evidente que el caballero de Yvers —o el «ciudadano Laplace», como se hacía llamar en Bicêtre— practicaba magnetizaciones de grupo. Si no fuera así, en sonambulizar a decenas de hombres uno a uno emplearía un día entero.

D'Amblanc recordó lo que le había dicho el doctor Pinel: unos cincuenta locos, alineados en el patio de Bicêtre y determinados a mantener la formación costase lo que costase. «Los celadores han tenido que aporrearlos y llevárselos a rastras.»

—Vamos, Jean. Ya podemos irnos.

—¿De veras? Y me enseñaréis...

—Sí, Jean. Te enseñaré a provocar el rayo, ¿contento?

—¡Viva! —Y dio unas palmadas.

Porque, siguió reflexionando D'Amblanc, la ventaja de un ejército de sonámbulos era evidentemente ésa: para formarlo bastaba con magnetizar colectivamente a los soldados, mientras que para desbandarlo había que golpearlos uno a uno. O también desmagnetizarlos. Normalmente no es difícil despertar a un sonámbulo: basta con distraer al magnetista que lo controla. Pero si ese magnetista está lejos, si su dominio lo ejerce a distancia, entonces es imposible conjurarlos.

—¿Es verdad que con el fulminador se puede matar a un ratón? Me gustaría probar. Podríamos capturar uno en el Sena y hacer el experimento.

—No, Jean —contestó D'Amblanc, pensativo—. No es divertido ver morir a un animal.

Volvió a representarse, en el teatro de la mente, la escena del charlatán que torturaba a un gorrión con electricidad. Volvió a ver a Chastenet fulminando a Jean del Bosque para interrumpir el ataque. A diferencia de aquellos médicos que aplicaban descargas eléctricas como terapia, D'Amblanc estaba convencido de que usar la electricidad contra un ser vivo era algo muy arriesgado. Volvió a ver a Chastenet, fulminador en mano...

—Y cuando me enseñéis, ¿podré manejarlo solo?

El fulminador que había usado para liberar a Jean del Bosque de los efectos de una cruel magnetización a distancia.

–Quiero decir, incluso cuando no estéis vos.

«A grandes males», había dicho Chastenet, y el fulminador se había revelado capaz de interrumpir el antiguo dominio que el caballero de Yvers tenía sobre el pequeño Jean.

Capaz de desactivar el mecanismo.

–Podéis fiaros de mí, os lo aseguro. Cuando aprendo algo ya no lo olvido. Si tuviera una espineta os demostraría que sé tocarla, como cuando estaba con el caballero de Yvers.

Las magnetizaciones colectivas son muy poderosas, pero también muy frágiles. «Basta con que *nur ein*, uno solo, se desconecte», dijo la voz de Mesmer, «para que *alles* se desconecten también. Por eso no conviene hacer magnetizaciones colectivas con personas muy distraídas o inexpertas.»

Por lo tanto, pensó D’Amblanc, si el fulminador había liberado a Jean del Bosque, también podía liberar a un soldado del ejército. Y si el ejército era resultado de una magnetización colectiva, entonces la liberación de uno implicaba la liberación de todos. Es decir, la destrucción del ejército mismo.

–Doctor D’Amblanc, ¿no debemos torcer a la derecha? Vamos a casa, ¿no? Os decía que el fulminador...

#### 4

Treignac se pasaba casi todo el tiempo durmiendo. Es más: de no ser porque se le veía respirar, habría parecido muerto. Con la cabeza vendada, los ojos morados y el brazo en cabestrillo, parecía otra persona. Bastien había llorado al verlo así. Luego se avergonzó de lo que sentía: decepción, rabia. Para él, Treignac había sido siempre invencible. Ningún adversario podía con él. Verdad es que aquellos adversarios no eran como los demás. Bastien había visto sus caras de muerto por el ventanuco que daba al patio de La Gran Pinta. No se habían dado cuenta de que los espiaba, pero había visto todo. Habían echado fuera a la gente, golpeado a Férault, que les había hecho frente, luego lo habían atado a una viga y habían pegado fuego al local. Cuando las llamas reventaron los cristales y se proyectaron fuera, con un rugido de dragón, comiéndose el aire de la tarde, Bastien creyó que moría. El

fuego le había chamuscado el pelo y mordido la manga de la chaqueta. Entonces se había arrojado al pozo, buscando instintivamente agua. Por suerte, había podido agarrarse a la cadena y luego, poco a poco, trepar, empapado de agua, lo que había repelido las llamas. Así había salido fuera, a gatas, a tiempo de ver a Treignac luchando como un león, antes de que el gigante rubio lo abatiera.

Y ahora yacía como muerto en la cama. Bastien le daba de comer y le vaciaba el orinal. Lo llevaba con trabajo al retrete. Afortunadamente, Georgette y las demás costureras del barrio le echaban una mano, cocinaban, limpiaban y así él podía sacar adelante la zapatería.

También él llevaba el brazo vendado. Todas las noches se aplicaba un unguento. No daba gusto ver la piel muerta y quemada. Quizá se quedaría así para siempre. No lo sabía. El pelo, en cambio, volvería a crecer, sólo lo llevaba un poco más corto por un lado, pero no importaba.

Aquella mañana se había decidido y había empezado a rebuscar entre los papeles de Treignac. Mirando el viejo cuaderno que éste llevaba cuando era policía, y al que nunca le habría dejado acercarse, por cierto, había descubierto la dirección de Marie. No había tenido más que preguntar por la calle a la gente que se cruzaba por el camino. No solía salir del barrio y aquella larga caminata le pareció un viaje a tierra extranjera. Cuando por fin dio con la calle e identificó el edificio, subió las escaleras vacilando, llegó a la buhardilla y se encontró con la puerta de Marie.

Llamó largo rato sin que le contestaran, pero cuando ya se resignaba a esperarla abajo, oyó que descorrían el cerrojo y la puerta se abrió.

Tardó unos momentos en reconocerla. A ella debió de ocurrirle lo mismo. Su madre tenía la peor facha; despeinada, enrojecidos los ojos, oliendo a vino y a hollín. No parecía su madre la mujer que lo miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó al fin Marie.

—¿Sabes lo que ha pasado en el barrio?

—No. ¿Qué ha pasado?

—Que han quemado La Gran Pinta y han matado a Férault. Treignac está herido y yo...

—¿Quién? ¿Quién ha sido? —Levantó una mano para que callara—. Espera, espera... Entra.

Bastien lo hizo. Dio unos pasos mirando a los lados y se quedó parado en

medio de la estancia. Vio la manta en el sofá, ceniza de la chimenea desparramada por el suelo, trajes de teatro tirados por todas partes.

Marie reapareció bebiendo un vaso de agua.

—¿Quién ha matado a Férault?

—Los sonámbulos —contestó el chiquillo—. Así es como se hacen llamar. A nosotros nos odian. Yo estaba en la taberna cuando la incendiaron. Lo vi todo...

Quiso remangarse la camisa para enseñarle a su madre el brazo vendado, pero, viendo la expresión distante de ella, renunció.

—Treignac está fastidiado, no puede ni hablar. Esos comemierdas lo han dejado bueno.

Instintivamente esperó un cachete que no llegó.

Marie se sentó en una silla coja y se miró la punta de los pies.

—Lo siento —dijo con voz ronca—. Treignac es un buen hombre. —Levantó la vista y la clavó en su hijo, como si lo observara desde algún lugar remoto—. No puedo ayudarte.

Bastien se encogió de hombros. No había ido a pedir ayuda.

—¿Estás enferma?

Marie movió la cabeza, sin dejar de mirar al suelo.

—¿Por qué te fuiste? —insistió él.

Ella suspiró, lo que le hizo toser varias veces. Dio otro trago de agua.

—No soportaba más aquel sitio —dijo cuando recuperó el aliento—. A lo mejor cuando crezcas lo entiendes. Puede que te vayas tú también. Pero no te pierdes nada. No soy una buena madre. No soy buena, no. Lo siento. Ahora es mejor que te vayas.

El chiquillo no se movió.

—¿Por qué no me quieres? —preguntó.

Marie pareció considerar la respuesta antes de hablar.

—Porque cada vez que te miro es como mirar al pasado. Cuando era una sierva. No es culpa tuya. Pero ahora calla, dejemos eso.

Bastien sintió la misma rabia que había sentido viendo a Treignac inmóvil en su cama.

—Ahora es como si estuviera solo.

Marie cruzó los brazos en el regazo y se inclinó levemente.

—Es lo que nos pasa a todos. La gente se va, muere, la meten en la cárcel. Al final nos quedamos solos. Cuando antes lo aprendas, mejor para ti.

Bastien tuvo grandísimas ganas de escapar, de salir corriendo de allí. Las contuvo hasta que bajó las escaleras y entonces dejó que las piernas, secas y veloces, lo llevaran lejos, a su querido barrio, al lugar donde siempre se había sentido seguro y que ahora había sido violado, herido de muerte, convertido en una piltrafa que yacía en una cama.

5

Louis-Marie-Stanislas Fréron, el ex terrorista que comandaba la chusma muscadina, tenía un principio de papada. Todo su perfil tendía hacia abajo: el doble arco superciliar, los párpados pesados, el largo caballete de la nariz, los labios que parecían caer por el peso de palabras nunca exclamadas.

El caballero de Yvers lo vio entrar en el confesionario y ocupar el lugar que, antes de la Gran Parodia, correspondía a un ministro de Dios. Un minuto después se levantó del reclinatorio en el que, a su modo, había rezado, y fue a sentarse en el lugar del pecador.

–No se habló de incendios.

La voz de Fréron era un susurro. Parecía que, al otro lado de la cortina, había efectivamente un sacerdote mandando penitencias. Por la celosía que los separaba, Yvers entreveía el brillo de un botón. La luz de las velas se filtraba por alguna ranura y se reflejaba en el metal dorado.

–La orden era: atacar San Antonio –contestó Yvers–. Es lo que hemos hecho.

–¡Habéis llamado la atención de toda la ciudad! –El tono de voz de Fréron subió de repente–. Una cosa es apalear a revolucionarios y otra incendiar casi un barrio.

Yvers replicó sin perder la calma.

–Hemos doblegado la voluntad del populacho, la hemos aniquilado, golpeando en el lugar donde se reunía. Y donde... –se acercó a la celosía hasta tocarla casi con la punta de la nariz– se dice que nació el llamado «héroe» Scaramouche.

Dentro del confesionario se oyeron un chasquido de lengua y un silbido entre dientes.

–No buscamos sólo el resultado inmediato de una acción –dijo el diputado–. Ese tipo de acciones no podemos presentarlo como iniciativas

espontáneas de jóvenes animados por buenos propósitos y reivindicaciones legítimas, aunque facinerosos. Vuestro grado de organización no deja dudas en este sentido: si hay un ejército, es que hay también mandos.

–Las calles de París os señalan desde hace tiempo como el protector, cuando no el instigador, de mucho maleante –rebatíó Yvers–. No puede decirse que hagáis mucho por desmentirlo.

–La estrategia es asunto mío. Yo procuro dinero y protección, yo marco los objetivos y la manera como deben alcanzarse.

–Y yo no soy vuestro subordinado. Nuestra relación nace de una recíproca conveniencia. Vuestra ambigüedad me repugna. Hacéis pasar la reacción por una forma de continuar la revolución. Sabéis bien que mentís, sois como un mercader que sólo busca su interés.

–¡U os atenéis a las directivas o dejaréis de recibir apoyo!

Un observador externo habría advertido cierto acaloramiento en la voz del sacerdote. El susurro del feligrés, en cambio, siguió tranquilo.

–Pues entonces conseguiremos dinero en otra parte. Puedo tomar las calles a sangre y fuego. Yo combato por el espíritu de Francia, *ciudadano*. Como Rolando y Juana de Arco.

–Los dos acabaron mal –dijo Fréron–. Y los ejércitos de ellos eran verdaderos ejércitos. Si creéis que podéis prescindir de mí, vuestro Roncesvalles será un callejón sucio. Vos elegís.

El caballero de Yvers oyó que la portezuela del confesionario se abría. La figura que había al otro lado de la celosía desapareció y resonaron unos pasos en la iglesia abandonada.

Se quedó solo, pero no se levantó del reclinatorio, sino que juntó las manos y rezó.

*Sancte Michael Archangele, defende nos in proelio; contra nequitiam et insidias diaboli esto praesidium. Imperet illi Deus, supplices deprecamur: tuque, Princeps militiae caelestis...*

El silbido del gancho hendiendo el aire resonó en el silencio nocturno. El amplio gesto circular del brazo precedió el lanzamiento del garfio, que produjo un ruido seco al engancharse en el lomo del muro. El hombre

enmascarado tentó la firmeza de la cuerda y emprendió la subida, apoyando los pies en la pared y elevándose a pulso. Cuando llegó a lo alto, se puso de pie sobre el muro, recogió la cuerda, dio vueltas al gancho y lo lanzó de nuevo sobre el edificio de al lado. El primer intento resultó fallido, pero al segundo lo enganchó en la cornisa. Prosiguió la escalada.

Últimamente Scaramouche exploraba rutas por los tejados, porque le permitían desplazarse por encima del nivel de la calle. En un par de ocasiones se había escabullido en sentido vertical y eso no sólo había impedido que lo siguieran, sino que había alimentado la leyenda de Scaramouche. Hay quien juraba que lo había visto saltar a un tejado gracias a unos muelles especiales que llevaba en las suelas.

Pero aquella noche Léo sentía además el deseo de mirar las cosas desde arriba sin que nada lo molestara. Había pasado tiempo desde que se ejercitara en el lanzamiento del gancho en el patio de La Gran Pinta. Ahora era más fuerte y más ágil, y subía sin vacilaciones. Era gracias a los entrenamientos de Bernard el Rana, y quizá también a una renovada agudeza de los sentidos y de la mente. Esta vez no tenía que allanar ninguna morada, ni castigar a ningún acaparador. Tampoco existía ya La Gran Pinta. Férault había muerto dentro, quemado. Era un buen hombre, que lo había ayudado cuando estaba en la miseria, proporcionándole techo y comida. Un fin horrible.

Malditos.

Al llegar a la cima, recogió la cuerda, la enrolló y se la ató a la cintura. Recobró el aliento, contemplando la extensión de tejados de París. La noche era clara, la luna enseñaba su cara redonda, que de vez en cuando tapaba una nube. Una brisa ligera agitaba los bajos de la capa. Léo caminó con cuidado hasta llegar a un grupo de chimeneas. Allí en medio se sintió seguro, confundido con las sombras de la noche, como un gato o un ave nocturna.

Esta vez los sonámbulos habían actuado a lo grande. Habían golpeado el corazón de San Antonio. Un muerto. Férault. Varios heridos. Incluso un niño, Bastien.

El hijo de Marie Nozière.

Bastardos.

Allí abajo, en algún sitio, más allá del bosque de chimeneas, descansaba Doña Guillotina. De día seguía funcionando, pero las cabezas que rodaban no eran las de los muscadinos. La Máquina ya no tenía la misma presencia escénica, reflexionó Léo. Era como si... como si la gente se hubiera

acostumbrado a su presencia. Las cosas cambiaban deprisa, el escenario e incluso los actores cambiaban, pero la guillotina no podía alterar la única frase que debía pronunciar, aquel ruido sordo y grave que todo el mundo conocía ya de sobra.

Se quitó la máscara y observó el perfil amenazante del pico, los ojos redondos como de búhos.

Se imaginó el letrero: «Scaramouche contra el Ejército de los Sonámbulos». Él solo contra cien. Sus Termópilas. De hecho, ¿no se llamaba Leonida?

Contempló la ciudad. París como escenario, quizá por última vez.

Se preguntó cuánto tiempo más podría seguir interpretando aquel papel antes de que lo mataran. ¿Tenía ya los días contados? Se preguntó si allí abajo, en algún sitio, habría alguien más dispuesto a unirse a aquella causa perdida.

Quizá no. Porque, bien pensado, debía reconocer que su lucha era personal. No lo había defraudado la revolución, como les había ocurrido a tantos, sino la vida misma. Todas las expectativas –los sueños que tenía de niño en Villa Albergati, desde el día en que el maestro Goldoni lo tuvo en sus rodillas– se habían desvanecido. A sus espaldas se desarrollaba una secuencia de rostros perdidos. Mingozzi, Goldoni... las personas que le habían dado algo allí en París: Colette, Férault, la costurera Marie, Andria, Bernard el Rana y Adèle, sus adversarios del cuadrilátero: Jean-Do, Soncourt, y por último sus enemigos, los odiosos jóvenes dorados... y el Ejército de los Sonámbulos.

Y allí estaba ahora, en un tejado, pensando en cómo agredir y robar. ¿En nombre de qué?

Miró el cielo negro. ¿Existiría un destino marcado en las estrellas? ¿Qué fin le tenía reservado el Ser Supremo? La conciencia le decía que no sería nada bueno, pero la cabeza –el *nonimepatris*, como la llamaban en su Bolonia natal– le decía que había que devolver el golpe, igual que hacían en el cuadrilátero, y que ese golpe debía estar a la altura del golpe encajado. Donde las dan, que las tomen. Al antagonista, el protagonista debía contestar con una réplica que le permitiera reconquistar el escenario.

Léo se puso en pie y echó a andar por el caballete del tejado en busca de un límite que superar.

CONVENCIÓN NACIONAL  
Extracto de la sesión del 12 de frimario del año III

MATHIEU. Ciudadanos, en nombre del comité de seguridad general, quiero desmentir de manera rotunda los infundios calumniosos y monárquicos que han aparecido en la prensa en los últimos días. Se insinúa que el comité ha puesto preceptores a los hijos de Capeto, prisioneros en el Templo, y les ha ofrecido cuidados paternos para asegurarse de que sobrevivan y sean bien educados.

El día 9 de termidor, el comité colocó en el Templo un segundo guardián fijo, porque uno solo le parecía insuficiente. Y como el desempeño del mismo cargo por dos individuos puede generar corrupción, el comité dispone que las cuarenta y ocho secciones de París designen todos los días a uno de sus miembros para que, durante veinticuatro horas, haga las veces de guardián junto con los otros dos. Esto demuestra que la intención del comité de seguridad general no ha sido sino la de establecer un servicio de vigilancia y no la de mejorar el cautiverio de los hijos de Capeto o ponerles preceptores. De hecho, el comité y la Convención saben hacer rodar cabezas de reyes, pero ignoran cómo educar a sus vástagos.

CONVENCIÓN NACIONAL  
Extracto de la sesión del 8 de nivoso del año III

LEQUINIO. Ya desde hace varios días está claro para todo el mundo que los malintencionados y pérfidos monárquicos preparan una nueva acción. No podréis imponer silencio a los realistas si no truncáis la única esperanza que les queda: me refiero al último retoño de la raza impura del tirano, que se halla en el Templo. (*Aplausos.*) Ya otras veces se ha pedido la expulsión del muchacho de Francia; yo solicito que nuestros comités nos presenten un informe sobre el modo de extirpar del suelo de la libertad el único vestigio real que queda en él.

## ESCENA QUINTA

### Alianzas

*Diciembre de 1794-enero de 1795 (nivoso del año III)*

#### 1

El caballero de Yvers terminó la lectura de la hoja diaria y volvió a leerla desde el principio, empezando por la cabecera. Era necesario sopesar y evaluar cada palabra, cada punto, cada coma. No sólo necesario, sino obligado: aquel largo artículo se había escrito para él. El periódico mismo se había imprimido para él. Miles de ejemplares repartidos por todo París por un ejército de vendedores callejeros para que llegara a él.

¡Qué despilfarro!, pensó Yvers. ¡Qué honor, por parte de gentuza que carecía de él! ¿Era sólo otra advertencia? ¿O era ya otra declaración de guerra? Tanto en un caso como en otro, la cosa seguía su curso. El gran día se avecinaba.

Se acomodó en la butaca y volvió a examinar el mensaje que el poder termidoriano le enviaba, a la vez en secreto y *coram populo*.

«L'ORATEUR DU PEUPLE»

de Fréron

diputado de la Convención Nacional

---

Que al sonar mi voz Francia despierte  
Senado, estate atento. Pueblo, aguza el oído

---

Precio: 3 sueldos n. LVIII del 3 de nivoso

MEDIOS astutos que los facciosos emplean para que sus crímenes queden impunes.

REFUTACIÓN de las siguientes declaraciones graves: existe una facción dictatorial de la opinión pública; la opinión pública está en contrarrevolución.

PELIGROS de agitación monárquica en la valerosa juventud de París, contra la cual es

necesario estar vigilantes.

–Mi señor...

Yvers levantó la vista del periódico. En la puerta estaba La Corneille. También el hombre sin nariz tenía una hoja en la mano, pero enrollada y atada con bramante. Sin sello.

–¿Sí?

–Éste es el plano que habéis pedido. Tiene todos los detalles. No sólo de la Torre, sino de todo el complejo.

–Muy bien, La Corneille –dijo el caballero. Se levantó y tomó el rollo–. Puedes irte.

Cuando se halló de nuevo a solas, Yvers dejó el papel en la mesa, sin abrirlo. Tiempo al tiempo. Se sentó otra vez a la mesa y siguió leyendo.

Las frases eran como fuegos de artificio húmedos, que no podían elevarse y explotaban casi a ras de tierra. Era el estilo de Fréron. En superficie, el diputado se defendía de los ataques de las demás corrientes termidorianas, atacaba a diestro y siniestro, hacía profesión de lealtad a la República; debajo del primer estrato, le decía a él, a Yvers, que se había pasado de la raya.

El Ejército de los Sonámbulos era cruel.

El Ejército de los Sonámbulos sembraba el caos.

El Ejército de los Sonámbulos comprometía seriamente a los políticos que usaban a los muscadinos como milicia.

Y el serio compromiso estaba convirtiéndose en grave peligro.

Volvamos a lo que se ha llamado «la facción dictatorial de la opinión pública». Con este nombre se refieren, sobre todo, a este periódico, *L'Orateur du Peuple*, y a sus amigos de la Convención y de la juventud. Hay gente que obra para que desistamos del honroso y doloroso deber que nos hemos impuesto para con nuestros ciudadanos. Para ello, no se escatiman medios ni artimañas. A la vez que en la Convención se clama contra nosotros, en secreto intentan dividirnos. Traidores e intrigantes nos rodean para malquistarnos entre nosotros, desacreditando a las personas *a las que las circunstancias nos obligan a emplear en nuestra empresa*. Pequeños Maquiavelos de pasillo, maquinadores mediocres y envidiosos, quieren desunir a los patriotas. Esta gente aprovecha algunos desafortunados excesos cometidos por la juventud en su tarea de cortar, en su labor diaria de cercenar las colas venenosas del robespierrismo, después de que la justicia republicana les cortara las cabezas; exageran esos excesos y lanzan la ridícula acusación, la odiosa acusación: ¡*L'Orateur du Peuple* da órdenes a la chusma!

¡Desde sus páginas, el diputado Fréron manda monárquicos y hasta criminales mesmerizados a incendiar, aterrorizar los barrios, a asesinar impunemente!

¡Qué sucia forma de faltar a la verdad es recriminar por terroristas a quienes luchan por limpiar las calles del terrorismo! ¡Y qué poca vergüenza tienen quienes siembran viejas alarmas, alertando de contrarrevoluciones de sonámbulos, para poner en contra nuestra a los buenos habitantes de los barrios!

Hipócrita comediante, pensó Yvers. Por todas partes, hombres enmascarados y payasos. Los últimos actos de la Gran Parodia.

Sepan los traidores que de nada servirá todo esto. El pueblo de París sabe reconocer las serpientes y las aplastará, como aplasta todos los días el irreductible robespierrismo.

Ha habido sin duda excesos, como queda dicho. Acciones que han perjudicado nuestra causa y la lucha de la juventud; acciones que preferimos calificar de *despropósitos*, porque no queríamos ver en ellas un propósito, una intención inconfesada: la de cubrir nuestra obra de ignominia.

Si en las calles de la capital, y en las filas de la que ha sido llamada Juventud Dorada, hubiera partidarios de la restauración monárquica, e incluso nuevos o viejos fieles del prerrevolucionario credo mesmerista, sería una conspiración aún más serpentina y viscosa que la que estamos denunciando.

Que quede claro: nosotros exhortamos a vigilar y, si es menester, a depurar. Somos los primeros y los más grandes defensores de la República en el frente interno. La hemos defendido y la defendemos del robespierrismo; la hemos defendido y la defenderemos de los monárquicos y de quien sea.

No tardaría el gobierno en combatir a los sonámbulos.

El caballero de Yvers lo había previsto, y buscado, y ya tenía preparada la nueva acción.

Francia entera quedaría conmocionada y estupefacta cuando conociera la noticia más grande desde la muerte de Luis.

El mundo quedaría boquiabierto.

El Palacio de la Igualdad nunca había sido la clase de lugares a los que D'Amblanc gustaba de ir. El amor mercenario lo entristecía, el lujo de los restaurantes le parecía un despilfarro, los juegos de azar reabrían sus cicatrices. En particular, después de todo lo que había sucedido.

Pero Chauvelin le había dicho que el Ejército de los Sonámbulos obedecía a un guardián del edificio, el hombre de la nariz de cuero. Seguramente La Corneille no era más que un intermediario entre el caballero de Yvers y sus milicias. Suponía que de vez en cuando los dos hombres se veían. Y el caballero necesitaba sin duda una base para llevar a cabo sus magnetizaciones colectivas. De un monárquico que se había refugiado en el hospicio de Bicêtre podía esperarse que escogiera el Palacio de la Igualdad como sede de sus intrigas. Escondarse en el lugar más evidente era una estrategia cuya eficacia ya tenía comprobada.

Por eso D'Amblanc llevaba un tiempo frecuentando los cafés que había bajo las arcadas y paseándose por entre las mesas del jardín. Lo desagradaba profundamente codearse con muscadinos y prostitutas, que hablaban un lenguaje absurdo, que acumulaban una violencia que desahogarían al ponerse el sol, que tenían nostalgia de un tiempo injusto y vil. Aquello no era sino la versión diurna del Baile de las Víctimas.

No, no podía ser.

No podía ser que el hilo de casi todos sus pensamientos llevara a aquella noche. A la mujer que iba del brazo de Chauvelin. A una Cécile que le decía: «Sólo Dios sabe cuánto me habría gustado ser Olympe de Gouges. Lo único que he conseguido es ser la viuda Girard.»

Para apartar de la mente aquellas frases, D'Amblanc se concentró en las personas que lo rodeaban. La atención se convirtió en un filo con el que aguzó el desprecio que sentía por los Increíbles.

Habían estado unas semanas desconcertados, a punto de disolverse. Scaramouche había dejado fuera de combate a unos veinte, noche tras noche, lesionados, mutilados, asesinados en una sucesión de emboscadas. Sin embargo, últimamente las acciones del hombre enmascarado habían disminuido. Precisamente después del ataque del Ejército de los Sonámbulos a La Gran Pinta de San Antonio, en el momento, por cierto, en el que más se lo reclamaba.

*Ya nos las pagarán. Scaramouche haría falta. Ya se encargará Scaramouche. Creo que buscaban a Scaramouche. ¿Dónde estaba Scaramouche? Han desafiado a Scaramouche.*

No cabía duda de que Yvers había puesto muy alto el listón de la lucha. Quizá el héroe de la capa estaba pensando cómo responder.

Fuera cual fuese el motivo, lo cierto es que los muscadinos habían dado un

suspi'o de alivio y volvían a a'ma' ba'ullo.

–Ten los ojos bien abiertos, Jean.

–Siempre decís lo mismo –protestó el muchacho–. Empiezo a creer que no lo encontraremos nunca.

–¡No, no! Es que debe de haber cambiado de domicilio y por eso no doy con él. Tranquilo, lo encontraremos. Mientras tanto, ¿quieres tomar un chocolate?

D'Amblanc llamó al camarero y pidió.

Mientras esperaban, una mujer se acercó a su mesa arrastrando los pies. Estaba muy pálida y daba la impresión de que le costaba tenerse en pie. Con un hilo de voz pidió que por favor le dieran algo de comer. D'Amblanc notó enseguida que la mujer necesitaba un médico, además de comida. Le señaló una silla y le rogó que se sentara, pero entonces lo interrumpieron los gritos del camarero.

–¡Largo, no molestes a los clientes! –voceaba el hombre, sin hacer caso del cliente mismo, que le indicaba que no la echara. La mujer, sin embargo, ya escapaba como un ratón pillado en la despensa, y cuando D'Amblanc fue tras ella y le tocó el hombro, ella respondió con un manotazo y con un «¡Dejadme en paz!».

D'Amblanc volvió a la mesa y se sentó de nuevo junto a Jean, que ya llevaba un buen par de mostachos de chocolate.

–No creo que el caballero venga a este lugar –dijo moviendo la cabeza.

D'Amblanc le preguntó por qué.

–Porque esta gente... –Jean buscó las palabras–. Yo creo que se hacen los nobles, pero se ve que no lo son. Mirad a aquellos hombres, por ejemplo. –El doctor se volvió. Un grupo de muscadinos se había reunido en torno a la mendiga que acababa de acercárseles–. ¿Veis cómo se ríen y hablan alto? Sus modales son vulgares. Por eso tratan mal a una mujer del pueblo. Porque saben que son peores que ella.

Eran cuatro muscadinos, acompañados por un par de fulanas, aunque éstas se mantenían dos pasos detrás. Hacían corro a la mendiga golpeando el pavimento del pórtico con sus bastones. D'Amblanc no entendía lo que le gritaban, pero la escena era elocuente. Se levantó y se dirigió al grupo.

A medida que se acercaba, las voces fueron llegándole más claras.

–Te tenemos dicho que no vengas po' aquí.

–Das asco, ¡puaf!

–Si te lava’as, a lo mejo’ te ganabas el pan.

–Pe’o así como vas, no se te puede toca’ más que con el bastón.

D’Amblanc vio que uno de los muscadinos alzaba el garrote nudoso que aquella gentuza llamaba «poder ejecutivo». La mujer gritó y se protegió la cabeza con las manos. El hombre bajó el garrote sin golpearla.

–Miedo, ¿eh? –dijo riendo el muscadino.

–¡Buh! –añadió otro.

–Dejadla –intervino D’Amblanc. Los hombres lo miraron distraídamente—. Soy médico, dejadme pasar. Esta mujer necesita ayuda.

–Pues cla’o, docto’. Y eso estamos haciendo, ayudándola. ¿No lo veis? Es ella que no quie’e.

La mujer había sacado unas agujas de coser y las sostenía entre los dedos como si fueran garras con las que daba zarpazos al aire. Gruñía presa de un ataque de nervios.

El cabecilla de los muscadinos le escupió.

La mujer atacó, pero bastó que le dieran un empujón para que cayera al suelo de culo.

–Pues homb’e, docto’ –dijo el muscadino–, si tanto os gusta la pája’a, disf’utad de ella. Nosot’os no nos manchamos las manos con una golfa pestilente.

Y, diciendo esto, levantó la mano e indicó a los demás que era hora de irse.

El grupo obedeció a regañadientes y el último de la fila, del brazo de su fulana, le soltó una patada en la espalda a la vagabunda.

D’Amblanc vio que la mujer se derrumbaba.

Corrió hacia ella y le levantó la cabeza.

Había perdido el conocimiento.

Las agujas de coser rodaron con un tintineo metálico.

### 3

La primera palabra que oyó Marie en la niebla del duermevela fue un nombre.

–Yvers...

La pronunció una voz infantil y en lo primero que pensó fue en Bastien, al tiempo que sentía un escalofrío. Quizá seguía soñando. Porque había soñado,

aunque no recordaba nada. Debían de haber sido pesadillas, porque la sensación que tenía era terrible. La voz volvió a hablar. No, no era la misma, ahora era la de un hombre, calma, profunda. Marie esperó a que los escalofríos se le pasaran e intentó levantarse. Se halló sentada en una cama, en un cuarto desconocido.

Aguzó el oído: las voces venían del cuarto contiguo, a través de la puerta entornada.

–No me acuerdo, señor.

–No soy tu señor, Jean.

–El caballero era mi señor.

–Pero te abandonó.

Siguió un largo silencio. En el acento del niño, Marie había reconocido algo familiar.

–Era bueno...

–Lo encontraremos, ten paciencia.

Marie se levantó, con las piernas vacilantes, y consiguió llegar a la puerta. Esperó unos segundos y la abrió despacio.

El hombre y el niño estaban sentados a una mesa y se volvieron a la vez. El primero se levantó y fue a su encuentro sin apresurarse, como si temiera asustarla.

–Buenos días. Por favor, sentaos aquí.

La llevó hasta una silla sin separarse de ella, preparado para sostenerla. El niño la siguió con sus ojos grandes y oscuros. Cuando la mujer se sentó, D'Amblanc le ofreció un plato con dos patatas hervidas.

–Comed algo. Tenéis que recuperar fuerzas.

El rostro del hombre acusaba preocupación, quizá aparentaba más años de los que tenía. La mirada era sincera.

–¿Quién sois? –preguntó Marie, casi sin reconocer su propia voz.

–Soy el doctor Orphée d'Amblanc. Os he socorrido en el Palacio de la Igualdad... Habéis sufrido un desfallecimiento, ¿os acordáis?

Marie buscó en la niebla que empezaba a disiparse y dejaba entrever algo. Se había desmayado, era verdad, después de que aquellos miserables atildados y almizclados se burlaran de ella.

–Mis agujas de coser...

D'Amblanc, apurado, miró a los lados, pero fue el chiquillo quien cogió las agujas de un estante y se las dio a Marie.

Ella las tomó y las apretó contra su seno, como si fueran lo más valioso del mundo. Con la otra mano cogió el tenedor y empezó a comer. Con cada bocado, que masticaba despacio, sentía que el estómago se lo agradecía y que volvían las fuerzas.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó el doctor.

—Marie Nozière.

—¿Tenéis algún sitio adonde ir?

Marie asintió en silencio.

—Bien. Cuando os sintáis mejor, puedo acompañaros a vuestra casa, ciudadana Nozière.

El doctor no dijo nada más.

Quien habló fue Marie, dirigiéndose al niño.

—¿Eres de Auvernia?

Marie notó la sorpresa en la cara del adulto.

El chiquillo asintió.

—Sí, señora.

—¿De qué pueblo?

—Yvers.

—Es Jean —intervino D'Amblanc—. ¿También vos sois auvernesa?

—Lo era hace muchos años —contestó Marie, y volvió a concentrarse en las patatas.

—¿Hoy también vamos a ir al Palacio de la Igualdad a buscar al caballero? —preguntó Jean.

D'Amblanc le pasó la mano por la cabeza, un gesto afectuoso que removió algo en el ánimo de Marie.

—No, Jean, hoy no. Tenemos que acompañar a casa a la ciudadana Nozière.

—No hace falta. Ya le digo que me las apaño sola.

Marie fue a levantarse, pero la vista se le empañó, las rodillas le flaquearon y se dejó caer de nuevo en la silla.

Notó que D'Amblanc la sujetaba por el codo. Sentirse tocada le provocó un acceso de miedo y asco e instintivamente levantó las agujas.

D'Amblanc retrocedió un paso y alzó las manos dando a entender que se rendía.

—Os lo ruego, ciudadana... No era mi intención... Soy médico, como os digo. ¿Por qué no os echáis otro rato en la cama? Volveréis a casa cuando os sintáis con fuerzas.

Marie obedeció de mala gana y, cuando se tumbó, cayó en un sueño agitado en el que unas figuras vagas, borrosas, la rodeaban y la tocaban, rasgándole la ropa y sofocándola.

Cuando despertó, no supo cuánto tiempo había dormido, aunque la luz del día había declinado. Seguía teniendo en la mano las agujas de coser y alguien la había tapado con una manta.

Al pie de la cama estaba sentado el chiquillo. La observaba inmóvil, con una cara inexpresiva.

—¿Dónde está ese señor? —le preguntó—. No es tu padre, ¿verdad?

Jean pasó la mano por la manta y se observó los dedos.

—No, es un doctor. Como vos dormíais, ha salido. Me ha dicho que cuide de vos.

Marie se levantó. Se sentía algo aturdida, pero al menos se sostenía en pie. Pensó en volver a casa, pero se dio cuenta de que así dejaría al chiquillo solo. Sería de la edad de Bastien.

—¿Y de ti quién cuida?

Él se encogió de hombros.

—¿Cuántos años tienes?

—No lo sé, señora.

Marie lo miró extrañada.

—¿Me tomas el pelo?

El chiquillo enrojeció y se llevó el dedo a la frente.

—La cabeza... No me funciona bien, señora... El doctor me cura. Y me ayuda a buscar al caballero.

Marie se acercó a la ventana y se asomó a la calle. Era casi de noche. El niño le parecía un poco tocado, en efecto.

—¿Y ese caballero es familia tuya? —preguntó sin volverse.

—No, señora.

Marie miró la noche que caía al otro lado de los cristales opacos y sintió la llamada de la vieja buhardilla de Claire, donde correría a encerrarse y, si le quedaba algún vino, a emborracharse y olvidarse de todo. Pero algo la retenía. Tenía allí, a unos pasos, a aquel extraño niño con sus grandes ojos, su historia y su presencia. Habían vuelto a atormentarla las pesadillas, después de muchos años. Necesitaba desesperadamente aferrarse a algo o dejarse morir. Había estado cerca. Pero la habían recogido, la habían salvado. Y

ahora veía reflejada su soledad en la mirada de Jean, que era tan distinta de la de Bastien.

—¿Tenéis familia, señora? —preguntó Jean.

—Ya no —contestó ella en tono vago.

—Pues entonces podéis quedaros aquí.

Oyeron que se abría la puerta. Marie, seguida de Jean, pasó al otro cuarto a tiempo de ver entrar a D'Amblanc, que traía aspecto de haber caminado mucho.

—Buenas tardes —dijo—. Me alegro de veros levantada. ¿Os ha hecho Jean compañía?

Marie se esforzó por esbozar una sonrisa.

—Sí.

—Quizá deberíais comer más antes de irnos, ¿no?

Aquel doctor debía de haber comprendido hacía rato que pasaba hambre. Marie pensó otra vez en la buhardilla de Claire, donde se había propuesto esperar a su amiga tantas veces que ya no esperaba nada. Una noche se quedaría dormida en el viejo sofá desvencijado y ya no despertaría. No tenía nada más por delante.

—Traigo unos huesos para hacer caldo —añadió D'Amblanc sacando un cucurucho de la chaqueta—. Reblandecerá las tortas y les dará sabor. Luego freiré una cebolla, ¿os parece?

Marie miró al chiquillo y luego al hombre y dejó las agujas de coser en la mesa.

Cuando terminaron de cenar, Jean dio las buenas noches y se retiró a otro cuarto a dormir.

D'Amblanc empezó a prepararse una pipa que tenía una larga boquilla. El cuarto estaba en una penumbra iluminada sólo por la luz de dos velas.

—¿Qué le pasa al chico? —preguntó Marie llevándose el dedo a la frente, con el mismo ademán que le había visto hacer a Jean.

D'Amblanc encendió la pipa dando largas chupadas. Esperó a que las volutas de humo, formando figuras extrañas que flotaban en los halos de luz, ascendieran al techo.

—Le hicieron daño cuando era pequeño.

—Dice que estáis ayudándole a encontrar a un caballero...

—En realidad es él quien me ayuda a mí.

Marie lo miró extrañada.

–No lo entiendo –dijo encogiéndose de hombros.

D’Amblanc sonrió y siguió fumando.

–¿Por qué me ayudáis? –preguntó ella al poco.

D’Amblanc pareció reflexionar.

–¿Vos creéis en lo que dicen los estandartes de la República? Fraternidad...

–Antes, puede –contestó ella–. Pero ahora no... No lo sé. ¿Vos os dedicáis a eso? ¿A socorrer a la gente?

–Soy médico.

Lo dijo sin énfasis y no añadió nada más.

–Ojalá hubiera muchos como vos... Pero la buena voluntad no basta –objetó Marie–. También se necesita justicia. Los tipos que me han agredido son... –No encontró las palabras–. Esa gente se pasa los estandartes de la República por... –Se interrumpió, avergonzada.

–Sí, hay gente sin escrúpulos.

–Como los que quemaron La Gran Pinta en San Antonio, con el dueño dentro –dijo Marie.

Recordó la visita de Bastien, cuando fue a verla para decirle lo que había ocurrido en el barrio. El recuerdo era vago, brumoso. Aquel día estaba borracha.

–Estuve en San Antonio –asintió D’Amblanc–. Vi lo que hicieron. Todos esperaban que Scaramouche lo vengara.

–Buena esperanza. Uno solo no basta.

–A veces pienso que ese Scaramouche no existe, que es una leyenda que se ha inventado el pueblo para levantar la moral.

–¡Ya lo creo que existe! –repuso Marie, y por un momento se vio abrazada a Léo Modonnet en su antigua casa–. Yo lo conocí –añadió.

D’Amblanc la miró con aire incrédulo.

–¿A Scaramouche? ¿Al que llaman el Mataincreíbles?

–No sé si es el mismo. Pero el año pasado, en San Antonio, había un actor italiano que se dedicaba a apalear a tenderos ladrones vestido de Scaramouche.

D’Amblanc bajó la pipa y se inclinó hacia Marie.

–¿Y por qué no había de ser el mismo?

Marie lo pensó, tratando de descifrar el sentido de la curiosidad del doctor.

–Sí, ¿por qué no? Yo creo que es el mismo.

D'Amblanc guardó silencio. Marie tuvo la impresión de que estaba preguntándose si podía confiar en ella. Después de todo, ¿por qué debía hacerlo? Sólo era una vagabunda a la que habían encontrado tirada en el Palacio de la Igualdad. Y, sin embargo, Marie sentía que allí había esperanza. Allí, frente a ella, había algo que parecía como el cabo de una cuerda de la que sólo tenía que tirar para que cayera un velo, para recobrar las ganas de vivir, para tomar un camino que, con todo, sabía que no la llevaría a la luz sino al rincón más oscuro de la memoria.

—Estoy buscando a una persona —dijo al fin D'Amblanc—. Una persona peligrosa. Pero, como vos decís, no basta con la buena voluntad. Necesito aliados.

Eso es, pensó Marie. Sólo tengo que levantar la mano, apretar el puño y tirar.

—La persona que buscáis es ese caballero... ¿El que abandonó al chico?

D'Amblanc asintió.

—Es un contrarrevolucionario que se esconde y estoy seguro de que se halla en París —dijo—. Creo que es el jefe de la banda que pegó fuego a La Gran Pinta. El Ejército de los Sonámbulos. —Al poco añadió—: ¿Creéis que el tal Scaramouche, ese italiano, me ayudaría?

—No lo sé —contestó Marie, absorta—. ¿Ayudaros a qué?

—A llegar hasta la cabeza de la serpiente.

Marie lo miró.

—¿Y a cortársela?

D'Amblanc no dijo nada, no hacía falta. Marie se preguntó si de verdad era aquello lo que quería: una pista, una caza, vengar a los miserables. Su papel. Ya lo había perdido todo, lo único que se jugaba era aquella triste existencia que arrastraba día tras día. El destino le daba otra oportunidad.

—Os diré cómo se llama y le hablaré de vos con una condición —dijo, y sólo entonces pareció que recuperaba la voz—: que me aceptéis como aliada.

—¿A vos? —dijo D'Amblanc, sorprendido—. Lo que vos necesitáis es alimentaros y descansar. Además, sois...

—Una mujer —se le adelantó ella—. Y encima una mala madre. Y bebo. Pero ésa es la condición.

—De acuerdo —dijo D'Amblanc. Le estrechó la mano como si fuera un hombre—. ¿Cómo se llama ese actor?

—Léo Modonnet.

–Bien. Imagino que convendrá empezar preguntando en los teatros. Alguien lo conocerá.

4

–¿Un actor italiano? ¿Que se llama Modonnet? ¿Es que Modonnet es un apellido italiano? Pero no, en mi compañía sólo actúan franceses. Preguntad en el Teatro del Pantano, allí aún hacen de vez en cuando comedia del arte.

–Hum, dejadme pensar. Modonnet... Esperad un poco. Héctor, ¿cómo se llamaba aquel actor italiano con nombre francés? Sí, aquel que decía que era hijo de Goldoni. ¿Cómo dices? ¡Ése es, sí, Modonnet! A mi edad, modestia aparte, aún tengo una memoria de cojones...

–Sí, claro, lo conozco de vista, pero aquí nunca actuó, ¡quia! Estaba en una lista de gente de poco fiar, exaltados. Si te descuidabas, la liaban y tenías que cerrar el teatro.

–El nombre me suena, doctor. Esperad, voy al otro gabinete a ver si hay algún expediente sobre él. Aquí está. Leonida Modonesi, llamado Léo Modonnet, de treinta y cinco años, nacido en Bolonia, Italia. En mi calidad de supervisor de espectáculos, me ocupé de su caso en dos ocasiones. Primero por una amonestación que recibió a causa de una reyerta en el Teatro Giscard. Y luego porque pasó dos días en la cárcel con un requerimiento escrito por participar en una pelea en el Teatro Lechuza. Si me permitís decirlo, tengo la impresión de que el hombre era mejor con los puños que en las tablas. Una vez lo vi actuar, creo que fue en el Figuier, y con una tuvo bastante. De hecho, Giscard, Lechuza, Figuier... Locales todos de poca categoría, de los que surgieron como setas cuando se liberaron las licencias. El Lechuza lleva cerrado ya tiempo, que yo sepa. ¿Qué más puedo decir? Dejé de encargarme de los teatros hace seis meses, y visto lo que han cambiado las cosas últimamente, lo mismo hoy el tal Modonnet es el ídolo de la gente...

–Claro que me acuerdo de ese capullo. Actuaba aquí con la compañía de

La Résistance, hacían una comedia de Scaramouche. Sí, sí, estoy seguro. Pero no sé en qué teatro trabajarán ahora, aunque ése seguro que no sigue en la compañía, porque lo echaron. Y, si quiere que le diga la verdad, hicieron bien. Como actor no era malo, ¡pero qué granuja!

–¡Colette! Ven, haz el favor. Mira, aquí el doctor está buscando a Léo Modonnet, ¿te acuerdas? ¿Sabes qué fue de él cuando lo echamos?

–Lo contrataron de sustituto en otro teatro, creo.

–Sí, exacto. ¿Y luego?

–Y yo qué sé, dejamos de vernos.

–Perdón, ciudadana. No quiero meterme en tus asuntos, pero cuando os veáis, ¿dónde vivía Modonnet?

–En el número 4 de la calle del Infierno, que ahora se llama calle Azul.

–Llevaba tres meses sin pagarme el alquiler, ¿me explico? ¡Italiano de mierda! Se creía el amo. ¡Tuve que echarlo a patadas! Me dijeron que se fue al Gran Hôtel de Puente Nuevo. Arriba hacía sus numeritos y abajo dormía. Bien le está. Que se lo coman las ratas.

–Actuaba aquí mismo, en el balcón de al lado. Era buen tío, me hacía reír. Éramos los dos italianos, nos dábamos ánimos uno a otro. Luego se metió en no sé qué lío y tuvo que desaparecer por un tiempo. Esto no me lo contó él, lo supe yo luego. El caso es que estuve meses sin verlo. Luego, hace un tiempo, volvió, pero no para actuar. Lo vi subir del puente una mañana temprano. Se había peleado con un muscadino y se habían desafiado en la puerta de los combates. Me pidió que fuera su ayudante y fui a verlo pelear. Le dio un buen repaso al muscadino. Y viendo que se le daba bien, se metió a boxeador. A su empresario lo vi, era un marsellés, se llamaba algo así como Bertrand. Volví a verlo otra vez, una noche cuando yo estaba recogiendo. Hablamos de Goldoni... ¿Cómo decís? Sí, yo creo que era Bertrand, pero no pondría la mano en el fuego. Lo mismo era Bernard. También tenía un mote, esperad...

–Ese italiano tenía redaños, la verdad. Sí, lo entrenaba Bernard el Rana, que sabía mucho de bofetones. Organizaba los combates y las apuestas, se lo montaban bien. Aunque ya llevan tiempo sin venir por aquí. A lo mejor le han roto algún hueso y tiene que descansar. ¿Bernard el Rana? Hoy creo que

pelea uno de sus hombres. ¿No, Henri? Si os esperáis, aparecerá tarde o temprano.

–¿Un italiano que se llama Léo Modonnet? Sí, podría conocerlo. Tengo que hacer memoria. Y a lo mejor me ayuda saber quién lo busca.

–Me llamo Orphée d’Amblanc, soy médico...

–Marie, la costurera de San Antonio. Decidle que quiero hablar con él.

## 5

Cuando oyó aquel nombre en boca de Bernard el Rana, Léo se quedó de piedra. Había pensado en ella de vez en cuando en todo aquel tiempo, pero aquel recuerdo era uno de los mejores que tenía, de los que conservaba para los momentos especiales, cuando se hallaba a solas consigo mismo. Ahora, que se sentía como alcanzado por un rayo, debía admitir que, en un rincón de su mente, había esperado que, con el regreso de Scaramouche, ella reapareciera también. Su esperanza se había cumplido. Allí estaba ella, aunque no acabó de creérselo hasta que la tuvo delante, en casa de Bernard.

Era ella, pero no era la misma. Tenía la cara marcada como si hubiera sobrevivido a un tifón y aún cargara con el peso del cansancio y de la ropa empapada. Por eso Léo la encontró aún más bella, aunque ya no lo era.

La acompañaba un hombre, no elegante pero distinguido, que se presentó como doctor y se quedó un paso detrás de ella.

Léo no supo qué decir y por suerte fue Marie quien habló.

Dijo que buscaban a Scaramouche, el Mataincreíbles, el castigador de los muscadinos, y que si en aquel momento no lo tenían delante se habían equivocado y lo habían molestado para nada.

Léo se tomó su tiempo. Preguntó quién era el hombre que la acompañaba. Marie entonces le hizo señas a éste de que se adelantara.

El doctor D’Amblanc, como dijo que se llamaba, fue al grano. Si Scaramouche luchaba contra la Juventud Dorada, entonces seguramente le interesaría golpear al jefe del Ejército de los Sonámbulos. Él sabía quién era y dónde encontrarlo.

–Todo el mundo sabe que los guía el Desnarigado –comentó Léo.

D’Amblanc dijo que no, que aquél no era más que el brazo derecho. Había

otra persona, un hombre mucho más astuto, que se escondía.

–¿Y vos cómo lo sabéis? –preguntó Léo.

D’Amblanc contestó que era una larga historia y podía contársela si Scaramouche estaba dispuesto a ayudarlos.

Léo quiso que Marie se lo confirmara. La mirada de ésta le dijo que podía fiarse. Si sus caminos se cruzaban de nuevo, debía de haber una razón. Una variante de la trama. Un cambio de escena inesperado. Quizá incluso de los personajes.

Los invitó a sentarse en sendos taburetes y se dispuso a escuchar.

Cuando D’Amblanc terminó de hablar, Léo se quedó pensativo. No estaba seguro de haberlo entendido todo. Lo del fluido magnético no lo convencía, aunque, por lo que aquel doctor decía, ese fluido explicaba la extraordinaria resistencia de los sonámbulos.

–Con todo el respeto, ciudadano, este fluido me parece una especie de magia...

D’Amblanc no reaccionó a la provocación. Dijo que aquella persona era, en cierto sentido, una especie de nigromante, de brujo. Un hombre muy peligroso. Sin él, los sonámbulos perderían sus poderes.

–¿Y quién os dice que ese individuo no le ha pasado sus... capacidades a otra persona? –preguntó Léo.

Estaba claro que D’Amblanc esperaba la pregunta, porque contestó sin vacilar: no era de esa clase de personas. No quería discípulos, sino soldados.

–¿Quién es? –le preguntó el actor.

La respuesta no hizo sino aumentar su curiosidad. Un segundón de la aristocracia militar, un arribista que había llegado a desempeñar un papel de cierta importancia. D’Amblanc sospechaba que gozaba de protección política. Y que tenía grandes proyectos.

Léo sintió simpatía por aquel hombre. ¿Sería un digno adversario de Scaramouche?

–¿Y por eso queréis detenerlo?

D’Amblanc contestó que tenía sus motivos, no fáciles de explicar. Pero que había que detener a aquel hombre.

Aun así, Léo no estaba seguro de saber qué intenciones tenían aquellas dos personas.

–¿Y vos? –le preguntó a Marie—. ¿Qué tenéis vos que ver con todo esto?

Ella contestó que el médico la había ayudado. Le había salvado la vida y ahora ella le devolvía el favor.

El italiano se acercó a D'Amblanc hasta casi tocarlo con la nariz.

—Miradme a los ojos, doctor. ¿Vais en serio? Porque a esa gente no hay que curarla. Hay que eliminarla. No es gente lo que se dice cortés, ¿me explico?

D'Amblanc contestó que lo sabía perfectamente. Harían lo que hubiera que hacer.

Léo miró a los lados. Pensó en el cuchitril polvoriento en el que vivía, en los cuatro harapos que vestía, en el traje de Scaramouche que Marie Nozière le había hecho tiempo atrás y que tenía escondido debajo del jergón, junto con su «bastón de paseo». ¿Qué tenía que perder?

Se dirigió de nuevo a D'Amblanc.

—¿Qué pensáis hacer?

El doctor pareció animarse con la pregunta. Dijo que había que torcer el brazo derecho hasta obligar a la cabeza a doblarse también.

La imagen hizo gracia a Léo.

—¿Estáis seguro? —dijo—. El Desnarigado no va nunca solo. Lo escoltan cuatro hombres que lo acompañan hasta a mear. Tipos fuertes, que luchan hasta la muerte...

Ajá, pensó Léo, ahora el doctor sabía que él también vigilaba a La Corneille. Lo seguía convencido de que era el que desembolsaba el dinero, aunque lo sorprendía que semejante miserable fuera tan generoso. Porque una cosa estaba clara: sin dinero, los muscadinos se disolverían como mierda bajo la lluvia.

D'Amblanc dijo que podía romper la cadena magnética. Sabía cómo hacerlo. Y entonces, se lo aseguraba, caerían como caería cualquier persona.

—Siguen siendo cinco contra dos —le recordó Léo.

—Cinco contra tres, queréis decir —añadió Marie.

Los dos hombres la miraron sorprendidos, pero la determinación que vieron en su rostro los convenció de no hacer objeciones.

muscadinos. Por sus miradas fijas y sus andares rígidos podía verse que eran sonámbulos. Parecía que no notaban el frío del anochecer, que blanqueaba el vaho de sus bocas, y se movían, bastón en mano, formando un cuadrado en torno a la persona que debían proteger: uno delante, dos a los lados y otro detrás, cubriendo las espaldas. Sus pasos resonaban en las losas mojadas de la calle desierta. El frío intenso de la noche había vaciado las calles. La Corneille caminaba encorvado, con un viejo abrigo ceñido y una bufanda de la que sobresalía la prótesis nasal como si fuera un pico.

Orphée D'Amblanc estaba escondido en la sombra de un zaguán. En cuanto pasó el grupo, se sacó del gabán la vara del fulminador y se abalanzó sobre el hombre que cerraba la marcha, quien, aunque adivinó el ataque, no tuvo tiempo de evitar la estocada. Gritó al sentir la descarga eléctrica que le atravesaba el cuerpo y se desplomó cuando recibió el golpe en la sien.

La cadena magnética estaba rota. Los otros tres oyeron a La Corneille que ordenaba contraatacar. Léo salió entonces de una callejuela lateral y le propinó a uno de ellos un garrotazo en la pierna que le rompió la rótula. La noche quedó desgarrada por el grito de dolor.

Uno de los dos que quedaban en pie derribó a Léo e intentó estrangularlo con las manos, mientras el otro empezó a descargar bastonazos que D'Amblanc detuvo con la vara del fulminador para, a continuación, pegarle un golpe en la cabeza al muscadino, seguido de otro y otro, que lo remataron.

Entretanto, Léo había agarrado por los testículos a su adversario y se los apretaba oyendo en su cabeza a Bernard el Rana que le decía que *no hay golpes prohibidos*. El muscadino, gritando de dolor, le soltó el cuello. Léo se lo quitó de encima y se puso de pie, y cuando ya el muscadino volvía a la carga, D'Amblanc le puso la zancadilla y Léo le propinó dos patadas con todas sus fuerzas en las costillas que lo dejaron boqueando en el suelo.

Léo se detuvo a recobrar el aliento, pero entonces vio que La Corneille se escabullía por una calleja como si fuera una rata que se refugia en la oscuridad.

El fugitivo llegó al final de la callejuela y dobló la esquina, donde lo esperaba Marie. La Corneille sintió un pinchazo en el costado y dio un grito. Las agujas de coser se le habían clavado en la carne, pero el viejo abrigo había evitado que se le hundieran más. Aterrorizado, La Corneille derribó a Marie y escapó corriendo.

Léo se dio cuenta de que D'Amblanc, entorpecido por el arnés del fulminador, no podía correr mucho, así que lo dejó atrás y se lanzó a todo correr en persecución de La Corneille. Empresa nada fácil, porque el Desnarigado resultó ser más veloz de lo previsto. Léo vio que torcía de pronto por una calle lateral en dirección al río. Lo siguió, justo a tiempo de ver que perdía el control de las piernas, chocaba contra un muro bajo que cerraba la calle, salía despedido por encima y se precipitaba por el otro lado.

Hielo, pensó Léo, reduciendo la marcha para no resbalar también. Se hallaba cerca de un lavadero. El agua se había congelado y formaba una gran placa compacta. Llegó al muro pisando con cautela y se asomó. La Corneille yacía en el suelo, unos metros más abajo. Léo vio allí cerca una escalerilla y bajó por ella, con mucho cuidado de no resbalar en los escalones cubiertos de hielo.

La Corneille estaba boca arriba en un estado lamentable. La prótesis nasal había saltado, el pelo se veía embadurnado de sangre que salía de la cabeza abierta, los dientes partidos. Respiraba con ahogo y se palpaba las costillas del costado derecho, donde Marie le había clavado las agujas, como si estuviera contándoselas.

Léo maldijo. Aquel hombre no tenía que morir. No todavía. No antes de decir dónde estaba su amo.

Del muro le llegaron las voces de Marie y del doctor que lo llamaban.

–Bajad despacio –dijo Léo, recuperando una voz que no era la suya–, por aquí está todo helado.

Marie y el médico bajaron la escalera como funámbulos por una cuerda.

–Creo que se muere –los informó Léo.

–Antes tiene que hablar –dijo Marie.

D'Amblanc se inclinó sobre el moribundo con expresión preocupada. Le tomó el pulso y confirmó que no viviría mucho.

–Habíais dicho que sabíais cómo hacerle hablar –dijo Marie.

D'Amblanc movió la cabeza.

–En estas condiciones...

–¡Bueno, al menos intentadlo, por Dios! –espetó Marie.

D'Amblanc extendió una mano un palmo por encima de la frente de La Corneille y la otra sobre las piernas. Cerró los ojos y se concentró. El moribundo tosió sangre y saliva y siguió respirando con sofoco, pero poco a poco empezaron a surgir palabras del desvanecimiento.

–Señor mío... Hasta el final... Yo seguiré siendo... vuestro... Por Francia...  
–La Corneille parecía sonreír, con los ojos perdidos, como soñando–. La sangre real... mi señor... un gran día... el gran día...

Una punzada de dolor lo dejó sin habla. Abrió la boca, pero no emitió sonido alguno. El cuello se tensó y de pronto la cabeza cayó de lado.

–¡Mierda! –exclamó Marie–. ¡La ha palmado! ¡Que se vaya al diablo!

Léo imprecó con una voz ronca y entrecortada, masajeándose la garganta y el cuello doloridos.

–¡Tanto trabajo para nada, joder! –Zarandeo el hombro de D’Amblanc–. Vámonos, doctor, antes de que venga alguien. Vamos, vamos...

D’Amblanc se levantó y los tres echaron a caminar a buen paso río adelante, helados y agotados. A aquella hora y con aquel frío, las calles eran un tétrico desierto. A los lados se abrían ventanas ciegas y callejuelas negras como bocas de lobo.

–¿Qué hacemos? –preguntó Marie jadeando. Le costaba seguirles el paso a sus compañeros.

D’Amblanc caminaba en silencio, como si siguiera un pensamiento, una intuición.

De pronto pareció que la alcanzaba, porque se detuvo en seco.

–Algo nos ha dicho.

Léo levantó la vista de la punta de sus zapatos.

–Deliraba, no se le entendía una pu...

Marie le dio un codazo para que se callara y se plantó en jarras delante de D’Amblanc.

–¿Qué nos ha dicho?

–Un gran día, la sangre real –dijo D’Amblanc–. ¿Cuál es el día de la sangre real?

Los miró esperando que le contestaran, pero los otros siguieron mirándolo con incredulidad.

–El 21 de enero –dijo él–. El segundo aniversario de la muerte de Luis Capeto. Habrá grandes festejos. Apuesto a que Yvers tiene planeada alguna acción para ese día. –Repitió como para sí las palabras de La Corneille–: Un nuevo día para Francia... –Miró a sus compañeros, que se mostraban ya menos sombríos–. Es algo grande, importante. –Siguió el hilo de sus pensamientos hasta la conclusión–. Él estará. Apostaría también por ello. –

Ahora se dirigió a los otros en un tono que dejaba ver cierto entusiasmo—. Y estaremos también nosotros.

Extracto de  
«LE MESSENGER DU SOIR»  
2 de frimario del año III

Queremos celebrar aquí la más perfecta de las tranquilidades, que hemos alcanzado gracias a la saludable actividad de nuestro gobierno; los fantasmas del complot se han desvanecido; ya no se degüella a ningún sordomudo acusado de conspirar [...].

La vida alegre, que el Terror había ahuyentado, ha vuelto a París; nuestras gentiles damas de peluca rubia son adorables, palabra de honor; los conciertos, tanto públicos como de salón, son deliciosos. Todo cobra una forma nueva; el nombre de comité revolucionario ya no hace temblar; ningún granuja con gorro frigio tiene ya potestad para decidir sobre la vida o la muerte de quien le desagrada; nuestros oídos cansados ya no oyen los gritos fúnebres de los amigos de Robespierre; el acento ronco y lúgubre de los agentes de la autoridad ha dado paso a modales más gentiles. Ésta es la metamorfosis que nuestras costumbres han experimentado desde la caída del tirano; pero las personas sanguinarias, los Billaud, los Collot y toda la banda de los rabiosos llaman a este cambio «contrarrevolución».

Extracto de  
«LE MESSENGER DU SOIR»  
1 de pluvioso del año III

Ayer, en la calle de San Honorato, había un carretero increpando a sus caballos, que no querían moverse. Montaba en cólera sobre todo con uno, que, más indómito que los otros, se encabritaba y relinchaba. Nuestro hombre le daba fuertes fustazos, gritando: «¡Yo te domaré, maldito jacobino!» Y la gente aplaudía.

## ESCENA SEXTA

El muñeco de la libertad

*21 de enero de 1795 (duodí de la primera década de pluvioso, día del musgo, del año III)*

### 1

En el barrio se hablaba de aquello desde hacía días. Se hablaba en la calle, en las tiendas, en los corros que se formaban delante de las ruinas de La Gran Pinta y en las tabernas recoletas donde se refugiaban sus prófugos.

Los muscadininos preparaban su fiesta. La Juventud Dorada no dejará pasar el 21 de enero como si nada. Bandas de Inc'eíbles decapitarán los bustos de Marat y de Lepeletier.

Entre suelas y empeines, mañana y tarde, Bastien había tenido que oír un montón de profecías como aquélla. Los viejos amigos de Treignac –y los viejos metomentodos que, aunque no fueran amigos, se metían en los asuntos de Treignac– venían a avisarlo, a decirle que el día se anunciaba aciago, que lo más sensato era quedarse en casa, sobre todo si a uno le habían dado ya un estacazo en la cabeza y podían darle otro que lo mandara al otro barrio.

Habían acabado por convencerlo. Por si eso fuera poco, el termómetro había caído por debajo de cero grados. Nada de fiestas. Por lo demás, decían muchos, ¿acaso había algo que celebrar? En esto Bastien no tenía las ideas claras: el hecho de que el pueblo le hubiera cortado la cabeza al rey de Francia le parecía algo de lo que había que estar orgulloso, pero, en la vida real, tampoco es que la República hubiera mejorado mucho las cosas. Lo que sí veía claro como el agua era que había días en los que uno tenía que salir, ver con sus propios ojos para luego contárselo a los que no hubieran estado y aun a los que, habiendo estado, decían que habían visto otra cosa. Cuando un zagal del barrio quería oír la historia de la decapitación de Capeto, Bastien se ufanaba de poder contestar: «Yo te cuento lo que pasó porque estuve en la plaza de la Revolución», y hasta le enseñaba el jirón de la chaqueta de Luisito

que Treignac le había regalado aquel día. Así que, dos años después de aquel 21 de enero, estando Treignac aún durmiendo, el chiquillo se calzó, se echó a la calle y se dirigió al lugar del que más se hablaba aquellos días.

El jardín del Palacio de la Igualdad.

Ya de camino se dio cuenta Bastien de que había sido una buena decisión. Los rumores no mentían. Un río de ciudadanos cada vez más caudaloso discurría a su alrededor a medida que se acercaba a la meta. Los elegantes afluían de las calles laterales y se unían a la marcha. De cuando en cuando, Bastien, con mucho sigilo, remontaba aquellos torrentes, se metía por un callejón y, armado con un pedazo de carbón, hacía su aportación personal a la guerra de pintadas contra la Juventud Dorada y el Ejército de los Sonámbulos.

Cuando llegó a la verja de entrada, se unió a un grupo que entraba compacto, por miedo a que un guardián lo echara, con la excusa de que iba mal vestido, de que no tenía edad o simplemente por hacerse el fuerte.

Dentro había ya bastante gente, repartida por el pórtico, las mesas de juego y los senderos del jardín. La mayoría se congregaba en torno a una tarima de madera que había en medio del patio. En la tarima había un trono, y en el trono, una persona. Bastien se acercó y halló un hueco desde el que podría disfrutar del espectáculo.

En realidad no era una persona, sino un muñeco de paja. Tenía dos caras y el cuerpo dividido en dos mitades. Por delante iba vestido como un rey y llevaba una corona, por detrás llevaba un gorro frigio, una peluca negra y una camisa roja como la de los jacobinos. Por los bolsillos de la chaqueta le asomaban fajos de asignados y billetes. En la mano derecha llevaba un puñal a guisa de cetro y en la otra un vaso lleno de un líquido que parecía sangre.

Un muscadino muy peripuesto subió a la tarima y pidió silencio al auditorio, que profería insultos y cantaba. Luego sacó pecho y empezó a vocear a su vez. Todo el mundo advirtió que, para la ocasión, pronunciaba las erres.

—¡Pueblo de Francia! Este día está dedicado al horror a la tiranía y al amor a la independencia. Día fatal tanto para los realistas como para los bebedores de sangre, para los cómplices de Capeto y los siervos de Robespierre. El pueblo no ha hecho la guerra solamente contra el nombre de un rey, sino contra cualquier tipo de dictadura. Manifestemos, pues, nuestra indignación contra los monstruos que, usurpando la autoridad del tirano, restablecieron

las bastillas que los patriotas destruyeron e hicieron correr a raudales la sangre de los ciudadanos.

El aplauso obligó al orador a interrumpirse. Una joven petimetra batía palmas junto al oído de Bastien. El chiquillo la miró –iba llena de encajes y sortijas– y decidió que no se sumaría al entusiasmo general. El discurso contra la tiranía y los dictadores le había gustado, pero si gustaba también a una tía como aquélla, algo pasaba.

El orador apuntó con el dedo al muñeco y siguió hablando.

–Yo te acuso de haber saqueado Francia, encarcelado a los ciudadanos y asesinado al pueblo. Yo te acuso de haber degollado a los miembros de la Convención y de haber intentado disolverla para reducir a los franceses a la esclavitud. Yo te acuso de haberte opuesto a los decretos de clemencia para los ciudadanos detenidos sin juicio. Yo te acuso, por último, de todas las calamidades que han golpeado y siguen golpeando a Francia, porque son todas hijas tuyas. Por eso, en nombre del pueblo soberano, te condeno a ser quemado vivo frente al lugar que fue el principal teatro de tus desmanes. Tus cenizas serán recogidas en un orinal y arrojadas a las cloacas de Montmartre, que en adelante llamaremos «el Panteón de los jacobinos».

De nuevo hubo aplausos, gritos. ¡Viva la justicia! ¡Muerte a los jacobinos! ¡Viva la Convención! ¡Abajo los tiranos!

Bastien vio que aparecían y se encendían multitud de antorchas por encima de las cabezas. Cuatro muscadinos cogieron el trono del rey jacobino, lo bajaron de la tarima y todos los presentes marcharon tras él. Las cabezas llenaban ya el jardín y se desparramaban por la calle de San Honorio. Unos decían que eran mil, otros seis mil. Las bocas entonaron una canción que Bastien nunca había oído, pero que todo el mundo parecía conocer tan bien como «La marsellesa»:

*Pueblo francés, pueblo de hermanos,  
¿puedes ver sin temblar de horror  
al crimen enarbolar la bandera  
de la muerte y del terror?*

*Sufres porque una horda atroz  
de asesinos y bandidos  
mancilla con su aliento feroz  
el territorio de los vivos.*

Marie reconoció la canción que había oído muchas veces en el café Chartres, cuando pedía limosna. La titulaban «El despertar del pueblo». Apretó la mano de Jean y siguió al doctor D'Amblanc, que caminaba bordeando la multitud. Remontaron a contracorriente el flujo de personas, desde la cabeza en la que iba el trono del condenado hasta la cola a la que iba la peor canalla, gente que, lejos de fingir que eran republicanos, esgrimían pistolas y asustaban a los curiosos diciendo que como pillaran a un jacobino, le hacían un agujero en la cabeza y se cagaban dentro. Luego volvieron atrás. De cuando en cuando se paraban y aupaban a Jean, o el doctor D'Amblanc lo subía de pie a un guardacantón para que pudiera observar bien las caras y reconocer al jefe de los sonámbulos, al caballero de Yvers.

A todo esto, Marie observaba también las filas de los que no se unían al cortejo y permanecían aparte viéndolo pasar, unos animando y otros moviendo la cabeza. Una joven, con atuendo y modales de plebeya, con las manos a ambos lados de la boca, empezó a gritar:

–¡Vendidos! ¡Vendidos!

Seguramente se imaginaba que otros la secundarían, porque calló como en espera de que la corearan, pero lo único que consiguió fue que tres muscadinos armados de bastón se le plantaran delante.

–¿Vendidos? –preguntó el del medio con voz glacial–. ¿Qué quie'es deci'?

Un hombre con una chaqueta llena de manchas se interpuso entre la mujer y los muscadinos levantando la mano y dijo:

–Dejadla en paz. Es de mi barrio. No está bien de la cabeza: es la loca de San Marcelo...

–¡Vendidos! –repitió la mujer con una expresión demente, como si quisiera confirmar las palabras del hombre que había venido a poner paz–. ¿Cuánto os han pagado por montar esa comedia, eh? ¿Cuánto os dan por...?

Una bofetada la alcanzó en la cara. El hombre captó la indirecta y puso pies en polvorosa sin decir una palabra. La joven le escupió a la cara al que la había abofeteado.

Los dos muscadinos que habían permanecido callados cogieron a la mujer

por los brazos y se los doblaron detrás de la espalda. La mujer quiso liberarse y gritar, pero sus esfuerzos eran vanos y el tercer muscadino la acalló con un puñetazo en el estómago. Le agarró la falda y de un tirón se la bajó hasta los tobillos, y lo mismo hizo con las bragas.

Al ver el culo desnudo, la muchedumbre que se había formado alrededor empezó a gritar:

—¡Un látigo, un látigo!

Hasta que una rama pelada y flexible pasó de mano en mano y llegó al centro de la escena.

El muscadino la levantó, la hizo chasquear en el aire y la abatió sobre las nalgas, blancas como la leche.

—¡Uno! —exclamaron los espectadores, reprimiendo la risa.

Marie notó que la piel se le ponía de gallina. Se acordó de Théroigne de Méricourt. Se acordó de sí misma, primero como atormentadora y luego como posible atormentada, en el puesto de aquella mujer. Y esta vez ni siquiera eran mujeres las que infligían la pena, sino hombres.

—¡Dos!... ¡Tres!...

La mano, en el bolso, apretó el guante con garras. Se lo había hecho unos días antes, fijando tres agujas de coser en el dorso de un guante de piel que había cortado por la última falange para mover con más agilidad las puntas de los dedos.

D'Amblanc le tocó el brazo y le dijo:

—Vámonos, que el chiquillo no lo vea.

Marie vio que Jean observaba la escena pálido y aterrorizado.

—¡Cuatro!...

Marie siguió a D'Amblanc y al chico, que se alejaban de allí, con el corazón encogido y un nudo de rabia en la garganta.

El trono del Rey Jacobino aterrizó en la puerta de las Tullerías.

Los oficiantes levantaron el muñeco, le quitaron la chaqueta y los zapatos y lo pusieron de rodillas.

En lugar del puñal y del vaso de sangre, le pusieron en las manos dos

grandes velas encendidas. Por último, un hombre vestido de verdugo trajo una soga y le rodeó el cuello con ella como si fuera una corbata.

D'Amblanc miraba aquellas acciones y se preguntaba si, entre todos los presentes, él era el único capaz de descifrarlas.

A juzgar por la falta de reacción de la gente, parecía, en efecto, que nadie se daba cuenta de lo que era aquello.

Sin embargo, había allí personas adultas, incluso con el pelo cano. Personas que habían vivido gran parte de sus vidas bajo el antiguo régimen. Personas que sin duda recordaban lo que era la «enmienda honorable». El culpable, descalzo, en mangas de camisa, con una vela en cada mano y arrodillado en la puerta de una iglesia, era obligado a pedir perdón ante Dios, ante el rey y ante la nación. En la vieja Francia, aquélla era la pena por insulto, sacrilegio, malversación, atentados al pudor. Pero si el condenado llevaba una soga al cuello, significaba que la enmienda honorable era una pena adicional, un agravante de la pena de muerte, que se consideraba insuficiente en caso de delitos infames como el parricidio. O el regicidio.

Muchas de las personas que se exaltaban, pensó D'Amblanc, muchos de los que gritaban: «¡Muerte a los jacobinos!» y «¡Viva la Convención!», podían tener la edad de su padre. Hombres y mujeres que, como él, presenciaron el suplicio de Damiens y lo contaron a sus hijos. Torturado, descuartizado vivo y luego quemado en la hoguera por haber intentado matar a Luis XV, padre del último rey de Francia. También Damiens, antes de ser ajusticiado, fue sometido a la enmienda honorable. El mismo castigo que en aquel momento se le infligía al muñeco del último regicida de Francia: Robespierre. Porque, en realidad, tras la doble faz del muñeco, tras los gritos en favor de la República, tras las celebraciones por la muerte del tirano, se escondía a duras penas una fiesta de realistas, con claros mensajes monárquicos, para quien sabía y quería captarlos.

Una leyenda muy del gusto de los nostálgicos de Capeto decía que Robespierre, nacido en Arras, era sobrino de Damiens, que nació en un pueblo de los alrededores de Arras.

D'Amblanc hizo pasar delante a Jean y le dijo que aguzara la vista.

Sabía que traerse al chico había sido una imprudencia, pero también que era el único modo de encontrar a Yvers: siempre que la conmemoración del 21 de enero diera ocasión de sorprenderlo al descubierto. No podía estar seguro, pero D'Amblanc sentía que su adversario no se perdería aquel día. Si

sus hipótesis eran correctas, exactamente dos años antes el misterioso Yvers había intentado rescatar al rey con un grupo de hombres guiados por el barón de Grèche. Había escapado y se había refugiado en Bicêtre para hurtarse a las pesquisas de Chauvelin. Luego, el mismo día de la decapitación de Robespierre, había salido para pasar de nuevo a la acción.

—Hago enmienda honorable de mis culpas y pido perdón a Dios, al pueblo de Francia y a la Convención por haber mancillado, devastado, humillado a la nación y...

D'Amblanc tentó, por debajo del gabán, las botellas de Leiden que llevaba en el cinto. Pasó los dedos por los cables revestidos de seda que permitían el contacto eléctrico y comprobó que todo estuviera en orden. Miró a Marie, que estaba a su lado y que le preguntó:

—¿Estáis seguro de que funcionará?

D'Amblanc no quiso mentirle.

—No —contestó—. Si la técnica no nos ayuda, confiemos al menos en la buena suerte.

Marie alzó la vista por encima de las cabezas que tenía delante y vio a Léo, al otro lado de la calle. Habían convenido en que él permaneciera aparte, siempre a la vista, para poder acercarse al sujeto desde los dos lados. Léo le hizo una leve seña de entendimiento.

—Vamos, Jean —dijo D'Amblanc al chiquillo—. Sigamos.

#### 4

El patio del monasterio de los dominicos estaba lleno de antorchas.

En medio se erigía la hoguera en la que ardería el muñeco de la igualdad.

Yvers iba vestido de negro. Llevaba el cuello levantado y la bufanda cubriéndole la nariz. El mismo atuendo que llevara aquel 21 de enero, que ahora se llamaba 2 de pluvioso. Era el mismo y absurdo baile de nombres. También el lugar que ahora contemplaba había cambiado de nombre: ya no se llamaba «Sociedad de los Jacobinos, amigos de la libertad y de la igualdad». Ahora lo llamaban algunos el *difunto* club de los jacobinos, y otros el club de los *difuntos* jacobinos, dando a entender que a los jacobinos podía dárselos por muertos. El caballero de Yvers prefería el antiguo nombre religioso.

Como dos años antes, sus ojos escrutaban la multitud y no veían más que narices. Picos y probóscides deformes. Narices enormes. Bultos purulentos. Apéndices asquerosos que no merecían oler más que un olor: el de la sumisión, el único que sabían reconocer y apreciar de verdad.

Como dos años antes, Yvers buscaba las miradas de sus hombres, pero esta vez sabía que los hallaría en su puesto, como en efecto ocurrió. Miradas sonámbulas, listas para actuar de consuno, como miembros de un único cuerpo. Nunca más estaría a merced de la volubilidad de los hombres. De la peor gente había hecho una legión invencible, que apuntaba al mismo objetivo, bajo la guía de un maestro. Se reunió con Malaprez, que estaba donde se le había ordenado que estuviera.

—¿Están todos en sus puestos? —preguntó Yvers.

—Sí, mi señor —contestó Malaprez.

—Tú quédate conmigo —ordenó Yvers.

Malaprez recibió la orden sin pestañear.

Los muscadinos del Palacio de la Igualdad habían subido a la hoguera al muñeco. Las antorchas prendieron fuego a la pira. Las llamas y el humo empezaron a ascender. Un violín desgranó las notas de «La carmañola». Hombres y mujeres formaron corros concéntricos y se pusieron a bailar la danza de los revolucionarios. En lugar del Árbol de la Libertad, el rogo del Rey Jacobino. En lugar de *sans culottes*, jóvenes dorados y muscadinos.

Desde la posición que había conquistado a fuerza de codazos, sobre una pila de tejas viejas, Bastien vio al energúmeno rubio y lo reconoció. No olvidaría aquel careto en su vida. Era uno de los que habían atacado a Férault en La Gran Pinta. Era el que había golpeado a Treignac. Y reconoció también a otros que iban con él. Los había espiado a la luz de las llamas, antes de meterse en el pozo para salvar el pellejo. Tenían la misma mirada pavorosa. Habían quemado vivo al bueno de Férault. Bastien los había visto, ¡maldita sea!, y sabía qué clase de gente eran. Empezó a temblar de arriba abajo, mientras algunos de ellos, con antorchas, se colocaban en torno al gran fuego, como si quisieran protegerlo de la multitud. Cuando consiguió sobreponerse, Bastien se dijo que en la cara de aquella gente estaba escrito que eran capaces

de cualquier cosa. Los demás, en cambio, los miraban extrañados, algunas mujeres lanzaron objetos para que se apartaran, pero ellos siguieron en sus puestos. ¿Qué pasaba allí? Bastien se dio cuenta de que flotaba un olor acre que hacía cosquillas en las narices. No tardó mucho en reconocerlo, lo había olido en el taller de Malet el carpintero. Era el olor de la resina que usaba para dar brillo a los muebles. No tuvo tiempo de volver a interrogar a su nariz.

—¡Viva Francia! —exclamaron aquellos hombres. Y arrimaron las antorchas a su propia ropa.

Bastien contuvo la respiración.

## 6

Léo dejó de mirar las caras de la gente y se dio cuenta de que Marie le tiraba de la manga. Había ido abriéndose paso a empujones.

—¡Mira! —le dijo, exasperada.

Lo embistió una tufarada de trementina. Todo el mundo hizo la misma mueca. Todos menos los hombres que se habían prendido fuego y ardían en torno a la gran hoguera en la que se quemaba el muñeco. Eran también muñecos, inmóviles, y las llamas subían rápidamente y ya llegaban a los hombros.

Marie gritó, gritó con todo el aire que tenía en la garganta, pero no salió ningún sonido. O quizá los gritos de los demás ahogaron los suyos. Léo la estrechó entre sus brazos, conteniendo en aquel abrazo el miedo y la rabia de los dos.

—¿Dónde están D'Amblanc y el chico?

Marie quiso contestarle, pero la embistió el olor a carne quemada y vomitó sobre el empedrado. Léo la sostuvo sintiendo a su vez arcadas. Ella se desasíó enseguida y señaló un punto entre la multitud, a unos treinta o cuarenta pasos de distancia. Jean, a hombros del doctor, miraba las llamas con los ojos desorbitados. Marie recobró el aliento y se limpió la boca con la manga. Léo apenas la reconoció. Era como si la viera por primera vez. ¿Quién era? La vagabunda, la amazona, la costurera, la viuda, la madre... Entre estas mujeres aparecía otra poseída por un odio que le era desconocido. Daba miedo, como

daban miedo aquellos espantajos humanos envueltos en llamas: era como si sintiera el duelo de todas las mujeres que era y de él sacara fuerzas.

Fueron a reunirse con los otros. Tuvieron que abrirse paso entre gente que se peleaba y empujaba porque quería acercarse a ver o alejarse porque había visto. Un muscadino se detuvo frente a Léo, que se vio empujado y chocó contra otro que tenía detrás.

–Homb’e, dichosos los ojos.

Era un petimetre con la nariz aplastada y un bastón. Iba con otros dos amigotes. Léo lo reconoció. La nariz se la había aplastado él. Soncourt. El mismísimo campeón de *savate* de los muscadinos. Y tenía una ofensa que vengar. Instintivamente, Léo buscó a Marie y se alegró de no verla allí. Por lo menos con ella no se meterían.

El muscadino lo miró de arriba abajo

–’econoce’ía tu ca’a de mie’da ent’e mil...

Los tres muscadinos rodearon a Léo y enarbolaron los bastones. Léo sacó la maza que llevaba escondida en el gabán y se defendió. Esquivó un golpe, paró otro, pero Soncourt llevaba mucho tiempo esperando la ocasión y consiguió propinarle una patada en sus partes. Léo procuró no doblarse, pero recibió un bastonazo en el hombro, seguido de otro que le pasó rozando la oreja. Mientras caía, esperó que por lo menos Marie estuviera a salvo.

–No existen golpes p’ohibidos –dijo Soncourt riendo.

## 7

D’Amblanc dominó el terror que sentía. Aquellos hombres estaban quietos como estatuas mientras las llamas los consumían. Carecían de cualquier instinto de supervivencia, sometidos como debían de estar a la voluntad de alguien que había inculcado en ellos la idea de matarse. D’Amblanc tuvo la absoluta seguridad de que Yvers estaba allí, en algún sitio. Por nada del mundo se perdería aquel espectáculo, escarnio de todo aquello en lo que el siglo había creído.

–Sé que estás aquí... Vamos –dijo entre dientes.

Apretó las rodillas de Jean. Los gritos de pánico de la gente le impedían decirle unas palabras de ánimo.

Milicianos de la guardia nacional intentaron penetrar en el patio, pero las

antorchas humanas se movieron como respondiendo a una orden muda. Dieron un paso hacia la multitud, luego otro, desencadenando una fuga histérica. Los cuerpos se empujaban, caían y se pisaban intentando salir del patio, cuya entrada, sin embargo, era demasiado estrecha para que pudieran pasar todos a la vez y quedó obstruida por la multitud, a la vez que el reflujo rechazaba a los milicianos. Ya estaba el cuadro completo, pensó D'Amblanc: los sonámbulos invencibles a una parte, las hormigas impacientes a otra.

Pensó que si Jean se caía de sus hombros, sería pisoteado y se apresuró a bajarlo. Lo cogió de la mano, pero cuando quiso llevárselo notó que se resistía. D'Amblanc se volvió para hablarle, pero el chiquillo se había quedado quieto y temblaba, con los ojos cerrados.

—¡Jean, Jean!

Le rodeó la cabeza con los brazos y lo apretó contra su pecho, tapándole los oídos.

Demasiado tarde. Oyó un gruñido que parecía salir de alguna caverna oscura de la mente del muchacho. Siguió llamándolo con la esperanza de que reaccionara, pero lo que tenía entre los brazos era ya un animal espantado. Presa del pánico que el fuego le infundía, aquel animal intentaba soltarse. D'Amblanc lo sujetaba tratando de no hacerle daño, pero sabía que sólo podía hacer una cosa. Levantó el asta del fulminador, sintiendo un fuerte dolor en las heridas. Los sonámbulos en llamas habían dado otro paso hacia delante. Algunos habían caído de bruces y ardían en el suelo. Otros habían conseguido abrazarse a algunos de los presentes que no habían escapado a tiempo y gritaban desesperados.

D'Amblanc dirigió el fulminador a Jean y le pidió mentalmente perdón, pero el chiquillo le mordió en la mano y salió corriendo inclinado hacia delante, como un mono.

D'Amblanc lo siguió, dando golpes con el asta para abrirse paso entre la gente que huía. El miedo de perder a Jean era más fuerte que el de acabar entre los brazos letales de alguno de aquellos autómatas de carne y hueso. Sentía que si lo perdía, todo su trabajo, todo aquello en lo que había creído, sería vano.

Mirad esto, pensó Yvers, viendo que los sonámbulos ardían como estrellas en el firmamento y el terror se adueñaba de la gente. Mirad, allí donde estéis, repartidos por la faz de Europa, vosotros que podéis entender la sublime grandeza de este gesto. Mesmer, Puységur... Mirad el éxito de quien ha ido más allá de vuestra imaginación. Mirad a los guerrilleros de la nueva era. No gimen. No vacilan. Demuestran lo que deben demostrar. Y sólo son unos cuantos. ¿Qué no haríamos con un Ejército de Sonámbulos que abarcase toda una nación? ¿Qué cosas no podrían hacer en los siglos venideros? ¿Qué serán los Marat y Robespierre frente a todo esto? Su Terror no es nada comparado con el que veis en los ojos de esta gente que huye. Que huye, no de una amenaza, sino de la verdad, de algo a lo que no ve sentido, porque no lo tiene. Nosotros hemos ido más allá, nos hemos proyectado en el acto que se afirma a sí mismo sin justificaciones ni compromisos. ¿Qué es el siglo de las luces que hemos dejado atrás al lado de la luz que emana de estos guerreros, al lado de la afirmación categórica, inapelable, eterna?

Había llegado el momento. Yvers se dirigió a Malaprez.

—Reúne al ejército. Saben lo que tienen que hacer. Luego reúnete conmigo en el lugar convenido.

Malaprez no rechistó. Se abrió paso por entre el caos, derribando a quien se le ponía por delante.

Bajo la bufanda, Yvers se permitió sonreír con satisfacción. Las órdenes estaban dadas. Los sonámbulos se dispersarían en pequeños grupos por la ciudad para sembrar el caos y la confusión.

Algo húmedo le rozó los dedos y lo sacó de sus pensamientos.

Bajó la vista y vio a un ser que le lamía la mano. La retiró con asco y se dio cuenta de que era un chiquillo que aullaba como un perro. Alzó el brazo para pegarle y echarlo, pero el chiquillo se acurrucó a sus pies, gimiendo, y entonces el caballero tuvo la reminiscencia de una sensación remota. Fue como si todo el mundo hubiera desaparecido. Vio los ojos que imploraban la piedad del amo y se halló en el castillo de Yvers, en Auvernia, antes de todo lo que había pasado desde entonces.

—Jean... Dios mío —murmuró incrédulo—. Eres tú...

Puso una mano titubeante en la melena oscura. Los años habían pasado, pero en las facciones del rostro reconoció al niño que él había criado.

—¡Dios santo, Jean!

El niño se dejó acariciar la cabeza y siguió lamiéndole la mano como un

perro. Era difícil no ver en aquella aparición el signo del destino. Ahora que todo se cumplía, todo volvía al origen. Jean había sido el punto de partida. Los hombres que ardían allí delante, en medio de la multitud histérica, eran la etapa siguiente. Pero aún no era su triunfo. Unas horas más y, entonces sí, sería dueño del destino de Francia. Quizá de toda Europa.

Oyó que llamaban al muchacho, se volvió y vio a un hombre que avanzaba entre la gente. Esgrimía un arma larga. Vio que se detuvo cuando reparó en él y en Jean.

Yvers sintió que el fluido se aceleraba.

Percibió la fuerza magnética de aquel hombre.

Aquel hombre sabía.

Conocía a Jean, lo llamaba por su nombre.

Y Jean lo había reconocido a él, Yvers, su viejo amo.

Jean el perro, el sabueso.

Acarició con más fuerza la cabeza del chico y lo apretó contra sí. Oyó de nuevo al hombre gritar, tratando de acercárseles. Yvers sacó el estilete que llevaba escondido en el bastón y con un gesto rápido lo clavó bajo la axila del muchacho, traspasándole el corazón. Dejó que se desplomara agonizante y se volvió hacia el hombre que venía. Tendió hacia él la mano con la palma abierta. El otro se dobló de dolor. Yvers mantuvo la mano tendida hacia su adversario, que se retorció en el suelo. La parálisis del fluido lo mataría en un minuto.

## 9

Los dos indios tienen una cara monstruosa.

Durante la batalla, el sudor y el humo de los disparos se han mezclado con las pinturas de guerra del rostro, que resbalan en forma de lágrimas negras. Se pasan la botella de ron dando tragos largos y ávidos. Junto al fuego hay un tercer guerrero, que salmodia. A su lado hay un niño sentado. Flota un olor a leña quemada y a lluvia, a musgo mojado y a hojas podridas. El cielo brama, cada vez más bajo.

Uno de los guerreros desenvaina el cuchillo y lo agita ante los ojos del prisionero. Acto seguido, y con un gesto brusco y rapidísimo, le hace un tajo en la piel de las costillas. Luego sigue cortando como si estuviera

despellejando un ciervo. El alcohol le impide oír los gritos. Termina de cortar un trozo de piel humana y se la muestra a los otros con aire triunfal. El segundo se abalanza con su cuchillo y corta otro jirón de piel del pecho del prisionero, cuyos gritos se mezclan con los truenos. El tercer corte se lo hacen en la región del hígado, aunque no tan profundo que resulte mortal. La sangre chorrea por el costado. El rayo ya está encima, la descarga electrostática desgarró el bosque y parte el árbol que hay al margen del claro, reduciéndolo a un tronco carbonizado.

Los indios gritan, maldicen, la lluvia torrencial apaga el fuego. El niño rompe a llorar. El hombre de al lado se levanta y dice unas palabras. Los otros dos dan alaridos. El hombre les apunta con lo que parece un bastón y los mantiene alejados sin necesidad de tocarlos. Luego desata al prisionero y lo tiende bajo la lluvia. Las gotas atraviesan la fronda y le golpetean la cara, los brazos. El hombre restaña la sangre, extiende las manos sobre el prisionero y sigue salmodiando. Es una voz conocida, de acento inconfundible.

–*Der Blitz...* el rayo te ha salvado, el Amo de la Vista, el Guardián de la Armonía Cósmica, el Ser Supremo. O lo que otros llamarían Azar.

El herido consigue hablar entre lágrimas.

–Jean... No lo he salvado... Es culpa mía.

–No puedes hacer nada por los muertos. Piensa en lo que puedes hacer por los vivos. *Sie leben wollen?* ¿Tú quieres vivir, *mein Freund?* –No espera respuesta–. A veces, sólo el kranko puede expulsar al kranko. El riesgo de morir *ist* ppreferible a la seguridad de morir, *meinst du nicht?*

Recoge el bastón con el que ha rechazado a los dos guerreros y se lo pone en la mano al herido.

Éste consigue poner la punta en contacto con su cuerpo. La descarga eléctrica lo traspasa al instante, encogiéndole el alma y el estómago.

D'Amblanc abrió los ojos y vio el resplandor del fuego recortado en el cielo gris. Se incorporó con los codos y vio enfrente a su adversario, que seguía con la mano tendida hacia él para matarlo, pero ya sin hacerle daño. Un instante después había desaparecido, tragado por las sombras. El espacio

vacío que dejó parecía denso, como si la silueta hubiera quedado impresa en el aire.

D'Amblanc se levantó, sosteniendo aún en la mano el asta con la que se había fulminado para interrumpir la magnetización. Volvió sobre sus pasos. Jean yacía en el suelo. D'Amblanc se arrodilló y le sostuvo la cabeza entre los brazos, como había hecho poco antes, tratando de salvarlo. Parecía dormido. No sangraba mucho, la hemorragia era interna. Un golpe de experto. Las lágrimas empañaron la vista. Las cosas en las que había creído se habían desmoronado una tras otra, pensó, abrazado al cadáver de Jean. Uno más entre tantos. A diferencia de los otros, él había sido sólo una víctima.

Levantó la vista y maldijo a Yvers, allí donde se hubiera escondido. Tenía ganas de llorar, llorar de rabia y desesperación. ¿De qué había servido salvar a Jean de los bosques, si ahora moría allí, en el corazón de la capital, a manos del mismo verdugo que le había arruinado la vida? D'Amblanc intentó murmurar una oración por aquella alma destrozada.

## 11

Marie había perdido de vista a Léo. No había podido pararse a esperarlo, porque había visto a D'Amblanc luchar con alguien, levantarse del suelo y hacer frente a un hombre que se había desvanecido entre la gente. Sin pensárselo dos veces, se lanzó en persecución del fugitivo, pese a que, por su corta estatura, no le era fácil verlo.

Chocó contra una pila de tejas, rompiendo un par, pero siguió adelante, sin darse cuenta de que encima de aquellas tejas estaba Bastien, como estaría un naufrago sobre una balsa. El muchacho vio a Marie que se abría paso entre la multitud y llegaba a la salida. No tuvo tiempo ni de llamarla. Instintivamente, saltó al suelo y corrió tras ella.

## 12

Protegiéndose la cabeza con manos y brazos, Léo evitó perder el conocimiento. Soncourt y los demás muscadinos que le pegaban se tomaban

su tiempo, querían disfrutar de la venganza y le propinaban golpes en la espalda a ritmo lento y constante, uno cada vez. Pensó que debería levantarse e intentar al menos defenderse, pero era lo que sus agresores esperaban para liquidarlo de una vez. De aquel modo le romperían primero todos los huesos y luego lo rematarían. «A tomar por culo», se dijo, «si he de morir...» Rodó de lado, pero antes de que la emprendieran con él a bastonazos oyó una detonación de arma de fuego y vio que el jefe de los muscadinos revolvía los ojos y se desplomaba sobre él.

Oyó otro par de golpes secos, como de madera que impacta contra huesos, huesos no suyos, por suerte. Con una sacudida se quitó de encima el cadáver que lo aplastaba. Vio a otro de los muscadinos tendido en el suelo y al tercero tratando de levantarse. Con una tijera, Léo le soltó una patada en la sien; el hombre cayó y ya no se movió.

Se incorporó apoyándose en los codos y se halló ante una cara conocida. No era una cara amiga. Era la cara de la última persona a la que habría querido ver, y que le tendió la mano y lo ayudó a levantarse.

–Vengo por Bastien y te encuentro a ti –dijo Treignac con la voz sofocada y jadeante. Estaba colorado. Empuñaba una gran pistola por el cañón. Debía de haberlos golpeado con ella después de disparar al primero–. Me han dado ganas de dejar que te zurraran.

–¿Y por qué no lo has hecho? –preguntó Léo aún desorientado.

–Eran tres contra uno. Además, tengo una cuenta pendiente con esta gente.

–He perdido a Marie –pudo decir Léo–. Venía conmigo...

Treignac blasfemó.

–Marie ya no me importa –dijo–. Pero Bastien sí. Ha venido a meterse en este... –miró a los lados sin encontrar palabras con las que describir aquello. Hizo un gesto vulgar dirigido a todos y a nadie.

–Lo siento –dijo Léo. Y al decirlo se dio cuenta de que era verdad y se sorprendió. Aquel hombre lo había maltratado y humillado como nadie, pero también le había salvado la vida.

–¿Puedes caminar? –preguntó Treignac después de una larga pausa.

Léo torció el gesto.

–Sí, estoy magullado pero entero.

Otra blasfemia. Treignac señaló la entrada del patio, por el que los milicianos de la guardia nacional estaban consiguiendo entrar.

–Hay otra salida allí –dijo Treignac–. ¡Muévete!

A hurtadillas se dirigieron a un postigo que había en la pared del fondo, por el que ya mucha gente salía. Léo vio a D'Amblanc arrodillado junto al cuerpo de Jean y, antes de franquear el postigo, volvió atrás, seguido de los insultos de Treignac. Cuando llegó junto al doctor vio la sangre. La cabeza caída del muchacho disipó sus últimas dudas.

–Yvers –dijo D'Amblanc.

–¿Adónde ha ido? –gruñó Léo.

D'Amblanc no contestó.

–¿Y Marie? –preguntó otra vez Léo.

–Iba con vos –respondió D'Amblanc.

–Tenemos que irnos –dijo Léo, viendo que los milicianos habían entrado ya en el patio y repartían porrazos a diestro y siniestro.

D'Amblanc vaciló.

–Debéis dejarlo –dijo Léo—. No se puede hacer nada por él.

–No puedo...

Léo estuvo tentado de dejarlos allí y salir corriendo. Treignac lo llamaba desde la puerta del fondo, echando pestes. Léo cogió al doctor por los hombros y lo zarandeó.

–¡Vámonos, por Dios! ¡No ganamos nada con que os arresten!

D'Amblanc se sorbió la nariz, depositó la cabeza de Jean en el suelo con un cuidado inútil y se dejó llevar del brazo.

Los tres hombres salieron por el postigo, que daba a los huertos del convento, el mismo por el que había huido Yvers.

ESCENA SÉPTIMA  
Carnaval de espectros  
*Poco después*

1

Yvers se había alejado rápidamente del convento, dando un amplio rodeo y volviendo por la calle de San Honorio. Había torcido un par de calles, en dirección al lugar convenido. Había aprovechado el camino para recuperar la calma y el control de sus pensamientos. La reaparición de Jean era una señal, se había dicho en el momento. Se preguntó si, ocultos entre la masa indistinta de humanos y de narices deformes, no estarían también Juliette y Noèle, y Dios sabe quiénes más, a los que había dejado en Auvernia años antes. Espectros que reaparecían del pasado para asistir a su triunfo. Imposible. Y, sin embargo, alguien se había servido de Jean para dar con él...

Resbaló en el hielo pero se agarró a un guardacantón y evitó perder el equilibrio. Ya casi había llegado al lugar de la cita. Nada ni nadie detendría la acción. No ahora que se disponía a ejecutar su obra maestra. Atisbó la figura de Malaprez, junto al puente. Entregado, leal Malaprez. No tuvo necesidad de decirle nada, sabiendo que no esperaba palabras. Prestó atención a los ruidos que turbaban la noche de París. Del río llegaban vagos sonidos de multitud. Yvers se alegró. Gracias a los sonámbulos, sería una noche agitada. El caballero llegó junto a su escudero y ambos se dirigieron a una casa de los barrios altos, no lejos de la isla de San Luis. Llamaron tres veces más una y la puerta se abrió.

Dentro, un hombre jorobado y con barba de varios días los saludó con deferencia y los condujo a una antesala, sólo iluminada por un candelabro y las ascuas de un fuego. Yvers tendió la mano, recibió los papeles y los estudió.

—Éste es el nombramiento. ¿Y el certificado de civismo?

El hombre se lo dio también. Yvers lo leyó con calma y dijo:

—¿Qué has hecho con él?

El jorobado hizo un guiño cómplice.

—Descansa en el fondo del río, señor. Con una piedra en los tobillos.

Yvers asintió y se dirigió al taciturno Malaprez.

—Vamos.

—Mi señor... —masculló el dueño de casa.

Yvers vio que se llevaba la mano al pecho.

—Larga vida al Ejército de los Sonámbulos... Larga vida a Francia... Larga vida al Rey...

El caballero salió de la casa con la imagen de aquel pobre soldado que los observaba desde la puerta, orgulloso de haber desempeñado un papel en una empresa cuya trascendencia a duras penas podía comprender.

Caminaron a buen paso, pero sin correr, para no despertar sospechas. La noche había caído, el campanario de Nuestra Señora dio las nueve. Tenían que darse prisa. Por suerte faltaba poco. No redujeron el paso hasta que no vieron las murallas, más allá de las cuales descollaban los edificios del Templo. Se detuvieron en un zaguán, donde Yvers sacó del bolsillo una escarapela tricolor y se la prendió en la solapa de la chaqueta, cuidando de que la capa no se la tapara. Por último, entregó el bastón a Malaprez.

—Que Dios nos ayude —dijo éste.

Yvers pareció no oírlo.

—Si no salgo dentro de una hora, vete. Sal de París —dijo.

—Si eso ocurre, me iré a la Vandea —contestó Malaprez, con una determinación que sorprendió a Yvers. Malaprez había considerado la posibilidad de que el plan fracasara, pensó el caballero. Se había visto solo y había pensado en buscarse una muerte digna.

—Eres un gran soldado, Malaprez. Malgastarías tu vida entre aquellos labriegos.

Sin esperar respuesta, Yvers se encaminó al castillo.

Llegó al pórtico de entrada y se presentó ante el portero.

—Viva la República, ciudadano.

—¿Quién va?

—Soy Pouland —contestó Yvers—. El comisario de día.

Entregó los documentos.

—Llegáis tarde —dijo el hombre examinando los papeles y cotejándolos con la información del ayuntamiento.

—Hay mucha confusión en la ciudad, ¿sabéis? —replicó Yvers con calma—. Ha sido un día muy duro... y la noche no será más tranquila.

El portero asintió dando enérgicas cabezadas.

—Lo sé, lo sé... Un gran lío. Muchos de nosotros están fuera echando una mano a los guardias de las demás secciones.

Miró otro instante al hombre que tenía delante, tras lo cual tiró de la cuerda que hacía sonar la campanilla de dentro y le hizo señas de que entrara.

Yvers avanzó por el patio del imponente Palacio del Gran Prior, que hacía las veces de cuartel de la guarnición del Templo. En la puerta lo esperaban dos guardias.

—Llegáis tarde... —dijo uno—. Seguidme.

Lo condujo por el interior del edificio hasta la salida que daba al segundo patio.

Yvers se dio cuenta de que sudaba, pese al frío de la noche, y tuvo que recurrir a todo su dominio de sí para mantener la respiración y el latir del corazón regulares. Cruzaron el segundo patio, bordeando los huertos, hasta que llegaron a la garita que había en la entrada de la muralla que rodeaba la Torre.

—¡El comisario de día! —anunció el acompañante.

Asomó una cara somnolienta.

—No hace falta que grites —dijo en tono irritado y, tirando de una campanilla, avisó al compañero de la caseta que había al otro lado del muro.

Introdujo en la cerradura una llave enorme con empuñadura en forma de anillo, al tiempo que el otro guardia hacía lo mismo al otro lado.

—Buenas noches, ciudadano —dijo Yvers al cruzar la puerta.

El guardián contestó con un gruñido y le señaló al hombre que lo esperaba. Mientras se alejaba, Yvers lo vio entrar en la garita, donde, a la luz de una vela, lo esperaba un plato humeante.

—Buenas noches. Soy el comisario Laurent. ¿Vos sois Poulant?

—Sí —dijo Yvers.

—Muy bien. Venid, os acompaño.

Avanzaron en medio de una atmósfera irreal, al pie de las hileras de árboles que rodeaban la Torre, un edificio solitario, macizo y al mismo tiempo esbelto, cuyas agujas se elevaban hacia el cielo gris y casi parecían tocarlo.

Yvers pensó en los cuentos de hadas. Era como estar en uno. Sólo que él

no iba a liberar a ninguna princesa.

## 2

Cuando vio a Yvers entrando en el Templo, Marie se preguntó qué asuntos podían llevarlo allí a aquellas horas de la noche. Asomada a la esquina del edificio, observó que el compañero se había quedado atrás, pero sin alejarse. Esperando. Pero ¿esperando qué? El frío congelaba las dudas en la cabeza y las hacía más difíciles de despejar. Se preguntó dónde estarían D'Amblanc y Léo Modonnet. ¿Tendría que arreglárselas sola? ¿Y qué podía hacer? ¿Volverse a buscarlos, a riesgo de perderle la pista a Yvers? ¿Y si se enfrentaba a él? Estaba el otro, el rubio, todo un tiarrón. Dos hombres contra una mujer. A eso la habían llevado sus ganas de seguir adelante, de llevar a cabo lo que nunca se habría imaginado capaz de hacer. Estuvo a punto de perder la fuerza. La fuerza de los desesperados. ¿Había tenido alguna vez otra? Sí, durante un tiempo posiblemente sí. Se había sentido unida a la gente del barrio, al pueblo de París, quizá incluso de Francia. Habían sido dueños de su destino. Pero ahora... no era más que una mujer sola, con frío, que se enfrentaba a un muro infranqueable.

Oprimida por la avalancha de pensamientos, Marie no advirtió que a poca distancia de ella se agazapaba un bultito. Si se hubiera vuelto y hubiera escrutado en la oscuridad, habría visto que aquel bulto era un niño.

## 3

Treignac lanzó un gruñido y se detuvo en medio del callejón, adonde apenas llegaba la débil luz del farol de la esquina. Se apoyó en la pared resoplando y vaheando. Los otros dos dieron media vuelta. Después de salir del patio del convento habían caminado sin rumbo, con la única idea de alejarse de allí.

Léo se acercó a Treignac y sólo entonces se dio cuenta de lo maltrecho que estaba. Llevaba un ojo medio cerrado, estaba pálido, un brazo le colgaba muerto y una pierna parecía rígida. Aquello no era consecuencia de la pelea con los muscadinos.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Los sonámbulos —contestó Treignac sin dejar de jadear—. El día que vinieron a San Antonio... me dejaron un buen recuerdo.

D'Amblanc se había acuclillado y se apoyaba en la pared de una casa.

—He de encontrar a Bastien —dijo Treignac—. Espero... que no le haya pasado nada.

—¿Quién es Bastien? —preguntó D'Amblanc.

—El hijo de Marie Nozière —contestó Léo—. Tendrá unos doce años. —Se volvió a Treignac—. A lo mejor ha vuelto a casa. ¿Podrás volver al barrio?

La cara de Treignac se contrajo en el esfuerzo de pronunciar todas las palabras de la respuesta.

—Si he podido salvarte el pellejo... también puedo... volverme a casa por mi propio pie. —Y añadió, con trabajo—: Dime una cosa... ¿Eres tú el bufón que les rompe la crisma a esos petimetres?

Léo asintió y Treignac se permitió una media sonrisa. La media sonrisa de quien ha ganado una apuesta consigo mismo.

—¿Dónde estará Marie? —preguntó.

—Verás como la encontramos también —contestó Léo—. Con el frío que hace, se habrá cobijado en algún sitio.

Se acercó a D'Amblanc, que parecía aún consternado.

—Doctor, es mejor que os vayáis a casa. Aquí no hacemos más que congelarnos el culo, con perdón.

No obtuvo respuesta.

Treignac se acercó a Léo cojeando y le preguntó al oído:

—¿Quién era aquel muchacho? ¿Su hijo?

Léo no tuvo tiempo de contestar, porque D'Amblanc se le anticipó.

—No. Pero estaba bajo mi tutela. Y yo lo he expuesto al peligro. Yo tengo la culpa de que esté muerto.

—Lo habéis hecho por una buena causa —dijo Léo—. ¡Cuánta gente no habrá pasado a mejor vida por una buena causa! Ni se cuentan.

—Ese chico contaba —replicó D'Amblanc en tono tétrico—. Al menos para mí. Después de ver cómo lo mataban como a un perro, lo menos que puedo hacer es seguir adelante.

Léo no supo qué decir. Sentía mucho frío, y los golpes que había recibido en brazos y espalda le dolían atrocemente.

—¿Qué más podéis hacer? —preguntó desconsolado.

–Pararle los pies a Yvers.

De la zona oscura en la que D’Amblanc estaba acucillado, su voz llegaba como descarnada, aunque su figura era visible, una mancha más oscura en el rincón oscuro.

–A estas horas puede estar en cualquier sitio –dijo Léo.

–Os equivocáis –replicó D’Amblanc–. Sólo puede estar en un sitio.

–¿Cómo lo sabéis? ¿Os dijo algo antes? –preguntó Léo.

–No –contestó D’Amblanc–. Pero por un momento se ha creado entre él y yo una cadena magnética. Creo que, sin pretenderlo, me ha transmitido una imagen. Algo que tiene ocupadas sus fuerzas mentales.

–¿Qué habéis visto? –preguntó Léo en tono escéptico.

–A un niño.

El suspiro de Léo resonó en el callejón.

–Suponiendo que lo que decís sea verdad, cosa de lo que me permito dudar, doctor, ¿estáis seguro de que no era Jean?

Treignac tosió forzosamente para indicar que se acercaba alguien. Los otros dos se estuvieron callados hasta que un borracho que pasó haciendo eses y arrastrando su sombra incierta llegó hasta el final del muro, canturreando una canción obscena.

–El niño que he visto no era Jean –contestó secamente D’Amblanc cuando estuvieron de nuevo solos–. Era un niño pálido y maltrecho, que lloraba. Lo he reconocido, era el delfín de Francia. Una vez lo vi, no puedo equivocarme.

Léo miró a Treignac y le dijo por señas que no hiciera mucho caso de lo que decía aquel hombre.

–¿Recordáis lo que dijo La Corneille antes de morir? –prosiguió D’Amblanc–. Habló de la sangre real. Yo pensaba que se refería a las celebraciones por la muerte de Luis, pero me equivocaba. La sangre real es la que corre por las venas de su hijo, ¿entendéis?

–Entiendo que la muerte de Jean os ha trastornado... –dijo Léo.

D’Amblanc asintió.

–Es verdad. Pero ahora lo veo claro. Ha hecho que esos se quemen para despistar, para distraer la atención. El objetivo de Yvers es el delfín.

–Pero ¿por qué? –preguntó Léo, exasperado–. Habéis dicho que ya intentó liberar al rey y fracasó... ¿Por qué intentarlo de nuevo?

–Imaginad lo que pasaría si raptaran al delfín –dijo D’Amblanc–. Las facciones se acusarían unas a otras. La Convención acabaría en el caos. La

paz con los vandeanos sería imposible. Las potencias de Europa pagarían montones de oro a quien tuviera al heredero del trono de Francia. Con el delfín en su poder, Yvers obtiene todo lo que quiere de una vez.

Léo movió de nuevo la cabeza.

–El delfín está encerrado en el Templo. Es el lugar más vigilado de todo París. Ni siquiera los sonámbulos conseguirían entrar.

–Los sonámbulos no –dijo el doctor–. Pero Yvers quizá sí.

–¿Él solo contra toda la guarnición? –preguntó Léo cada vez más incrédulo.

D’Amblanc se puso en pie y Léo oyó que se quitaba las correas del fulminador. Dejó en el suelo el cinturón de botellas de Leiden y el asta de madera.

D’Amblanc se desembarazaba del artefacto para poder moverse más libremente. Era evidente que estaba resuelto a ir al Templo. Ahora le tocaba a Léo decidirse.

–De aquí al Templo hay un buen trecho, ¡maldita sea! –dijo más bien para sí–. Y con este frío del copón... –añadió. Al fin, miró a D’Amblanc, resignado.

El doctor echó a andar. Léo se maldijo a sí mismo, entre dientes.

–Adiós –le dijo a Treignac–. Tengo el presentimiento de que la próxima vez que nos veamos será en el infierno.

Treignac sonrió y le pasó la pistola, un par de cartuchos y un cebador con pólvora.

–Antes de llegar al infierno... a ver si te sirve esto.

–Nunca he usado una pistola –dijo Léo dando vueltas al arma.

–Está cargada. Cuidado no vayas a dispararte en un pie –dijo Treignac–. Buena suerte, payaso.

Los dos centinelas de la puerta cogieron los documentos que Yvers les entregaba y fueron a registrarlos en un libraco que guardaban dentro de la Torre.

Yvers siguió a Laurent por un corto tramo de escalera. La luz era escasa, una lámpara de aceite colgaba del techo abovedado e iluminaba el escaso

mobiliario del cuarto. Dos hombres comían queso sentados a una mesa rústica. El más joven se levantó y dijo que se llamaba Gomin. Yvers sabía que era el ayudante de Laurent y que ambos se encargaban de velar por el delfín.

—¿Conocéis el procedimiento? —preguntó el tercero, que se presentó como Gourlet, el centinela.

Yvers asintió.

—Debéis enseñarme las llaves —dijo.

—Y al delfín, claro —añadió Laurent.

—Claro —repitió Yvers, con una sonrisa cortés.

—Duerme en sus aposentos —dijo Laurent señalando el piso de arriba—. Por aquí, por favor.

Los dos comisarios residentes sacaron sendas llaves. Lo mismo hizo Gourlet. Con esas llaves, abrieron los candados de una caja metálica y mostraron el contenido a Yvers: eran las llaves de todas las puertas de la Torre. A continuación lo condujeron por la escalera de caracol arriba, con un candelabro cada uno. Gourlet iba abriendo las puertas que se encontraban en el camino. En el primer piso, Yvers atisbó al final del pasillo el cuarto de los guardias, que estaban tumbados en los catres o fumando en pipa. Por fin llegaron a las habitaciones del prisionero.

Lo primero que vio Yvers fue la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano pegada a una pared. Allí arriba el frío era más intenso. El único calor que había lo despedía una vieja estufa, tras la cual se erigía un tabique cuya mitad superior era de cristal, de manera que podía verse la otra parte de la estancia sin necesidad de pasar.

En mitad del tabique se abría una ventana con barrotes por la que pasaban la comida al prisionero.

Los cuatro hombres se acercaron al tabique. Laurent hizo señas a Yvers de asomarse por el cristal. Al otro lado, el caballero distinguió un bulto tendido en una cama. La claridad del rostro destacaba en la penumbra. En el silencio de la Torre podía oír la respiración pesada del chiquillo.

—Tiene una tos muy fea —comentó Laurent—. Me han dado permiso para sacarlo a pasear por los terraplenes en las horas más cálidas del día, para que pueda respirar aire puro y le dé un poco el sol.

—Muy sabio por vuestra parte —dijo Yvers.

—A veces lo llevamos abajo y procuramos que se distraiga un poco —añadió

Gomin tímidamente—. Yo le he enseñado a jugar a los dados. —Y dejó escapar una sonrisa que chocó con la expresión fría de Yvers.

—Veo que la salud del prisionero os preocupa —dijo dirigiéndose a Laurent.

—No os oculto, ciudadano, que cuando me encomendaron esta misión vi en el niño síntomas de escrofulosis —dijo el comisario.

—Un rey escrofuloso es toda una paradoja —comentó Yvers, y, ante el silencio de los otros, añadió—: ¿Y la hermana?

—Goza de buena salud. Está en el piso de arriba, en los apartamentos donde encerraron a la madre.

Yvers asintió con gesto serio.

—Bien. No quiero turbar más vuestra cena.

Gomin intervino solícito.

—¿Podemos ofrecer un vaso de vino, ciudadano Pouland? Con este frío...

Esta vez la sonrisa funcionó mejor.

—Con mucho gusto. Y tomaos otro también vos, ciudadano Gourlet. Esta noche el frío cala hasta los huesos.

El centinela asintió contento, frotándose las manos para calentárselas, y precedió a los demás por la escalera.

Bajaron los escalones con mucho cuidado y cerrando las puertas a sus espaldas, una tras otra, hasta que llegaron al entresuelo en el que tenían su puesto los comisarios.

Gomin dejó en la mesa cuatro vasos y se apresuró a llenarlos de una botella, mientras los otros se acomodaban.

Yvers observó la estancia. La luz débil de las velas y del fuego de la chimenea iluminaba apenas la bóveda de piedra y las gruesas paredes de la Torre.

—Curiosa coincidencia, ¿no os parece?, que esta roca, construida por los caballeros templarios, custodie hoy al último descendiente de aquellos monarcas que destruyeron la orden del Templo.

La voz profunda de Yvers ascendía hasta el techo, trepaba por las paredes, se colaba por los poros de la roca.

Laurent sorbió vino.

—Pero nosotros no estamos aquí para vengar a los templarios —dijo—, sino por voluntad del pueblo francés.

Yvers se mostró de acuerdo con una sonrisa enigmática.

—Convengo en ello, ciudadano Laurent. Con todo, bien pensado, se os

podría considerar los más devotos al rey.

Gourletapuró su vaso de un trago, delatando cierto nerviosismo. Enseguida se lo llenó de nuevo.

—¿Qué queréis decir?—preguntó.

La voz de Yvers sonó aún más sinuosa y envolvente.

—Alguien como yo, que pasa y se va, no puede ni imaginarse lo que significa pasarse aquí todo el día con él. Atenderlo, preocuparse de su salud... —miró a Gomin, que apartó la mirada—, enseñarle a jugar a los dados.

—En el fondo, el señor Carlos es un chiquillo como los demás —dijo el guardián, y enseguida se calló, azorado. Era evidente que le costaba sostenerle la mirada a Yvers y por eso tenía los párpados medio cerrados, con los ojos clavados en el vaso intacto de su interlocutor.

El caballero extendió las manos sobre la mesa, en dirección a los otros tres.

—Centinelas, guardianes, muros, rejas... Es una buena metáfora de Francia. Vigilantes que vigilan a otros vigilantes, que a su vez vigilan a otros. Muros que ciñen muros. A veces no puede uno evitar preguntarse si para esto se ha hecho lo que se ha hecho. —Las sombras de las paredes bailaban al compás de la voz, que parecía salir de las paredes mismas, como si la que hablara fuera la Torre—. Imagino que uno puede cansarse. No de cumplir con su deber por la patria, sino de vivir en una prisión en la que se es al mismo tiempo preso y carcelero. Siempre alerta, abriendo y cerrando puertas, comprobando documentos, para que no entre un enemigo que ya no necesita entrar, pues nos obliga a vivir cautivos. Uno puede cansarse, sentir que representa una pantomima, que es cómplice de un autoengaño. Y acaso, en los momentos de mayor soledad, en las noches de invierno, se echan de menos los años ochenta, cuando las cosas eran más sencillas, comprensibles, cuando estaban más a nuestro alcance. Y entran ganas de bajar de los muros, abandonar la guardia, dejar de escrutar. —Laurent tenía la mirada perdida, Gomin y Gourlet tenían los ojos cerrados—. Relajar la mirada por fin. Dormir. Olvidar. Soñar que se está en otro sitio, en un país sin conflictos... sin rejas... sin preocupaciones. —Laurent cerró también los ojos. La voz siguió—. No hay felicidad en la idea de imponerse esta insulsa soledad cautiva, en vigilar la muerte de un chiquillo escrofuloso... tos... agotamiento... Porque eso es lo que pasará y lo sabéis. Liberaos. Liberadlo. Es lo que en el fondo de vuestra alma deseáis. Que todos, él y vosotros, podáis salir de aquí e ir en busca de vuestro verdadero destino. Sea. Y por eso ahora me daréis las llaves.

Yvers se levantó con cautela, sin que los otros reaccionaran. Estaban inmóviles, dormidos, y él sabía que no se despertarían contra su voluntad. Buscó en los bolsillos de los guardias y halló las tres llaves que abrían la caja metálica en la que se guardaban todas las demás y que Laurent había repuesto en su sitio, en el estante de un armario. La abrió y sacó lo que buscaba. Subió la escalera de caracol a oscuras. Buscó a tientas la cerradura de la primera puerta, la abrió con sigilo y la dejó entornada a sus espaldas. Lo mismo hizo con las demás. Cuando llegó a las habitaciones de los guardias, pasó por delante del pasillo rápida y silenciosamente, como una sombra. Abrió la última puerta y se halló de nuevo frente a la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano. Puso una mano en ella y tamborileó como para ver lo consistente que era. Palabras, pensó. ¿Qué eran las palabras, comparadas con la voluntad? Puységur había dicho: «Creed y quered.» Pues ahí estaba él, su mejor discípulo, poniendo en práctica el precepto en toda su plenitud. Cruzó la antesala. La única luz que había era el tenue resplandor de la estufa. Introdujo las llaves en la puerta del cuarto de Luis Carlos y entró.

En cuanto se halló dentro, reparó en que el leve roncar ya no se oía.

—¿Eres el hombre de la mierda?

La voz neutra del niño lo sobresaltó. Al pronto no supo lo que contestar, para su propio desconcierto. No debía asustarlo. Si el chiquillo gritaba, los guardias acudirían al instante. Recuperó el control de su respiración.

—Soy vuestro liberador, alteza real —dijo.

Dio tiempo al niño para que asimilara la información.

—No te creo —fue la respuesta—. Quieres llevarme al aseo.

—Os sacaré de aquí, os sacaré de París y de Francia. Os llevarán a Viena, donde estaréis a salvo, con vuestro tío.

—¿Y mi hermana? —preguntó de nuevo la voz neutra—. ¿Os la llevaréis también a ella?

Yvers dominó la tensión.

—Desde luego. Después. Primero he de sacaros a vos. Luego volveré a por vuestra hermana.

Había dado dos pasos al frente. Los ojos, hechos ya a las tinieblas, habían localizado el rostro pálido del delfín. Yvers sacó un frasco y vació el contenido en un pañuelo, que quedó completamente empapado. El olor invadió el ámbito.

Antes de que el chico pudiera reaccionar, Yvers se lanzó sobre él y ahogó

su grito con el pañuelo empapado en éter. El príncipe no opuso resistencia. Yvers tuvo la sensación de abrazar un cuerpo que se resignaba a cualquier destino. En eso se había convertido el vástago de la familia real de Francia. En un peón inerte en manos ajenas. Nunca sería un caudillo, porque no es la sangre la que transmite la voluntad, sino el espíritu. Nadie había templado el espíritu de aquel chiquillo. Y ya era demasiado tarde.

Para cerciorarse de que se había desmayado, lo zarandeó un poco. Acto seguido se quitó la capa, ató las muñecas del delfín con una cuerda que llevaba al efecto y se lo cargó auestas como si fuera una mochila. De esta manera los brazos le quedaban libres. Se puso la capa, de suerte que cubriese el cuerpo del príncipe, y se caló la capucha. De nuevo sudaba y no era sin duda por el calor. Las gotas caían al suelo produciendo un repiqueteo irreal. Debía darse prisa. La empresa más difícil fue bajar por la estrecha escalera de caracol con aquella carga, abrir y cerrar otra vez todas las puertas, pasar de nuevo por delante de las habitaciones de los guardias, descender al entresuelo y por último devolver las llaves a la caja del armario. Los tres sonámbulos seguían en su sitio.

—Comisario Laurent —dijo Yvers—. Ahora os levantaréis y me conduciréis a la salida.

Laurent abrió los ojos, dejando ver una mirada apagada de autómatas. Se levantó y se dirigió a la salida. Yvers lo siguió, con su carga.

## 5

Marie vio venir corriendo a dos hombres que se dirigían a la puerta del Templo. Los reconoció cuando llegaban a las columnas: eran Léo y el doctor D'Amblanc. Quiso salir al descubierto y alcanzarlos, pero recapacitó. Si los había visto ella, también los habría visto el compinche de Yvers que se había escondido allí cerca, en la oscuridad.

Se esforzó por pensar deprisa. Sus amigos seguían la buena pista, unirse a ellos no les sería de gran ayuda. En cambio, si Yvers lograba escapar, ella siempre podría seguirlo. Además, estaba el compinche rubio. Yvers tenía un aliado que en el momento oportuno podría intervenir.

Marie se pegó de nuevo a la pared helada, dando diente con diente por el frío y la tensión. Seguiría esperando.

–Soy el doctor D’Amblanc. Y él es mi ayudante. Vengo a comprobar el estado de salud del delfín.

El portero les hizo señas de acercarse. La claridad de una linterna iluminó los rostros.

–¿D’Amblanc? Me acuerdo de vos. Vinisteis... ¡Dios, parece que han pasado siglos! ¿Lleváis el salvoconducto del ayuntamiento?

D’Amblanc mostró el certificado de civismo y el viejo documento que siempre llevaba consigo, el salvoconducto firmado por Chauvelin que éste le había proporcionado con ocasión de su viaje a Auvernia.

–Éste es mi nombramiento como agente del comité de seguridad general –dijo en tono resuelto–. El comité tiene razones para creer que la integridad del delfín puede verse amenazada esta noche. Debo asegurarme de que está bien.

El portero tomó el documento con aire de hastío.

–Con esto no puedo dejaros pasar, ciudadano. Necesito el pase del ayuntamiento, y el consejo tendría que haberme avisado de que veníais.

D’Amblanc se acercó.

–La alarma ha llegado hace poco. No ha habido tiempo de avisaros.

–Debíais haber pedido al menos que os escribieran dos líneas con la fecha de hoy, lo siento...

D’Amblanc exhaló un profundo suspiro, dominando a duras penas la rabia. Estaba a punto de estallar, pero Léo se lo impidió, tocándole el brazo y adelantándose.

–¿Cómo os llamáis, ciudadano? –preguntó al portero.

–¿Yo? Émmanuel Darque.

–Émmanuel Darque, si esta noche le sucede algo al delfín, ¿sabéis quién será el responsable? La persona que no nos ha dejado pasar. O sea, vos.

El portero lo miró torvamente.

–Yo sólo cumplo con mi deber de buen patriota... ¡No os atreváis a comprometerme! Llevo en este puesto muchos años, desde los tiempos del príncipe de Conti.

Léo le hizo un guiño malicioso, digno de un gran actor.

–Ya... Y entonces, ¿a quién creéis que le cortarían antes la cabeza, a un agente del comité de seguridad o a un viejo servidor del antiguo régimen?

Las dudas lucharon un momento en la cara del hombre, cuya expresión

cambió como cambian bruscamente las estaciones. Al final, pareció tener una iluminación.

–Oíd: yo aviso a la Torre y que venga un comisario y decida.

Dicho esto, tiró de la cuerda de la campanilla y esperó. Del cielo empezaba a caer una ligera aguanieve.

La espera se prolongó. Darque volvió a llamar, una y otra vez, sin éxito.

–¿Veis? –lo apremió D’Amblanc–. Lo que os decía: algo ocurre ahí dentro.

El portero tiró entonces de otra cuerda.

–Llamo a dos guardias –dijo– y que os escolten a la Torre. Pero entráis vos solo, doctor D’Amblanc. Vuestro ayudante no lleva salvoconducto.

D’Amblanc quiso protestar, pero Léo se lo impidió.

–Más vale uno que ninguno –sentenció. Y, en voz baja, para sí añadió–: Está visto que esta noche me toca congelarme el culo.

El estrépito de la puerta resonó en la noche y Léo hizo señas a D’Amblanc de que entrara.

El doctor recuperó los documentos y corrió al encuentro de los guardias que acudían.

## 7

Laurent e Yvers llegaron a la garita de la muralla de la Torre. La sombra de los árboles y los torbellinos de nieve hacían sus figuras aún más borrosas.

–¿Quién va? –gruñó el centinela.

–El comisario Laurent. Conmigo va el comisario Pouland, que sale.

Silencio.

La voz del centinela volvió a oírse.

–Pouland es el comisario de día. Debe quedarse hasta mañana por la noche.

Yvers se acercó más, procurando que no se le notara el esfuerzo que hacía para sostener el bulto que llevaba bajo la capa.

–Buenas noches de nuevo, ciudadano. El caso es que en la Torre se congela uno. Y da la casualidad de que cerca de aquí, a un tiro de piedra, como quien dice, vive una amiga mía que esta noche quisiera ser reconfortada por su fe republicana.

Sus palabras fueron recibidas por la sonrisa cómplice del centinela.

–Si me dejáis salir –prosiguió Yvers–, juro solemnemente que volveré en cuanto le haya dado lo que pide. Justo el tiempo de asegurar a esa alma para la causa de la patria.

–Claro –comentó el otro–. El último comisario que me dijo eso volvió al amanecer con una peste a vino y a coño que se olía desde el Palacio del Gran Prior.

Yvers se temió lo peor, pero entonces oyó que el centinela daba una voz al colega del otro lado del muro y que los pestillos se abrían a la vez con un ruido metálico.

–Laurent –dijo el centinela–, quiero ser correspondido. Mañana por la noche podría ser yo quien tuviera que reconfortar a una republicana.

Yvers le estrechó la mano y esbozó una sonrisa sudorosa por encima de la bufanda que tapaba los brazos atados del delfín.

–Estoy seguro de que Laurent os cubrirá, amigo mío. ¡Viva la República!

–¡Y vivan las republicanas! –concluyó el otro, riendo con malicia.

El corazón de Yvers latía a mil por hora. Había salido de la muralla interior. Ahora debía llegar al Palacio del Gran Prior.

–Un momento... –le echó el alto el centinela Richard.

Yvers se quedó helado.

–Podríais tener problemas con los guardianes. Si queréis, os muestro la salida de servicio. A veces la usamos para ir a echar un trago.

El caballero pudo respirar. La suerte ayuda a los audaces, pensó.

El centinela Richard, precediéndolo con la lámpara, lo condujo al patio de las viejas caballerizas del Templo.

–Seguid recto por ese pasadizo, no tiene pérdida. La puerta del fondo da a la calle. Decidle al centinela que os mando yo. Me conoce, luchamos juntos. Y dadle un beso de mi parte a vuestra dama.

–Gracias –acertó a decir Yvers–. Os debo una.

Enfiló el pasadizo. El dolor de espalda era ya insoportable y a los pocos pasos tuvo que parar y recobrar el aliento. Se agachó para que el peso del chiquillo dejara de descansar en la espalda. Ya faltaba poco. Un último esfuerzo.

De pronto volvió a experimentar la sensación que había tenido en el patio de los jacobinos. Percibió una concentración de fluido magnético allí cerca. ¿Estaría también aquel hombre? Si había sido capaz de usar a Jean como a un sabueso, bien podía ser. Era un magnetista poderoso. Casi tan poderoso como

él. Un digno adversario. Yvers se irguió con gran esfuerzo y se internó en la oscuridad, bajo una nieve que caía lenta y en forma de copos cada vez más grandes.

8

Cuando D'Amblanc se halló frente al centinela Richard tuvo un mal presentimiento.

Quizá era por la cara que puso cuando le preguntó si aquella noche había salido alguien de la Torre.

Richard contestó que sólo había salido el comisario de día.

—¿Solo?

—Solo. Y no os habéis cruzado con él porque le he dicho que saliera por la puerta de servicio.

—¿Dónde está esa puerta? —dijo D'Amblanc cogiéndolo por la solapa de la casaca.

Richard, sorprendido por la violenta reacción, contestó dócilmente:

—Aquí al lado. Se sigue el muro, se pasan las cuadras y a la izquierda.

—Vosotros —dijo D'Amblanc a los guardias—, id dentro y ved qué les ha pasado a los comisarios.

Los dos guardias se miraron y decidieron que era mejor obedecer.

Un instante después, D'Amblanc corría hacia las caballerizas. Vio el pasadizo, lo enfiló y siguió corriendo en la oscuridad.

9

Yvers avanzó con los brazos abiertos para no darse contra las paredes y llegó a la puerta.

Se presentó ante el centinela.

—¿Quién sois? —preguntó éste.

—El comisario Poulard. Richard me ha dicho que saliera por aquí para no llamar la atención. Asuntos personales. Le he prometido que volveré antes de que amanezca con un par de botellas de vino para todos.

—¡Hum! Pues entonces tendréis que dejar aquí una. Si no, no hay trato.

—Hecho —dijo Yvers.

La puerta se abrió e Yvers entrevió la meta.

Unos pasos más y estaría salvado.

Se oyeron pasos apresurados por el pasadizo, a sus espaldas.

—¡Detened a ese hombre! —gritaban—. ¡Que no salga!

El centinela no tuvo tiempo de reaccionar. Recibió en la nariz un golpe dado con la parte baja de la palma de la mano y el septo nasal se clavó en el cerebro. El hombre se desplomó pesadamente. Yvers salió corriendo.

Se detuvo un instante. Fue suficiente para que su sensación se confirmara. Lo perseguía un hombre. El mismo de aquella tarde en el patio de los jacobinos, lo sabía. El caballero tuvo la clara conciencia de hallarse frente al adversario de toda la vida. Allí, delante de él, jadeando, estaba su doble. El hombre que había conseguido acercársele más que nadie. En la oscuridad, con la nieve que le daba de frente, no acertaba a verle la cara, pero por alguna razón se lo imaginaba con los rasgos de Pinel. De Marat. De Robespierre.

No reprimió una sonrisa. Luego silbó y se dirigió a Malaprez, que ya venía a su encuentro cruzando la calle.

—Mátalo —le dijo—. Nos vemos en el puente.

El gigante rubio se encaminó resueltamente hacia D'Amblanc, que salía del pasadizo sin esperarse un ataque. En la mirada de Malaprez no había nada. Simplemente la orden recibida, que ejecutaría sin ningún escrúpulo.

Desenfundó el cuchillo que escondía el bastón del caballero, pero antes de que pudiera descargar el golpe se oyó un disparo que rasgó la noche. Un sonido seco, como un latigazo o un petardo.

Malaprez vaciló, llevándose la mano al cuello, de donde empezó a brotar un chorro de sangre. Léo estaba detrás de él, a un solo paso de distancia, encañonándolo con la pistola humeante.

—¡Rápido, doctor, se ha ido por allí! —dijo indicando la calle de la derecha del cruce en el que se encontraban.

Malaprez volvió a enarbolar el cuchillo contra D'Amblanc, que esquivó la primera estocada, por los pelos. Y antes de que el bruto pudiera descargar la segunda, Léo se abalanzó sobre él. Se agarró a su espalda, trepó por ella como si fuera un mono y empezó a golpearle la cabeza con la culata de la pistola. D'Amblanc aprovechó para salir corriendo detrás de Yvers.

Léo se sintió aferrado por aquellas manazas y arrojado al suelo, sobre el manto aún blanco que cubría el empedrado. Malaprez estaba delante. La

sangre le chorreaba por el hombro y la mitad del pecho. También el pelo lo llevaba empapado. Léo pensó que así moriría, a manos de aquel ser monstruoso, aplastado como un piojo. Infame fin para una persona de su talento, y justo después de hacer la mejor *entrée* de su carrera.

Malaprez se tambaleó de nuevo y al final cayó cuan largo era.

La nieve se manchó de sangre y lodo.

—¡Se acabó! —dijo Léo poniéndose en pie.

Por la puerta del Templo aparecía un pelotón de soldados de la guarnición.

—¡Éramos pocos y parió la abuela! —dijo Léo para sí, echando a correr. Corría pensando que estaba harto. Si salía vivo de aquello, no volvería a correr en mucho tiempo. ¡Joder!

## 10

Yvers dobló la tercera esquina, ya a doscientas toesas de la muralla del Templo. La espalda le dolía terriblemente.

Pero fue una punzada desgarradora en el costado lo que le cortó la respiración y lo obligó a pararse.

Se miró: llevaba tres agujas de hierro clavadas justo encima de la cadera. Retrocedió tambaleándose. Los dedos se le mancharon de sangre.

Cedió una rodilla.

Alguien salió de la sombra de la calleja. Era un bulto menudo. Llevaba un guante y de éste salían unas agujas.

Era una mujer.

Yvers agitó los brazos. Miró mejor.

No pudo evitar hacer una mueca de incredulidad.

Los fantasmas se habían dado cita aquel día, sin duda. Y no para celebrar la ocasión.

—Tú... —murmuró.

Tuvo que apoyarse en la pared y respirar profundamente un par de veces.

Se oyó una voz.

—Mamá...

Era una voz de niño.

—Mamá... —repitió.

Esta vez Marie había golpeado con mucha más fuerza. No quería fallar. No quería errar el golpe como le había ocurrido con el Desnarigado. Esta vez las había clavado bien hondo y a su víctima no le sería fácil huir.

Lo único que no había considerado era la presencia de Bastien. Una presencia tan imposible de prever como difícil de aceptar. Menos aún en aquel momento.

Aunque la nieve ahogaba los ruidos, oyó que la llamaba otra vez. El muchacho tenía la mirada fija en el guante con garras, garras de las que aún goteaba sangre del caballero de Yvers.

—No te acerques, Bastien.

Desde donde estaba, Marie podía verlos a los dos. Al hombre y al chiquillo.

Las facciones regulares de uno y otro.

La nariz pequeña, recta.

Los mismos ojos claros.

Marie sintió una rabia que le subía de las vísceras a la garganta. Era una rabia que llevaba incubando doce años.

Levantó las garras y de un zarpazo borró para siempre aquel rostro.

El caballero taponó la sangre con la bufanda. Se tocó la cara con la mano y se dio cuenta del destrozo. La nariz partida en dos, un ojo cegado por la sangre que manaba de la ceja abierta, la mejilla y el labio superior hendidos hasta el hueso. A través del corte, con la punta de los dedos, notaba claramente los dientes. Apretó con fuerza la bufanda, como si así pudiera mantener unidos los jirones de la cara. También le dolía el costado, que la maldita le había perforado.

Puta infame. Cómo había podido... Apenas la recordaba, no era más que una sierva... Hija de campesinos.. La vulgar plebeya que se eleva hasta ensuciar la cara de los grandes hombres. Eso había traído la revolución.

Escupió, rechinó los dientes. Levantó la vista y vio que la mujer y el niño no estaban solos. A su lado, bajo el confeti blanco de aquel carnaval de

espectros, había otras figuras. Reconoció el rostro angélico de Noèle. El rostro decidido de Juliette. Y también había una niña a la que no conocía pero cuyos ojos le eran familiares.

Estaban allí para verlo morir, pero jamás les daría esa satisfacción.

No él. Echó a andar, pero resbaló en el barro de un canalón y cayó al suelo. Con un esfuerzo sobrehumano, se puso en pie, sucio y sanguinolento. Dio un paso, dos, recuperó las piernas. Intentó levantar al delfín, pero no pudo. El fracaso tenía el sabor de la sangre y del frío que le llenaban la boca. Se dio cuenta de que el delfín había recobrado el conocimiento y lo miraba. Como lo miraban todos los demás.

Yvers escupió otro buche y desapareció calleja adelante, seguido por los fantasmas.

### 13

Marie se quitó el guante con garras y pasó la mano por el pelo mojado de Bastien, quien la miraba como si la viera por primera vez.

–Te dije que te quedaras con Treignac –le dijo–. Y es lo que tienes que hacer de ahora en adelante. Prométemelo.

El muchacho asintió, incapaz de hablar.

–Prométemelo –insistió Marie.

–Te lo prometo –atinó a decir Bastien con voz gutural.

Llegó D’Amblanc, sofocado y con mil preguntas en la cara.

Marie señaló al delfín, que seguía sentado en el suelo, como si estuviera en un prado invernal, mirando aquí y allá.

–¿Es quien creo que es?

D’Amblanc asintió.

–Pues tampoco es tan distinto de mi Bastien –dijo ella con voz ronca.

Orphée d’Amblanc se acercó con cuidado a Luis Carlos. Lo sorprendió encontrarlo tan tranquilo.

Por alguna razón, se acordó de Hébert cuando mil meses antes le decía: «Conviene que lo llaméis de tú».

¿Convenía? Sí, aunque ahora por motivos muy distintos.

–Ánimo, te ayudo a levantarte.

El niño tendió la mano y D’Amblanc lo levantó.

Cuatro miradas se clavaron en el fondo oscuro del callejón por el que había desaparecido Yvers.

—¿Quién era ese hombre, mamá? —preguntó Bastien.

Marie no tuvo que buscar una respuesta, porque la dio el otro chiquillo.

—Yo lo he reconocido. Era el hombre de la mierda.

D'Amblanc notó que la tensión que sentía en el estómago se disipaba y tuvo que contener una lágrima que le había asomado al ojo derecho.

—¡Si hasta habla como Bastien! —comentó Marie. Y le dio un pescozón a su hijo.

—¡Ay! —se quejó éste.

Marie mostró el guante con las agujas.

—No te lo he dado con esto. Acuérdate de lo que me has prometido.

—Mejor será que nos vayamos a casa —dijo D'Amblanc, que aún tenía a Luis Carlos de la mano.

—¿Me lleváis al Templo, señor? —preguntó el pequeño.

D'Amblanc lo miró sin saber qué contestar. Pensó en Jean, que no volvería a su casa. Lo aconsejó de nuevo una voz con acento alemán.

*Por los muertos no puedes hacer nada. Piensa en qué puedes hacer por los vivos.*

Marie lo sacó del apuro, mientras a lo lejos se oían voces de soldados.

—¿Dónde está Léo?

D'Amblanc miró hacia la parte opuesta, donde se veía un solitario farol que luchaba contra las tinieblas en medio de la ventisca.

—Seguro que se las ha arreglado.

Echaron a caminar a lo largo del muro, en medio de la noche. Cuando entraron en el haz de luz, Bastien se detuvo. Sacó el carboncillo y escribió algo con letras torcidas. Miró la pintada con satisfacción y corrió tras los otros.

VIVA SCARAMOUCHE.

Acto quinto  
Así acabaron

## *1. Los revolucionarios y el barrio de Saint-Antoine*

En la primavera de 1795, el pueblo parisino se rebeló contra el poder termidoriano. El primer episodio se verificó el 12 de germinal (1 de abril), cuando una multitud ocupó la Convención al grito de «Pan y constitución del año 1». En poco tiempo los guardias despejaron la sala. En los días siguientes, los cabecillas de la insurrección fueron condenados a muerte y los diputados montañeses que los apoyaron fueron deportados a las colonias de ultramar. Esto no hizo sino soliviantar los ánimos de las clases populares, que poco después dieron el último coletazo.

La mañana del 1 de pradiar (20 de mayo), París se despertó tapizada de manifiestos que incitaban al pueblo a la insurrección. Los primeros que se alzaron fueron los barrios de Saint-Antoine y de Saint-Marceau, seguidos de los demás. Los insurrectos rodearon las Tullerías, rompieron el cordón de guardias y muscadinos que defendían el palacio e irrumpieron en la sala con picas, cuchillos y viejas escopetas. El diputado Féraud, un ex girondino que había participado en la detención de Robespierre el 9 de termidor y responsable del abastecimiento de la ciudad, se enfrentó a los insurrectos y trató de impedir que entraran. Lo mataron de un pistoletazo. Cortaron la cabeza del cadáver, la clavaron en una pica y se la mostraron al presidente de la asamblea, que tuvo que agachar la cabeza ante la justicia del pueblo. Entonces una joven del pueblo, Aspásie Carlemigelli, pisoteó con sus zuecos el macabro trofeo hasta que lo redujo a una papilla sanguinolenta.

En las horas siguientes, los diputados montañeses que sobrevivieron fueron obligados a aprobar la amnistía para los compañeros deportados y una serie de medidas que debían poner fin al poder termidoriano. Al atardecer, la multitud empezó a recogerse. A mitad de la noche, tres diputados, entre ellos Fréron, lograron escapar del palacio y reunirse con tropas fieles a la Convención, a las que guiaron a las Tullerías. Los soldados, ayudados por grupos de muscadinos, expulsaron a la multitud y arrestaron a los diputados montañeses.

A la mañana siguiente, 2 de pradiar (21 de mayo), los insurrectos ocuparon el ayuntamiento. Fréron, entretanto, mandó cuadrillas de muscadinos a dispersar a la multitud que empezaba a reunirse cerca de la Convención. Al

día siguiente llegó a la ciudad un contingente de tropas regulares para restablecer el orden y desarmar a los «terroristas». El 4 de pradial el ejército ocupó el barrio de Saint-Antoine y al día siguiente acabó definitivamente con los últimos focos rebeldes.

La represión que siguió fue durísima. Hubo arrestos masivos e indiscriminados de quienes habían apoyado a Robespierre, particularmente en el barrio de Saint-Antoine. Seis diputados montañeses condenados a muerte se suicidaron en la cárcel.

El 12 de pradial (31 de mayo) quedó suprimido el tribunal revolucionario.

Aspasie Carlemigelli, llamada la Furia de la Guillotina y la Última Costurera, fue guillotinado, junto con los cabecillas de la insurrección, a la edad de veintitrés años.

La alianza entre termidorianos y realistas dio lugar al periodo del Terror Blanco, que desde París se extendió a toda Francia. En Lyon, Aix, Marsella, los jacobinos fueron asesinados en las cárceles. La guillotina siguió funcionando a pleno rendimiento. El poder termidoriano se consolidó con la instauración del Directorio, al que sólo pondría término el golpe de Estado del 18 de brumario del año VIII (9 de noviembre de 1799), por obra del general Napoleón Bonaparte. Habría que esperar a julio de 1830 para ver de nuevo al pueblo parisino en las barricadas.

## 2. *Leonida Modonesi*

El nombre de Léo Modonnet (hacia 1759-?), de profesión actor, figura en los informes policiales relacionados con la insurrección de germinal y pradial del año III. Los agentes de seguridad Vidal, Clairmont y Figuiet lo mencionan, junto con muchos más, a propósito de sus infructuosas pesquisas sobre la identidad «del criminal enmascarado llamado Scaramouche». El interrogatorio de un tal Gérard Mignon, mozo de cuerda y vecino de Saint-Antoine, es el último documento en lengua francesa en el que aparece el nombre de Léo Modonnet o Madonais o Madonné (5 de mesidor del año III, 23 de junio de 1795).

Con todo, en la antología de la *Gazzetta di Bologna* que se conserva en la biblioteca del Archiginnasio aparece el nombre de Leone Madonnesi en una

lista de actores contratados en el Teatro Municipal para la temporada veraniega del año 1805.

En una relación cronológica de los espectáculos que se representaron en el Gran Teatro Municipal de Bolonia desde su solemne apertura el 14 de mayo de 1763 hasta el otoño de 1880, figura uno con el siguiente cartel:

VERANO DE 1805  
Año IV de la República Italiana

Se representarán dos Bailes y una Comedia

Los Bailes serán de invención y dirección del Ciudadano Antonio Muzzarelli, boloñés, y el primero de ellos, Heroico y Grande, llevará por título:

EL RAPTO DE HELENA

El otro baile está por determinar.

Bailarines de Concierto n. 24.

Con n. 60 figurantes.

Maestro al Clavicémbalo y Director de los Coros: Tommaso Marchesini.

Primer Violín y Director de Orquesta: Francesco Rastrelli.

El vestuario, propiedad del empresario, será de invención de Luigi Uccelli.

Tramoyista: Carlo Sarti.

La Comedia llevará por título

QUIEN LA HACE LA PAGA

O El burlador burlado

Del Gran Maestro Goldoni

Actores: Maestro Gottardo, linero, Leone Madonnesi – Placida, su mujer, Rosa Pinetti – Maestro Agapito, Paolo Ferrari – Pandolfo, comerciante, Felice Pellegrini – Costanza, hija de Pandolfo, Teresa Belmonte – Roberto, amante de Costanza, Paolo Capelli – Leandro, amigo de Roberto, Luigi Lollini – Bernardo, posadero, Giuseppe Tomasini.

El abono para estas representaciones será de 4 escudos en moneda, excluida la de cobre, pagaderos mitad al abonarse, mitad al término de la primera función.

Empresario: Luigi Antonini

El autor de la cronología, Felice Romani, añade a pie de página la siguiente nota:

N.B. El 21 de junio de 1805 llegó a Bolonia S.M. el emperador Napoleón I, y la noche del tercer día se dio en su honor una Gran Fiesta de Gala con representación de la Burla y de los Bailes. Luego se abrió el arco del fondo del teatro, que quedó así comunicado con el jardín del Guasto, espléndidamente iluminado, haciendo sorprendente efecto.

El célebre agrónomo Filippo Re, en su *Diario de mi vida*, cuenta así la fiesta boloñesa dada en honor de Napoleón:

La noche del 23 de junio se organizaron diversos regocijos públicos en la plaza del Mercado, donde en una elegante Galería aparecieron Sus Majestades, y luego fueron al Gran Teatro para asistir a la representación de una comedia de Goldoni. El emperador se divirtió tanto que quiso felicitar personalmente al actor principal.

### 3. *Bernard el Rana*

De Bernard Macchia, alias Bernard el Rana, no registran las crónicas más que su actividad de maestro de armas. El apellido, si no es apodo, podría indicar un origen italiano o corso. En los años siguientes figura en diversos documentos como uno de los protagonistas de la que muchos consideran la etapa «clásica» de la *savate*, en contraposición a la fase «romántica» y dieciochesca, en la que se introducirán las técnicas del pugilato inglés y, a finales del siglo, los guantes. Su biografía posterior, como la anterior, no se conoce con exactitud. Es curioso el hecho de que aparezca un Macchia en el entorno de Charles Charlemont, uno de los maestros más importantes del siglo XIX, y se lo recuerde por una técnica bastante parecida al «golpe de la rana» que hizo famoso Bernard. Suponemos que se trata de un descendiente.

### 4. *Claire Lacombe, Pauline Léon y Jean-Théophile Leclerc*

Claire Lacombe (1765-?), detenida el 2 de abril de 1794, pasó por las prisiones parisinas de Port-Libre, del Plessis y de Sainte-Pélagie y acabó en la del Luxemburgo, donde encontró a sus amigos Pauline Léon (1768-1838) y Jean-Théophile Leclerc (1771-?). Estos últimos se habían casado en

noviembre de 1793 (el contrato matrimonial está fechado el 22 de brumario). En esta ocasión, Pauline declaraba que había retomado el negocio familiar, la producción y venta de chocolate. Poco después, Théophile fue llamado a las armas y se trasladó a La Fère, en Aisne, sede de una famosa escuela de artillería, donde su mujer se reunió con él. Los arrestaron el 3 de abril y tres días después los llevaron a la cárcel del Luxemburgo.

Tras la caída de Robespierre, Pauline y Claire escribieron varias cartas pidiendo el indulto, en nombre de sus ochocientos compañeros de cautiverio, firmando, respectivamente, «Ciudadana Léon, mujer de Leclerc», y «Ciudadana Lacombe, mujer libre».

En la petición de Claire Lacombe, fechada el 24 de termidor, se lee:

Me he comportado como una mujer honesta y digna de la libertad que siempre he defendido. He sacrificado tres años de mi vida por la nación, y como no tengo ni hijos ni marido, me consideraré feliz si puedo servirla de nuevo.

Una semana después, Théophile y Pauline franquean la puerta de la cárcel y sus figuras se pierden entre la multitud. Sólo sabemos, por una carta escrita en favor del hermano encarcelado, que en 1804 Pauline vivía en París como institutriz y que, probablemente, su marido estaba vivo (de hecho, sigue firmando «mujer de Leclerc»). En 1835 hallamos su nombre entre el de los herederos del hermano muerto, y podemos así localizarla en el pueblo de Bourbon-Vendée, con domicilio en casa de la hermana. Por último, en los tomos del registro civil del ayuntamiento de Bourbon-Vendée (hoy Le Roche-sur-Yon), el acta de defunción número 215 de 1838 se refiere a Anne-Pauline Léon, viuda de Leclerc, muerta el 5 de octubre a la edad de setenta años.

Claire Lacombe, a diferencia de los cónyuges Leclerc, no consiguió la libertad tan fácilmente.

El único testimonio que se refiere a ella durante el periodo de su detención aparece en un escrito de Joachim Vilate, agente del comité de salvación pública y miembro del tribunal revolucionario. Encarcelado por «robepierrista», el autor intentó exculparse con varios escritos. Entre ellos: *Los misterios de la madre de Dios revelados*, tercer volumen de *Las causas*

*secretas de la revolución del 9 y 10 de termidor*, publicado en París el 27 de enero de 1795.

En la página 40, escribe Vilate:

Hace tres días bajé a la galería de este presidio a comprar, como todos los días, una vela. La gente ignora quién es la tendera, ejemplo sorprendente de los vuelcos imprevistos de la revolución. Nosotros sí nos acordamos de la célebre Lacombe, actriz famosa y presidenta de la sociedad fraterna de las amazonas revolucionarias, y es ella quien se ha metido a comerciante, para los pequeños placeres de los prisioneros de estado, sus compañeros de desventura. ¡Curioso efecto de las ideas vulgares del mercado y el beneficio! Antes de que tomara esta decisión, podíamos imaginárnosla en el escenario, dispuesta a interpretar su papel, alta la frente, orgullosa la mirada, majestuoso el porte; ahora, en cambio, no es más que una pequeñoburguesa modesta, muy bien vestida, sencilla y amable con los clientes, experta en vender su mercancía al precio más alto. Por cortesía, envuelve la vela en un pañuelo de papel que ya vale por sí solo los cincuenta sueldos por los que la vende; toca pagar, todos los días, esta cantidad, sin contar el precio de alguna manzanita reineta, que vende a siete sueldos la pieza.

Dos expedientes, conservados en el archivo nacional de Francia con el nombre de «Lacombe», registran el hecho de que la mujer salió de prisión el 1 de fructidor del año III (18 de agosto de 1795) y que tres meses después aparecía en los carteles de los teatros de Nantes, donde trabajó como actriz interpretando a una «reina, dama y mujer fatal». Volvió a París en pradiel del año VI (1798), pero unos meses después se pierde su rastro. No se conocen ni el lugar ni la fecha de su muerte. El último documento que la menciona es una nota de un informante de policía, fechada el 16 de septiembre de 1798, que se conserva en uno de los dos expedientes mencionados. En esa nota se lee que Claire Lacombe dejó la capital en compañía de una mujer a la que ella misma hizo contratar como modista en uno de los teatros en los que actuaba. No se menciona el nombre de esa mujer.

## 5. *Marie Nozière*

El nombre de Marie Nozière (1767-?) aparece en la lista de los ciento cincuenta y dos detenidos en el barrio de Saint-Antoine tras la insurrección de pradiel del año III (1795), pero no en la de los ajusticiados o deportados. Puede deducirse que fue puesta en libertad, como ocurrió con otros.

El 7 de fructidor del año IV (24 de agosto de 1796), una ciudadana Nozière figura entre los testigos del incendio del Gran Teatro de Nantes, durante la representación de la ópera *Zémire et Azor* (archivo municipal de Nantes, expediente «Grand-Théâtre»).

Declaración de la ciudadana Nozière.

Yo, la abajo firmante, modista del Gran Teatro de la República, declaro que, estando representándose el tercer acto, las máquinas que debían levantar la jaula de Azor cedieron de golpe, se rompió un cable, y vi que el decorado transparente del apartamento de Zemira salía ardiendo junto con otro bastidor. Algunos trataban de tranquilizarnos diciendo: «No es nada», pero yo levanté los ojos y vi que las llamas llegaban ya al techo. Corrí entonces al foyer de los actores, que ya ardía, y donde se habían refugiado varias personas. Enseguida llegó el director, y entre los dos convencimos a las personas que allí había de coger las espadas y armas de teatro y descerrajar una puerta. Acabábamos de salir cuando oímos el estrépito de la lámpara del techo que caía en el patio de butacas.

No existen documentos posteriores que ilustren la suerte de Marie Nozière. Con todo, en los archivos departamentales del Alto Loira (Auvernia), aparece su nombre más de una vez en las actas del registro civil del ayuntamiento de Saint-Julien-des-Chazes. Se trata sin duda de casos de homonimia, pero en concreto debe de ser ella la Marie Naugère (escrito así y corregido al margen), hija de Antoine Nozière y de Joséphine Reboux, nacida el 17 de julio de 1767. Según esto, nuestra Marie era la hermana del padre del tatarabuelo de Violette Nozière, famosa parricida de los años treinta del siglo XX, protagonista de películas y novelas, icono de los surrealistas franceses y por ello homenajeada por el grupo Area en la canción de 1978 «Hommage à Violette Nozières» [sic].

## 6. *Bastien y Treignac*

Septime Passounaud, alias Treignac, comisario de policía de Saint-Antoine de 1792 a 1794, de profesión zapatero, desaparece de las crónicas tras el golpe de Estado del 9 de termidor. El censo napoleónico de 1801 registra un «Passounaud, zapatero», residente en Saint-Antoine. Es la última noticia que se tiene de él.

En cambio, en la lista de los detenidos tras la insurrección de pradiel aparece el nombre de «Bastien Nozière, hijo de Marie Nozière y de padre

desconocido». Si la detención de la madre podría deberse a sus vínculos con las ciudadanas republicanas revolucionarias, resulta difícil explicarse la detención de Bastien si no estuvo directamente implicado en las jornadas convulsas de mayo de 1795. También Bastien fue puesto en libertad, probablemente por ser menor de edad. Aquí terminan las noticias sobre él.

Con todo, aún aparece un «Bastien Passounaud» entre los nombres de los insurrectos de la revolución de julio de 1830. Se trata de uno de los sublevados que encabezaron el asalto de las Tullerías, entre el 28 y el 29 de julio, venciendo a las tropas reales y ocupando el palacio. En ese momento Bastien tendría cuarenta y siete años.

## *7. Armand Chauvelin*

La primera noticia que tenemos de Armand Chauvelin (1755-?), posterior a los hechos narrados, es del 10 de vendimiario del año IV, cuando envía a la Convención un informe reservado sobre los preparativos de rebelión orquestados por los monárquicos. Este informe, con otros parecidos, permitirá a las tropas parisinas, algunas al mando de Napoleón Bonaparte, tomar rápidas medidas y defender la República del asalto de unos veinticinco mil rebeldes.

Poco después, en frimario del mismo año, Chauvelin es uno de los primeros participantes en la reunión de los amigos de la República, más conocidos como «club del Panthéon». Aquí escucha los discursos de Gracchus Babeuf y de Filippo Buonarroti, convencidos partidarios de volver a la constitución jacobina del año I, a fin de alcanzar la perfecta igualdad y la felicidad común. El club se clausura el 8 de ventoso del año IV por orden del comandante en jefe del ejército del interior, una vez más Napoleón Bonaparte.

Volvemos a encontrar a Armand Chauvelin el 11 de mayo de 1796 encarcelado en la prisión del Templo, en compañía de Babeuf, Buonarroti, Amar, Rossignol, Darthé y los principales exponentes de la conjura de los iguales, una conspiración que quería derrocar el Directorio, abolir la propiedad privada y colectivizar las tierras. Conducido ante el tribunal supremo de Vendôme, fue exculpado un año después, el 18 de pradiel del año

IV (27 de mayo de 1797), mientras la guillotina se abatía sobre François Noël, alias Gracchus Babeuf.

Su rastro se pierde a continuación, hasta que el 15 de nivoso del años IX (5 de enero de 1801) la policía lo detiene por intentar contra la vida de Napoleón Bonaparte con un carro explosivo estacionado en la calle Saint-Nicaise la víspera de Navidad. Fue, al parecer, una conjura monárquica, pero al principio las investigaciones apuntaron a los círculos de ex y neojacobinos, y fue un buen pretexto para atacarlos. Además de Chauvelin, entre los acusados figura también el general Jean-Antoine Rossignol, que ya estuvo implicado en la conjura de los iguales. Los dos son condenados sin proceso, junto con otros sesenta y ocho, y deportados a las islas Seychelles, adonde llegan el 22 de mesidor (11 de julio de 1801), después de ochenta y nueve días de travesía. A raíz de los repetidos incidentes que se produjeron entre los colonos locales y los proscritos, treinta y dos de éstos son nuevamente deportados a la isla de Anjouan, en las Comoras, donde son retenidos a cambio de un suministro de armas al sultán, quien está en guerra con las tribus paganas de Madagascar. Veintiuno de los recién llegados enferman y mueren a los pocos días. Otros ocho huyen a la Gran Comora, y luego a Zanzíbar (véase J.-B.-A. Lefranc, *Las desventuras de numerosas víctimas de la tiranía de Napoleón Bonaparte, o Relación de las desgracias de 71 franceses deportados sin juicio a las islas Seychelles tras el atentado con máquina infernal del 3 de nivoso del año IX (24 de diciembre de 1800). Por una de las dos únicas víctimas que sobrevivieron a la deportación*, Veuve Lepetit, 1816). El nombre de Armand Chauvelin no figura ni entre los compañeros del fugitivo Lefranc ni entre los pericidos en Anjouan. Jean-Antoine Rossignol, por su parte, murió al parecer de disentería en Anjouan el 27 de abril de 1802.

La noticia de tan trivial muerte fue recibida con gran incredulidad en París, y en particular en el barrio de Saint-Antoine, el barrio natal de Rossignol. Sobre él y sus compañeros nacieron numerosas leyendas, que culminaron con la publicación, en 1817, de una novela en cuatro volúmenes de A.-P.-F. Ménégault, titulada *El Robinson del barrio de Saint-Antoine, o relato de las aventuras del general Rossignol y del señor A. C\*\*\*, su secretario, deportados a África el 5 de nivoso, incluyendo nuevas noticias sobre el interior de África y detalles sobre el progreso de una república que*

*Rossignol fundara en el Monomotapa, de la que seguía siendo presidente en 1816.*

Cuesta no ceder a la tentación de pensar que las siglas A. C\*\*\* son la huella novelesca que dejó el nombre de Armand Chauvelin, aunque no existe ninguna evidencia histórica de la existencia de ninguna república fundada por Rossignol en el territorio que actualmente ocupan Mozambique y Zimbabue.

## 8. *Franz Anton Mesmer*

Franz Anton Mesmer (1734-1815), «descubridor» del magnetismo animal, aunque considerado un charlatán por los científicos de su época, fue, efectivamente, y con toda probabilidad, el descubridor de la hipnoterapia. Pero, a diferencia de Puységur, no quiso revelar públicamente sus técnicas, y se rodeó de un aura misteriosa y esotérica hasta el fin de sus días. Tras su partida de París, en 1786, parece que se dio a la práctica de la alquimia en una localidad cercana a Aviñón, bajo la guía de un ex fraile benedictino, en busca del elixir de larga vida. Para interpretar los enigmáticos mensajes del ex fraile, Mesmer realizó diversos viajes por Europa central. Parece ser que en 1794, en Schaffhausen, Suiza, consiguió por fin destilar el elixir que devolvía vigor y juventud. En 1799 publicó sus memorias, *Mémoire de Franz Anton Mesmer, docteur en médecine, sur ses decouvertes*. En 1802, una gitana le predijo la fecha y la causa de su muerte. Trece años después, reconociendo las señales de la profecía, se preparó para el postrer trance. Al poco sufrió un ataque de apoplejía, a consecuencia del cual falleció el 5 de marzo de 1815.

## 9. *El marqués de Puységur*

En el tomo quinto de la *Biographie des hommes vivants*, publicada en París en 1819 por L.-G. Michaud, se dice de Armand-Marie-Jacques de Chastenet, marqués de Puységur (1751-1825):

adoptó de buen grado, aunque con moderación, los principios de la revolución y fue comandante de la escuela de artillería de La Fère y mariscal de campo. Dimitió en 1792. Ya en casa, fue acusado de mantener correspondencia con sus hermanos emigrados y

retenido en prisión dos años en Soissons, con mujer e hijos. Tras el golpe de Estado del 18 de brumario de 1799, fue elegido alcalde de Soissons, cargo del que dimitió en 1805.

De manera muy similar, casi calcada, en el segundo volumen de su *Histoire de Soissons*, publicada en 1837, Martin y Lacroix escriben:

con el estallido de la revolución, no siguió el ejemplo de sus hermanos ni de la gente de su condición y no emigró; y como, tras el 10 de agosto, considerara su deber dimitir [del ejército], se hizo sospechoso a ojos del gobierno republicano y, acusado de mantener correspondencia con sus dos hermanos emigrados, fue arrestado; confinado dos años en Soissons con mujer e hijos, tuvo la suerte de no acabar ante el tribunal revolucionario. Llamado por Napoleón a regir la ciudad que había sido testigo de sus desgracias, ostentó el cargo de alcalde durante cinco años, tras los cuales se retiró, en 1805, a su residencia de Buzancy.

Estas noticias han fomentado la creencia muy extendida de que el marqués de Puységur fue encarcelado durante el Terror jacobino, que por cierto tenía poca simpatía por magnetistas, aristócratas y nobles emigrados. Con todo, en el tomo cuarto de la *Biographie moderne*, publicada por P.-J. Besson en Leipzig en 1806 –y por tanto anterior a las dos obras antes citadas–, se afirma acerca de Puységur:

se declaró partidario de la revolución y adoptó sus principios de buen grado, aunque se comportó con moderación. Aun así, y tras la muerte de Robespierre, las autoridades de Soissons dieron orden de ir a su castillo de Buzancy y desarmarlo como terrorista. Tras la revolución del 18 de brumario de 1799, fue nombrado alcalde de Soissons.

El tomo tercero de otra *Biographie moderne* (París, 1816) describe más o menos los mismos acontecimientos con las mismas palabras.

Contribuye a reforzar esta última versión la carrera dramática de nuestro sonambulista. Por los periódicos parisinos sabemos que la ópera cómica en un acto *L'intérieur d'un ménage republicain*, firmada por el ciudadano Armand de Chastenot, se estrenó en el Teatro de los Italianos el 4 de enero de 1794 y tuvo cuarenta y seis representaciones. Parece poco probable que, en pleno Terror, se permitiera que un autor encerrado por traición llenara los teatros con sus obras. La continuación, titulada *Paul et Philippe*, se estrenó en 1795 y tuvo cuatro representaciones.

No por casualidad, después de este año, la primera obra de Puységur que se

representó en París fue *Le juge bienfaisant*, llevada a escena el 15 de octubre de 1799 en el Teatro Feydeau y luego en el Teatro del Marais. Total: seis representaciones. Parece, pues, más verosímil que Puységur fuera encarcelado en el periodo termidoriano o del Directorio, entre 1796 y 1799.

La carta firmada por Jean Courier que consignamos en estos epílogos (véase más adelante), parece confirmar definitivamente estas fechas, a reserva de nuevas pruebas documentales.

Tras dimitir de su cargo de alcalde de Soissons, el marqués se dedicó a publicar una serie de ensayos basados en su experiencia como sonambulista. De 1807 es el tratado *Del magnetismo animal considerado en su relación con las diversas ramas de la física general*; de 1811, *Investigaciones, experimentos y observaciones fisiológicas sobre el hombre en estado de sonambulismo natural y de sonambulismo provocado por la acción magnética*; de 1812, *Sobre la posibilidad de que los locos, los maníacos y los frenéticos sean sonámbulos turbados*; de 1813, *Llamamiento a los sabios observadores del siglo diecinueve sobre la decisión tomada por sus predecesores contra el magnetismo animal, y fin del tratamiento del joven Hébert*.

En los últimos dos tratados, Puységur describe las curas que administró a un chico de doce años, Alexandre Hébert (sin parentesco con el revolucionario parisino), que sufría ataques nerviosos, delirios, arranques de rabia y crisis en las que se lesionaba a sí mismo. Durante el tratamiento, el marqués intuyó el gran poder terapéutico de la simple relación entre médico y paciente. Puységur se llevó al joven Hébert a París para que lo viera el alienista más famoso de la época:

Después de describirle al señor Pinel la enfermedad del pequeño Hébert, se lo he presentado. Le ha palpado la cabeza y ha reconocido la cicatriz de la operación a la que lo sometieron; entonces he magnetizado al niño, que ha repetido las mismas respuestas de siempre, y en particular que al operarlo por un absceso en la cabeza le quitaron por error una porción de cerebro.

No sé, me dijo Pinel, hasta qué punto puedo dar crédito a las visiones sonámbulas de este chiquillo [...] pero puedo asegurarnos que los estudios anatómicos de Fulano y Mengano (no recuerdo el nombre de los anatomistas que mencionó) demuestran que un hombre puede vivir sin una parte del cerebro, digan lo que digan los sistemas que no concuerdan con este hecho demostrado.

El señor Pinel me ha invitado, cuando vuelva yo a París este invierno, a probar el poder del flujo magnético en los locos y alienados de su hospital.

Puységur está enterrado en la cripta de la iglesia de Buzancy, en el departamento de Aisne.

A partir de 1884, sus escritos los redescubrió Charles Richet (que luego fue premio Nobel de medicina), que reconoció en él a uno de los pioneros de la hipnoterapia. Aún hoy, Puységur está considerado uno de los precursores de las ciencias psicológicas.

## 10. *Philippe Pinel y Jean-Baptiste Pussin*

Philippe Pinel (1745-1826) está considerado uno de los principales artífices de la reforma ilustrada que condujo al «tratamiento moral» de los pacientes psiquiátricos.

El 14 de ventoso del año III (4 de marzo de 1795) es nombrado médico jefe del hospital de la Salpêtrière, cargo que desempeñó el resto de su vida. En 1801 consiguió que Jean-Baptiste Pussin (1746-1811) se le uniera como vigilante de los alienados.

Aunque Pinel, en sus escritos, siempre reconoció que había aprendido de Pussin muchos elementos de su práctica terapéutica, la importancia de esta enseñanza ha permanecido ignorada durante casi dos siglos. Hasta 1978, con el descubrimiento de las *Observaciones del ciudadano Pussin sobre los alienados*, no empezó a entenderse todo lo que el «alcalde» de Saint-Prix había experimentado y descubierto antes de la llegada de Pinel a Bicêtre. Con todo, hay que decir que estas *Observaciones* están fechadas el 21 de diciembre de 1797, y son, por tanto, una reconstrucción póstuma, posterior al encuentro de Pinel y Pussin:

El trabajo me parece sumamente necesario, no sólo porque constituye un ejercicio físico, sino también porque ofrece una distracción. El trabajo, de hecho, pertenece a esa categoría de remedios psicológicos en la que insisto particularmente. Por lo tanto, debe de ser sin duda por ignorancia o por error por lo que el liceo de las artes, en una de sus sesiones públicas, ha presentado el hospicio de Aviñón como el único lugar de Francia donde se practica esta terapia de los alienados, cuando yo no he aplicado otra en los últimos trece años.

Hoy, en la entrada del hospital de la Salpêtrière, se yergue una gran estatua de bronce de Philippe Pinel.

El filósofo Michel Foucault, en su fundamental *Historia de la locura en la época clásica* (1961), considera al doctor Pinel no tanto el iniciador de una cura «más humana» de los internos de Bicêtre como el responsable de que se pasara de la coerción física a una coerción mental más sutil pero no menos poderosa.

### 11. *El alienado recluido en Bicêtre con el nombre de «Auguste Laplace»*

En el diario de Philippe Pinel, y en la fecha de 27 de febrero de 1795, aparece una nota acerca de un interno que, ingresado por segunda vez en Bicêtre, figura con el nombre de Auguste Laplace. Por lo que refiere Pinel, el paciente presenta horribles cicatrices en la cara. La nariz parece haber sido arrancada, casi extirpada de raíz. Al paciente se le puso una prótesis de cuero que, según el que escribe el diario, le daba «un aspecto triste y tétrico».

Pinel describe el delirio de este sujeto en una página de singular elocuencia:

El paciente no parece guardar memoria de sí, salvo en lo que se refiere a ciertos hechos de su infancia, y no recuerda ni su primer internamiento ni ninguno de los episodios de nuestra anterior relación. La mayor parte del tiempo no parece ser consciente ni de su mutilación ni de su aspecto repulsivo. Sólo cuando se ve reflejado en un cristal, en un espejo o en un charco, cobra plena conciencia de su deformidad y sufre arrebatos violentos.

En particular, el sujeto atraviesa prolongados periodos de desvarío en los que cuenta hechos que ocurren en lo que parece ser la corte de algún soberano oriental. Estos periodos pueden durar días.

El paciente parece identificarse con un personaje histórico y se dirige al que esto escribe con el nombre del soberano «Cosroe» o «Rey de los Reyes». Exhorta a los demás pacientes a ponerse de la parte del bien, que personifica en una divinidad de los antiguos persas, Ormazd. En sus delirios, parece referirse a Robespierre y a Saint-Just unas veces como manifestaciones de Ahriman, al que llama «el adversario», y otras simplemente como «el mal». En ocasiones, sin embargo, menciona o presenta a los mismos personajes como «arcángeles» de Ormazd. En general, los demás pacientes lo evitan y lo temen, a excepción de un grupo al que asigna tareas imaginarias y deberes de etiqueta en el contexto fabuloso que hemos descrito.

Pinel no vuelve a mencionar en el diario a este paciente, al que, por lo demás, dejará de visitar el 29 de abril, día de su traslado a la Salpêtrière.

En los registros de Bicêtre no figura la fecha de la renuncia al cargo ni la de la muerte del alienado Laplace.

## 12. *Orphée d'Amblanc*

Del doctor Orphée d'Amblanc (1758-?), activo en París en los años de la revolución, se pierde la pista a partir de enero de 1795. Su nombre no vuelve a aparecer en ningún registro de médicos de la ciudad, ni archivos policiales ni en las listas de reclutas y de ajusticiados de aquellos años. D'Amblanc es uno de tantos personajes «menores» de la gran historia que se pierden en los meandros del tiempo.

Sobre la suerte que corrió, podemos hallar indicios, más que pruebas, en el epistolario del marqués de Puységur, conservado en el archivo de estado de Soissons, y consiste en una carta fechada el 21 de diciembre de 1799 y dirigida a Puységur por un tal Jean Courier, residente en Fontainebleau, departamento del Sena y del Marne:

Querido amigo:

Permitidme la familiaridad de llamaros así, no sólo por lo que hemos compartido en tantos años, sino por la alegría que me invade al recibir la noticia de que habéis recuperado la libertad. Leer el nombre del remitente en vuestra carta después de tanto tiempo de silencio ya me hizo esperar la mejor de las noticias, pero las palabras que habéis escrito han superado todas mis expectativas.

Es verdad que volver a casa, a los afectos y a la vida no repara la injusticia que se ha cometido con vos, pues nada podrá resarciros. Pero entiendo lo que queréis decir cuando me escribís que en esta época de trastornos y revoluciones nadie puede considerarse inocente. No somos inocentes, estoy de acuerdo, todos hemos hecho nuestro papel, como actores o como espectadores, poco importa. A otros, no a vos, les ha tocado una suerte muy distinta, públicamente. Podemos, pues, alegrarnos de seguir aquí, aunque no seamos ya los mismos que antes y recorramos el camino con otro paso. Mi paso es distinto al vuestro, pero, quiero creer, ambos van en la misma dirección.

Celebro saber que vuestra salud no se ha resentido con la reclusión y que estáis impaciente por volver al trabajo. En cuanto a mi actividad, por la que con tanto interés me preguntáis, sabed que, en estos dos años, así como en los dos anteriores, he seguido con mi terapia regularmente y con provecho de mi joven paciente, que progresa día a día. Con todo, he llegado a la conclusión de que la mejor terapia es la felicidad y la serenidad de un crecimiento equilibrado, que una vida sana y unas buenas relaciones de afecto procuran. La vida sana la garantiza la benevolencia de la dama que nos aloja; las buenas relaciones están naciendo con el mucho tiempo que pasamos juntos. La misma anfitriona

le ha cobrado una gran simpatía al joven, y si no estuviera tan poco habituada a tratar con niños, no habiendo tenido hijos, estoy por decir que le tiene un amor maternal.

Tocante a su educación, yo mismo, como sabéis, y dentro de los límites de mis fuerzas y capacidad, me he encargado de impartirle clases de las principales materias: filosofía, matemáticas, historia, literatura, pudiéndome servir de la no pequeña biblioteca de esta casa. Tengo por eso la aspiración de cultivar y hacer florecer en él aquellos principios morales y aquellas virtudes que han inspirado las mejores gestas de nuestra época. Si no lo creyera, si pensara que la sangre y el nacimiento –y no la educación y la vida buena– determinan nuestro destino, tendría que desdecirme de todo aquello en lo que siempre he creído. Me refiero a la irreductible fe que tengo en la capacidad del ser humano de trascender la condición de bruto y realizar plenamente su naturaleza de animal político. Si no creyéramos eso, si no pensáramos que la libertad, la igualdad y la fraternidad de los hombres es un destino al que debemos dirigir nuestras acciones, ninguno de los retos que hemos lanzado a la historia, y con ellos ninguno de nuestros errores, tendría sentido. Que este joven crezca como un ciudadano libre entre iguales y como un individuo virtuoso representa para mí la victoria de la Luz y de la Razón sobre los enemigos de siempre, las Tinieblas y la Brutalidad. Si hoy me preguntaran si considero que éste es un buen motivo para actuar como he actuado, asumiendo incluso el riesgo más extremo, respondería que no es sólo un buen motivo, sino en realidad el único. Porque las revoluciones pasan pero quedan los hombres, que llevan consigo el futuro.

Muchas veces, en estos años, me he planteado la misma pregunta que se hacen quienes son como vos y como yo, aunque se podría decir que se hacen todos los seres vivos, todos los días que pasan sobre la faz de la tierra. ¿Cómo podemos saber cuándo hacemos el bien y cuándo, al contrario, más allá de nuestra voluntad e intención, actuamos en sentido contrario? Pues bien: la verdad es que no lo sabemos. Solamente podemos intentar iluminar la noche que nos rodea con la lucecita que llevamos, sin desistir jamás.

Esto es, pues, amigo mío, o *mein Freund*, como diría nuestro común maestro, lo que le deseo a quien ha recuperado la libertad. No dejéis nunca de seguir el camino del conocimiento y el cuidado del mundo y de quienes lo habitan.

Vuestro leal  
nunc et semper

Jean Courier

### 13. *Cécile Girard*

De la viuda Girard (1760-1831) sabemos que vivió en su casa próxima al bosque de Fontainebleau hasta el fin de sus días y no volvió a casarse. Por lo menos, en los archivos municipales no figuran actas de matrimonio que la mencionen. A su muerte, y a falta de herederos directos, sus propiedades pasaron a un sobrino, hijo de su hermano. No hay evidencia de que la

«dama» citada en la carta de Jean Courier a Puységur fuera Cécil Girard, ni sabemos, por cierto, qué fue de sus «huéspedes».

#### 14. *Luis Carlos Capeto, delfín de Francia*

Desde hace más de dos siglos vienen circulando voces, leyendas y teorías sobre la evasión del delfín de Francia y su sustitución por otro niño. Estas teorías, nacidas de la fantasía popular, no las apoya prueba alguna, aparte de las típicas «extrañas coincidencias» que se citan en algunos casos. En el curso de los años, multitud de historiadores han tratado de hallar indicios y testimonios, mientras los novelistas se entretenían en inventar complicidades, amenazas, escondrijos y magias.

En los archivos no hay huella de lo que ocurrió en el Templo la noche del 21 al 22 de enero de 1795. Si, como aquí contamos, el prisionero fue liberado en ese momento, las autoridades termidorianas prefirieron mantener la fuga en secreto, por razones obvias. Y quizá ya al día siguiente fue encerrado en la Torre un sustituto.

Precisamente el 22 de enero de 1795 (3 de pluvioso del año III), el diputado Cambacérès informa a la Convención sobre los «individuos de la familia Capeto, actualmente en Francia». El informe –«sobre el modo de purgar el suelo de la libertad del único vestigio real que en él queda»lo pidió Lequinio menos de un mes antes.

Hasta ahora –declara Cambacérès desde la tribuna–, la prudencia ha pasado por alto la cuestión. Hoy, las circunstancias parecen exigir que sea examinada, tanto para truncar esperanzas criminales y desbaratar pérfidas maniobras, como para fijar definitivamente la opinión del pueblo, manifestando las diversas consideraciones que pueden iluminarla.

Sólo hay dos cosas que pueden hacerse con estos individuos: o expulsarlos del territorio de la República o mantenerlos cautivos.

Si los mantenemos cautivos, es de temer que sean una fuente inagotable de desorden y agitación, que su presencia sirva de pretexto a los malintencionados para calumniar a la Convención y dividir al pueblo. Si, al contrario, desterráramos a estos individuos, ¿no sería eso poner en manos de nuestros enemigos un legado funesto, que podría convertirse en un eterno motivo de odio, de venganza y de guerra? ¿No sería ofrecer un centro y un punto de contacto a los cobardes desertores de la patria?

Si el último de los reyes hubiera realizado sus designios, si hubiera podido llevarse sus esperanzas y a su familia a tierra enemiga, y el azar o el éxito de nuestras armas hubiera

puesto en vuestras manos a su heredero, ¿qué habríais hecho con este vástago de una raza impura? ¿Lo habríais devuelto a su familia? Desde luego que no. Un enemigo es menos peligroso en nuestro poder que en las manos de quienes apoyan su causa.

Supongamos, como digo, que el heredero de Capeto estuviera con nuestros enemigos: pronto veríamos que se encontraría allí donde nuestras tropas combatieran, e incluso cuando pusiéramos fin a su existencia, nos lo encontraríamos en todas partes, y esta quimera alimentaría largo tiempo las esperanzas de los franceses traidores.

Hay, pues, poco peligro en mantener presos a los individuos de la familia Capeto, pero lo hay y mucho en expulsarlos. La expulsión de los tiranos casi siempre ha precedido a su restablecimiento, y si Roma se hubiera quedado con los tarquinios, luego no tendría que haber combatido contra ellos.

Cinco meses después, el 9 de junio de 1795 (21 de pradiar del año III), los doctores Dumangin, Pelletan, Jeanroy y Lassus firman la siguiente declaración:

Llegamos los cuatro a las once de la mañana a la muralla exterior del Templo y fuimos recibidos por los comisarios, que nos introdujeron en la torre. En el segundo piso, entramos en un apartamento y en la segunda estancia encontramos, en la cama, el cuerpo de un niño de unos diez años que, según nos dijeron los comisarios, era el hijo del difunto Luis Capeto, y que dos de nosotros han reconocido como el niño al que venían atendiendo desde hacía unos días. Los comisarios declararon que el niño había muerto la víspera, hacia las tres de la tarde.

Los cuatro doctores realizan, pues, la autopsia, durante la cual Pelletan – según declara en mayo de 1814– extrae el corazón del pequeño cadáver. Concluyen el documento declarando que

todos los trastornos que hemos detallado son evidentemente efecto de una afección escrofulosa que persiste desde hace mucho tiempo y a la que debe atribuirse la muerte del niño.

Los dos médicos que «reconocen» en el difunto al niño al que atendían «desde hacía unos días» son Pelletan y Dumagin. Este último prestaba servicio desde el día anterior al fallecimiento, pero el primero llevaba una semana ocupándose del prisionero, tras la muerte del doctor Pierre-Joseph Desault, ocurrida el 1 de junio, después de haber tratado al niño el mes de mayo.

El mismo 9 de junio, el diputado Sevreste informa a la Convención de la

muerte del «hijo de Capeto, aquejado desde hace tiempo de una hinchazón en la rodilla derecha y el codo izquierdo».

El cadáver es enterrado el 10 del mismo mes en el cementerio de Sainte-Marguerite, después de una ceremonia fúnebre muy discreta y sin que se coloquen lápidas ni estelas que lo identifiquen.

Desde entonces, las hipótesis de una evasión del delfín y de una sustitución se multiplican y ganan cada vez más crédito.

En 1800, la publicación de la novela *El cementerio de la Magdalena*, de Jean-Joseph Regnault-Warin, dio más difusión y notoriedad a la leyenda. El autor, en este caso, atribuye la acción y el complot a François-Athanase Charette de La Contrie, jefe indiscutido de la rebelión de la Vandea.

El gran éxito del libro dio pie a la aparición de una serie de presuntos delfines que creyeron encontrar en sus páginas una base verosímil que podía sustentar sus relatos de fuga, clandestinidad e intriga. El primero de esta larga lista, que incluye al menos cuarenta nombres, fue Jean-Marie Hervagault, un inveterado impostor, que consiguió reunir un discreto número de partidarios. Condenado el 17 de febrero de 1802 por fraude, suplantación de identidad y vagabundeo, fue encarcelado primero en Soissons y luego en Bicêtre, donde murió el 8 de mayo a la edad de treinta y un años.

El más célebre y reconocido de estos pretendientes al trono de Francia es sin duda Karl Wilhelm Naundorff, un relojero suizo. Llegó a París en 1833, cuando se celebraba un juicio contra otro presunto delfín —el duque de Richemont— y llegó a denunciar a María Teresa por haberse adueñado de algunas de sus propiedades. Por este motivo fue detenido y expulsado y terminó su vida en los Países Bajos. El epitafio de su tumba reza: «Aquí yace Luis XVII, rey de Francia», y en el certificado de muerte figura como «Carlos Luis de Borbón, duque de Normandía». Aún hoy, sus descendientes se titulan «de Borbón» y gestionan el sitio del Instituto Luis XVII.

Otro caso digno de nota es el de Éléazar Williams, misionero cristiano en la tribu iroquesa de los oneida, en el estado de Nueva York, y traductor en lengua mohawk del *Libro de las oraciones comunes* de la Iglesia episcopal americana. Williams consiguió convencer a los oneida y a otros grupos de nativos para que se trasladaran a Wisconsin, donde el gobierno de Estados Unidos les ofrecía las tierras que rodean Green Bay. Se dice que el misionero tenía la intención de erigirse en jefe de un «imperio indio», pero diez años después, en 1832, los oneida lo rechazaron, afirmando que no cuidaba

suficientemente de sus intereses, espirituales y no espirituales. En 1842, por último, el obispo de los episcopales le prohibió representar a esa iglesia. Parece ser que ese año Williams había sufrido un grave accidente –le había caído un árbol en la cabeza y desde ese momento había empezado a fantasear, diciendo, entre otras cosas, que el año anterior, a bordo de un barco a vapor, había conocido al príncipe de Joinville, tercer hijo de Luis Felipe I, el rey de la llamada «monarquía de julio». En esa ocasión, el príncipe le había revelado que él, Éléazar, no era sino el delfín de Francia, que había sido liberado de la prisión del Templo y encomendado a los mohawk de Kahnawake. De hecho, Williams había crecido con esta tribu, como hijo de un jefe mestizo, Tehorakwaneken, llamado Thomas, y de una mujer iroquesa, Mary Ann Konantewanteta, aunque, por su tez clara y su cabello rubio, podía pensarse que era hijo adoptivo, según la antigua costumbre iroquesa. El reverendo afirma también que el príncipe quiso hacerle firmar su abdicación a cambio de una cifra ingente. El encuentro entre los dos hombres está históricamente demostrado, pero no existen documentos ni testimonios directos.

De vuelta con los mohawk de Akwesasne, Williams construyó una granja-castillo que aún hoy lleva el nombre de Lost Dauphin Cottage, así como en Wisconsin existen una Lost Dauphin Road, un Lost Dauphin State Park y un Lost Louie's Restaurant.

En 1854, John Halloway Hanson publicó un libro titulado *El príncipe perdido, hechos tendentes a demostrar la identidad de Luis XVII de Francia y del reverendo Éléazar Williams, misionero entre los indios de Norteamérica*. Es probable que el llamado «Looy the Seventeen», hijo de «Looy the Sixteen and Marry Antonette», que aparece en *Las aventuras de Huckleberry Finn*, de Mark Twain, se inspire en la figura del reverendo Williams.

Todas estas historias parecen haber recibido el golpe de gracia a principios del tercer milenio, en que la ciencia, gracias a la prueba del ADN, ha demostrado que el corazón del infante muerto en el Templo, y que el doctor Pelletan extrajo en el curso de la autopsia, tiene una gran compatibilidad genética con los descendientes de María Antonieta.

Queda por demostrar, sin embargo, que el corazón analizado sea efectivamente el del prisionero muerto en la Torre el 8 de junio de 1795.

Este corazón, de hecho, ha sido protagonista de increíbles peripecias.

Robado, recuperado, saqueado, perseguido, suplantado, pasado por España e Italia, hasta 1975 no llegó a la cripta real de la basílica de Saint-Denis, en las afueras de París.

Para colmo, Luis Carlos tenía un hermano, Luis José, que murió de tuberculosis a los ocho años, en 1789. También el corazón de éste fue conservado en una urna, como era tradición hacer con el corazón de los reyes de Francia. Profanado durante la revolución junto con otras reliquias, viajó por media Francia.

En 1815, Luis XVIII, nuevo monarca de Francia, planeaba reunir los dos corazoncitos en la basílica de Saint-Denis, pero rechazó el «de Pelletan» y acabó dejando escapar también el de Luis José, cuyo rastro se pierde en 1817. Ninguna ciencia puede demostrar que los corazones no hayan sido confundidos. Por otro lado, no se han realizado pruebas de compatibilidad entre el corazón «de Pelletan» y los huesos hallados en el cementerio de Sainte-Marguerite, exhumados ya en tres ocasiones, sin que en ninguna de ellas se hayan encontrado huesos compatibles con la edad del delfín (diez años).

Tras dos siglos de ataúdes destapados, excavaciones de fosas comunes, novelas, tricoscopias, juicios, pruebas de ADN mitocondrial, corazones embalsamados o en formol, el enigma del Templo dista mucho de estar resuelto, pese a la ceremonia fúnebre con la que, el 8 de junio de 2004, el corazón «de Pelletan» fue depositado en la capilla de los Borbones de la basílica de Saint-Denis.

## 15. *El Ejército de los Sonámbulos*

Si en el primer periodo del poder termidoriano, y confundida con la variopinta multitud de la Juventud Dorada, operó una banda contrarrevolucionaria que recurría a técnicas de control mental, pocas huellas de su presencia han quedado en los documentos, y ninguna posterior al 2 de pluvioso del año III. Los indicios más significativos de su existencia son las misteriosas alusiones que hace Louis-Marie-Stanislas Fréron en el número LVIII de su periódico *L'Orateur du peuple*, publicado en París el 3 de nivoso del año III: «Criminales mesmerizados [enviados] a incendiar, a aterrorizar

los barrios [...] nuevos o viejos fieles del prerrevolucionario credo mesmeriano».

Nadie ha encontrado aún los fundamentos fácticos del patrimonio de leyendas populares –que siguió vivo entre las *classes dangereuses* de París durante buena parte del siglo XIX– sobre los «individuos extraños que no caían con los golpes» y sobre el día en que un grupo de «hombres con los ojos apagados» incendió la taberna La Gran Pinta. Tampoco faltan referencias a «pintadas que nadie entendía» que aparecieron en las paredes de la ciudad el verano y otoño de 1794. Estas historias, inevitablemente, se mezclan con las de Scaramouche. Quien, a partir de estos indicios, quiera volar con la imaginación, puede empezar leyendo el texto de Édouard Thierry *De la influencia del teatro en la clase obrera: conferencias mantenidas el 22 y el 29 de junio de 1862 en los encuentros de la Asociación Politécnica* (Panckoucke, París, 1862).

Se dice que Peter Hammill, cantante y líder del grupo Van der Graaf Generator, escribió la canción «The Sleepwalkers» (1975) después de que un amigo de París le contase algunas leyendas del barrio de Saint-Antoine: «Por la noche, este ejército sin mente, cuyas filas no turba el desacuerdo / se pone en acción y camina sin desmayo. / Al compás y con paso firme, estos danzantes de la noche / avanzan contra las tinieblas. ¡Qué implacable es su poder!»

Más adelante, Hammill usa concretamente la expresión «the army of sleepwalkers», el Ejército de los Sonámbulos.

## 16. *Scaramouche*

A partir del 4 de pradiar del año III, los guardias registraron durante días el barrio de Saint-Antoine pero no hallaron ni rastro de Scaramouche. Más de un funcionario y ministro termidoriano creyó atrapar al álgter ego del héroe. «Quizá no lo sabremos nunca», escribió Fréron a su colega Tallien.

En cualquier caso, los «terroristas» fueron vencidos y sometidos. Las pintadas de «Viva Scaramouche» fueron borradas y las autoridades termidorianas dejaron de preocuparse por el último paladín de los revolucionarios.

En el periodo del Directorio (1795-1799) y durante toda la aventura

napoleónica, no volvió a registrarse ninguna acción de Scaramouche, lo que pareció dar la razón a quienes pensaban que el hombre enmascarado había muerto.

El héroe no reapareció ni aun en la conjura de los iguales al lado de Babeuf, Buonarroti, Darthé y Chauvelin. Con todo, se lo menciona en el discurso de la acusación pública en el juicio contra «Babeuf y otros», hecho que dice mucho sobre la inquietud que sembró en los poderes establecidos. El discurso lo leyó el ciudadano Bailly durante las sesiones del tribunal supremo de justicia de los días 7, 8 y 9 de floreal del año V (26, 27 y 28 de abril de 1797). El pasaje en el que aparece nuestro hombre es el siguiente:

Sí, Francia no sería más que un desierto horrendo si la Convención, liberada el 9 de termidor, no hubiera arrojado a Robespierre y a su abominable ayuntamiento a la sima que ellos mismos habían excavado.

Pero no todos los facciosos murieron con él; parece que haya legado su alma a la cohorte que lo seguía, y que sus cenizas estén destinadas a reproducir, para desgracia de la humanidad, todos los flagelos de los que hemos sido testigos.

Esta cohorte, que alimenta vicios y bellaquerías, es tan fecunda en cabecillas como en fechorías; obra suya ha sido la lúgubre farsa de «Scaramouche», el despreciable asesino del que se hizo apología en las paredes de Saint-Antoine y Saint-Marceau. Y ha sido obra de ellos lo ocurrido el 1 de pradiel: recordemos que el grito de la multitud era «Pan y constitución del 93», pero el verdadero objeto era impedir que la Convención diera a Francia una constitución republicana sabiamente organizada.

En la célebre reconstrucción de Buonarroti *Historia de la conspiración por la igualdad, llamada de Babeuf, seguida del juicio al que dio lugar*, publicaba en Bruselas en 1828, se lee:

Vigilaban la sala numerosos agentes de la fuerza pública; dos gendarmes custodiaban a cada acusado. La sala era grande y el sector reservado al público estuvo siempre repleto de gente que a menudo aplaudía a los acusados y nunca a los acusadores, a excepción de unas palmas sarcásticas que sonaron cuando [Bailly] calificó a Scaramouche, el héroe enmascarado de Saint-Antoine, de «despreciable asesino», temblando de indignación por las pintadas que lo celebraban en las paredes del barrio.

Cuando Buonarroti escribía esto, no podía saber que el espectro de Scaramouche no tardaría en aparecer.

Durante las «Tres gloriosas» (27, 28 y 29 de julio de 1830), en que el pueblo de París se enfrentaba a las tropas de Carlos X, se adueñaba del

municipio y obligaba al monarca a abdicar, las paredes de la ciudad se llenaron de pintadas como «Ha vuelto Scaramouche», «Scaramouche está con nosotros», y la más significativa de todas: «Scaramouche somos nosotros».

En 1848, el pueblo se levantó contra otro monarca, Luis Felipe de Orléans. La mañana del 24 de febrero, después de veinticuatro horas de revuelta y una noche de disparos y violenta represión, empezaron a circular entre los insurrectos miles de copias de una viñeta incendiaria. Representaba a Scaramouche, con máscara de pico, capa y gorro frigio, expulsando por el canal de La Mancha de una poderosa patada en el trasero a un rollizo Luis Felipe. El pie rezaba: «Va te branler ailleurs!», «¡Vete a cascártela a otro sitio!». Poco después, la multitud asaltó las Tullerías y echó de Francia al rey por enésima vez.

Pero para el proletariado de París, la revolución no resultó como esperaban. El 22 de junio, los trabajadores de los Ateliers Nationaux se alzaron contra el nuevo gobierno burgués. La revuelta fue duramente reprimida, hubo unos cuatro mil muertos y otros tantos prisioneros fueron deportados a Argelia. La última barricada que cedió al asalto enemigo fue la del barrio de Saint-Antoine. Algunos de sus defensores llevaban máscaras de Scaramouche.

Veintitrés años después, un diario de la Comuna de París se llamó *Le Scaramouche*. No se han conservado ejemplares. Sabemos de su existencia porque lo menciona Prosper-Olivier Lissagaray en su *Historia de la Comuna de 1871*, en la parte del capítulo XXV titulada «Paseo por París»:

Partimos de la Bastilla. Los vendedores pregonan a voz en grito el *Mot d'ordre* de Rochefort, el *Père Duchesne*, el *Cri du peuple* de Jules Vallès, *Le Vengeur* de Félix Pyat, *La Commune*, el *Tribun du peuple*, el *Affranchi*, el *Scaramouche* [...]. El *Cri du peuple* tira cien mil copias. Es el primero que sale: canta con el gallo [...]. No compréis más de una vez el *Père Duchesne*, por mucho que saquen sesenta mil copias. No se parece en nada al de Hébert. Más resonante es el *Scaramouche*, con su lenguaje descarado y las expresiones típicas de los obreros de Saint-Antoine [...]. La cabecera es un homenaje al famoso Mataincreíbles de 1794, que, según se dice, era un actor italiano. Fuera quien fuera, en la revolución de hoy aflora también su recuerdo.

*Título de la edición original:*

L'Armata dei Sonnambuli

Edición en formato digital: mayo de 2017

© de la traducción, Juan Manuel Salmerón Arjona, 2017

© Wu Ming. Publicada con el acuerdo de la Agenzia Letteraria Santachiara, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2017

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3811-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)

[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)